
A Este Lado del Cielo
VIRGINIA CAMACHO

A este lado del cielo

Virginia Camacho

Copyright © 2026 Virginia Camacho

Twitter e Instagram: @virginia_sinfin

Sitio Web: www.virginiacamacho.com

Primera Edición

Diseño portada: Laura Machado García-Gemellisedición

ISBN: 9798258789495

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

A mi querida Angie,

Gracias por tu amistad.

Tabla de contenido

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38

39
40
****
****
OTROS LIBROS DE VIRGINIA CAMACHO
BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

1

—Ya es hora de que te cases, Grace —le dijo Charles Barlow a su hija, un domingo cualquiera.

Grace había extendido la mano para alcanzar un pedazo de pan en la mesa de desayuno, pero se quedó inmóvil, con los dedos suspendidos en el aire. Su madre, Beatrice, y su hermano, Nixon, no hicieron expresión alguna; continuaron desayunando como si nada, como si el cabeza de familia hubiera comentado algo trivial, quizá el estado del clima o la proximidad del invierno.

Sintió que el corazón le saltaba un latido. Fue un golpe seco, casi doloroso, y por un instante tuvo la absurda impresión de que algo dentro de su pecho se había desacomodado.

Retiró la mano y juntó ambas sobre su regazo, tal como le habían enseñado que debía hacerse cuando se trataba un asunto serio. Asintió. Parte del desayuno se le quedó atascado en la garganta, así que se apresuró a beber de su vaso de agua.

—Sí, padre —respondió.

—Buscaré diligentemente el mejor candidato para ti —continuó Charles, con el tono de quien enumera una lista conocida—. Que sea estable económicamente y pueda ofrecerte un buen estilo de vida. Que no sea propenso a vanidades ni a excesos. Que ame a Dios y a

la iglesia sobre todas las cosas, y que sea correcto en la mayordomía de sus bienes.

—Sí, padre.

—Que tenga su residencia cerca. No quiero que tu madre te pierda.

Beatrice sonrió y asintió, mirando a su hija con una calidez medida, casi decorosa. Grace tragó saliva. Su madre no era exactamente fría, pero tampoco podía imaginarla llorando si algún día se despedían en una puerta.

Asintió otra vez.

—Y, por supuesto, tiene que ser un cristiano fiel, sujeto a la voluntad de Dios, que no sucumba a los deseos pecaminosos. Pero no te preocupes —añadió—, tu padre se encargará de todo. Por ahora… sigue siendo virtuosa. Eres mi hija y, por lo tanto, todos tienen los ojos puestos en ti. Si alguien busca un ejemplo a seguir, seguro que te mirará a ti. Somos cartas leídas, Grace, y tu testimonio es tu bien más importante. Vigílalo bien.

—Sí, padre —dijo Grace por enésima vez.

—Ya es hora —intervino Nixon.

Charles dejó la servilleta sobre la mesa, dando por terminada la comida. A continuación, la familia se dirigiría a la iglesia, al servicio dominical, donde su padre daría, como siempre, un hermoso sermón. Al volver, su madre lo diseccionaría con devoción, elogiando cada punto fuerte y sin encontrar un solo defecto, aunque Charles le rogara que le señalara alguno.

Era la rutina de los domingos desde que Grace tenía memoria.

Al salir de casa, no pudo evitar mirarse en el reflejo de la ventana. En aquella casa no había espejos, por supuesto; fomentaban la vanidad. Grace dependía de los cristales, del agua quieta o de superficies pulidas para comprobar su aspecto.

Todo en su lugar, se dijo, llevándose la mano al pecho.

Y se dirigió a la iglesia.

Sin embargo, no lograba concentrarse en nada. Estaba sentada entre Georgiana y Olive, sus amigas, pero se sentía inquieta, como si

algo invisible le oprimiera el pecho. Intentó atender al sermón, seguir las palabras de su padre, pero estas se deslizaban por su mente sin dejar rastro.

Casarse, pensó, casi sin aliento.

Un esposo.

Aquello podía salir muy bien… o terriblemente mal.

La vida de una mujer dependía, en gran medida, de la suerte que tuviera al casarse. No importaba cuán obediente o virtuosa fuera; al final, su destino quedaba siempre en manos de un hombre. Pasaría de estar bajo el cuidado de su padre a estarlo bajo el de su marido, y debía confiar en que ese tránsito no fuera un castigo disfrazado de bendición.

Podía tener suerte, se dijo, mirando de reojo a sus amigas.

Nathaniel Radcliffe, el esposo de Georgiana, y Jacob Smith, el de Olive, eran prueba de ello. Ambos parecían auténticos caballeros: las cuidaban, las escuchaban, las trataban como compañeras y no como cargas. Sus esposas eran tan visiblemente felices que algo en ellas había cambiado; no solo en el ánimo, sino en el modo de habitar el mundo.

Grace conocía a Olive desde muy joven, desde que su padre había sido destinado a Bath como vicario. La recordaba como una muchacha sombría y callada, siempre un paso detrás de su hermana mayor, como si ocupara un lugar prestado.

Ahora, en cambio, Olive se veía distinta. Más ligera. Más segura. Caminaba erguida, y cuando aparecía del brazo de su esposo en las reuniones sociales, parecía crecer unos centímetros, como si el orgullo y el afecto le dieran nueva estatura. Había una luz tranquila en su rostro que antes no existía.

Era, pensó Grace, la obra de un buen matrimonio.

Georgiana, por su parte, siempre había sido hermosa, pero cuando miraba a su marido, esa belleza se intensificaba, como si algo en ella se encendiera. A su lado parecía rodeada de un resplandor casi

espiritual, una serenidad que no provenía solo de su rostro, sino de saberse amada.

Tal vez ella también tuviera esa suerte, se repitió.

Pero al volver la mirada hacia su padre, tan severo, tan correcto, tan alineado con cada palabra de la Biblia, la duda regresó, persistente, incómoda. Si él era quien elegiría por ella… ¿qué garantías tenía de que su destino no fuera otro muy distinto?

Al terminar el servicio, Grace sonrió como si nada ocurriera en su interior. Escuchó a sus amigas, respondió con amabilidad, incluso rio en el momento adecuado. Olive, tan redonda ya por el embarazo, no dejaba de asistir a la iglesia, aun cuando su marido se encontraba fuera por asuntos de negocios. Jacob Smith nunca había sido especialmente devoto, y su ausencia dominical era ya costumbre, pero Olive acudía igual, firme, serena, sostenida por algo que Grace envidiaba sin atreverse a nombrar.

Se despidió de ellas a la salida y regresó a casa junto a su familia. No dijo mucho durante el trayecto. Al cruzar el umbral de su habitación, en cuanto cerró la puerta, el aire le faltó de pronto, como si las paredes se hubieran estrechado.

Las vendas, pensó. Estaban demasiado apretadas.

Se llevó las manos al vestido y comenzó a desabrocharse con torpeza. El alivio llegó solo cuando, sentada al borde de la cama, empezó a desenrollar la larga tira de tela que le aprisionaba el pecho. Poco a poco, liberó aquello que durante el día debía anularse: comprimir, ocultar, disimular. Sus senos, forzados a parecer más pequeños, más aceptables, recobraron su forma con un leve dolor persistente, como si el cuerpo también recordara.

Aquella era su rutina. Cada mañana y cada noche. Sus vestidos siempre cerrados hasta el cuello; ni una concesión, ni siquiera en verano, cuando la humedad de Bath se volvía insoportable. Estar cubierta era una obligación. Respirar con dificultad, una costumbre.

Su madre solía observarla con gesto frustrado. Ni la venda más ajustada había impedido que aquel par de cosas, así las llamaba,

crecieran de manera tan indecorosa. Tetas satánicas, había dicho una vez, sin bajar la voz. El corsé, lejos de ayudar, solo las empujaba hacia arriba, haciéndolas más visibles, más provocadoras. La solución había sido, entonces, anularlas por completo.

Grace miró la tira de tela extendida sobre su falda. Su prisión diaria.

Recordó el momento exacto en que todo había comenzado. Aún era una niña cuando su padre, con el ceño endurecido, llamó a Beatrice y señaló sin pudor directo a su pecho.

—Ponle solución a eso —gritó.

Beatrice había llorado. La tomó del brazo con una fuerza que no le conocía y la encerró en una habitación. La desnudó con manos temblorosas.

—¿Cómo es esto posible? —sollozó—. Nadie en mi familia tiene esta contextura. ¿A quién saliste así?

Grace se cubrió en silencio, avergonzada, sin comprender del todo qué había hecho mal. Jamás habría imaginado que algo en ella pudiera ser tan horrible.

Desde entonces, comenzaron los intentos. Trucos antiguos, remedios heredados. Beatrice calentaba cucharas de plata y las pasaba por el contorno de sus senos para "pasmarlos". Así le habían dicho. Grace aún conservaba una pequeña mancha oscura en el pecho izquierdo; su madre no había medido el calor y la había quemado.

Nada funcionó. La venda terminó siendo la única solución duradera.

Y estaba también su cabello. Rojo, sedoso, imposible de ignorar. Un día su padre regresó de Londres con unos polvos y le indicó a Beatrice que los usara en ella. Opacaban el color, lo volvían apagado, casi marrón. Sumado a peinados tirantes, moños severos y la frente siempre despejada, nadie notaba lo que en realidad era: una muchacha pelirroja.

A los catorce años lo había olvidado. Por una sola tarde había olvidado que era la hija del vicario.

Había participado en un juego, había subido a un caballo. Cabalgó con una libertad que no sabía que le estaba prohibida. La cofia cayó,

el cabello se soltó, y al desmontar, notó las miradas. No supo nombrarlas entonces, pero las sintió como un peso.

Su padre reaccionó con severidad. La castigó, le prohibió salir el resto del verano, y poco después solicitó el traslado a otra ciudad.

—¡Eres una vergüenza! —le gritó—. ¡Me dejas en ridículo! ¿No pensaste en lo que dirían de mí?

Grace lloró en silencio. No había sido su intención. No había buscado atención alguna. No sabía cómo anticipar la reacción de los hombres ante algo que simplemente era.

Era su cuerpo. Había crecido como había querido crecer.

La belleza, había aprendido, era peligrosa. Un pecado silencioso. Ella era la cruz de sus padres, la vergüenza de un vicario correcto.

Volvió al presente con un suspiro. El polvo en su cabello le resecaba el cuero cabelludo; por eso siempre llevaba cofia, incluso dentro de casa. El pecho comprimido le impedía caminar rápido, respirar hondo, vivir sin cautela.

Entonces, entre aquellos pensamientos oscuros, algo se movió.

Tal vez, pensó, cuando se casara…

Tal vez su esposo le permitiría, al fin, descansar.

Después de todo, ya no sería la hija del vicario, sino la esposa de un señor.

La idea le arrancó una sonrisa involuntaria. Se apresuró a volver a colocarse la venda; aquel par de pecados habían estado demasiado tiempo al aire libre. No debía tentar al diablo.

Pero, oh… su esposo podría decirle que no se ocultara. Que era hermosa tal como era. Que no había nada que corregir.

Sería maravilloso.

En su propia casa, sería la señora. La gobernante. Nadie le impondría cómo vestirse, qué decir, cómo llevar el cabello.

Sí. Casarse sería su salida. Su camino hacia la libertad.

Se puso un vestido sencillo de estar en casa, ajustó la cofia, y respiró hondo.

Por primera vez en mucho tiempo, el aire le pareció un poco más liviano.

Pero aquella esperanza, aquella sonrisa tímida que había ensayado en soledad, se desvanecieron unos meses después.

A su padre le estaba costando encontrar al candidato ideal. No mencionaba nombres, pero traía el asunto a la mesa con insistencia, como si temiera que alguien olvidara que el destino de Grace estaba pendiente, suspendido en el aire.

Grace rezaba.

Rezaba con devoción y con miedo.

Dios, por favor, oraba. Que mi padre encuentre a un buen hombre. Uno que me ame. Uno que me acepte tal como soy.

Dios, por favor. No te pido la bendición que tienen Georgiana y Olive; no soy tan codiciosa. Con todo mi corazón te lo imploro. Guía a mi padre para que encuentre el mejor esposo para mí.

Líbrame de los hombres malvados. Líbrame de un marido golpeador, abusador. Seré una buena cristiana, te lo juro. Trabajaré duro. Solo ayúdame esta vez.

Su fe era fuerte. O quizá no era fe, sino esperanza disfrazada de oración.

Había sido obediente toda su vida. Dios lo sabía. Sus faltas nunca habían sido intencionadas. Cada día procuraba ser la cristiana que esperaban de ella: cantaba en el coro, tocaba el piano, jamás conversaba con caballeros, y si alguno se encontraba cerca, soltero o casado, se aseguraba de que hubiera siempre alguien respetable como testigo.

Su reputación era intachable. Su padre no tenía más reproches que los de costumbre. Así que, con toda seguridad, un buen hombre llegaría.

No necesitaba que fuera rico como el señor Smith, ni apuesto como el señor Radcliffe. Con que fuera bueno, le bastaba.

Por eso su mundo se vino abajo el día en que su padre llevó a casa al señor Edgar Henslow.

Era un hombre entrado en los cuarenta. Tenía un hijo casi de la edad de Grace. Su cuerpo era pesado, su cabello escaso en la coronilla, y una sonrisa fija, tan permanente que resultaba inquietante, pues no dejaba ver nada más.

El corazón le dio un vuelco doloroso cuando su padre anunció, con la naturalidad de quien cierra un trato, que había llegado a un acuerdo con el señor Henslow.

No dijo "el futuro marido de mi hija".

Dijo "mi yerno".

Como si ese título fuera lo verdaderamente importante.

—El señor Henslow es un cristiano irreprochable —declaró el vicario —. Paga sus diezmos con puntualidad y trata al personal de su casa con rectitud. Es perfecto para ti, Grace.

Grace miró a su padre. Luego al señor Henslow. El aire pareció espesarse a su alrededor.

No esperaba a alguien rico. Ni hermoso. No esperaba nada extraordinario… pero aquello…

Dios, perdóname, oró de inmediato, horrorizada consigo misma por fijarse en el físico.

Con los ojos humedecidos, asintió.

Aceptó.

Se casaría con Edgar Henslow.

—Sin duda, mi futura esposa es hermosa y correcta —dijo él, con la misma sonrisa, mirando al vicario, no a ella.

Era un elogio dirigido al padre. Grace lo comprendió con una claridad que le dolió.

Charles Barlow suspiró, cansado.

—He trabajado mucho en ella. Le estoy entregando a la más virtuosa de las mujeres, señor Henslow.

—No lo dudo ni por un momento, vicario. En mi casa nada le faltará a la bella Grace. La trataré como a un tesoro. Y le daré nietos pronto.

Grace tragó saliva.

Algo no estaba bien. No, no, no. Algo no estaba bien.

Pero no dijo nada.

Alzar la voz en ese momento habría sido indigno. Vergonzoso. Humillante para su padre. Así que se tragó sus dudas junto con el nudo que le oprimía el pecho.

—Por el momento no lo anunciaremos —continuó el vicario, haciendo un gesto con la mano—. No quiero que vean a mi hija con otros ojos. Una mujer comprometida podría parecer… alcanzable.

—Entiendo perfectamente —respondió Henslow.

—Puede visitarla —añadió Charles—. Siempre bajo supervisión. Beatrice los acompañará.

—No esperaría menos.

El vicario se puso de pie y miró a Grace de arriba abajo.

—¿Tienes algo que decir?

El ceño fruncido no dejaba espacio para errores.

Grace negó con la cabeza.

—Te dejaré a solas con el señor Henslow —dijo—. La puerta permanecerá abierta. Mucho cuidado.

Henslow asintió. Grace, con las manos juntas en el regazo, hizo una leve inclinación.

No se atrevió a mirarlo.

No se atrevió a respirar.

—No tengas miedo de mí, bella Grace —dijo Henslow, avanzando un solo paso.

Fue suficiente.

Su voz descendió hasta convertirse en un murmullo cuidadosamente medido. Afuera, aunque su padre tuviera el oído atento, no escucharía nada. Aquella intimidad forzada le heló la sangre.

—No te trataré mal.

Grace alzó apenas la mirada. Las palabras eran suaves, casi amables… y, aun así, no logró creerlas. Algo en su estómago se retorció con violencia.

No tenía alternativa. Así que lo miró.

—Oh… —murmuró él, complacido—. Tus ojos son grises. No lo había notado.

Porque nunca miro directamente a los hombres, pensó ella.

—Quiero verlos distintos —continuó, inclinando apenas la cabeza—. Quiero verlos cuando ya no me mires como ahora.

Grace frunció el ceño, confundida.

—Quiero ver cómo luces debajo de mí, desnuda, con tus piernas abiertas y tu rosa expuesta.

El aire abandonó sus pulmones de golpe.

—Señor… Henslow —atinó a decir, como si su voz pudiera detenerlo, como si hubiera aún un malentendido que aclarar.

Él soltó una risa baja, íntima, profundamente desagradable.

—Eres exactamente lo que imaginaba —dijo—. Dulce. Contenida. Tan bien guardada bajo capas y capas de rectitud que dan ganas de ver qué hay debajo.

Grace sintió calor en las mejillas. Vergüenza. Terror.

No. No podía estar diciendo lo que creía que estaba diciendo.

—No… no entiendo —susurró, aunque su cuerpo sí lo entendía. Se le tensaron los hombros. Le dolía el pecho.

—Claro que entiendes —replicó él, con burlona paciencia—. Solo que nadie te ha hablado así antes.

Se inclinó un poco más.

—Tranquila. Seré un caballero. Esperaré al matrimonio. Dios manda el orden, después de todo. Pero no te engañes… —sus ojos la recorrieron con una lentitud obscena—. Bajo toda esa virtud hay una mujer que solo necesita permiso.

Grace retrocedió un paso sin darse cuenta.

—Todos creen que eres intocable —prosiguió—. Yo sé que no. Sé lo que eres.

Aquella frase la golpeó como una bofetada.

—No —dijo ella, llevándose la mano a la boca, ahogando un sonido que no quería soltar—. Usted no puede…

—Puedo —respondió con calma—. Y lo haré. A su tiempo.

Sonrió.

En ese instante, Charles Barlow entró en la habitación, observando de inmediato la distancia entre ambos.

—¿De qué hablaban? —preguntó.

Henslow juntó las manos a la espalda.

—Le decía a la bella Grace cuánto la aprecio —respondió con voz clara—. Y le prometía que la haré feliz.

Grace lo miró, horrorizada.

Es un mentiroso experto, pensó. Un depredador con modales.

Quiso correr. Quiso gritar. Quiso desaparecer.

Pero no hizo nada.

Henslow se marchó poco después, y Grace permaneció en silencio el resto del día. Beatrice la felicitaba, le hablaba del futuro, de lo afortunada que era.

Grace la miró sin comprender.

¿De verdad su madre creía que aquel hombre sería un buen esposo?

Lo peor de todo era que no se atrevía a contarle a nadie lo que aquel hombre había dicho.

Era tan horrible que ni siquiera se permitía repetirlo en su mente. No habría oídos que no sangraran al escucharlo.

Y, aun así, él no había tenido esa consideración con ella.

¿Por qué no cuidó su inocencia?

¿Por qué no fue prudente, discreto, correcto… como se suponía que debía ser?

Porque era malvado, respondió una voz silenciosa dentro de ella.

Y si así se había permitido hablarle, a pocos pasos de su propio padre, en su casa, mientras aún no tenía poder sobre ella… ¿cómo sería después?

Las semanas siguientes, Edgar Henslow fue un caballero irreprochable.

No la tocó.

No la miró de manera indebida.

No hizo comentarios fuera de lugar.

Nada.

Tanto, que llegó a pensar que todo había sido producto de su imaginación. Que había exagerado, que su mente había sido impura.

En cada visita había siempre algún miembro de la familia presente. Henslow se limitaba a leer algún pasaje edificante, a pasear a su lado guardando una distancia respetuosa, a hablar del clima, de algún rumor inofensivo de Bath… de lo bella que era ella.

Aquella normalidad era casi peor. Le confirmaban que este hombre era una serpiente. Cada instante a su lado eran una lucha contra la ansiedad de echar a correr, de ponerse a salvo.

—Padre, por favor… reconsidéralo —dijo Grace una tarde, cayendo de rodillas frente a Charles, que permanecía sentado ante la mesa de su estudio.

Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Estás en desacuerdo con mi elección? —preguntó—. ¿Me estás diciendo que me equivoqué?

—No, padre —respondió ella entre sollozos, aterrada ante la idea de que volviera aquello un ataque personal—. Solo te ruego que me consigas un esposo más… joven.

—¡No seas tan vanidosa!

La bofetada la lanzó al suelo.

No era la primera vez. Ni siquiera era la más fuerte que había recibido.

Los castigos físicos estaban permitidos. La vara de la corrección había sido parte de su crianza.

Por eso, como si nada, Grace se incorporó y volvió a arrodillarse frente a él.

—Por mi vida, te lo ruego —insistió, sintiendo el sabor de la sangre en su boca—. No es apropiado para mí. No soy la adecuada para él.

—¿Qué me estás diciendo? —replicó Charles—. ¿Insistes en avergonzarme?

—No, padre. De ninguna manera…

—¿No entiendes que quedaré como un incompetente si me echo atrás? ¿Como un hombre incapaz de gobernar a su propia hija?

—Te lo compensaré —lloró Grace—. Si quieres, no me casaré jamás.

—¡No seas estúpida! —gritó.

Beatrice entró al estudio en ese momento, con gesto alarmado.

—¡Mira a tu hija! —vociferó Charles—. ¡Mira lo que criaste! Una rebelde sin seso. Ahora dice que no quiere casarse.

—¿Qué? —preguntó Beatrice, genuinamente horrorizada, como si jamás hubiera considerado esa posibilidad.

—Mamá, por favor —suplicó Grace—. Convéncelo. He sido obediente. He sido una buena hija. Si me casas con él… moriré.

—¡Qué tontería! —gritó Charles.

La patada en el costado le robó el aire.

Respirar ya era difícil incluso en reposo. Aquello fue demasiado.

El mundo se volvió oscuro. Las voces se alejaron. Oyó a su madre hablar, a su padre gritar, excusarse, justificarse. Todo sonaba lejano.

No me escucharán, comprendió entonces. Estoy atrapada.

¿Ese era su destino?

Cuando el aire regresó a sus pulmones, las lágrimas corrían sin control por su rostro.

¿Así terminaría todo?

Pensó, por primera vez, en buscar un veneno.

Prefería eso antes que someterse a aquel hombre.

Pero no quería morir.

No había vivido nada.

El matrimonio, que había imaginado como una puerta a la libertad, se estaba revelando como la entrada al infierno.

No quería morir.

2

Los días se convirtieron en semanas, y Grace observó con pánico cómo su madre empezaba a preparar la boda como si se tratara de una bendición largamente esperada, un milagro bienvenido.

La ceremonia, por supuesto, sería en la iglesia, y después habría una pequeña celebración en casa; nada ostentoso, nada que pudiera dar pie a murmullos, como siempre. Beatrice hablaba del papel de las invitaciones, de la caligrafía más adecuada, de cuántas sillas harían falta en el jardín. Todo debía ser correcto, digno, irreprochable.

Grace escuchaba en silencio, con el horror asentado en el pecho como una piedra.

Afortunadamente, nadie le pedía su opinión. Ni siquiera en esto podría decidir. Era como si se estuviera casando alguien más, no ella.

Había adelgazado. Sus vestidos le colgaban un poco más de lo habitual, y sus mejillas habían perdido el color. No había noche sin pesadilla desde que su padre anunciara el compromiso, ni mañana en que despertara sin la sensación de haber corrido durante horas.

Se reunía con Olive y Georgiana, y hacía un esfuerzo consciente por sonreír, por responder con ligereza, por no parecer ingrata ni dramática. Pero sus ojos estaban apagados, y su sonrisa tenía algo rígido, aprendido, como una mueca ensayada frente al espejo que

no existía. Agradecía que ellas estuvieran tan ocupadas con sus propias vidas que no notaran que algo le pasaba. Y por el contrario, Grace se involucraba con sus situaciones para no pensar en la suya.

Se sentía observada todo el tiempo.

Si caminaba por la calle, le parecía que las miradas se detenían en ella un segundo más de lo debido. Si entraba a una tienda, bajaban un poco la voz. En la iglesia, cuando se arrodillaba a orar, sentía el peso de los ojos ajenos sobre su nuca, como si todos estuvieran evaluando su compostura, su modestia, su destino.

Había sido así toda su vida, pero ahora la cosa parecía empeorar.

¿Qué debía hacer?, se preguntaba cada día.

¿Resignarse?

Pensar en la casa de Edgar Henslow, en su presencia constante, en su cercanía inevitable, le revolvía el estómago. Recordaba sus palabras, su voz baja, su sonrisa torcida, y un sudor frío le recorría la espalda. Pero su padre estaba decidido, y no importaba cuántas veces le suplicara, cuántas lágrimas derramara, él no había cambiado de opinión.

Pero, ¿qué había estado esperando? Así había sido toda su vida. Se dio cuenta cuando, aun siendo una niña, le rogó a su padre que no tirara la preciosa muñeca que una mujer de la iglesia le había regalado. Se había convertido en su compañera de juegos, su único juguete, pero al verla tan apegada, Charles decidió que era una muñeca demoniaca, y la quemó en el fuego.

No importó su llanto, sus promesas de ser una niña más obediente, mejor. Su muñeca se consumió en el fuego por el único pecado de ser su favorita.

Y aun así, lo había intentado, y otra vez había suplicado. Con el mismo resultado.

Como si quisiera apresurar lo inevitable, Charles empezó a sentarlos juntos en las diferentes actividades a las que eran invitados. No importaba si era un bazar o un picnic, allí estaba Edgar Henslow.

Grace se ponía rígida cada vez, con las manos juntas en el regazo, consciente de cada movimiento, de cada respiración. Edgar Henslow se inclinaba un poco hacia ella, sin tocarla, sin decir nada impropio. Era correcto. Excesivamente correcto.

Y aun así, lo sentía.

Lo sentía en las miradas que se cruzaban por encima de la mesa. En los silencios demasiado largos. En los comentarios lanzados como al descuido.

—Qué cercanos se ven —susurró una vez una mujer, sin molestarse en bajar del todo la voz.

—Claro… —respondió otra—. Algo debe de haber.

Grace sintió que el rostro se le encendía.

¿Cercanía?, pensó con angustia. ¿Eso estaban viendo?

—¿Está comprometida con el joven Henslow? —preguntó alguien, con una curiosidad apenas disimulada.

—No —respondió otra voz, con un ligero tinte de horror y desconcierto—. Con el hijo no. Con el padre.

Con el hijo no. Con el padre.

Aquello cayó sobre ella como una sentencia. No hubo risas, ni escándalo. Sólo ese murmullo, como si trataran de encajar dos piezas extrañas, haciendo parecer natural algo que, todos podían ver, no lo era.

Aunque casar a una joven con un hombre que le doblara la edad era algo más bien común, no dejaba de provocar ciertos gestos incómodos. Grace los veía: cejas que se arqueaban apenas, miradas que se desviaban con una mezcla de curiosidad y conmiseración.

No era una unión que despertara envidia. Si Edgar Henslow hubiera sido un hombre acaudalado, quizá nadie habría sentido lástima por ella. Pero no lo era. Y eso hacía que la compasión fuera más visible, más punzante.

Por favor, que nadie diga nada, rezaba. No quería ver esa expresión de lástima en sus amigas.

Estaba mejor así. Aunque las necesitara para sacar de adentro toda la rabia y el dolor, desahogarse sería un placer muy efímero frente a la vergüenza que sentiría por la compasión que seguramente recibiría de ellas.

—Por fin tengo la oportunidad de hablar con la futura esposa de mi padre.

La voz sonó demasiado cerca.

La espalda de Grace se envaró al instante. Se giró despacio, como correspondía, y ejecutó un saludo correcto, aunque por dentro algo se le quebraba. Frente a ella estaba Ambrose Henslow, el único hijo de Edgar. Su futuro hijastro. Y, sin embargo, tenían prácticamente la misma edad; quizá ella era uno o dos años mayor. Aquella cercanía volvía todo indecible.

Grace no respondió. No sentía agrado alguno con ese encuentro, ni siquiera pudo fingirlo, y el silencio fue lo único que pudo ofrecerle sin traicionarse ni ofenderlo.

Ambrose la observó un instante más de lo necesario. Luego curvó los labios en una sonrisa torcida, de esas que no buscan agradar, sino imponerse.

—Creí que serías más… conversadora —añadió—. Después de todo, pronto seremos familia.

—Me… disculpo —susurró Grace, y apretó los dedos alrededor de la copa. Buscó con la mirada un punto neutro, una salida. Entonces fue consciente del escenario completo.

La cena había transcurrido con perfecta elegancia, y ahora hablaban en una de las salas de la casa Stewart mientras bebían un poco de sidra y descansaban de la lectura de un pasaje bíblico. Las velas ardían sin derramar cera, las lámparas brillaban impecables y las conversaciones se superponían en murmullos educados. Edgar hablaba animadamente con su padre; Matilda entretenía a Beatrice con comentarios ligeros. Todo indicaba que los adultos habían decidido que era buen momento para que los jóvenes socializaran.

Había distancia suficiente entre ella y Ambrose como para mantener las apariencias. Nadie podría acusarlo de una descortesía. Nadie, salvo Grace, percibía la intención que se filtraba en su mirada.

Ambrose se inclinó apenas hacia ella, lo justo para no levantar sospechas. Su voz se mantuvo baja, controlada.

—Estoy ansioso.

Grace elevó el mentón de inmediato. Reconoció ese tono. Era el mismo veneno que había percibido en Edgar: calculado, seguro de que nunca lo delatarían. Intentó apartarse, pero Ambrose ajustó su posición con naturalidad, cerrándole el paso sin tocarla.

—No me mires con tanto desdén, hermosa —continuó, con una suavidad falsa—. Papá es un hombre mayor, y los hombres mayores… se cansan, no rinden como deberían. Cuando eso ocurra, yo seguiré aquí.

El asco le subió a la garganta.

Quiso preguntar: ¿Qué?, pues no podía creer, le costaba aceptar, que lo que estaba insinuando era real.

¿Tan retorcida estaba su mente que estaba imaginando cosas? ¡No podía ser!, así que se quedó en silencio.

Pero las siguientes palabras de él la sacaron de toda duda.

—La juventud tiene sus ventajas —añadió, bajando aún más la voz —. Y yo sabré apreciarte en el dormitorio como corresponde. Mi brío no se extinguirá tan pronto.

La copa resbaló de los dedos de Grace. Cayó sobre la mullida alfombra sin romperse ni hacer ruido, pero el temblor de sus manos fue imposible de ocultar.

Ambrose sonrió, satisfecho, y se inclinó con una cortesía impecable para recogerla, como si nada hubiera ocurrido.

Fue entonces cuando Matilda alzó la vista.

Percibió de inmediato la palidez de Grace, la rigidez de su postura… y la expresión de Ambrose. También notó, por el rabillo del ojo, que Edgar observaba la escena con atención disimulada. Los únicos ajenos a todo seguían siendo Charles y Beatrice.

Había invitado a la familia del vicario como de costumbre. Por eso la sorprendió tanto cuando Beatrice pidió añadir dos comensales más: Edgar y Ambrose Henslow. Aquello confirmaba los rumores. No era el joven… era el padre.

Y no había nada que ella pudiera hacer. Aunque adulara a Charles y a Beatrice, aunque trajera del mismo tribunal eclesiástico una pareja más adecuada, nada cambiaría. No influiría en esa pareja ni un ápice. Ya era bastante que le permitieran ser amiga de Grace, no podía arriesgar eso.

Mientras los despedía más tarde, no pudo evitar pensar que su amiga parecía cada día más apagada, más resignada. Como si se estuviera entregando a un destino que no había elegido.

Eso le encendió algo por dentro.

Antes de que Grace subiera al carruaje de sus padres, Matilda la detuvo un instante con un suave tirón del brazo. Sonrió para cualquiera que mirara, pero sus palabras fueron claras, firmes.

—A veces las mujeres creemos que la paz está en resignarnos… y no nos damos cuenta de que lo que hacemos es entregar la vida antes de tiempo.

Grace no reaccionó de inmediato. Tenía las manos frías y un nudo insoportable en el estómago. Asintió apenas, señal de que había escuchado, y subió al carruaje.

Matilda exhaló despacio y agitó la mano en despedida.

Sabía que algunas frases no despiertan al instante.

Pero también sabía que, cuando lo hacen, ya es imposible volver a dormir igual.

—Parece que la comida de Matilda Stewart tenía algo malo —se quejó Beatrice al ver a su hija devolver la cena apenas cruzaron la puerta.

—No fue la comida —respondió Grace sin aliento.

Se dejó caer en el suelo del cuarto de baño, apoyando la espalda contra la pared. Estaba pálida, fría, empapada en sudor. El asco le

subía una y otra vez, aunque ya no quedara nada que expulsar.

Aun así, se obligó a aclarar:

—Si lo fuera… usted y papá también estarían enfermos.

Beatrice no tuvo más remedio que concederle la razón. La observó con fastidio y le tendió un paño para secarse. Era todo el cuidado que estaba dispuesta a ofrecer. No había ternura en su gesto; sólo vigilancia, como si temiera que el malestar de Grace pudiera volverse inconveniente.

Siempre había sido así.

Como su padre era austero, nunca hubo sirvientes en casa. Limpiaban ellas mismas, cocinaban, ordenaban. Con el tiempo, la carga recayó casi por completo sobre Grace: Beatrice acumulaba achaques que desaparecían milagrosamente los domingos, o las noches en que eran invitados a cenar.

Por esa razón, no había nadie que la viera. Nadie que escuchara su cansancio. Nadie que se compadeciera.

A veces pensaba que su padre no permitía extraños en casa porque temía que alguien advirtiera que, puertas adentro, no existía tal paraíso ni tal familia ejemplar. El círculo debía mantenerse cerrado para no delatarlo.

Luego de darle el pañuelo, y mirarla con cierta reticencia, Beatrice se marchó sin decir nada más.

Grace quedó sola.

El baño estaba como ella lo había dejado la última vez que lo limpió… salvo por la ropa de su hermano, tirada sin cuidado sobre el suelo. No tuvo fuerzas para indignarse. Ni siquiera eso merecía su energía.

¿Para qué?

Su vida no valía nada, su opinión, sus quejas, sus deseos. Su trabajo, su esfuerzo, nada tenía valor ante nadie más que ella misma. Nadie se pondría de su parte si acaso se quejaba. Estaba sola.

Y casarse no mejoraría para nada las cosas. Otra esperanza rota.

Por el contrario, pasaría a manos de Edgar Henslow, y él haría con su cuerpo y con su alma todo lo que quisiera hasta agotarlos, hasta marchitarlos. Moriría de vergüenza, de miedo, de horror. Y aun así tendría que mostrarse serena, dócil, agradecida. No le permitirían jamás mostrar cuán desdichada era.

Una vida larga hecha de apariencias.

Y cuando Edgar se cansara de ella, allí estaría el hijo, aguardando en los rincones, acechando en las esquinas, con la misma mirada lasciva, con el mismo derecho aprendido.

El pensamiento la sacudió.

¿Si quedaba encinta, sería del padre o del hijo?

¿Y si el padre llegaba a descubrirlo? La culpa recaería sobre ella, como siempre. El castigo sería doble. El encierro, más severo. El maltrato, más cruel.

Así, por el resto de su vida.

Y ella, para conservar una paz falsa, se resignaría.

Se inclinó de nuevo sobre la vasija, pero su estómago estaba vacío. Solo salían lágrimas. Estaba exhausta. Y no tenía a nadie a quien confiarle el horror al que la estaban empujando sus propios padres.

¿Por qué?, se preguntó.

¿Por qué?

He sido buena.

He obedecido.

He cumplido.

¿No merecía al menos una vida soportable?

Toda su vida había hecho lo que se esperaba de ella. Y sin embargo, cuanto más cedía, más le arrancaban. Cuanto más se entregaba, menos le quedaba.

Su vida no era suya.

Otros la estaban usando, decidiendo, disponiendo de ella como si fuera una cosa.

Entonces, sin que pudiera evitarlo, las palabras de Matilda Stewart regresaron a su mente, claras, exactas, implacables.

"A veces las mujeres creemos que la paz está en resignarnos…"

Grace cerró los ojos.

"…y no nos damos cuenta de que lo que hacemos es entregar la vida antes de tiempo".

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo.

Sí.

Eso era.

Ella estaba entregando su vida.

Se estaba dejando morir sin haber vivido.

Grace apoyó la frente contra la pared fría del baño y respiró con dificultad.

No quería morir.

No así.

No en silencio.

Pero ¿qué haría ella si pudiera dirigir su propia vida?

La idea apareció con una claridad inesperada. No como un deseo difuso, sino como una imagen precisa, como si su vida fuera un carruaje avanzando por un camino estrecho, y ella estuviera sentada en el pescante, con las riendas firmes entre las manos.

No sentada dentro.

No llevada por otro a donde quisiera.

Sino guiando y decidiendo la ruta.

¿Qué haría?

Huir, respondió algo dentro de ella, con una voz tan nítida que la sobresaltó.

Huir sin mirar atrás.

El impulso de vaciar el estómago se disipó tras ese pensamiento. Su respiración, antes errática, comenzó a acompasarse. El sudor de su frente y de su espalda se enfrió, y sus ojos, que hasta entonces

habían buscado una salida desesperada, se enfocaron, como si al fin hubieran encontrado un punto fijo.

Pero huir… ¿adónde?

¿A casa de Olive? La arrastraría al escándalo.

¿A casa de Georgiana? No sería distinto.

No. No podía refugiarse en hogares ajenos sin convertir su desgracia en una carga para otros.

Tenía dinero.

No una fortuna, pero sí una suma que para ella representaba años de disciplina silenciosa. Monedas que había guardado una a una: cuando su padre, en un raro arranque de generosidad, le daba para comprarse alguna cinta; cuando su madre la enviaba a hacer las compras y ella lograba ahorrar un penique con paciencia y regateo.

Nunca los devolvía.

¿Era una ladrona?

Tal vez.

Pero a ella le estaban robando algo mucho más valioso: su vida entera.

Ese pensamiento la dejó inmóvil.

Debería castigarlos.

La idea no vino acompañada de culpa, sino de asombro. ¿De verdad era capaz de pensar así? Ella, que había sido dócil, correcta, irreprochable.

Había sido la hija perfecta… y a cambio recibía humillación, miedo y un destino decidido por otros.

Lo que le esperaba en casa de los Henslow era claro. No hacía falta imaginarlo demasiado. Lo había visto ya en esas miradas lascivas, en sus palabras cuidadosamente ponzoñosas, en la ansiedad que tan mal disimulaban padre e hijo.

La deseaban.

La esperaban.

Su juventud, su ignorancia, su pureza parecían atraerlos con una voracidad que la helaba, así como la carroña atraía a las hienas.

Grace apretó los labios.

Qué fácil era disponer de ella. Qué sencillo reducirla a una condición, a una expectativa, a una posesión que cambiaría de manos.

¡Oh, cuánto los odiaba!

Una idea oscura, casi temeraria, cruzó entonces su mente. Si aquello que tanto valoraban dejaba de existir… si el "tesoro" que esperaban ya no estuviera intacto… les arrebataría parte de su triunfo.

Podría hacerlo ella misma.

O podría no hacerlo sola.

Abrió los ojos con más atención.

Sí. Podía elegir a un hombre para que se acostara con ella. Las miradas de los hombres no le eran indiferentes, aunque había aprendido a fingir que sí.

Y así, por una vez, podía decidir cómo, con quién, en qué condiciones. Convertir lo que pretendían arrebatarle en un acto propio.

Pero no cualquier hombre serviría, pensó luego.

Necesitaba discreción. En la iglesia había aprendido que no todos los caballeros saben guardar secretos.

También necesitaba experiencia. No quería una experiencia vergonzosa o incómoda.

Otro asunto importante: Ausencia de vínculos con la iglesia, con su padre, con el mundo que la asfixiaba. No podía ser alguien que tuviera nexos con este círculo de que estaba intentando huir.

Sí. En resumen, alguien discreto, experimentado y ajeno.

Y entonces, casi sin querer, una imagen emergió con nitidez: un hombre de piel pálida, sonrisa ladeada, mirada indolente y una voz grave, segura de sí misma.

Sebastien Chevalier.

Regentaba burdeles. Sabía tratar con secretos. No estaba casado. No pertenecía a su círculo. Y, además… era atractivo. No podía negarlo.

Grace fue consciente, incluso entonces, de que aquello rozaba la locura. La peor decisión que había considerado jamás. Pero una vez que la idea tomó forma, su mente descendió por ella sin freno, como por una pendiente inevitable.

No pedía amor.

No pedía protección.

Solo una noche. Un acto. Una grieta por donde escapar.

En el rostro de Grace se dibujó una sonrisa tenue, extraña, que no había llevado nunca. Se incorporó despacio y su mirada cayó sobre la ropa de su hermano, abandonada en el suelo.

Por primera vez, el desorden le pareció providencial. Una señal del cielo.

Una dama no podía caminar sola por la ciudad a esas horas. Pero un muchacho… un muchacho podía pasar desapercibido.

Se desvistió con movimientos deliberados, casi ceremoniales. Ajustó las vendas con más firmeza, borrando las formas que siempre le habían enseñado a ocultar. Rellenó su cintura para alterar la silueta, se enfundó la ropa masculina, demasiado grande y, sin embargo, perfecta para su propósito.

Las botas fueron el último obstáculo. Dudó un instante… y luego las tomó. De todos modos, sus padres nunca le compraron cosas bonitas y femeninas, y las suyas eran sobrias, prácticas. Casi nadie notaría que eran de mujer.

Luego, como toque final, una capa con capucha. Ocultaba cualquier rasgo femenino en su andar.

Esperó.

Esperó a que la casa respirara en un solo ritmo. A que los pasos cesaran. A que el silencio se asentara. Mientras tanto, ella guardó silencio, y ni por un instante lo estrafalario de su decisión le hizo dudar.

No. No había espacio para dudas.

Y cuando le pareció que ya era el momento adecuado, que nadie despertaría si acaso provocaba algún ruido, abrió la puerta trasera.

El aire nocturno la envolvió de inmediato. Frío. Vivo.

Grace salió y cerró sin hacer ruido.

No miró atrás.

3

El Corsé Roto no era difícil de encontrar.

No hacía falta letrero ostentoso ni música desbordada. Bastaba con seguir la luz tibia que se filtraba por las ventanas bajas, el murmullo amortiguado de risas, el ir y venir de sombras que entraban con prisa y salían con paso lento.

Grace se detuvo a media cuadra.

El edificio no era grande, pero imponía. No por su tamaño, sino por lo que prometía. Aquella puerta no conducía a una casa, ni a una tienda, ni a un lugar donde una joven decente pudiera poner un pie sin quedar marcada para siempre.

Ella no iba a entrar como una joven decente.

Avanzó unos pasos más, obligándose a caminar con mayor amplitud, con el peso repartido de otra forma. Mantuvo la cabeza gacha, el sombrero calado hasta las cejas, el cabello comprimido con tanta fuerza que le dolía el cuero cabelludo.

No dudaba de qué estaba haciendo.

Dudaba de cómo.

Entrar sin más parecía una torpeza. Dar demasiadas vueltas, también. En todo el camino hacia aquí no dejó de pensar cómo le

pediría a Sebastien Chevalier sus servicios, qué palabras usar… y cuándo.

Dios santo, no había pensado en eso. ¿Y si él decía que lo harían en ese mismo instante? Ella, vestida así como chico, ¿entraría a una de esas habitaciones y… yacería con él?

¿Sin haberse dado un baño, al menos?

No había pensado las cosas hasta allá. Tampoco sabía qué esperar de la intimidad entre un hombre y una mujer, pero ya que el asunto involucraba cuerpos humanos, suponía que estos debían estar limpios. Levantó una axila y olfateó.

Ella no solía tener un olor fuerte, pero esta era la ropa usada de su hermano.

¿Por qué no lo pensó mejor?

Por otro lado, si entraba como un muchacho, obviamente se le acercarían mujeres, y no se sentía lista para las caricias de éstas sobre su cuerpo, se estremecía sólo de imaginarlo. Pero tampoco podía presentarse y decir: busco a un hombre.

No sabía si ahí se prestaba ese tipo de servicios a mujeres, si había hombres que lo hicieran, y además, ella no buscaba a cualquier hombre, buscaba al dueño.

Entrar como un cliente más no era una opción, descartado. Pero tampoco podía quedarse allí eternamente, clavada en la calle como un alma en pena.

Tenía que hacerlo rápido. Decidido. Como alguien que sabía a dónde iba.

Grace ajustó el sombrero de su hermano, bajándolo un poco más sobre la frente, y avanzó.

Su plan, si podía llamarse así, era simple: entrar por la puerta trasera. Había visto a más de un hombre desaparecer por allí durante la noche, cargando barriles, sacos, cajas. El ir y venir del servicio ofrecía oportunidades. Si lograba mezclarse, cruzar el umbral sin llamar la atención, ya estaría dentro. Después… después improvisaría.

El corazón le latía con tanta fuerza que temió que se le notara en el pecho, aun bajo las vendas.

Rodeó el edificio con paso aparentemente casual, pegándose a la pared como si buscara resguardo del frío nocturno. El callejón lateral estaba en sombras, húmedo, con olor a piedra vieja y a desperdicios. Allí, una puerta más pequeña, reforzada con hierro, permanecía entornada.

La vio.

Y sin pensarlo más, actuó.

Se deslizó hasta ella y empujó apenas, lo justo para comprobar si cedía. No lo hizo. Probó de nuevo, esta vez con un poco más de fuerza, conteniendo la respiración.

Demasiado torpe. Demasiado evidente.

—Eh.

La voz sonó detrás de ella como un chasquido seco.

Grace se quedó rígida, con la mano aún sobre la madera. No se giró de inmediato; el instinto le gritaba que huyera, pero sus piernas no respondieron.

—¿Buscas algo, muchacho?

La voz surgió de la sombra como un aldabonazo. Era el vigilante: grande, ancho de hombros, con el cuello de un toro y las manos curtidas capaces de partirle un brazo como si fuera una ramita. Y sin embargo, silencioso. No lo había sentido hasta que lo tuvo tras ella.

La observaba con una calma peligrosa, esa que no necesita prisa porque ya ha decidido que algo no encaja.

Grace carraspeó y engrosó la voz todo lo que pudo, obligándose a bajar el mentón.

—Me… me equivoqué de puerta.

El hombre arqueó una ceja. Dio un paso más cerca, lo suficiente para bloquear cualquier salida. El olor a cuero y cerveza vieja le llenó la nariz.

—Claro que sí.

Le tomó la muñeca antes de que pudiera reaccionar. No fue brusco, pero sí firme. Inapelable. Sus dedos eran un cerrojo.

—Vamos. El señor Chevalier querrá verte.

—¡Soy un cliente! —improvisó ella—. ¡Tengo dinero! Vine a gastarlo aquí. No puedes tratarme así.

—Los clientes suelen entrar por la puerta principal —replicó—, no por la trasera… como los ladrones.

Grace sintió que el mundo se inclinaba peligrosamente bajo sus pies. Una cosa era entrar a un burdel y cometer un pecado bien delimitado; otra muy distinta, que la acusaran de ladrona.

El gigante que la tenía asida del brazo golpeó un par de veces la puerta ante la cual habían estado forcejeando. Se abrió de inmediato. Detrás apareció otro vigilante, igual de macizo, y Grace comprendió que jamás habría podido entrar furtivamente.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó el recién llegado.

—Un ladronzuelo —respondió el primero.

—¡Te dije que soy un cliente! —exclamó ella, pero la voz no le salió lo suficientemente grave. El segundo hombre le tomó el rostro con su enorme mano, girándolo hacia la luz.

—Mira —dijo—, ni siquiera te han salido pelos en la barba. ¿Sabes lo que cuesta una bebida aquí?

—¡Tengo dinero!

—A ver —intervino el otro—. ¿Dónde está ese dinero?

Grace palpó el lugar donde ocultaba la pequeña bolsa. Era demasiado femenina para mostrarla, pero hizo sonar las monedas con un tintineo desesperado.

—Llévalo con él —ordenó el segundo guardia.

Grace quiso protestar, pero se detuvo. ¿No era eso lo que quería? Ver a Sebastien. Así que dejó de resistirse.

La condujeron hasta un despacho vacío y la arrojaron al suelo como si fuera un par de zapatos viejos. Las rodillas chocaron contra el piso

duro; el hombro contra la pared. Se quedó allí un instante, sobándose, respirando hondo para no gemir.

La habían dejado sola, pero no había nada de valor que temieran perder. Un pequeño salón desnudo: una mesa, una silla, paredes frías que devolvían el eco de su respiración. El aire olía a cera y a humo rancio.

Tan solo unos segundos después, la puerta volvió a abrirse.

Bajo la capucha de su capa, Grace vio a Sebastien Chevalier acercarse. No hacía ruido al andar; parecía deslizarse, como si el lugar le perteneciera por derecho.

El corazón empezó a latirle desbocado.

¿La reconocería?

No la había visto a la cara ni una sola vez. Seguro que no. Tendría que explicarle las razones por las que estaba allí, pasando dignamente por alto que iba vestida como hombre y que la habían confundido con un ladronzuelo.

Tragó saliva.

—Pero si es un niño —dijo Sebastien, con tono burlón.

Aquel leve acento francés seguía allí, como una nota sostenida bajo cada palabra. No arrastraba las erres ni las masticaba; las pronunciaba con un cuidado casi elegante. Grace había tratado con Jacques Chevalier, cuyo acento era mucho más marcado; el de Sebastien era más suave, pulido por años de trato con ingleses.

Contuvo el aliento cuando lo vio sacar una navaja y acercarla a su cara. El metal captó la luz. Grace cerró los ojos y envió al cielo una plegaria… pero la desechó en el acto al recordar que estaba allí para pecar. No era el tipo de oración que Dios escucharía, de todos modos.

Abrió los ojos.

Miró a Sebastien… y los de él brillaron.

Hubo muchas preguntas en su mirada, rápidas, afiladas. Luego fueron reemplazadas por la determinación. Sebastien se volvió hacia la puerta.

—Déjame a solas con él.

¿La había reconocido?, se preguntó.

Estaba oscuro. Ella estaba disfrazada. Y, que recordara, él solo la había tenido cerca una vez, durante una cena.

¿De verdad la había reconocido?

El vigilante no hizo preguntas. Asintió, dio media vuelta y cerró la puerta tras de sí.

Grace volvió a mirar a Sebastien. Él no dijo nada; guardó la navaja de vuelta en la bota con un gesto lento, deliberado.

Y el tiempo pareció estirarse hasta convertirse en una eternidad incómoda, cargada de mil preguntas, de especulaciones y sospechas.

Sebastien Chevalier dio unos pasos y recostó la cadera en la mesa de madera ubicada en el centro del pequeño salón. De todo había esperado aquella noche menos ver a la hija del vicario en su negocio.

Ella estaba vestida de hombre, ocultando todas sus curvas, tratando de entrar por la puerta trasera, y él no podía siquiera imaginar las razones que la habían llevado a hacer algo así.

Y ahora guardaba silencio.

—Estoy esperando una explicación, señorita Barlow —le dijo, y eso provocó en ella un respingo. Torpemente, ella se puso en pie.

—¿Cómo me reconoció? —preguntó, y Sebastien sonrió.

—Reconozco la cara de una mujer cuando la veo. Y usted… aunque ha procurado ocultar sus encantos, no puede pasar por hombre ante unos ojos expertos.

Ella pareció incómoda, incluso dio un paso atrás, y él sonrió internamente.

Era lamentable la escasa luz, pero estaba seguro de que ella se había sonrojado.

—¿Qué hace la preciosa hija del reverendo más estricto de todo Bath en mi casa de putas? —preguntó. Las palabras parecieron molestarla un poco. Obviamente, ella no estaba acostumbrada a la palabra "putas", pensó.

—Quiero pedirle un favor.

—¿A mí?

—Sí —contestó ella de inmediato, y como si recobrara un poco la fuerza y la determinación, agregó: —Definitivamente, sí. A usted.

Él frunció levemente los labios.

—¿Tienes problemas de dinero? —preguntó—. Seguro que tu querida amiga, la señora Smith, podrá resolverlo con el chasquear de sus dedos.

—No se trata de dinero.

—¿Estás pensando en abandonar tu hogar? Te recomiendo el matrimonio, casi siempre funciona—. Ella guardó silencio un momento, pero luego meneó la cabeza.

—Ya sé eso.

—Estoy confundido—. Pero ella no se molestó en explicarse, y él empezó a impacientarse—. Hable pronto, mi querida señorita. Tengo un negocio que atender. Y sepa que no la he expulsado a patadas por el cariño que le tengo a los Smith, y porque sé que la señora Olive me mataría donde se enterara de que la maltraté. ¿Entonces? ¿A qué ha venido? ¿Qué es eso que necesita de mí que le ha hecho salir de su casa a media noche vestida de muchacho?

Grace sintió el estómago encogido, el pulso acelerado, las manos frías.

Era el momento.

Era esto o quedar como una tonta y volver a casa como un perro que huye con el rabo entre las patas.

Respiró hondo… y habló:

—Yo… quiero contratarlo—. Él no dijo nada, y reuniendo todo el valor que le quedaba, dijo: —Quiero contratar… sus servicios.

Bien. Lo había dicho. De manera clara y decente.

El sonido de los latidos de su corazón la estaban ensordeciendo, pero escuchó claro cuando él habló.

—¿Qué clase de servicios? —preguntó, y eso la metió en un apuro.

—Usted… Usted sabe. Sé que en este mundo… no sólo las mujeres pueden prostituirse. También los hombres… prestan este servicio.

Sebastien quedó completamente lívido al oír aquello, incapaz de decidir si se sentía insultado, divertido, o asqueado.

Al final, soltó una estruendosa carcajada.

Grace levantó el rostro para mirarlo. Su risa parecía sincera, y eso la sorprendió un poco.

Tal vez no la estaba tomando en serio, pensó luego.

—O sea, que crees que soy un puto.

—No he usado esa expresión —dijo, sonrojándose—. Yo sólo quiero pagar el dinero que usted estipule para…

—Para qué —preguntó él cruzándose de brazos y acercándose un paso.

—Usted sabe.

—Oh, sí, sí. Yo lo sé. ¿Y para quién es el servicio? ¿Quién es la dama necesitada de un macho? ¿Usted, mi querida señorita Barlow? —¿Necesitada de un macho?, quiso exclamar ella. ¡Por supuesto que no se trataba de eso! —. ¡Esto es increíble! —reía él—. Me has hecho la noche, mon chéri. —Ella quiso decir algo, pero él volvió a hablar— ¿Y cuánto dinero traes? A ver… —él palpó sus pantalones buscando alguna bolsa de monedas.

Su toque tan atrevido hizo que Grace saltara y quisiera esconderse, pero él no le prestó atención. Encontró la bolsa y vació su contenido en la palma de su mano.

—¡Diez libras! —exclamó Sebastien mirándola con una ancha sonrisa —. Cuánta generosidad. Sí que has atinado. Soy un puto caro.

Ella vio brillar las monedas en la mano de Sebastien. No le gustaba que él se expresara así de sí mismo, pero no podía hacer nada al

respecto.

—¿Entonces… lo hará?

—¿Ya? ¿Aquí mismo? Sí. Quítese esos pantalones.

—¿Qué? ¿Así? —preguntó un poco decepcionada. Tal como ella había imaginado, sería con esta ropa de hombre, sin lavarse primero.

—Sí, así —contestó él—. Vamos, desnúdate. Por diez libras alquilaré mi cuerpo gustosamente. Nunca me había sentido tan valorado.

Otra vez esa frase. Tal vez estaba siendo sardónico y había traído muy poco.

Pero estaba aceptando sus diez libras, y ella no tenía más.

Miró alrededor. ¿Lo harían en la mesa? ¿Ella… perdería su virginidad en una mesa? ¿O en el suelo?

—Pero, pero…

—Pero, qué —preguntó él, un poco cortante.

—Yo esperaba… quiero decir…

—Oh, ¿quieres una cama?

—Al menos, ¿no?

—Ah, sí. Por diez libras debería al menos meterte a una cama. Señorita Barlow, ¿cómo lo quiere? ¿Durante cuánto tiempo? Diez libras le garantizan al menos cuatro horas. ¿Tiene alguna posición preferida? No le contará luego a sus amigas que me pagó por sexo, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —exclamó ella, roja desde el nacimiento del cabello hasta el pecho— ¡Y no sé nada de preferencias… posiciones y eso…! ¡Soy virgen! —la expresión de Sebastien cambió por completo. Su sonrisa divertida se esfumó y la miró de arriba abajo muy serio—. ¡Qué! ¿No lo hará si soy virgen?

—Definitivamente, no —el cuerpo de Grace se enfrió, y pasó del rojo al pálido en un instante.

—¿Por qué no?

—Porque no hay virgen que no traiga problemas. Asustan más que la sífilis, ¿lo sabías? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué quieres perder así tu virtud?

—No es asunto suyo. Sólo… haga el trabajo, y ya.

—No, ya no quiero —dijo Sebastien devolviéndole la bolsa de monedas.

Grace la atrapó en el aire sintiendo que la enviaban de vuelta a un foso.

Si él no aceptaba, ella perdería. Perdería demasiado.

—Se lo pido —dijo con voz suave—. Lo necesito.

—Fuera de mi negocio —dijo él con tono frío. Grace volvió a mirarlo casi implorante—. A menos que quieras convertirte en una de mis chicas —dijo él cambiando de nuevo el tono de voz. Ahora era otra vez burlón, retador—. En ese caso, no tendrías que pagar para tener sexo, al contrario, recibirías el dinero… como debe ser, ¿no?

—No estoy pensando convertirme en una cualquiera. Sólo quiero… un servicio, y… quitarme esto de encima—. Él la miró de nuevo curioso, como si ella fuera alguna especie de jeroglífico difícil de descifrar.

—¿Has visto una zanahoria? —preguntó con seriedad—. También sirve para eso.

Ella contuvo el aire ruidosamente al comprender lo que él intentaba decir.

—¡No me entiende!

—He oído de personas que usaron una botella. No te lo recomiendo.

—Señor Chevalier, es un asunto de vida o muerte para mí.

—Lo más raro que escuché alguna vez fue de un…

—¡Me van a casar con un viejo libidinoso! —gritó ella empuñando las manos y cerrando los ojos. Una lágrima corrió presurosa por su mejilla, y Sebastien se quedó en silencio al fin—. No quiero… no soportaré… pasar mi vida con alguien así. No puedo.

Los hombros le temblaron. Nunca imaginó que tendría que dar sus razones para poder ser aceptada. Pero así había resultado todo.

Sentía vergüenza, más que si estuviera desnuda.

—¿Y cuál es tu plan? —preguntó él con un tono que sonaba a regaño—. ¿Arruinar tu reputación para no casarte jamás? Te enviarían a una finca lejos, para que acumules polvo y moho por todas las partes de tu cuerpo.

—Prefiero eso… que morir de asco cada noche con ese hombre.

—No es para tanto —dijo Sebastien sacudiendo su mano.

—No para usted, que es hombre —contestó ella al instante, mirándolo a los ojos, con los suyos brillantes por las lágrimas y la indignación—, que nunca tuvo que lidiar con el hecho de que alguien más controlara su vida y su destino. A usted nadie le ha dicho qué comer, qué vestir, qué decir. A qué horas levantarse, cuántas oraciones hacer, a quién saludar, a quién ignorar… ¡Todo! —Apretó fuerte sus dientes, completamente tensa en su lugar. Las lágrimas corrieron libres por sus mejillas.

Y, ahora que se daba cuenta, esta era la primera vez que se quejaba en voz alta de su vida.

Nunca, nunca, se lo había dicho a nadie.

Y aquí estaba, llorando ante este desconocido, un hombre de piedra que jamás la comprendería, pero que necesitaba desesperadamente.

—Cada pequeño aspecto de mi vida… —siguió, modulando su voz para que no se quebrara— es una prisión. Quiero liberarme. Por eso vine aquí.

Él permaneció en silencio, mirándola fijamente, pero ella no era capaz de descifrar lo que había en sus ojos. Y así, el uno intentando comprender al otro, permanecieron en silencio por largo rato.

Como él no dijo nada, y la desesperada era ella, rompió el silencio.

—¿Me va a ayudar? —preguntó—. Tengo cómo pagarle.

—No. Lo siento—. Aquello fue un duro golpe. Las rodillas parecieron desfallecer.

Pero no podía rendirse.

—Por favor… —insistió—. ¿Es por Olive? ¡Ella nunca se va a enterar! —Él se acercó de repente, poniendo su rostro muy cerca al suyo. Pero no hubo suavidad en sus palabras.

—Búsquese a otro. Seguramente habrá quien quiera hacérselo gratis.

—Por favor —sollozó. Sin embargo, él sólo dio la vuelta y abrió la puerta—. Por favor —volvió a llorar.

—Usted decide, señorita. Salir por sus propios pies, o a empujones.

Ay, no, pensó ella. Todo se había echado a perder. Jamás pensó en la posibilidad de que él se negara, y en este momento, su desesperación le impidió preguntarse por qué, sólo buscaba alternativas, maneras de convencerlo.

Tenía que perder la virginidad esta noche. Tenía que salir de las garras de Edgar Henslow y su hijo de manera irremediable. Tenía que hacerles perder su pequeño trofeo de cualquier manera.

Volvió a mirarlo, pero su rostro parecía de cera. No demostraba emociones.

Seguro porque ella no se las provocaba, pensó con una pizca de decepción.

Dejó caer los hombros.

No era lo suficiente bonita, tal vez.

Ser la hija del vicario era demasiado problemático, también.

Si hubiese sido cualquier otra, él no se habría negado, pero otra vez, ella era diferente.

¿Qué le esperaba ahora?

Volver a casa, seguir su rutina, recibir las visitas de los Henslow, escuchar sus sucias insinuaciones, y más adelante, verlas cumplidas.

Iba a morir.

Gritaría en silencio desde ese día hasta su muerte real.

Y si tenía hijos, los odiaría, o los culparía, o se refugiaría en ellos viviendo la vida a través de otros.

Pasó por su lado hasta llegar al umbral de la puerta, viendo su futuro como un pozo hondo, oscuro y húmedo. No estaba exagerando, pensar en ese hombre le revolvía el estómago, ¿cómo soportaría que la besara, que la tocara?

La vida de una prostituta no sería tan mala como la suya.

Y esa idea brilló en su oscuridad como un rayo en medio de una tormenta.

Sí. Había otra manera de escapar.

La música que venía del salón se escuchaba fuerte y clara. Un pianoforte, voces, palmas y risas.

Podía hacer algo mucho más radical, algo más significativo que sólo perder la virginidad en silencio y ver la cara de Henslow cuando se diera cuenta de que le habían arrebatado su tesoro.

Podía castigar también a sus padres, a la iglesia. A Dios mismo.

Ya que a ninguno de ellos le importaba su vida, su felicidad, ella iba a hacer lo que quería con ella. Iba a caer directo en las flamas del infierno, pero esta vez sería SU infierno. Uno elegido por ella.

Se detuvo girándose de nuevo a Sebastien Chevalier, que la miraba esperando con una extraña sonrisa en los ojos.

No le prestó atención. Ya había desechado todo intento de comprender a este hombre.

—¿Cuánto gana una prostituta? —preguntó, y él frunció el ceño. —Usted mismo lo dijo —siguió—. Debería recibir dinero en vez de pagarlo —él intentó decir algo, pero ella no se lo permitió—. Me haré una prostituta —declaró—. No puede ser peor que yacer con ese… hombre.

Volvió a mirarlo, y él parecía pasmado ante sus palabras.

Por supuesto. Escuchar a la respetable hija del vicario que se volvería una prostituta debía ser todo un espectáculo… hasta para un hombre que estaba acostumbrado a ellos.

—¿Soy muy fea? —preguntó Grace con inseguridad.

Su cabello rojo se había salido hace rato de su moño, y caía en ondas sobre sus hombros. Sus facciones tal vez no eran lo suficientemente atrayentes.

Pero tenía pechos, pensó.

Tetas satánicas.

Podía usar maquillaje, y el resto se arreglaba con ropa adecuada.

Volvió a mirar a Sebastien Chevalier pensando ya en la inversión que debía hacer sobre sí misma, su atuendo y demás. Le pediría un préstamo, y estaba decidida a trabajar duro para pagarle luego. Sería la prostituta más productiva del burdel. Seguro que al escuchar que la hija del vicario vendía su cuerpo, los hombres vendrían como ríos. Haría mucho dinero y le pagaría a Sebastien.

Esto eran negocios, después de todo. No caridad.

Y ella estaba huyendo de la muerte misma. Cualquier cosa que él le ofreciera, estaba bien.

—Puedo empezar esta misma noche —dijo, tratando de sonar segura, determinada.

Pero él sólo se echó a reír. Una sonora carcajada que, otra vez, no decía nada, no transmitía nada.

4

Sebastien Chevalier nunca creyó que llegaría a presenciar algo semejante.

Una mujer decente descendiendo por voluntad propia, y con una convicción tan torpe como peligrosa, al más nauseabundo lodo de la sociedad. Y lo peor: como si aquello fuera una tabla de salvación.

No.

Era demasiado absurdo incluso para él.

Se preguntó qué demonios había estado leyendo. Dudaba que en la biblioteca del vicario existiera algo más allá de sermones, salmos y advertencias morales cuidadosamente subrayadas. ¿Entonces qué ideas se le habían metido en la cabeza? ¿Qué conversaciones había sostenido? Sus amigas eran esposas ejemplares, hijas obedientes, mujeres entrenadas desde la cuna para no mirar jamás hacia este lado del mundo.

Y, aun así, allí estaba.

Convencida de que un burdel podía ser una salida.

Aquello le provocó una risa seca, sin humor.

Si Grace Barlow creía que la vida entre esas paredes podía ser mejor que cualquier matrimonio, por miserable que fuera, entonces no entendía absolutamente nada. La respetabilidad, la seguridad que ofrecía incluso el más amargo de los contratos matrimoniales, seguían siendo un refugio comparado con lo que él veía cada noche. Con lo que sabía. Con lo que callaba.

Las mujeres no llegaban allí buscando salvación.

Llegaban porque ya no tenían ninguna.

Sebastien la observó en silencio. Demasiado limpia. Demasiado intacta. Demasiado convencida de que aún podía elegir.

Un arranque, decidió. Esto no era más que un gesto desesperado, nacido del miedo y la ignorancia. Y los arranques se curaban de una sola manera: enfrentándolos con la realidad.

No iba a perder el tiempo explicándole. Las palabras bonitas no servían con ilusiones tan necias.

Había que arrancarlas de raíz.

Con esa determinación, le tomó la mano. No fue brusco, pero tampoco delicado. La condujo fuera del despacho y avanzó por los pasillos, donde el aire cambiaba de inmediato: más denso, más cargado de perfumes baratos, sudor y algo agrio que nunca abandonaba del todo aquel lugar.

Llegaron a un corredor largo, estrecho, flanqueado por puertas a ambos lados. Detrás de algunas se oían risas demasiado altas,

gemidos apagados, discusiones en susurros. Detrás de otras, un silencio espeso, inquietante.

No. No le mostraría el brillo falso del oficio, ni los vestidos bonitos, ni las sonrisas ensayadas.

Le mostraría lo peor. Lo que nadie contaba. Lo que ninguna mujer decente sobrevivía sin perder algo esencial.

Si después de eso seguía creyendo que aquel era su camino… entonces, pensó con una mueca amarga, el mundo ya la había perdido mucho antes de que él pudiera impedirlo.

Avanzó sin soltarle la mano. No tiró de ella, pero tampoco le dio opción a detenerse.

Ella estaba un poco rígida, dudosa de sus intenciones, pero con la barbilla elevada de quien, tercamente, se siente capaz de soportar cualquier cosa.

Ah, pensó. Vamos a poner a prueba esa entereza.

Se detuvo frente a la primera puerta y la abrió sin ceremonia.

Dentro había una cama amplia, deshecha, y dos cuerpos desnudos entrelazados sin pudor alguno. No había romanticismo: sólo piel contra piel, sudor, respiraciones agitadas. La mujer gemía con voz aguda y alta, exagerada; el hombre no le devolvía la mirada, concentrado únicamente en su propio placer.

Sebastien no dijo nada. Sólo observó a Grace de reojo.

Ella se quedó inmóvil, los labios entreabiertos, los ojos demasiado abiertos. Estaba sorprendida, eso no había que decirlo, era evidente. Pero ella no retrocedió. Aún no.

Cerró la puerta.

—¿Esto es lo que busca? —preguntó con suavidad estudiada, casi amable.

Grace cerró la boca, y, aunque estaba pálida, se las arregló para componerse de nuevo, aunque la palidez en sus mejillas la delataba.

No respondió.

Sebastien, con una sonrisa, dio unos pasos, aún sosteniéndola de la muñeca, y abrió la siguiente puerta.

Allí había tres personas. Dos mujeres y un hombre. Las dos atendían al caballero poniendo sus bocas en sitios que Grace jamás imaginó que se tocarían. Hasta la puerta se escuchaba el sonido de sus succiones, de sus gemidos, los sonidos de aprobación del hombre que acariciaba, apretaba y manoseaba.

¡Dos mujeres!

Sebastien sonreía de verla dar un pequeñísimo paso atrás.

—Oh, este es el trío más común aquí. Hay veces en que… son dos hombres los que quieren disfrutar a la misma mujer.

Los enormes ojos grises de Grace se clavaron en los de Sebastien, pero dándose cuenta de que cualquier signo de rechazo o sorpresa jugaría en contra de su decisión, asintió, como si sólo le hubieran dicho que el precio de la leche subió un penique.

Sebastien cerró la puerta.

Siguieron avanzando.

En otra habitación, una mujer mayor, demasiado mayor para los gustos comunes, estaba desnuda frente a un espejo, mientras un muchacho apenas adulto la miraba con una mezcla de nervios y avidez. Sebastien supo que Grace había entendido el mensaje: aquí no había edades ideales, ni equilibrios, ni ternura.

—Todavía podemos volver —le dijo—. Nadie te obligó a venir.

Ella negó apenas con la cabeza. Pero ya no era firmeza: era terquedad desesperada.

La siguiente puerta mostró algo distinto.

Un hombre desnudo, arrodillado. Las manos atadas, la espalda tensan y marcada como si le hubiesen lastimado. Pero él no gritaba, no suplicaba, su postura hablaba de sumisión absoluta, pero sus ojos estaban llenos de anticipación, placer y adoración por la mujer que, frente a él, sostenía una fusta.

Era una mujer hermosa, apenas cubierta en los lugares críticos con retazos de piel negra. Su expresión era de molestia, altivez, y

cuando levantó la mano para volver a castigar el hombre atado, Sebastien se apresuró a cubrir la boca de Grace, que parecía lista para protestar en favor del sumiso, como si quisiera salir a defenderlo.

—Ni se te ocurra —le susurró.

Impidiendo que de su boca saliera ningún sonido, la llevó de vuelta a los pasillos. Grace se libró de él y se apoyó en una pared, y al verla, Sebastien reaccionó rápido. Encontró una escupidera y se la acercó.

Grace vomitó.

Luego de lo que parecieron horas, y de que su estómago devolviera todo lo que había estado revolviéndose antes, ella empezó a temblar. Se abrazó a sí misma intentando calmarse, respirando superficialmente, batallando contra sus propias reacciones.

Sebastien sólo pudo sonreír agachándose a su lado. Casi quiso extender la mano a ella para sobarle la cabeza, pero contuvo el impulso.

Ella ya no estaba pálida, sino, más bien, verde. Su delgado cuerpo, todavía escondido tras toda esa ropa masculina, temblaba.

Dios sabía que él jamás le habría mostrado escenas así a una señorita de bien. Nunca. Pero era su deber. Por alguna razón, no podía permitir que Grace cayera aquí.

—Esto también es parte del negocio —dijo Sebastien, ya sin burla. Grace lo miró de reojo—. Todo lo que no se dice en los salones decentes termina aquí.

Ella gateó dando un paso atrás. Luego otro.

No lloró, aunque tenía los ojos humedecidos. Sus labios temblaban, pero de ellos no salió sonido. Eso lo sorprendió.

Pero sus ojos… sus ojos estaban vidriosos, llenos de algo que no era simple impresión, sino horror auténtico.

—¿Sigues queriendo trabajar aquí? —preguntó por última vez, deteniéndose frente a otra puerta, poniendo la mano en el picaporte —. Porque esto no mejora —siguió—. Nunca mejora. Y no importa

cuántos años pasen, esos hombres que pagan por usar tu cuerpo nunca te verán como otra cosa más que un orificio donde depositar su mierda.

Grace no dijo nada, sólo lo miró como si lo odiara.

Sebastien sonrió.

—Mis chicas están bien cuidadas —explicó—, pero trabajan duro. Mínimo cinco clientes por noche. A veces no se van a la cama sino hasta la mañana. No importa si tienen su periodo, si están indispuestas, si el cliente huele mal y no se lava los dientes… La noche que no trabajan, es una pérdida para ellas. Un cliente insatisfecho, es una mancha en su servicio. Te pregunto, dulce Grace. ¿Aún quieres hacer esto?

Grace no le sostuvo la mirada, miró la madera del piso como si acabara de recibir alguna sentencia. Se llevó una mano al estómago, como si el cuerpo quisiera seguir vomitando, pero ya no tenía nada qué expulsar.

Sebastien no necesitó abrir esa última puerta.

Ya podía imaginar la respuesta. Cualquier chica decente lo detestaría, huiría de aquí. Y no era para menos. Era, además, el efecto que había estado buscando.

Y, por primera vez desde que la había sacado del despacho, sintió una punzada incómoda en el pecho.

No de culpa.

Pero sí de certeza.

Aquello la estaba rompiendo.

Se encaminó a ella y, tomándola de los brazos, la puso de nuevo en pie. Grace se alejó de él como si apestara, aunque él estaba seguro de que olía muy bien. Como ella no permitió que la volviera a tocar, le señaló el camino.

Grace caminó hacia la salida como si el suelo hubiera perdido firmeza, pues parecía hundirse bajo sus pies.

Cada paso le traía de nuevo una imagen, un eco, un fragmento que se le adhería a la piel como las sanguijuelas. No podía dejar de verlos, aun con los ojos cerrados: cuerpos sin pudor, miradas vacías, risas que no nacían de la alegría sino de la costumbre. No había ternura en nada de aquello. No había cuidado. No había intimidad, como ella la había imaginado, si es que alguna vez la había imaginado.

Tal vez no lo había hecho nunca.

Tal vez había vivido creyendo que entre un hombre y una mujer existía algo… distinto. Algo que no sabía nombrar, pero que suponía humano, reservado, casi sagrado.

Lo que había visto no se parecía en nada a eso.

Era uso. Era dominio. Era repetición.

Sintió otra vez náuseas, no en el estómago, sino en el pecho, como si el aire mismo se hubiera vuelto espeso. Las puertas cerradas seguían allí, aunque ya no las viera, alineadas en su memoria como advertencias.

Dio un respingo cuando Sebastien acomodó la capucha sobre su cabeza, alejándose unos pasos, pero él no pareció notar que ella lo detestaba. Sólo metió los dedos en su boca lanzando un silbido.

Fue cuando al fin ella miró alrededor. Estaban afuera, habían salido por la puerta trasera, y el aire fresco de la noche dio de nuevo en sus mejillas, devolviéndole un poco de color.

Un muchacho apareció al sonido del silbido de Sebastien, y éste le dio órdenes que ella no escuchó. Apretaba su capa alrededor de su cuerpo sin saber qué hacer, a dónde ir.

¿Volver a casa? ¿Quedarse deambulando por las calles?

Necesitaba pensar. Necesitaba calmar su mente.

Minutos después de estar allí, un carruaje se detuvo ante ella. Grace lo miró sorprendida, luego a Sebastien.

—Te llevarán a casa —dijo, sin ironía, sin dureza.

Ella se quedó mirándolo a la escasa luz de la farola más cercana. Era una mirada que combinaba sorpresa, pues, después de toda su

crueldad y crudeza, no esperó un gesto de cuidado como este. Y luego, estaba esa expresión extraña de él, como si se hallara incómodo cerca de ella, como si quisiera deshacerse lo más pronto posible de su presencia.

Su escrutinio lo puso peor, y sintió cierto regocijo de poder devolverle algo del daño que ella había recibido.

—Devuélvela sana y salva a casa, George —ordenó Sebastien esquivando su mirada.

—Sí, mi señor.

—Como le suceda algo, te cortaré un… —él se detuvo y miró de reojo a Grace. Pero ella ya no lo miraba.

—Ya lo sé —dijo el tal George, un muchacho joven y de sonrisa fácil, que le extendió la mano a Grace para que subiera al carruaje. Sebastien también lo hizo, pero ella ignoró a ambos y subió sin mirar.

Sebastien soltó un suspiro cansado, lo que hizo que George lo mirara de reojo. No dijo nada; amaba la vida.

En cuanto la portezuela se cerró y el carruaje empezó a avanzar, algo dentro de Grace se rompió al fin. No fue un sollozo escandaloso, ni un llanto desbordado. Fue silencioso, convulso, contenido en los hombros y en el temblor de las manos. Se cubrió el rostro con la capa y lloró.

Lloró por lo que había visto.

Lloró por lo que había comprendido.

Lloró porque ya no podía engañarse.

Ahora sabía, con una certeza que dolía más que cualquier castigo, que lo que había presenciado esa noche no era una aberración aislada del mundo decente. No era algo que sólo sucedía en estos sitios.

Esta era la sombra producida por la luz misma.

Era su reverso. La oscuridad que nadie puede negar.

Y era a esto a lo que se referían Edgar y Ambrose Henslow cuando le manifestaron lo ansiosos que estaban.

En un instante, imaginó que ella era todas esas mujeres, y esos dos, todos esos hombres.

La primera mujer… ¿había que abrir tanto las piernas? Era casi antinatural. Y él encima, empujando así, con violencia…

Luego, ese trío. Sebastien Chevalier aseguró que a veces eran dos hombres disfrutando la misma mujer. ¿Podrían padre e hijo ponerse de acuerdo para hacerla vivir algo así?

¿Y si uno de esos dos prefería que lo azotasen? ¿O, peor, azotarla a ella?

El sudor de sus cuerpos, sus miembros excitados, el sonido de sus gemidos, los olores, el calor, todo volvió a ella en oleadas, pero todos esos rostros ahora eran los de su futuro marido, el de su hijo, y ella misma.

Su mundo se había reducido a una sola idea, clara y terrible.

Esto es lo que me espera.

No exactamente así, se dijo… pero tampoco tan distinto.

Las palabras de Ambrose regresaron con una crudeza nueva, ya sin ambigüedad. El tono. La seguridad con que había hablado de su cuerpo como algo que heredaría. Como algo que se turnarían.

La mirada de Edgar, más contenida, más paciente… pero igual de posesiva. Sus asquerosas palabras ahora cobraban todo el sentido del mundo. Ella había visto lo que él imaginaba cuando la miraba, y sentía… asco, horror, miedo.

Sí, miedo. Porque no sabía cuánto aguantaría. No sabía si prefería morir a golpes que sometida. Cualquiera de esas dos muertes sería horrible.

Se secó las lágrimas y miró por la ventanilla del carruaje las casas pasando una tras otras mientras todo dentro de ella ardía y se revolvía. Sebastien Chevalier la había llevado a esas habitaciones para que desistiera, para que se horrorizara, para que no volviera a mencionar el asunto.

Pero había conseguido el efecto contrario. Hoy, más que nunca, sabía que debía huir de ese matrimonio.

Él estaba equivocado, totalmente. El horror no estaba en el burdel.

El horror estaba en el matrimonio que le habían impuesto.

Y ella estaba siendo empujada directamente hacia allí, sin elección, sin defensa.

No.

No había ido al burdel para descubrir algo nuevo.

Había ido para ponerle rostro al destino que la aguardaba.

Y lo había visto con claridad suficiente como para no poder apartar la mirada nunca más.

Sebastien dormía a pierna suelta cuando alguien empezó a sacudirlo con insistencia. Un sacudón breve, luego otro más decidido.

Gruñó algo ininteligible y abrió los ojos con dificultad. Había estado durmiendo boca abajo, con el rostro hundido en la almohada, el cuerpo pesado como si aún llevara encima la noche entera. Se giró con torpeza y terminó sentado al borde de la cama, el cabello revuelto, los párpados ardiendo.

—¿Qué pasa, maldición…? —masculló, llevándose una mano al cuello.

Sentía la boca seca, el cuerpo lento, como si cada hueso le pidiera un día más de descanso. Siempre era así. No importaba cuántas horas durmiera: nunca eran suficientes. El Corsé roto no cerraba jamás del todo, y él tampoco.

La cortina fue corrida de golpe y la luz de la tarde, ya avanzada, invadió la habitación sin misericordia. Sebastien siseó y se cubrió los ojos.

—Lamento despertarte así, mon amour —dijo una voz femenina, práctica, sin rastro de culpa—. Pero tenemos una situación.

—¿Qué hora es…? —preguntó, parpadeando—. No, espera. No me digas. —Bajó la mano—. ¿Las tres?

—Las tres pasadas.

—Magnífico —rezongó—. ¿Y vienes así, sin un café?

Seraphina señaló la mesa sin decir palabra.

Allí estaba: una taza de loza gruesa, humeante, el aroma amargo y profundo llenando la habitación austera. Café negro. Fuerte. Caro. El único lujo que Sebastien se permitía sin discusión.

La habitación no tenía nada más digno de mención: una cama amplia y desnuda, una mesa, un arcón con su ropa, una lámpara, una palangana con agua ya entibiada. No necesitaba nada más. Dormía allí porque era práctico, no por comodidad.

Bebió el primer sorbo casi con devoción. El segundo lo hizo cerrar los ojos. Al tercero, el mundo empezó a encajar otra vez.

—Bien —dijo al fin—. Ahora sí. ¿Qué pasa?

—Tenemos una solicitante para el trabajo.

—¿Ah, sí? —alzó una ceja—. ¿Es muy fea?

El silencio fue inmediato. Denso.

Sebastien bajó la taza lentamente y la miró.

Seraphina Rouge no era una mujer que se quedara sin palabras. En diez años al frente de las prostitutas del Corsé roto, o "las chicas", como prefería llamarlas, había visto de todo: miseria, ambición, hambre, enfermedades, arrepentimientos tardíos y también una que otra victoria improbable. Si callaba, era porque algo no andaba bien.

Ella era la mayor de todas las mujeres aquí, la más antigua, la que ponía orden sin alzar la voz. Se ocupaba de que las chicas comieran, se lavaran, descansaran cuando podían. Las recibía cuando llegaban, asustadas, endurecidas o desesperadas, y las entrenaba sin falsas promesas. Y cuando alguna lograba irse, la despedía sin reproches.

No las mimaba. Pero tampoco permitía que fueran tratadas como pedazos de carne. Les devolvía un poco de humanidad en un mundo donde ellas eran cosas.

Sebastien la adoraba y odiaba a partes iguales. Era la única que le ponía el punto sobre las íes, y la última línea de defensa de su

negocio.

El silencio le erizó la piel.

Un pensamiento pelirrojo y de ojos grises cruzó su mente.

La descartó de inmediato.

No. Imposible.

Ella había visto anoche suficiente como para no volver jamás.

—Mierda… —susurró.

Se puso de pie con la taza aún en la mano y salió de la habitación.

Los pasillos del burdel, a la luz del día, eran otra cosa. Olían a lejía, a agua enjabonada recién tirada, a cera de velas apagadas. Las risas de la noche habían sido reemplazadas por murmullos, pasos descalzos, el golpeteo rítmico de una escoba.

—¡Mi amor! —canturreó una chica al verlo pasar.

Iba sólo con pantalones, el torso desnudo, la piel marcada por el calor de las sábanas. No se molestó en responder. Otra se mordió el labio y le lanzó un beso desde una puerta entreabierta.

Era parte del teatro. Frente a él, todas exageraban. Se comportaban como si lo adoraran, como si nunca hubiesen tenido sexo suficiente. Como hembras en celo frente al Alpha, o algo así.

—¿Dónde está la "situación"? —preguntó, sin detenerse.

—En el salón principal —respondió Seraphina, siguiéndolo de cerca casi al trote.

—Mierda, mierda, mierda…

Empujó las puertas.

El salón principal estaba irreconocible sin la noche. La tarima, vacía, sostenía el pianoforte en silencio, como un animal dormido. Las lámparas colgaban apagadas, relucientes. Las mesas habían sido arrimadas contra las paredes, las sillas apiladas con orden.

Una mujer limpiaba el suelo con movimientos lentos, concentrada.

Y en el centro exacto del salón, como una mancha imposible de ignorar, estaba esa persona.

Un muchacho. Delgado. Inmóvil. Con una chaqueta demasiado grande, botas gastadas y una capa con capucha.

La misma de la noche anterior.

Sebastien se detuvo en seco.

—Maldición… —murmuró.

Grace Barlow.

Había vuelto.

Y nada bueno podía salir de eso.

5

Grace observó el interior del edificio con una mezcla de expectación y vértigo.

Si todo salía bien, ese lugar pronto sería su nuevo hogar.

Había engañado a sus padres con una mentira cuidadosamente escogida: una fiesta de té en casa de Olive, una excusa respetable, femenina, imposible de cuestionar. Salió sola antes de que ninguno pudiera advertirlo o, peor aún, impedirlo. Su madre estaba ocupada en otra reunión, absorta en sus compromisos sociales; su padre, seguramente en el estudio. El momento era perfecto. No habría otro igual.

Caminó varias calles sin apuro, el corazón firme, y al llegar a un callejón estrecho y maloliente, se detuvo. Allí, con manos rápidas y nerviosas, se quitó las faldas y las dobló como pudo, escondiéndolas en un rincón oscuro. Se puso el chaquetón y la capa, ajustó los botones con dedos torpes. El cabello ya estaba recogido en un moño tirante que desaparecía por completo bajo el pequeño sombrero masculino.

Toda precaución parecía insuficiente.

Luego salió del callejón y retomó la marcha, esta vez sin culpa ni prisa, como si ese atuendo le concediera un permiso invisible.

Caminó directo al burdel El corsé roto.

El guardia de la puerta la reconoció al instante. No dijo nada; apenas hizo una mueca extraña, mezcla de fastidio y desconcierto, y se hizo a un lado para dejarla pasar. Aquello le produjo un leve escalofrío.

Esta vez no la llevaron a ningún despacho. La guiaron hasta el salón principal.

A esa hora, el lugar estaba en plena faena doméstica. Dos mujeres limpiaban: una fregaba el suelo con movimientos amplios y metódicos; la otra pasaba una mopa por las paredes y las cortinas, levantando pequeñas nubes de polvo. El aire olía a jabón fuerte, a agua caliente, a tela húmeda.

Grace parpadeó, sorprendida.

No estaba segura de que la capilla recibiera una limpieza tan minuciosa.

—¿Y qué hace un chico aquí tan temprano? —preguntó una de las mujeres, acercándose con abierta curiosidad.

Grace se giró… y se quedó sin aliento.

La mujer llevaba puesto sólo un corsé y ropa interior. Sus senos, grandes y pesados, se imponían sin pudor alguno, sostenidos apenas por la prenda. El cabello, recogido con docenas de lazos, parecía estar en preparación para la noche.

—Oh, no es un chico —dijo otra, observándola con los ojos entornados.

—¿No? —la primera ladeó la cabeza—. ¿Y entonces qué es?

Antes de que Grace pudiera reaccionar, la mujer estiró la mano y la llevó directamente a su entrepierna, como si comprobara una mercancía.

Grace dio un salto y lanzó un chillido ahogado.

La mujer se quedó inmóvil, los labios entreabiertos.

—No tiene nada.

—Te lo dije —respondió la otra, con una sonrisa ladeada.

—¿Entonces eres una chica?

—O un eunuco —intervino una tercera desde más atrás, entre risas.

Grace sintió el rostro arderle. Las mejillas le quemaban de vergüenza y rabia. Nunca nadie la había tocado así. Ni siquiera otra mujer. Se sintió expuesta, invadida… ultrajada.

Pero ninguna de ellas parecía querer disculparse.

Al contrario: la miraban con una naturalidad casi insolente, como si aquel gesto hubiese sido lo más lógico del mundo. Como si tuvieran pleno derecho a hacerlo.

Y quizá lo tenían.

Era su espacio. Su territorio.

—Yo…

Antes de que Grace pudiera decir una palabra más, una mujer alta, de cabellos oscuros recogidos con cierta elegancia y ojos marrones atentos apareció en el umbral del salón. Su sola presencia bastó para imponer orden. Con voz firme fue enviando a cada una a su lugar, llamándolas por su nombre, recordándoles tareas pendientes, señalando con precisión quién debía limpiar, quién debía retirarse, quién ya estaba perdiendo el tiempo.

Cuando el murmullo se disipó, se cruzó de brazos y clavó la mirada en Grace, recorriéndola de arriba abajo con la rapidez de quien está acostumbrada a evaluar cuerpos, riesgos y mentiras en un solo vistazo.

—¿Buscas algo? —preguntó.

—Busco a Sebastien Chevalier —respondió Grace, haciendo un esfuerzo consciente por sostener la voz.

La mujer sonrió, ladeando apenas la cabeza.

—Tú y todas las putas del condado, querida. ¿Qué te hace pensar que a ti sí te recibirá?

—Dígale que Grace Barlow ha vuelto.

La sonrisa se borró del rostro de Seraphina de inmediato.

No era una mujer religiosa. Iba a la iglesia de vez en cuando, siempre sentándose atrás, muy atrás, donde nadie pudiera señalarla,

ni reprocharle nada. En otro tiempo, cuando era joven y aún creía en la misericordia, había ido en busca de consuelo. Nunca lo encontró. Con los años, dejó de esperar respuestas y empezó a asistir sólo por las alabanzas. Si Dios no tenía nada bueno que decirle a ella, al menos ella sí tenía algo que decirle a él.

Por eso conocía ese nombre.

Grace Barlow no era una cualquiera. Era la hija del mismísimo reverendo Charles Barlow.

La recordaba bien. La joven de voz clara, que cantaba y tocaba el piano con una delicadeza casi dolorosa, elevando los himnos con una pureza que a Seraphina le había provocado más de una vez un nudo en la garganta. Aquella muchacha lograba, por breves instantes, que incluso ella creyera que tal vez todavía había algo bueno esperando del otro lado.

La mano le tembló. Cerró los labios antes de que se le escapara cualquier cosa imprudente.

—¿Qué haces aquí, niña? —logró preguntar al fin.

Escudriñó su rostro, sus ojos, su tensa rigidez. Buscaba una razón. Cualquiera. ¿Cómo algo tan intacto podía estar allí? No pertenecía a ese lugar. No debía estar en ese lugar.

—Sólo hablaré con Sebastien Chevalier, si me disculpa —respondió Grace, con una firmeza que desentonaba con su aspecto.

Si hubiese sido cualquier otra mujer, cualquier otra persona, Seraphina ya la habría tomado del pelo y la habría arrastrado hasta la calle sin contemplaciones. No toleraba visitas inconvenientes ni curiosidades mal dirigidas. Pero no podía hacerlo con ella.

Había algo en Grace que imponía respeto. No altivez, no arrogancia. Era otra cosa. Una dignidad silenciosa que incluso allí, vestida como muchacho, no desaparecía.

Además, nunca la había tenido tan cerca. Nunca había intercambiado palabras con ella. Y ahora, viéndola allí, comprendía que debía tratarse de algo grave. Muy grave.

No podía ignorarlo.

Con el corazón latiéndole más rápido de lo que le hubiera gustado admitir, dio media vuelta. El señor Chevalier todavía dormía; despertarlo no sería fácil. Así que hizo lo que siempre hacía cuando la realidad exigía cabeza fría: puso agua a calentar y preparó café.

Café fuerte. Negro. El que él necesitaba para volver a la vida.

Cuando todo estuvo listo, fue a despertarlo.

La reacción de Sebastien fue más o menos la que había esperado. ¿Qué podía estar buscando la hija del vicario en un burdel? Algo así no tenía precedentes. Así que lo siguió por los pasillos, escuchándolo maldecir en voz baja, hasta que él se detuvo en seco en medio del gran salón.

Y allí quedó, pasmado, mirándola.

Sebastien masculló un par de maldiciones más y, sin dar explicaciones, le tomó la mano y la condujo a su despacho. No fue delicado, pero tampoco violento: era la prisa de alguien que necesitaba encerrar una situación antes de que se desbordara.

Grace se dejó guiar. En parte porque no le dejó alternativa; en parte porque ella también necesitaba hablar a solas.

Esta vez entraron en un despacho amplio, muy distinto al anterior. Estanterías repletas de libros, en su mayoría libros de cuentas, cubrían una de las paredes. Un escritorio grande dominaba el centro, con un sillón cómodo tras él. A un costado había una chaise longue, y junto a la pared opuesta, un aparador con un servicio de té del que emanaba un persistente aroma a café fuerte.

Sebastien la hizo sentarse con cierta brusquedad en una de las sillas frente al escritorio y se quedó de pie ante ella, apoyando las manos en la cintura sin apartar la mirada. Grace alcanzó a notar que la mujer de antes, Seraphina, entraba detrás de ellos y se quedaba junto a la puerta, observando en silencio.

—¿Qué haces otra vez aquí? —escupió Sebastien entre dientes—. ¿No fui lo suficientemente claro anoche? ¿Quieres meterme en problemas? ¿Vas a volverme loco?

—¿Meterte en problemas? —replicó Grace, cruzándose de brazos con un gesto defensivo—. ¿Por qué te metería en problemas?

Él la señaló con un dedo, como si tuviera mil cosas que decirle, pero lo único que logró fue una queja atropellada. Entonces reparó en el tono de ella: no era suplicante, ni desafiante. Era casi… sereno. Frunció el ceño. La noche anterior lo había mirado como si lo odiara con todo su ser, y ahora le hablaba como si estuvieran discutiendo un desacuerdo trivial.

—No vas a trabajar aquí —sentenció—. Nunca.

Una exclamación ahogada rompió el aire del despacho. Ambos se giraron hacia Seraphina, que tenía una mano apretada contra el pecho, como si algo le doliera profundamente.

—Debe haber un error —dijo, esbozando una sonrisa desconcertada —. ¿Por qué la hija del reverendo querría trabajar aquí?

Sebastien alzó los brazos en un gesto amplio, casi triunfal.

—¡Exacto! —exclamó—. Vamos, responde con lógica. ¿Por qué alguien como tú querría trabajar en un lugar como este?

Grace miró a Seraphina. La mujer la observaba con una intensidad silenciosa, casi suplicante, como si le rogara que no confirmara una verdad demasiado cruel.

Tragó saliva y volvió a mirar a Sebastien.

—Mis razones… ya las expliqué anoche.

Él le sostuvo la mirada unos segundos más y, finalmente, rodeó el escritorio para dejarse caer pesadamente en el sillón. Soltó un suspiro largo y se pasó una mano por el rostro.

—¿Dónde está mi café? —murmuró, desorientado. Era demasiado temprano para esto.

Seraphina se movió sin decir palabra, volvió a servirle una taza y la dejó frente a él.

Sebastien bebió con avidez, cerrando los ojos un instante. Pero al abrirlos, Grace seguía allí.

—Mira —dijo al fin, con una paciencia forzada, como si explicara algo obvio—. No importa cuán horrible sea el esposo: no hay nada como la seguridad del matrimonio.

Grace intentó interrumpirlo, pero él alzó una mano.

—Una mujer casada tiene respeto, tiene nombre, tiene protección. Aguanta al viejo hasta que se muera, y ya.

Grace dejó escapar una risa breve, sin humor.

—No podré.

—Todos mueren algún día —replicó él—. Y los hombres solemos irnos primero.

—No entiendes —dijo ella, con la voz quebrándose—. No podré.

—¿Quién es? —preguntó Seraphina, con una calma que contrastaba con la tensión del despacho.

Grace la miró. Sus ojos ya estaban brillantes de lágrimas.

—Edgar Henslow.

—Es joven —analizó Seraphina—. Aun así, morirá antes que tú.

—¡No podré! —gritó Grace, poniéndose de pie de golpe—. ¡Porque cuando él muera, seguirá el hijo!

Los rostros de Sebastien y Seraphina se contrajeron al mismo tiempo.

—Ya me lo dijo —continuó Grace, sin detenerse—. No esperará a que su padre muera. Sólo le dará tiempo a que se canse de mí… o a que envejezca un poco… para tomar su lugar. Estaré atrapada entre padre e hijo, y no podré negarme a ninguno.

El pecho le subía y bajaba con violencia.

—¿Y si quedo embarazada? ¿De quién será? ¿Y si deciden hacer… hacer cosas juntos? ¿Y si el padre descubre lo que el hijo me ha forzado a hacer? —rompió a llorar—. ¿Qué será de mi vida?

Seraphina la miraba como si acabara de entender algo monstruoso. Sebastien, en cambio, permanecía inmóvil, procesando cada palabra.

—¿No ven que sólo me queda el suicidio o el asesinato? —sollozó Grace—. ¿De verdad alguien tiene que morir?

El silencio cayó como una losa.

Sebastien comprendió entonces que no se trataba de un capricho. Si Grace hablaba así, era porque ya le habían mostrado su futuro. Estaba huyendo.

Aun así, seguía creyendo que el fuego no podía ser mejor que la sartén.

—Si te quedaras aquí —dijo con calma—, cada noche atenderías a un Edgar Henslow distinto.

—Pero habría sido mi decisión —respondió ella al instante—. Quiero, al menos, el derecho a elegir mi infierno.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Entonces voy a morir —rio Grace, y había algo peligrosamente roto en sus ojos—. Encontraré un veneno y lo beberé.

—No intentes cargarme con esa culpa —dijo Sebastien, endureciendo la voz.

—¡Sebastien! —lo reprendió Seraphina, como una institutriz corrigiendo a un alumno testarudo.

Él guardó silencio.

Seraphina se acercó a Grace y le tomó los hombros, que temblaban sin que ella pareciera notarlo.

—Él tiene razón —dijo con suavidad—. Esta vida que estás eligiendo no es mejor que la que te espera en ese matrimonio. Puede ser distinta, pero no mejor. Piénsalo bien.

Grace levantó el rostro empapado en lágrimas. Ya no suplicaba; había en sus ojos una determinación oscura, casi serena.

—No entienden —dijo, con un hilo de voz que no pedía consuelo—. Ninguno de los dos entiende. Yo no estoy buscando una vida mejor. Estoy decidiendo que no vuelvan a tocarme.

Sebastien frunció el ceño.

—Eso no tiene sentido.

—Claro que lo tiene. —Grace se irguió un poco, como si la confesión le diera fuerza—. Si me caso, seguiré perteneciendo a otros. Primero

a mi esposo, luego a su hijo, luego a cualquiera que decidan poner sobre mí. Y mis padres podrán seguir llamándose respetables mientras me entregan como una moneda.

Seraphina apretó los dedos sobre sus hombros.

—¿No te importa lo que dirán de ti? —preguntó—. Tus padres…

—¡Quiero que no puedan volver a mirarse al espejo! —estalló Grace —. Les he rogado que me ayuden. Les he dicho que tengo miedo. Mi padre responde con golpes y mi madre con silencio. ¿Saben lo que es crecer entendiendo que tu pureza es más valiosa que tu vida?

El despacho quedó en silencio.

—Si me convierto en lo que ellos más desprecian —continuó Grace, ya sin gritar—, no podrán venderme nunca más. No podrán corregirme, ni esconderme, ni casarme a la fuerza. No habrá forma de devolverme al redil.

Sebastien abrió la boca, pero Seraphina lo detuvo con un gesto.

—Te destruirás —dijo ella, casi en un susurro.

Grace asintió.

—Lo sé. —Y por primera vez no lloró—. Pero será mi destrucción. No la que ellos planearon para mí.

Sebastien soltó una risa breve, incrédula.

—¿Y crees que eso los castigará?

—Sí —respondió ella sin vacilar—. Porque perderán lo único que les daba poder sobre mí: la ilusión de que podían decidir mi destino. Prefiero que me señalen por lo que soy aquí, a que me honren por lo que me obligaron a ser allá afuera.

Seraphina la miró largo rato. En ese rostro joven no había fantasía ni ingenuidad, sólo cansancio antiguo.

—No hay marcha atrás desde este lugar —dijo finalmente—. Si algún día te enamoras, aunque él acepte tu pasado, eso siempre estará en medio. Ningún hombre respetable te mirará como deseas. Una vez caigas aquí… no habrá lazo que te saque.

Grace sostuvo su mirada.

—Eso es exactamente lo que quiero.

Sebastien se pasó la mano por las sienes, derrotado. Ya no estaba discutiendo con una muchacha asustada, sino con alguien que había decidido incendiar todos los puentes antes de permitir que la arrastraran de nuevo.

Y eso, lo supo en ese instante, era mucho más peligroso que cualquier capricho.

Se dio cuenta de que Seraphina lo estaba mirando, esperando una respuesta, pero él no dijo nada. No porque estuviera de acuerdo, seguía pensando que Grace estaba cometiendo un error monumental, sino porque ya no quedaban argumentos que no sonaran huecos. La discusión había llegado a ese punto incómodo en el que la lógica se rinde ante la voluntad.

Le tocaba a Seraphina decidir. Y eso no le gustó en absoluto.

Ella guardó silencio durante largos minutos. Miró a Grace, luego a Sebastien, y volvió a mirar a Grace, como si pesara algo invisible. Finalmente, suspiró.

En ese instante, la capucha de Grace se deslizó hacia atrás. Ella intentó recolocarse el sombrero con torpeza, pero fue tarde. Un mechón rojo, intenso, se escapó y capturó la luz de la habitación.

Seraphina frunció el ceño.

—¿No es marrón tu cabello?

Grace dejó escapar una risita breve, nerviosa.

—No —respondió—. Es rojo.

Con un gesto decidido, se quitó el sombrero. La cabellera cayó libre, larga y sedosa, como una llamarada domesticada, ondulándose hasta la cintura.

—Me aplico polvos aquí —explicó, tocándose el nacimiento del cabello—. Para que nadie note el color real.

—¿Y qué clase de crimen es ese? —susurró Seraphina, genuinamente sorprendida.

Desde su lugar, Sebastien observó la escena sin moverse. Sus ojos se quedaron fijos en ese rojo improbable, vivo, impropio de alguien criada bajo el techo de un reverendo. No era un rojo vulgar ni estridente, sino profundo, cálido… peligroso.

Se descubrió a sí mismo pensando que, sí, ese era su color. Que siempre lo había sido, aunque ella se empeñara en ocultarlo.

El pensamiento lo irritó.

Notó la mirada de Seraphina y desvió los ojos con rapidez, como si lo hubieran sorprendido en una falta menor, pero reveladora.

—Tengo una idea —dijo ella entonces—. ¿Me escucharán ambos?

Grace asintió de inmediato. Sebastien se limitó a rodar los ojos. No era un sí, pero tampoco un no, y Seraphina lo tomó como una concesión.

—Eres virgen, ¿verdad?

Grace asintió de nuevo, con las mejillas encendidas.

—Bien. Hagamos una subasta. Subastemos la virginidad de Grace Barlow.

Sebastien giró el rostro hacia ella con brusquedad, fulminándola con la mirada.

—Ni lo sueñes.

—Piénsalo —insistió Seraphina—. Ella quiere escándalo. Quiere volverse inadmisible como esposa respetable. ¿No es así?

Grace volvió a asentir.

—Ese acto lo consigue todo —continuó—. Rompe cualquier trato con los Henslow, castiga a sus padres y, además, le da una reputación concreta. Incluso podría casarse después, si quisiera—. Grace la miró, confusa—. Un hombre puede tolerar que una mujer haya pasado por una sola cama —explicó Seraphina—. Pero no por cientos.

—Subastar mi virginidad… —repitió Grace, probando las palabras.

—Hombres ricos. Poderosos. Quizá algún noble. El que pague más, la tendrá una noche. Una sola. Eso quedará por escrito.

—¿Y después?

—Después tendrás dinero para irte lejos. O —miró a Sebastien—, si él acepta, podrías quedarte con la mayor parte de la ganancia.

Ambas lo miraron.

Sebastien estaba rígido, con el gesto endurecido, mirando a Seraphina como si acabara de sugerirle prender fuego al edificio.

—Todo lo que acabas de decir es un desastre.

—No —replicó ella—. Y lo sabes. Es la mejor salida. ¿O prefieres que atienda de cinco a diez hombres por noche?

Grace respiró hondo.

—Esa idea me gusta —dijo—. Habrá escándalo. Y dinero.

—No —sentenció Sebastien.

—Entonces, ¿qué propones? —preguntó Seraphina, ya impaciente.

—Que se vaya a su casa.

Grace lo miró como si no pudiera creerlo.

—Mon amour —intervino Seraphina con calma tensa—. Volver a casa no es una opción. No lo ha sido desde el principio.

Sebastien volvió a mirar a Grace. La cabellera roja seguía ahí, imposible de ignorar. Demasiado visible. Demasiado… expuesta.

La idea de verla exhibida ante hombres que no conocía, de escuchar cómo pujaban por ella como si fuera una mercancía rara, le revolvió el estómago. Era absurdo. Ridículo. Él no tenía ningún derecho a sentir nada al respecto.

Apenas la conocía.

Pero aun así, algo en su interior se negaba.

—Ya dije que no.

Seraphina dejó caer los hombros, derrotada.

—Entonces trabajaré aquí —dijo Grace—. Sin subastas. Como cualquiera.

—¡Podrías tocar el piano! —exclamó Seraphina—. Y cantar. Cantas precioso.

—¿Te parece?

—Claro que sí. Y de ese modo, con tu talento, podrías darte el lujo de elegir tus clientes. Sólo aceptarías a quien tú quieras. No todos los que vienen a este lugar son borrachos inadaptados…

—No —repitió Sebastien.

Seraphina lo miró con furia contenida.

—Nada te parece bien, Chevalier. ¿Qué demonios te pasa?

Él se sorprendió. Ella no solía hablarle así.

Se levantó despacio.

—Que cante —dijo—. Que toque el piano. Pero nada de clientes.

—¡Morirá de hambre! —protestó Seraphina—. Necesitará clientes para sostenerse.

—Yo le pagaré lo suficiente—. El silencio cayó como un golpe seco—. Sólo es que cante —añadió, sin mirarlas.

Y salió del despacho sin dar más explicaciones.

Seraphina se quedó inmóvil, pasmada.

Sebastien Chevalier jamás había puesto a una mujer por encima del negocio.

Jamás.

Y sin embargo, acababa de hacerlo.

Por Grace Barlow.

6

Grace se apoyó en el alféizar de la ventana más cercana al pasillo, mirando cómo la tarde se deshacía en tonos naranja y púrpura sobre los tejados de Bath. Desde allí, podía ver las chimeneas escupiendo un humo perezoso, las sombras estirándose sobre los adoquines húmedos y, más allá, el contorno borroso de las colinas que se

oscurecían por momentos. El vidrio estaba tibio aún por el calor del día; cuando apoyó los dedos, la sensación la sorprendió, como si todo el mundo allá afuera siguiera su curso sin importarle que su vida acababa de romperse en dos.

Pensó en sus padres.

No tardarían en notar su ausencia. Su madre, con ese gesto crispado entre el desdén y el fastidio; su padre, con el ceño fruncido, el movimiento automático de quitarse las gafas para reprenderla. Tal vez primero preguntaran si se había acostado temprano. Tal vez su madre subiría a buscarla, la encontraría ausente y fingiría una calma que no sentiría del todo. Pero cuando vieran que tampoco estaba con Olive…

Olive. Ella sí se preocuparía. Mucho.

Grace imaginó a su amiga cruzando el salón de su casa, informándoles que no la había visto desde hacía varios días. Y allí descubrirían su mentira, nunca hubo una fiesta de té.

O, tal vez, Olive mentiría por ella.

¿Lo haría? ¿Le daría tiempo con esa mentira?, ¿o, al estar tan preocupada, diría la verdad sabiendo que cuando alguien desaparecía el tiempo era lo más preciado?

Las preguntas surgirían. Olive enviaría personas capacitadas para dar con su paradero, Georgiana también participaría de su búsqueda, de eso no había duda, y se imaginarían lo peor.

Pero, su padre, ¿montaría un alboroto? Lo dudaba. Le importaba demasiado su reputación para ir gritando que su hija había desaparecido. Mostrar inquietud en público implicaba admitir que él, el reverendo Barlow, no tenía todo bajo control.

Quizá mandarían un mensajero. Tal vez dos. Pero un escándalo… no. Eso nunca.

Mientras pensaba en todo eso, el cielo terminó de hundirse en un azul oscuro. Y con él, la certeza le cayó encima como un balde de agua helada.

Nadie vendrá a buscarme. No por ahora. Si en verdad hubiese desaparecido y estuviera en peligro, su padre sería capaz de acallar todo con tal de no perder reputación.

Sí. Él era capaz.

Si alguien se enteraba de su desaparición, sería, en todo caso, gracias a Olive y Georgiana. Ellas no se quedarían calladas ni quietas.

Lamentaba profundamente preocuparlas de esa manera, pero no sería por muchos días. Seraphina le había asegurado que se haría muy popular cantando, y ese dato llegaría a oídos de todo Bath, y todos sabrían dónde estaba.

Fue entonces cuando escuchó la voz melodiosa de Seraphina llamándola.

—Grace, ven bonita —dijo desde el final del pasillo—. Es hora de que conozcas a las chicas.

Grace respiró hondo, apartándose de la ventana, y la siguió.

El salón principal estaba iluminado por lámparas de aceite que daban un brillo dorado y cálido a todo lo que tocaban. Las cortinas de terciopelo rojo oscuro filtraban la poca luz exterior, y el lugar comenzaba a llenarse con el murmullo suave de conversaciones, el sonido del cristal contra cristal y el aroma dulzón de perfumes mezclados.

Seraphina dio una palmada suave, llamando la atención de todas.

—Chicas, ésta es Grace Barlow. Estará aquí un tiempo… cantará para nosotros —dijo, eligiendo con cuidado sus palabras.

Un silencio expectante se extendió por un par de segundos, como un manto delgado antes de romperse en murmullos.

Diez mujeres la observaban desde distintos rincones del salón. Algunas con interés, otras con franca suspicacia, otras con una compasión tan evidente que la hizo sentirse aún más fuera de lugar.

Seraphina señaló a la primera.

—Ella es Marianne —dijo.

Marianne tenía cabello negro, corto hasta la mandíbula, y un aire de absoluta tranquilidad. Sostenía un cigarrillo largo entre los dedos, y la forma en que la miraba era calculada, no hostil… pero analítica, como quien evalúa un objeto precioso para saber si es auténtico.

—Hija del reverendo Barlow —murmuró Marianne a otra chica—. Pues vaya sorpresa.

La otra sonrió con incredulidad.

Seraphina continuó.

—Aquí está Nora —indicó.

Nora era menuda, de rostro pecoso y cabello rubio recogido en un moño flojo. Tenía unos ojos grandes, dulces, que parecían siempre a punto de reír o de llorar. Miró a Grace como se mira a un ave que se ha golpeado contra una ventana: con una mezcla de pena y genuina preocupación.

—Pobre —susurró Nora—. ¿Seguro que sabe dónde está metiéndose?

—Claro que no lo sabe —replicó Marianne, sin malicia, sólo constatando un hecho.

Seraphina hizo un gesto para que avanzaran hacia una tercera mujer.

—Y ella es Odette.

Odette era alta, de piel morena y ojos oscuros que brillaban con una chispa divertida. Llevaba un vestido color esmeralda y un collar de perlas falsas que hacía sonar con un pequeño movimiento del cuello. Era, quizá, la única que sonrió abiertamente al verla.

—Bienvenida, pequeña —dijo con voz cálida y acento francés leve—. No te preocupes, aquí no mordemos… al menos no sin pedir permiso.

Varias soltaron una carcajada suave. Grace no supo si sonreír o encogerse más.

—Las demás ya te conocerán esta noche —dijo Seraphina—. Vamos, te enseñaré el resto.

Grace la siguió por un corredor lateral.

El bullicio del salón quedó atrás cuando entraron en una zona más tranquila, iluminada por lámparas más tenues. Los pisos de madera crujieron bajo sus pasos.

—Aquí están los dormitorios —explicó Seraphina, abriendo una puerta.

Dentro había tres camas alineadas, cubiertas con colchas simples pero limpias. Un biombo decorado ocultaba un pequeño rincón con una palangana y una jarra de agua. En la pared, colgado con cuidado, había un pequeño cuadro de flores secas.

—Dormirás aquí por ahora, con Nora y Odette —dijo Seraphina.

Grace asintió, intentando imaginar cómo sería compartir un cuarto con desconocidas… mujeres que vivían una vida tan distinta de la suya, y sin embargo, en ese momento, eran su única compañía posible.

Continuaron.

La cocina estaba en el nivel inferior, y era sorprendentemente acogedora. Una olla humeaba en el fogón, y el aroma a estofado llenaba el aire. Una de las chicas, Ellen, estaba cortando verduras; levantó la vista, saludó con un gesto seco y siguió con su tarea.

—Aquí se come bien —comentó Seraphina—. Sebastien puede ser insoportable, pero nunca escatima en comida.

Grace asintió. Estas mujeres siempre tenían halagos para Sebastien Chevalier. Parecían adorarlo, a pesar de ser su proxeneta. No conocía la vida de estas mujeres, ni qué las había traído aquí, pero encontraba extraño que alguien amara a alguien así, y en esas circunstancias.

Subieron de nuevo y entraron en otra habitación. Una amplia sala llena de espejos rodeados de luces tenues, bancos largos, cajones repletos de cintas, encajes, perfumes y maquillaje. Vestidos colgaban en filas como un pequeño teatro clandestino: colores brillantes, telas suaves, bordados exagerados.

El camerino.

—Aquí es donde nos preparamos —dijo Seraphina con una sonrisa—. Es nuestro santuario. Y a veces nuestro campo de batalla.

Grace pasó la mano por un trozo de tul azul, sintiendo la textura ligera entre los dedos. Todo era tan distinto de su vida anterior que le costaba creer que estuviera allí de pie.

Ella, que siempre había vestido colores opacos y telas rígidas, baratas. Ella, que siempre cubrió cada centímetro de su piel no importaba si era la estación más caluroso… ahora, rodeada de telas de fantasía y colores llamativos.

"Eso no servirá para lavar el piso", diría su madre si acaso ella le pidiera comprar una tela bonita. O: "Una hija de Dios no viste para llamar la atención".

Esa era la respuesta que más odiaba. Por eso, ella nunca tuvo un vestido bonito, nunca estuvo a la moda, nunca pudo presumir un bonito bordado, siquiera. Todo era pecado, y en ella, parecía empeorar por mil la condición.

Nunca más, se dijo con un suspiro. Ahora vestiría llamativo, colores chillones, telas brillantes, y mostraría mucha piel.

Sonrió llena de satisfacción.

Detrás de ella, escuchó el murmullo de dos chicas que entraban.

—¿Es ella? —preguntó una.

—La del reverendo, sí —respondió la otra—. Quién lo diría…

—Imagínate la cara de la señora Barlow cuando se entere —añadió una tercera, riendo por lo bajo.

Grace sintió cómo se le tensaba la espalda. Pero Seraphina se giró hacia ellas con una mirada que bastó para que dejaran de murmurar.

—Vamos —dijo, tomando a Grace de un hombro con suavidad—. Te falta ver una cosa más.

La condujo hasta una puerta doble que daba al escenario del salón principal. Desde allí, Grace podía ver el espacio donde estaría el piano, las mesas distribuidas en semicírculo, las lámparas cálidas, el vaivén de hombres que comenzaban a llenar el lugar, riendo, bebiendo, buscando distracción.

La música del burdel no había empezado aún, pero el ambiente estaba cargado con esa energía expectante propia de las noches que apenas comienzan.

—Aquí cantarás —murmuró Seraphina—. Y créeme, cuando lo hagas, te escucharán.

Grace tragó saliva. Miró el salón, miró el escenario, miró sus propias manos, que temblaban apenas.

—Seraphina… —susurró—. ¿Y si no puedo?

Seraphina sonrió con ternura.

—Mon chéri… aquí todas empezamos sin poder. Y míranos ahora.

Grace cerró los ojos un instante, respiró hondo y volvió a abrirlos.

El burdel, con sus luces cálidas, sus telas suaves, sus aromas densos y su mezcla de belleza y decadencia, se reveló ante ella como un universo propio.

Uno que no había pedido.

Pero que ahora era suyo.

Sebastien Chevalier estaba sentado en su escritorio de nogal oscuro, apoyando los codos en la superficie pulida mientras tamborileaba con los dedos, distraído. A su alrededor, la pequeña oficina del burdel estaba envuelta en una penumbra cálida: las lámparas de aceite colgaban bajas, proyectando sombras alargadas sobre las paredes cubiertas de estantes, papeles, botellas y cajas cerradas que solo él sabía qué contenían.

Frente a él, de pie con una carpeta bajo el brazo, la contable, una mujer delgada llamada Francine Aubert, esperaba pacientemente a que él se concentrara. Francine tenía el cabello recogido en un moño severo, gafas redondas y un carácter lo suficientemente firme para manejar cada moneda que pasaba por El Corsé Roto. Había sido una de las primeras mujeres en ocupar un puesto de responsabilidad allí.

Y no por casualidad.

Sebastien parpadeó, notando que Francine seguía hablándole.

—…Así que los gastos por mantenimiento del escenario se compensaron con las ganancias del viernes, monsieur Chevalier. Todo está dentro de lo esperado.

—Ajá —respondió él, sin procesar la mitad de lo que había dicho.

Francine resopló apenas, acostumbrada ya a ese tipo de ausencias mentales.

Sebastien tenía razones para preferir empleadas mujeres en la mayoría de los puestos. Había aprendido la lección a golpes.

Cuando recién abrió El Corsé Roto, había contratado más hombres: camareros, limpiadores, asistentes. Y sin importar cuánto les pagara, ni cuán claras fueran las normas, el enamoramiento entre estos hombres y sus mujeres era inevitable. Bastaba una sonrisa de una de sus chicas, una mirada prolongada, un roce accidental. Ellos caían como imbéciles olvidando toda regla y jurando amor eterno.

Pero esas historias de amor casi siempre terminaban mal. De cien, sólo una mantenía un final feliz estable, por lo que él sabía. Tal como Seraphina había dicho antes, era difícil que un hombre perdonara el pasado de una prostituta, y le hacían pagar algo de lo que ninguno era culpable.

Sumado a eso, siempre había demasiados hombres peleándose entre ellos por afectos que no eran suyos, descuidando sus trabajos, metiéndose en problemas. Demasiadas chicas escapando con promesas vacías, solo para volver semanas después, heridas o rotas.

Luego había que sanar el corazón de esas mujeres, o volvían peor, aceptando cada cliente sin discriminación, o con tendencias a embriagarse y probar otras maneras de olvido.

Demasiados conflictos que manchaban sus negocios.

Con los años, había reducido la presencia masculina a lo indispensable. Seguridad. Carga pesada. Reparaciones puntuales. Y un par de hombres que sabía que jamás causarían líos. El resto, mujeres. Mujeres que mantenían la compostura, que no caían en dramas inútiles, que sabían crear armonía o caos según lo requiriera la noche.

Francine era una de ellas. Una mujer contable era algo muy raro en este mundo, una joya preciosa para él. También tenía su historia, y una razón para haber aceptado un trabajo aquí. Por más que su trabajo fuera honorable, el lugar no lo era.

—¿Monsieur Chevalier? —insistió Francine.

Sebastien volvió en sí.

—Sí, sí, perfecto. Todo perfecto.

Pero no estaba perfecto.

Todo iba perfectamente mal.

Porque él sabía lo que iba a ocurrir cuando Olive Smith y Georgiana Radcliffe descubrieran, porque descubrirlo, lo descubrirían, que la dulce y tímida Grace Barlow estaba bajo su techo.

Olive vendría aquí mismo, sin importarle si eso manchaba su reputación, con un ejército, para liberar a su amiga, y Georgiana seguramente le pasaría el arma para dispararle.

Pero sus maridos, Jacob Smith y Nathaniel Radcliffe, oh, esos eran los verdaderos problemas. No eran hombres impulsivos, sino calculadores. Y protegerían a sus mujeres.

Si creían que él estaba explotando a Grace…

Todo se iría al demonio.

No podía pelear con esos dos. No quería hacerlo. Estimaba a Jacob, respetaba a Nathaniel. Y más aún, no tenía interés en convertir El Corsé Roto en un campo de batalla.

Un golpe suave en la puerta lo sacó de sus pensamientos.

—Pasa —dijo.

Seraphina entró con la elegancia natural que tenía incluso cuando estaba exhausta. Su vestido azul noche contrastaba con su cabello recogido, y sus ojos oscuros, atentos y agudos, se movían siempre como si midieran cada gesto del mundo.

—Ya terminé el recorrido con la nueva —anunció.

Sebastien suspiró y dejó caer la cabeza hacia atrás, como si necesitara un instante para asimilarlo.

—¿Y?

—Por hoy solo observará —dijo Seraphina, acercándose al escritorio y apoyando ambas manos sobre la madera—. Mañana comenzará su entrenamiento.

Sebastien casi se atragantó con su propio aire.

—¿Su qué?

Seraphina alzó una ceja, divertida.

—Su entrenamiento.

—¡No! —explotó él, enderezándose en la silla—. ¡Seraphina, por todos los demonios del infierno! ¡Acordamos que no aceptaría clientes…! ¡No puede… no puede!

Ella lo miró con exasperación.

—Me refiero a ensayos de canciones —aclaró, haciendo rodar los ojos y cruzándose de brazos—. No seas idiota, Sebastien. Ya quedamos en que sólo cantará. Tranquilízate.

Un poco tarde, Sebastien se dio cuenta de su exabrupto. Carraspeó, incómodo.

Francine escondió una mirada inquisitiva tras la carpeta, y Seraphina ladeó la cabeza, observándolo con mayor atención. Esa mirada, la de ella, era peligrosa. Veía más de lo que él quería mostrar.

—¿Por qué no permites que trabaje como las demás? —preguntó con calma, pero con filo.

Sebastien levantó una mano como si ese gesto bastara para evadir el golpe.

—Creo que es evidente.

—¿Sí? —Seraphina arqueó una ceja—. Ilumíname.

—Es la hija del reverendo —repitió, como si fuera razón suficiente.

Seraphina no se movió. Sus ojos se estrecharon apenas.

—¿Y eso te importa desde cuándo?

Él apretó los labios.

Desde nunca. Nunca le habían importado las vidas ajenas, ni sus dramas, ni sus moralidades. Las mujeres venían, trabajaban, se iban. Él ofrecía un contrato, un techo, protección. El resto no era su problema, a menos que afectara su negocio. Sus chicas eran mercancía, una muy valiosa, y también, muy, muy delicada. Por eso las trataba como cristales, las protegía.

Una sola que se enfermara, era una pérdida. Una que se enamorara, una que se quisiera ir para luego volver con el corazón roto.

Hasta ahora, si no afectaba sus ganancias, él no intervenía. No le importaba, realmente.

Pero Grace…

Grace era una chispa encendida que parecía estar esperando para iniciar un incendio, uno que consumiría todo alrededor, que lo consumiría incluso a él. Tenía en el pecho esa sensación. Ya la había sentido antes y su respuesta fue destruirlo todo. Pero ahora… con Grace Barlow, no sabía qué hacer. Estaba paralizado.

—Seraphina —dijo él, volviendo la vista hacia la ventana—, tengo muchos problemas ahora mismo. No necesito otro.

—No respondiste la pregunta.

Él cerró los ojos un instante, irritado.

—Ya respondí.

Seraphina lo observó en silencio. Lo suficiente para que él sintiera que lo desnudaba con la mirada. Luego, sin obtener lo que buscaba, sacudió la cabeza con resignación.

—Mañana ensayará conmigo —dijo finalmente—. Tiene una voz muy bonita, toca muy bien, y sabe plantarse ante un público. Sólo falta ver si el cambio de escenario le afecta demasiado.

—Bien —murmuró él.

Ella dio un paso atrás, abrió la puerta y antes de salir, lo miró por encima del hombro.

—Si hubieras querido protegerla de verdad, podrías haber dicho simplemente eso —susurró—. En vez de esconderte detrás de un título que nunca te ha importado.

La puerta se cerró.

Sebastien se quedó solo con sus cuentas, su contable y su creciente irritación consigo mismo.

Francine carraspeó.

—Esto también afecta a las finanzas —comentó, seca como siempre.

Él la fulminó con la mirada, pero ella sonrió apenas y siguió revisando números.

Sebastien apoyó el codo sobre el escritorio y se frotó la sien.

Estaba metido en un lío. Y, por primera vez en mucho tiempo, no era un lío que él mismo hubiera creado… pero sí uno que no sabía cómo manejar.

Grace se refugió en la penumbra del pasillo superior, donde una baranda de madera oscura ofrecía un punto de observación discreto sobre el gran salón principal. Desde allí podía ver sin ser vista, resguardada por la altura, la sombra y su propia confusión.

Abajo, El Corsé Roto respiraba como una criatura viva.

Las luces de las lámparas tintineaban sobre las botellas alineadas detrás de la barra; los músicos, tres hombres y una mujer, ocupaban su pequeño podio elevado, afinando violines y flautas antes de lanzarse a otra melodía animada. El humo del tabaco subía en espirales lentas, mezclándose con el aroma dulzón del licor, perfume barato y sudor. Las risas iban y venían como olas, a veces sinceras, a veces demasiado estridentes.

Las chicas se desplazaban con soltura entre las mesas, algunas tomadas del brazo de clientes ebrios, otras guiando a caballeros impacientes hacia las escaleras laterales. Grace las seguía con los ojos: vestidos ajustados, labios pintados, cuerpos confiados en sí mismos de un modo que ella no comprendía.

Era un mundo nuevo, extraño, casi fascinante… y profundamente intimidante.

No había visto a Sebastien desde la tarde.

En su mente, antes de llegar aquí, ella imaginaba que él sería parte del mismo caos: borracho, riéndose fuerte, quizá recostado con dos mujeres en su regazo… Pero no.

Según decían las chicas y según había visto ella misma, él pasaba la mayoría de las noches en su despacho, ocupado con cuentas, contratos, listas, decisiones. Exigente, severo, vigilante.

Y eso, por alguna razón, le inquietaba más.

Grace identificó a los hombres de seguridad: uno en la entrada, otro cerca de la barra, otro que circulaba entre las mesas como un lobo silencioso. Eran discretos, pero firmes.

A veces se inclinaban para murmurar una advertencia.

A veces apartaban a un cliente borracho antes de que una discusión creciera.

Todo era tan natural para ellos.

Tan ordinario.

Y, sin embargo, tan ajeno para ella.

Un bostezo inesperado la sorprendió. La hora lo exigía: su cuerpo, acostumbrado a rutinas estrictas y noches silenciosas, estaba agotado.

Decidió retirarse.

Tomó el pasillo hacia las habitaciones en la parte posterior del segundo piso. Era extraño caminar sin mirar por encima del hombro esperando la voz furiosa de su padre, sin el peso de las paredes frías de su hogar, sin la sombra de las escaleras que crujían bajo sus pasos furtivos.

Su último recuerdo de dormir en un lugar que no fuera su casa era de meses atrás, cuando se quedó con Olive durante aquellos días oscuros en que Jacob había desaparecido.

Y aun así, aquella angustia había sido distinta a esta.

Se deslizó en el cuarto asignado y se recostó en el camastro de madera, incómodo pero limpio.

La oscuridad la envolvió.

Por primera vez en mucho tiempo, no sabía qué estaba ocurriendo en su hogar.

¿Habrían notado ya su ausencia?

¿Estaría su madre llorando… o fingiendo no ver?

¿Estaría su padre furioso, gritando órdenes, maldiciendo su desobediencia?

¿Su hermano habría salido a buscarla por las calles de Bath?

No obtuvo respuesta.

El cansancio le cayó encima como una manta pesada, y se hundió en un sueño profundo, incapaz de resistirse.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que la despertaron las voces y risas bajas de dos chicas entrando apresuradas en la habitación: Nora y Odette.

La luz tenue del pasillo se coló por la puerta abierta, perfilando sus siluetas.

Ambas estaban agotadas: el maquillaje corrido, el cabello suelto en mechones, los corsés aflojados.

Apenas si la miraron.

—Oh, te despertamos —dijo Nora en tono de disculpa.

—No pasa nada —murmuró Grace incorporándose—. Es sólo que… —iba a excusarse con que estaba acostumbrada a dormirse temprano, pero se detuvo, y en cambio, preguntó: —¿Cómo les fue?

Nora soltó un resoplido cansado mientras se dejaba caer en su cama.

—Como siempre —contestó, y cerró los ojos, retirándose un alfiler del cabello.

Odette apenas alcanzó a desabrocharse los zapatos antes de desplomarse boca abajo sobre las mantas.

No estaban de humor para charlar.

No tenían fuerzas ni para ser amables.

Grace las observó, muda, preguntándose cuántos clientes habrían atendido aquella noche.

¿Cinco? ¿Ocho? ¿Diez?

Pensó en el cansancio de sus cuerpos, en la manera en que sus manos temblaban al intentar aflojarse las cintas del corsé.

Sintió algo parecido a un vuelco en el estómago.

En lo profundo, muy en lo profundo, agradeció que Sebastien no la hubiera dejado prostituirse, aunque ella lo hubiese pedido con desesperación, casi con terquedad ciega.

Agradecía no estar bajando ahora unas medias rasgadas…

Ni limpiando su maquillaje…

Ni conteniendo un llanto silencioso que nadie quería escuchar.

Pero ese pensamiento la golpeó con fuerza y con culpa.

¿Quién era ella para agradecer nada?

Ella misma se había lanzado al fuego…

Y aun así, había obtenido una inmunidad que ninguna de las otras tenía.

Una excepción que no merecía.

Una protección que ella misma rechazaba admitir.

Hipócrita.

Eso era.

Hipócrita y dividida.

Porque aunque lo negara, aunque no quisiera darle crédito, aunque su orgullo se resistiera…

Sebastien la había salvado.

La había mirado a los ojos, había visto la verdad, esa mezcla de miedo, ira y determinación torpe, y aun así, la había apartado del este camino.

No estaba lista para agradecerlo.

No podía.

Pero lo sabía.

Y ese conocimiento, más que cualquier miedo, le impediría dormir.

7

La mañana apenas había terminado de desperezarse sobre Rosewood Grove cuando Olive mecía a su hijo junto a la ventana alta del cuarto infantil. La luz temprana se filtraba entre las cortinas claras, iluminando los rizos oscuros de Michael, que balbuceaba satisfecho, con los puños cerrados alrededor del encaje de su camisón. Su bebé ya gateaba, y era una especie de ventarrón que ponía en apuros a las doncellas cuando le daba por recorrer los pasillos. Pero había momentos, cuando estaba entre sus brazos, como ahora, en que volvía a ser un angelito.

Le besó la cabecita loca de amor por él, y apoyó la frente un instante contra la suya, como si ese pequeño contacto bastara para anclarla al mundo.

Fue entonces cuando escuchó pasos precipitados en el pasillo. No los de una criada que cumplía con su rutina, sino otros, más apurados, casi torpes.

—Señora Smith —dijo Helen desde la puerta, sin ocultar la tensión —. El reverendo Barlow está abajo. Exige verla.

Olive alzó la vista de inmediato. ¿El reverendo Barlow?, se preguntó. Su visita era más que extraña, sin anunciarse y a esta hora de la mañana. Michael gimoteó un poco, y ella lo apretó contra su pecho con un murmullo tranquilizador.

—¿Exige? —repitió en voz baja, más para sí misma que para Helen.

La doncella asintió, incómoda.

—Dice que es urgente.

Olive no necesitó más. Entregó al niño con cuidado, alisó su ropita con un gesto automático y salió al corredor con el ceño fruncido. Mientras bajaba la escalera principal, ya intuía que aquella no sería una visita de cortesía, ni mucho menos.

El reverendo Barlow la esperaba en el salón, de pie, rígido como una estaca plantada en medio de la alfombra persa. No se había quitado el sombrero, ni los guantes, y su abrigo oscuro contrastaba con la luminosidad tranquila de la estancia. Al verla entrar, apenas inclinó la cabeza, un gesto tan mínimo que rozaba la descortesía.

—Señora Smith —dijo, sin saludo previo—. ¿Dónde está mi hija?

La pregunta, lanzada sin rodeos, la tomó por sorpresa.

—¿Grace? —repitió Olive—. No lo sé. ¿Ha pasado algo?

Los ojos del reverendo se estrecharon.

—Ayer estuvo aquí. En su casa. En una fiesta de té —respondió, como si enumerara una serie de hechos incuestionables—. Desde entonces no ha vuelto a la rectoría.

Olive sintió cómo algo frío le recorría la espalda.

—Reverendo, temo que hay un malentendido —dijo con calma estudiada—. Ayer no hubo ninguna fiesta de té aquí. No estaba invitada Grace, ni nadie más fuera del círculo familiar.

El silencio que siguió fue denso. El rostro de Barlow, encendido hasta ese momento por una ira contenida, perdió color poco a poco, como si alguien hubiera apagado una lámpara desde dentro.

—¿Está usted diciendo… —empezó, pero se detuvo.

—Le digo que Grace no estuvo aquí —afirmó Olive, con suavidad, sin retroceder—. Si le dijo lo contrario, debió de ser un error… Tal vez entendió mal sus palabras.

El reverendo apretó los labios. Caminó unos pasos por el salón, dejando tras de sí el olor a lana húmeda y a aire frío.

—Le di tiempo —murmuró, más para sí mismo que para ella—. Cuando anoche no regresó a casa decidí permitírselo, se va a casar pronto, pensé. Tal vez extrañaba a sus amigas, y fui indulgente. Pero ella continúa desafiando mi autoridad…

—¿Se va a casar? —preguntó Olive en un hilo de voz.

El reverendo se volvió de golpe hacia Olive.

—No consentiré este comportamiento —dijo, recuperando parte de su severidad—. Es impropio. Escandaloso.

—Entiendo su preocupación —intervino ella con rapidez, antes de que su tono volviera a subir—. Y la comparto. Grace es mi amiga. Si hubiera sabido algo, se lo habría dicho de inmediato.

Barlow la observó, evaluándola, como si buscara una grieta en su compostura.

—¿No tiene idea de dónde podría estar?

Olive negó con la cabeza, esta vez con menos seguridad de la que hubiera querido.

—Ninguna que tenga sentido —admitió—. Grace no es imprudente. Si se ausentara así, habría dejado alguna señal. Para usted… o para mí.

Eso pareció calar hondo. El reverendo se pasó una mano por la frente, gesto inusual en él, y dejó escapar un suspiro áspero.

—Entonces alguien la ha engañado —dijo—. O algo peor.

La palabra quedó suspendida entre ambos.

—Permítame ayudarle —ofreció Olive—. Si hay algo que pueda hacer, alguien a quien preguntar… no está solo en esto.

Barlow dudó. Por un instante, su rigidez cedió lo suficiente como para mostrar al padre bajo el clérigo. Luego volvió a colocarse el sombrero con brusquedad.

—Haré lo que deba —sentenció—. Y espero, señora Smith, que si recuerda algo, por insignificante que sea, me lo comunique de inmediato.

—Por supuesto —respondió ella—. Puede contar con ello.

El reverendo no se despidió. Salió del salón con el mismo aire abrupto con el que había entrado, dejando tras de sí una inquietud que parecía haberse adherido a las paredes.

Olive permaneció un momento inmóvil. Luego se dejó caer en una de las butacas, con el corazón golpeándole el pecho.

¿Grace se iba a casar? ¿Con quién? ¿Por qué no le había contado nada?

Y esta ausencia… significaba que se oponía y estaba huyendo? ¿La había usado como tapadera? La idea le resultó casi ofensiva. No. No encajaba. Grace jamás habría hecho algo así sin decírselo antes. Jamás.

Le gustaba pensar que se tenían la suficiente confianza como para contarse asuntos así de graves, de importantes.

Y sin embargo, estaba desaparecida.

Olive cerró los ojos un segundo, apretando las manos sobre el regazo, consciente de que, a partir de ese momento, nada volvería a estar en calma hasta saber dónde estaba su amiga… y por qué no había vuelto a casa. Quería pensar que estaba bien, en un lugar seguro, un refugio… pero tan sólo era una mujer en un mundo peligroso, y eso la preocupaba.

El reverendo Barlow regresó a la rectoría con el paso tenso y la mandíbula apretada. El jardín delantero, normalmente ordenado y silencioso, estaba bañado por la luz clara de la mañana, las rosas aún húmedas de rocío. Apenas había cruzado el sendero de grava cuando vio una silueta conocida junto al portón.

Edgar Henslow descendía de su carruaje con un ramo de flores envuelto en papel fino. Llevaba el sombrero bajo el brazo y esa expresión cuidadosamente ensayada de cortesía satisfecha, como quien cumple con un deber agradable. Al ver al reverendo, sonrió.

—Buenos días, señor Barlow —saludó—. Pensé en sorprender a Grace antes del mediodía.

El corazón del reverendo dio un salto seco. Por un instante fugaz, consideró decir la verdad. Pero la idea del escándalo, del rumor extendiéndose como pólvora, lo paralizó.

—Mi hija… —empezó, carraspeando—. Grace amaneció indispuesta hoy. Nada grave, pero el médico recomendó reposo. No recibirá visitas.

Edgar frunció apenas el ceño. Fue una reacción mínima, casi imperceptible, pero suficiente.

—Qué contratiempo —dijo—. Lamento oírlo.

Apretó el ramo entre los dedos, como si no supiera qué hacer con él ahora.

—Por favor, transmítale mis deseos de pronta recuperación —añadió, ya más frío, entregándole el ramo de flores al reverendo—. Volveré otro día.

No dijo más. Dio media vuelta con dignidad contenida y regresó al carruaje. El reverendo lo observó alejarse, sintiendo el peso de la mentira asentarse en su pecho como una piedra, y la furia volvió a bullir en su pecho.

Entró en la casa y cerró la puerta con más fuerza de la necesaria.

Beatrice estaba en el salón, revisando una lista de compromisos sociales. Nixon, apoyado contra la repisa de la chimenea, hojeaba un libro sin verdadero interés.

—No está —dijo el reverendo sin preámbulos—. Grace no ha aparecido.

Beatrice alzó la vista, primero confundida, luego alarmada. Se llevó una mano al pecho y se dejó caer en el sofá.

—¿Cómo que no está? —exclamó—. ¿Dónde podría haber ido? Dios, ¿qué vamos a hacer ahora? —Pero no preguntaba por su hija. Preguntaba por el desastre que se avecinaba.

—Olive Smith asegura que ayer no hubo ninguna fiesta de té. Esa niña me mintió —y al decir aquello, estampó el puño en la pared más próxima.

Con pasos ruidosos, se dirigió a la estrecha habitación de Olive, abriendo armarios y arcones y revolviendo todo.

—Revisa tú —le dijo a Beatrice—. Mira si falta algo.

—¿Crees que se haya fugado?

—¿Y dónde podría estar? —exclamó él—. ¡Me mintió! La tal fiesta de té a la que supuestamente fue nunca existió. Todo fue premeditado, ¿qué más puedo pensar?

Beatrice tragó saliva, y obediente, revisó las cosas de Grace.

—No se ha llevado nada —dijo al cabo de un rato—. Ninguna ropa, ningún objeto personal. Nada.

—Esto es una catástrofe —murmuró el reverendo pasándose la mano por la frente. Una vena se había brotado en su sien—. ¿Te das cuenta de lo que dirán si se enteran? —preguntó entre dientes—. La hija del reverendo… desaparecida.

Nixon soltó una breve carcajada desde el lugar donde leía.

—Vamos —dijo, cerrando el libro—. No es tan complicado.

Ambos se volvieron hacia él.

—Siempre fue rara —prosiguió, con un deje burlón—. Callada, distante. ¿De verdad creen que estaba feliz con Edgar Henslow? Es viejo. Nada glamoroso. Yo apostaría a que tenía un amante y se fugó con él.

El silencio fue inmediato, denso. Charles tenía la boca entreabierta como si procurara que el sentido le entrara a través de ella, como si esa sugerencia le hubiese robado el aliento.

—Cariño… —murmuró Beatrice con una sonrisa complicada.

—No digas estupideces —espetó el reverendo mirando a su hijo, aunque su voz tembló.

—¿Estupideces? —replicó Nixon poniéndose en pie y avanzando hacia ellos—. ¿Y Gretna Green? ¿No les suena? Porque a mí sí. ¿No fue así como se casó Olive Smith? Huyendo, desobedeciendo, siguiendo su corazón—. La última frase la dijo con exagerada emoción, y los mayores palidecieron—. No me asombraría nada que una tonta como mi hermana pensara que algo así era digno de una hermosa historia de amor y haya imitado sus pasos.

El reverendo apretó los puños.

—Grace no haría algo así —susurró—. Jamás me deshonraría de esa manera.

—¿Eso crees, padre? —preguntó Nixon, ladeando la cabeza—. Yo creo que ninguno aquí la conoce realmente, ni sabe de lo que es capaz. Ella podría parecer muy sumisa y obediente, pero quién sabe qué se escondía bajo esa máscara.

El golpe que Charles Barlow le dio al pequeño armario de madera donde Grace guardaba sus pocas pertenencias fue tan fuerte que lo rompió, y astillas de madera volaron en todas direcciones. Un hilo de sangre cayó de su puño, mientras un músculo latía en su mandíbula de lo fuerte que tenía apretados los dientes.

—¡Donde algo así sea verdad, yo la mato! —tronó—. ¡Juro por Dios que la mato! ¡A ella y al hombre con el que se fugó! ¡Una hija mía no me va a deshonrar de esa manera! —Su voz estremeció todo alrededor, objetos y personas. Nixon lo miró no tan sorprendido, aunque sí un poco cauteloso.

Y mientras Charles vociferaba enumerando todo lo que le haría a Grace por sus actos, Beatrice palideció, y poco a poco se dejó caer en el borde de la estrecha cama de su hija.

—No, no. No es posible. ¡Ella tiene que saber! —dijo con voz nerviosa—. Ella es consciente de lo mucho que un comportamiento así nos perjudicaría. ¿Por qué haría algo que nos lastimaría tanto? —preguntó, con voz quebrada.

—Ah, mamá. ¿No es así siempre la gente egoísta?

—¡Pero no la crie así! ¡Le enseñé bien! —y mirando a su marido añadió: —¡Lo juro!

—¡Es evidente que no fue suficiente! —volvió a gritar Charles—. Mira el desastre que se nos avecina si algo así llega a ser cierto.

—Pero… —Beatrice movía la cabeza como si se devanara los sesos tratando de entender—. Si es así… ¿con quién? ¡Ella… no conoce a nadie! Nunca sale sola…

—Eso no es cierto. Cuando iba a casa de esa Olive Smith… tú nunca la acompañabas —señaló Nixon—. Y realmente… cualquier pelele

pudo haberle endulzado el oído. Así son las mujeres.

—Tenemos que hacer algo —susurró el reverendo. Sudaba profusamente y se paseaba de un lado al otro dentro de la estrecha habitación.

—Oh, padre. En eso no puedo ayudarte.

—¿Qué quieres decir?

—Si se fugó ayer, ya estará muy lejos. Sólo nos queda esperar unos días a que reaparezca con su flamante marido.

—No es posible —masculló dándole ahora una patada al armario, que se había convertido en el receptor de su furia—. No es posible —. Beatrice empezó a llorar.

—Todo lo que hicimos por ella… ¿y así nos paga?

—¡Esto es culpa tuya! —espetó el reverendo—. ¡Demasiada indulgencia!

—¿Mía? —respondió Beatrice—. ¿Culpa mía? Siempre fuiste tú quien imponía las reglas.

—¿Y quién más podría ser? ¡No la vigilaste lo suficiente! Deberías saber todo acerca de ella, ¡pero resulta que se fugó y no tienes ni idea de qué pudo pasar y con quién!

—¿Y por qué no te diste cuenta tú?

—Papá, no culpes a mamá. Mi hermana sólo salió casquisuelta.

—¡Calla!

Las voces se superpusieron. Reproches, acusaciones, excusas, más golpes a los muebles. Pero ni una vez expresaron preocupación por Grace, ni exploraron otras opciones, menos románticas, más peligrosas.

En cambio, empezaron a ponerse de acuerdo en mentir estos días que seguían y a esperar el repentino regreso de Grace desde Gretna Green, dando por hechas las palabras de Nixon.

Y en lo profundo, el reverendo Barlow lo que más tenía era que darle explicaciones a Edgar Henslow cuando eso sucediera.

Grace despertó al burdel sin proponérselo.

El piano estaba frío bajo sus dedos, todavía ajeno al calor del día. Se había levantado antes que las demás, empujada por una vigilia inquieta y por esa costumbre antigua de buscar refugio en las teclas cuando el mundo parecía demasiado grande. El salón estaba vacío; solo quedaban copas olvidadas, ceniceros repletos, el olor espeso del alcohol seco y del tabaco rancio flotando como una neblina baja.

Tocó primero con cautela, casi pidiendo permiso. Y luego cantó.

No eligió la canción: la canción la eligió a ella.

Una alabanza sencilla, aprendida de memoria, de esas que no exigen virtuosismo sino entrega. Su voz llenó el espacio con una claridad que no pertenecía a ese lugar. No había adornos, ni coquetería, ni intención de agradar. Cantaba como se reza cuando nadie escucha.

Las primeras puertas comenzaron a abrirse. Pasos arrastrados. Murmullos confusos. Alguna risa apagada, incrédula. Varias cabezas asomaron desde los corredores, desorientadas por aquella música que no encajaba con nada.

Seraphina apareció en lo alto de la escalera. Se quedó inmóvil, apoyada en la baranda, escuchando. No sonrió enseguida. Primero frunció el ceño, como si intentara comprender qué estaba viendo: una joven sentada al piano de El Corsé Roto, cantando a Dios con voz limpia, mientras alrededor sobrevivían los restos de la noche.

Cuando por fin sonrió, fue una sonrisa breve, conmovida… y curiosa.

No muy lejos de allí, Sebastien Chevalier se movió inquieto entre las sábanas.

Había dormido mal. Poco. A trompicones. El canto se filtró en su sueño como una fisura.

Y ahora, era un niño otra vez.

Llevaba pantalones cortos, ridículamente cortos, y los pies descalzos golpeaban un suelo de madera que crujía bajo cada paso. El pasillo era largo, interminable, iluminado por una luz amarillenta.

Estaba en la casa de sus padres, se dio cuenta, y los latidos de su corazón se dispararon.

¿Por qué? ¿Qué hacía aquí? ¿Cómo había vuelto a este horrible lugar?

Al fondo, un piano. Y alguien tocándolo.

Caminó con prisa buscando el origen del sonido, y allí la vio.

Su hermana.

Tenía el cabello negro, largo, cayéndole por la espalda mientras cantaba. No lo miraba. No parecía saber que él estaba allí. Sus manos se deslizaban suavemente y con pericia por las teclas, y él se quedó embelesado mirándola. Siempre hacía eso.

Pero, era extraño. Ella estaba cantando en inglés.

¿Por qué cantaría una alabanza en inglés su querida hermana?

Y entonces recordó. Ella estaba en peligro. Así que extendió las manos a ella y quiso advertirle

—No —intentó decir—. No lo hagas.

Pero su hermana no se giró a mirarlo. Entonces, gritó.

—¡Yo te salvaré! ¡Hermana! ¡No lo hagas! Yo te puedo salvar.

Pero aquello era mentira, se dio cuenta. Él no podía salvarla. Aunque la mantuviera con vida, no podría nunca ofrecerle honor ni respetabilidad.

A lo mejor, para ella, morir había sido el mejor destino.

No, lloró. No puede ser. Algo tengo que hacer. Debo ser capaz.

Pero no lo era. Nunca lo fue.

Corrió hacia ella. El pecho le ardía. Quería tomarla del brazo, apartarla del piano, decirle que se escondiera, que no cantara, que no se dejara ver. Pero ella seguía tocando como si él no existiera, como si sólo fuera una sombra.

La escena cambió sin aviso. El pasillo se alargó. El piano se alejaba con ella, deslizándose como si tuviera voluntad propia. La música seguía, insistente, ahora molesta, casi agresiva.

—¡Detente! —gritó.

Nunca la alcanzaba.

Despertó sobresaltado, incorporándose de golpe, el corazón desbocado. El canto seguía allí. Real. Vivo. No se había ido con el sueño; se había colado en él.

Miró alrededor. La habitación estaba completamente a oscuras, pero era consciente que afuera brillaba el día.

Y la molesta música seguía.

—Maldita sea… —murmuró.

Se levantó sin pensar. Abrió la puerta, bajó las escaleras de dos en dos, todavía atrapado entre la furia y el desconcierto. No se había puesto pantalones decentes. Ni camisa. Ni bata. Solo ropa interior y el humor de quien ha sido arrancado de un lugar que no quería visitar.

El salón estaba despierto ahora. Demasiado despierto.

—¿Qué demonios creen que están haciendo? —tronó su voz.

Las conversaciones se apagaron de inmediato. Algunas chicas se encogieron. Grace se giró en el banco del piano, con las mejillas encendidas hasta la raíz del cabello.

Lo vio.

Y lo vio demasiado.

Sebastien se detuvo al pie del salón, furioso, descompuesto, con el cabello negro suelto cayéndole sobre los hombros y la piel pálida contrastando brutalmente con el desorden del lugar. No parecía un libertino satisfecho, sino un hombre mal dormido y peligrosamente irritado.

Seraphina reaccionó antes que nadie. Subió los últimos escalones, le puso una bata sobre los hombros sin decir palabra. Él la aceptó sin agradecimiento y se la ajustó con un gesto brusco.

—Grace Barlow, por todos los demonios del maldito infierno. ¿Se puede saber por qué estás tocando a estas horas? —le espetó a Grace.

Ella parpadeó, desconcertada.

—Señor… es mediodía.

—Es una hora inhumana.

—No lo es.

—¡Lo es porque yo lo digo!

El silencio fue largo, tenso. Grace apretó los labios.

Algo se encendió dentro de ella. Aquella contestación se parecía demasiado a todas las de su padre.

Había venido aquí huyendo de él. No iba a soportar una imitación.

Levantó el mentón y lo miró fijamente.

—No sabía que el piano tuviera horario —dijo, con una calma que no pedía permiso.

Sebastien la miró como si acabara de descubrir una grieta en una pared que creía sólida.

—Eres terca —murmuró, con cierta sorpresa, más para sí que para ella—. Como toda pelirroja.

Seraphina arqueó una ceja. Grace no entendió si aquello era un insulto o una observación inútil. Y cansada como estaba de que criticaran su cabello, se puso en pie con las manos en la cintura.

—¿Qué tiene que ver mi color de cabello? ¿Entonces usted es tan demoníaco y malévolo como el color de sus ojos?

—¿Te atreves?

—¡Usted empezó!

—Calma —intervino Seraphina—. Grace todavía no conoce nuestros horarios —siguió con voz calmada—. Por esta vez, querido, déjalo pasar.

Pero Sebastien estaba pasmado. Jamás imaginó que Grace se le enfrentaría, que le devolvería la crítica, y menos, con tal actitud.

¿Era la misma que había conocido en aquella cena, silenciosa, comedida, casi invisible?

Por supuesto que no. Se había disfrazado de muchachito e intentado prostituirse aquí. Era evidente cuál de las dos era la real.

Pero, no podía evitar pensar, que ésta de aquí le gustaba más.

—No vuelvas a hacer esto —dijo al fin, señalándola con su índice—. Aquí no se despierta a la casa cantando himnos.

—No intentaba despertar a nadie.

—Lo hiciste.

Se volvió hacia Seraphina, claramente cansado de la discusión.

—Es tu responsabilidad. Ponla en su lugar.

Y sin esperar respuesta, dio media vuelta y se fue.

Grace se quedó inmóvil, con las manos todavía sobre el piano, el rostro ardiendo. ¿Qué había hecho?, se preguntó. ¿Qué acababa de hacer?

Cómo había sido capaz de enfrentar a esta persona? Antes, siempre calló, se retiró en silencio, acató. Hoy, por primera vez, a pesar de ser ella la que estaba equivocada, defendió su punto.

¿Este lugar había empezado a cambiarla cuando ni siquiera llevaba un día completo en él?

Vio a Sebastien desaparecer con la bata mal cerrada, llevándose consigo una irritación que parecía no tener mucho que ver con ella.

¿Por qué?

—Me aborrece —murmuró, más como constatación que como queja.

—No —corrigió Seraphina, acercándose—. Está agotado.

—Él definitivamente me odia.

Seraphina soltó una risa breve.

—Compréndelo un poco. Sólo le faltan horas de sueño… y bajó hasta aquí sin un solo sorbo de café—. Grace lo miró confundida. Seraphina tomó aire y la tomó de los hombros, alejándola del piano —. Sebastien Chevalier es el último que se va a dormir en este lugar. Hasta que todas las chicas no están de vuelta en sus habitaciones, hasta que el último de los empleados no se fue a casa, él no se va a la cama, y a veces, eso sucede cuando el sol ya ha salido.

—Duerme de día y anda de noche —murmuró Grace—. Como los murciélagos.

Seraphina la miró un momento con ojos llenos de sorpresa. Luego, estalló en risas.

Como el señor prefería vestir de negro, aquella imagen le calzaba perfecto.

—Eso no te lo puedo discutir.

—Entonces, he cometido un error. Lo siento.

—Oh. Él perdona rápido. Es colérico a veces, pero su furia se apaga con cierta facilidad.

Grace asintió, y dejó salir un suspiro de comprensión.

Seraphina la observó entonces con atención renovada. Nunca había visto a nadie discutirle así a Sebastien Chevalier, ni mucho menos salir ilesa. Aquella muchacha no era la criatura dócil que todos esperaban.

Esto iba a ser muy interesante, pensó con una sonrisa.

8

La música empezó antes que la metamorfosis.

Un arpegio incierto, tímido, como un hilo de luz colándose por una persiana cerrada.

Luego otro.

Y otro.

Seraphina marcaba el compás con la punta del pie.

—Más suave aquí… No es una oración, es un suspiro —le decía, mientras Grace repetía la misma frase musical por quinta vez.

Las alabanzas quedaron atrás. Habían sido las primeras en salir volando por la ventana abierta del salón, como pájaros que ya no podían vivir enjaulados. Ahora su voz se paseaba a través de la melodía con acordes de amor y desamor: baladas apasionadas,

tonadas desgarradas, melodías que hablaban de pérdida, deseo y reconquista. Era un mundo que ella nunca había explorado, pero que aprendía con ferocidad.

Seraphina había traído a un pianista para que la acompañara especialmente. O Tal vez había sido idea de Sebastien, no sabía. Ella, además de ensayar las canciones, tenía que preparar su cuerpo y alma para entregarse al público con una "performance" impecable.

—Otra vez —decía Seraphina, y Grace lo hacía—. Pero siente la palabra "anhelo". No la pronuncies. Siente.

El piano llenaba las habitaciones, y las muchachas del burdel la escuchaban desde las escaleras, desde las puertas entreabiertas, desde los pasillos donde se detenían con los labios aún pintados de la noche anterior. Algunas tarareaban. Otras lloraban. No por ella, sino por lo que la música removía en su interior.

La melodía seguía, hilando la secuencia como un hilo rojo brillante.

Luego del piano, fue la ropa.

Seraphina le lanzó un corsé.

—Póntelo.

Grace lo sostuvo como quien mira un artefacto bélico. Un arma de fuego. Una espada apuntada contra ella.

—¿Así… tan ajustado? —Seraphina sonrió. La desnudó, dejándola solo con un fino camisón, y le rodeó el torso con esa cosa llena de varillas, y tal como su madre había temido siempre, los pechos se proyectaron hacia arriba, formando un hermoso arco.

—Más —respondió Seraphina, y tiró de las cintas hasta que el cuerpo de Grace tomó forma ante sus ojos. Allí estaba su cintura. ¡Tenía una! Era estrecha y grácil, acentuando la curva de sus caderas, haciéndola ver como una mujer.

Al fin.

—Eres preciosa —sonrió Seraphina—. No vuelvas a esconderlo.

Grace se sonrojó, intentó cubrirse el pecho con los brazos, pero el movimiento solo lo realzó aún más. Seraphina sonrió con un orgullo que no era burla: era devoción al arte de esculpir una mujer.

—Ni se te ocurra encorvar esa espalda —le advirtió—, o terminarás con un dolor de espalda y un calambre de costillas que jamás olvidarás. A ver —le tomó el mentón—. Arriba.

Grace hizo caso.

—No, no, no hagas eso —la corrigió pegándole suavemente en los hombros cuando Grace sacó pecho—. El secreto de la buena postura está en la zona de la espalda baja, no en el pecho.

La hizo sentarse, recordándole apoyar los dos isquiones sobre la butaca, y luego, caminar de un lado a otro con un libro en la coronilla. En poco tiempo, dejó de caerse. Ni si se levantaba y se volvía a sentar, el libro volvió a tocar el piso.

Seraphina estaba orgullosa.

Luego, la llevó al vestuario.

Vestidos de terciopelo, seda, encaje. Rojo profundo. Púrpura con brillo. Negro que capturaba la luz como un secreto.

Todos ellos, recortados, cosidos, ajustados a su nuevo cuerpo, a su nueva postura, a su nueva voz.

Y ahora los desfiles eran usando esos vestidos, y los escarpines tan delicados como el rocío de la mañana.

—Espalda recta, pecho al frente —le decía una y otra vez—. No eres una sombra. No eres un fantasma. Eres alguien que todo el mundo se girará a mirar en cuanto te noten, porque te vas a notar.

Grace intentaba seguir las instrucciones mientras el piano seguía sonando al fondo, repitiendo esa melodía insistente, transformadora, como un telón continuo detrás de cada imagen.

Un día, no pudo reconocer su imagen frente al espejo.

—Mírate —ordenó Seraphina suavemente.

Grace levantó la vista.

La muchacha de la iglesia, la del cabello apagado, la de los vestidos sin forma y colores mudos, ya no existía.

El cabello rojo ardía como cobre al sol, suelto, brillante, libre.

Sus mejillas tenían color.

Sus labios, pintados con un tono suave pero llamativo, parecían tener opinión propia.

El escote del vestido negro que llevaba le daba una silueta que jamás hubiera imaginado. Era elegante. Era sensual. Era… vivaz.

La respiración de Grace se quebró un segundo.

No de vergüenza, sino de descubrimiento.

—No soy yo —susurró.

—Lo eres —respondió Seraphina—. Siempre fuiste tú. Solo te disfrazaron de silencio.

La música de Grace llenaba el burdel, pero el silencio reinaba en la casa de su padre.

Edgar Henslow tocó a la puerta. Beatrice lo recibió con un pañuelo húmedo en la mano.

—¿Puedo verla?

—Está… enferma. No se ha recuperado.

Él frunció el ceño.

—Conozco a un buen médico. Tal vez si…

—Oh, también nosotros conocemos a uno. Sólo necesita reposo. Todo lo demás… ya lo tiene. Le entregaré sus saludos.

Henslow apretó los dientes, y otra vez dio la vuelta alejándose de la casa, esta vez, mirándola con recelo, estudiándola, preguntándose tras cuál ventana estaba la habitación de su prometida, y si acaso la estaban ocultando.

Pero algo así no tenía sentido, y sacudiendo la cabeza, se alejó.

Dentro, Beatrice rompió a llorar. Su hija debía saber el mal que le estaba haciendo. Ya habían pasado varios días, y ella sólo esperaba que no regresara, al menos, no viva. Un accidente los volvería unos padres dolientes, un matrimonio con fuga los convertiría en una vergüenza.

Nixon, recostado en la pared, sonrió apenas, satisfecho de la desgracia ajena. La casa nunca había estado tan silenciosa como

desde que sus padres habían comprendido los actos de su hermana. Aun si ella regresara, jamás sería aceptada de nuevo.

El reverendo Barlow oteaba por la ventana sosteniendo con nerviosismo el papel que contenía el sermón de este domingo. Si las predicciones de Nixon se realizaban, éste perdería toda autoridad, y él nunca volvería a mirar a nadie en Bath con la frente en alto.

Si no fuera un hombre de Dios, ya habría enviado a alguien a esperarla a las afueras de la ciudad para encerrarla por siempre en un lugar donde nadie se enterara de su vergüenza.

Aunque… dudaba que Dios lo acusara por hacerlo, de todos modos.

En Rosewood Grove, Olive se paseaba por el despacho privado de su esposo, inquieta.

—Jacob, algo está mal —le dijo mientras él revisaba unos documentos—. Grace no está enferma como están diciendo. No lo está. Su padre vino aquí buscándola. No ha vuelto a casa.

Jacob la miró con seriedad.

—¿Dónde crees que pueda estar?

—¡Ese es el problema, que no lo sé! Incluso me atreví a escribirle a la señora Stewart haciéndole guardar el más absoluto secreto. Ella tampoco tiene idea de dónde podría estar. Era mi última esperanza —. Se dejó caer en el mueble más próximo, ya con los ojos humedecidos—. ¿Y si algo malo le pasó?

Jacob apretó los labios. Al parecer, ya no bastaban las averiguaciones superficiales. Habría que buscar más profundamente.

—Haré una búsqueda por mi cuenta —le prometió—. Seré discreto —Olive respiró con alivio y le dio un beso agradecida. Luego fue a ver a Georgiana.

La reunión no trajo certezas.

—No pudo haberse esfumado —dijo Georgiana, con las manos entrelazadas.

—El reverendo Barlow cree que estuvo conmigo —respondió Olive—. ¡Que ella le dijo que hice una fiesta de té y estaba invitada!

—No hiciste ninguna en esos días.

—Exacto. ¡Pero Grace no miente! ¿Por qué lo haría… y a su padre? ¿No es demasiado sospechoso? Además, ella no… no tiene a nadie más. Me refiero a… un hombre.

—No que sepamos —añadió Georgiana con cautela. Olive la miró algo severa.

—Prefiero pensar que mi amiga me habría contado si hubiese tenido a alguien en el corazón—. Cuando Georgiana siguió con gesto de duda, Olive la miró interrogante.

—Escuché… que su padre la prometió a Edgar Henslow—. Olive frunció el ceño como si tratara de recordar quién era ese, y cuando lo ubicó, su gesto pasó al horror.

—¡Es un hombre mayor!

—Pero es lo que escuché decir.

—Tal vez se refiere a… ¿No tiene ese hombre un hijo?

—Así es. Pero lo que yo escuché decir, era que estaba prometida al padre, no al hijo… y en torno a eso giraban las murmuraciones, precisamente. Olive… no creo que sea un error.

El estómago de Olive se encogió. Y dolió un poco. Porque su amiga había estado viviendo miedo e incertidumbre, y nunca le contó nada.

Intentaron construir teorías, caminos posibles, explicaciones.

Pero todas terminaban en un callejón sin salida.

Mientras tanto, Seraphina aplaudió al final del ensayo de Grace. No sólo ella; Norah, Odette, Marianne, las demás.

Grace se había transformado. Y esta era casi divina, una diosa, sí, pero de algún templo pagano, dispuesta a incitar al pecado de la lujuria.

A esta mujer despampanante que tenían delante, la recordaban muy bien encorvada y ocultando su figura detrás de una capa vieja y sucia. La de ahora, era digna de retratar.

Podían imaginarlo.

Grace lanzando una carcajada mientras Seraphina le enseña a mover las caderas con elegancia.

Grace practicando una sonrisa coqueta que le sale fatal y que hace reír a todas.

Grace recibiendo un aplauso tímido de las chicas después de un ensayo especialmente bueno.

Grace cantando frente al espejo, tocándose la propia garganta como si aún no creyera que esa voz es suya.

—¿Estás segura de que ya está lista? —preguntó Sebastien mirando a Seraphina con ojos cansados. Tenía sombras oscuras debajo de sus ojos, pero eso ya era algo habitual en él.

—Muy segura.

—¿Te jugarías tu paga de la semana?

—Con confianza—. Sebastien la miró enarcando una ceja. Eso era algo nuevo. Había esperado alguna salida con humor, pero ella estaba muy seria—. ¿Bajarás para verla? —le preguntó Seraphina, y Sebastien posó de nuevo sus ojos sobre el libro de cuentas en el que trabajaba.

—Tal vez —dijo.

Seraphina lo miró entrecerrando sus ojos, pero no dijo nada.

Para esta ocasión, se habían echado a correr fuertes rumores acerca de la nueva cantante, Grace, quien era preciosa y tenía una voz celestial.

Las chicas habían colaborado mucho susurrándoles a sus amantes en el oído lo especial que sería esa noche.

Un caballero le fue contando a otro, y pronto, todo Bath estaba bajo expectativa.

Jacob, en el edificio donde estaban sus oficinas, vio salir corriendo a uno de sus empleados tan pronto como terminó su jornada de trabajo. Como era algo inusual, preguntó.

¿La respuesta?

—Oh, se la pasó hablando de la nueva cantante que se presentará en no sé qué club. Grace, se llama.

El nombre llamó su atención, pero al añadirlo a "cantante", y "club", de inmediato se rompió toda asociación.

Y esa noche, El Corsé Roto se iluminó como un teatro.

Faroles encendidos. Perfumes en el aire. Voces, risas, humo.

Expectación.

Grace estaba detrás del telón, respirando hondo. Sus dedos temblaban sobre la tela de su ajustado vestido. Seraphina le apretó la mano.

—Ten confianza. Y recuerda: no cantas para ellos. Cantas para ti misma, porque quieres, porque puedes.

Grace asintió, tragando saliva.

El telón se abrió.

El murmullo del público se apagó poco a poco.

Hombres de traje oscuro. Mujeres con plumas y joyas. Toda clase de personajes nocturnos.

Y arriba, en un balcón, como una sombra elegante, Sebastien Chevalier. Tenía los codos apoyados en la baranda, el cabello negro cayendo en ondas desordenadas. Mirando.

No a la cantante. No al espectáculo.

Mirándola a ella.

Grace respiró hondo. Se enderezó.

El pianista dejó caer la primera nota, y ella cerró los ojos.

Aquella canción se la había entregado él mismo, casi con reverencia. Le había dicho que pocas mujeres podían sostener esas notas graves sin perder el color, y que por eso llevaba tanto tiempo guardada, esperando la voz adecuada.

Grace era una mezzo soprano; su registro se apoyaba en un centro amplio y seguro, con graves accesibles y plenos, y un timbre lleno

de carácter. Su voz no brillaba como un cristal, sino como una brasa: dulce, profunda, y capaz de envolver a quien la escuchara.

La melodía brotó pura, intensa, cargada de intención, como si hubiera estado esperando ese pecho para existir.

Contaba la historia de una mujer que lo había entregado todo por amor: su juventud, su dinero, su prestigio, su propio cuerpo. No como sacrificio heroico, sino como una cesión silenciosa, hecha día tras día, sin darse cuenta.

Ahora estaba sola. Burlada. Abandonada.

No lo maldecía, porque lo había amado demasiado como para odiarlo. Pero lloraba, porque ese amor no correspondido seguía ardiendo y latiendo dentro de su pecho, negándose a morir.

La pregunta emergía una y otra vez, sencilla y devastadora, sostenida por las notas graves de su voz:

¿Quién curará este dolor?

¿Quién salvará este corazón?

Y la respuesta llegaba sin consuelo, sin ira, sin esperanza:

Nadie.

Nadie.

A medida que avanzaba, algo en su interior se desplegó, como alas.

Como si cada acorde rompiera un pétalo más del capullo en el que había sido encerrada.

La mujer que cantaba bajo el resplandor cálido del salón no era la sombra callada de la iglesia. No era la hija obediente del reverendo. Ya no era la muchacha que pedía permiso para existir.

Era fuego. Era color.

Sebastien, desde arriba, entornó los ojos.

No era la misma.

Y sin embargo… sí lo era.

Solo que ahora, por fin, era visible.

Sonrió, y se masajeó el puente de la nariz, como si así pudiera contener lo que ya sentía venir.

Después de esta noche, todo sería un problema tras otro. Demandas, visitas incómodas, sermones disfrazados de cortesía, amenazas veladas. Ah… se avecinaban noches turbulentas. Y largas. Y caras.

La canción terminó, y Sebastien ya se daba la vuelta para volver a su despacho, necesitaba una copa, necesitaba distancia, cuando escuchó a Grace dirigirse al público.

—Sé que no me reconocen —dijo ella—. Tal vez crean que vengo de afuera. Pero soy de aquí. De Bath.

Sebastien se detuvo en seco.

—No… no —susurró, y empezó a bajar las escaleras con una urgencia poco digna de un hombre que controlaba media ciudad desde la sombra.

Ella no iba a hacer eso.

No iba a cometer semejante imprudencia.

No iba a prender fuego a su propia casa… ¿verdad?

—Soy Grace Barlow —se presentó, inclinándose en una venia lenta, deliberada, permitiendo que la luz y las miradas recorrieran el arco de su pecho—. Sí —agregó ella con una sonrisa dulce, y un poco desafiante—. Esa Barlow.

—Santa virgen de los cascabeles… —murmuró Sebastien, deteniéndose a mitad de la escalera y pasándose la mano por el cabello, tirando suavemente de él, como si eso pudiera despertarlo de una pesadilla.

La reacción fue inmediata. Brutal.

Grace Barlow no era famosa. No era influyente. No era una figura social.

Pero el apellido… el apellido era una bomba cargada desde el púlpito.

Ese "sí, esa Barlow" no sólo decía quién era.

Decía de quién era hija.

Decía a qué mundo pertenecía y de cuál acababa de desertar.

La gente se puso de pie. Algunos rieron, otros blasfemaron, otros se persignaron como si el infierno hubiera abierto una ventana en medio del salón.

Miraron alrededor instintivamente, buscando al vicario, como si fuera posible que surgiera de entre las sombras para arrastrarla de vuelta a la decencia.

Y los que no buscaban al padre… la miraban a ella.

La reconocieron.

Y fue entonces cuando el deseo se volvió peligroso.

Sebastien lo vio con mucha claridad.

La diferencia entre la muchacha de la iglesia y la mujer del burdel era tan violenta que desataba algo primitivo. No era el deseo cómodo de una puta, ese se compra, se consume y se olvida.

Esto era otra cosa.

Una mujer prohibida que se hacía accesible.

Una virtud arrancándose el velo con sus propias manos.

El primero que llegara a ella no tocaría el cielo.

Lo profanaría.

—¡Maldita mujer! —escupió Sebastien entre dientes—. ¡Bájenla del escenario, ahora!

Pero ya era tarde.

Grace se giró apenas, dio una orden breve al pianista, y la siguiente melodía nació sin pedir permiso.

Sebastien sintió el golpe en el estómago antes de entenderlo.

Aquella canción no pedía perdón. No lloraba, ni se lamentaba, como en la anterior. No suplicaba comprensión.

Era subversiva. Insolente. Peligrosa.

Hablaba de caminos. De decisiones. De una mujer que había elegido andar el suyo aunque le costara el nombre, la familia, la protección.

Cada verso era un clavo en el ataúd de la Grace que Bath creía conocer.

Si el mundo gira,

yo sigo el compás.

Ya no me callo.

No miro atrás.

Sebastien cerró los ojos un instante.

Ahí estaban las consecuencias, alineándose una tras otra, como soldados.

El vicario exigiría explicaciones. Mandaría a toda la congregación a prenderle fuego a su humilde negocio.

Las damas respetables boicotearían el local en público… y lo visitarían en secreto sermoneándolo, recordándole todas las maldiciones que acarrearía desviar a una sola de las ovejas del señor. Ser piedra de tropiezo para uno solo de sus pequeñitos.

Los hombres de apellido importante querrían exclusividad, favores, silencios.

Bath hablaría de ella durante años.

Y su burdel dejaría de ser un lugar discreto para convertirse en un símbolo. En un desafío.

Y él…

Él quedaba en medio.

Jim, el guardia, se colocó a su espalda, tenso, esperando la orden.

Si Sebastien decía que había que bajar a la cantante de su escenario, la bajaban y punto. Si decía basta, la canción moría allí mismo.

Pero Sebastien levantó la mano.

No apartó la mirada de Grace.

Con el pecho agitado, lo entendió todo.

Aquello no era una provocación impulsiva.

Era una declaración de guerra.

Grace estaba rompiendo con su pasado en voz alta, frente a testigos, quemando cada puente con una calma aterradora.

Y, por primera vez, Sebastien comprendió algo que no le gustó admitir:

Ella sabía exactamente lo que hacía.

¡Mierda, mierda, mierda! Su vida tranquila había terminado aquí.

Ah, esto le traería mil problemas.

Él había creído que sería discreta, que limitaría el escándalo al ámbito correcto: su familia, la vergüenza privada, el castigo doméstico.

Una herida limpia.

Pero no.

Grace había decidido arrastrar a todo Bath con ella.

Había involucrado a la ciudad, a la moral, a la hipocresía… y a él.

Apretó los dientes, observándola como se observa una tormenta que no se puede detener, sólo resistir.

No podía evitar respetarla por su valentía, por su lucidez. Por la ferocidad con la que reclamaba su propia vida y el profundo conocimiento que tenía de la moral humana. Su hipocresía.

Pero también lo supo con la misma claridad:

Aquello tenía un precio.

Y tarde o temprano… alguien tendría que pagarlo.

9

El incendio comenzó como comienzan todas las catástrofes sociales: con una carcajada incrédula.

—No puede ser —dijo alguien entre risas, cubriéndose la boca con la mano. Sentía que el asunto era gracioso y vergonzoso a la vez.

—Te digo que sí.

—¿La hija del reverendo? —preguntó—. ¿Grace Barlow? ¿Esa Grace Barlow?

—La misma.

El comentario nació en un rincón perfumado de una casa de té, donde dos damas inclinaban la cabeza lo suficiente como para fingir discreción, pero no tanto como para impedir que la mesa contigua escuchara.

—Estaba cantando. En El corsé roto.

La cucharilla tintineó contra la porcelana. Una tercera mujer dejó escapar un suspiro que pretendía ser escandalizado, pero que traicionada por su curiosidad.

—No digas barbaridades.

—Se presentó con su nombre —Explicó la primera—. Lo dijo con todas sus letras.

—¿Qué nombre?

—Barlow. Grace Barlow. Ha usado su talento para… cantar en un burdel.

Hubo un tenso silencio. Ya no había risas. Aquello era catastrófico, ya no gracioso.

El rumor cruzó calles empedradas, se coló por ventanas abiertas, rebotó en las columnas del Assembly Rooms, trepó por escaleras de servicio y se acomodó en las cocinas, donde las criadas lo condimentaron con especias propias.

—Dicen que llevaba el cabello rojo. No es marrón, ¡es rojo!

—Dicen que se inclinó delante de todos. Mostrando sus pechos.

—¡Dios mío!

—Dicen que el propio Chevalier, ese demonio, la aplaudió.

El apellido Chevalier añadió gasolina.

En una barbería, entre espuma y navajas:

—Barlow. La hija del vicario.

—¿En serio?

—En serio.

—Siempre supe que esas niñas demasiado calladas… algo esconden.

Luego estallaron en risas.

En la librería, entre tratados morales y sermones encuadernados:

—Es una afrenta a la iglesia.

—Es una afrenta a Bath.

—Es una afrenta a la decencia.

Pero nadie dejó de escuchar.

Al mediodía, el rumor ya no era rumor. Era certeza colectiva.

Y cada boca que lo repetía añadía un matiz más jugoso.

Que si había desafiado al cielo.

Que si había bailado.

Que si había nombrado a su padre, diciendo que lo odiaba.

Que si había renunciado públicamente a su vida virtuosa y a la iglesia.

La ciudad no necesitaba pruebas. Necesitaba escándalo.

Y lo tenía, uno muy jugoso, exquisito. Desde hacía mucho tiempo, desde lo de Harriet Lankford, no había un chisme tan bueno.

El reverendo Barlow se enteró como se enteran los hombres orgullosos: no por confidencia, sino por miradas.

Entró en la plaza con su paso habitual, medido, digno. Como siempre era él quien hacía las compras de casa, ese día fue como siempre saludando a todo el mundo con una sonrisa digna y muy beata. Pero esa mañana nadie sostuvo su mirada. Algunos la bajaron demasiado rápido. Otros la sostuvieron demasiado tiempo.

Un murmullo lo siguió como una sombra.

—Es él.

—Pobre hombre.

—¿Ya lo sabrá?

El reverendo frunció el ceño.

En la puerta de la parroquia, el sacristán lo abordó con una torpeza impropia de él. Se retorcía el gorro entre las manos, sin decidirse a hablar.

—Reverendo… quizá… quizá deba volver a casa.

—¿Disculpe? —respondió el reverendo, con esa cortesía afilada que usaba cuando alguien cruzaba una línea invisible.

—Se comenta… algo sobre la señorita Grace.

El nombre lo abofeteó.

No físicamente. No fue dolor. Fue algo más seco: una interrupción en el curso natural de sus pensamientos.

—Mi hija está enferma —respondió con sequedad automática, casi sin respirar entre palabra y palabra.

Era una frase ensayada. La había repetido tantas veces en los últimos días que ya no necesitaba pensarla. Mentir se había vuelto más fácil.

—Eso… eso parece que no es del todo exacto, señor.

El reverendo lo miró primero con censura, por la insolencia implícita en contradecirlo. El sacristán bajó la cabeza al instante. Pero entonces, una chispa distinta cruzó por los ojos del reverendo. No era miedo. Era cálculo. La sospecha de que algo escapaba a su control.

Antes de que pudiera formular pregunta alguna, una voz joven y temeraria descendió desde la escalinata:

—Dicen que canta en El corsé roto.

En ese momento, el mundo pareció detenerse para Charles Barlow.

El murmullo de la plaza continuó, las ruedas de un carruaje crujieron sobre la piedra, una paloma alzó vuelo desde el tejado. Sin embargo, esas palabras parecieron suspender el aire a su alrededor.

Cantando en un burdel.

Eran palabras difíciles de procesar. Difíciles de ensamblar en una imagen coherente. La mente se resistía a dibujarla allí, en ese lugar, en ese contexto.

Tardó un largo rato mirando de uno a otro, como si esperara que alguien rectificara, que dijera que había sido una confusión, un malentendido grotesco.

—Anoche —se apresuró a explicar el primero, comprendiendo que el reverendo necesitaba más que una frase suelta— la señorita Grace, su hija, se presentó en El Corsé Roto, ese burdel… y cantó canciones mundanas. Vestida… de manera provocativa. Ante decenas de hombres.

Otra vez silencio.

No hubo tambaleo.

No hubo mano al pecho.

No hubo desmayo.

Hubo rigidez.

El reverendo Barlow se quedó inmóvil, como si la sangre en sus venas se hubiera convertido en hierro fundido que, al enfriarse, lo hubiera solidificado por dentro. Sus ojos, normalmente contenidos, se endurecieron hasta volverse opacos, como vidrio empañado.

—Repita eso —ordenó, sin alzar la voz.

El joven tragó saliva.

—Dicen… que la señorita Grace Barlow… trabaja allí. Que es… una prostituta más.

Prostituta.

La palabra pareció hundirse dentro de su pecho quemando todo a su paso.

—Eso que dice… son sólo rumores —respondió con una calma peligrosa—. Mi hija está en casa. Está enferma.

El énfasis en la última palabra fue un desafío.

—Señor, muchos la vieron. Tal vez ella… escapó un momento y nadie en casa se dio cuenta.

—Muchos ojos la vieron —insistió otro—. Y ella misma se aseguró de decir bien claro su nombre y apellido.

El reverendo ya no estaba respirando, aquello último lo atravesó como una lanza. Ella estaba usando su nombre para cantar en un burdel. Volvió a menear la cabeza, negándose a creerlo.

—Además… llevaba ropa… poco decente. Y el cabello rojo.

El reverendo giró la cabeza con una lentitud casi mecánica. Sus ojos se clavaron en el muchacho como cuchillas.

Rojo.

Ese detalle minúsculo, insignificante para cualquiera, lo fue todo para él.

Nadie sabía que Grace era pelirroja. Él mismo había insistido en que oscureciera aquel color imprudente, demasiado visible, demasiado… indomable. Siempre cubierto, siempre disciplinado bajo polvos que lo volvían discreto.

Rojo. Ella llevaba el cabello rojo.

Por primera vez, la incredulidad cedió.

No era una confusión.

No era otra joven con el mismo apellido.

Era ella.

Ella había escapado hacía varios días. No se había llevado ni una prenda de casa. Él lo había interpretado como un acto de torpeza juvenil, un arrebato sin dirección. Pero ahora entendía: no necesitaba nada de esa casa. No necesitaba sus vestidos sobrios ni su permiso.

Y ahora mostraba el verdadero color de su cabello como una bandera.

No era una caída.

Era una proclamación.

Sintió la vergüenza treparle por el cuello, no como rubor, sino como quemadura. Imaginó los bancos de la iglesia llenos el domingo

siguiente. Las miradas que evitarían la suya. Los susurros durante el sermón. Las invitaciones que dejarían de llegar.

—Señor… —intentó decir el muchacho, pero él levantó la mano deteniendo cualquier frase. No soportaba escuchar más. Necesitaba procesar esto, pensar en qué iba a hacer ahora, porque, si esa niña hubiese muerto, él ahora sólo sería un padre en duelo. Pero esa perra había tomado su nombre y lo había arrastrado en una cloaca, y él se hallaba sin saber qué hacer ni qué decir para salir de ese problema.

Miró alrededor, pero no gritó. No se llevó la mano al corazón. No perdió el aire.

Perdió algo más delicado: la compostura.

Su mandíbula se tensó. Los músculos del cuello se marcaron bajo la piel. La ira no era volcánica; era fría, calculada, humillante.

—Retírese —dijo al sacristán en un susurro.

Y caminó de regreso a casa con un paso más rápido de lo habitual.

En su despacho, cerró la puerta con más fuerza de la necesaria.

No era dolor lo que sentía. Era vergüenza.

Esa maldita, pensó. Por qué. ¿Por qué no fue una muerte prematura? Ah, a estas alturas, un matrimonio apresurado en Gretna Green tampoco sonaba tan mal.

Un burdel, señor. Todos esos hombres codiciando el cuerpo de su hija, seguramente pensando en su padre y la santidad que su nombre confería para corromperla.

Estaba seguro de que esos pervertidos pecadores capaces de pagarle a una mujer por un servicio sexual no podrían obviar el hecho de que era la hija del reverendo para…

Oh, no, no, no.

Iba a morir de vergüenza.

¿Y si sus superiores se enteraban? ¿Le quitarían la rectoría? ¿Lo excomulgarían?

Entró en pánico.

Ninguno de sus pensamientos se desvió hacia su hija, en qué la orilló a hacer algo tan denigrante y peligroso. No se detuvo a recordar su comportamiento de los últimos días.

Pensó en Bath y en que ya no podría presentarse en ningún lugar sin perder la cara.

Pensó en los bancos de la iglesia llenos de miradas críticas en la próxima escuela dominical.

Pensó en los sermones susurrados a sus espaldas, todas esas personas que ahora se sentirían moralmente superiores a él.

Pensó en las invitaciones que dejarían de llegar, el aislamiento que sufrirían él y su esposa.

Pensó en la palabra hipócrita flotando, invisible, sobre su cabeza.

Y entonces, el pensamiento que lo atravesó como un aguijón:

Edgar Henslow.

El prometido.

El novio correcto, bien situado, conveniente, cristiano y devoto.

Cuando Henslow se enterara, porque se enteraría, la alianza se desmoronaría. La reputación se desplomaría. La burla sería permanente.

—¿Qué hice mal? —murmuró, pero no con dolor paternal, sino con desconcierto herido—. ¿Dónde fallé?

Había criado una hija dócil. Silenciosa. Obediente.

Había sido ejemplo.

¿En qué grieta se filtró esto?

Su mano golpeó el escritorio.

—Ingrata —escupió.

No por lo que había hecho con su vida.

Sino por lo que había hecho con su apellido.

Nathaniel Radcliffe se enteró en el club, entre cartas y brandy.

—Tu amigo Chevalier tiene nuevo entretenimiento —comentó alguien con sonrisa torcida.

Nathaniel levantó una ceja.

—¿Ah, sí?

—La hija del reverendo. La pequeña Barlow. Cantando en su burdel.

El vaso se detuvo a medio camino de sus labios.

—Eso es imposible.

—No lo es. Se presentó con nombre y apellido.

Jacob Smith, sentado a su lado, dejó las cartas sobre la mesa.

—¿Grace Barlow? —repitió con incredulidad.

—La misma.

El silencio entre ellos fue distinto al de los demás. No era morboso. Era analítico.

Nathaniel apoyó el vaso lentamente.

—Sebastien no es un idiota.

—No —respondió Jacob—. Pero es obstinado.

—Y provocador.

—Y territorial.

Nathaniel exhaló.

—Mierda, no puede ser—. Al tiempo, Jacob se masajeó los ojos.

Ninguno de los dos podía decir que conocía a Grace Barlow lo suficiente como para decir que aquello era imposible, pero los dos conocían a Sebastien, y sabían que se avecinaban problemas.

—¿Qué mierda está pasando? —preguntó Jacob mirando a ninguna parte.

—No tengo la menor idea —contestó Nathaniel—. Pero puedo decirte exactamente qué pasará en el futuro.

Se miraron.

Escándalo. Represalias. Llanto y reclamos.

Eso último, por parte de sus queridas esposas.

—Tenemos que verlo con nuestros propios ojos —dijo Jacob finalmente poniéndose en pie y yendo a reclamar su abrigo.

—¿Verificarlo?

—Y entender qué demonios está haciendo Sebastien.

Nathaniel asintió.

—Esperemos que todo sea sólo un malentendido —Jacob se giró a mirarlo como pidiéndole que fuera un poco más realista. Radcliffe enseñó las palmas de las manos—. Eh, déjame tener una esperanza.

Dejaron el club sin más comentarios y salieron a la calle con el aire cargado de murmullos.

La ciudad ya no hablaba de otra cosa.

La habitación estaba casi a oscuras, apenas iluminada por la luz débil que se colaba entre las rendijas de la ventana. El Corsé Roto siempre dormía tarde, pero sus compañeras de cuarto ya habían caído rendidas, desparramadas sobre sus camas con la respiración acompasada y el cuerpo rendido de cansancio. En contraste, Grace permanecía despierta, sentada en un rincón de su estrecha cama, hecha un ovillo bajo la sábana áspera que había encontrado la primera noche.

Se cubrió la cabeza con la tela, como si fuera una cueva, o un refugio. El calor encerrado allí dentro le hacía sudar ligeramente, pero era preferible a la sensación punzante de sentirse expuesta, vulnerable, demasiado consciente de todo.

No dejaba de pensar en lo sucedido anoche.

Su entrada. Su voz rompiendo el lugar. Las miradas. Los aplausos.

La inquietud que había recorrido la sala como si hubiera abierto una herida vieja en todos los presentes.

Después de la primera canción, había sentido ese poder embriagador. Ese poder… o esa libertad. Sí. Libertad. La palabra que llevaba años sin rozar. Por eso cantó dos canciones más sin pensarlo. Por eso, cuando bajó del escenario, creyó que podría respirar por fin.

Pero no.

La mano de Sebastien Chevalier la había atrapado del brazo, firme, como si temiera que ella se desvaneciera o se incendiara. La arrastró hacia su despacho con pasos duros, silenciosos, y sin darle ocasión de explicar nada.

Y allí, detrás de aquella puerta gruesa, comenzó la regañina más larga de su vida.

Bueno, no: las de su padre eran más interminables. Más frías. Más afiladas. Ella estaba acostumbrada a que la reprendieran. A callar, bajar la cabeza, repetir sí, padre, lo siento, padre, no volverá a ocurrir, padre.

Pero esta vez no.

Esta vez, cuando Sebastien empezó a enumerar los problemas, el escándalo, la imprudencia, los riesgos, los hombres que reconocerían su apellido, los reclamos, el boicoteo, el hecho de que ella no era una muchacha cualquiera sino la hija de un reverendo, Grace no agachó la cabeza.

Se la levantó.

Y le dijo la verdad.

Que ese había sido el propósito desde que llegó: castigar a sus padres. Destruirlos.

Aún bajo la sábana, cerró los puños al recordar la expresión que cruzó el rostro de Sebastien. No fue horror. No fue indignación moral. Fue… cansancio. Preocupación sincera, tal vez. O la clase de fastidio que uno siente cuando alguien patea un panal sabiendo que el aguijón será para todos.

—Pero no tienes que destruirme a mí y a mi negocio —le había reclamado él.

—¿Y en qué te perjudica?

Y él se lo explicó: lo grave que era tener a una figura como ella allí. Los reclamos que recibiría al amanecer. Las visitas indeseadas de hombres y mujeres que se creían con derecho a juzgarlo. Mencionó a sus amigas, las mujeres del burdel, y entonces Grace no supo qué decir.

—Eso… no me importa.

—Mentira —la retó él—. Sí te importa. No eres esa clase de mujer que ve el mundo arder con una sonrisa. No eres de las que le causa preocupaciones a la gente que quieres sin sentir remordimiento.

Mierda, él tenía razón. Las personas que ella más quería eran sus amigas. Pero ellas tenían sus vidas, ¿no? No les afectaría.

Al verla en silencio, Sebastien había dejado salir el aire y calmado su ira.

—No era necesario ir tan lejos para vengarte. Hay límites para uno protegerse.

Límites, pensó ella. Odiaba tanto esa palabra, el concepto en sí.

—¡No vine aquí para tener nuevos límites! —explotó—. Vine aquí, pensando que eras diferente, que tenías una mentalidad más libre, más moderna. Pero veo que, al parecer, me he equivocado.

—¿Qué?

—¿Quién te crees para sermonearme? Ya me liberé de mi papá. ¿Quién te crees tú?

Sebastien la miró pasmado. Los ojos de ella estaba húmedos, y él se la quedó mirando como si fuera alguna extraña criatura que de repente se transformaba ante sus ojos.

Ella notó esa extraña mirada y retrocedió un paso. No estaba segura de haberlo ofendido.

Pero al segundo siguiente, él le tomó el rostro entre las manos, no con suavidad, y la llevó contra la pared con cierta fuerza. Grace se vio atrapada y lo miró asustada.

Mierda. Se había pasado de la raya, sin saber si él era violento, capaz de pegarle.

Si lo hacía, pensó con dolor, ella se lo había buscado, y su vida aquí sería más horrible de lo que pensó, porque sólo lo tenía a él como apoyo.

No debió decir nada. Debió quedarse callada. Otra vez, debió bajar la cabeza y aceptar su culpa, como antes.

Después de todo, ¿qué podía hacer una mujer como ella?

Pero entonces ocurrió algo extraño.

Lo vio detenerse.

Lo vio tragarse las palabras.

En los ojos de él, unos ojos que ella había creído invulnerables, había un gesto casi imperceptible, una vacilación. La soltó y se alejó varios pasos, como si ella quemara, como si unas cadenas invisibles lo devolvieran a la distancia de antes, pero con sus ojos quisiera decirle mil cosas que ella no logró discernir.

Grace se quedó en silencio, todavía llevando el vestido negro de terciopelo que dejaba al descubierto sus hombros y sus brazos, que revelaban una buena parte de su pecho, estrechando su cintura, acentuando sus curvas. Pero en ese momento olvidó que estaba hermosa, que era exageradamente provocativa, que su piel suave parecía brillar bajo la luz de las velas y sólo se sintió pequeña, insignificante, olvidable.

Y no le gustó.

—Vete a tu habitación —susurró él—. Como siempre… seré yo quien lidie con los estragos.

Ella lo miró con una pregunta en los ojos, y él sonrió encogiéndose de hombros.

—Oh, querida Grace —dijo—. Si no temes a las consecuencias de tus actos, me temo que no puedo ayudarte.

Ahora, bajo su sábana-refugio, esas palabras resonaban sin parar.

Consecuencias.

Ella sabía cuáles eran.

Regresar a casa.

Ser castigada.

Ser casada con un hombre que no amaba ni respetaba.

Convertirse en una sombra obediente, callada, decorativa.

Eso era lo que realmente temía.

Todo lo demás, la vergüenza, el escándalo, el juicio de Bath, incluso los riesgos de estar allí, podía soportarlo. Lo había soportado toda la vida. Lo seguiría soportando.

Pero volver a casa…

Eso no.

Eso sería el fin.

Se apretó más contra sí misma, hundiendo la cara en las rodillas. La sábana olía a jabón barato y humedad, pero era suya. Ese pequeño rincón de cama, esa libertad prestada, ese techo que no pertenecía a su padre.

Y también, aunque no quisiera admitirlo, ese hombre extraño de ojos oscuros que la miraba con irritación, pero también con algo más. Algo que ella no sabía interpretar aún. No tenía cabeza para eso.

—Estoy en guerra —murmuró, apenas un hilo de aire—. Y no puedo perder.

En algún rincón de la habitación, una de sus compañeras se giró y suspiró, ajena a la tormenta interna de Grace.

Ella volvió a pensar en los ojos de Sebastien detenidos en los suyos, en ese instante en que él parecía querer gritarle… o quizá no.

Pero era imposible.

Él era él.

Ella era ella.

Y entre ambos había una grieta demasiado grande.

Aun así, mientras cerraba finalmente los ojos, admitió algo que no hubiera dicho en voz alta ni bajo tortura:

De todas las personas que había conocido, de todos los hombres que habían intentado moldearla, controlar su destino o decidir por ella…

Sebastien Chevalier era distinto.

Y eso, en medio de tanta rabia, la confundía más que cualquier consecuencia.

10

La noche estaba apenas empezando para el Corsé Roto. Desde fuera, la fachada discreta parecía dormida, pero en el interior el murmullo de los clientes ya vibraba como un enjambre oculto. A esa hora, sin embargo, el pasillo que llevaba al despacho de Sebastien estaba silencioso.

Nathaniel Radcliffe y Jacob Smith llegaron sin escoltas, sin abrigos ostentosos, sin anunciarse. Entraron rápido, casi camuflados entre sombras, guiados por Jim, el guardia que los reconoció de inmediato, pero que no dijo palabra.

—Están aquí —avisó Jim, antes de dejarlos frente a la puerta del despacho.

Desde dentro se escuchaba un ruido de papeles, un suspiro y un murmullo en francés.

Jacob golpeó suavemente.

—Pase —respondió Sebastien.

Al verlos, levantó una ceja.

No sintió sorpresa. Tampoco molestia. Sólo ese cansancio elegante que arrastran los hombres que ya han tenido demasiados problemas en una sola noche.

Nathaniel inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Chevalier.

—Radcliffe. Smith. —Sebastien dejó caer la pluma sobre el escritorio —. Supuse que vendrían.

Jacob dio un paso adelante, tono conciliador.

—Queremos hablar contigo de un asunto… delicado.

—Tiene que ver con Grace Barlow —completó Nathaniel.

La mandíbula de Sebastien se tensó apenas un segundo.

—Lo imaginé. Siéntense.

No lo hicieron, pero se acercaron a la mesa.

Jacob fue directo:

—Chevalier… ¿es cierto?

Sebastien apoyó ambos codos sobre el escritorio, entrelazó los dedos y soltó un largo suspiro.

—Si me preguntan si está aquí, la respuesta es sí.

—Mierda —murmuró Jacob dando unos pasos por la estancia.

—Pero si quieren saber por qué —siguió Sebastien cruzándose de brazos y mirándolos con cierta dureza—, sólo puedo decirles lo que ella me contó.

Jacob y Nathaniel lo miraron con diferentes expresiones, sin embargo, en ninguno había censura o reproche. Sólo genuina preocupación por la chica.

Sebastien dejó salir el aire poniéndose en pie, un poco incómodo porque sus dos no invitados habían rehusado sentarse.

—Quiero que entiendan algo: yo no la traje. Ella vino por voluntad propia.

—¿Me estás diciendo que una joven de excelente reputación, conocida por su rectitud y buen estar… de la noche a la mañana… quiso venir a trabajar en un sitio como este? —Sebastien sonrió con ironía. Sí, era difícil de creer. A él mismo aún le costaba.

Asintió encogiéndose de hombros.

Los dos hombres intercambiaron una mirada tensa. Sebastien vio en sus ojos la mezcla incómoda de incredulidad, preocupación y consternación. Tal parecían los hermanos mayores de Grace. Era una fortuna que fueran amigos, o seguramente lo habrían retado a duelo.

—¿Cómo llegó aquí? —preguntó Nathaniel.

Sebastien relató todo lo que sabía:

La llegada de Grace con un disfraz ridículo, y su petición absurda. Omitió que ella en un principio sólo quería perder la virginidad, y que había sido su negativa lo que la llevó a pensar en la alternativa de prostituirse. No necesitaba encender ciertas llamas.

Pero sí les detalló cómo él se negó rotundamente, y cómo ella volvió a la noche siguiente más determinada que nunca, y cómo ya no se volvió a ir.

Y, por supuesto, también les contó cómo él la estaba protegiendo y ella no era una prostituta, sólo la cantante, sumado a lo que había hecho en el escenario la noche anterior.

Mientras hablaba, sus expresiones se oscurecieron.

Insatisfacción.

Preocupación.

No por moralismo, sino porque, claramente, nada de eso tenía sentido desde su perspectiva.

Cuando terminó, hubo un largo silencio, como si cada uno intentara comprender. Claramente, les era difícil.

Nathaniel fue el primero en hablar:

—Lo que describes no es propio de ella.

—Lo sé —dijo Sebastien con ironía—. Por eso sé que deben escucharla ustedes mismos.

Tomó una campanilla y la hizo sonar. Jim apareció.

—Tráeme a Grace Barlow —ordenó.

Tardó apenas un minuto.

Grace entró al despacho con el cabello recogido como pudo y una expresión alerta. Pero al verlos, a los maridos de sus amigas, hombres que no eran figuras de autoridad sobre ella pero sí rostros amables que conocía, palideció un instante.

Un instante nada más.

Después, alzó el mentón.

—Buenas noches —dijo.

Jacob y Nathaniel la miraron sorprendidos. Sí era Grace, y al tiempo… no. Se veía distinta, no sólo por su pelo rojo y ropa diferente. Era algo desde dentro que la alejaba totalmente de aquella muchacha anodina que no tenía voz ni agencia sobre nada en la vida.

Jacob dio un paso hacia ella, amable.

—Grace… Me alegra ver que estás bien—. Ella lo miró a los ojos, y eso sorprendió un poco a Jacob. Era la primera vez que le sostenía la mirada de esa manera.

Sintió que estaba tratando con un rebelde, y recordó entonces que, si decía las palabras equivocadas, sólo exacerbaría esa rebeldía, empeorando la situación.

Así que sacó su mejor arma.

—Olive está muy preocupada. Desde tu desaparición, no ha parado de buscarte, de llorar por ti—. Funcionó. La mirada de Grace cambió por una culpable al instante.

En el fondo, era la misma.

—Todos lo estamos —intervino Nathaniel—. Sólo queremos saber qué ocurrió para que acabaras aquí.

Jacob asintió, y añadió:

—Si tenías una dificultad, cualquiera. Podrías haberlo dicho. Hay problemas que se pueden resolver con ayuda.

Grace tragó saliva. Sus manos, ocultas tras la falda, se apretaron un momento. Luego habló:

—Esta… —respiró hondo— …esta es una decisión que tomé yo. Nadie me obligó. Nadie me trajo. Estoy aquí porque quiero estar aquí.

Ambos fruncieron el ceño. No de juicio, sino porque esa respuesta no encajaba con nada que ellos conocían de ella.

—Grace —insistió Nathaniel—, estás hablando como si esto fuera definitivo.

—Lo es —respondió ella sin temblar.

Jacob negó con la cabeza, con una mezcla de tristeza y desconcierto.

—No puedes decir eso sin pensar en lo que significa. Olive te quiere, te considera familia…

Grace cerró los ojos un momento.

Cuando los abrió, había firmeza ahí.

Y algo que los tres hombres reconocieron al instante: convicción.

—Por favor… díganle a Olive que la quiero. Que le agradezco cada gesto, cada consejo, cada día que me trató con cariño. Y díganle que no es culpa suya que yo esté aquí. Que la extraño. —Una sonrisa triste—. Y díganle a Georgiana que fue una luz para mí, que estoy agradecida por haberla conocido.

Aquellas palabras sonaban demasiado a despedida. Jacob y Nathaniel intercambiaron una mirada larga, silenciosa.

Sebastien, detrás del escritorio, se limitó a encogerse de hombros. Un gesto que decía claramente: Se los dije. No tenía manera de moverla un centímetro.

Nathaniel fue quien aceptó la realidad primero. Su postura se relajó, como si asumiera que habían chocado de frente contra un muro.

—Bien —dijo con un suspiro cansado—. Ya escuchamos lo que necesitábamos. No estamos aquí para juzgarte, Grace. Pero sí para asegurarnos de que estás aquí por decisión propia.

—Lo estoy —afirmó ella sin dudar.

Jacob dio un paso atrás, resignado.

—Entonces no podemos hacer nada más. Te respetamos, pero no esperes que Olive y Georgiana no se preocupen. No se les quita así de fácil.

Grace bajó la mirada.

—Lo sé. Y lo siento.

Finalmente, Nathaniel se inclinó ligeramente a modo de despedida.

—Si alguna vez necesitas algo, cualquier cosa, dínoslo. Pero no intentaremos obligarte a nada.

Sebastien abrió la puerta del despacho.

—Caballeros.

Ellos salieron sin más palabras.

La puerta se cerró.

El eco de los pasos de Radcliffe y Smith se deshizo en el pasillo, y el despacho quedó envuelto en un silencio más denso que el humo del salón.

Grace seguía de pie, inmóvil.

Sebastien la observó desde el escritorio. Estaba listo para hablar. Para decir algo punzante. Algo que la devolviera a su trinchera habitual. ¿Satisfecha? ¿Ves lo que provocas? Cualquier frase le habría servido.

Pero entonces la vio parpadear.

Una vez.

Y otra.

Y la primera lágrima cayó sin dramatismo, sin gesto previo, simplemente descendiendo por su mejilla como si hubiera estado esperando permiso.

Grace se llevó una mano a la boca, como si aquello la traicionara. El mentón le tembló. Intentó respirar hondo, recomponerse, sostener la columna erguida que había defendido frente a tres hombres… pero el recuerdo la golpeó de nuevo.

Olive está muy preocupada.

Te considera familia.

Y entonces las lágrimas dejaron de pedir permiso.

Rodaron silenciosas, constantes, dibujando caminos brillantes sobre su piel.

Sebastien dio un paso hacia ella.

Tenía una frase preparada. La sintió en la lengua. Se la tragó.

Grace no lloraba como alguien que busca consuelo. Lloraba como quien descubre que aún tiene algo que perder.

Él la había visto enfrentarlo, desafiarlo, incendiar su propio apellido sobre un escenario. La había visto erguirse como una palmera en medio de la tormenta, firme, casi orgullosa de no doblarse.

Y ahora…

Una sola mención de la preocupación de sus amigas la había quebrado por dentro.

—Grace… —empezó.

No terminó.

Ella dio un paso inseguro hacia él, como si el suelo hubiera perdido firmeza. Y antes de que él pudiera anticiparlo, se recostó contra su pecho.

No fue elegante.

No fue calculado. Conocía demasiado bien a las mujeres como para no saber que usaban sus lágrimas para conseguir lo que querían.

Pero esto fue instintivo.

Su frente chocó suavemente contra la tela de su chaleco, y el sonido ahogado de su llanto quedó amortiguado entre ambos.

Sebastien se quedó rígido.

Las mujeres lloran, se dijo.

Claro que lloran.

Pero hacía años, años, que ninguna lo hacía así, sin estrategia, sin teatralidad, sin buscar manipularlo. Llorar delante de él solía ser un acto medido, una herramienta. Esto no lo era.

Grace temblaba.

Él podía sentirlo.

El calor húmedo de sus lágrimas atravesó la tela y le tocó la piel. La respiración irregular, el pequeño tirón involuntario de sus hombros intentando contener el sollozo.

Tardó un segundo.

Dos.

Luego, con una cautela casi torpe, levantó los brazos y la rodeó.

No la apretó.

No la atrajo más.

Simplemente la sostuvo.

Y en ese gesto mínimo ocurrió algo que lo desconcertó profundamente: el dolor de ella le golpeó el pecho como si fuera propio. Como si, por un instante absurdo, hubiera entendido el peso de esas palabras, de esa despedida que sonaba definitiva.

Grace se aferró a su camisa con los dedos.

Sebastien bajó la barbilla apenas, sintiendo el roce de su cabello contra su mentón. Olía a jabón perfumado, a polvos para la cara y a perfume tenue.

—No querías que se preocuparan —murmuró él, casi sin darse cuenta.

Ella negó contra su pecho.

—No quería… que me quisieran tanto —susurró entrecortado.

Ahí estuvo la verdad.

Parecía que ella acababa de darse cuenta de que en verdad había lastimado a gente cuyo amor ella había subestimado. Nada le había dolido hasta ahora, nada la había hecho tambalear. El amor de sus amigas, que la consideraban familia, sí.

Él conocía un poco esa sensación. Sabía lo que era ser abandonado por la familia, ser desechado, entregado al mundo como una ofrenda sin importar cuánto le doliera a él, por eso no dijo nada más.

Pasaron unos minutos así. El mundo reducido al latido irregular de ella y a la extraña quietud de él.

Y entonces Grace se dio cuenta de lo que estaba haciendo, de lo que acababa de hacer.

Se tensó de golpe.

Como si acabara de despertar.

Se separó con brusquedad, dando un paso atrás. Sus ojos, enrojecidos, brillantes, lo miraron como si él hubiera sido testigo de algo imperdonable.

Como si él hubiera visto demasiado.

Sebastien sintió el vacío en el mismo instante en que el calor se apartó de su pecho. Como si de repente su pecho fuera su lugar,

como la planta pertenece a la tierra, como la luna al cielo. Ahora que ella no estaba, todo se sintió un poco banal y sin propósito. ¿Para qué tenía él pecho si ella no iba a estar recostada en él?

¿Pero qué estupidez acababa de pensar? ¿Era un adolescente acaso?, pensó burlándose de sí mismo.

La miró, pero ella evitó su mirada. Sacó un pañuelo de un bolsillo y se lo extendió sin decir nada.

Grace dudó apenas un segundo antes de aceptarlo.

—Gracias —susurró, pero la palabra salió fría, distante, como si necesitara borrar lo que acababa de ocurrir.

Se secó las mejillas con rapidez, respiró hondo, recompuso la espalda. Y luego, simplemente, huyó.

La puerta se abrió y se cerró con un golpe seco.

Sebastien permaneció inmóvil en medio del despacho.

El silencio volvió, pero ahora tenía otro color.

¿Por qué el llanto de ella era diferente? Es una mujer más. Una más terca que la media, más tonta, por las decisiones que acababa de tomar, una… que no tenía nada que ver con él, igual que todas las mujeres del mundo.

¿Por qué?

Bajó la vista hacia su chaleco. Las manchas húmedas eran pequeñas, casi invisibles… y sin embargo le quemaban.

Se pasó una mano por el rostro, exhalando lento.

¿Qué demonios había sido eso?

No entendía en qué momento había cedido. En qué instante había pasado de querer reprenderla a sostenerla como si fuera algo frágil y precioso.

Había sentido su dolor. Lo había sentido de verdad.

Y, en vez de un agradecimiento, había recibido distancia. Frialdad. Huida.

Sebastien apoyó ambas manos sobre el escritorio y se inclinó ligeramente hacia adelante, mirando la puerta cerrada.

—Mon Dieu… —murmuró.

Porque lo verdaderamente inquietante no era que Grace hubiera llorado.

Era que él hubiera querido que se quedara.

La rutina empezó a tomar forma.

A Grace le asignaron un horario para cantar tres noches por semana. Ensayaba por las tardes en el pequeño salón del fondo, donde el piano tenía una tecla ligeramente más grave y una ventana que daba al callejón. Calentaba la voz con disciplina, respiración baja, vocalizaciones medidas. El resto del tiempo… el resto del tiempo le sobraba.

Y Grace no sabía estar ociosa.

Una mañana se coló en las cocinas. Terminó picando cebollas con las mangas arremangadas y el delantal torcido, riéndose cuando la cocinera le arrebató el cuchillo.

—¡Fuera! ¡Tu garganta vale más que mis guisos!

Otro día apareció en la lavandería.

El vapor empañaba los vidrios y el aire olía a jabón fuerte y lejía. Las cubas estaban llenas, y Grace, con las faldas recogidas, restregaba con energía un juego de sábanas.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó Seraphina desde la puerta.

Seraphina cruzó la estancia como una exhalación dramática, apartándole las manos del agua.

—¡Te vas a arruinar la piel! —le levantó las manos como si examinara una obra de arte en peligro—. ¿Sabes cuánto cuesta mantener estas uñas? Deberías cuidarlas más, ¡son tu carta de presentación!

Grace soltó una carcajada.

—Esto no es nada. Despercudir la ropa de Nixon sí que era pesado. Esa sí era una batalla digna de canciones trágicas.

Seraphina abrió la boca, horrorizada.

—No compares la ropa de un muchacho con seda francesa. ¡Fuera de aquí!

La sacó casi a empujones y la llevó al salón de costura, donde telas, cintas y corsés a medio terminar se apilaban como pequeños proyectos de guerra.

—Si quieres ser útil —sentenció—, cose. Aquí siempre hay algo que ajustar.

Grace terminó sentada junto a una ventana, enhebrando aguja tras aguja, aprendiendo a reforzar costuras, a cambiar botones, a rematar dobladillos invisibles.

Los días, sorprendentemente, fueron tranquilos.

Desde la visita de Radcliffe y Smith no hubo más irrupciones, escándalos nuevos, ni miradas curiosas que se atrevieran a entrar con preguntas en los labios.

Y desde aquella tarde en el despacho…

No volvió a ver a Sebastien Chevalier.

Le explicaron que dividía su tiempo con otra propiedad: El Salón de los Ases, una casa de juego donde el humo era más denso y las apuestas más peligrosas. Grace dio gracias a Dios por esa distancia; aún no entendía qué le había ocurrido.

Cada vez que recordaba el momento en que apoyó la frente en su pecho, sentía un calor incómodo subirle por el cuello. No era vergüenza solamente.

Era la memoria de algo firme. Seguro. De unos brazos que no exigieron nada. De un silencio que sostuvo.

Ella, acostumbrada a llorar sola, a limpiar sus propias lágrimas, a encontrar la fortaleza de algún lugar dentro de sí, de repente se había apoyado en alguien… y no encontró vacío. Él la había sostenido, la había consolado, un poco a su manera.

Y eso la descolocaba más que cualquier regaño.

Meneó la cabeza sacudiendo esas ideas. Estaba aquí para trabajar, para vengarse, no para crear y caer en falsas ilusiones. Nunca se había enamorado, no sabía cómo se sentía, pero algo era seguro:

Sebastien Chevalier jamás sería un destinatario seguro de sus afectos. Si acaso desarrollaba alguno por él, agradecimiento, o lo que sea, debía guardárselo.

Era como darle un cuchillo a un loco asesino.

Con el paso de los días, empezó a conocer mejor a las mujeres del burdel.

Ellas habían empezado a verla como una más de su grupo, y empezaron a contarle sus historias en susurros mientras cosían, o las ayudaba a vestirse, o a sostenerles el maquillaje.

Le enseñaban sus cicatrices sin dramatismo.

La mayoría venía de infancias rotas, promesas incumplidas, maridos violentos, familias que vendieron lo que no debían.

Grace escuchaba.

Y cuanto más escuchaba, más pequeña se sentía su propia tragedia.

Ella había vivido en un jardín cercado, sí. Un jardín lleno de normas, de vigilancia, de deberes… pero un jardín al fin y al cabo.

Le habían pegado, pero nunca le rompieron un hueso. Le hicieron pasar hambre como castigo, pero eso se limitó a un día o dos. No semanas. La habían prometido a un viejo pervertido, pero ese pervertido no la tocó, no la ultrajó arrebatándole su virtud, ni intentó matarla.

Comparadas con aquellas historias, sus espinas parecían de terciopelo.

Estaba meditando en eso, con la aguja suspendida en el aire, cuando la puerta del salón de costura se abrió.

Jim apareció.

Grande. Callado. La sombra permanente de Sebastien Chevalier esta vez se había separado de él y protegía el burdel. Más concretamente, a ella, pero eso jamás se lo dirían.

—¿Pasa algo? —preguntó ella dejando la costura a un lado. Jim sólo hizo una mueca, señalando el primer piso.

—Tienes una visita —dijo.

El corazón le dio un vuelco.

Olive. O Georgiana. O tal vez las dos.

Se puso de pie demasiado rápido, alisándose la falda. Su corazón empezó a latir acelerado, y sus manos se enfriaron, pero ella ya había preparado la palabras que les diría en caso de que se arriesgaran a venir aquí para hablar con ella.

—¿Están en el salón?

Jim negó una vez.

—No han entrado.

Algo en su tono la hizo fruncir el ceño.

Bajó las escaleras acompañada por él. El murmullo del burdel a plena tarde era mínimo: algunas risas, las mujeres yendo y viniendo preparándose para la noche, nada escandaloso.

Jim abrió la puerta trasera apenas lo suficiente para que ella mirara hacia el callejón.

Y el mundo se detuvo.

Su padre.

El vicario estaba a unos pasos de la entrada, rígido como una estatua tallada en indignación. No había cruzado el umbral. Ni un centímetro. Su sombrero oscuro proyectaba una sombra dura sobre su rostro.

A su lado estaba Nixon, más alto de lo que Grace recordaba, inquieto, mirando alrededor con evidente incomodidad.

Ambos se mantenían pegados a la pared, intentando esquivar la mirada de los transeúntes. Como si el edificio pudiera contaminarles la ropa con sólo rozarlo.

El pecho de Grace se vació de aire.

El vicario la vio.

Y en ese instante toda su contención se quebró.

Avanzó con pasos rápidos, casi torpes de furia.

—¡Grace!

Ella no retrocedió.

Pero tampoco avanzó.

El brillo en los ojos de su padre no era tristeza. Era rabia. Humillación. Un orgullo herido que necesitaba castigo.

Por un segundo, un segundo nada más, por su mente cruzó la imagen de su mano alzándose, de su fuerza cayendo sobre ella como tantas veces había hecho con palabras.

Pero antes de que pudiera alcanzarla, una figura se interpuso.

Jim.

Firme. Inamovible.

El vicario chocó contra él sin éxito.

—Apártese —espetó, rojo de ira—. Es mi hija.

—Y esta es propiedad privada —respondió Jim, sin elevar la voz.

Nixon miraba a uno y otro, tenso, sin saber dónde posar los ojos.

—Grace —dijo el vicario, intentando rodear al guardia—. Sal de ahí. Ahora mismo.

Ella sintió el viejo impulso de obedecer. De bajar la cabeza. De cruzar la puerta y aceptar el castigo que él ya había decidido en su mente.

Porque lo veía en su rostro: ya había imaginado la escena. Cómo la doblaría. Cómo la haría regresar. Cómo restauraría el orden.

Pero Grace no se movió.

Las manos le temblaban, sí. Estaba aterrada, paralizada. Los ojos se le humedecieron de miedo porque, si antes él la había golpeado sólo por reír demasiado alto, ¿qué no le haría ahora?

Hacía sólo un momento acababa de pensar que sus pesares no eran tantos, pero ahora comprendía que había muchas formas de violencia, y la que ella había sufrido era una que drenaba el alma, hasta vaciarla y dejarla tan vacía y desprovista de voluntad que era lo mismo que estar muerta.

Había olvidado el dominio que tenía sobre ella, el impacto de su voz en su mente, en sus miedos.

Pero de algún lugar vino otra vez la fortaleza. Tal vez provenía de su propia terquedad. Jim estaba allí, protegiéndola, así que, apenas asomándose detrás de él, habló con voz firme.

—No voy a salir, padre.

El silencio que siguió fue más violento que cualquier golpe. El vicario no soportaba que le respondiera con negativas, y casi parecía atragantado con su propia sorpresa.

—Tú… ¡puta!

La palabra sorprendió a todos. No era algo que un hombre de Dios dijera, no eran palabras santas.

Y Grace sonrió por dentro.

Esta era su verdadera cara, después de todo. Lo que usaba ante la congregación, su eterna sonrisa amable y condescendiente… esa era la máscara.

Jim no apartó la vista del vicario.

El burdel, a sus espaldas, parecía contener la respiración.

Y Sebastien no estaba. Odiaba no ser suficiente para confrontar a su propio padre, pero era su realidad.

Al menos, por ahora.

11

Charles Barlow seguía vociferando ante la puerta trasera de El corsé Roto, llamando de mil maneras humillantes a la hija que se había atrevido a desafiarlo. La palabra puta le quedaba corta, pero no se sabía demasiadas, así que la repitió mucho.

Alrededor, la tarde empezaba a caer. La mortecina luz del sol ya casi no daba en ese callejón estrecho, y el aire empezaba a enfriarse; el verano daba paso al otoño, y ellos dos allí parecían muy fuera de lugar.

No quería estar aquí, por supuesto que no. Pero no le había quedado alternativa.

Todo empezó esa mañana, cuando Edgar Henslow irrumpió en su despacho con el rostro rígido como una máscara de yeso. El hombre había cerrado la puerta con más fuerza de la necesaria.

—Reverendo Barlow —dijo sin saludar siquiera—. Circulan habladurías acerca de su hija.

Charles había sentido que los pulmones se le apretaban, pero no perdió tiempo en explicarse.

—Calumnias —respondió con absoluta seguridad, casi convencido él mismo—. Grace está en casa, enferma. Una fiebre persistente… No ha salido en días.

Edgar lo observó con frialdad, como si lo desnudara de todas sus certezas.

—Quiero verla.

—No es prudente. Contagia… —intentó improvisar.

—No me importa contagiarme —lo interrumpió Edgar—. Si está postrada, la veré postrada. Si está débil, la veré débil. Pero si usted está mintiendo, reverendo… Si lo que se dice de ella es verdad, entonces el compromiso termina hoy.

Así que al reverendo no le quedó más alternativa que ir a buscar a su descarriada hija en el mismísimo infierno y traerla de vuelta.

Ese ultimátum siguió resonando en la cabeza del reverendo mientras estuvo esperando allí, junto a Nixon, casi escondidos tras una carreta desvencijada. Charles sudaba pese al frío. Cada segundo que pasaba fuera de su puerta, cada paso hacia este lugar… había sido una afrenta a su dignidad, a su reputación, a la imagen que tanto había cultivado.

Un burdel.

¡Un burdel!

Y allí estaba su hija.

Tragó saliva, sintiendo que la bilis le quemaba el esófago. Imaginaba ya todas las maneras posibles de imponer disciplina, cada una más severa que la anterior. Apretó la Biblia que llevaba bajo el brazo como si fuera un arma.

Jim, el fornido portero del establecimiento, había salido a preguntarles qué querían. Charles le exigió ver a su hija.

Y ahora, finalmente, la puerta se abrió.

Grace salió.

Su hija. Su niña. Vestida con ropas… más decentes de lo que imaginó, sí, pero todavía impropias, teñidas de la vida que llevaba ahora. Con la cabeza en alto. Con esa dureza en la mirada que él no reconocía.

—¡Grace! —había gritado, pero no sabía si era sorpresa o ira. Tal vez un poco de las dos.

Intentó ir por ella, pero ese gigantón le obstaculizó el paso. Parecía cubrir todos los ángulos, y él estaba obstinado en no pisar ni un centímetro del interior de esa casa del diablo.

Cuando ella se negó a salir, así, tan tranquila, tan desafiante, Charles perdió los estribos.

—¡Tú, puta! —bramó él, avanzando—. ¡Por la sangre de Cristo, ven aquí de inmediato!

Intentó sujetarla del brazo, pero Jim se interpuso, firme como una muralla. Charles chocó contra su pecho y retrocedió tambaleándose.

—No la toque —dijo el portero, sin elevar la voz.

La humillación lo incendió por dentro.

—¡Pecadora! ¡Has traído oprobio a nuestra casa! ¡El señor Henslow vendrá esta tarde a casa! ¡Es tu prometido, tienes que respetarlo y volver! ¡Tendrás que dar cuentas por lo que has hecho!

Grace no dio un paso atrás. Ni siquiera pestañeó. Ese desafío silencioso lo enfureció más.

—¡Tengo autoridad sobre ti! ¡En el nombre de Cristo, te ordeno que me obedezcas!

Y entonces ocurrió algo que no esperaba.

En vez de manifestarse alguna luz que poseyera a Grace y la obligara a ir con él, en vez de verla doblegarse, tres mujeres aparecieron asomándose por la puerta que él insistía en no traspasar.

Esas tres mujeres parecían haber salido del mismísimo escándalo: ropas coloridas, telas demasiado sueltas, mucha piel a la vista, sonrisas de saberlo todo sin necesidad de que nadie se lo cuente.

Charles Barlow dio varios pasos atrás trastabillando. Había estado a punto de tocar sin querer a una de ellas.

—¡Reverendo Barlow! —canturreó una de ellas, una pelirroja de voz cargada de burla—. ¡Qué alegría verlo por aquí tan temprano! Pensamos que sólo venía por las noches.

Charles abrió la boca, horrorizado.

—Yo… ¡Nunca! Yo no…

Otra mujer le guiñó un ojo a Nixon, quien dio un salto hacia atrás tan brusco que casi se cae.

—Ay, Nixie, cariño —dijo ella con falso cariño—. Te pusiste rojo. ¿Así de emocionado estás de volver a vernos?

—¡No la conozco! —chilló Nixon, empuñando las manos y abriendo mucho los ojos.

La tercera mujer salió al callejón con un suspiro melodramático, como si recién despertara de un sueño delicioso.

—Reverendo, reverendo… —dijo acercándose—. No se esconda, que nosotras no mordemos… salvo que usted nos lo pida.

Charles retrocedió horrorizado y levantó la Biblia como escudo.

—¡Atrás, mujer! ¡Atrás en nombre de la cruz!

—Uy, qué santito —comentó una, riéndose detrás de su mano.

—Ay, reverendo, si siempre entra tan solemne —agregó otra—. No se haga el desconocido.

De repente, las tres empezaron a "recordar" anécdotas falsas a voces, todas sobre él y Nixon, cada una más incriminatoria, y ridícula, que la anterior:

—Cuando vino la semana pasada…

—Cuando pidió que le preparáramos la habitación azul…

—Cuando me dijo que Nixon era tímido pero tenía potencial…

Nixon casi se desmaya. Charles sintió que el corazón le latía en los pies de la vergüenza.

Las mujeres fingían coquetear entre ellas, tocándose el cabello, riendo por lo bajo, lanzándoles miradas claramente sugestivas para quien no entendía cómo funcionaba ese juego. Era una coreografía perfecta para espantarlos, intoxicarlos con un escándalo que ni siquiera necesitaba palabras explícitas.

El reverendo ya no sabía dónde mirar.

Nixon, rojo hasta las orejas, lo tironeó de la manga.

—Padre… vámonos… —susurró desesperado.

Las mujeres los siguieron un par de pasos, riéndose abiertamente ya, sin poder contenerse.

—¡No se preocupen, reverendo! ¡Si regresan esta noche les guardamos sitio!

—¡Nixon, cariño, no te olvides de nosotras!

—¡Pide por nosotras en tus oraciones, padre!

Charles estaba lívido. Nunca había deseado tanto desaparecer del mundo. Sin dignidad, sin autoridad, sin poder. Burlado por mujeres que ni siquiera tenían que esforzarse.

Dando por perdida la batalla, y temiendo que cualquier segundo adicional en ese callejón fuese una condena a muerte social, el reverendo tomó a Nixon del brazo y se alejó casi corriendo.

Los tacones de las mujeres resonaron detrás, todavía riendo.

Y Grace, a distancia prudente, observando todo con una mezcla de incredulidad, miedo… y un dejo de amarga liberación.

—Gracias —les dijo a las chicas, pero ellas sólo se encogieron de hombros.

—Aquí nos apoyamos unas a otras, mi querida —dijo Norah con una sonrisa blanca—. Y nosotras conocemos armas más efectivas que los puños.

—Mira y aprende —le dijo Odette tocándole la nariz y guiñándole un ojo al pasar por su lado.

Grace volvió a quedarse sola con Jim, al que miró un poco duramente.

—Por favor, si esos dos vuelven a aparecer… avísame con nombre y apellido.

Jim elevó una ceja. Había pensado que le ordenaría no dejarlos pasar, o algo por el estilo, pero ella prefería estar sobre aviso.

Asintió sin pronunciar una palabra, y volvió a mirar por el callejón, ya oscuro. Ni rastro de esos dos.

La casa parroquial estaba en penumbra cuando Charles Barlow dobló la esquina del jardín.

El portón chirrió al cerrarse tras él. Nixon caminaba un paso detrás, todavía rojo, todavía respirando con dificultad, como si el aire del callejón hubiera sido demasiado espeso para sus pulmones.

Y allí, bajo el farol encendido junto a la entrada, estaba Edgar Henslow.

Sin flores.

Sin sonrisa.

Sin la rigidez esperanzada del prometido paciente.

Las manos vacías.

Charles sintió cómo algo se le desprendía por dentro. No necesitaba palabras para comprender que Edgar llevaba rato esperando. Que había contado los minutos. Que había imaginado respuestas.

—Señor Henslow —logró decir, con la voz seca.

Edgar no saludó.

Miró primero al reverendo. Luego a Nixon. Luego otra vez al reverendo.

Y en ese intercambio silencioso, lo entendió todo.

No hubo preguntas. No hubo exigencia de pruebas. Sólo una exhalación lenta, como si acabara de confirmar una traición personal.

—Así que era cierto —dijo al fin.

Charles abrió la boca para mentir una vez más. Para improvisar una historia nueva. Pero las palabras se quedaron atascadas en su garganta. Tenía todavía el eco de las risas en los oídos. El olor del burdel en la ropa. La imagen de su hija negándose a cruzar la puerta.

No pudo.

Ese silencio fue suficiente.

El rostro de Edgar cambió.

No fue un estallido. Fue algo más frío. Más peligroso.

Se acercó un paso.

Charles retrocedió otro.

Por un instante, el prometido de su hija pareció dispuesto a golpearlo. El puño se tensó. La mandíbula también. Nixon dio un paso al frente, alarmado.

Pero Edgar se contuvo.

Levantó un dedo y lo señaló directamente al pecho.

—Usted ha permitido que mi nombre sea arrastrado por el barro. No sabe el daño que me ha hecho, reverendo, y yo cobro mis deudas.

La acusación no iba dirigida sólo a Grace. Iba al padre. Al hombre que debía haber vigilado, controlado, garantizado pureza y obediencia.

Charles sintió la humillación como un hierro candente.

—Yo… —intentó.

—Su hija —continuó Edgar entre dientes, con la voz baja y firme— se está prostituyendo en un burdel. Y todo Bath lo sabe. ¡Todo el mundo no habla de otra cosa! Me prometió una esposa virgen, casta, pura de cuerpo y de mente. ¡Me ha estafado, reverendo! ¡Y me ha producido el peor perjuicio que un hombre puede sufrir! ¡Y me lo va a pagar!

Nixon intervino de pronto, viendo a su padre petrificado.

—¡No es culpa suya! —dijo con premura—. Grace huyó. Ella eligió eso. Es su culpa. Sólo suya. ¡Mi padre no tiene nada que ver!

—¡No te metas, niño!

—¡Es ella la que, huyendo de usted, señor Henslow, viejo y pobre, prefirió esa vida!

—¡Cómo te atreves!

—¡Y no sólo lo ha humillado a usted! ¡También a nosotros! Si alguien lo tiene que pagar, no es otro que ella!

Edgar giró la cabeza hacia el muchacho con su expresión de locura cediendo un poco.

Lo estudió.

Luego asintió lentamente.

—Sí. Es su culpa.

Pero cuando volvió a mirar al reverendo, la condena seguía allí.

—Sin embargo, le haré pagar a su familia esta humillación.

No especificó cómo. No necesitaba hacerlo.

El silencio que dejó atrás fue peor que una amenaza detallada.

Edgar dio media vuelta y se alejó por el sendero sin mirar atrás.

El portón volvió a chirriar.

Y entonces el mundo de Charles Barlow, construido durante décadas con sermones, reputación y rectitud, se desmoronó en cuestión de segundos.

Sus piernas cedieron. Simplemente dejaron de sostenerlo y cayó de rodillas sobre la grava del camino de entrada. Las piedras le

lastimaron la piel a través del pantalón, pero no lo sintió. Las manos quedaron apoyadas en el suelo, temblando.

El mundo se tornó oscuro, frío, silencioso. Un vacío inmenso lo rodeó, hundiéndolo momentáneamente en su realidad.

Había perdido.

No había perdido una discusión, no era sólo el haber pasado por un momento incómodo. Había sido una batalla decisiva contra una niña que él mismo crio y perdió estrepitosamente.

El compromiso con Edgar Henslow estaba irremediablemente roto, pero eso no era lo peor.

El apellido manchado.

La autoridad cuestionada.

La parroquia murmurando.

Todo su propósito, guiar, corregir, mantener el orden moral de su hogar, había fallado en el único lugar donde debía ser infalible.

Grace.

Su propia hija.

Nixon dudó antes de acercarse.

—Padre… —murmuró.

Charles no respondió.

Miraba la grava como si allí pudiera encontrar una explicación que no había sabido ver antes. ¿En qué momento se torció? ¿En qué palabra fue demasiado severo? ¿En qué silencio fue demasiado indulgente?

Pero la respuesta que escogió fue la más sencilla.

La más cómoda.

La más necesaria para seguir respirando.

Grace.

Sí. Ella era la culpable. Lo había desafiado en el único modo en que una hija jamás debía desafiar a su padre, y había huido al peor sitio que se le habría podido ocurrir. Ahora deseaba de verdad que

simplemente hubiese regresado de Gretna Green casada con un donnadie. Eso habría sido mucho menos malo que esto.

O que hubiera muerto.

Porque el muerto ahora iba a ser él.

No entendía. No comprendía el razonamiento de Grace. Cómo había preferido esa vida a la que ya tenía? Por qué lo hacía?

Había cavilado largo rato alrededor de esto y simplemente no hallaba una respuesta.

Él había hecho lo que correspondía a un padre. A un hombre de fe. La crio con disciplina y bajo la luz de la palabra. Ella sabía que esto estaba mal, que se iría al infierno. ¿Por qué lo hacía?

Se incorporó lentamente, apoyándose en Nixon.

El jardín, que tantas veces le había parecido símbolo de orden y disciplina, ahora se veía descuidado bajo la sombra.

—Entramos —dijo con voz apagada.

No miró atrás.

No miró el cielo.

Y mientras cruzaba el umbral de su casa, decidió que aquella guerra no había terminado.

Pero esa noche, por primera vez en años, Charles Barlow no sabía cómo iba a ganarla.

El Bath nocturno se filtraba por los ventanales del Salón de los Ases como un murmullo distante.

El ambiente allí dentro, sin embargo, era otro mundo: mesas de paño verde, el deslizar preciso de cartas, el tintinear de copas, humo de cigarros franceses, risas discretas, conversaciones en clave entre hombres que movían más dinero del que confesaban a sus esposas.

Y en medio de todo ello, Sebastien Chevalier supervisaba con esa elegancia ligera que tenía desde niño, una que nunca se le había permitido olvidar. Sus movimientos eran exactos, controlados, libres del caos interior que lo roía desde la primera vez que Grace Barlow

llamara a su puerta. Aquí, por un instante, podía olvidarse de todo eso.

Entonces un mensajero se deslizó a su lado pasándole una nota doblada, sin sello, sin firma.

No hacía falta, de todos modos. Sabía perfectamente de quién venían.

Sebastien la abrió con dos dedos y leyó sólo dos palabras:

"Estoy cerca."

Su expresión cambió sutilmente; sólo alguien que lo conociera perfectamente sabría que había ocurrido.

Un leve descenso en la mirada.

La rigidez mínima en la mandíbula. Un silencio repentino en su respiración.

Lady Black.

Lady Black, la mujer a quien Bath temía sin saber que debía temerla.

La dueña de las sombras.

La tejedora de redes invisibles.

La que controlaba más casas de entretenimiento que cualquier otro nombre en los registros, porque ninguno era suyo: eran prestanombres, fachadas, socios ficticios.

Sebastien guardó la hoja en su chaleco como quien guarda un arma recién cargada.

No quería verla.

No hoy.

No ahora que su mundo se había agrietado con algo tan absurdo como el llanto de una muchacha pelirroja.

Pero con Lady Black no se podía decir "no".

Respiró hondo, fastidiado, resignado.

Tomó su abrigo.

Y caminó hacia la salida envuelto en el aroma de alcohol caro, humo y apuestas que no le importaban en lo más mínimo.

El aire frío lo recibió como un golpe. Mientras cruzaba la calle, sus pasos se volvieron automáticos. Y con ellos, los recuerdos.

La primera vez que la vio.

Él tenía catorce años. Quizás trece. Nunca estuvo seguro.

Ella lo encontró, o lo escogió, como se escoge una gema preciosa: con la mirada experta de quien ha formado decenas. Aquel día, él pensó que lo estaba rescatando. Un techo, comida, un lugar donde trabajar. Pero Lady Black nunca rescataba. Ella adquiría.

Y él, demasiado joven, demasiado hermoso, demasiado listo, fue su adquisición más prometedora.

Lo mantuvo a su lado en su negocio principal, un edificio lujoso y silencioso al norte de Bath donde entraban caballeros de todos los rangos y salían renacidos o arruinados.

Lady Black tenía manos suaves, voz lenta, sonrisa que nunca llegaba a los ojos.

Y castigos muy bien pensados cuando intentó escapar la primera vez.

Y la segunda.

Y la tercera.

En algún punto, dejó de intentarlo.

Porque dejar de resistirse era más fácil que soportar las consecuencias.

Más tarde aprendió lo que ella realmente hacía: barcos llenos de "mercancía" que llegaban de puertos sin nombre; niños arrancados de calles, hospicios, incluso hogares respetables cuando podían pagar el silencio adecuado; mujeres de todas las edades, razas y procedencias, vendidas, intercambiadas, usadas; rutas clandestinas que cruzaban todo el suroeste de Inglaterra bajo la fachada de "transporte de bienes"; sobornos a oficiales, jueces, curas, comerciantes; desapariciones convenientes de quienes se atrevían a preguntar demasiado; negocios donde el placer era la fachada y la esclavitud el motor.

Lady Black era rica, poderosa.

Lady Black era monstruosa.

Y Lady Black estaba obsesionada con él.

A veces lo llamaba.

A veces lo exigía.

A veces lo reclamaba como si todavía fuera el muchacho que ella había moldeado a golpes y caricias igualmente peligrosas.

Para sobrevivir, Sebastien había aprendido a complacerla, a no rechazarla, a usar su obsesión para obtener información, para infiltrarse en sus rutas, para liberar a quienes podía.

Ella nunca lo supo.

Para ella, él seguía siendo una joya. Su favorito. Su creación.

Pero él era su enemigo más silencioso.

El carruaje negro apareció en la esquina. Elegante. Sobrio. Aislado del mundo.

Uno de sus lacayos abrió la puerta sin decir palabra.

Sebastien quiso huir.

Por primera vez en mucho tiempo, sintió ese impulso vivo, feroz, infantil: no quiero ir, no quiero verla, no quiero que me toque, no quiero nada.

Quería libertad.

Tan simple.

Tan imposible.

Tan nueva.

Como si alguien, una pelirroja testaruda, hubiera removido la tierra donde él llevaba años enterrado.

Subió al carruaje.

Desde la calle sólo se oyó su saludo en francés, pulido, impecable:

—Bonsoir, madame.

Y la risa encantada de Lady Black, esa risa que a los demás sonaba seductora, pero que él conocía demasiado bien: era la risa del cazador al ver que la presa vuelve sola a la jaula.

La puerta se cerró, y Sebastien, sentado frente a ella, sintió cómo la oscuridad de su pasado trataba de reclamarlo una vez más.

No la miró con deseo, ni con temor.

La miró con odio. Con un odio frío, paciente, que él mismo había alimentado durante años. Porque sabía algo que ella no sabía: Si quisiera, podría destruirla, desbaratar sus redes, arruinar su imperio. Hundirse en el infierno con ella si hacía falta.

Pero hoy… hoy sólo quería no estar allí.

Quería huir. Quería respirar fuera de esas paredes de terciopelo negro. Quería una vida donde no se sintiera sucio después de cada encuentro. Quería dejar de ser una herramienta, una pieza, un objeto.

Quería algo diferente.

Y por primera vez en su vida adulta, supo que ese deseo no era una fantasía.

Era un plan, una decisión.

Un futuro que, por primera vez, creyó posible.

No sabía qué había cambiado. Algo dentro de él se rebelaba y planeaba otro camino, otra ruta para su propia vida, y aquello era extraño. Llevaba décadas simplemente sobreviviendo, dejándose llevar, agradeciendo cada día con vida. Pero ahora se daba cuenta de que esa tal libertad no era nada. Era un esclavo. Esclavo aún de esta mujer, esclavo de un sistema al que había entrado cuando era todavía un niño y no tenía manera de escapar.

Luego, simplemente se había resignado. Era el destino que le había tocado, se decía a sí mismo. Al menos aquí, se consolaba, hacía la vida un poco más fácil para otros que, como él, fueron víctimas.

Pero algo dentro de él se removía y se oponía. Como un niño al que le están obligando a comer verduras y repite una y otra vez: no quiero, no quiero, no quiero.

El carruaje avanzó en la noche.

Lady Black hablaba, reía, le tocaba la mano, decía su nombre.

Pero Sebastien no la oía.

Dentro de su pecho latía un pensamiento nuevo y feroz:

Ya no te necesito.

Y aún más peligroso:

Ya no te temo.

Y detrás de ese pensamiento, otra imagen emergió, cabello rojo, voz firme, lágrimas inesperadas, como una chispa capaz de prender fuego a toda su vida:

Si ella fue capaz de escapar… yo también.

El carruaje siguió su camino entre sombras.

Pero dentro de Sebastien Chevalier, algo había comenzado a romperse.

Y también, a liberarse.

12

El amanecer caía pálido sobre El Corsé Roto, filtrándose por los ventanales como un suspiro. A esa hora las cocinas solían estar tranquilas: sólo el sonido del agua caliente, el cuchicheo de dos muchachas preparando pan, el movimiento pausado de ollas y cucharones.

Por eso, cuando Sebastien Chevalier entró allí, despeinado y el paso silencioso de quien no debería estar despierto todavía, todas se quedaron quietas.

No era normal verlo antes del mediodía, ni en ese estado. Y mucho menos, buscando su propio café como un mortal más.

—¿Dónde está la olla del café? —preguntó, sin saludar.

Una de las cocineras señaló temblorosa hacia una mesa.

Sebastien sirvió el café él mismo, inhaló el aroma oscuro, y tomó un sorbo mientras su ceño se fruncía, no por el sabor sino por la ausencia que acababa de notar.

—¿Y Grace? —preguntó, sin levantar la voz, pero todos se tensaron igual.

—En su habitación, monsieur —respondió una joven.

—¿Y por qué no está ensayando?

—Bueno… No quiso hacerlo tan temprano… para no despertarlo.

Sebastien parpadeó, molesto por razones que no pensaba analizar.

—Díganle que ensaye —ordenó, girando sobre los talones—. Ahora.

No pasó un minuto cuando Grace apareció por un pasillo lateral, con el cabello recogido con un pañuelo y quitándose un delantal. Al parecer, había estado limpiando algo en una sala, pues también llevaba un paño en la mano.

Ella lo vio.

Él no desvió la mirada.

Grace apretó los labios, respiró profundo y siguió hacia el salón principal, donde esperaba el piano viejo y las sillas apiladas. Sebastien lo siguió con su taza de café, y se sentó a una mesa cercana, cruzando una pierna sobre la otra.

Grace colocó las partituras. Ajustó su postura. Respiró… y cantó.

Pero no alcanzó ni la tercera frase cuando Sebastien levantó la mano.

—Estás desafinada—. Grace abrió un poco los ojos con extrañeza. No, no había estado desafinada. Sin embargo, revisó sus partituras —. Estabas un tono arriba, revisa eso.

Ella asintió un poco tiesa, con las mejillas coloreadas. Estar desafinada era una falta grave para ella, una vergüenza, pero no dijo nada, y tocando la nota que se suponía debía cantar en el piano, ubicó su voz allí y empezó.

Al rato, otra vez, él la interrumpió.

—Ahora estás un tono abajo —dijo él. Grace se detuvo mirándolo, ahora con odio.

—No es cierto.

—Te digo que sí. Estás desafinada.

—No lo estoy.

—Tú misma no te das cuenta, pero te aseguro que te desviaste un tono arriba y luego un tono abajo.

—Tal cosa no es posible —gruñó ella.

—Si te lo digo es porque se nota —insistió, apoyando una mano en su pecho—. Aquí lo siento desafinado. Intenta de nuevo.

Ella lo hizo. Respiró hondo, revisó las partituras, tecleó en el piano la nota, y colocó su voz como debía.

Siguió cantando, pero él siguió interrumpiendo.

—Demasiado aire —dijo luego.

—No se siente nada —criticó después.

—¿Qué intentas transmitir? Porque esa canción no transmite absolutamente nada.

—Esa nota estuvo muerta. Como tú cantándola.

Grace dejó caer los brazos.

—¡No estás ayudando! —explotó finalmente—. ¡No estás corrigiendo nada!

Sebastien se llevó la taza a los labios, indiferente.

—Si no aceptas críticas, la culpa no es mía.

—Tú no estás haciendo críticas, ¡Sólo estás allí tratando de mortificarme!

—Es que nadie aquí sabe tanto de música como yo. Tengo que corregirte.

—¡Lo que tienes que hacer es largarte!

—¿Qué? ¿De qué hablas? Esta es mi casa.

—¡Pues sal de mi ensayo!

—No. Sigo pensando que estás un tono arriba.

—¡Sebastien Chevalier!

—¿Qué?

—No pienso seguir cantando mientras sigas allí. ¡O te vas, o no hay ensayo!

Hubo un silencio tenso.

A ella le temblaban las manos.

A él… nada. Al menos, no por fuera.

Terminó su café con un último sorbo lento, casi provocador. Luego se levantó sin prisa, arregló el puño de su camisa y, justo cuando estaba de espaldas, una sonrisa ladina apareció en su rostro.

Una sonrisa sincera, luminosa, inoportuna.

La clase de sonrisa que él no mostraba a nadie.

Porque sí, había venido únicamente para molestarla. Para empujarla. Para oírla elevar la voz. Para verla arder. Había encontrado un placer extraño, casi infantil, en sacarla de quicio. En verla viva.

Anoche fue diferente.

Anoche regresó del encuentro con Lady Black con el alma cubierta de lodo. Al llegar, había tomado un largo baño, se restregó la piel hasta enrojecerla, y aun así, no llegó a sentirse limpio.

Es que la suciedad no estaba en su piel, se dio cuenta. Estaba en su alma. Siempre lo había sabido, si era sincero, pero nunca lo había mortificado tanto como esa vez.

Sin sueño, deambuló por el burdel como un fantasma, sin saber qué buscaba, hasta que abrió una puerta al azar…

La habitación donde dormía Grace con otras dos chicas.

Ella dormía profundamente, recogida entre las mantas, respirando suave y acompasadamente. El cabello desparramado sobre la almohada como un rastro de fuego.

Se había quedado quieto allí, en silencio, sólo mirándola. No supo por cuánto tiempo, hasta que, poco a poco, esa incomodidad había

ido cediendo. La suciedad, de algún modo, se desplazaba a un sitio oscuro donde no podía ver, y aparecía un pequeño resquicio de luz.

Hasta que la sensatez volvió a él y se vio a sí mismo y lo que estaba haciendo.

¿Qué demonios?, se preguntó.

¿Estaba perdiendo la cabeza?

¿Era sólo porque ella era atractiva?

Él había visto cientos, miles de mujeres atractivas. Vivía rodeado de ellas, por lo que, la belleza de una mujer ya le pasaba casi desapercibida. Entonces, no podía ser algo tan banal lo que lo tuviera aquí a estas horas de la madrugada.

Pero, tuvo que reconocer, que hace un rato, con Lady Black, fue pensar en ella lo que lo mantuvo cuerdo, estable, y hasta lo ayudó a encontrar un propósito.

Libertad.

Siempre la había deseado. Como la mosca atrapada en la red de la araña, luchó por liberarse, pero con cada día que pasaba, cada noche, ese sueño se había ido desvaneciendo más y más. Tal vez porque su concepto de libertad no estaba claro, tal vez porque ni siquiera sabía por dónde empezar a buscarla.

Pero ahora todo parecía claro.

La libertad es diferente para cada quien. Para Grace, estar aquí es su libertad.

¿Cuál sería la de él?

La uniforme respiración de Grace tuvo un leve cambio, y ella se movió en la cama; ahora su rostro apuntaba a él como si lo estuviera mirando. Él dio dos pasos atrás, dándose cuenta de que esto que estaba haciendo era raro y hasta enfermizo.

Se había convertido en un idiota de repente.

Pero no se fue.

Porque, de algún modo inexplicable, estar cerca de ella lo purificaba. Le arrancaba la suciedad que Lady Black dejaba.

Le quitaba el peso de vidas perdidas. Le daba un segundo de paz que no había sentido en años.

Ahora, mientras caminaba hacia su despacho, luego de hacer que esa mirada gris y fría ardiera en odio hacia él, sentía algo liviano en el pecho. Una claridad que no esperaba. Una satisfacción absurda por la discusión recién ocurrida.

Una sonrisa persistía en su rostro, imposible de borrar, como si por fin hubiera respirado después de mantener el aire dentro demasiado tiempo.

Al cerrar la puerta de su despacho, murmuró bajísimo, sólo para sí:

—Dios mío… estoy perdido.

Y aun así, por primera vez en mucho tiempo, no le importó.

El ensayo terminó por fin, y como era de esperarse, luego de que Sebastien se fue, todo fluyó mucho mejor.

Grace se quedó sola en el salón principal, con el eco de su propia voz suspendido en las molduras doradas del techo. Tenía la garganta caliente, los nervios tensos y el orgullo herido. Aún podía escuchar la cadencia insoportable de Sebastien Chevalier corrigiéndola con esa precisión cruel que parecía disfrutar demasiado.

Estaba recogiendo las partituras cuando una de las muchachas se acercó con una sonrisa extraña.

—Es para ti —le dijo extendiéndole algo.

Era un sobre pequeño, de papel marfil grueso, atado con una cinta perfumada de un verde suave. No necesitó leer el remitente. Antes siquiera de tocar el sello, supo de quién era.

Olía a lavanda. A orden. A mundo limpio.

Grace cerró los ojos un segundo antes de romper la cinta.

La letra era pulcra, inclinada con elegancia. Inconfundible.

Olive.

La invitación era sencilla y cortés: té en casa de Matilda Stewart, en compañía de Georgiana Radcliffe. Sólo ellas. Una tarde tranquila,

entre amigas.

En un aparte, con una línea ligeramente más inclinada, como si la pluma hubiera presionado un poco más, Olive añadía:

"Insistiremos hasta que aceptes. No tienes escapatoria, querida Grace".

Esto era una auténtica encerrona.

Grace no pudo evitar sonreír.

Damas respetables como ellas jamás pondrían un pie en un lugar como El Corsé Roto. No cruzarían ese umbral ni aunque el cielo se desplomara. Y, sin embargo, todavía la consideraban una igual. No la habían borrado. No la habían convertido en un susurro vergonzoso.

La invitaban a la casa de una de ellas.

A un territorio seguro, armado con porcelana fina y bandejas de plata. Una vida que ella había vivido a través de ellas, y que, en muchos momentos, llegó a pensar que jamás tendría.

Tal vez, con esto que había hecho, pensó, había dictado su propia sentencia. Su vida ahora estaba entre música y telas brillantes, no entre fiestas de té respetables.

El pensamiento dolió más de lo que esperaba. Era lo que había elegido, sí, pero dolía.

Se sentó en una silla y volvió a leer la nota, esta vez más despacio.

¿Qué debía hacer?

Si se negaba, insistirían. Podía verlo con claridad: otra carta, luego otra, y visitas de sus criados para asegurarse de que recibía la carta personalmente. Olive era dulce, pero también obstinada. Y Georgiana tenía esa firmeza silenciosa que no admitía derrotas sociales.

No. Negarse sólo alargaría lo inevitable.

Era mejor ir.

Pero entonces vino la cuestión práctica.

¿Qué se pondría?

Grace se levantó y caminó hasta su habitación. Abrió el armario. Telas de satén llamativas. Escotes diseñados para provocar. Colores intensos bajo la luz de las lámparas. Ninguno apropiado para una mesa de té respetable.

Nada quedaba de la hija del reverendo. Ni los tonos sobrios, ni los cuellos altos, ni las mangas largas.

Tocó una tela carmesí y la apartó con una mueca.

No. Así no.

Se miró en el pequeño espejo de la pared. La mujer que la observaba ya no era la joven que caminaba por el jardín parroquial con libros apretados contra el pecho. Había algo más firme en su mirada. Más consciente. Más… peligrosa.

Y entonces recordó que ahora tenía dinero. Sólo llevaba un par de semanas cantando en El Corsé Roto, pero Sebastien Chevalier era puntual con su paga, y bastante generoso. Habían acordado que los vestidos que usaba los pagarían entre los dos, no tenía otras deudas, su comida y refugio estaban garantizados aquí, y no había salido ni una sola vez, por lo que no había tenido que gastar un solo penique en nada. Todo lo tenía guardado.

Sí, podía comprarse un vestido. Uno adecuado para una tarde de otoño tomando té con sus amigas.

La idea fue tan simple que casi la hizo reír.

Dinero propio.

No dependía de la caridad de nadie. No necesitaba esperar aprobación. Podía comprar el vestido que quisiera. El más fino. El más elegante. El que la hiciera entrar en aquella casa no como una invitada tolerada, sino como una mujer que eligió estar allí.

Regresó al escritorio, tomó papel y pluma y respondió.

Aceptaba con gusto, pero se tomaba la libertad de poner ella la fecha del encuentro. Sería unos días más adelante, tiempo suficiente para conseguir el vestido.

Selló la carta con pulso firme y la envió.

Los días siguientes transcurrieron con una energía distinta.

Grace ensayaba por las mañanas, aunque ahora lo hacía con una vigilancia incómoda: nunca sabía cuándo aparecería Sebastien con su taza de café y sus críticas no solicitadas.

Y aparecía.

A veces sólo para escuchar, pero era muy raro. Al parecer, no soportaba estar en silencio mucho rato; verla tranquila era un oprobio para él y empezaba a ponerse puntilloso, sacándola una y otra vez de quicio.

Desde la distancia, Seraphina los miraba jugar y sonreía. Aunque sólo Grace parecía no entender que esto era un juego. Sebastien, como el gato que acosa a su presa entre sus patas sin hacerle un solo daño, tampoco la dejaba en paz. Y era raro en él, pero en cierta forma, refrescante.

Por alguna razón, el luego estaba de mejor humor, más tolerante a las fallas de los demás, más optimista.

Y optimismo era una palabra que no aparecía jamás en el vocabulario de Sebastien Chevalier.

—Esa nota está vacía —decía él.

—No lo está —replicaba Grace, y Seraphina sólo suspiraba, intercambiando miradas con las otras chicas, mordiendo una sonrisa.

—Entonces hazme sentir lo contrario.

—No tengo que hacerle sentir nada. El mundo no gira a su alrededor.

—En esta casa, sí.

Grace salía de esas discusiones furiosa… pero cantaba mejor. Más intensa. Más encendida. Y eso la irritaba todavía más.

Entre ensayo y ensayo, salió acompañada de una de las empleadas de limpieza del burdel a la ciudad.

La gente la miraba, pero era extraño, nadie dijo: Mira! La hija del reverendo! No hubo cuchicheos, ni susurros malintencionados. Se quedaban admirando como ella alguna vez admiró a las mujeres

hermosas que salían bien vestidas para hacer compras. La miraba como se mira una tela preciosa, rara, cara.

Llevó su cabello recogido, pero ya no pintado de marrón, ni oculto tras una cofia. Su vestido era sencillo, pero ya no tenía la cintura oculta tras capas de tela, ni su pecho constreñido para anularlo. Su espalda no estaba encorvada, por el contrario, su mentón se elevaba no con orgullo, sino con seguridad.

Y de vez en cuando, se le salía una sonrisa.

Entró en una tienda de telas finas, donde los maniquíes vestían tonos suaves y cortes impecables. Eligió un vestido que no gritara, pero tampoco pidiera perdón. Un azul profundo, sobrio, con mangas elegantes y un escote contenido. La tela era firme, de buena caída. Respetable.

Pero no inocente.

Mientras la modista tomaba medidas, Grace sintió algo extraño: no nostalgia, no exactamente. Más bien una conciencia clara de que no estaba regresando a su antiguo mundo.

Iba como alguien distinto.

No como la hija del reverendo. No como la prometida forzada, ni esa chica caída en desgracia perpetua.

Iba como Grace. Una Grace muy suya, forjada por sí misma.

Cuando volvió al burdel con la compra encargada y la fecha del té marcada en su mente, el lugar le pareció diferente. Como si viviera entre dos escenarios que jamás debían tocarse.

El salón de los ensayos, y un salón de té.

Las risas nocturnas del burdel, pero también, el murmullo educado de las fiestas de la alta sociedad.

Y en medio de ambos mundos, ella.

Esa noche, mientras cantaba una vez más bajo la mirada crítica de Sebastien, se preguntó qué dirían Olive y Georgiana si pudieran ver exactamente dónde vivía ahora. Si vieran las lámparas rojizas, los pasillos de terciopelo, la música que nunca callaba del todo.

Tal vez lo sabían.

Tal vez intuían.

Y aun así la invitaban.

Les estaba agradecida.

Todo podía cambiar una vez se vieran. En esa reunión, su amistad podía acabar para siempre, y eso la asustaba. Pero era parte de las consecuencias de esta nueva libertad. Seguro que lloraría mucho luego si eso pasaba, pero todavía podía disfrutar de una última fiesta de té con ellas.

La casa de Edgar Henslow olía a carbón húmedo y a un guiso que se había quedado demasiado tiempo en el fuego. Él entró de golpe, casi arrancando la puerta de sus goznes, con el rostro rojo y el aliento corto. Había caminado tan rápido que las botas aún estaban cubiertas de polvo.

No se quitó el abrigo, ni saludó a nadie. Sólo dejó que la ira se derramara en el suelo como agua sucia.

Había visto a Grace.

A su Grace.

En plena calle, bajo la luz limpia de la mañana, comprando telas como si fuera una mujer libre. Llevaba un vestido nuevo, o parte de uno. Y estaba preciosa, escandalosamente preciosa, como si exhibirse fuese un acto de triunfo personal. Caminaba erguida, con esa seguridad que jamás le habían permitido mostrar cuando vivía bajo un techo decente.

Mostrando su belleza al mundo como si ese mundo tuviera derecho a verla.

No.

Él era quien tenía ese derecho. Él, el prometido.

Él, al que su padre se la había confiado.

Él, cuyas noches habían estado llenas de imágenes que ahora lo hacían sentir ridículo.

Un sapo que quiso comer faisán, decían.

Un hombre insignificante que pretendió una joya.

Las burlas le llegaban de todas partes. Primero como murmullos. Luego como sonrisas torcidas. Ahora como una humillación abierta. El prometido abandonado. El hombre cuya prometida prefirió prostituirse que casarse con él.

Había escuchado una vez de una mujer mayor que entendía a Grace.

—Yo habría hecho lo mismo —dijo la muy descarada—. Has visto que se le acumula la saliva en las comisuras? Sólo por eso, me habría lanzado al río, pero ella fue más astuta y se lanzó a El corsé Roto.

Se reían. Se burlaban de él.

—Siempre supe que esa chica tenía más fuego del que aparentaba. Un anciano como Edgar Henslow jamás habría domar esa potranca.

—Habría enviudado pronto —dijo otro—, y habría sido una viuda preciosa, y disponible.

Pero él no era tan viejo, se decía, ofendido por esos comentarios. Sólo tenía cuarenta y seis años. No era un abuelo, ni mucho menos. Es verdad que Ambrose, su hijo, tenía sólo un año menos que Grace, pero no por eso debían hablar así de él.

Y Grace, en cambio, se paseaba con la cabeza en alto.

Peor: se vendía. Se acostaba con cualquiera que pagara. Convertía en moneda aquello que debió haber sido suyo.

Se dejó caer en una silla, jadeando de rabia, con las manos temblorosas.

Entonces escuchó los pasos de su hijo acercándose.

Algunos insinuaban que quien debió prometerse fue Ambrose, no él. Pero él quería a Grace para sí. No había soportado que su hijo la tuviera, y se propuso a sí mismo. Conquistó al idiota del reverendo con sus ofrendas, sus diezmos puntuales, sus largas disertaciones acerca de sus insípidos sermones, dejándose ver como el piadoso hombre de fe que merecía a su hija. Él se la había ganado a pulso, y no pensaba cederla.

Pero ahora tenía que ver cómo todo Bath la deseaba y, si tenía el dinero suficiente, podía tenerla.

Miró a su hijo con una mezcla de fastidio y vergüenza, pero no le dijo nada. No quiso dar explicaciones acerca de su humor.

Pero no fue necesario. Ambrose ya lo sabía.

Todos lo sabían.

—¿La viste, padre? —preguntó con desdén, cruzándose de brazos.

Edgar cerró los ojos.

Sí, la había visto.

Y todavía la imagen lo consumía.

—Sonreía —dijo entre dientes—. Como si… como si estuviera orgullosa.

Ambrose soltó una risa seca.

—Somos el hazmerreír de Bath. Lo dicen en la plaza, en la iglesia, en las tiendas. La prometida del señor Henslow se volvió una cualquiera. Eso dicen. Que la hemos perdido, que ni siquiera la merecíamos.

Edgar golpeó la mesa con la mano abierta.

La madera vibró.

—¡Cállate!

Pero el muchacho no obedeció. Nunca lo hacía cuando olía sangre.

—Si ella insiste en ser una puta… —Ambrose inclinó la cabeza, estudiando a su padre con un brillo malicioso en sus ojos— tratémosla como tal.

Edgar levantó la mirada.

Algo se quebró, o algo se encendió. Él mismo no podría decirlo.

Ambrose sonrió despacio.

—¿O es que piensa dejar que otros paguen por lo que era suyo?

La palabra "suyo" cayó como un anzuelo.

Edgar la sintió clavarse en la boca del estómago.

Sí. Tenía derecho. Ella le había sido prometida. Nadie podía negarle eso.

La idea lo atravesó con una claridad mórbida.

Pagar por sus servicios.

O mejor aún…

Reclamar lo que le pertenecía de todos modos.

Asintió. Primero despacio. Luego con una convicción que lo hizo estremecer.

—Tienes razón —musitó—. Ella me pertenece. Y tal como dices, si insiste en ser una puta, no puede culparme por tratarla como tal.

Ambrose sonrió un poco más, satisfecho, pero Edgar no notó esa sonrisa. No vio cómo a su hijo se le encendían los ojos con un apetito distinto.

No sospechó que Ambrose también llevaba tiempo mirando a Grace con ansias ocultas, considerándola un lujo prohibido que ahora, por circunstancias retorcidas, con seguridad podría saborear.

Edgar sólo vio una salida, una manera de vengarse, de restituir su orgullo. De reclamar lo que sentía que el mundo le había arrebatado.

—La trataré como tal —repitió.

"La trataremos", quiso corregir, pero se contuvo. Era un hombre paciente. Si antes estuvo dispuesto a esperar a que su padre perdiera el vigor para tomarla él, ¿qué tanto era esperar un poco ahora?

13

Grace había ensayado sola toda la mañana, y durante todo ese tiempo, sintió que algo no encajaba. No le fue difícil comprender qué era.

Nadie la estaba interrumpiendo, ni gruñendo desde una esquina diciendo que estaba un tono arriba, o un tono abajo. Nadie se quejaba de que su canto no transmitía nada, ni la incordiaba hasta exasperarla.

En los últimos días, esa se había convertido en la costumbre de Sebastien Chevalier. Si acaso se levantaba temprano, la sacaba de donde estuviera para que se pusiera a ensayar, siempre delante de él, pero era tiempo perdido, porque ella no podía cantar en condiciones con sus interrupciones.

Y qué horrible admitirlo, pero… esta mañana lo echaba un poco en falta.

"Sólo un poco", pensó, apretando los labios; ese era un pensamiento vergonzoso que debía tragarse antes de que el universo la castigara.

Y el universo la castigó.

—Pero… ¿qué es esto? —preguntó cuando de una de las cajas que debía contener un vestido nuevo para el escenario no salió lo que esperaba. No era su traje rojo vino con piedras y escote profundo, sino un… vestido normal, uno que usaría Georgiana en una fiesta, sin duda, pero no para un burdel.

Miró a la costurera frente a ella con ojos inquisidores, pero esta meneó la cabeza.

—Yo sólo seguí las instrucciones del señor Chevalier, señorita Barlow —dijo ella con una sonrisa nerviosa—. Él insistió en que fueran… vestidos recatados, dignos de una dama… de bien.

Grace apretó los dientes, como una loba a la que le han amenazado uno de sus cachorros. Su primer deseo fue llenar los oídos de esta costurera con mil maldiciones, pero eso no serviría de nada. Los vestidos ya estaban hechos, y había sido Sebastien quien los pagara.

No sólo volvía a mortificarla: volvía a dictarle lo que debía usar. Algo que su padre hizo toda su vida y por lo que terminó odiándolo.

Ah, mierda, dijo para sus adentros. Esto no lo iba a permitir.

—¿Dónde está él? —preguntó con voz muy baja.

—En su despacho —contestó una de las chicas, que admiraba el vestido, y totalmente ajena a la gelidez en la voz de Grace.

Grace no necesitó más.

Caminó con pasos rápidos, resonantes, tan cargados de furia que tres empleados que pasaban por el pasillo se quitaron de su camino. Cuando llegó a la puerta del despacho, escuchó dentro murmullos: voces, papeles, algún tipo de discusión administrativa.

Entró sin tocar.

Los presentes, al ver su expresión, retrocedieron como si un huracán hubiera entrado con ella. Sebastien levantó apenas la vista, y con un gesto mínimo de la mano, casi un leve movimiento de dedos, los despidió.

Los empleados huyeron como ratas en un barco que se hunde, y la puerta se cerró detrás del último.

—¿Qué se supone que significa esto? —explotó ella, avanzando hacia el escritorio—. ¿Ahora también decide qué puedo ponerme y qué no?

—¿Qué dices? —preguntó él frunciendo el ceño, poniéndose en pie y rodeando el escritorio, dispuesto a recibir toda su furia.

—¡Mi vestido! —gritó ella—. ¡Ha cambiado mi vestido! ¡Sin mi autorización! ¿Cómo se supone que voy a cantar con eso que me trajeron? —Ella dio otro paso hacia él. Su mirada encendida, sus gestos molestos, y señalándolo con un dedo que apoyó en su pecho siguió: —¿De verdad cree que porque soy su subordinada puede controlarme como si yo fuera otra de sus…

No terminó la frase.

En un momento, ella estaba gritando furiosa, y al otro, él la atraía a su cuerpo, tomaba su rostro entre sus manos y apoyaba sus labios sobre los de ella.

Fue tan raro e inesperado que se quedó quieta y callada de golpe.

¡La estaban besando!

Todo fue un torbellino en su cabeza. Intentó alejarse por puro instinto, pero estaba fuertemente rodeada por sus brazos, y él, oh,

Señor, olía demasiado bien, y se sentía muy fuerte al tacto.

Era su primer beso. Era la primera vez que un hombre, en toda su vida, la besaba.

¿Por qué?

Pensó siempre que los besos eran una demostración de amor, y era imposible que Sebastien Chevalier la amara. Entonces, ¿por qué?

Por otro lado… ¿eran tan suaves los labios de un hombre? Había esperado rudeza, aspereza, incomodidad, pero los labios de él aprisionaban los suyos con una delicadeza impensada.

No fue un beso ansioso ni torpe.

Fue un roce primero, un contacto leve, cálido, como si buscara aprender la forma de su boca antes de reclamarla. Sus labios se posaron sobre los de ella con una ternura desconcertante, casi reverente, una caricia lenta que parecía querer memorizarla.

Grace sintió que algo dentro de ella cedía.

Las rodillas flaquearon apenas, pero los brazos de él la sostuvieron con firmeza. Estaba absolutamente rodeada por él, dominada por él, como un castillo al que sitian y vencen, y ella no pudo más que languidecer entre sus brazos.

El aire se volvió más pesado, más dulce.

Él profundizó un poco el beso, no con fuerza, sino con intención: guiándola, invitándola a responder sin imponer nada. El movimiento era suave, un vaivén tibio que la envolvía como un pensamiento que se vuelve inevitable.

El corazón de Grace latía tan fuerte que creyó que él podría oírlo.

Ella no sabía besar, pero su cuerpo entendió antes que su mente: sus labios se aflojaron, se abrieron un poco, y Sebastien correspondió con una presión exacta, precisa, que la hizo sentir que su enojo se derretía como hielo sobre fuego.

Un murmullo le subió por la garganta sin que pudiera frenarlo, y cuando ella levantaba las manos para hacer algo, arañarlo, quizá, o acercarlo más, él detuvo el beso. Se apartó apenas unos centímetros, lo justo para mirarla.

Ella respiraba rápido, con el pecho subiendo y bajando desordenado, como si acabara de correr.

Él, en cambio, estaba en absoluta paz.

Sus ojos transmitían algo parecido a alivio. Como si hubiera encontrado el remedio exacto para un dolor que llevaba años intentando aliviar.

Durante unos segundos, ninguno dijo nada.

Luego él habló con una serenidad que la descolocó:

—Esos vestidos no son para el escenario —dijo, y Grace tuvo que parpadear y hacer memoria.

¿De qué hablaba él?

¿Qué vestidos?

¿Cuál escenario?

Él continuó:

—Son para que salgas en tus días libres. Como las demás. Los de cantar llegarán más tarde.

Ella necesitó varios segundos para que las palabras se abrieran paso entre la neblina que le había dejado el beso.

Ella había mandado a hacer esos vestidos con su propio dinero. Salía caro, pero tenía un crédito especial por trabajar con Sebastien, él la avalaba, pero al final, el dinero con el que se pagaría sería el de su trabajo.

Esto significaba que él había mandado a hacerle más vestidos por su cuenta.

—Yo… no puedo pagar esos vestidos.

—No tienes que hacerlo —dijo él volviendo a su sillón tras el escritorio. Grace frunció el ceño.

—¿Por qué… por qué me regalas vestidos? —preguntó. Ya llevaba días aquí, sabía cómo se movían las finanzas en este negocio, y le constaba que Sebastien no le regalaba nada a nadie.

Él soltó una risa suave.

—¿Regalar? No, mon chérie. Tú me los pagarás—. Todavía aturdida, ella se lo quedó mirando en silencio, pero él no dijo cómo, ni cuándo le pagaría esos vestidos.

Y esa ambigüedad la desestabilizó aún más.

Él se recostó en el espaldar de su asiento, juntando los dedos de sus manos, recuperando su compostura habitual, como si el beso hubiera sido una interrupción menor en su jornada.

—Puedes irte —dijo con gentileza, pero firme.

Ella abrió la boca lista para preguntar: ¿Y ese beso de ahora qué fue?, pero a tiempo se mordió la lengua. Lo miró fijamente y en silencio con los pensamientos revueltos, pero no encontró una respuesta, y mucho menos, una grieta en él que le dejara ver en qué pensaba.

Sin más opción, salió del despacho casi sin sentir sus propios pies. Parecía una muñeca empujada por una corriente invisible, con la cabeza llena de un calor que no sabía nombrar.

Al cerrar la puerta, Sebastien se masajeó la cara y cerró sus ojos.

Se había detenido justo a tiempo, pensó. Hace un momento, perdió totalmente el control por un instante, y de alguna manera pudo volver a la realidad y detener el beso.

Un beso que había sido perfecto, más allá de lo que imaginó. Y ella había respondido mucho mejor que en sus fantasías.

Tiró suavemente de sus cabellos negros saboreando los restos de su perfume en su ropa, de su tacto en sus manos, y de su sabor en su boca. Ahora todo el cuerpo le ardía y la única cura era ir tras ella y tenerla ocupada aquí por horas.

Sí, podría, le decía su cuerpo ardiendo, el deseo despierto más allá de su carne, era un deseo en su alma.

Podría simplemente tomarla; después de todo, ella vino aquí la primera vez dispuesta a pagarle por perder con él la virginidad. Luego, se postuló a prostituta y había sido él quien, insistentemente, preservó su virtud.

Podía hacerlo, pero era peligroso.

Porque Grace no era como las demás.

Con cualquier otra, este roce íntimo habría sido una transacción, algo que terminaba allí donde empezaba, pero por más que ella ahora quisiera mostrarse como una mujer liberal, y dueña de sus decisiones, todavía pensaba como la Grace educada para casarse y tener hijos.

De ese modo, ella podría malinterpretar un gesto, un roce, una concesión. Podría pensar que eso era amor.

Y él… él no sabía amar. Se había dado cuenta de eso hace mucho tiempo.

El amor exigía sacrificios, y Sebastien Chevalier no estaba dispuesto a sacrificar nada por nadie.

Pero ese beso…

Ese beso había calmado su alma como nada en años.

Y esa necesidad recién descubierta lo aterraba más que cualquier enemigo que hubiera enfrentado.

El pasillo parecía inclinarse bajo sus pies.

Grace avanzó como si caminara dentro de un sueño pesado, pegajoso, luminoso y oscuro a la vez.

Cuando entró a la sala de costuras, el ruido familiar de las tijeras y las agujas la recibió, pero no logró anclarla.

El vestido estaba allí, colgado, extendido con cuidado sobre un biombo para que ninguna arruga lo arruinara. Era precioso. Nuevo, elegante, discreto pero hecho con una calidad que ninguna hija de reverendo había tocado jamás.

Pero la imagen de su nuevo vestido no logró sacarla del limbo en el que estaba, uno en el que todo eran sensaciones, labios suaves y cálidos, y la propia respuesta de los suyos.

"No… no puede ser", murmuró para sí, tocándose los labios como si temiera encontrarse una quemadura.

Todos las preguntas volvieron a arremolinarse en su mente, impidiéndole pensar en nada más.

Esas preguntas se enredaban y se repetían, insistentes, crueles.

¿Por qué?

Un calor incómodo la recorrió cuando un recuerdo inoportuno la golpeó, el de la primera vez que entró a ese burdel, desesperada, rota, sin saber nada del mundo… ofreciéndole dinero a Sebastien para que le quitara la virginidad.

Y ahora él la había besado. Sin que ella se lo pidiera, sin que le ofreciera dinero por ello, sin negociar.

Y sin aviso.

Era demasiado, demasiado para una sola mañana.

Trató de sacudirse la sensación respirando hondo, enfocándose en su nuevo vestido y su excelente calidad.

Las chicas estaban alrededor, admirándolo entre murmullos que se quedaron suspendidos cuando vieron la expresión de Grace.

—¿Estás bien? —preguntó Norah, ladeando un poco la cabeza.

Grace abrió la boca, quiso decir "sí", pero lo que salió fue:

—Son… ¿son comunes los besos aquí?

Norah, Odette y Marianne la miraron como si hubiera preguntado si el cielo solía caerse del techo.

Un silencio compacto se formó, y Grace estuvo a punto de darse a sí misma un puntapié por hacer tal pregunta. Ahora ellas empezarían a sospechar, pues había ido furiosa al despacho de Sebastien y volvía callada y taciturna.

Sin embargo, no hicieron preguntas. Norah, siempre la más directa, respondió:

—No.

—De ninguna manera —agregó Odette.

—Jamás —remató Marianne, cruzándose de brazos.

Grace pestañeó.

—Pero… yo creí que… bueno, ustedes… Su trabajo es precisamente ese, ¿no?

Odette soltó una carcajada suave, divertida.

Norah negó despacio, con esa paciencia de quien explica las mismas cosas a un bebé testarudo.

Marianne sonrió con nostalgia.

—Lo que hacemos en la cama es trabajo —dijo Norah, despacio, como si cada palabra tuviera peso—. Trabajo rutinario, repetitivo, mecánico. No hay… alma en eso.

—No hay ojos —añadió Odette, tocándose el pecho como si recordara algo muy suyo—. Los hombres no nos miran. Nos usan.

—Los besos… —Marianne suspiró, y su mirada se perdió en el aire, como si recordara a alguien que ya no existía—. Los besos son diferentes. Un beso es… para quien amas. Para quien te importa. Para quien te toca el alma aquí —se señaló el esternón— y no aquí —y luego señaló la entrepierna con gesto casi burlón.

Grace sintió un escalofrío.

Una punzada debajo de las costillas.

—Pero… ¿no es… más íntimo… lo que se hace en la cama? —insistió, perdida.

Norah negó lentamente.

—El cuerpo no es íntimo, Grace. Puedes acostarte con un hombre sin besarlo ni una vez, incluso sin mirarlo a los ojos. Es prácticamente lo que hacemos todos los días.

—En cambio, en un beso —continuó Odette—, no puedes quedarte simplemente allí dejando que todo pase. Participas. Tu alma entra al juego. Tus sentimientos.

—Los besos nacen del alma —cerró Marianne con suavidad.

Las tres hablaron con la seguridad de quien ha vivido mil noches y ha aprendido a separar la piel del corazón para sobrevivir.

Grace se llevó una mano a la boca.

Sus labios seguían sintiendo el contacto breve, brutal y ardiente de Sebastien.

"Si para él el beso significa lo mismo… entonces…

¿Por qué me besó? ¿Por qué a mí?"

Pero la pregunta no encontró respuesta, por el contrario, con lo que le decían ahora las chicas, sentía más vértigo, más confusión. Porque si él pensaba lo mismo de los besos, entones eso que había pasado en su despacho tenía más significado del que ella podía darle.

O tal vez sólo estaba dándole más importancia a algo que sólo había sido un impulso. Siempre vio a Sebastien Chevalier como un cínico, demasiado práctico, que afrontaba la vida con excesivo pragmatismo para su gusto.

La había mortificado durante días, así que ese beso debía ser otro modo de molestarla, de mantenerla alerta.

Sí, concluyó ya más tranquila. Eso debía ser.

De ningún modo podía haber sido un acto impulsivo donde involucrara el alma y sus sentimientos. ¿Verdad?

El carruaje se detuvo frente a la elegante casa de Matilda Stewart, una mansión luminosa incluso bajo el cielo gris de Bath.

Grace respiró hondo recordando la última vez que estuvo aquí. Esa vez vino a pie, como siempre, luciendo muy diferente.

El vestido recién adquirido, de un azul claro, discreto pero exquisito, caía con una perfección que la hacía sentir otra mujer. Hoy estaba muy lejos de parecer la hija de un reverendo. Pero tampoco lucía como la cantante de un renombrado burdel.

Era una mujer totalmente distinta, una que nunca había tenido la oportunidad de ser.

El lacayo, pagado por Sebastien, como todo lo que la rodeaba últimamente, le ofreció la mano para descender. Grace aceptó, aunque con ese rubor íntimo que nace cuando una vive demasiado tiempo sin que nadie la cuide.

Cruzó el vestíbulo apenas un instante… y entonces un resplandor verde oscuro se lanzó hacia ella.

—¡Grace! —gritó Olive, antes de abrazarla con una fuerza que casi la derriba.

El perfume de lavanda y menta de Olive la envolvió.

Grace sintió que algo se abría dentro de ella, algo que había estado cerrado con cerrojos oxidados desde hacía meses.

—Te he extrañado tanto —dijo Olive, la voz quebrada—. He estado tan preocupada por ti… Gracias por venir, gracias…

Grace se aferró a su amiga. Sintió el nudo en su garganta; las lágrimas subieron como un oleaje inesperado.

—¿Por qué no me rechazas? —susurró ella, temblando apenas—. Me he comportado tan mal… He hecho cosas vergonzosas ante los ojos de todos…

Olive tomó su rostro entre las manos y la obligó a mirarla.

—No hay nada que puedas hacer que me haga odiarte. ¿Me oyes? Nada.

Grace soltó una risa mojada, entre lágrimas, incrédula y agradecida. Se abrazaron otra vez, más fuerte.

Georgiana apareció tras ellas, radiante en un vestido crema.

—Ven aquí —dijo, y también la envolvió en un abrazo cálido—. Qué alivio verte tan bien.

Entre las dos, casi la cargaron hacia un salón de té decorado con porcelanas pálidas, cortinas color melocotón y una mesa repleta de pastas, frutas y una tetera humeante.

Matilda Stewart, siempre elegante, sonrió:

—Permitan que respire, señoras. Grace nos contará todo cuando esté lista.

Las horas se deslizaron como mantequilla caliente: sorbos de té, risas tímidas, preguntas suaves.

Grace, al principio, solo hablaba de trivialidades. El sabor del té. El clima. La casa.

Pero cada mirada afectuosa de sus amigas era un golpe suave a la fortaleza que había construido.

Y cuando la jarra quedó vacía y el sol comenzó a declinar, Grace dejó la taza sobre el platillo con un tintineo que sonó como una decisión.

—Está bien —susurró—. Les contaré.

Las tres se inclinaron hacia ella, atentas.

Grace inhaló despacio, y comenzó desde el principio.

—Mi padre… él me comprometió con Edgar Henslow —dijo—. Un hombre que me dobla la edad. Yo no quería… pero él me obligó.

Un silencio pesado cayó sobre el salón, las cucharillas se detuvieron, y todas sólo la miraron sin decir nada, aunque no parecían nada sorprendidas.

—¿Ya lo sabían? —preguntó con ojos brillantes de lágrimas. Georgiana apretó los labios.

—Había escuchado rumores. Pero es bueno que nos lo digas tú misma.

—No es el hombre que habría elegido para ti —razonó Olive meneando su cabeza—. Hay mejores candidatos en todo Bath. ¿Por qué tu padre lo elegiría a él?

—Es cierto —terció Matilda, alcanzándole un pañuelo a Grace para que secara sus lágrimas—. Más jóvenes, mejor posicionados en la sociedad y que habrían tratado a Grace como a una preciosa joya.

Grace siguió, ahora con la voz un poco más firme:

—Mi padre lo eligió porque se vio reflejado en él. Edgar Henslow finge ser devoto, recto, y mi padre siempre ha temido que las riendas que siempre me sometieron se aflojaran aunque sea un poco.

—Así que… —siguió Olive—, vio en él una manera de mantenerte sometida—. Grace asintió.

—Pero, querida —susurró Grace—. ¿No fue demasiado extremo irte… a un burdel?

—No, no lo fue. Fue justo lo que necesitaba, y justo lo que ellos merecían.

—¿A qué te refieres?

—El señor Henslow me dijo cómo pensaba someterme una vez casados… y usó expresiones que no repetiré delante de personas tan decentes —aquello hizo que las tres mujeres abrieran grandes los ojos, preguntándose qué clase de cosa perniciosa había tenido que aguantar Grace—. También dijo que no tenía derecho a negarme.

—Qué desgraciado.

—Pero eso no fue lo peor —dijo Grace con una risa quebrada. Olive frunció el ceño preguntándose qué faltaba por saber—. Su hijo, Ambrose… —tuvo que cerrar los ojos un segundo— me aseguró que, cuando su padre se cansara de mí, sería su turno. Que yo era parte del trato.

—¿Qué? —exclamó Matilda, horrorizada.

—¡Malditos! —escupió Georgiana, tan indignada que se puso de pie.

—Eso es monstruoso —siguió Matilda, llevándose una mano al pecho —. ¡Tan vergonzoso! ¿Padre e hijo? ¿Pero qué clase de depravados son?

Olive apretó los puños, temblando de furia.

—Grace… ¿por qué no dijiste nada? —preguntó con una voz tan tenue como dolida—. ¿Por qué no confiaste en nosotras? Habríamos podido ayudarte… de algún modo.

Grace soltó una risa breve, amarga.

—¿Cómo, exactamente?

—Pues… podrías haberte quedado conmigo, o con Georgiana, o con la señora Stewart. Habríamos encontrado una forma.

—¿Y crees que eso habría detenido a mi padre? —Grace levantó el rostro, sereno, casi frío—. Un vicario indignado puede arruinar el nombre de cualquier familia en un abrir y cerrar de ojos. Ustedes habrían pagado el precio por mí.

—Entonces te habríamos enviado a Londres. O más lejos si hacía falta —insistió Olive, con un temblor en la mandíbula que revelaba rabia y miedo por igual.

—Y yo habría pasado el resto de mi vida huyendo. Dependiendo de la caridad de otros. Con un enemigo que nunca duerme.

Olive cerró los ojos, respiró hondo.

—¿Y qué tendría de malo depender de alguien cuando una se está ahogando? —susurró—. Yo dependí de ti cuando estaba destruida. Y jamás habría pensado menos de ti por necesitarme.

Grace apretó las manos sobre su regazo.

—Tú estabas viviendo tu propia pesadilla —dijo en voz baja—. Estabas embarazada, Jacob había desaparecido… no podía tirarte encima mis propias tragedias.

—Pero mis problemas se resolvieron —la interrumpió Olive con un filo inesperado—. Y aun así no nos dijiste nada. Ni una carta. Ni una señal. Grace… ¿de verdad no confías en nosotras?

—Olive… —su voz se quebró apenas— No es falta de confianza. Es que… decirlo en voz alta lo hacía real. Y si lo compartía, dejaba de tener el poco control que me quedaba. Yo… no podía permitirme eso.

Olive tragó saliva. Sus ojos brillaron, no de tristeza, sino de algo más antiguo: lealtad herida.

—Te lo habríamos quitado de las manos sin pensarlo —dijo—. Porque para eso estamos. No solo para tomar té y reír. Para sostener lo que pesa hasta romper los huesos.

Grace respiró profundo. Cuando habló, su tono no tembló.

—No me reproches algo que tú también hiciste. Cuando regresaste casada con Jacob de un día para otro, no confiaste en nadie. Tú también actuaste sola. Y yo lo entendí. Porque a veces la única manera de vivir… es decidir antes de que el mundo decida por ti.

Olive abrió la boca… y la cerró. No tenía defensa contra esa verdad.

Georgiana intervino, inquieta:

—Grace, lo que has hecho te perjudica. Te perseguirá. Sabes que sí.

—Lo sé —contestó con calma—. Pero lo acepto. Vale la pena.

—¿Cómo puede valer la pena? —preguntó Olive, buscando su mirada.

La sonrisa de Grace surgió lentamente. No era dulce ni triste, y mucho menos una sonrisa feliz. Era cínica, peligrosa.

—Porque mi plan siempre fue destruirlos —dijo—. A los Henslow… y también a mis padres.

Matilda dejó escapar un pequeño jadeo, pero ningún sonido logró escapar de su garganta.

Grace continuó, sin parpadear:

—Mi padre me llamó hija del pecado toda mi vida. Siempre dijo que mi cabello, mi cuerpo, mis pensamientos eran obra del demonio. Así que le di exactamente lo que temía: llevar a la realidad todos sus miedos.

Hubo un largo silencio.

Olive, lamentablemente, entendió el verdadero propósito de los actos de Grace, y no pudo reprocharle nada, porque su plan había salido perfecto, y la reputación de los Henslow, como del reverendo, había sido arrastrado por el lodo en todo Bath.

Porque, paradójicamente, nadie insultaba a Grace por lo que hizo, ni por sus desatinadas decisiones.

Nadie dijo: ya me lo imaginaba, ni: ¿qué se podía esperar?

No. Todos voltearon la mirada a los hombres que la habían rodeado, preguntándose qué orilló a una niña buena y perfecta a hacer lo que hizo.

Los Henslow no podían presentarse en ningún lugar sin que hicieran comentarios acerca de lo ambiciosos que fueron al aspirar a alguien como Grace. Los Barlow ni siquiera levantaban la cara, habían dejado de asistir a reuniones sociales, y los últimos sermones eran repeticiones de otros más antiguos.

Ninguno daba razón de nada. Sus arrogantes bocas habían sido cerradas de cuajo por las acciones de la que antes no hizo nada.

Y eso, Olive, tenía que admirarlo.

Ella misma, en el pasado, se lanzó al abismo para escapar.

Sólo que en su caso había salido bien. Pero en el de Grace, muchas, muchas cosas podían salir mal.

—No te reprocharé más —dijo, y extendió una mano para tocar la de Grace—. Pero estás en la guarida de un tigre, y no puedo evitar sentirme preocupada.

—¿Te refieres a Sebastien Chevalier? —preguntó Grace con ojos grandes. Olive la analizaba, esperando que ella expresara miedo o temor por un hombre que a todas luces era un libertino sin conciencia. Podía ser un excelente amigo, pero Olive dudaba mucho que con una mujer pudiera mostrarse igual.

—Pues sí. Me refiero a él y a todos los hombres que entran a ese lugar…

—No te preocupes. Sigo siendo virgen—. Que ella dijera algo así, cuando antes jamás habría siquiera tocado el tema, tomó por sorpresa a las tres señoras, que sonrieron y se miraron un poco tímidas—. Es verdad —insistió Grace.

—Te creemos.

—No, yo no puedo creerlo —dijo Georgiana levantando una mano—. Estás en un burdel, y cantas… eres famosa. Grace, no te rechazaremos si nos dices que…

—No me estoy prostituyendo —insistió Grace—. Y no porque yo no quiera, si debo ser sincera.

—¿Qué? —Matilde tosió, Olive la miró pestañeando varias veces. Qué liberal al hablar se había vuelto su amiga.

—Tal como lo digo. Fui allí… —Grace se detuvo. Podía contarles que fue a El Corsé Roto con el ánimo de pagarle a Sebastien por una noche, pero el haber sido rechazada la cohibía—. Sebastien Chevalier dijo que no. Que yo no atendería clientes. De modo que… sólo canto.

—¿De verdad?

—Eso es extraño —farfulló Georgiana, y Olive sonrió. Ninguna de las dos había esperado tanta magnanimidad por parte de Sebastien Chevalier.

—Pues tendremos que agradecerle —sonrió Matilde.

Grace sonrió mirándolas.

—Gracias —les dijo—. Pensé… Pensé que las cosas cambiarían entre nosotras una vez pisara ese lugar.

—Bueno, sí cambiaron un poco —contestó Olive, y por fin cedió a la tentación de extender la mano y tomar un mechón del rojo cabello de Grace—. Tú cambiaste.

Grace la miró sonriendo. Sentía alivio en el corazón.

Sí. Ella había cambiado, pero le gustaba mucho más esta Grace que la de antes.

Y si tenía que pasar por lo mismo mil veces, mil veces habría tomado la misma decisión, pensó.

14

El salón quedó en calma cuando la última taza fue depositada en su plato. El aroma de bergamota aún flotaba en el aire.

—Creo que necesitaremos otra reunión sólo para procesar lo que hemos escuchado hoy —murmuró Georgiana, acomodándose los guantes, notando lo rápido que se les había ido el tiempo, y, lamentablemente, ya era hora de irse a casa.

Iban a despedirse cuando la doncella apareció en el umbral.

—Señoras… hay un caballero aguardando afuera. Dice llamarse monsieur Chevalier.

Olive y Georgiana enarcaron una ceja al mismo tiempo en perfecta sincronía y silencio.

Nadie comentó nada.

Grace sintió que el pulso le traicionaba.

—Es… para mí. Gracias —respondió, con una serenidad que no coincidía con el leve rubor que ascendía por su cuello.

Olive se puso de pie primero.

—Bueno —dijo con una sonrisa perfectamente inocente—, no podemos permitir que un caballero espere en la calle.

Georgiana ya estaba tomando su chal y las cuatro salieron en procesión hasta la misma puerta de entrada.

Y entonces lo vieron.

El carruaje era completamente negro. No elegante al modo ostentoso de la aristocracia, sino sobrio, severo, casi intimidante. Los caballos, oscuros como tinta fresca, mantenían una quietud impecable.

Y delante, junto a la portezuela abierta, estaba él.

Sebastien Chevalier no se apoyaba con desgana ni parecía aburrido. Estaba erguido. Atento. Como si cada segundo de espera tuviera un propósito.

Nada en aquella postura encajaba con la imagen indolente que tanto le precedía.

Olive no perdió detalle.

Georgiana tampoco.

Cuando Sebastien vio a Grace, su expresión cambió apenas, un gesto mínimo, casi imperceptible, pero suficiente para que las tres lo notaran.

Se inclinó ligeramente.

—Mademoiselle.

No era una cortesía automática. Había intención en ella.

Grace sintió el calor subirle a las mejillas. Maldijo en silencio su traición.

—No sabía que vendrías —dijo, intentando sonar natural.

—No —respondió él—. Pero aquí estoy.

Le ofreció la mano para ayudarla a subir. No fue un gesto teatral; fue preciso. Cuidadoso. Sus dedos sostuvieron los de ella sólo el tiempo necesario, pero con una delicadeza que Olive jamás habría asociado con ese hombre.

Georgiana notó que él se aseguraba de que el escalón no estuviera húmedo.

Matilda notó que no apartaba la mirada de Grace hasta que estuvo dentro.

Olive notó todo lo demás.

—Buenas tardes —saludó Sebastien a las amigas con una inclinación respetuosa, breve pero impecable.

No hubo arrogancia. Ni ironía.

Sólo corrección. Como un perfecto caballero que va en busca de su dama. Tan correcto que impresionaba.

El carruaje se cerró. Los caballos avanzaron.

Las tres permanecieron en la acera hasta que la silueta negra dobló la esquina.

Entonces se miraron.

Olive fue la primera en hablar, apenas en un susurro:

—¿Viste lo mismo que yo?

—Santo Señor —murmuró Georgiana en respuesta—. Entonces no estoy loca.

—Eso… no era indiferencia —añadió Matilda Stewart cruzándose de brazos con un gesto analítico.

—No —murmuró Georgiana—. Eso era algo más peligroso.

Matilda frunció el ceño.

—¿Peligroso para quién?

Olive no respondió de inmediato.

—Para cualquiera que subestime a esos dos.

Y en ese cruce de miradas hubo sorpresa… inquietud… y una chispa tenue de esperanza que ninguna se atrevió a nombrar.

Dentro del carruaje, el mundo era distinto.

El interior olía a cuero limpio y a algo sutilmente amaderado. Sebastien se sentó frente a ella, no a su lado. Correcto. Distante.

Grace ladeó la cabeza.

—¿Por qué viniste? Ya tenía cómo volver.

—Lo sé.

—Entonces…

Él observaba el paisaje por la ventanilla.

—No es práctico que el carruaje de tus amigas sea visto cerca del burdel —dijo con calma—. Tampoco que alquiles uno con regularidad. Las personas hablan. Y hablan peor cuando creen tener pruebas.

Ella lo miró de reojo.

—Podría haber tenido cuidado.

—Podrías —admitió él—. Pero yo estaba cerca. No fue ninguna molestia.

"Estaba cerca."

Grace no dijo nada, pero la frase quedó suspendida entre ambos.

Él no le sostuvo la mirada. Siguió observando el exterior, como si la conversación fuera casual.

—¿Te fue bien? —preguntó al fin—. Deduzco que sí. Todas sonreían.

Grace no pudo evitar sonreír también.

—Son las mujeres más maravillosas que conozco. Comprensivas… leales… mucho más de lo que merezco.

Sebastien no cambió de expresión, pero algo en su pecho se aflojó.

¿Qué había esperado? ¿Hostilidad? ¿Desprecio?

Se sorprendió a sí mismo al reconocer que, si la hubieran tratado mal, habría regresado y dejado muy claro su descontento.

Con firmeza.

Quizá con algo más que palabras.

El pensamiento lo desconcertó.

Esta no era su guerra, era la de Grace, y helo aquí, alzándose como su paladín, lanza en ristre.

Miró nuevamente por la ventanilla.

Un paladín protector. La imagen le disgustó, pero no logró expulsarla del todo.

—Me alegra —dijo finalmente, con tono neutro—. Es bueno que no estés sola.

Grace lo observó en silencio. Él parecía distante, casi frío.

Pero ahora ella sabía mirar mejor, y lo que vio no era frialdad. Era contención.

El carruaje siguió avanzando en la tarde que empezaba a oscurecer, llevando consigo una verdad que ninguno de los dos estaba listo para pronunciar.

La noche cayó cerrada sobre Bath, pero era joven y luminosa para El Corsé Roto.

En la habitación de Grace, la oscuridad era espesa, rota apenas por las risas amortiguadas y algún acorde lejano procedente del salón. Era noche de descanso para ella, pero el descanso no llegaba.

Estaba recostada, la manta a la altura de la cintura, y volvía una y otra vez al mismo pensamiento.

Sebastien Chevalier.

Había pensado que si algo la trasnochaba hoy sería sus amigas, pero ese peso al fin había caído de sus hombros.

No. Se trataba de él: su presencia, su sombra, su voz. El modo en que había ido por ella esa tarde. La manera cuidadosa en que siempre la tomaba del brazo, como si cada gesto suyo estuviera

calculado para no dañarla. Y los vestidos. No simples caprichos, sino señales. Señales que no sabía interpretar.

Recordó la primera vez que vino aquí. Cómo él la había escuchado con media sonrisa antes de rechazarla. Recordó su humillación cuando él, divertido, comentó que las vírgenes eran "problemáticas", casi comparándola con la sífilis. En aquel entonces no entendió; ahora sí. Ahora sabía lo que implicaban esas palabras en este mundo al que ella misma se había lanzado.

También sabía que él ya no la rechazaba.

Ese pensamiento le dio un vuelco en el pecho, pero no la asustó, al contrario, trajo sobre ella una extraña alegría, algo que le daba tranquilidad, como si por fin hubiese encontrado un suelo firme bajo sus pies luego de vagar sobre mundos cambiantes.

Mientras sostenía aquel sentimiento entre sus manos como quien examina un objeto precioso, el sueño cayó sobre ella sin aviso.

No supo cuánto tiempo durmió. Sólo que despertó bruscamente.

Abrió los ojos.

La habitación estaba completamente a oscuras. No había luna, sólo una negrura insondable. Su respiración sonaba demasiado fuerte en el silencio.

Algo, no sabía qué, la había llamado.

Se levantó, descalza, todavía medio dormida, y salió al pasillo. El corredor estaba en completa oscuridad, lo que significaba que ya estaba pronto a amanecer. No había ni una sola lámpara encendida, ya todos estaban dormidos. No oía nada en particular. Pero algo en su interior la guiaba.

Terminó frente a la puerta de la habitación de Sebastien.

Había luz dentro, y como un acto natural, sin llamar primero, empujó la puerta.

La escena que se encontró la detuvo en seco.

Sebastien estaba frente a un pequeño lavabo, inclinándose para arrojarse agua fría sobre el rostro. El brillo de la lámpara dibujaba los músculos de su espalda, marcando la línea firme de los hombros,

el relieve del torso. Estaba sin camisa, y la piel húmeda atrapó la luz como si ardiera desde dentro.

Grace no respiró.

Ni siquiera lo pensó: su mirada quedó anclada en él.

Él se incorporó, pasándose la mano por el cabello para apartarlo del rostro, y al girarse… la vio.

Primero sus ojos se entreabrieron, sorprendido. Y luego brillaron. No por el reflejo de la lámpara, sino con algo más cálido, más íntimo, que él no supo ocultar.

Grace se dio cuenta, tarde, de su propia apariencia: en camisón blanco, el dobladillo apenas rozándole los tobillos, la tela fina revelando el contorno de sus rodillas, su clavícula, la curva suave de sus brazos. Un escalofrío le recorrió los muslos. La boca se le secó por completo.

—Grace… —dijo él, con esa voz grave que normalmente usaba para negociar, pero que ahora sonaba… distinta. Baja. Casi ronca.

Ella abrió la boca, pero no encontró palabras.

Él se quedó quieto. No avanzó. No la tocó. Pero la forma en que la miraba decía más que cualquier gesto. Una mirada que subía despacio, que se detenía en sus labios sólo un instante antes de volver a sus ojos. Una mirada que podía haberla hecho retroceder.

Pero no retrocedió.

El silencio entre ellos estaba vivo. Palpitaba.

—¿Qué haces despierta? —preguntó por fin, suavizando el tono, como si temiera romper algo delicado.

Grace tragó, sintiendo la garganta rígida.

—No lo sé —susurró.

Y era verdad.

Él tomó aire, hondo, como si necesitara arrastrar control a su cuerpo.

—Deberías estar descansando —dijo, pero la frase carecía de firmeza. Casi sonaba como un consejo a sí mismo.

Grace dio un paso dentro de la habitación.

Muy pequeño.

Pero él lo sintió como un temblor.

Los ojos de Sebastien bajaron apenas, no a su cuerpo, sino a ese movimiento ínfimo de sus pies descalzos sobre la alfombra. Luego volvió a mirarla. Algo en su pecho se tensó, ella lo vio, lo sintió, pero no se movió.

Era un equilibrio precario: él tratando de no acercarse, y ella sin saber si quería que lo hiciera o que se quedara donde estaba.

—Estabas… lavándote la cara —dijo ella, como si necesitara decir algo, lo que fuera.

Él asintió, lento.

—No podía dormir.

Hubo silencio. Él no podía confesarle que precisamente venía desde la puerta de su habitación, donde había estado velando.

Era una locura, pero una extraña paz lo inundaba cuando estaba cerca de ella.

—Yo tampoco —dijo Grace, y la confesión se deslizó entre ellos como un hilo cálido.

Sebastien no apartó la mirada. Sus curvas eran demasiado notorias bajo el camisón, sus tensos senos tan mal cubiertos por la delicada tela.

Ella tampoco desvió la mirada. Sebastien era lampiño. Ni un solo vello en su pecho, sólo un delgado y oscuro camino bajo la pretina de su pantalón.

Ella, una vez, hace tiempo, le había ofrecido pagarle para dejar de ser virgen. Si él hubiese aceptado, habría tenido a ese hombre sobre ella, entre sus piernas, empujando como había visto que hacían los hombres con las mujeres en este lugar, jadeando, desnudos…

Diablos, estaba deseando a Sebastien Chevalier. Quería que la volviera a besar, que hiciera mucho más. Su piel empezó a arder, a desear su toque, y su respiración se entrecortó.

Fue entonces cuando Grace entendió: si daba un paso más, no habría vuelta atrás. No esta noche. No con esa luz temblando entre ellos. No con su respiración atrapada en el pecho, y un deseo, nuevo, torpe, ardiente, despertando dentro de ella como un animal.

Y entendió también que él lo sabía. Que por eso no se movía. Que era él quien estaba frenando algo que podría devorarlos.

Por supuesto que lo sabía. Entre los dos, él tenía toda la experiencia del mundo, y ella era un libro en blanco.

—Grace… —repitió él, apenas audible.

Ese susurro la estremeció más que cualquier roce. Su nombre en su boca, con ese vestigio de su acento francés, ya casi desaparecido, se oía tan…

Como miel tibia derramándose sobre su piel.

Ella bajó la mirada sólo un segundo, suficiente para ver cómo la tensión en su abdomen lo hacía respirar más rápido. Lo vio cerrar la mano en un puño para no acercarse. Lo vio tragar, como si algo le ardiera en la garganta.

Y volvió a levantar la vista.

—No hagas eso —le advirtió él, mirándola fijamente, frunciendo levemente el ceño. Pero Grace no estaba escuchando, y avanzó un paso hacia él—. Grace, detente.

Pero ella no podía obedecer sus palabras, cuando todo el cuerpo de él gritaba: ven.

Llegó a estar a solo un palmo de distancia, y antes de que él pudiera alejarla, o decir alguna otra cosa, ella elevó sus manos y las apoyó en su pecho. Él gimió como si las manos de ella estuvieran muy calientes y lo hubiese quemado, y algo muy cálido se derramó dentro de ella al oírlo.

—Maldición —murmuró él y le tomó las manos con las suyas, atrapándolas y alejándolas con brusquedad. Grace tropezó y perdió el equilibrio, pero él la sostuvo rodeándola con sus brazos, quedando abrazados, tan pegados el uno al otro, que él sintió toda la suavidad de su cuerpo, mientras ella se sorprendía por la dureza del de él.

—Hace tiempo te pedí que me quitaras la virginidad —dijo ella con la boca seca, mirándolo fijamente—, y me rechazaste—. Él la miró a los ojos con sorpresa. Ella estaba hablando de eso justo ahora, casi con descaro, y eso fue tan inesperado que no supo qué decir—. Si hoy te volviera a hacer esa propuesta, ¿me rechazarías, Sebastien Chevalier?

Él no la soltó, su cuerpo estaba muy cómodo allí, sintiendo el de ella, alimentándose de su contacto como una planta se alimenta del sol.

—Sí —mintió—. Volvería a decirte que no.

Eso sorprendió a Grace, y en sus ojos hubo un destello de decepción, pero ese pequeñísimo instante dolió en el alma de Sebastien, que bajó la cabeza y la besó, contradiciendo completamente a sus palabras.

Esta vez, Grace no se quedó quieta. Rodeó su torso y paseó las manos por la tensa espalda de Sebastien, mientras participaba del beso con alegría, con abandono. La lengua de él buscó la suya y, aunque la sorprendió, hizo lo mismo, dejándose saquear la boca, robando la suya también.

Él gimió. La alzó a su cintura y la apoyó en la pared más próxima, abriendo sus muslos y metiéndose entre ellos mientras la tenía alzada a su cintura. Grace gimió y la boca de él bajó por la garganta de ella dejando un rastro de fuego por cada lado que tocaba.

La estaba tocando por todos lados, por Dios. Una mano en su cabello rojo le tiraba de la cabeza suavemente hacia atrás, dándole espacio para que su boca lamiera y chupara por su cuello y pecho, mientras la otra subía por dentro de su bata y se aferraba a una de sus nalgas, mientras su cadera se meneaba sobre ella restregándose contra su centro, que, supo Grace, empezaba a arder, a vibrar, y estaba a punto de incendiarse.

—Sí —murmuró ella, comprendiendo que era exactamente el lugar donde deseaba estar, y sonrió, como si, luego de un largo peregrinaje, encuentra por fin el camino a casa.

Sebastien caminó con ella hasta su cama, amplia y de sábanas oscuras, pero al ver su cabello desparramado, rojo y brillante, y su rostro arrebolado, completamente entregado, se detuvo.

Pero, ¿qué estaba haciendo? Debía detenerse. Poner en control su cuerpo y volver a sus sentidos. Era experto en eso. Pero no pudo. Su cuerpo no le obedeció. Él, tan experto en manejar su deseo, experimentado en gobernar cada impulso, acostumbrado a dominar y no ser dominado, de repente se halló sin voluntad para alejar a Grace.

Por qué no?, preguntó su lado más egoísta. Por qué no puedo tenerla?

Porque ella es un ángel, contestó su lado más sensato, y tú un demonio.

Porque ella está aquí para escapar de la crueldad del mundo, y tú no tienes nada más que ofrecer.

Porque si tocas algo tan puro, te destruirás a ti mismo.

Un recuerdo de sí mismo, repugnante y doloroso, lo invadió en ese momento y por fin encontró la fuerza para alejarse, pero ella lo atrapó entre sus muslos, rodeándolo completamente con sus piernas, impidiéndole irse.

—Oh, Grace… —murmuró él—. ¿No entiendes que te estoy salvando?

—¿De qué? —preguntó ella muy seria—. ¿De quién?

De mí mismo, quiso contestar, pero apretó los labios y de su boca no salió ninguna palabra.

—No necesito ser salvada —susurró ella tomando su rostro entre sus manos, y él volvió a mirarla.

Eso creía ella. Pero estaba muy equivocada.

Él gimió. Soltó una larga parrafada en francés que sonaba a una súplica a Dios, pero al terminar, volvió a besarla. Grace, feliz, recibió sus besos, buscó abrir la pretina de su pantalón, pero él volvió a tomarle las manos y a alejarlas de él. Pero no la alejó, por el

contrario, tomó su bata y se la sacó por la cabeza, y también le bajó la ropa interior dejándola por primera vez desnuda ante un hombre.

Él la admiraba como si fuera una hermosa catedral, un santuario. Grace se sentía eufórica, feliz, y cuando él empezó a acariciarla, con tal suavidad y reverencia, cerró los ojos y sonrió internamente. Él parecía conocer cada parte de su cuerpo, sabía exactamente dónde besar, donde presionar, y pronto se halló gimiendo, dándose cuenta de que eso de gemir salía solo y sin aviso. No estaba siendo ruidosa como eran las chicas, pero era auténtico.

Él se deleitó con sus pechos largo rato, y ella lo dejó disfrutar, pero entonces sintió que la mano de él se acercaba a su parte más íntima, y empezaba a acariciarla.

—Sí, sí —susurró, buscándolo, necesitándolo, y él la penetró con sus dedos. Estaba tan mojada y resbaladiza allí que no fue difícil para él introducir los dedos casi por completo, y luego, empezó a moverlos con rapidez, presionando un punto exacto que la hizo ver estrellas.

Grace gimió, gritó, suplicó. Se aferró a él con fuerza y no se acordó de cosas tan nimias como la vergüenza o el decoro. Simplemente se dejó ir experimentando tantas sensaciones nuevas y desbordantes que la sobrepasaron.

Y llegó un punto en que se perdió de sí misma, como si alma y cuerpo fueran por caminos diferentes, envaró su cuerpo y dejó que algo dentro explotara.

Fue maravilloso. Nunca imaginó que algo así pudiera ser posible. Fue tan arrebatado, tan violento, y a la vez tan íntimo y dulce, que dejó de intentar nombrarlo y se limitó a sentir, a disfrutar.

Al volver, abrió los ojos, con el pecho agitado, totalmente desnuda, en la cama de Sebastien Chevalier, mientras él la miraba con tal fuego en sus ojos que quiso tirársele encima y quemarse en él.

Él sólo la abrazó, conteniendo su cuerpo aún tembloroso, disfrutando de su aroma encendido, orgulloso de haber podido llevarla al éxtasis sólo con su mano y unos besos.

Cuando ella buscó su boca, Sebastien se apartó. Salió de la cama sin decir nada, buscó su camisa y se la puso con manos tensas. Ya cubierto, le lanzó la bata y su ropa interior.

—Debes dormir —dijo—. Mañana tienes mucho que hacer.

Grace recibió las prendas en silencio, desorientada. Mientras se vestía, sintió cómo su euforia se desmoronaba; aquella seguridad recién nacida se disolvió, y por un instante volvió a ser la niña insignificante que su padre había constreñido: el cabello oculto, el cuerpo atado, la vida apretada como un puño.

Pero al cruzar frente al pequeño espejo de Sebastien, se vio a sí misma tal como era ahora: despeinada, encendida, viva. Esa imagen la sostuvo.

Se giró hacia él. Sebastien estaba de espaldas, los hombros caídos, una mano tirando de su propio cabello como si quisiera arrancarse un pensamiento oscuro. No era un gesto teatral. Era… vulnerable.

Grace abrió la boca para reclamarle, para pedirle explicaciones, para no permitir que él decidiera por los dos. Pero algo la detuvo.

El leve temblor de sus dedos.

La rigidez en su nuca.

Ese silencio denso de quien libra una batalla interna.

Y ahí despertó la Grace de siempre: la que había aprendido a leer dolores ajenos incluso cuando nadie la miraba; la que había vivido años comedidos y sabía reconocer la sombra en un gesto pequeño.

Todos llevamos oscuridad dentro, se recordó. Todos luchamos contra algo.

Ella, con su vida insípida y reprimida, conocía el peso de las heridas silenciosas. ¿Qué no cargaría un hombre como él? ¿Qué cicatrices no habría debajo de esa fachada impenetrable?

De pronto no sintió ganas de regañarlo. Sintió ganas de abrazarlo.

No por debilidad, sino por comprensión.

Porque por primera vez vio al hombre, no al dueño del burdel, no al francés insolente: al hombre que temblaba por no saber qué hacer

con ella.

Se miró una última vez. Estaba intacta. Sí. Pero su alma no. Había cambiado, abriéndose para hacerle un espacio que no sabía que podía existir.

Sin decir nada, salió de la habitación, y en un silencio respetuoso, el de quien entiende más de lo que dice, se alejó por el pasillo.

15

Cuando la puerta se cerró con ese leve chasquido, casi imperceptible, Sebastien permaneció de pie, de espaldas a la puerta y al mundo, sin mover un solo músculo.

Solo sus manos lo delataron: los dedos, apretados contra su propio cabello, temblaron apenas.

El silencio de la habitación se volvió un animal vivo, respirando entre él y sus propios demonios.

No sabía cuánto tiempo pasó así. Un minuto. Una vida.

Solo cuando estuvo completamente seguro de que Grace ya no estaba en el pasillo, exhaló. Fue un sonido ronco, quebrado, como si hubiese contenido el aire desde que ella lo había tocado.

Sus manos cayeron a sus costados. Muy despacio, y con la cautela de quien teme que el más leve movimiento pueda derrumbar una presa, se giró hacia la cama.

El perfume de Grace sobre él seguía impregnando el aire con un rastro dulce, casi punzante. El colchón aún tenía la marca tibia de su cuerpo.

Sebastien tragó saliva. Sintió cómo el piso parecía moverse bajo sus pies cuando se sentó en el borde de la cama, como si fuera un

terreno inestable. Se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en las rodillas y miró sus propias manos.

Las abrió y cerró, como si fueran herramientas desconocidas.

—¿Qu'est-ce que tu me fais…? —murmuró, apenas audible.

Esa pregunta había sido insistente todo el día. Ahora ardía.

Con Grace… algo dentro de él se liberaba. O se rompía. No podía decidir cuál de las dos cosas era peor.

Desde esa noche en que Lady Black lo convocó y él se dio cuenta de cuánto odiaba eso, y empezó a compararse a sí mismo con ella, admirándola porque ella sí había podido hacer con su vida lo que quiso, encontrando la libertad que él ni siquiera se había planteado buscar en los últimos años, se sentía extraño, necesitado, y eso era en parte humillante y vivificador. Se despertaban sentimientos y emociones que jamás sintió, incómodos y punzantes, pero que se convertían en la prueba fehaciente de que estaba vivo, no muerto por dentro como siempre pensó.

Su corazón latía por un anhelo, y no le gustaba. Llevaba luchando semanas contra eso e iba perdiendo.

Era como si ella hubiera encontrado una rendija diminuta en un muro que llevaba levantando desde niño… y estuviera empujando hasta que las piedras cedieran.

El problema era que él no sabía cómo detenerla.

Peor aún: no sabía si quería hacerlo.

Sintió un tirón duro en el pecho, un latido desbocado. Respiró hondo, pero el aire no bastó. Se dejó caer de espaldas sobre la cama, como si no tuviera fuerzas para sostener su propio peso. Quedó mirando el techo, respirando entrecortado.

El cuarto parecía más pequeño. Más oscuro.

Como si las sombras lo conocieran demasiado bien.

Y entonces, sin buscarlo, sin permiso, sin aviso, un recuerdo se deslizó por su mente con la claridad cruel de una cuchilla.

Un piso de madera fría.

Un grito ahogado.

Un niño pequeño tratando de hacerse invisible.

El olor del vino.

El sonido de una puerta cerrándose de golpe.

La certeza de que nadie vendría a ayudarlo.

Sebastien parpadeó, pero el recuerdo ya lo había atrapado.

El techo se desdibujó ante sus ojos, y de pronto ya no era el techo de su habitación en Bath, sino otro, más alto, más frío, con vigas oscuras que olían a humedad y a incienso.

El techo de su infancia.

Tenía ocho años otra vez.

Descalzo, con los pies helados sobre la madera.

El estómago vacío. Siempre estaba vacío.

Había nacido en una familia de condes en París, tan franceses como el río Sena, pero a pesar del estatus, la riqueza y el respeto de la gente alrededor, lo único que Sebastien podía recordar era el hambre, el frío y el dolor.

¿Por qué el cuarto hijo de un conde pasaría hambre? ¿Por qué sufriría dolor y frío? Porque sus propios padres se lo infligían, por supuesto.

Porque era la única manera que conocían de agradar a Dios y entrar al cielo.

Los condes de Lavoisier tenían una rara costumbre: el hijo mayor heredaba el título y las tierras, todo el poder político y económico, y los demás, todos ellos, se consagraban a la iglesia. Sacerdotes si eran varones, monjas si eran niñas.

Nadie había podido escapar de esa herencia, y en su casa ya se habían establecido los roles. André, el mayor, sería el conde y ya estaba estudiando y preparándose para eso, Isabelle sería monja en cuanto tuviera la edad, Jacques, el tercero, ya oficiaba como monaguillo en una reconocida catedral, y él, lo mismo que Jacques.

No cabía preguntarles qué querían para sus vidas. Ni se les ocurría que ellos pudieran querer otra cosa, como casarse y tener hijos, ser un matemático, un comerciante, o un soldado. Todas las opciones eran automáticamente descartadas y el camino a seguir ya estaba impuesto: la iglesia.

Sebastien había conocido un tío que hacía poco estuvo de visita y lo vio sonreír y brindar con su hermano, pero cuando nadie lo veía, metía botellas de vino a su habitación y al día siguiente hablaba con un tufo insoportable y unas ojeras que le cubrían el rostro. Era infeliz, pero delante de su hermano hablaba de la Biblia y la doctrina como si fueran la fuente de su deleite.

Sólo era un niño, pero empezó a temer ese futuro.

Y su presente no era mucho mejor.

Los rezos empezaban antes del amanecer. La mortificación formaba carácter, decía su madre. En aquel entonces, él no sabía qué era carácter, pero sí sabía que le dolían las rodillas de tanto rezar y que el hambre hacía que todo el día se sintiera como si caminara dentro de un sueño gris.

—Sebastien, la espalda recta. Dios no ama a los flojos —decía ella.

Dios tenía gustos curiosos, pensaría su versión adulta. Le gustaban los niños hambrientos, callados y perfectamente alineados.

Podía ver a su hermano Jacques, un año mayor, arrodillado junto a él.

Jacques nunca se tambaleaba.

Nunca lloraba.

Nunca cuestionaba nada.

Debido a eso, era el favorito. El modelo perfecto del futuro hombre de la Iglesia.

Ser el segundo varón de la casa tenía sus beneficios, pensaría el Sebastien adulto con amargura. Demasiado viejo para llorar, demasiado joven para cuestionar, demasiado dócil para intentar huir. Sebastien no sabía si lo odiaba o simplemente lo despreciaba, pero a veces quería aporrear esa cabeza que fácilmente se doblaba

aceptando todo lo que le impusieran, contestando rápidamente con versos bíblicos y recibiendo alabanzas. Lo veía sonreír comedidamente, asentir, y girar los ojos cuando a él y a Isabelle los golpeaban por no llenar el estándar tan alto que él había impuesto.

La rebelde allí era Isabelle, con sólo once años, pero unos ojos llenos de tormentos. Tenía un rastro de rebeldía incluso cuando doblaba las manos para rezar.

Ella sí hacía preguntas, lloraba cuando nadie la escuchaba, y soñaba con una vida fuera de esas paredes.

Tocaba el piano perfectamente para su edad, su rutina era rezar, tocar, leer la Biblia y volver a empezar, pero en varias ocasiones la escuchó cambiarle la letra a las canciones cristianas para burlarse, y hacerlo reír. Era la única que parecía estar viva de verdad en esta casa, y él la amaba porque era su refugio en esta casa. Habían encontrado un rincón en el ático que ningún adulto conocía y allí se escabullían cuando los llamaban para examinarlos o, de nuevo, rezar. Robaban de la cocina pedazos de pan y desaparecían en ese estrecho espacio entre el tejado y el cielo raso, apenas con luz y aire, pero para ellos era el cielo.

Qué ridículo, si lo pensaba bien. Un niño debía escapar al jardín, al bosque, al lago. Ellos escapaban a un reducido espacio casi sin aire, pero allí se sentían más a salvo que de la mano de su madre. Isabelle le compartía de su botín y le hablaba de cosas que haría cuando fuera grande, y él la escuchaba imaginando esos mundos con mucha claridad.

Pero todos aquí la retenían con rezos y golpes. Sin embargo, eso no hizo sino que, sus planes de huir pasaran de ser un simple sueño a convertirse en realidad.

Pero todo se vio truncado esa horrible mañana.

Isabelle había empezado a quebrarse mucho antes de aquel día.

Sebastien lo veía sin entenderlo del todo: cómo su hermana mayor, tan dulce, tan valiente, tan luminosa, se apagaba como una vela sofocada entre dos dedos.

A los nueve años, él solo sabía que Isabelle lloraba en silencio cada noche, que ya ni siquiera rezaba, que durante los ayunos apenas podía sostenerse en pie.

Ella estaba librando una guerra demasiado grande para alguien tan joven. Y estaba perdiendo.

Intentó huir, claro que sí. Una vez. Dos. Tres.

Pero siempre volvía arrastrada por los criados, con el vestido rasgado y los labios partidos. Y cada intento fracasado hacía su encierro más estrecho: menos comida, menos abrigo, más horas de oración, y castigos que Sebastien prefería no imaginar.

Una noche escuchó cómo Jacques la aconsejaba. Su voz era baja, urgente, y tal vez, llena de miedo.

—Simplemente obedece, Isabelle. Te harás menos daño —le decía él.

Y ella, siempre ella, ardió como un carbón encendido:

—¡No soy tan cobarde como tú! —le escupió—. Yo sí quiero vivir. Yo sí quiero elegir lo que hago. No como tú, ¡un títere que sólo hace lo que le ordenan!

Hubo un golpe seco.

Seguramente Jacques retrocediendo.

Sebastien, oculto bajo la cama, vio sus zapatos vacilar un instante.

—La supervivencia es más importante —intentó Jacques, con una voz que parecía querer decir más, como si hubiese una puerta que él veía abierta y ella no.

—¡No quiero sobrevivir así!

—Cuando seas mayor podrías… —empezó él, pero Isabelle no lo dejó terminar.

—¡NO QUIERO! —gritó ella, y el silencio que siguió latió como un corazón herido.

Sebastien se cubrió la boca para que no se escapara su propio llanto.

Vio los pies de Jacques hundirse un poco, como si todo su cuerpo se encogiera.

—No te hagas las cosas más difíciles —suplicó él, muy bajito—. Me preocupa que te estén golpeando tanto… casi no comes… por favor…

—Muérete, Jacques. No sabes cuánto te odio.

Aquello fue un cuchillo. Sebastien lo sintió desde su escondite.

El silencio que siguió fue tan largo y tan quieto que parecía que la casa entera contuviera el aliento.

—Hermana… —susurró Jacques, como si aún tuviera algo que ofrecerle, algo que ella no quería escuchar.

—Te odio. Lárgate de mi habitación.

Los pies de Jacques se movieron al fin, pesados, como si cargaran algo más que su propio cuerpo. Llegó hasta la puerta.

Sebastien lo vio detenerse.

La mano en la manija, inmóvil.

—Yo te amo —dijo por fin, tan suave que parecía que la frase fuera solo para ella, o quizá solo para él mismo—. Pero… por ahora, nadie tiene salida más que obedecer.

Isabelle no respondió de inmediato. Cuando lo hizo, fue apenas un murmullo quebrado:

—Te odio…

Jacques contuvo la respiración. Sebastien vio el movimiento mínimo de su espalda tensándose, como si ese susurro lo hubiese golpeado de frente.

Pero abrió la puerta igual.

Y salió sin mirar atrás.

Solo entonces Isabelle empezó a llorar. Un llanto largo, agotado, que hacía eco en las paredes como si el dolor quisiera escaparse y no supiera por dónde.

Cuando se calmó un poco, Sebastien salió de debajo de la cama y la abrazó con sus bracitos nudosos.

Ella lo apretó con fuerza, demasiada fuerza, como si ya estuviera despidiéndose del mundo.

En cuanto pudo respirar de nuevo, le dio el pan y el pedazo de queso que Jacques había dejado para ella.

Sebastien, hambriento, lo devoró sin decir palabra.

Ella no comió, sólo miraba el vacío, pensando. Maquinando.

Si Sebastien hubiese sabido qué estaba tramando, habría intentado detenerla.

Pero era un niño.

Y jamás habría imaginado lo que ella estaba por hacer.

A la mañana siguiente, los gritos sacudieron toda la mansión.

Sebastien acababa de despertar; un carruaje llegaba a la entrada, demasiado temprano para ser una visita. Se incorporó, aún entre sueños, cuando oyó el desgarrador alarido de su madre invocando a Dios y a todos los santos. Ese sonido no lo había escuchado jamás, no así.

El corazón le latió con fuerza, y corrió hacia la habitación de su hermana por el pasillo secreto que sólo ellos dos conocían. Empujó la puerta… y se detuvo de golpe.

Allí estaba Isabelle.

Colgaba de una de las vigas del techo, vestida de blanco, la bata apenas rozándole los pies descalzos. Una brisa helada entraba por la ventana abierta, moviendo suavemente su cabello negro y la tela como si aún respirara, como si aún pudiera despertarla.

Sebastien se quedó mirando largo, larguísimo rato. Un niño de nueve años que no entendía del todo qué estaba viendo. No podía preguntarse cómo había llegado allí, ni por qué no bajaba, ni por qué estaba tan quieta. Era como si su mente se negara a comprender.

Pero cuando los criados irrumpieron, la bajaron con torpeza y la depositaron sobre la cama, algo dentro de él cedió; un quiebre silencioso en su pecho.

Estaba muerta.

Y lo había elegido ella.

Anoche Jacques había hablado con ella. Al principio discutían; luego, su hermana le gritaba entre sollozos que lo odiaba, que prefería el infierno antes que un convento. Y en algún punto de la madrugada, Isabelle decidió que no vería el amanecer.

Sebastien salió disparado a buscar a Jacques. Lo encontró, y sin pensarlo, le descargó un puñetazo en la cara. Jacques se tambaleó, sorprendido, con los ojos tan llenos de un dolor extraño que apenas pudo articular palabra.

—¡Es tu culpa! ¡Tú la mataste! —le gritó Sebastien, ahogado por una furia que no sabía cómo contener.

Jacques abrió la boca, pero ningún sonido escapó. Sólo una lágrima gruesa rodó por su mejilla y cayó en su pecho.

Sebastien, en su inocencia herida, interpretó ese silencio como una confesión.

—¡Jamás te perdonaré, maldito! —sentenció, con la voz rota pero firme—. ¡Tú mataste a mi hermana!

Los esponsales se celebraron con toda la religiosidad que la familia podía ostentar. A la sociedad le dijeron que Isabelle había caído por las escaleras y había sufrido una muerte trágica. Nadie oyó la verdad.

Qué ironía, pensó entonces.

Los santos de la casa mintiendo con tal descaro.

Sebastien ya sabía desde hacía tiempo que lo que se predicaba en nombre de Dios no se parecía en nada a lo que se hacía puertas adentro, pero esto… esto fue la confirmación absoluta de la hipocresía que los gobernaba.

Su hermana fue enterrada en la fría tierra y nadie volvió a hablar de ella. No hubo una misa especial. No hubo una plegaria mencionándola por nombre. Nada.

Sus padres, en cambio, redoblaron su control sobre Jacques y él, que ya ni se miraban. Esa casa, que antes era una prisión, se volvió un infierno todavía más oscuro.

Fue entonces cuando Sebastien comprendió lo que había ignorado toda su corta vida:

Sólo había dos caminos para él.

La Iglesia… o la muerte.

La iglesia, jamás. Nunca se doblegaría como Jacques, ese perro. Nunca aceptaría que dominaran sobre sus manos para rezar, sobre sus labios ni sobre sus rodillas. Él decidiría qué hacer con ellas.

Y tampoco quería morir.

Por alguna razón, lo que había fuera de su ventana, más allá de los jardines de la mansión de sus padres, le causaba curiosidad. Cuando iba en el carruaje de camino a misa siempre podía ver niños en la calle, tomados de la mano de su madre, o de alguna nodriza, o corriendo libres riendo o gritando. Esos niños pobres, con zapatos sucios y desgastados, se veían morenos y sudorosos, pero reían, y eso llamaba su atención.

En la iglesia, una niña que lo molestaba siempre le estaba presumiendo sus vestidos nuevos, su sombrero nuevo, y él sólo recordaba que Isabelle nunca presumía así. No porque le faltaran vestidos, sino porque no tenía el ánimo siquiera para señalarlos.

La extrañaba tanto.

Ya no tenía con quién esconderse en ese sucio rincón. Ni con quien robar comida de las cocinas para comerla a escondidas. Ya nadie le decía lo que haría cuando fuera grande. Los sueños de Isabella eran simples. A veces terminaban con ella siendo una costurera, una pianista, o una esposa con muchos hijos.

Ya no tenía a quién escuchar soñar.

Pero después de que le pegó a Jacques, no consiguió volver a llorar por ella. Sólo sentía una ira sorda y un odio que se fue extendiendo a cada persona dentro de esta casa, y muchas veces se imaginó a sí mismo prendiéndole fuego a todo.

Y con el tiempo, pudo entender algo crucial.

Si no quería terminar como su hermana, tenía que hacer algo pronto, pero hacerlo bien.

Si él quería vivir, tenía que aprender de ella y no cometer su único error: improvisar.

Con los meses, se convirtió en un pequeño fantasma que observaba y recordaba todo: Los horarios en que cerraban los portones, qué criados hablaban demasiado, qué puertas chirriaban y cuáles no, dónde escondían las llaves de los establos.

También, en qué noches su padre bebía tanto que olvidaba contar a los hijos antes de dormir.

Y esperó.

Esperó como solo espera un niño aterrorizado que sabe que su vida depende de no equivocarse.

A los trece años, una tormenta lo hizo todo más fácil. Los truenos cubrieron sus pasos, la lluvia borró sus huellas. La casa dormía, agotada por las oraciones y los ayunos previos a una festividad religiosa.

Sebastien no miró atrás, no podía darse ese lujo.

Si giraba la cabeza, sabía que su miedo lo haría regresar.

Corrió hasta que las piernas le dolieron. Hasta que vomitó. Hasta que el amanecer lo encontró escondido en un establo abandonado, temblando y libre.

Libre.

Otra palabra que entonces no sabía usar, y que aún ahora le costaba.

Pero las calles no lo recibieron con los brazos abiertos.

Él ya conocía el hambre, pero no el frío de dormir en piedra, ni la desesperación de buscar sobras entre basura, ni el miedo constante a los hombres que miraban demasiado a los niños solos.

Intentó trabajar. Cargar sacos. Limpiar establos. Correr recados. Pero los adultos no tardaron en darse cuenta de que no tenía a nadie, que no había quien preguntara por él.

Y entonces llegaron aquellos hombres.

Lo llamaron con voz amable, le ofrecieron pan. Sonrieron. Y él estaba tan famélico que lo aceptó todo sin preguntar.

Siempre que recordaba ese momento, cerraba los ojos y apretaba los labios. Ahora sabía perfectamente lo que eso significaba, lo que le habían hecho, pero a pesar de haber sufrido la pérdida y la violencia dentro de casa, nunca estuvo expuesto a peligros así.

Cuando intentó huir, cuando se dio cuenta de lo que le iban a hacer, fue demasiado tarde.

Cuando abrió los ojos, estaba dentro de un barco. Lo supo por el olor de la sal, el balanceo constante y la humedad. No recordaba nada el trayecto hasta aquí, y un chichón en la cabeza palpitaba con insistencia.

Había otros niños llorando, unos pegándole a otros, burlándose, y otros, encogidos de miedo en un rincón esperando que todo alrededor desapareciera.

Corrió buscando una salida, pero alguien lo hizo tropezar y se dio de lleno en el estómago quedándose sin aire.

Cuando se recuperó, sólo escuchó risas de chicos más grandes que lo miraban y se burlaban de la manera en que había caído extendido en el suelo.

No sabía hacia dónde iba. No tenía ni idea de lo que le esperaba.

El cuerpo le dolía de maneras extrañas, se sentía sucio de mil formas que jamás imaginó. Estaba cansado, hambriento, tenía sed y desde dentro de su alma quería echarse a llorar, pero sólo hizo lo mismo que los demás, encogerse en un rincón, vigilar que nadie le pegara, esperar.

Ahí entendió la lección final:

Había escapado del infierno de su casa solo para caer en otro.

Uno aún más grande.

Uno sin nombres, sin rezos, sin Dios.

Uno del que nadie escapaba.

16

Sebastien tenía trece años cuando lo empujaron por primera vez dentro de un burdel.

Antes de eso sus recuerdos no fueron nada amables, ni mucho menos agradables.

Recordaba el olor antes que cualquier otra cosa: madera húmeda, vómito, agua salada, cuerpos que no habían podido lavarse en días. El aire era espeso y agrio, y cada respiración parecía quedarse atrapada en la garganta.

Habían viajado apretados como animales en la bodega, niños y niñas de distintas edades, algunos tan pequeños que no dejaban de llorar por sus madres. Al principio Sebastien había intentado contar los días, pero pronto perdió la cuenta. Allí abajo no existía el sol, ni la mañana, ni la noche. Sólo el balanceo interminable del mar.

Cuando por fin los sacaron a cubierta, la luz lo cegó.

El viento era frío, distinto al de Francia, y el cielo estaba cubierto de nubes bajas que parecían aplastar el horizonte. Delante de ellos se extendía un puerto enorme, lleno de gritos, sogas tensas, gaviotas y hombres que hablaban demasiado rápido en un idioma que él no entendía.

Las palabras eran duras, llenas de sonidos ásperos que chocaban entre sí.

Inglés.

Sebastien no comprendía nada de lo que decían, su familia no se había preocupado por enseñarle otros idiomas, sólo el latín, pero a pesar de eso, comprendía las miradas.

Los hombres señalaban. Discutían. Reían.

Los hicieron bajar del barco de uno en uno, empujándolos por una tabla estrecha. El suelo del muelle se sentía extraño bajo los pies después de tantos días de balanceo. Algunos niños tropezaban; otros se quedaban quietos, paralizados por el miedo, hasta que alguien los empujaba con un bastón.

Los alinearon contra unos barriles.

Un hombre gordo, con un sombrero ancho, empezó a caminar delante de ellos como si estuviera mirando caballos. Les levantaba el mentón con los dedos, les abría la boca, les apretaba los brazos para comprobar la fuerza.

Sebastien observaba todo con los ojos muy abiertos.

No entendía lo que decían, pero sí que podía hacerse una idea de lo que estaba pasando.

¡Los estaban vendiendo!

Clara, una niña que había viajado cerca de él, pecosa, con el cabello rubio enredado, empezó a llorar cuando un hombre la agarró del brazo. La niña intentó soltarse, pero él la levantó casi en el aire y la mostró a los demás como si fuera una gallina.

Hubo risas.

Alguien lanzó unas monedas, y Sebastien no pudo hacer nada más que mirar. Luego ocurrió algo que siempre recordaría.

Entre la multitud apareció una mujer.

Era imposible no verla.

Vestía de un rojo intenso que parecía arder entre los colores apagados del puerto. Su vestido estaba lleno de encajes, y llevaba plumas oscuras en el sombrero. Su rostro estaba empolvado de blanco, y sus labios eran de un rojo tan profundo que parecía sangre fresca.

Olía a perfume.

Un perfume dulce, pesado, completamente fuera de lugar entre el olor a sal y pescado del muelle.

La mujer se detuvo frente a la pequeña pelirroja, la observó con calma, inclinando un poco la cabeza, como si estuviera examinando una joya. Luego habló con el hombre que la vendía. Sebastien no entendió lo que dijo, sólo vio cómo la mujer sonreía y sacaba una pequeña bolsa que tintineó cuando la abrió.

La niña fue entregada sin más.

Sebastien la vio alejarse tomada de la mano de aquella mujer extravagante. La niña miraba hacia atrás, buscando algo, quizás a los otros niños, quizás a alguien que la salvara, pero nadie se movió.

Nadie podía.

El turno de Sebastien llegó poco después.

El hombre que lo examinó lo giró hacia la luz, apartándole el cabello de la frente.

—Éste—dijo.

Luego de eso, fue empujado hacia otro lado del muelle.

Miró por encima del hombro.

Los niños seguían alineados contra los barriles. Algunos lloraban. Otros miraban al suelo. Clara niña rubia y pecosa ya no estaba.

Quiso decir algo, y tuvo el impulso de echar a correr hacia ellos, pero una mano dura se cerró alrededor de su brazo y lo arrastró entre la multitud.

Sebastien no volvió a verlos jamás.

—A ver, déjame mirar bien qué fue lo que compré —dijo el hombre que lo había comprado mirándolo de arriba abajo con una sonrisa satisfecha—. Demasiado bonito para cargar barriles —añadió, girándole el rostro con dos dedos—. Este nos hará ganar dinero.

Sebastien seguía sin entender lo que decía, y sólo se revolvió evitando su contacto, pero era una lucha perdida.

Durante semanas lo pusieron a trabajar en cualquier cosa: limpiar pisos, servir mesas, encender chimeneas. Pero siempre ocurría lo

mismo. Los clientes lo miraban demasiado tiempo. Las mujeres lo llamaban. Los hombres también.

Era demasiado hermoso.

Su rostro fino, sus ojos oscuros y brillantes, la boca que parecía siempre a punto de decir algo insolente… todo en él llamaba la atención. Y en aquel mundo, la belleza no era una bendición.

Era una mercancía.

Por las noches lloraba. No lo hacía delante de nadie, claro.

Esperaba a que el ruido del burdel bajara, a que las risas se apagaran, a que las puertas dejaran de abrirse y cerrarse. Entonces se sentaba en el suelo, apoyaba la frente contra las rodillas y lloraba en silencio.

No había escapado para esto. Había escapado para vivir.

Con el tiempo, sin embargo, comprendió algo brutal: el mundo no estaba interesado en lo que él quería. El mundo solo preguntaba qué podía sacar de él.

Por otro lado, se encontró a sí mismo sin a quién llorarle. ¿A quién le expresaría sus quejas? ¿A quién rogaba? Su madre nunca fue una fuente de calidez en cuyo regazo hallara consuelo, ni cuyas manos encontró suaves y amables. A duras penas recordaba a alguna nana transitoria que lo trató bien y le llevó comida a escondidas, que le curó las rodillas lastimadas de tanto estar rezando, que lo abrigó en el frío.

Pero nadie más.

Ni siquiera Dios.

Era una figura demasiado lejana para él, demasiado abstracta, indiferente y fría. Todo lo relacionado con Él sólo le significaban dolor, hambre y muerte, así que se encontró temiéndolo más que anhelándolo, y en últimas, odiándolo.

Por su culpa su vida era como era, ¿no? Así pasaron los meses.

Siguió haciendo trabajos de todo tipo, fue aprendiendo el idioma y comprendiendo lo que decían de él a sus espaldas, aprendió a protegerse peleando, manteniendo un cuchillo cerca. Lavaba

letrinas, atendía caballos, se embarraba la cara con carbón o con barro para no llamar la atención, y así pasaron sus primeros meses en Inglaterra.

Hasta que apareció Lady Black.

Nadie sabía su verdadero nombre. Quizás lo había tenido alguna vez, pero hacía tanto que nadie lo pronunciaba que ya no importaba.

La primera vez que Sebastien la vio, pensó que parecía una reina de un reino oscuro.

Vestía siempre de negro, pero no era el negro de las viudas.

Era el negro del lujo.

Seda negra. Encaje negro. Guantes negros que le subían por los brazos como si fueran parte de su piel. Incluso su carruaje era negro, reluciente como obsidiana.

Y, sin embargo, su cabello era de un rojo profundo, casi incendiado.

Lady Black tenía poco más de treinta años y unos ojos que lo veían todo.

Cuando lo vio por primera vez, levantó una ceja.

—¿Cuántos años tienes?

Sebastien guardó un largo silencio, pero la mujer no se impacientó, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Los suficientes —respondió él finalmente.

Ella sonrió.

No era una sonrisa amable. Era una sonrisa interesada.

Pero tampoco era cruel, y eso era extraño.

—Te compraré —dijo simplemente.

Y lo hizo.

Así fue como Sebastien entró en el mundo de Lady Black.

Su casa de placeres no se parecía a los otros burdeles. Allí no había suciedad ni violencia abierta. Las habitaciones estaban perfumadas, las sábanas siempre limpias, las chicas vestían bien.

Lady Black no era una santa, pero tampoco era estúpida. Sabía que un negocio duraba más cuando quienes trabajaban en él podían mantenerse en pie.

Sebastien se convirtió pronto en su favorito. No solo por su belleza, sino también por su inteligencia.

Era rápido, observador, callado. Aprendía con una facilidad que la sorprendía.

En pocos meses sabía llevar las cuentas, negociar con proveedores, leer a los clientes antes de que dijeran una palabra.

Lady Black empezó a llevarlo consigo a todas partes, y luego de que diera el estirón y sus hombros se ensancharan, su voz se engrosara y la manzana de adán en su garganta tomara forma, ella empezó a mirarlo de otro modo.

Una noche, simplemente, lo tomó de la mano y lo llevó a su habitación.

Sebastien podía recordar perfectamente aquella noche, la primera noche que estuvo con una mujer. Ella lo había adiestrado en todo tipo de artes amatorias, enseñándole a usar cada apéndice de su cuerpo, y a estimular el de la mujer.

Toca así, le decía. No lamas simplemente; chupa. Más rápido, con ritmo. Ahora ven aquí. No tengas asco o te mataré.

Aprendió a mantener una erección toda la noche sin correrse una sola vez. Aprendió a dominar su propio deseo, al que encontraba como una simple respuesta natural de su anatomía, tal como ir al baño, tal como el hambre misma.

Nada especial, nada bonito.

Cuando Lady Black encontró que Sebastien estaba preparado, empezó a venderlo como su mejor producto. Las damas encumbradas de Londres lloraban por él, le enviaban regalos, le ofrecían mantenerlo, comprarle lujos, pero él tenía una correa muy corta que llegaba justo a los pies de Lady Black. Aunque hubiese querido, no habría podido huir muy lejos.

Y hacía tiempo que ya no estaba interesado en huir. ¿Para qué? ¿A dónde? ¿Por qué?

Su vida era lo que era. No había un solo punto de su infancia al que quisiera volver. No tenía un referente de comodidad, alegría o paz con el que pudiera soñar.

—Los hombres creen que dominan el mundo —le dijo Lady Black una noche mientras bebían vino frente a la chimenea. Ambos estaban desnudos, y ella, saciada, pasaba la mano por su abdomen marcado como si fuera una fina joya que le perteneciera—. Pero al mundo lo mueve el deseo. Y el deseo… lo manejamos nosotras.

Sebastien escuchaba en silencio, pero aprendía, memorizaba.

Aprendió cómo se fijaban los precios, cómo se protegía a una chica de un cliente violento. Cómo se mantenía un negocio flotando en una ciudad que fingía despreciarlo mientras lo financiaba en secreto.

Con los años, simplemente, dejó de sentir, de añorar, de llorar. No porque el dolor hubiera desaparecido, sino porque se había vuelto útil. A sus veinte años ya había visto a tantas personas, mujeres y hombres, pasar por la misma situación, que se encontró a sí mismo mirándolos con indiferencia. Muchos de ellos, al menos, tuvieron amor en algún punto de su vida. Si mencionaban a sus madres era porque éstas se preocupaban por ellos, ¿no? Habían tenido suficiente, mucho más que él en toda su vida.

Y aunque su corazón poco a poco fue convirtiéndose en un témpano, no soportaba la violencia ni la crueldad contra estas personas, que al final, seguían siendo víctimas, y muchas veces se encontró dando la orden de desaparecer a aquellos que les hacían daño.

No importaba su estatus, si era violento, si lastimaba a uno de los suyos, la pagaban con su vida.

Lady Black lo convirtió en su asistente, su sombra, su protegido, y durante un tiempo, Sebastien creyó que ese sería su destino, hasta que un día comprendió que incluso una jaula cómoda seguía siendo una jaula.

No hubo discusiones. No hubo despedidas. Luego de mucho tiempo analizando, observando y preparándose, tal como cuando era un niño y huyó de su propia casa, una mañana, simplemente, desapareció.

No podía imaginar la reacción de Lady Black al ver que había conseguido huir. Tal vez estaría furiosa, pero él no tenía remordimiento alguno. Había pagado con creces el dinero con que ella lo había comprado, y necesitaba iniciar su propia vida.

Fue cuando se estableció en Bath.

La ciudad era elegante, luminosa, llena de gente que pretendía ser respetable.

Intentó empezar de nuevo.

Trabajó como mozo de establo, como ayudante en una cocina, como mensajero.

Pero la historia se repetía.

La gente lo miraba demasiado. Las insinuaciones llegaban. Las propuestas también.

El mundo seguía intentando devolverlo al mismo lugar, pero él se resistía con toda la fuerza que tenía, con toda la dignidad que había logrado reunir, y durante un año, logró juntar el suficiente dinero como para abrir una taberna, una donde sólo se vendiera licor, no personas, y empezó a trabajar en ello.

Hasta que una tarde la vio.

Estaba sentada en los escalones traseros de una taberna barata, con la espalda contra la pared y la mirada perdida en la calle.

Sebastien la reconoció de inmediato. Su nombre era Clara. Pero, ¿cómo era que lo recordaba tan bien? No lo sabía.

Habían llegado juntos a Inglaterra en el mismo barco años atrás. Ella había sido una niña muy asustada, la que más tiempo lloró en ese lugar llamando a su madre, con pecas en la nariz y una mirada tan desvalida que hacía doler el corazón. Era tan pequeña que Sebastien le había puesto quizá unos siete años, y esa pequeña, por alguna

razón, había buscado su lado para calentarse por las noches. Tal vez porque él nunca se burló de ella, ni la alejó.

Fue la misma chica que compró esa extraña mujer de vestido rojo y plumas en su tocado, mirada desagradable y perfume fuerte. La niña por la que, instintivamente, había mirado atrás cuando él mismo estaba siendo vendido.

Ahora apenas parecía la misma persona, tenía los ojos apagados, las manos temblorosas y el vestido demasiado grande para su cuerpo delgado.

—Clara —dijo él.

Ella levantó la cabeza, pero no lo reconoció.

—Clara —repitió ella con sus labios resecos—. Sí… —susurró—. Ese era mi nombre. Hace mucho tiempo.

—¿Qué te ha pasado, Clara?

—¿Me conoces? —Sebastien apretó una sonrisa, agachándose junto a ella, sintiendo el mal olor de su cuerpo, pero no era un simple olor de alguien que no se ha bañado. Parecía estar pudriéndose viva.

—Sí. Te conozco —le contestó él sintiendo una profunda compasión. En sólo diez años, ¿cómo esa niña había llegado a este estado? —Tú y yo vinimos desde Francia en el mismo barco.

—¡Sebastien! —susurró ella con voz cascada, y por sus ojos cruzó un brillo de alegría.

—¿Me recuerdas?

—Oh, claro que sí. Nunca te olvidé. Fuiste tan bueno conmigo.

Él no había sido bueno, no que recordara, pero no la contradijo.

—¿Por qué estás así? —le preguntó él—. ¿Qué te ha pasado?

Clara bajó la mirada hacia sus propias manos.

Eran manos muy jóvenes y, al mismo tiempo, terriblemente viejas. Los dedos temblaban como si el frío hubiera decidido vivir dentro de ellos. Se los frotó uno contra otro, distraída, como si no recordara muy bien qué hacer con ellos.

—Trabajé —dijo al fin, con una pequeña sonrisa torcida—. Mucho.

Sebastien no respondió. No hacía falta.

El silencio entre ambos se extendió, lleno de cosas que ninguno necesitaba nombrar.

Clara levantó la vista y lo observó con atención, como si intentara reconciliar el rostro del hombre que tenía delante con el recuerdo del niño del barco.

—Tú eras bonito —murmuró—. Todos decían que ibas a tener suerte.

Sebastien sintió algo duro moverse dentro de su pecho.

Suerte.

Qué palabra tan absurda.

—La tuve —dijo con suavidad—. A mi manera.

Ella soltó una risa breve que terminó en una tos seca. Se dobló un poco sobre sí misma mientras el ataque la sacudía. Cuando terminó, se limpió la boca con el dorso de la mano.

Sebastien vio el gesto.

Vio también el rastro oscuro que quedó en su piel antes de que ella lo ocultara.

Su estómago se contrajo.

—A veces no puedo dejar de toser —explicó Clara, como si hablara del clima—. Otras veces… me arde todo el cuerpo. Y me salen llagas que no quieren cerrar.

Lo dijo con una calma terrible, como quien describe algo inevitable.

—Los médicos no me quieren ver —añadió después—. Dicen que no vale la pena gastar medicinas.

Sebastien sintió que el aire se volvía más pesado.

Clara se encogió un poco dentro del vestido demasiado grande.

—Al principio pensé que era sólo cansancio —continuó—. Trabajaba mucho. Siempre hay alguien esperando turno cuando eres joven. Su voz se apagó un poco—. Luego empecé a enfermar.

Sebastien no apartó la mirada de ella.

—Y cuando enfermas… —dijo ella, con una sonrisa que no tenía humor— dejas de valer dinero.

Un carruaje pasó por la calle cercana levantando polvo. Durante un instante ninguno habló.

—Me cambiaron de casa —siguió Clara—. Luego a otra peor. Y después… bueno.

Miró alrededor. Nadie los miraba, y si lo hacían, desviaban la mirada con asco.

Lo de siempre.

—Terminé aquí, en las calles. A veces alguien me lanza un pedazo de pan, y sobrevivo. Pero viene el invierno… Aunque, tal vez para entonces… ya no esté.

Sebastien sintió que la rabia le subía lentamente por la garganta, espesa y amarga.

—¿Nadie te ayudó?

Clara pareció realmente sorprendida por la pregunta.

—¿Ayudarme? —Repitió la palabra como si fuera extranjera, incomprensible. Luego negó con la cabeza—. No, Sebastien—. Se quedó pensativa un momento—. Pero no importa —añadió con una dulzura que rompía el alma—. Yo ya sabía cómo terminan estas cosas.

Él no supo qué decir.

Clara lo observó otra vez con atención.

—Tú no terminaste así.

—No.

—Se nota.

Sebastien bajó la mirada hacia sus propias manos.

Manos firmes. Limpias. Fuertes.

Nada que ver con las de ella.

Clara siguió hablando, más despacio.

—¿Sabes qué es lo peor?

Él levantó los ojos.

—No fue el trabajo —dijo—. Ni los hombres. Ni el dolor—. Su voz tembló apenas—. Fue que nadie volvió a mirarme como si fuera una persona.

El silencio cayó entre ellos.

Sebastien sintió algo abrirse dentro de su pecho. Una grieta profunda.

Clara respiró con dificultad.

—Cuando éramos niños —murmuró— tú me compartiste tu pan, a pesar de que también estabas hambriento.

Sebastien parpadeó, sorprendido. Esa parte del viaje no la recordaba.

—Yo tenía miedo —continuó ella—. Y tú me dijiste que todo iba a estar bien—. Lo miró con una ternura tranquila—. Mentiste muy mal.

Sebastien dejó escapar una pequeña risa amarga.

—Sí —susurró, y con voz suave, agregó: —Lo siento tanto… Lamento… que no haya podido ser verdad.

—No es tu culpa —susurró Clara, y volvió a toser—. Jamás te culparía a ti.

Sebastien miró largamente su vestido sucio, las manos temblorosas, el cuerpo consumido por una enfermedad que ya estaba ganando la batalla.

Y entendió algo con una claridad brutal: El mundo había devorado a Clara. La había usado, la había enfermado, y luego, la había arrojado a la calle como si nunca hubiera existido.

No tenía mucho dinero, pero se hizo cargo de Clara. La llevó a una pequeña habitación, y cuidó de ella en sus últimos días.

Ninguna medicina podía ya salvarla, pero al menos, podían paliar su dolor.

El día que Clara se fue, Sebastien comprendió, con fría y feroz claridad, que algo debía cambiar.

Si el mundo iba a seguir existiendo así… entonces él haría las cosas de otra manera.

Nadie volvería a ser tratado como mercancía dentro de una casa que llevara su nombre.

Nadie.

Las chicas tendrían comida.

Tendrían descanso.

Tendrían médicos.

Y cuando ya no pudieran trabajar… no serían arrojadas a una calle a pudrirse.

Meses después abrió su primera casa. No era grande, ni lujosa, pero tenía algo que las demás no ofrecían: la posibilidad de que sus trabajadoras eligieran.

Las chicas cobraban su dinero, y podían marcharse cuando quisieran. Nadie las golpeaba. Nadie las vendía. Y si acaso un malnacido osaba tocarlas de manera violenta, era expulsado para siempre de su negocio, vetado sin posibilidad de redención.

Las mujeres empezaron a darse cuenta de que este jefe era diferente, y las que lograron huir hasta aquí, encontraron un refugio seguro. Algunas se enamoraron de él, intentaron probar suerte, pero ninguna de ellas la tuvo.

Sebastien Chevalier era extraño a sus ojos, hermoso; un padre, un hermano, y un amante que jamás alcanzarían. Del mismo modo en que él podía escucharlas largamente acerca de sus vidas y sus tragedias, también podía darles un tirón de orejas por volver con el marido que las golpeaba.

Luego de ese primer negocio, Sebastien Chevalier abrió otro, y otro.

Con el paso de los años, se convirtió en el regente de burdeles más rico de Bath, y también, el más respetado. Del mismo modo que era evitado por la naturaleza de sus negocios, era invitado a ciertos lugares de renombre. Si lo veías en un club de caballeros, no podías evitar pensar que su respaldo no era nada despreciable.

Hablar con él podía ser un arma de doble filo, y sólo ciertos personajes de reputación intachable se atrevían a estar a su lado sin que se sospechara de ellos.

Y cuando su vida parecía más tranquila, volvió a ver a Lady Black.

Pensaba que se había librado de ella. Nada más lejos de la verdad.

17

La noche en Bath estaba húmeda y brillante de faroles. La lluvia reciente había dejado las calles relucientes como espejos oscuros, y los carruajes pasaban levantando destellos de luz sobre los adoquines.

Sebastien caminaba solo.

Le gustaban esas horas tardías, cuando la ciudad elegante se retiraba a sus casas y quedaba únicamente el mundo verdadero: criados cansados, músicos de taberna, y mujeres que regresaban del trabajo envueltas en capas baratas.

Fue entonces cuando escuchó el carruaje.

No cualquier carruaje.

El sonido de los caballos era demasiado limpio, demasiado firme; las ruedas demasiado silenciosas para ser de alquiler. Cuando dobló la esquina y vio la carrocería negra deteniéndose bajo la luz de un farol, una vieja memoria se movió en su interior.

Negro.

Negro profundo, brillante como obsidiana.

El corazón le dio un golpe extraño.

El carruaje se detuvo frente a él, y durante unos segundos nadie bajó.

Sebastien sonrió apenas.

—Siempre tan dramática —murmuró, sintiendo un poco de amargura en su alma.

La puerta se abrió de golpe, y Lady Black descendió como si el mundo fuera un escenario.

Seguía vistiendo de negro. Tal como recordaba, no el negro de la tristeza, sino el negro del lujo: seda pesada, encaje que brillaba bajo la luz del farol, joyas oscuras que parecían fragmentos de noche. El cabello rojo seguía cayendo sobre sus hombros como fuego domesticado.

Pero sus ojos…

Sus ojos lo recorrieron con una intensidad peligrosa.

—Así que es cierto —dijo finalmente—. Estás vivo.

Sebastien inclinó la cabeza con elegancia.

—Y tú sigues espiando mis negocios, madame.

Ella dio un paso hacia él.

—Desapareciste —aquello no lo dijo con rabia. Lo dijo más como una acusación íntima. Sebastien frunció levemente el ceño.

—Eso hacen los hombres cuando quieren marcharse —respondió él con calma.

Lady Black soltó una risa breve.

—No me hables como si yo fuera una de tus chicas.

Sebastien cruzó los brazos.

—No lo eres.

El silencio entre ambos se tensó.

Durante años, él había imaginado ese momento de muchas maneras. Había pensado que ella lo odiaría. Que enviaría matones. Que intentaría arruinarlo.

Pero la mujer frente a él no parecía furiosa.

Parecía… herida.

—Te busqué —dijo ella de pronto, y su voz sonó… ¿quebrada?

Sebastien parpadeó. No esperaba eso.

—Durante años, no dejé de buscarte por todas partes, Sebastien Chevalier—. El viento levantó un poco el encaje de su vestido—. Pensé que te habían matado —continuó—. O peor, que te habías convertido en un idiota respetable.

Sebastien soltó una risa baja.

—Eso sí que habría sido trágico.

Ella lo observó con detenimiento. Su mirada recorría su rostro, su postura, su ropa cara pero discreta. Lo estaba evaluando, midiendo al hombre que había salido del muchacho que ella compró años atrás.

—He oído hablar de ti —dijo finalmente—. De tus casas—. Sebastien no respondió—. Las chicas quieren trabajar contigo.

—Porque les pago.

—Porque no las golpeas.

—Eso también.

Lady Black lo estudió un momento más.

Luego, para su sorpresa, sonrió.

—Estoy orgullosa de ti.

Sebastien se quedó quieto.

No era la reacción que esperaba.

—Te enseñé bien.

—Me enseñaste el negocio —corrigió él—. El resto lo aprendí solo.

Ella inclinó la cabeza.

—Quizá—. Se acercó un paso más. Demasiado cerca—. Pero sigues siendo mío, en cierto modo.

Sebastien levantó una ceja.

—Eso suena peligroso.

—Lo es.

Durante un momento, ninguno habló.

La ciudad murmuraba alrededor: caballos, puertas que se cerraban, risas lejanas.

—Podría destruirte —dijo ella de pronto, casi pensativa.

Sebastien sonrió.

—Lo sé.

—Tengo hombres. Tengo dinero. Tengo información sobre media Inglaterra.

—Eso también lo sé—. Ella lo miró con intensidad.

—¿Y no te preocupa?

Sebastien dio un paso hacia ella, lo suficiente para que la distancia entre ambos desapareciera.

—No —dijo suavemente—. Porque no quieres hacerlo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque, mon chérie, si eso quisieras, ya lo habrías hecho, y no estaríamos aquí, conversando.

Aquel mote cariñoso, dicho en francés, cayó entre ellos como una piedra en el agua quieta.

Mon chérie.

Y al escucharlo, un gesto mínimo traicionó a Lady Black.

Retrocedió un paso. Su mano fue a su pecho como si algo allí hubiera sido golpeado con fuerza invisible. Durante un segundo, apenas un segundo, su expresión se abrió completamente: sorpresa, dolor, algo peligrosamente cercano a la vulnerabilidad.

Los dos lo vieron.

Los dos lo entendieron.

Fue como si una verdad largamente escondida hubiera quedado expuesta bajo la luz del farol.

Lady Black se recompuso casi de inmediato. Enderezó la espalda, alisó el encaje de su manga con gestos lentos, muy estudiados, como si nada hubiera ocurrido.

Pero Sebastien ya había tomado nota.

Tenía poder sobre ella.

No, aquello era una manera superficial de decirlo.

Tenía mucho poder sobre ella.

Pero era absurdo, pensó de inmediato. Aquella mujer dominaba casas de placer en varias ciudades. Movía dinero, favores, secretos. Hombres peligrosos obedecían sus órdenes sin hacer preguntas.

Y sin embargo… frente a él… tal como acababa de ver, sus defensas se deshacían.

Por un instante había vuelto a ser otra cosa: no la reina del hampa, no la estratega impecable, sino algo mucho más simple y mucho más peligroso.

Una mujer enamorada.

Sebastien sintió el sudor formarse en sus palmas, pero se obligó a pensar fríamente, con una velocidad aterradora; como una máquina perfectamente aceitada. Las posibilidades se desplegaban delante de él con la claridad de un tablero de ajedrez.

Tenía que actuar con cuidado; no podía permitir que ella supiera que él había comprendido.

Las personas poderosas toleraban muchas cosas… menos la humillación de saberse débiles ante alguien.

Si Lady Black descubría que él conocía el alcance de ese poder… podría volverse impredecible, y una mujer como ella era mucho más peligrosa herida que furiosa.

Sebastien respiró con calma, obligándose a mantener el mismo gesto relajado. Mientras tanto, su mente ya estaba trabajando.

¿Qué podía obtener de ella?

Contactos, información, protección en ciertos círculos. Mujeres que quisieran escapar de casas peores…

Las piezas empezaban a acomodarse solas.

No sentía ni la más mínima lealtad hacia ella. La compasión, en todo caso, era un lujo que reservaba para otros: para las chicas que trabajaban en sus casas, para criaturas como Clara, para aquellos que el mundo trituraba sin detenerse.

Lady Black no pertenecía a esa categoría.

De ninguna manera.

Lady Black era otra cosa. Un recurso. Y, si alguna vez encontraba la manera adecuada… también podría convertirse en un enemigo a destruir.

Sebastien sostuvo su mirada con calma.

Por ahora, sin embargo, aquella debilidad inesperada era demasiado valiosa para desperdiciarla.

Y pensaba aprovecharla muy bien.

—Podríamos ayudarnos —dijo él finalmente—. Ella entrecerró los ojos.

—¿Ayudarnos? —preguntó ella con cierta anticipación. Como si él le estuviera proponiendo algún juego divertido.

—Mi negocio crece, como seguramente ya sabes, y el tuyo tiene… acceso a mercancía.

Una pequeña sonrisa apareció en los labios de Lady Black.

—¿Quieres que te envíe chicas?

—Quiero elegirlas.

—Siempre supe que eras exigente—. Ella volvía a sonreír con comodidad, como si hubiese recuperado el control de la conversación. Como si todo volviera a ser un intercambio comercial entre dos viejos aliados.

Nada más lejos de la realidad.

—Mientras no te fijes demasiado en alguna de ellas, yo estaré tranquila —dijo ella pasando un dedo enguantado por la línea de la mandíbula de Sebastien con una familiaridad que rozaba lo íntimo—. Los años te han hecho más hermoso, mi querido Sebastien.

Él no se apartó, y la miró sin emoción alguna. Ni ira, ni asco, ni deseo. Llevaba puesta la máscara que se había fabricado desde que era un niño.

Podría haber dicho: también estás hermosa. O rechazarla con frialdad. Cualquiera de las dos habría calzado con la dinámica de su relación pasada, pero Sebastien quería probar algo distinto, y ejercer

sutilmente el poder que acababa de descubrir. Algo que afirmara el terreno recién descubierto sin hacerlo evidente.

—¿Es eso lo que me pedirás a cambio? ¿Mi cuerpo?

—No es poco —sonrió ella, controlándose para que su necesidad no fuera tan evidente—. Sabes que siempre te he encontrado… absolutamente deseable.

—Pero ahora soy un puto caro, mon chérie —sonrió él con tono burlón—. Y ya no estoy en tu burdel.

El efecto fue inmediato.

El rostro de Lady Black se tensó. Retiró la mano de su mandíbula como si el contacto la hubiera quemado y dio un paso atrás.

—No me gusta la manera en que me estás hablando—. Sebastien inclinó apenas la cabeza, como si lamentara sinceramente su incomodidad.

—Es una lástima—. Se ajustó el abrigo con calma, un gesto simple que dejaba claro que la conversación podía terminar allí mismo si él lo decidía.

Y entonces dio medio paso para marcharse.

Lady Black lo vio, lo entendió.

Durante un instante el miedo cruzó su mirada, rápido como una sombra, pero lo dominó enseguida.

—Está bien—. Las palabras salieron demasiado rápidas, demasiado fácil—. Conseguiré lo que me pides —continuó—. Chicas hermosas.

Sebastien no respondió, ni agradeció. Solo la observó con esa misma sonrisa tranquila que parecía esconder más de lo que mostraba.

Lady Black sostuvo su mirada un momento más.

Luego exhaló con irritación.

—Te odio, Sebastien Chevalier.

Esta vez él sí rio. Una risa baja, genuinamente divertida.

Lady Black sostuvo su mirada un instante más, como si intentara decidir si lo odiaba de verdad.

Pero el odio requería una distancia que ella nunca había conseguido mantener con él.

—Nos veremos pronto —dijo al fin.

Sebastien inclinó apenas la cabeza.

El carruaje se cerró con un golpe seco y los caballos reanudaron la marcha, llevándose con ellos el perfume oscuro de la mujer que había dominado media vida de su pasado.

Sebastien permaneció unos segundos bajo el farol, observando cómo las ruedas desaparecían en la neblina de la calle.

Luego sonrió.

Había salido ileso del regreso de un monstruo del pasado, y conseguido mover la primera pieza de un interesante juego.

A partir de aquella noche, el trato entre ellos se volvió una costumbre silenciosa.

Lady Black se había establecido en Bath, como si siempre hubiese estado allí, y enviaba noticias antes de que llegaran a los oídos correctos: rumores sobre redadas, nombres de hombres que convenía evitar, rutas por donde circulaba dinero que podía comprarse con discreción. A veces también enviaba mujeres que pedían salir de casas peores, muchachas demasiado jóvenes o demasiado maltratadas para seguir sobreviviendo donde estaban.

Sebastien elegía con cuidado.

Nunca demasiadas. Nunca con prisa. El equilibrio debía parecer natural.

A cambio, él aparecía cuando Lady Black lo pedía.

A veces era una cena tardía en una habitación llena de terciopelos negros. Otras, simplemente su presencia en un palco privado de alguna taberna elegante, donde bastaba que se sentara a su lado para que ella volviera a respirar con calma.

En ocasiones él se quedaba hasta la mañana; el precio de ciertos favores se pagaba en silencio.

Nadie hablaba de ello.

Lady Black fingía que seguía teniendo el control de aquel intercambio. Fingía que era ella quien lo llamaba, quien lo retenía, quien decidía cuándo terminaba la noche.

Sebastien la dejaba creerlo.

Era más fácil así.

Y, en apariencia, siempre era él quien salía ganando; sus casas crecieron. Su nombre empezó a circular en círculos donde antes nadie lo habría recibido. Los hombres correctos aprendieron a respetarlo, y las mujeres que trabajaban para él comenzaron a llegar por voluntad propia.

Pero había noches en que, al salir del carruaje negro de Lady Black, Sebastien sentía algo incómodo bajo la piel.

No era culpa; la culpa era un lujo inútil.

Era algo más parecido al desgaste, como si cada favor aceptado limara una parte invisible de sí mismo.

Nunca lo habría admitido en voz alta, pero incluso los pactos más ventajosos dejan huellas.

Y Sebastien Chevalier empezaba a comprender que el precio de dominar a alguien… a veces se paga lentamente.

Tiempo después, llegó a Bath un hombre llamado Jacques Chevalier.

Sebastien se enteró del nombre casi por casualidad.

Un cliente hablaba en su salón privado sobre un recién llegado a Bath, un hombre francés que había abandonado el sacerdocio por amor. El tono era entre escandalizado y divertido; esas historias siempre circulaban rápido entre quienes vivían de los secretos ajenos.

—Un tal Chevalier —dijo el hombre, sirviéndose más vino—. Vino a buscar a la hermana de Nathaniel Radcliffe. Parece decidido a casarse con ella.

Sebastien no reaccionó de inmediato. Siguió escuchando como si la conversación no tuviera nada que ver con él.

Pero la palabra quedó flotando en el aire.

Chevalier.

Un apellido que había pasado años evitando.

—Jacques —añadió el cliente, tratando de recordar—. Sí, ese era el nombre.

La copa se detuvo a medio camino entre la mesa y los labios de Sebastien. Durante un instante muy breve, el mundo pareció inclinarse.

Jacques.

La voz de Isabelle surgió de pronto en su memoria con una claridad brutal.

"Muérete, Jacques. No sabes cuánto te odio".

Sebastien dejó la copa sobre la mesa con cuidado.

—Disculpe —dijo con suavidad—. ¿Podría repetir ese nombre?

Lo vio dos días después.

No fue difícil.

Jacques caminaba por una de las avenidas más elegantes de la ciudad, acompañado por un joven caballero inglés que Sebastien reconoció enseguida: Nathaniel Radcliffe. Conversaban con tranquilidad, como hombres que no tienen nada que temer del mundo.

Jacques había cambiado.

Por supuesto que había cambiado.

Era mayor ahora, más alto de lo que Sebastien recordaba, con los hombros más firmes y la postura de alguien que había pasado años acostumbrado a la disciplina. No vestía de sacerdote, ni de monaguillo, pero aún quedaba algo de esa austeridad en su forma de moverse.

Y sin embargo… seguía siendo él. El mismo rostro. Los mismos ojos serios. El mismo hombre al que Sebastien había golpeado aquella mañana. El mismo al que había acusado de matar a su hermana.

Una ráfaga de imágenes lo golpeó sin aviso: Isabelle llorando en la penumbra de su habitación. El crujido de una viga. Los pies descalzos suspendidos en el aire, y la lágrima silenciosa de Jacques cayendo sobre su pecho.

Sebastien apretó los dientes.

¿Cómo se atrevía?

¿Cómo se atrevía a caminar bajo el sol como si nada hubiera ocurrido?

¿Cómo se atrevía a reír con otras personas, a hablar de futuro, a cortejar a una mujer… como si su hermana no hubiera muerto en aquella casa?

Isabelle había suplicado, había luchado. Había elegido la muerte antes que la vida que le imponían.

Y Jacques… Jacques había sobrevivido.

Peor aún.

Parecía feliz.

Sebastien sintió una oleada de ira tan repentina que tuvo que cerrar las manos para contenerla.

Durante años había construido una máscara perfecta: el hombre elegante, el empresario astuto, el dueño de sí mismo.

Pero en ese momento la máscara se agrietó.

Porque el niño que había perdido a su hermana seguía allí, y ese niño todavía tenía nueve años.

La verdad, en algún lugar profundo de su mente, era clara.

Jacques no había matado a Isabelle, ni con sus palabras ni con su silencio.

La habían matado su padre, su madre, la casa entera.

La fe que usaban como cadena.

Sebastien lo sabía, pero el odio no obedecía a la lógica. Necesitaba un rostro, y Jacques siempre había estado allí.

Observó cómo su hermano se detenía frente a una tienda, escuchando algo que decía Nathaniel. Jacques sonrió con una serenidad que resultaba casi insoportable.

Sebastien sintió que algo se rompía dentro de su pecho.

No.

No podía permitir aquello.

No podía permitir que Jacques siguiera adelante como si Isabelle no hubiera existido.

Giró sobre sus talones.

La decisión llegó con la claridad de un cuchillo.

Iba a buscarlo, iba a mirarlo a los ojos, y por primera vez en muchos años, Sebastien Chevalier estaba dispuesto a dejar caer su máscara.

Sin embargo, durante dos días se repitió que no tenía sentido. Jacques no era asunto suyo. Bath era una ciudad grande; podían vivir en ella sin cruzarse jamás.

Pero el nombre seguía apareciendo.

Primero en boca de un cliente. Luego en una conversación casual en una mesa de juego. Después lo oyó salir de labios de Nathaniel Radcliffe.

Jacques Chevalier.

Y entonces, sin darse cuenta exactamente de cuándo había tomado la decisión, se encontró frente a la modesta casa donde su hermano vivía.

Una casa pequeña, demasiado pequeña.

Sebastien observó la fachada con una mezcla extraña de desprecio y desconcierto. Si Jacques realmente estaba tratando de convertirse en un respetable inglés… lo hacía de una manera curiosamente humilde.

Entró sin anunciarse.

La puerta no estaba bien cerrada, por supuesto que no. Jacques siempre había confiado demasiado en el mundo.

La casa estaba en silencio. Oscura. Vacía. Avanzó unos pasos dentro de la pequeña sala y se detuvo en las sombras.

El olor del lugar le resultó extraño: madera vieja, cera, algo de vino… y ninguna de las fragancias pesadas a las que él se había acostumbrado en sus propias casas.

Era una casa honesta.

La idea lo irritó.

Se apoyó contra la pared y esperó.

No tuvo que hacerlo mucho tiempo, escuchó la llave girar en la puerta, pasos, y luego Jacques entró.

Sebastien lo observó en silencio.

Su hermano parecía… feliz.

Había algo ligero en su manera de moverse, algo que no recordaba haber visto jamás en la casa de los Chevalier. Sus mejillas estaban ligeramente sonrojadas por el vino y una sonrisa casi absurda flotaba todavía en su rostro.

Como si acabara de vivir algo maravilloso.

Sebastien sintió una punzada amarga atravesarle el pecho y no pudo evitar volver a preguntarse: ¿Cómo se atrevía?

—De todo en la vida esperé, menos verte en Bath —dijo de repente, cortando el silencio con su afilada voz.

Jacques se giró de inmediato, buscando el origen de la voz.

Por un segundo pareció realmente desconcertado. Buscó a tientas algo en la mesa y finalmente logró encender una vela.

La luz temblorosa iluminó la habitación… y el rostro de Sebastien.

Jacques se quedó inmóvil.

Sebastien vio cómo su mirada lo recorría lentamente y lo reconocía, pero no le importó. Ambos habían cambiado mucho, eso era más que evidente. Ya no eran los niños flacuchos de rodillas nudosas muertos de hambre y de frío. Eran dos adultos que compartían

parecidos físicos, estatura, pero sus miradas eran totalmente diferentes.

—Entonces eras tú —murmuró Jacques. Sebastien no respondió—. Me preguntaron un par de veces si conocía a un tal Sebastien Chevalier… pero me resistí a pensar que mi pequeño hermano estuviera casualmente en la misma ciudad que yo.

Pequeño hermano.

Las palabras le resultaron casi insultantes.

Sebastien endureció el semblante, no había venido para recordar nada. No quería que tocara el pasado, así que, antes de que hiciera mención de esa época, habló:

—Vine aquí para hacerte una advertencia —dijo entre dientes. Avanzó unos pasos. El sonido de sus botas resonó seco sobre la madera del suelo—. Nunca, nunca declares la relación que nos une. Nunca.

Jacques no se movió.

—Si hay una razón por la que no me he cambiado el apellido —continuó Sebastien— es porque estoy plenamente dedicado a embarrarlo con el lodo más podrido y maloliente que se me pueda ocurrir—. Sus palabras eran veneno deliberado, y continuó: —Si no quieres verte arrastrado, ya que al parecer tratas de llevar una vida digna al lado de gente respetable, no te atrevas a decir que nacimos de la misma semilla—. Se inclinó apenas hacia él—. Porque te pesará.

Jacques lo observó durante unos segundos en silencio.

Luego asintió sin discutir, sin reprochar.

Eso irritó a Sebastien más de lo que habría hecho cualquier pelea.

—No interferiré en tu plan —dijo Jacques con calma.

—Ah —respondió Sebastien—. Me alegra oír eso.

Ya había dicho lo que tenía que decir, así que se giró para marcharse.

Entonces Jacques volvió a hablar.

—Siempre estuve de tu lado.

Sebastien se detuvo.

Muy despacio se volvió hacia él.

La rabia estaba allí otra vez, moviéndose bajo su piel como una tormenta.

—Aunque bueno —añadió Jacques— decir esto a estas alturas es… digno de ponerse en duda.

Sebastien lo miró fijamente.

¿De su lado?

¿Dónde estaba su lado cuando Isabelle lloraba por las noches?

¿Dónde estaba cuando ella suplicaba?

—No necesito escuchar eso ahora —dijo con desprecio—. En ese tiempo, tal vez sí. Ya no.

Pero Jacques insistió.

—En ese tiempo yo también era un niño aterrado—. Sebastien sintió que sus manos se cerraban lentamente—. Sólo que, a diferencia de ti, hice lo que se me exigía.

La vela parpadeó entre ellos, y luego de un corto silencio, la voz de Jacques se volvió a escuchar:

—Es evidente que siempre fuiste el más valiente.

Valiente.

Sebastien casi se echó a reír.

Si Jacques supiera en qué se había convertido ese supuesto valor…

—No vine aquí para tener una charla de hermanos —dijo con frialdad—. Ya dije lo que tenía que decir.

Se dirigió hacia la puerta.

—Nathaniel ya sospecha —dijo Jacques detrás de él.

Sebastien no se detuvo.

—No te preocupes—. Abrió la puerta—. Para ellos, todos los franceses somos iguales—. El aire frío de la noche entró en la casa —. La misma escoria.

Salió sin mirar atrás.

Mientras caminaba por la calle oscura, el perfume que siempre lo rodeaba se levantó alrededor de él como una barrera invisible.

No quería pensar en Jacques. No quería pensar en Isabelle.

Pero mientras avanzaba entre las sombras de Bath, una idea seguía repitiéndose con una obstinación insoportable.

Jacques había dicho que siempre estuvo de su lado.

Y, por primera vez en muchos años, Sebastien no estaba completamente seguro de querer saber si aquello era verdad.

18

Sentado en su cama, con el torso desnudo, Sebastien seguía mirando al vacío. De vez en cuando bajaba la mirada hacia sus manos, las que acababan de tocar a Grace, y volvía a perderse en el pasado.

Llevaba mucho tiempo evadiendo este paseo por su vida. Llevaba demasiado tiempo ignorándolo.

Pero esta noche se le había hecho imposible. No sabía por qué.

O tal vez sí.

Todo este viaje a su infancia, y a su vida, tenía nombre y apellido, un aroma que lo enloquecía, y los ojos grises.

El perfume seguía allí.

Apenas un rastro tenue sobre la almohada, en su piel, en el aire tibio de la habitación.

Sebastien cerró los ojos un instante, y la vio otra vez.

No como había estado aquella noche, sentada en su cama, temblando bajo la tormenta que rugía dentro de él.

La vio como la primera vez.

Disfrazada como muchacho, arrojada de cualquier manera en uno de los salones vacíos del burdel, y luego, en medio del salón principal, mirando todo con una mezcla de curiosidad y asombro que desentonaba por completo con aquel lugar.

Recordaba haber pensado que era ridículo.

Demasiado joven. Demasiado limpia. Demasiado… luminosa.

Había visto muchas mujeres llegar allí con historias trágicas, con ojos llenos de miedo o de desesperación. Siempre había una razón: una deuda, una familia que alimentar, un hombre que las había arruinado.

Pero Grace no parecía rota, no de la manera en que él estaba acostumbrado a ver, y eso le resultaba… irritante.

Recordaba haber pensado, con una frialdad casi automática, que lo que ella padecía no era nada comparado con lo que estaba eligiendo.

Había caminos más fáciles, mucho más fáciles que aquel.

Pero luego la escuchó hablar.

Ella no era ingenua, ni estaba perdida, por el contrario, sabía exactamente lo que hacía.

Las palabras habían salido de su boca con una calma que lo desconcertó. No había lágrimas. No había súplicas. Sólo una determinación silenciosa que, por un momento, le recordó demasiado a alguien más.

A su hermana.

Esa misma forma de sostener la mirada.

Esa misma desesperación tranquila que nace cuando ya no queda ningún otro lugar al que ir.

Y entonces dejó de burlarse.

No lo dijo en voz alta, por supuesto, él nunca hacía ese tipo de concesiones, pero comenzó a observarla.

Al ser la hija del vicario, alguien tan lejano a este mundo, Sebastien esperó que no soportara el lugar. Que lo menospreciara. A él y al

resto de sus habitantes.

Pero Grace no hizo eso.

Grace miraba todo como si estuviera descubriendo un país extranjero. Las otras chicas le hablaban, y ella las escuchaba sin esa sombra de juicio que él había visto tantas veces en los ojos de la gente "respetable".

No.

Ella no las juzgaba.

Y, al parecer, tampoco lo juzgaba a él.

Aquello era lo que más lo desconcertaba.

La mayoría de las mujeres que llegaban allí lo miraban con una mezcla de gratitud y resentimiento. Sabían que él les daba protección, dignidad incluso… pero también sabían lo que era ese lugar.

Grace, en cambio, parecía verlo de otra manera.

Como si aquel mundo que todos condenaban fuera, para ella, simplemente un sitio donde por fin podía respirar.

Eso lo incomodaba.

Porque para Sebastien aquel lugar no era libertad. Era sólo otra jaula. Una que él había aprendido a administrar. Un refugio imperfecto para mujeres que no tenían otro lugar donde ir.

Y, sin embargo, Grace caminaba por los salones como si hubiera encontrado una puerta abierta.

Reía con facilidad. Hablaba con todo el mundo. Preguntaba cosas absurdas, como si realmente quisiera entender cómo funcionaba aquel pequeño universo prohibido.

Era imposible no notarla.

Imposible no escucharla.

Imposible no preguntarse qué diría a continuación.

Sebastien empezó a descubrir que, sin darse cuenta, la buscaba con la mirada cuando entraba en una habitación. Que se detenía un momento más de lo necesario cuando ella hablaba.

Que, en ocasiones, se sorprendía pensando qué diría Grace sobre algo que había ocurrido durante el día.

Pero, torpe como era, no pudo ponerle nombre a ese anhelo hasta que ya fue demasiado tarde.

Por eso la atormentaba con los ensayos.

Por eso la provocaba.

Ah… verla furiosa era casi calmante para él. Como si su ira le devolviera el equilibrio que su presencia le arrebataba. La energía necesaria para seguir adelante.

Pero entonces todo empezó a torcerse… y se encontró deseándola.

Miraba sus labios… y de inmediato tenía que humedecer los suyos.

Miraba su cabello… y sus manos comenzaban a picar con una urgencia absurda.

Desde niño había estado rodeado del mundo del deseo carnal y sus excesos. Por eso, Sebastien Chevalier nunca había deseado a una mujer en particular.

Había estado con ellas, sí.

Muchas veces.

Les había dado placer cuando era necesario.

Pero para él aquello siempre fue trabajo. Tan rutinario como el de una partera trayendo niños al mundo.

Nunca deseó la risa de una.

Ni su furia.

Ni su compañía.

Nunca compró vestidos sólo para ver unos ojos brillar.

Nunca necesitó tenerlas cerca. Verlas simplemente… y saber que estaban bien.

Todo aquello era nuevo.

Y aterrador.

Y esta noche, con sólo tocarla, había sido elevado a un cielo totalmente desconocido. Un paraíso que jamás había visitado.

Para luego ser arrojado de golpe al mismo vacío.

Al infierno de su verdad.

Sebastien dobló la espalda y escondió la cabeza entre las rodillas, como si intentara contener las ganas de vomitar que de pronto lo invadieron.

No sabía qué le estaba pasando.

Pero dolía.

Dios…

¿Qué demonios le estaba haciendo esa mujer?

19

La luz del amanecer comenzaba a filtrarse por las cortinas pesadas cuando Sebastien comprendió que no había dormido ni un minuto.

Seguía sentado en la cama, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas frente a la boca.

La casa estaba en silencio.

En el piso inferior, las chicas dormían todavía después de la larga noche de trabajo. Algún carruaje madrugador pasó por la calle, y el sonido de las ruedas sobre los adoquines llegó apagado hasta la habitación.

Sebastien cerró los ojos un momento.

Conocía demasiado bien aquella sensación.

La mente girando sin descanso. El cuerpo agotado, pero incapaz de ceder al sueño. La certeza obstinada de que algo debía resolverse antes de que su cabeza le concediera descanso.

No era la primera vez.

Había pasado por noches mucho peores, tomado decisiones de vida o muerte antes, y había sobrevivido a situaciones mucho más peligrosas que sus propios pensamientos.

Esto no sería diferente.

Respiró lentamente, obligándose a ordenar las ideas como lo hacía siempre: una pieza después de la otra, como si estuviera frente a un tablero de ajedrez.

El problema era simple.

Grace.

Su mente intentó rodear el nombre, analizarlo como un asunto cualquiera, pero no lo consiguió.

Grace, su voz, su risa, la manera en que había temblado entre sus brazos aquella noche.

Sebastien apretó los dientes.

Aquello era exactamente lo que debía evitar; no podía permitirse involucrarla en su mundo. No podía arrastrarla a la red de favores, secretos y peligros que formaban su vida.

Grace no pertenecía allí, y, en el fondo, lo sabía.

Llevaba poco más de un mes en la casa. Era tiempo suficiente para que la novedad comenzara a desgastarse. Las mujeres que llegaban con curiosidad o rebeldía casi siempre terminaban cansándose de aquella vida.

El ruido, los hombres, la rutina… Tarde o temprano, Grace también se cansaría, y cuando eso ocurriera, él haría lo que ya había hecho antes: Le daría dinero, un contacto, una salida digna… La ayudaría a marcharse.

La idea produjo una punzada breve en su pecho, pero Sebastien la ignoró.

Eso era lo correcto, lo más sensato, y, sobre todo, era lo único que podía ofrecerle sin destruirla.

Respiró otra vez.

El plan comenzaba a tomar forma en su mente y, con él, la tensión que le había mantenido despierto empezó a aflojar lentamente.

No volvería a tocarla, no como aquella noche.

El recuerdo apareció de inmediato, traicionero.

Su piel tibia bajo sus manos. El sonido de su respiración quebrándose cuando él había rozado su cuello.

Sebastien cerró los ojos con fuerza.

Mierda, la deseaba tanto. Dios sabía cuánto la deseaba.

Pero no podía tenerla.

Y no sólo por ella, también por él.

Había pasado por demasiadas manos. Demasiados cuerpos. Demasiadas noches que se confundían unas con otras en un mismo gesto aprendido. El deseo, para él, siempre había sido trabajo, una habilidad, un intercambio, nunca algo sagrado.

Grace, en cambio…

Grace era virgen.

La idea pesaba en su mente con una gravedad extraña.

Ella era pura. No en el sentido ridículo que tanto obsesionaba a los hombres respetables, sino en otro más peligroso: Pura de todo lo que él era.

Sebastien dejó escapar una exhalación lenta.

No se sentía digno de tocar algo así, ni siquiera de lejos.

No sería él quien tomara aquello. No sería él quien manchara lo único que en ese mundo todavía parecía intacto.

Y sin embargo…

Su mente regresó inevitablemente a sus encuentros. A la manera en que ella se estremecía cuando él apenas rozaba su piel. A la curiosidad casi inocente con la que exploraba cada sensación nueva. A la forma en que lo miraba después, como si estuviera descubriendo algo maravilloso.

Sebastien se dejó caer suavemente sobre la almohada.

No. No volvería a perder el control de esa manera.

Pero… ¿y si Grace insistía en quedarse? ¿Y si seguía buscándolo…?

Ay, con todo este deseo que él sentía por ella, se le iba a hacer muy difícil huir de ella, le faltaría fuerza de voluntad tal como le había

sucedido ya.

Una idea llegó por fin a su mente, calmando todo su cuerpo, su mente, y, aunque no quisiera admitirlo, también su corazón:

Si ella insistía en buscarlo, entonces, él se limitaría a enseñarle lo suficiente para que no temiera su propio cuerpo. Haría lo mismo que hoy, mostrarle todo el placer que un cuerpo pudiera experimentar sin necesidad de romper su himen, la dejaría intacta.

El placer no era pecado, pero tampoco necesitaba ir más lejos.

Nunca iría más allá, no cruzaría esa última frontera.

Era una línea clara, una que podía mantener.

Una que debía mantener.

Cuando por fin esa decisión se asentó en su mente, Sebastien sintió algo que no había experimentado en toda la noche.

Calma.

La tensión que le había mantenido en vilo comenzó a aflojarse, como una cuerda que por fin deja de ser tirante.

El amanecer ya iluminaba tenuemente la habitación y Sebastien cerró los ojos por fin. El cansancio cayó sobre él de golpe, pesado como una ola.

Era mejor así, se repitió. Mantener la distancia, protegerla de él mismo.

Con ese pensamiento, finalmente, el sueño lo venció, y cayó en él como un hombre que ha estado demasiado tiempo luchando contra la corriente.

Un golpe en su puerta lo despertó.

No especialmente fuerte, pero sí lo bastante brusco como para arrancarlo del sueño profundo en el que había caído.

Sebastien abrió los ojos con un gruñido bajo, desorientado por un instante.

La luz del día ya llenaba la habitación.

—¿Quién demonios…? —murmuró con la voz áspera.

—Jim, señor.

La respuesta llegó de inmediato desde el otro lado de la puerta. Sebastien se frotó el rostro con una mano.

Jim no interrumpía su sueño sin una buena razón. El hombre conocía perfectamente el precio de hacerlo.

—¿Qué pasa?

—Un recado importante.

El tono del guardia era firme. No nervioso, ni disculpándose. Eso hizo que Sebastien se levantara.

Cruzó la habitación todavía medio dormido y abrió la puerta.

Jim estaba allí, recto como un poste en el pasillo. Sebastien lo miró con los ojos entornados, el gesto claramente pidiéndole una explicación antes de decidir si lo golpeaba o no.

Jim no dijo nada, simplemente extendió un pequeño papel doblado.

Sebastien lo tomó, y reconoció la caligrafía antes incluso de abrirlo.

Sus labios se apretaron. Era de Lady Black.

Desplegó la nota.

Las palabras estaban escritas en el código que ambos habían desarrollado con los años. Un sistema simple para que no cualquiera supiera qué significaba realmente.

Para él, en cambio, el mensaje era claro… demasiado claro.

Un "cargamento" estaba a punto de llegar. Sebastien sintió que toda su somnolencia desaparecía de repente.

Niñas y niños. No mujeres.

Ni mercancía que pudiera comprar y sacar discretamente de circulación como había hecho otras veces.

Un barco con niños. Uno como aquél en el que él había venido a estas tierras.

Eso lo complicaba todo, pues, rescatarlos, esconderlos, colocarlos en lugares seguros… aquello requería más manos, más dinero, más influencias.

Él tenía poder, dinero, y sí, influencias, pero se temía que en este caso iba a necesitar ayuda. Doblando el papel con cuidado, Sebastien levantó la mirada hacia Jim.

Ahora sus ojos estaban completamente despiertos.

—Necesito que lleves dos mensajes—. Jim asintió sin preguntar—. Uno a Nathaniel Radcliffe… y otro a Jacob Smith.

Jim arqueó apenas una ceja. No era común que Sebastien convocara a ambos al mismo tiempo.

—¿Qué les digo?

—Que los necesito—. Sebastien hizo una pausa breve—. Ahora—. Jim asintió de nuevo.

—Enseguida.

Sebastien cerró la puerta, y, sin pérdida de tiempo, se lavó rápidamente, sintiendo cómo el agua fría despejaba lo que quedaba de sueño. Se vistió con la rapidez de un hombre acostumbrado a moverse cuando la situación lo exigía.

Para cuando terminó, su mente ya estaba trabajando. Rutas posibles, contactos, lugares seguros. Nathaniel podría ayudarlo a contactar personas en el poder, nobles que recibirían la información y empezarían a mover hilos para, por fin, empezar a desmantelar estar terrible red de tráfico de personas. Él llevaba años sólo rescatando personas, pero ahora también quería atrapar a unos cuantos desgraciados.

Y Jacob Smith le ayudaría a ubicar esos niños. Mantenía un orfanato él solo, prácticamente, y ayudaría a contactar otros, cercanos y lejanos, para darle a esos pequeños un futuro muy diferente al que él, o Clara, tuvieron.

Cuando bajó las escaleras del burdel, su expresión era la de alguien que llevaba horas despierto y no pensaba descansar todavía.

Cruzó el salón como una sombra, y Grace lo vio.

Estaba del otro lado de la sala, revisando telas y cajas con algunas de las chicas que preparaban la casa para la noche. Apenas alcanzó a distinguirlo antes de que él pasara como una exhalación.

Ni siquiera miró alrededor, tomó su abrigo y salió.

Un momento después, el sonido de cascos resonó en la calle.

Grace se acercó a la ventana justo a tiempo para verlo montar y desaparecer al galope.

Frunció el ceño.

Algo había pasado, pero la casa estaba llena de movimiento y voces, y alguien la llamó desde el salón.

Grace suspiró y volvió a su tarea.

Lo que fuera que hubiera sacado a Sebastien de la casa de esa manera… tendría que esperar.

Sebastien encontró a sus dos amigos en el despacho privado de Nathaniel Radcliffe.

La casa de los Radcliffe en Bath era elegante sin ser ostentosa, y el despacho privado de su dueño no era la excepción: estanterías llenas de libros, un escritorio sólido de nogal, dos sillones de cuero frente a la chimenea donde el fuego crepitaba suavemente.

Nathaniel Radcliffe estaba de pie junto a la ventana cuando Sebastien entró. Jacob Smith ocupaba ya uno de los sillones, con una copa de brandy en la mano.

Ambos lo miraron con curiosidad.

—Debo decir que tu mensaje sonaba alarmante —dijo Nathaniel—. "Ahora", nada menos.

Sebastien no se sentó.

Sacó el papel doblado y lo dejó sobre el escritorio.

—Lean.

Jacob lo tomó primero. Sus cejas se fruncieron a medida que avanzaba por las líneas del código que tiempo atrás el mismo Sebastien les enseñó.

—Maldita sea —murmuró, y le pasó la nota a Nathaniel. Los tres hombres estuvieron largos segundos en silencio.

Nathaniel terminó de leer y levantó la mirada lentamente.

—¿Niños? —Sebastien asintió.

—Un cargamento que llega esta noche o mañana a más tardar.

Jacob dejó escapar una maldición mucho menos elegante que las que solía permitir el salón de un caballero.

—Que el infierno se los trague a todos —gruñó—. Sabía que existía ese comercio… pero no aquí. No tan cerca.

Nathaniel apoyó los dedos sobre el escritorio, pensativo.

—¿Cuántos?

—No lo especifica —respondió Sebastien—. Pero si Lady Black se tomó la molestia de avisarme… no deben ser pocos.

Jacob lo observó con atención.

—¿Y tú cómo entras en todo esto, Sebastien? —Hubo otro silencio.

Nathaniel le lanzó una mirada breve a su amigo. Jacob levantó las manos.

—No, no. No lo digas. No quiero saberlo—. Sebastien inclinó levemente la cabeza.

—Sabia decisión.

Nathaniel suspiró.

—Bien. Entonces no haremos preguntas inútiles. Hablemos de soluciones—. Jacob dejó la copa sobre una mesa.

—Los niños no se pueden colocar como a las mujeres —dijo—. No puedes esconderlos en casas de trabajo ni trasladarlos discretamente.

—Lo sé —respondió Sebastien—. Nathaniel empezó a caminar por la habitación.

—Hay varias posibilidades… ninguna sencilla—. Hizo un ademán como si contara con los dedos—. Primero: aprendices.

—¿Gremios? —preguntó Jacob—. Nathaniel asintió.

—Carpinteros, herreros, impresores… siempre necesitan manos jóvenes. Pero alguien debe pagar la colocación y garantizar el contrato—. Jacob soltó una pequeña risa.

—Eso puedo hacerlo—. Nathaniel lo miró.

—Lo imaginé.

—Tengo media docena de talleres que me deben favores —dijo Jacob con naturalidad—. Y dinero suficiente para cubrir las tasas de aprendizaje—. Sebastien asintió apenas.

—Eso ayudaría.

Nathaniel continuó.

—Segundo: parroquias—. Sebastien levantó una ceja.

—¿Instituciones de caridad?

—Exactamente. Algunas aceptan huérfanos… siempre que lleguen con una historia aceptable—. Jacob resopló.

—La palabra "huérfano" puede volverse muy flexible.

—Con suficiente dinero —dijo Nathaniel—. Sebastien cruzó los brazos.

—¿Y si son demasiados? —Nathaniel se detuvo.

—Entonces necesitamos algo más grande—. Jacob lo miró enarcando una ceja.

—¿Más grande que parroquias y gremios? —preguntó Jacob. Nathaniel dejó salir el aire.

—Patronazgo.

Sebastien entendió de inmediato.

Un noble. Un hombre con poder suficiente para mover recursos sin tener que explicar demasiado.

Jacob se pasó una mano por el cabello.

—No estoy seguro de seguirte.

Nathaniel apoyó la cadera en una de las esquinas de su escritorio.

—En términos simples: un aristócrata decide que algo es su "obra de caridad". Cuando eso ocurre, el dinero aparece, las puertas se abren y nadie hace demasiadas preguntas.

Jacob frunció el ceño.

—¿Quieres que un lord adopte una docena de niños?

Nathaniel negó con la cabeza.

—No exactamente. Quiero que los respalde. Que los coloque bajo su protección. Con un solo patrocinador importante podríamos repartirlos en escuelas parroquiales, aprendizajes o instituciones benéficas… y todo parecería parte de una iniciativa respetable.

Sebastien cruzó los brazos.

—Un noble diciendo que son "sus protegidos"—. Nathaniel asintió.

—Exactamente.

—Y todo el mundo finge que siempre estuvieron ahí —murmuró Sebastien.

—Bienvenido a la sociedad respetable —respondió Nathaniel con una media sonrisa.

—Eso suena caro—. Nathaniel sonrió apenas.

—Oportunamente, Bath está llena de aristócratas aburridos que necesitan causas nobles para sentirse virtuosos.

Sebastien lo observó atentamente.

—¿Tienes alguien en mente?

Nathaniel volvió su sillón tras el escritorio y apoyó los nudillos sobre la madera.

—Sí—. Hizo una pausa breve.

—El duque de Ravenshire llega esta semana a Bath.

Jacob soltó un silbido bajo.

—Eso sí es "grande".

Sebastien frunció levemente el ceño.

—¿Y cómo demonios pretendes que yo me acerque a un duque? —Nathaniel sonrió con una calma peligrosa.

—Te presentaré.

Sebastien soltó una risa corta.

—No soy precisamente material para los salones de la nobleza.

—Tal vez —dijo Nathaniel con calma—. Pero el duque dará una fiesta dentro de tres noches—. Jacob levantó la cabeza.

—La de lady Harrington.

—Exactamente—. Sebastien frunció el ceño.

—¿Desde cuándo tienes acceso a fiestas de duques? —Nathaniel esbozó una pequeña sonrisa.

—No lo tengo —y haciendo una pausa, tal vez para sonar un poco más solemne, añadió: —Pero mi tío sí.

Sebastien recordó de inmediato a quién se refería. Era un tío abuelo, un conde muy respetable y que ya había venido a Bath para saludar a su sobrino y hacer negocios con Jacob Smith.

—Mi tío conoce al duque desde hace años —continuó Nathaniel—. Negocios, política, las mismas cenas interminables de la alta sociedad… ese tipo de cosas—. Jacob se acomodó en el sillón.

—Y como buen tío orgulloso, no perderá la oportunidad de presumir a su brillante sobrino que recientemente ha hecho más dinero que cualquiera de la aristocracia—. Nathaniel le lanzó una mirada resignada.

—Digamos que le divierte presentarme como la prueba de que los Radcliffe saben ganar dinero incluso sin un título. Tú también deberías ir, Jacob. La última vez que lo saludé, me preguntó por ti—. Jacob apenas sonrió, pero Sebastián seguía confundido.

—¿Y lady Harrington? ¿Qué tiene que ver en todo esto?

Jacob respondió antes que Nathaniel.

—A ver, Chevalier. Ya sabemos que habitas la otra orilla de la sociedad, pero hasta yo sé eso: lady Harrington es quien organiza la fiesta—. Sebastien lo miró como preguntando: ¿y eso qué?.

Jacob se encogió de hombros.

—Las grandes reuniones rara vez las da el invitado importante. Las organiza alguien con casa adecuada, suficiente ambición social… y ganas de reunir a medio Bath bajo su techo—. Nathaniel asintió.

—Lady Harrington adora ese papel. Su salón es uno de los más concurridos de la ciudad.

—Y si el duque está en Bath —añadió Jacob—, puedes apostar que aparecerá en su fiesta—. Nathaniel volvió a mirar a Sebastien.

—Mi tío asistirá. Yo también estaré allí como su invitado —hizo una pausa—. Y si te llevo conmigo, podré presentarte.

Sebastien arqueó una ceja.

—¿Presentarme como qué exactamente?

Nathaniel sonrió apenas.

—Como un hombre que tiene un problema urgente… y necesita la ayuda de alguien con los recursos del duque. Es muy conocido por financiar obras de caridad —añadió—. Sobre todo cuando el asunto se le plantea en privado.

Jacob se inclinó hacia adelante.

—Y esta historia es lo bastante impactante como para alimentar su reputación de benefactor. Aceptará sin duda.

Sebastien guardó silencio un instante.

Una fiesta aristocrática. Sin duda alguna, aquél no era su mundo. Era el cuarto hijo de un conde, y tenía recuerdos de sus padres muy elegantes y perfumados saliendo de casa hacia esas fiestas, pero no estaba seguro de a qué clase de reuniones asistían, o de cómo eran sus relaciones en ese mundo. En ese tiempo él era un niño más preocupado por obtener alimento que por todo lo demás que le rodeaba.

No odiaba la nobleza. Eran clientes excelentes. Pero en esta ocasión, los vería desde una posición muy diferente y no podía evitar sentir cierto recelo.

Pero si aquello abría una puerta para salvar a esos niños…

Entonces tendría que entrar, decidió luego de unos breves segundos en silencio.

—Eso nos daría recursos —dijo finalmente.

—Y protección —añadió Nathaniel—. Si un noble poderoso respalda a esos niños, nadie se atreverá a ir en contra, ni mucho menos, formar un problema.

Jacob se levantó del sillón con energía renovada.

—Entonces hagámoslo—. Sebastien lo miró.

—Esta ayuda que me ofrecen… —dijo— la tomaré como pago de los favores que ambos me deben.

Jacob y Nathaniel se miraron. Una sonrisa incómoda apareció en los rostros de ambos. Claramente ninguno sabía qué favor le debía el otro a Sebastien.

Jacob carraspeó.

—Preferiría que no lo cuentes de esa manera—. Nathaniel asintió.

—Coincido—. Sebastien levantó una ceja.

—¿Ah, no? —Jacob negó con la cabeza.

—Salvar a unos niños no es un favor para ti—. Nathaniel se encogió de hombros totalmente de acuerdo con las palabras de Jacob.

—Esto es simplemente hacer lo correcto—. Sebastien los miró un poco sorprendido. Aunque los tenía por hombres correctos, la verdad era que no había esperado tal actitud.

—Además —añadió Jacob con una sonrisa—, no todos los días uno tiene la oportunidad de cambiarle la vida a alguien.

Nathaniel asintió muy serio.

—Es cierto—. Sebastien sostuvo sus miradas durante un momento, sin encontrar las palabras adecuadas para agradecerles.

Se limitó a asentir con la cabeza. No era un favor para él, se repitió.

Y, por primera vez desde que había leído el mensaje de Lady Black, sintió que tal vez no estaba enfrentando aquella batalla solo.

Sebastien salió de la casa de Nathaniel Radcliffe con pasos rápidos.

El aire de la tarde en Bath era fresco, y la luz comenzaba a inclinarse sobre la fachada blanca.

Su caballo estaba atado junto a la verja y allí se dirigió pensando en que tenía poco tiempo para prepararse. Había demasiadas cosas que organizar antes de la llegada del cargamento.

Niños robados, niños que esperaban ser vendidos a burdeles, minas, y todo tipo de sitios siniestros que conseguían de manera muy oscura su mano de obra.

Aquellos seguía resonando con un peso incómodo en su cabeza, pero al menos ya no estaba solo en aquello.

Apoyó una mano sobre la montura y dejó escapar el aire lentamente.

Jacob Smith se encargaría de los talleres y los contratos de aprendizaje. Nadie en Bath movía dinero con más rapidez que Jacob cuando algo despertaba su entusiasmo.

Y Nathaniel…

Nathaniel sabía navegar el mundo respetable como si hubiera nacido en él. El duque, el patronazgo, las instituciones.

Sebastien había pasado años construyendo redes en la parte más oscura de la ciudad. Nathaniel, en cambio, se movía con la misma naturalidad entre salones iluminados por candelabros y conversaciones educadas.

Entre los tres, tal vez aquello funcionaría.

Una sonrisa breve cruzó el rostro de Sebastien mientras montaba admitiendo por primera vez en todo lo que llevaba de conocerlos, que había hecho bien en mantenerlos cerca.

La verdad era que en su vida no abundaban los amigos. A lo largo de ella, fueron pocos los que se acercaron a él sin un interés concreto, sólo porque sí.

No, no tenía muchos amigos, pero los pocos que ahora tenía… valían la pena.

Cuando regresó a El Corsé Roto, la casa ya estaba llena de clientes.

El salón principal estaba iluminado por candelabros recién encendidos, y el murmullo de conversaciones comenzaba a llenar el aire. Alguna risa se elevaba aquí y allá, mezclándose con el sonido de copas y el roce de las faldas sobre el suelo pulido.

Sebastien cruzó el salón sin detenerse, subió la escalera y salió al balcón interior desde donde solía observar la sala. Este era su lugar habitual, cuando decidía poner un ojo directamente sobre el negocio y no estaba en el despacho haciendo cuentas, pues desde allí podía verlo todo: quién entraba, quién bebía demasiado, quién necesitaba ser discretamente expulsado antes de causar problemas.

Se apoyó en la barandilla y entonces la escuchó.

La voz de Grace descendía desde el pequeño escenario al fondo del salón, clara y luminosa, extendiéndose por los rincones de la casa como si perteneciera a aquel lugar desde siempre. Esta noche, ella vestía de azul, de un tono oscuro, pero vibrante que resaltaba sus ojos, haciendo parecer que eran del mismo color. Estaba preciosa, las curvas de su figura atrapaban la mirada y el deseo, pero al tiempo, imponía como si tuviese alrededor una barrera, un cartel que avisaba: mírame, pero no me toques.

Sebastien permaneció quieto sin quitarle los ojos de encima. Había escuchado cantar a muchas mujeres en su vida, pero Grace tenía algo distinto. Ella no cantaba para seducir, ni para impresionar. Cantaba como si simplemente estuviera feliz de poder hacerlo.

Su voz se elevó en una nota larga y suave, y por un momento el murmullo del salón pareció disminuir, como si incluso los clientes se permitieran escuchar.

Sebastien dejó escapar una respiración lenta.

Su mente, que hasta hacía un momento seguía repasando rutas, nombres y soluciones para el asunto de los niños, empezó a desviarse hacia otro problema más inmediato.

La fiesta.

Ahora, necesitaría un vestido, uno adecuado para una velada aristocrática, y sólo tenía tres días. Era poco tiempo, pero no imposible, se dijo. Había modistas en Bath capaces de hacer milagros cuando el dinero hablaba con suficiente claridad.

Mientras la voz de Grace llenaba el salón, Sebastien empezó a imaginarlo.

Un vestido elegante, pero no ostentoso. Algo que dejara ver la gracia natural de sus movimientos cuando caminaba.

Tal vez seda clara… o un azul profundo que resaltara el brillo de sus ojos. Unos guantes largos, encaje en el escote… Nada excesivo; Grace no necesitaba excesos para llamar la atención.

Las joyas serían sencillas, pensó, sin darse cuenta del rumbo que habían tomado sus pensamientos. Un collar delicado, pendientes pequeños… algo que captara la luz cuando girara la cabeza al hablar.

Sebastien apoyó los codos sobre la barandilla del balcón, abajo, Grace seguía cantando, y, sin darse cuenta, su mente empezó a construir otra imagen.

Grace descendiendo de un carruaje frente a la casa iluminada. La música de un salón aristocrático escapando por las ventanas abiertas. Las miradas de los invitados volviéndose hacia ella cuando entrara.

Grace a su lado, del brazo.

Sebastien parpadeó una vez, como saliendo de una ensoñación, pero no se preguntó por qué la había elegido para que fuera su acompañante en esa fiesta de nobles a la que aún no tenía totalmente seguro el poder asistir.

La idea simplemente se había instalado en su mente como algo evidente, natural, pues, ¿a quién más iba a llevar?

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios mientras la última nota de la canción flotaba por el salón, abajo, algunos clientes comenzaron a aplaudir.

Sebastien no apartó la mirada de ella.

Grace estaría a su lado esa noche.

Y, mientras su voz llenaba la casa con aquella alegría despreocupada, Sebastien se descubrió pensando, con una satisfacción inesperada, en lo hermosa que se vería cuando todo Bath la contemplara.

Cuando Grace terminó la última canción de la noche, los aplausos llenaron el salón. Hizo una pequeña reverencia, con una sonrisa que había aprendido a ofrecer al público, y luego descendió del pequeño escenario mientras las conversaciones retomaban su ritmo habitual.

Había pasado toda la velada evitando mirar hacia el balcón, pero sabía que él estaba allí.

Siempre estaba allí.

Cuando por fin subió las escaleras para hablar cara a cara con él, su corazón latía con una inquietud que no tenía nada que ver con el canto.

Lo encontró exactamente donde esperaba.

Sebastien Chevalier estaba apoyado en la barandilla del balcón interior, observando el salón con esa calma vigilante que parecía natural en él.

Al escuchar sus pasos, levantó la mirada, y entonces sonrió.

No fue una sonrisa grande, apenas rozaba sus ojos, pero era evidente para ella, y suficiente para hacerle olvidar por un momento todo lo que había preparado decir.

Grace se acercó unos pasos más, un poco vacilante, intentando darle significado a esa sonrisa, a esa mirada.

—Señor Chevalier… —empezó. La sonrisa de él se desvaneció, y eso la hizo dudar. Había pasado todo el día pensando en esa conversación, en preguntarle si iba a actuar como si nada hubiera ocurrido la noche anterior. Si pensaba evitarla, o si iba a actuar como si nada hubiese ocurrido. Pero antes de que pudiera decir nada, él ya se estaba moviendo.

Cruzó la corta distancia entre ellos con esa seguridad tranquila que siempre la desconcertaba, y se detuvo frente a ella. La miró de

arriba abajo, despacio, y la complacencia en su expresión fue imposible de ocultar.

—Mon Dieu… —murmuró él. Grace abrió la boca para hablar, pero Sebastien levantó una mano, tocó suavemente su mejilla… y luego la besó.

Fue un beso cálido, profundo, como si hubiera estado esperando hacerlo toda la noche.

Grace se quedó completamente inmóvil durante un segundo, la sorpresa la atravesó como un relámpago.

Cuando él se separó apenas lo suficiente para mirarla, una sonrisa baja apareció en sus labios.

—Tu es magnifique ce soir —murmuró en voz baja—. Absolument magnifique—. Sus dedos rozaron una hebra suelta de su cabello—. Je pourrais te regarder toute la nuit.

Grace lo miró con los ojos un poco más abiertos de lo normal.

Ella no hablaba francés con soltura, pero entendía lo suficiente. Había crecido en la rectoría de su padre, rodeada de libros que el viejo vicario consideraba indispensables para una educación decente. Entre ellos siempre había habido gramáticas francesas, salmos traducidos y algunos sermones que, según él, todo clérigo culto debía ser capaz de leer.

Grace nunca había tenido con quién practicar una conversación real. Pero había pasado demasiadas tardes aburridas copiando frases y traduciendo páginas como para no reconocer ciertas palabras.

Magnifique. Regarder. Toute la nuit.

Sabía exactamente lo que él estaba diciendo, y eso hizo que el calor subiera a sus mejillas.

—No es justo —murmuró finalmente. Sebastien inclinó la cabeza, divertido.

—¿Qué no lo es? —Grace lo miró con un pequeño gesto de indignación.

—Decir cosas así en francés—. Una ceja de Sebastien se alzó lentamente.

—¿Ah?

—Es muy conveniente —añadió ella—. Así puedes fingir inocencia si alguien te escucha.

La risa baja de Sebastien vibró en su pecho.

—Ah, ma petite Grace… —murmuró. Sus ojos brillaban con una mezcla peligrosa de diversión y deseo—. ¿Entonces sí entendiste?

Grace lo miró fijamente.

—Lo suficiente—. Sebastien pareció disfrutar mucho esa respuesta. Se inclinó un poco más hacia ella, reduciendo de nuevo la distancia entre ambos, pero esta vez no besó sus labios, sino que se concentró en la delicada línea de su mandíbula, dejando un reguero de pequeños besos que la fueron despertando de maneras que no se podían expresar en voz alta.

—Eso lo vuelve aún más interesante—. Murmuró él, y Grace sintió que sus rodillas cedían.

Había subido al balcón decidida a tener una conversación seria, pero ahora estaba allí, tan cerca de él otra vez, y lo único que realmente deseaba… Era volver a besarlo.

Antes de poder decir nada, él tomó su mano y la llevó al pasillo de las habitaciones privadas. Aquí era más silencioso, y a esta hora de la noche, estaba bastante solitario. Grace lo siguió con el corazón latiendo con furia en su pecho, anticipándose a lo que se venía.

No tuvo mucho tiempo para fantasear, pues en cuanto atravesaron la puerta de la habitación de Sebastien, éste la puso contra la pared y metió la mano bajo la falda de su vestido, subiéndolo hasta desnudarle los muslos, acariciando, buscando, al tiempo que la besaba con el hambre de un hombre que no ha probado bocado en días.

Grace no pudo hacer nada, ni decir nada. Toda su conciencia estaba atrapada en las sensaciones, tan variadas, tan desbordantes. Se aferró a sus hombros y respondió a sus besos, fue alzada y llevada a la cama y no pensó, no hizo preguntas, nada.

Una vez de espaldas sobre el colchón, tomó el rostro de Sebastien y quiso decirle algo, pero él no se lo permitió manteniendo su boca ocupada. Las manos inquietas la recorrían, pero no le quitaban el vestido, y cuando sintió que le bajaba la ropa interior, abrió grandes los ojos.

Ah, sí. Quería esto, pensó.

Sí, sí. Hazlo.

Su cuerpo hervía, y se encontró a sí misma húmeda y ansiosa, esperándolo, necesitándolo, y aunque sabía qué era lo que procedía, pues llevaba ya demasiados días en un burdel como para no saber qué sucedía entre un hombre y una mujer, no estaba nerviosa.

Más bien, expectante.

Dolía, decían. Pero no le importaría porque sabía también el placer que luego vendría. Y además…

Por Dios, era Sebastien. El hombre más hermoso que ella hubiese conocido en toda la tierra. Todo en él parecía hecho a conciencia para provocar y despertar suspiros. Sus ojos oscuros, su nariz, su boca… hasta sus pestañas habían sido hechas para admirarse.

Por fin su mente pareció recordar la autonomía y empezó a tirar de su camisa, a desabrochar los botones, a sacarla de dentro de los pantalones buscando piel, porque también el torso de este hombre era hermoso. Tetillas rosadas y piel blanca como porcelana suave y tirante, con músculos suavemente marcados.

Cuando por fin encontró esa piel y la tocó, él gimió y le tomó ambas manos.

Grace lo miró ceñuda. Por qué le impedía manosearlo tal y como él lo hacía con ella? qué injustos y qué egoísta. Pero enseguida olvidó sus protestas, pues la otra mano de él la estaba tocando allí.

Ah, la gloria.

Todo su cuerpo se aflojó de inmediato, apretando los dedos que entraban a su lugar más íntimo, sintiendo, disfrutando.

Como anoche, todo fue fluyendo como un río que va hacia arriba, hacia un lugar muy alto, muy luminoso, y en un instante, muchas

luces dentro de ella explotaron como fuegos artificiales, silenciosos y profundos.

Cuando volvió, se encontró con los oscuros ojos de Sebastien observándola, y algo en ellos le hizo detenerse, haciendo que su estómago se encogieran un poco.

Nunca un hombre la había mirado así.

Dios, era como si algo dentro de él saltara de alegría, como si le estuviera haciendo el regalo más hermoso, el más esperado. ¡Pero ella no había hecho nada! al contrario, se había limitado sólo a recibir y recibir cosas de él.

Por qué la miraba así?

Y luego, él hizo lo más inesperado. Abrió sus muslos, y metió la cabeza entre ellos.

Cuando sintió su boca allí, Grace dejó salir un quejido de sorpresa y placer que llenó la habitación. Extendió las manos para alejarlo, pero no lo consiguió; cuando sus dedos se encontraron con sus mechones de cabello negro, sedoso y largo, se encontró tirando de ellos suavemente, acercándolo más, gimiendo de increíble placer.

La lengua de él exploraba, encontrando un punto muy sensible que con sólo tocarlo la hacía gritar, y le estaba haciendo algo que la enloquecía, que la desconectaba de la realidad, y la llevaba a ese mundo de locura dejándola suspendida largamente sobre un abismo.

Las sensaciones la recorrían sin tregua, y Grace terminó temblorosa y exhausta, incapaz de mover un dedo, como si sus canales de vitalidad hubiesen sufrido una sobrecarga.

Y entonces, él volvió a inclinarse sobre ella.

La besó de nuevo, pero esta vez con una ternura distinta, más lenta; sus labios rozando los de ella apenas, como si quisiera prolongar el momento en lugar de avivarlo. Sus manos también habían cambiado: ya no exigían, sólo acariciaban, deslizándose con suavidad por sus brazos y su espalda mientras murmuraba en francés, cerca de su oído, lo hermosa que era.

Una lágrima resbaló por la sien de Grace y se perdió entre su cabello rojo.

No sabía si era cansancio, emoción o simple desbordamiento.

Sentía que no podía mover un músculo, pero aun así lo abrazaba, aferrándose a él con una necesidad que no sabía cómo poner en palabras.

Él me gusta, pensó con una claridad casi ingenua.

Cuando me besa… cuando me hace esto… es tan dulce.

Y entonces comprendió algo que la dejó aún más vulnerable.

No estaba allí sólo por curiosidad, ni por desafío. Ni siquiera por esa mezcla de deuda y fascinación que la había llevado hasta él la primera vez.

Estar con Sebastien se sentía… correcto. Extrañamente perfecto.

Como si hubiera encontrado una pieza perdida que ni siquiera sabía que buscaba; algo que su alma había echado de menos durante años sin poder nombrarlo.

¿Por qué?

Sus conversaciones apenas podían llamarse cordiales, y sin embargo…

—El azul te queda muy bien —murmuró él.

Atrajo su rostro hacia el suyo y besó su mejilla, luego el borde de su oreja, con una familiaridad casi perezosa.

No la había soltado ni un instante.

Mientras hablaba, sus manos seguían explorando con una calma indulgente: la curva de sus muslos, la suavidad de sus nalgas, como si simplemente disfrutara de sentirla allí.

Grace bajó la mirada.

El vestido estaba terriblemente arrugado, subido hasta su cintura, las cintas flojas y el corpiño torcido. La ropa de él también había perdido toda compostura, aunque aún seguía puesta de forma descuidada.

Sebastien pareció considerar aquello con la misma tranquilidad con la que un hombre observaría el resultado de una tormenta agradable.

—Le diré a Madame Pelletier que te haga un vestido azul —continuó —. Resalta tus ojos.

Grace volvió la cabeza para mirarlo.

—Tengo bastantes vestidos.

—No, éste no será para cantar—. Ella lo miró de reojo, y él sonrió.

Aquella sonrisa suya, tranquila y ligeramente arrogante, que parecía saber exactamente el efecto que causaba.

Tramposo, pensó Grace. Tú sonríes… y yo desfallezco.

Sebastien deslizó los dedos por la línea de su cintura, como si el asunto fuera lo más natural del mundo.

—Irás conmigo a una fiesta importante dentro de tres días, mon chérie.

La forma en que lo dijo, como si ya estuviera decidido, hizo que el corazón de Grace diera un pequeño salto inesperado.

—¿Una fiesta?

—Una bastante… respetable —respondió él con una sombra de diversión en la voz.

Grace lo miró con incredulidad.

—¿Respetable?

Sebastien apoyó la frente contra la de ella, como si la reacción le resultara encantadora.

—De nobles—. Grace parpadeó.

El salón iluminado de El Corsé Roto parecía muy lejano de pronto.

—Yo nunca… —empezó, pero la frase murió antes de terminarse.

Nunca había estado en un lugar así. Nunca había imaginado siquiera entrar en uno.

Sebastien observó cómo la sorpresa iba desplegándose en su rostro, y por alguna razón, aquello le resultó profundamente satisfactorio.

Deslizó un mechón de su cabello rojo detrás de su oreja.

—Por eso necesitaremos ese vestido azul.

Antes de que Grace pudiera responder, Sebastien volvió a besarla.

Fue un beso breve, casi juguetón, como si aquella idea le resultara tan evidente que no necesitara discusión. Luego tomó su mano con naturalidad y la ayudó a incorporarse.

El aire fresco de la habitación hizo que Grace tomara conciencia de su estado.

El vestido seguía arrugado, hecho un completo desastre. A Seraphina le daría un colapso.

Sebastien parecía encontrar aquello completamente normal; con una calma práctica empezó a bajar la falda, a enderezar la tela arrugada, a acomodar los pliegues como si aquello formara parte de una rutina íntima que conocía bien.

Sus manos eran firmes, pero sorprendentemente cuidadosas.

—Habrá un hombre al que necesito ver esa noche —dijo mientras ajustaba una cinta detrás de su espalda—. Un noble.

Grace alzó la mirada.

—¿Un noble?

—Sí.

No añadió nada más.

Sus dedos terminaron de alisar la tela del vestido sobre sus caderas antes de subir un momento hasta su cintura, donde se detuvieron con una familiaridad distraída.

Grace lo observó mientras él hablaba con esa tranquilidad despreocupada, como si tratar asuntos con nobles fuese algo cotidiano.

¿Qué asuntos podría tener él con un noble?

La pregunta apareció en su mente… pero no llegó a formularla, porque, casi al mismo tiempo, otra sensación empezó a crecer dentro de ella.

Primero fue una pequeña chispa de emoción.

Una fiesta.

Una verdadera fiesta de la nobleza.

Las palabras evocaban imágenes que apenas podía ordenar: salones iluminados, damas con vestidos brillantes, música elegante, conversaciones refinadas… un mundo al que jamás había pertenecido.

Y ella estaría allí, del brazo de Sebastien, nada menos.

La emoción se mezcló inmediatamente con algo más inquietante, una sensación de estar entrando en un lugar donde no debía estar.

Como si fuese una intrusa.

Grace bajó la mirada a su vestido todavía arrugado.

Luego otra pregunta, más silenciosa, comenzó a abrirse paso.

¿Por qué yo?

Había muchas mujeres en aquella casa.

Mujeres hermosas, experimentadas, mucho más acostumbradas que ella a moverse entre hombres ricos.

¿Por qué llevarla a ella?

Mientras lo pensaba, lo miró con más atención.

Sebastien Chevalier vivía rodeado de mujeres, sin embargo… Extrañamente, no parecía pertenecer a ninguna.

Grace había visto a hombres como él antes: hombres que tomaban lo que querían, cuando querían, sin ocultarlo demasiado, pero Sebastien no era así.

Nunca lo había visto desaparecer con ninguna de las mujeres de la casa. Nunca había oído a ninguna hablar de él con la familiaridad que suele acompañar a ese tipo de intimidad.

Era como si existiera una distancia invisible entre él y todas ellas.

Una especie de… celibato voluntario.

La idea la sorprendió tanto que casi la hizo sonreír.

Mientras tanto, Sebastien seguía hablando, como si todo aquello fuese lo más sencillo del mundo.

—No te preocupes por nada —decía—. Tendrás un vestido apropiado, guantes, tal vez un pequeño collar si hace falta. Madame Pelletier sabrá exactamente qué hacer.

Terminó de acomodar una de las mangas de su vestido y dio un pequeño paso atrás, observándola con una satisfacción tranquila.

—Estarás espléndida.

Grace tuvo la extraña sensación de que, muy suavemente, él la estaba conduciendo hacia la puerta, como si aquella conversación ya hubiese terminado, como si la velada hubiese concluido.

Pero en vez de ir hacia la puerta, caminó hacia uno de los sillones de la habitación y se sentó.

Sebastien levantó una ceja.

—¿Grace? —Ella lo miró con una pequeña sonrisa, cruzando las manos sobre su falda todavía arrugada.

—Pensé que podríamos hablar un poco—. La expresión de Sebastien se volvió levemente curiosa.

—¿Hablar?

—Sí—. Grace inclinó la cabeza, observándolo con una atención nueva, casi pensativa—. —De ti.

Hubo un breve silencio.

Sebastien notó el cambio de inmediato. Ya no estaba esa distancia formal con la que ella solía dirigirse a él, como si aún fuese el dueño de la casa y nada más. Ahora había algo distinto en su voz… algo más cercano.

Aun así, volvió a preguntar, esquivo:

—¿De mí?

—No sé mucho sobre Sebastien Chevalier —dijo Grace con suavidad —. El hombre que me dio asilo, aunque fuera un poco a regañadientes… el hombre de quien dependo aquí y… —Sus ojos se deslizaron un instante hacia la cama, todavía desordenada— quien me conoce mejor quizá que cualquiera.

Volvió a mirarlo.

—Pero yo no sé nada de ti. De dónde vienes, qué te trajo hasta aquí… tus razones.

Los ojos de Sebastien brillaron apenas.

Grace sintió, con una certeza difícil de explicar, que estaba rozando algo verdadero. Algo que él prefería mantener bien guardado.

—Vamos, ma chère… —dijo él con una media sonrisa—. No hay nada interesante que contar sobre mí.

Grace lo observó un momento más.

—Sigo siendo virgen después de un mes viviendo en una casa de putas —comentó con una suavidad casi pensativa—. Eso ya es… un poco curioso, ¿no crees?

No había reproche en su voz, sólo una especie de asombro tranquilo.

—Estoy decidida a aceptar todo lo que quieras enseñarme, Sebastien Chevalier —añadió—. Pero no puedo evitar sentir curiosidad por el hombre que insiste en enseñármelo.

Se puso en pie entonces y caminó hacia él.

Tal vez estaba cruzando una línea. Tal vez después de aquello él volvería a poner entre ambos esa distancia elegante que sabía mantener tan bien.

Aun así quiso intentarlo.

Se detuvo frente a él, lo bastante cerca como para sentir el calor de su cuerpo.

—Quiero saber quién eres.

Todo sobre mí, pensó Sebastien.

Ella no tenía idea de lo que estaba pidiendo.

Y, sin embargo, no se sintió molesto.

Podría haberle recordado fácilmente que Grace no tenía derecho alguno a hacer preguntas sobre su vida. Que su relación era simple y que debía mantenerse así.

Pero no lo hizo.

Por el contrario, una parte de él, pequeña, imprudente, sintió la tentación de hablar.

Tal vez, del mismo modo en que ella no juzgaba a ninguna de las mujeres de la casa, tampoco lo juzgaría a él.

La idea fue tan inesperada como peligrosa, porque lo que habría que contar… no era una historia.

Era una cloaca.

Un pasado que ni siquiera él mismo soportaba mirar demasiado tiempo.

¿Por qué habría de destaparlo ahora, como si se tratara simplemente de airear un viejo abrigo guardado demasiado tiempo?

—Mi hermosa Grace —susurró con una sonrisa.

Se acercó de nuevo a ella, como si la distancia entre ambos hubiese sido sólo un accidente momentáneo. Sus manos subieron a su rostro con una familiaridad lenta, cálida, y sus labios encontraron los de ella en un beso suave.

Esta vez no fue breve.

Fue un beso pausado, casi contemplativo, como si estuviera saboreando el instante más que reclamándolo. Lo bastante largo para que la pregunta que Grace estaba formando se diluyera poco a poco, perdiendo forma entre la tibieza de su boca.

Cuando por fin se separó, ella tardó un momento en volver a orientarse.

Parpadeó un par de veces.

El mundo parecía ligeramente distinto.

Sebastien observó esa pequeña confusión con una sonrisa satisfecha, apenas visible en la comisura de sus labios.

Había funcionado.

—Yo… —murmuró Grace, intentando recuperar el hilo—. Estaba preguntando algo.

—¿Ah, sí?

Sus dedos seguían descansando con naturalidad en la curva de su cintura, como si hubieran estado siempre allí.

Grace frunció levemente el ceño, buscando las palabras que segundos antes tenía tan claras.

—Sí.

Sebastien inclinó apenas la cabeza, observándola con una paciencia divertida.

—Qué pena —murmuró con suavidad.

Y volvió a besarla, esta vez, devorando su boca.

Sus manos se deslizaron desde su cintura hasta su espalda, acercándola un poco más, como si el resto del mundo, preguntas incluidas, pudiera esperar sin ninguna prisa.

21

La casa estaba en silencio.

Como siempre, a esa hora temprana, El Corsé Roto parecía un lugar completamente distinto al de la noche anterior. Las lámparas estaban apagadas, las cortinas aún corridas, y el aire tenía esa quietud suave que llega justo antes de que la mañana despierte del todo.

Grace abrió la puerta de la habitación de Sebastien con un cuidado casi exagerado.

La madera apenas crujió, y ella se volvió un instante para mirar hacia el interior.

Él estaba casi enterrado entre las sábanas y las almohadas, una maraña desordenada de seda negra que apenas dejaba ver su rostro y uno de sus brazos extendido sobre la cama, como si durante la noche hubiese decidido conquistar más territorio del necesario.

Seguía profundamente dormido.

Al menos eso parecía.

Grace entrecerró un poco los ojos, observándolo con cautela, como si esperara que en cualquier momento él abriera uno de esos ojos oscuros y la sorprendiera en plena fuga.

Pero no ocurrió nada, ni un movimiento, ni un solo sonido, sólo la respiración lenta de alguien profundamente dormido.

Anoche, después de que ella intentara sonsacarle algún detalle sobre su vida, él había hecho exactamente lo que parecía saber hacer mejor que nadie: desarmarla.

Había retomado sus caricias con esa calma peligrosa que siempre lo acompañaba, besándola hasta dejarla completamente embelesada, quitándole una vez más toda capacidad para pensar con claridad.

Y, otra vez, se había limitado a tocarla con su boca y sus manos.

Nada más.

Grace apoyó un momento el hombro contra el marco de la puerta, cruzando los brazos mientras lo miraba.

Bueno… tampoco iba a fingir que eso le molestaba; no se quejaba para nada de lo que él le daba.

Sus mejillas se calentaron ligeramente al recordar ciertos momentos de la noche anterior, y tuvo que contener una pequeña sonrisa.

Sebastien Chevalier parecía poseer un talento particular para hacer olvidar a una mujer lo que estaba intentando averiguar.

Aun así…

No podía evitar hacerse preguntas.

Porque aquello empezaba a resultar francamente curioso.

Vivía en una casa llena de mujeres hermosas, perfectamente dispuestas a complacer a los hombres… y sin embargo él parecía conformarse con besarla, tocarla, recorrerla con una paciencia que a veces la dejaba casi sin aliento… para luego detenerse justo antes de cruzar la última frontera.

Como si esa línea, precisamente esa, fuese la única que se negara a traspasar.

Grace lo observó un instante más desde la puerta.

—Qué hombre tan extraño… —murmuró para sí misma.

Luego sacudió la cabeza, como si quisiera despejarse el recuerdo de sus manos, y finalmente salió al pasillo en puntas de pie.

Una vez afuera, se quedó inmóvil un momento, escuchando, prestando mucha atención a los sonidos de la mañana. Nada.

Ya no había música, ni risas, ni pasos, sólo el silencio espeso de la madrugada.

Respiró con alivio y comenzó a caminar en puntas de pie por el corredor, sosteniendo las zapatillas en una mano y sujetando con la otra el vestido que se había puesto con más prisa que habilidad.

Había dado apenas unos pasos cuando una voz apareció detrás de ella.

—Buenos días, Grace.

Grace dio un pequeño salto, y se volvió con los ojos muy abiertos.

Seraphina estaba de pie junto a la escalera, envuelta en una bata ligera, con el cabello oscuro cayéndole sobre los hombros. Parecía recién salida de la cama, y tenía esa expresión ligeramente desenfocada de quien aún no termina de despertarse.

Grace sintió cómo el calor le subía al rostro.

—¡Seraphina! Yo… yo no…

Se detuvo, consciente de lo terrible que sonaba empezar una frase de ese modo.

—Es decir… —intentó recomponerse—. No es lo que parece.

Seraphina la miró unos segundos en silencio, luego bostezó suavemente, cubriéndose la boca con la mano.

—Buenos días, querida —repitió con voz somnolienta, como si no hubiera notado nada extraño en absoluto.

Grace parpadeó.

—Yo sólo… —empezó de nuevo—. Anoche estábamos hablando y se hizo tarde y…

Las palabras se enredaron en su lengua. Seraphina asintió vagamente, como si estuviera escuchando a través de una niebla muy espesa de sueño.

—Claro—. Otro pequeño bostezo—. Espero que hayas dormido bien.

Grace se quedó mirándola, confundida.

—Sí… supongo que sí.

—Bien—. Seraphina se apartó un poco para dejarle libre el paso en el corredor. —Que tengas un buen día, Grace.

Grace dudó un momento más, insegura de si debía añadir algo, pero finalmente sólo murmuró un torpe:

—Buenos días—, y continuó por el pasillo, todavía con las zapatillas en la mano, caminando con paso rápido hasta desaparecer escaleras abajo.

El silencio volvió a instalarse en el corredor.

Seraphina esperó un momento, y luego giró la cabeza lentamente hacia la puerta de Sebastien.

La observó con calma, y una pequeña sonrisa, lenta y satisfecha, apareció en sus labios.

—Vaya, Sebastien —murmuró para sí misma—. Sus ojos brillaban con una mezcla de diversión y algo más profundo—. Al fin.

Luego sacudió la cabeza con suavidad, todavía sonriendo, y siguió su camino por el pasillo.

Los tres días pasaron con cierta rapidez y expectación.

Con más impaciencia de la que podía admitir, esperó por la confirmación que necesitaba, mientras se preparaba para el evento. Había demasiado en juego, no podía improvisar.

Durante la mañana del primer día caminó de un lado a otro de su despacho tan inquieto como un animal encerrado, revisando cuentas, firmando notas, escuchando informes de Jim y de los guardias… todo con una atención que sólo era parcial. Su mente estaba en otra parte.

En la fiesta, el duque, los niños…

Cada sonido de cascos en la calle le hacía levantar la cabeza. Cada golpe en la puerta le arrancaba una mirada breve y tensa.

Pero el mensaje no llegó sino hasta la tarde del segundo día. Un muchacho apareció en la entrada con una carta sellada. Sebastien la abrió antes incluso de terminar de cruzar el salón.

La letra elegante de Nathaniel Radcliffe llenaba apenas unas líneas. La invitación estaba asegurada.

Lady Harrington los recibiría en su fiesta.

Sebastien dejó escapar el aire lentamente, doblando la carta entre los dedos. Le había preocupado que, por ser él quien era, esta noble dama se negara rotundamente a recibirlo en su propiedad, pero al parecer no tenía nada en contra suya y su notoriedad.

—Bien —murmuró. El juego comenzaba.

Esa misma tarde llegó otro paquete, esta vez, envuelto en papel fino y atado con una cinta azul.

Sebastien lo llevó personalmente hasta la pequeña sala donde Grace solía descansar antes de cantar. Cuando la tela se desplegó sobre la mesa, incluso él se permitió un momento de contemplación.

El vestido era una maravilla. Seda ligera en diferentes tonos de azul que parecían cambiar con la luz: profundo como el crepúsculo en la falda, más claro en el corpiño, con delicados bordados que capturaban el brillo de las velas.

No era ostentoso. Era… perfecto.

Sebastien apoyó una mano sobre la tela. Madame Pelletier había entendido exactamente lo que él quería.

Grace miró el vestido en silencio unos segundos, como si todavía no creyera que aquello era para ella. Sebastien, observando la expresión en su rostro, sintió una satisfacción inesperadamente profunda.

Y al día siguiente, cuando cayó la noche, el carruaje ya esperaba frente a la casa.

No era cualquiera de los que se alquilaban habitualmente en las calles de Bath; Sebastien había elegido uno más discreto, pero impecable: madera oscura pulida, herrajes brillantes, los caballos nerviosos resoplando pequeñas nubes blancas en el aire frío.

Las farolas comenzaban a encenderse una a una a lo largo de la calle, la ciudad se preparaba para la velada.

Sebastien aguardaba junto al carruaje cuando la puerta de la casa se abrió y Grace apareció en el umbral.

Por un momento, incluso el ruido lejano de la calle pareció desvanecerse.

El azul del vestido capturaba la luz de las lámparas con una suavidad casi líquida, y su cabello rojo brillaba contra la seda como una llama tranquila.

Sebastien no dijo nada durante un segundo. Luego, inclinó apenas la cabeza, ofreciéndole el brazo.

—¿Lista, ma chère?

Grace lo miró… y se quedó un instante en silencio.

Sebastien, como siempre, iba vestido completamente de negro. Pero aquella noche era distinto. La sobriedad de su ropa no tenía nada que ver con el célebre propietario de una casa de placer.

El negro le sentaba como una segunda piel: un abrigo de corte impecable, chaleco oscuro, botas pulidas que capturaban discretamente la luz de las farolas. No había adornos innecesarios, ni colores brillantes.

Y aun así…

Era imposible no mirarlo.

Su cabello negro, largo y abundante, estaba recogido en la nuca con una simple tira de cuero, despejando por completo su frente amplia y serena. Las cejas rectas daban a sus ojos oscuros esa expresión directa que parecía ver más de lo que otros decían, y la luz amarillenta de las lámparas dibujaba sombras suaves en los ángulos de su rostro.

Parecía hecho para la noche.

Como la luna cuando se alza sobre un cielo oscuro: silenciosa, sobria… y, aun así, imposible de ignorar.

Grace había salido del edificio sintiéndose segura de sí misma, consciente del hermoso vestido azul que caía alrededor de su cuerpo como agua quieta.

Pero ahora, al verlo allí, apoyado junto al carruaje como si aquel mundo le perteneciera, se descubrió preguntándose si realmente era una acompañante digna para él.

Sebastien inclinó apenas la cabeza, esperando, y Grace apoyó la mano en su brazo.

Y, al hacerlo, sintió que aquella noche empezaba de verdad.

El carruaje se detuvo en la fila que avanzaba lentamente frente a la mansión de Lady Harrington.

Grace observaba por la ventanilla con una mezcla de fascinación y nerviosismo. Los carruajes se alineaban uno tras otro bajo la luz temblorosa de las antorchas, lacayos uniformados abriendo puertas, ayudando a descender a damas envueltas en seda y caballeros con capas oscuras. Cada llegada era anunciada en la entrada, y las voces del interior, música, conversaciones, risas, escapaban por la puerta abierta como la promesa de una noche inolvidable.

Cuando el carruaje se detuvo por completo, Sebastien descendió primero. Luego se volvió y le ofreció la mano.

Grace apoyó los dedos en su palma y bajó con cuidado. El aire de la noche era frío, pero la casa delante de ellos resplandecía de luz.

Por un momento pensó que quizá nadie repararía en ellos entre tanta gente elegante, pero se equivocó.

La primera mirada vino de un caballero que acababa de subir la escalinata. Se detuvo apenas un instante al reconocer a Sebastien. Su expresión vaciló entre la sorpresa y algo parecido a la diversión antes de inclinar la cabeza con una cortesía medida.

Sebastien devolvió el gesto con naturalidad.

Grace sintió entonces que él lo había sabido desde el principio.

No eran invisibles. Para nada.

Subieron la escalinata, y en la puerta, un mayordomo recibía a cada invitado, mientras un lacayo anunciaba los nombres al interior. Cuando llegó su turno, el hombre miró brevemente la tarjeta que Sebastien había entregado.

Hubo una pausa tan leve que apenas podía notarse, luego el lacayo levantó la voz.

—Monsieur Sebastien Chevalier… y su acompañante.

Las conversaciones dentro del vestíbulo no se detuvieron, pero sí cambiaron. Grace lo sintió antes incluso de levantar la mirada. Algunas cabezas se volvieron con curiosidad abierta; otras, con un gesto rápido que pretendía parecer casual.

Sebastien caminó con absoluta tranquilidad, como si estuviera entrando en cualquier otra sala.

Grace, en cambio, no pudo evitar que su atención se desviara hacia el brillo que caía desde el techo. Una lámpara enorme, más grande que cualquier cosa que hubiera visto en una casa privada, derramaba luz sobre el vestíbulo, multiplicándose en cristales que tintineaban suavemente cada vez que alguien pasaba por debajo.

Por un instante olvidó respirar.

—No mires demasiado hacia arriba —murmuró Sebastien con suavidad cerca de su oído—. Parecerá que nunca has visto una lámpara—. Grace lo miró de reojo.

—Pero es la verdad —dijo con una sonrisa cautelosa—. Nunca he visto una así.

—Entonces mírala luego—. Ella contuvo una risa nerviosa, y sus mejillas se colorearon un poco por el esfuerzo, lo que, inevitablemente, la hizo parecer más hermosa y atrajo más miradas de las que podía manejar.

Continuaron avanzando hacia el salón principal. A su paso, las miradas seguían apareciendo.

Un grupo de caballeros cerca de la entrada los observó con abierto interés. Uno de ellos, un hombre robusto de rostro enrojecido,

sonrió con descaro y levantó una copa en dirección a Sebastien.

—¡Chevalier! —exclamó—. No esperaba verlo en un lugar tan… respetable—. Sebastien inclinó la cabeza con una sonrisa leve.

—A veces es bueno ampliar horizontes, señor.

Las risas fueron discretas, pero auténticas.

Más adelante, dos damas intercambiaron una mirada rápida al verlo pasar, murmurando algo detrás de sus abanicos antes de apartar los ojos con evidente desaprobación.

Grace sintió el filo de esa mirada incluso cuando ya habían pasado; Sebastien, en cambio, no pareció notarlo en absoluto.

Entraron finalmente en el gran salón.

La música de un pequeño conjunto de cuerdas flotaba en el aire, y los invitados se movían en grupos elegantes entre conversaciones y risas. Los vestidos de las damas reflejaban la luz en colores suaves, marfiles, rosas pálidos, verdes delicados, que se mezclaban con el brillo del oro y la plata.

Sebastien dejó que su mirada recorriera la sala con calma. Notó muchos vestidos hermosos, sí, pero ninguno como el azul que llevaba Grace.

La seda de su falda cambiaba de tono cada vez que ella se movía, y su cabello rojo parecía encenderse bajo la luz de las lámparas.

—Sebastien… —murmuró ella, conteniendo cierta urgencia, apenas moviendo los labios.

—¿Sí?

—Creo que todos nos están mirando.

—No todos.

Grace alzó apenas la vista.

Y, en efecto, muchas miradas estaban dirigidas hacia ellos. Algunas franca con curiosidad, otras con esa rigidez disimulada que intentaba parecer indiferencia, y unas pocas con una censura que no se molestaba en ocultarse.

Pero también había quienes fingían no haberlos visto en absoluto.

Grace recorrió la sala con cautela… y entonces algo la sorprendió.

Reconoció varias caras.

Caballeros que habían cruzado más de una vez las puertas de El Corsé Roto. Visitantes habituales. Hombres que reían con facilidad en los salones privados, que enviaban flores a Norah, que discutían con pasión sobre política o caballos mientras Odette les servía vino, que suspiraban por Marianne como si fuera una aparición celestial.

Y ahora estaban allí, vestidos con una elegancia impecable, conversando con damas respetables, como si sus vidas no tocaran jamás lugares como aquel.

Grace no pudo evitar mirarlos con una mezcla de sorpresa y repentina lucidez, aunque hizo un esfuerzo sincero por disimular.

Algunos parecieron reconocerla.

Uno de ellos apartó la vista con rapidez. Otro levantó su copa apenas un milímetro, como si dudara si saludarla o no.

Grace sintió cómo algo dentro de ella cambiaba.

De pronto, ya no veía una sala llena de gente con derecho a juzgarla.

Recordó historias que había escuchado de labios de Norah, de Odette, de Marianne. Comentarios murmurados al final de la noche, pequeñas confidencias dichas entre risas, detalles que aquellas mujeres guardaban sobre los hombres que ahora caminaban entre estas paredes con aire respetable.

Sabía mucho, demasiado sobre muchos de ellos.

Y, de repente, el nerviosismo empezó a disiparse, y se encontró enderezando los hombros.

Sí, ella tenía secretos, pero no era, ni de lejos, la única.

Y tampoco los suyos eran los más escandalosos.

La música había cambiado a un ritmo más ligero cuando Grace empezó, por fin, a relajarse.

Un lacayo pasó con una bandeja de copas, y Sebastien tomó dos sin dejar de observar la sala. Le entregó una a Grace.

—Bebe despacio —murmuró—. El vino aquí suele ser mejor de lo que parece.

Grace dio un sorbo con cautela.

Era más suave de lo que esperaba, con un aroma dulce que le dejó una sensación cálida en la garganta. Alrededor, la conversación flotaba como un murmullo constante, entremezclada con el roce de las sedas y el ocasional tintinear de las copas.

—Señorita… —dijo una voz femenina.

Grace se volvió.

Dos damas se habían acercado, abanicos en mano. Una de ellas tenía el cabello rubio recogido con una elegancia perfecta; la otra, morena, llevaba un vestido verde pálido que capturaba la luz cada vez que se movía.

—¿Es usted la señorita Grace Barlow? —preguntó la rubia con una sonrisa curiosa—. ¿La hija de un vicario que se hizo cantante en un… burdel?

Grace dudó apenas un segundo.

—Sí —dijo—. Esa soy yo.

—Nos preguntábamos si es verdad lo que dicen.

—¿Qué dicen? —La morena inclinó la cabeza, divertida.

—Que canta precioso, y toca el piano de una manera magistral—. Grace no pudo evitar sonreír. Había esperado de todo, menos un elogio a sus talentos musicales.

—A veces.

—Oh, qué maravilla —dijo la rubia—. ¿Se opondría usted si en alguna ocasión… ya sabe, la invitamos para amenizar nuestras reuniones? —Grace las miró sorprendida.

Una de ellas, le echó una mirada a Sebastien, y reaccionando como si en vez de su acompañante fuera una especie de guardia real, se apresuró a añadir.

—Le juro que nuestras intenciones son honestas. Otros dirán que es una propuesta descabellada, pero le aseguro que será tratada con respeto y admiración.

La otra mujer asintió a sus palabras, y Grace volvió a sonreír.

—Estaré encantada, si a su vez no se oponen a que lleve un par de amigas.

—De… de ninguna manera —dijo la morena, aunque en su expresión hubo un atisbo de duda. Grace rio, esta vez divertida. Seguro se estaban imaginando que llevaría a alguna de las chicas. Como si ella no tuviera más amigas.

En ese momento, una voz del vestíbulo se alzó por encima del murmullo general.

—¡El señor Nathaniel Radcliffe! —Varias cabezas se volvieron.

Nathaniel entró con esa elegancia natural que parecía no costarle ningún esfuerzo, saludando aquí y allá con una inclinación leve de cabeza.

Pero el lacayo no había terminado.

—¡El señor Jacob Smith!

Esta vez el murmullo fue más evidente.

Grace lo sintió recorrer el salón como una pequeña onda en el agua.

—¿Smith? —susurró alguien cerca.

—¿El comerciante?

—¿Aquí?

—Parece que Lady Harrington tiene sentido del humor esta noche —dijo otro.

—Esto será interesante.

Nathaniel y Jacob avanzaron entre los invitados. Jacob, alto y sólido como una torre, llevaba el porte de alguien que estaba acostumbrado a ser observado y que había decidido, hacía tiempo, que aquello no le molestaba.

Sebastien los vio antes de que ellos lo encontraran.

Una sonrisa lenta apareció en sus labios.

—Permíteme un momento —dijo a Grace.

Cuando los tres hombres se reunieron, formaron un pequeño círculo de conversación que atrajo miradas con naturalidad.

Nathaniel hablaba con su habitual calma aristocrática, Jacob respondía con esa franqueza directa que parecía sorprender a algunos oyentes cercanos, y Sebastien escuchaba con la tranquilidad de quien se siente perfectamente en su sitio.

Un poco más allá, Grace ya no estaba sola.

Georgiana y Olive se habían acercado, uniéndose a ella y a las dos damas que habían iniciado la conversación.

El pequeño grupo de mujeres reía ahora con una libertad que no siempre se veía en ese tipo de reuniones.

Si alguien hubiera observado la sala con atención, habría notado algo curioso.

En un extremo, tres hombres sin título nobiliario parecían sostener una de las conversaciones más animadas del salón.

En el otro, tres mujeres sin linaje demasiado ilustre habían reunido a su alrededor a más de una dama de buena familia.

Sin proponérselo, dominaban la fiesta.

Entonces ocurrió algo que hizo que el murmullo cambiara de tono, las conversaciones empezaron a apagarse cerca de la entrada.

Un lacayo anunció con voz firme:

—¡Su Gracia, el duque de Ravenshire!

El hombre que entró tenía la seguridad tranquila de alguien acostumbrado a que el mundo se organice a su alrededor. No era joven, pero tampoco viejo; su rostro tenía la fuerza de los hombres que han vivido con intensidad, y su presencia parecía llenar el espacio sin necesidad de alzar la voz.

Varias personas avanzaron inmediatamente hacia él, muchos deseaban ser presentados… tal vez, demasiados.

Pero antes de que nadie lograra acercarse demasiado, el duque miró directamente hacia el lugar donde conversaban Sebastien, Nathaniel y Jacob.

Y caminó hacia ellos.

El efecto fue inmediato.

Las conversaciones cercanas se detuvieron. Sebastien inclinó la cabeza cuando el duque se detuvo frente a él.

—Monsieur Chevalier —dijo el duque con una sonrisa leve—. Me alegra por fin poner rostro al hombre del que he oído hablar.

La sorpresa fue visible en más de un rostro cercano.

—Espero que sólo cosas moderadamente escandalosas, Su Gracia —respondió Sebastien con calma. El duque rio suavemente.

—He oído de sus… asuntos. Y de su habilidad para manejarlos—. Sus ojos recorrieron brevemente a Nathaniel, luego a Jacob—. Me gustaría tener una conversación privada con usted.

Sebastien no mostró reacción alguna.

—Será un honor.

—No esta noche —añadió el duque con naturalidad—. Pero pronto.

Entonces, para sorpresa de todos, volvió la mirada hacia Jacob. La sostuvo un instante más de lo necesario.

—Y traiga a sus amigos —añadió.

La forma en que lo dijo tenía algo enigmático, casi deliberado.

Luego el duque asintió con cortesía y continuó su recorrido por la sala, dejando tras de sí una estela de expectación mientras otros invitados competían por atraer su atención.

Durante un segundo nadie habló.

Luego Nathaniel soltó una pequeña risa.

Jacob levantó una ceja.

Sebastien exhaló lentamente.

El propósito de la noche estaba cumplido.

Observó al duque alejarse entre los invitados, rodeado de saludos y reverencias.

Luego tomó otra copa de vino de una bandeja cercana.

—Bien —dijo con una calma renovada—. Ahora podemos disfrutar de la fiesta.

Y, por primera vez desde que había llegado, lo decía completamente en serio.

22

El despacho privado de Lady Black estaba envuelto en terciopelo rojo.

Las cortinas pesadas absorbían casi toda la luz de las lámparas, de modo que el brillo dorado apenas alcanzaba a iluminar el diván donde ella descansaba recostada con aparente languidez. Un dedo recorría distraídamente el borde de su copa de vino, produciendo un leve tintinear.

Pero sus ojos no tenían nada de languidez.

Estaban irritados.

—Repítemelo —dijo con calma peligrosa.

Frente a ella permanecía de pie René, su asistente. Delgado, impecablemente vestido, con una belleza delicada que hacía difícil decidir si su rostro era más masculino o femenino. Sus manos estaban cruzadas con precisión sobre el abdomen, como si nada en el mundo pudiera alterarlo.

—Monsieur Chevalier no se ha presentado porque ha asistido a una fiesta—. Lady Black alzó una ceja.

—Eso ya lo dijiste.

René inclinó apenas la cabeza.

—Una fiesta de la nobleza—. Lady Black dejó de mover la copa y enarcó una ceja mientras el silencio dominaba la habitación.

—¿Cómo dices? —preguntó al cabo de unos segundos.

—Una recepción organizada por Lady Harrington. Con la presencia de varios miembros de la aristocracia… y del Duque de Ravenshire.

La mujer parpadeó lentamente, y, durante un segundo no dijo nada. Luego apoyó la espalda en el diván y dejó escapar una breve risa incrédula.

Sebastien… entre nobles.

Era absurdo.

Y, al mismo tiempo, no lo era en absoluto.

Podía verlo con una claridad casi irritante: vestido de negro, esa forma suya de moverse como si todo lugar le perteneciera, esa mirada que no pedía permiso a nadie.

Sí, podía imaginarlo perfectamente.

Aquello, curiosamente, no la sorprendía tanto como debería.

—Continúa —dijo. René obedeció con la misma serenidad.

—No asistió solo.

La copa se detuvo a medio camino de los labios de Lady Black.

—Llevó consigo a la nueva cantante que se presenta en su establecimiento—. Hubo una pausa mínima—. La joven que ha despertado tanto interés en la ciudad.

Los dedos de Lady Black se tensaron alrededor del cristal.

—¿Cómo se llama?

—Grace Barlow.

La sonrisa que apareció en los labios de Lady Black fue lenta, y completamente falsa.

—Ah… sí —murmuró—. La pequeña sensación de Bath.

Había oído el nombre, por supuesto. Era difícil no hacerlo. Clientes que hablaban de la voz de la muchacha, hombres que regresaban una segunda noche sólo para escucharla cantar.

No había prestado demasiada atención.

Hasta ahora.

—¿Y dices que Sebastien la llevó… a una fiesta de nobles?

—Sí, mi señora.

El silencio se volvió más pesado.

Dentro del pecho de Lady Black algo rugió. Una bestia vieja, familiar.

Celos.

No la molestaba que Sebastien tuviera mujeres. Sería ridículo pretender lo contrario.

Pero aquello… Aquello era diferente.

Una muchacha nueva. Joven. De la que todos hablaban, y él la llevaba a presentarse ante la nobleza.

Su sonrisa se volvió más fría.

—René.

—¿Sí, mi señora?

—Quiero saber todo sobre esa… Grace Barlow—. La forma en que pronunció el nombre era casi una caricia—. De dónde viene. Con quién habla. Dónde duerme. Qué come. Qué sueños tiene—. René inclinó la cabeza.

—Por supuesto.

—No quiero rumores —añadió ella suavemente—. Quiero hechos.

—Los tendrá—. René se retiró con una reverencia breve y silenciosa.

La puerta se cerró, y el despacho quedó en silencio.

Durante un largo momento Lady Black no se movió. Luego, apoyó la copa sobre la mesa. De pronto el terciopelo rojo le pareció demasiado pesado. Demasiado oscuro.

Una muchacha.

Una muchacha de la mitad de su edad.

La imagen apareció en su mente con una claridad cruel: piel joven, ojos brillantes, esa frescura que ninguna experiencia puede reemplazar.

Lady Black cerró los ojos.

Había construido un imperio en el bajo mundo de Bath. Hombres más peligrosos que Sebastien habían intentado desafiarla, y todos habían aprendido la lección. La mayoría de sus enemigos estaban bajo sus pies, los había vencido a todos.

Pero el tiempo…

El tiempo era un enemigo distinto.

Lento. Implacable.

No atacaba de frente como un rival en una mesa de juego ni como un enemigo en un callejón oscuro. No. El tiempo era más sutil. Trabajaba en silencio, noche tras noche, año tras año, dejando pequeñas marcas que sólo se advertían cuando ya era demasiado tarde para ignorarlas.

Una presión incómoda se instaló en su pecho.

No, no, pensó con una súbita desesperación. No permitiría aquello.

Sus dedos se cerraron lentamente sobre el terciopelo del diván.

Una jovencita no podía quitárselo. Sebastien era suyo. Siempre lo había sido.

Ella lo había encontrado cuando no era más que una promesa peligrosa, un muchacho lleno de rabia y ambición. Había visto en él lo que nadie más supo reconocer: la inteligencia, la crueldad necesaria, esa capacidad para moverse entre sombras sin perderse.

Ella lo había enseñado. Había pulido aquella roca áspera hasta convertirla en algo brillante, peligroso… magnífico.

Sí.

Él era suyo.

La idea se había vuelto tan natural con los años que jamás se le ocurrió cuestionarla.

Nunca había sentido este tipo de miedo. Ni siquiera imaginó tener que enfrentarlo.

Pero no podía ocultarlo por más tiempo. Las líneas aparecían una tras otra en su rostro, pequeñas al principio, luego más profundas,

traicioneras bajo la luz de las lámparas. Las canas comenzaban a multiplicarse, obligándola a esconderlas con más cuidado. Y su cuerpo…

Su cuerpo ya no tenía la tersura ni la firmeza de antes.

Aún era hermosa, lo sabía. Lo suficiente para que los hombres siguieran girando la cabeza al verla entrar en una habitación. Pero también sabía reconocer la diferencia.

Había visto demasiadas mujeres pasar por sus casas para ignorarlo.

Podía dominar a un hombre en la cama con una facilidad que ninguna muchacha comprendería jamás. Podía leer sus deseos antes de que ellos mismos los reconocieran, llevarlos exactamente donde quería.

Pero había algo que ninguna habilidad, ningún arte, ninguna experiencia podía reemplazar.

La juventud.

Ah, qué patética.

Se llevó una mano al rostro justo a tiempo para retirar una lágrima que amenazaba con rodar por su mejilla. ¿Cuándo fue la última vez que lloró?, se preguntó. Ni siquiera lo recordaba. Siempre había sido demasiado fuerte para eso.

Y, sin embargo…

Sebastien Chevalier.

Siempre él.

Había llorado cuando él se fue años atrás, abandonando todo aquello que habían construido juntos como si pudiera escapar de lo que era.

Y ahora volvía a llorar porque él había llevado a una niña a una fiesta de nobles en lugar de a ella.

Sí. Debió llevarla a ella. Era lo natural, lo correcto. Se pertenecían el uno al otro, ¿no?

No importaba que él tuviera edad suficiente para ser su hijo. Eso era irrelevante. Habían construido algo juntos, algo que nadie más en

esta ciudad comprendía realmente.

Las sombras de Bath.

Ese mundo que respiraba cuando los nobles apagaban sus lámparas y fingían respetabilidad. Y ella lo había gobernado junto a él.

Debió llevarla a ella, presentarla ante esos nobles con la misma tranquilidad con la que caminaba entre criminales y comerciantes.

Debió decir, sin necesidad de palabras: esta es la mujer a mi lado. Así todo Bath habría entendido. Así habría quedado claro a quién pertenecían realmente la oscuridad de esta ciudad.

Pero no, él había llevado a esa chica, a esa cantante.

Esa criatura que lo único que tenía, lo único, era una piel lozana y unos ojos jóvenes que todavía no sabían nada del mundo.

Los dedos de Lady Black se hundieron con fuerza en el terciopelo rojo.

Cómo la odiaba. Sin siquiera haberla visto, la odiaba a muerte.

Y entonces, una idea se deslizó en su mente como una serpiente que conoce el camino.

Cualquier mujer que se acercara demasiado a Sebastien… desaparecería.

Hasta ahora nunca había sido necesario, pues, ninguna había durado lo suficiente, pero si esta muchacha pretendía ocupar un lugar que no le correspondía…

Los ojos de Lady Black se abrieron, y en la penumbra roja del despacho brillaron con una decisión fría.

Grace Barlow todavía no lo sabía, pero acababa de convertirse en un problema.

La antesala del despacho del Duque de Ravenshire era sobria y silenciosa.

No tenía el brillo ostentoso de los salones de fiesta ni la agitación de las recepciones públicas. Era una habitación pensada para esperar, y

para recordar a quienes se sentaban allí que el tiempo del duque valía más que el de los demás.

Sebastien Chevalier permanecía de pie junto a una ventana alta, mirando sin ver el jardín que se extendía más allá del vidrio.

A su espalda, Nathaniel Radcliffe y Jacob Smith conversaban con esa tranquilidad masculina que nace de los años compartidos.

—Si el duque pretende hacernos esperar otra media hora, al menos podría enviar algo de beber —decía Jacob. Nathaniel soltó una risa breve.

—La paciencia también forma parte de la negociación, Smith.

Sebastien escuchaba a medias.

Su mente estaba en otra parte, en una habitación mucho más pequeña, y mucho más cálida: Grace.

Grace Barlow había empezado siendo una presencia tímida en su cama, casi demasiado cuidadosa, como si temiera romper algo invisible entre ellos.

Pero aquello estaba cambiando, y con una rapidez deliciosa.

Recordó la noche anterior.

La forma en que ella había apoyado la cabeza sobre su pecho al principio, dudando apenas un instante antes de deslizar los dedos por su torso como si explorara un territorio desconocido.

Torpe, curiosa. Absolutamente fascinante.

Había algo en esa torpeza que lo volvía loco.

Grace no sabía exactamente qué hacía… pero lo hacía con una sinceridad tan completa que cada caricia parecía más intensa que cualquier gesto calculado de una mujer experimentada.

Recordó cómo sus dedos habían descendido lentamente por su abdomen, deteniéndose con una vacilación adorable antes de continuar.

Y cómo su propio cuerpo había reaccionado con una violencia casi absurda.

Había tenido que cerrar los ojos un momento y respirar, porque de otro modo habría perdido por completo el control.

La imagen regresó con una claridad peligrosa: la expresión concentrada de Grace mientras lo tocaba, como si estuviera resolviendo un misterio importante; la forma en que sus mejillas se encendían cuando notaba su reacción.

Y luego, su sonrisa.

Esa pequeña sonrisa satisfecha cuando comprendía que estaba provocando algo en él.

Sebastien exhaló lentamente.

Maldita mujer.

Cada vez era más audaz, cada vez más segura. Y él…

Él empezaba a sentirse peligrosamente adicto a ella. El pensamiento lo hizo sonreír apenas.

Pero otro recuerdo apareció entonces, menos agradable: la nota.

Aquella mañana, antes de salir, un mensajero había dejado una carta breve y perfectamente reconocible: la elegante letra de Lady Black.

No había sido necesario leer mucho para percibir el tono molesto y ofendido; herido en ese orgullo feroz que siempre había tenido.

Sebastien había olvidado por completo la cita con ella, pero eso no era lo peor: la sola idea de presentarse ante Lady Black, con solo asomarse a su mente, creaba una reacción inmediata: asco, una repulsión tan física que casi pudo sentirla en la garganta.

Imaginarse frente a ella otra vez… verla acercarse… sentir sus manos…

Sebastien reprimió un gesto.

No. No quería volver a tocarla. Nunca más. Si sólo imaginarlo hacía que su cuerpo reaccionara como si delante tuviera una letrina a rebosar, no quería imaginar cómo sería si de verdad tuviera que enfrentar la situación.

Y al pensar en eso, se sorprendió, porque el asco y la repulsión no iban sólo dirigidos a Lady Black. Estaba seguro de que lo sentiría con cualquier otra mujer.

Fue tan claro, tan evidente para él, que era extraño que no se diera cuenta antes. Él, que había sido manoseado por tantas mujeres que pudieran pagarlo en el pasado, hoy de repente quería sólo un par de manos sobre él: las de Grace.

Si lo analizaba bien, aquello era… absurdo.

Y peligroso.

Un hombre como él no debía pensar así, pero, cuanto más lo consideraba, más evidente se volvía.

La idea de otra mujer en su cama, otro perfume, otra piel, otra voz… le resultaba profundamente desagradable.

Como si fuera una traición.

Mierda, ¿qué iba a hacer?, se preguntó bajando la mirada hacia el jardín sin verlo realmente. Aquello lo inquietaba un poco. Lo asustaba, incluso, porque sabía exactamente lo que significaba.

Pero no intentó negarlo.

Se quedó allí, en silencio, escuchando a Nathaniel y Jacob discutir sobre algún asunto comercial mientras la comprensión se asentaba lentamente en su mente.

No quería a ninguna otra, era su conclusión. No soportaría el toque de otra mujer. Y, de pronto, se encontró preguntándose algo que jamás había considerado con seriedad.

¿Era esto lo que sentían Nathaniel y Jacob por sus esposas?

Esa certeza tranquila, esa fidelidad que parecía no necesitar esfuerzo.

Sebastien apoyó el hombro contra la pared y dejó escapar una respiración lenta.

Si aquello era lo mismo… Entonces estaba en serios problemas, porque no tenía la menor intención de renunciar a Grace.

La puerta se abrió con discreción, y el cambio en la habitación fue inmediato.

Sebastien Chevalier dejó la ventana; Nathaniel Radcliffe y Jacob Smith interrumpieron la conversación al instante. Los tres hombres se pusieron de pie casi al mismo tiempo.

Un mayordomo anunció con voz contenida:

—Su Gracia.

El Duque de Ravenshire entró con la calma que lo caracterizaba, y Nathaniel fue el primero en inclinar la cabeza.

—Su Gracia, agradecemos que nos conceda su tiempo—. Jacob hizo lo propio, más breve pero respetuoso. Sebastien se inclinó con una elegancia natural.

—Es un honor.

El duque respondió con una leve inclinación de cabeza, pero no se detuvo en ceremonias y cerró la puerta tras de sí.

—Caballeros —dijo con franqueza—. Me dijeron que tenían un asunto urgente—. Su mirada recorrió a los tres con una rapidez evaluadora—. ¿Qué necesitan de mí?

El tono había cambiado; la conversación dejó de ser social.

Sebastien tomó la palabra sin rodeos.

—Información y autorización, Su Gracia. Y, quizá, un poco de discreción.

El duque apoyó una mano sobre el respaldo de una silla, interesado.

—Explíquese.

Sebastien habló con calma.

—Hemos recibido noticias de un barco que se dirige hacia Inglaterra desde el continente. No es una nave especialmente notable… salvo por su carga—. El duque no lo interrumpió—. Niños —continuó Sebastien—. Varios de ellos. Huérfanos, o al menos presentados como tales.

Una pequeña sombra pasó por la expresión del duque.

—¿Tráfico?

—Eso creemos—. Sebastien se permitió un instante—. Tengo… ciertas fuentes que a veces traen información útil.

El duque no preguntó cuáles.

—El barco llegará pronto —prosiguió Sebastien—. Si se le permite atracar y dispersar su carga, esos niños desaparecerán en cuestión de horas.

Jacob habló entonces por primera vez.

—Y encontrarlos después sería casi imposible—. Nathaniel asintió.

—La única forma realista de intervenir es antes de que toquen tierra —. El duque entrecerró ligeramente los ojos.

—En altamar.

—Exactamente —dijo Sebastien.

Hubo un momento de silencio mientras el duque consideraba la idea.

—¿Y cómo pretenden hacerlo?

Jacob apoyó ambas manos sobre el respaldo de una silla.

—Con un barco propio.

—Uno rápido —añadió Nathaniel—. Y con tripulación que sepa mantener la boca cerrada.

El duque los observó con interés.

—Eso requiere dinero—. Jacob levantó un hombro.

—Eso lo tenemos.

—Pero también requiere jurisdicción —dijo Nathaniel—. Y ahí es donde entra Su Gracia.

Sebastien habló de nuevo.

—Si interceptamos la nave sin respaldo legal, podríamos ser acusados de piratería.

El duque sonrió apenas.

—Un detalle incómodo.

—En cambio —continuó Sebastien—, si la operación cuenta con el interés de un par de oficinas adecuadas… podría interpretarse como una inspección marítima.

El duque se quedó pensativo.

—¿Saben ya dónde estará la nave? —Jacob respondió:

—Tenemos una ruta probable—. Nathaniel añadió:

—Y Smith tiene hombres en el puerto que pueden confirmar su llegada con algunas horas de anticipación.

—También necesitaremos médicos —dijo Sebastien—. Si esos niños han viajado hacinados durante semanas…

El duque asintió lentamente.

—Y transporte para ellos después.

—Exactamente —respondió Nathaniel—. Casas temporales, quizá instituciones religiosas.

El duque se enderezó.

—Eso puedo arreglarlo.

La conversación tomó entonces un ritmo rápido, casi militar. Hablaron de tiempos de navegación, de cuántos hombres serían necesarios para abordar la nave sin violencia innecesaria. De cómo asegurar a los niños y trasladarlos sin crear escándalo público.

Jacob ofreció financiar parte de la operación. Nathaniel se encargó de los contactos legales y administrativos. Sebastien aportó lo que ninguno de los otros tenía: información precisa del bajo mundo y hombres capaces de actuar sin levantar sospechas.

Y el duque… el duque aportaba la autoridad necesaria para que todo aquello no terminara en una acusación de crimen.

Cuando finalmente el plan quedó delineado, el silencio volvió a la habitación. Los cuatro hombres se miraron brevemente; habían llegado a varios acuerdos.

Nathaniel fue el primero en inclinar la cabeza.

—No queremos robarle más tiempo, Su Gracia—. Jacob asintió.

—Le agradecemos infinitamente su ayuda—. Sebastien hizo lo mismo.

—Ha sido muy generoso, excelencia.

El duque los observó durante un segundo… y luego sonrió con una expresión que ninguno de los tres esperaba.

—Caballeros —dijo con calma—, antes de que se marchen… —Hizo un pequeño gesto hacia la puerta—. Me gustaría que se quedaran a merendar.

Los tres hombres se miraron brevemente.

Aquello no era habitual.

Un duque no invitaba a merendar a comerciantes y hombres del bajo mundo… al menos no sin una razón.

El duque pareció divertirse con su sorpresa.

—Tengo la sensación —dijo con tranquilidad— de que nuestras conversaciones futuras podrían ser… muy edificantes.

La frase quedó flotando en el aire. Sebastien percibió algo en el tono del duque: curiosidad. Tal vez incluso una necesidad, y eso era, sin duda, lo más intrigante de todo.

Las luces de El corsé roto brillaban cálidas contra la niebla de la noche.

Dos figuras se detuvieron frente a la entrada como si estuvieran evaluando una fortaleza enemiga.

Edgar Henslow se acomodó el sombrero con gesto nervioso, bajándolo un poco más de lo necesario sobre el rostro. A su lado, su hijo Ambrose Henslow imitó el gesto con torpeza.

—¿Crees que alguien nos reconocerá? —murmuró Ambrose.

Edgar resopló.

—No si mantienes la boca cerrada.

La verdad era que ninguno de los dos parecía particularmente distinguido. Sus ropas estaban limpias, pero gastadas, y el intento de disfraz, sombreros demasiado grandes y cuellos levantados, sólo conseguía hacerlos parecer aún más sospechosos.

Aun así, reunieron valor y entraron.

El interior del local los envolvió de inmediato con música, risas y el aroma denso de alcohol caro.

Ambrose se detuvo en seco.

—Santo cielo…

Edgar también miró alrededor.

Las mesas estaban ocupadas por hombres bien vestidos, algunos con chaquetas de corte impecable y relojes brillando bajo la luz. Varias mujeres, no todas trabajadoras del lugar, reían con naturalidad mientras bebían.

Y las chicas que servían…

Ambrose casi se atragantó.

—¿Has visto cómo van vestidas?

Las muchachas llevaban corsés ajustados, faldas provocativamente abiertas y telas ligeras que dejaban ver más piel de la que Ambrose había visto jamás fuera de sus fantasías.

Edgar frunció el ceño.

—Una vergüenza.

Pero sus ojos se demoraron un segundo de más antes de apartarse.

Luego, se acercaron al mostrador con cautela. Cuando pidieron dos whiskies y el precio llegó, ambos se quedaron mirando el vaso como si fuera una joya.

—¿Cuánto? —susurró Ambrose.

Edgar ya había pagado.

—Con razón es caro —gruñó, mirando el líquido ámbar en su mano —. Mira la gente que viene aquí.

Ambrose siguió su mirada.

En una mesa cercana un grupo de caballeros conversaba animadamente. Uno de ellos levantó su copa.

—¡Lord Pembroke, está usted mintiendo otra vez!

Ambrose tragó saliva.

—¿Has oído eso? —Edgar también lo había oído.

Lord.

Aquí había lores.

Los dos hombres intercambiaron una mirada incómoda; de pronto sus ropas parecían demasiado simples. Sus manos demasiado ásperas. Se sentían fuera de lugar.

Muy fuera de lugar.

Ambrose bajó la voz.

—Quizá deberíamos irnos—. Edgar apretó los labios.

Entonces recordó el propósito por el cual estaban aquí. El motivo por el que habían gastado las pocas libras que tenían.

—No —dijo—. Ya estamos aquí—. Le dio un trago largo al whisky, como si quisiera convencerse a sí mismo—. Esperaremos.

La música cambió en ese momento, y un murmullo de expectación recorrió el salón.

Y entonces apareció ella.

Grace Barlow caminó hacia el pequeño escenario como si la luz la siguiera.

Llevaba un vestido verde profundo, del color de las hojas en pleno verano. El tejido abrazaba su figura con una elegancia sencilla que parecía aún más hermosa bajo las lámparas del salón.

Su cabello rojo capturaba la luz como fuego.

Y la piel que el vestido dejaba al descubierto, los hombros, la curva delicada del cuello, una línea suave del pecho, parecía casi luminosa.

Ambrose dejó de respirar.

Edgar también.

Durante un largo momento ambos permanecieron inmóviles, completamente embobados.

Era más hermosa de lo que habían imaginado.

Mucho más.

Grace comenzó a cantar. Su voz llenó el salón con una suavidad que contrastaba con el bullicio del lugar. Los clientes se inclinaron hacia

adelante, escuchando.

Pero en la mente de Edgar y Ambrose la música no era lo importante. La observaban con un brillo oscuro en los ojos.

Imaginaban otras cosas, otras situaciones… menos amables con ella.

Ambrose pensó en su cabello entre sus manos.

Edgar imaginó la expresión de ese rostro cuando dejara de ser tan altivo.

Cómo la harían obedecer.

Cómo la doblegarían.

La sonrisa de Edgar se volvió lenta.

En ese momento, Grace miró hacia el público, y los vio.

Por un instante el mundo pareció detenerse, y el color abandonó su rostro; el miedo apareció como un destello en sus ojos.

Pero sólo durante un segundo.

Alcanzó a preguntarse qué hacían ellos allí. Nada bueno, eso seguro. Venían por ella, sin duda, y al recordar la manera en que la habían amenazado antes, tuvo que cerrar los ojos para que la nota que entonaba en ese momento no vacilara.

Pero luego recordó también quién era ella ahora, y de quiénes estaba rodeada.

Si esos dos habían venido con malas intenciones, que era lo más seguro, tenía gente que podía protegerla, y lo harían sin vacilar.

Siguió cantando como si nada, enfocada en las notas, en su público, en la letra de sus canciones.

Cuando terminó el verso y la música entró en un breve interludio instrumental, Grace se inclinó discretamente hacia el lateral del escenario.

Allí estaba Seraphina.

Grace habló en voz baja.

—Necesito que llames a Jim —le dijo. Seraphina frunció el ceño.

—¿Ahora?

Grace apenas movió la cabeza hacia el fondo del salón.

—Esos dos.

Seraphina miró. Y entendió; no hizo más preguntas.

Se deslizó entre las mesas con rapidez y desapareció tras una cortina.

La música continuaba, Grace retomó la canción. Pero en el salón algo estaba a punto de cambiar.

Un momento después apareció Jim. Grande, ancho como una puerta, y con la expresión de un hombre que no discutía órdenes.

Se acercó directamente a la mesa de Edgar y Ambrose.

—Levántense—. Ambrose parpadeó.

—¿Cómo dice?

Jim apoyó una mano enorme sobre la mesa.

—Dije que se levanten—. Edgar intentó indignarse.

—¡Hemos pagado nuestras bebidas!

Jim tomó el vaso de Ambrose, lo vació en el suelo y lo empujó hacia atrás con la silla.

—Y ahora se van—. Y ese fue todo el diálogo que tuvieron.

Minutos después Edgar y Ambrose eran prácticamente arrastrados hacia la salida mientras varios clientes observaban con curiosidad divertida.

La puerta se cerró tras ellos, arrojados en la calle fría, despeinados y furiosos.

—¡Maldita sea! —escupió Edgar. Ambrose pateó una piedra.

—¡Nos trataron como pordioseros!

—¡Por esa… esa…!

Las palabras se le atragantaron.

Durante unos minutos caminaron sin rumbo, mascullando insultos y maldiciones.

Pero la rabia fue transformándose poco a poco en otra cosa. La idea al venir había sido simple: conocer el terreno. Averiguar cuánto

costaba una noche con Grace… y pagarla.

Jamás imaginaron recibir ese trato.

En realidad, tampoco sabían exactamente qué esperaban encontrar allí dentro, pero desde luego no algo como aquello.

Tal vez una taberna algo más animada que las de siempre. Un lugar con tragos baratos, mesas pegajosas, cantineros malencarados y mujeres demasiado pintadas que reían demasiado fuerte.

Algo vulgar, accesible.

Pero aquel lugar…

Aquel lugar era otra cosa.

Había lujo en cada rincón. Las lámparas doradas, las telas pesadas que caían de las paredes, el brillo del cristal en las copas. Incluso las sillas parecían pequeños tronos donde los clientes se sentaban con la comodidad de hombres acostumbrados a ser servidos.

Porque allí dentro, comprendieron demasiado tarde, no trataban a los hombres como clientes.

Los trataban como reyes.

Y sólo los reyes podían permitírselo.

Jamás imaginaron que una sola bebida pudiera costar lo que una semana entera de trabajo. Ni que los clientes vistieran como caballeros de verdad. Ni que, entre ellos, hubiese incluso mujeres riendo y bebiendo como si aquel fuera el salón privado de alguna casa elegante.

Con razón los habían echado; ellos no pertenecían allí.

Indignado, Edgar Henslow miró hacia las luces de El corsé roto a lo lejos.

Su expresión se endureció.

—Está bien.

Ambrose Henslow levantó la vista.

—¿Qué? —Edgar habló despacio.

—Si no podemos acercarnos a ella ahí dentro… —Una sonrisa desagradable apareció en su rostro—. Habrá que encontrar otra manera.

Ambrose comprendió.

Y sonrió también.

23

La merienda con el Duque de Ravenshire terminó mucho antes de que el té se enfriara.

No fue una de esas conversaciones largas y ceremoniosas que los nobles solían disfrutar. Hubo pasteles, sí, y té servido en porcelana fina, pero el ambiente era el de una mesa de guerra.

Sebastien Chevalier lo percibió con claridad.

El duque no había hecho aquella invitación por cortesía, no. Los estaba evaluando.

—Caballeros —dijo Ravenshire finalmente—. Creo que todos sabemos lo que debe hacerse.

Nathaniel y Jacob asintieron.

—Interceptaremos el barco antes de que alcance la costa —continuó el duque—. Si la información es correcta, no debemos permitir que esos niños desaparezcan en tierra.

La conversación derivó entonces hacia rutas marítimas, hombres de confianza y los contactos necesarios para que la intervención no fuera interpretada como piratería.

Pero, en medio de todo aquello, el duque parecía observar con particular atención a Jacob.

Sebastien lo notó.

No era una mirada grosera ni demasiado evidente. Más bien la de un hombre intrigado.

Finalmente Ravenshire dejó la taza en el plato con un leve tintinear.

—Señor Smith —dijo con un tono casual que no engañó a nadie—. Si no le incomoda mi curiosidad… ¿de dónde proviene su familia?

La pregunta era directa, y Jacob parpadeó una vez, sorprendido, pero no parecía incómodo.

—No provengo de ninguna familia notable, Su Gracia—. El duque inclinó ligeramente la cabeza.

—Eso no responde la pregunta.

Jacob sonrió con una sencillez que contrastaba con el lujo del salón.

—Porque no hay mucho que responder. Soy huérfano. Crecí en un orfanato aquí, en Bath.

Hubo un breve silencio.

Jacob continuó con naturalidad:

—No fue una infancia particularmente feliz, pero tampoco la peor que se pueda imaginar. Tuve suerte en los negocios cuando fui mayor.

Se encogió de hombros.

—Ahora tengo una esposa maravillosa y un hijo pequeño. Supongo que eso compensa bastante bien el comienzo.

Sebastien vio algo cambiar apenas en la expresión del duque. No era lástima, era… interés.

Como si aquella respuesta hubiera confirmado algo que estaba pensando.

Ravenshire pareció darse cuenta de que la pregunta había sido demasiado personal, porque su mirada se desplazó hacia Sebastien.

—¿Y usted, señor Chevalier?

Sebastien alzó una ceja.

—¿Yo, Su Gracia?

—Sus orígenes —dijo el duque con aparente ligereza—. Ya que hablamos de ellos.

Nathaniel apoyó el codo en el brazo de la silla, esperando una respuesta cualquiera. Habían trabajado juntos durante años, pero nunca habían discutido demasiado el pasado de Sebastien.

Sebastien permaneció en silencio unos segundos.

Luego dijo con calma:

—No soy huérfano—. Jacob lo miró con curiosidad—. De hecho —continuó Sebastien—, tengo padres. O al menos los tenía cuando era niño.

El duque entrelazó los dedos sobre la mesa.

—¿Cuando era niño? —Sebastien sostuvo su mirada con serenidad.

—Al igual que esos niños que se dirigen aquí en ese barco que intervendremos, fui robado de mi país—. Las palabras fueron tan impactantes que la habitación quedó completamente en silencio.

Nathaniel frunció el ceño, sorprendido.

—¿Robado? —preguntó terriblemente sorprendido—. ¿Fuiste un niño… robado?

Sebastien asintió.

—Era pequeño. Pero lo recuerdo todo muy bien. El interior del barco, los niños que iban conmigo—. Sus palabras eran tranquilas, casi desapasionadas, como si eso tan terrible lo hubiese vivido alguien más, no él—. Nos trajeron a Inglaterra, y luego, fuimos vendidos, yo cambié de dueño varias veces, y finalmente terminé trabajando en una casa donde alguien tuvo la amabilidad de enseñarme… el negocio que ahora regento.

Jacob lo miraba fijamente, y Nathaniel parecía genuinamente atónito.

—Nunca… —empezó Radcliffe, pero no terminó la frase.

Sebastien alzó un hombro con ligereza.

—No es algo que suela mencionar—. Sus ojos se endurecieron apenas—. Pero supongo que explica por qué me importa lo que

ocurra con esos niños.

Nadie habló durante un momento.

Sebastien estaba acostumbrado a la reacción que solía provocar esa historia: lástima, compasión, o curiosidad incómoda. Pero ninguno de los tres hombres frente a él lo miraba de esa manera.

Nathaniel parecía pensativo, Jacob… respetuoso, y el duque de Ravenshire lo observaba con una intensidad nueva, como si acabara de comprender algo importante.

Sebastien agradeció silenciosamente que ninguno dijera lo siento.

Finalmente el duque se levantó.

—Entonces estamos de acuerdo —dijo con firmeza—. No permitiremos que ese barco llegue a puerto.

Su mirada recorrió a los tres hombres.

—Caballeros, ha sido… una conversación reveladora.

Se acercó a la puerta.

—Nos veremos muy pronto.

Y con una leve inclinación de cabeza, el duque de Ravenshire se despidió, dejándolos a solas con el eco de una revelación que ninguno de ellos habría imaginado escuchar aquella tarde.

Nathaniel Radcliffe intercambió una mirada breve con Jacob Smith.

—Sí, Su Gracia.

—Entonces no perdamos tiempo.

Y no lo hicieron.

Aquella misma tarde, apenas dejaron la residencia del duque, el mundo de Sebastien comenzó a moverse con la precisión de un mecanismo bien aceitado.

Hombres fueron enviados a los puertos.

Mensajes discretos viajaron entre oficinas del gobierno, despachos privados y salones de aristócratas que debían ciertos favores.

Sebastien aportó lo que mejor sabía manejar: información.

El bajo mundo de Bath y Londres era una red viva, y él sabía exactamente qué hilos tirar.

—La nave se llama Mercy of Lisbon —dijo dos días después, desplegando un mapa sobre una mesa en el despacho de Jacob—. Pero el nombre cambia cada vez que sale del continente.

—Eso confirma que es una tapadera —respondió Nathaniel. Jacob apoyó los nudillos en la mesa.

—¿Cuál es la ruta? —Sebastien señaló un punto.

—Entrarán por aquí, si siguen su patrón habitual—. El duque, que observaba en silencio, asintió.

—Interceptaremos antes de que lleguen a la costa.

La operación comenzó a tomar forma.

El dinero llegó primero, pues Jacob prácticamente abrió su fortuna.

—No escatimemos —dijo con la serenidad de un hombre acostumbrado a manejar cifras enormes—. Cuanto más rápido actuemos, mejor para los niños.

El respaldo político lo proporcionó el duque; firmas, autorizaciones, silencios convenientes. Y luego llegaron los aliados inesperados. Uno de los primeros fue el Vizconde de Ashford. El anciano aristócrata escuchó la historia en su biblioteca y permaneció un largo momento en silencio.

—Niños… —murmuró—. Luego levantó la mirada—. Tendrán mis barcos.

Su participación no tardó en conocerse entre otros nobles.

Al principio fueron sólo comentarios discretos en los clubes de caballeros y en algunos salones privados, pero pronto comenzaron a aparecer ofertas de ayuda.

Un conde ofreció médicos. Una marquesa puso a disposición varias casas de acogida. Un obispo prometió discreción y protección para los pequeños que necesitaran refugio.

Sebastien observó todo aquello con una mezcla de sorpresa y respeto.

Nunca había visto a la aristocracia moverse tan rápido.

El barco que utilizaron para interceptar al Mercy of Lisbon no era particularmente grande, pero sí rápido.

El viento de la noche inflaba las velas mientras el mar oscuro se extendía alrededor como una inmensa planicie negra.

Sebastien permanecía en cubierta. El olor a sal y madera húmeda le resultaba familiar.

—Nunca pensé verte en una operación marítima —dijo Nathaniel, acercándose. Sebastien sonrió levemente.

—Nunca pensé organizar un rescate de niños.

Jacob apareció poco después, abrochándose el abrigo contra el frío.

—Prefiero esto a quedarme esperando noticias en tierra.

El duque de Ravenshire observaba el horizonte con una calma casi inquietante.

—Llegará antes del amanecer.

Y tenía razón.

Fue uno de los vigías quien lo vio primero. Una silueta oscura contra la línea gris del amanecer.

—¡Barco a estribor!

Sebastien sintió cómo la tensión recorría la cubierta.

Ravenshire dio las órdenes con voz tranquila.

—Acérquense.

El encuentro fue rápido.

El capitán del Mercy of Lisbon intentó protestar cuando se le informó que su nave sería inspeccionada bajo autoridad del ducado y de la corona. Pero cuando vio a los hombres armados… y al duque mismo subiendo a bordo… su valentía desapareció.

Sebastien bajó a la bodega, y nunca olvidaría lo que vio.

El aire era difícil de respirar. Había olor a humedad, miedo… y enfermedad. Los niños estaban hacinados, ¡eran demasiados!

Estaban demasiado delgados, sucios, débiles. Algunos apenas levantaron la cabeza cuando entraron. Otros los miraron con ojos enormes llenos de miedo y de esperanza.

Sebastien sintió algo apretarse dentro de su pecho, pero sabía perfectamente qué necesitaban oír.

—Ya terminó —dijo con voz más suave de lo que esperaba—. Nadie nunca más los maltratará. Están a salvo.

No sabía si lo entendían, pero uno de los pequeños extendió una mano temblorosa hacia él. Sebastien se agachó y la tomó, apretándola suavemente.

—Los que quieran volver a casa, les prometo que los llevaré de vuelta —dijo, elevando de nuevo la voz—. Tomará un poco de tiempo, pero no tengan miedo. Todo ahora está bien.

La tripulación del barco fue arrestada. Las autoridades, muy motivadas por la presencia del duque, actuaron con rapidez.

Pero el verdadero trabajo comenzó después.

Los niños fueron llevados a tierra discretamente y los llevaron ante los médicos para ser examinados. Se prepararon camas, comida caliente, ropa limpia. Todos ellos necesitaban urgentemente un baño, tratar heridas y golpes, alimentarse con comida nutritiva. Los más pequeños, como era de esperarse, se aferraban a los mayores, lloraban, pero poco a poco empezaron a dejar de temer tanto.

Aquello tomó días, que luego se convirtieron en semanas. Sebastien estuvo presente en cada etapa. Delegó la mayor parte de su trabajo a su personal de confianza dedicándose por completo a este proyecto.

No sabía exactamente por qué, pero no podía alejarse. O, bueno, tal vez sí sabía.

Una tarde, mientras revisaban listas de nombres, Jacob habló:

—Algunos tienen familia—. Nathaniel levantó la vista.

—¿Cómo lo sabes?

—Les preguntamos —respondió encogiéndose de hombros—. Lo más natural es que un niño llore a su mamá. Si lo hacen, hacemos preguntas—. Guardó silencio un momento, para luego añadir: —Deberíamos enviarlos a casa.

Nathaniel frunció el ceño.

—Eso será costoso—. Jacob encogió los hombros.

—Entonces yo lo pagaré.

Sebastien lo miró con respeto.

Y así comenzó la segunda parte de la misión: Niños viajando de regreso a sus pueblos, a sus países, acompañados de gente de confianza que garantizaría la entrega del pequeño a su lugar de origen. Hubo muchos que ya pertenecían a la calle, sin padres, y a esos se les dio un lugar donde pertenecer.

Poco a poco, ya no quedó ninguno sin protección. Había tomado menos tiempo del que habían pensado, pero fue extremadamente satisfactorio.

El nombre del duque de Ravenshire y lo que había hecho comenzó a mencionarse en salones importantes.

También el de esos tres hombres sin origen noble que habían trabajado codo a codo con él. Aunque Sebastien habría preferido permanecer en la sombra; demasiada notoriedad le impediría, en el futuro, volver a hacer lo mismo.

Y mientras nobles los admiraban por su valentía, en los rincones más oscuros del comercio ilegal cundía el pánico, porque al seguir el rastro de aquel barco, las autoridades comenzaron a descubrir algo más grande: rutas, intermediarios, organizaciones enteras dedicadas a aquel negocio infame que ahora empezarían a cuidarse, y, tal vez, a querer vengarse por sus pérdidas.

—¿Todo está bien? —La voz de Grace Barlow llegó antes de que Sebastien Chevalier levantara la cabeza—. ¿El negocio que lo tuvo ocupado estos meses… salió bien?

Sebastien alzó la mirada, y durante un instante, todo lo demás dejó de existir.

Ella estaba en el umbral de su despacho en El corsé roto, vestida para cantar. El vestido que llevaba era de un violeta profundo que hacía que su cabello rojo brillara aún más bajo la luz de las lámparas. Su peinado estaba impecable, el maquillaje resaltaba la delicadeza de su rostro… y, sin embargo, sus ojos lo observaban con esa mezcla de curiosidad y preocupación que siempre parecía reservarle sólo a él.

Sebastien se levantó. Había pasado demasiado tiempo, pensó.

No habían sido meses enteros, pero sí suficientes días para que el recuerdo de su voz, de su risa y de su cercanía se volviera una especie de hambre persistente.

No dijo nada, simplemente cruzó la habitación y la rodeó con los brazos.

Grace soltó un pequeño sonido de sorpresa.

Este, definitivamente, no era un gesto habitual en él, pero apenas tardó un segundo en corresponder, y sus brazos se cerraron alrededor de su espalda, suaves pero firmes.

—Sebastien… —murmuró.

Él apoyó la frente un instante contra su cabello.

—Estuve ocupado —dijo finalmente. Grace se separó un poco para mirarlo.

—Eso ya lo sé. Todo el mundo dice que has estado desaparecido.

—No desaparecido—. Una leve sonrisa apareció en sus labios—. Trabajando.

Ella inclinó la cabeza.

—¿En qué? —Sebastien dudó un segundo. Luego, por primera vez, respondió directamente a su pregunta.

—En un barco —dijo.

Grace frunció el ceño.

—¿Un barco?

—Con niños—. Sus ojos se abrieron un poco más.

—¿Niños? —Sebastien respiró hondo.

—Niños robados. Traídos para ser vendidos.

Hubo un largo silencio donde Grace lo miraba como si intentara entender cada palabra, entonces él comenzó a contarle.

Le tomó la mano llevándola a una chaise longe y le habló del encuentro con el Duque de Ravenshire, de las reuniones, de los preparativos, del barco interceptado en alta mar.

No entró en detalles demasiado técnicos, pero describió lo suficiente para que ella pudiera imaginarlo: la bodega oscura, los niños apretados unos contra otros, el miedo en sus ojos.

Grace escuchaba sin interrumpir. Cuando él terminó, ella tenía los ojos completamente abiertos.

—Sebastien… —pero se detuvo; no parecía saber qué decir—. Tú… —murmuró—. Tú rescataste a esos niños.

Él se encogió de hombros.

—No estuve solo.

—Pero estuviste ahí. Y, conociéndote, seguro lideraste el rescate. ¿No es así? —él apretó los labios, como si no fuera gran cosa. ¡Pero sí lo era!

Grace lo miraba con una admiración tan pura que casi parecía dolorosa.

—Tú no sólo rescatas prostitutas… También salvas niños…

—Grace, no es la gran cosa.

—Sí lo es! —exclamó ella espantada—. ¡Es enorme! Mi padre era vicario, y aun así —continuó ella, sacudiendo levemente la cabeza— dudo que haya hecho jamás tantas buenas obras como tú. Oh, hacía colectas, bazares, y una que otra merienda tratando de reunir dinero para enviar a orfanatos y otros lugares dignos, pero él nunca… —Sus ojos brillaban—. Si el cielo se ganara con cosas como estas, Sebastien… estoy segura de que te coronarían santo mucho antes que a Charles Barlow.

Sebastien soltó una risa baja.

—Eso sería una escena interesante.

Pero antes de que pudiera decir algo más, Grace lo abrazó. Esta vez fue ella quien primero lo rodeó con los brazos, con fuerza, y luego lo besó.

No fue un beso largo ni apasionado, sino algo más simple, pero igualmente sincero.

—Me siento tan… orgullosa de ti—. Soltó una risa nerviosa—. Es como si… —sus ojos brillaban, mirándolo atentamente. Sebastien extendió la mano y le tocó la suave mejilla.

—No, no me admires —susurró—. Sigo siendo yo. El de siempre. Un pecador empedernido.

Grace frunció el ceño rechazando aquello, cuestionándose por enésima vez cómo estaba clasificada la bondad y la maldad en el mundo.

Sebastien la observó con una expresión que mezclaba diversión y algo más suave.

—Por supuesto, aceptaré todos los elogios y regalos que quiera darme—. Grace sonrió.

—Oh, pienso dárselos todos. Lo que hiciste lo merece. Son personas que no conoces, y uno tiende a ignorar aquello que no tiene delante…

Sebastien apretó los labios, bajando la mirada.

—Tal vez es por eso —murmuró—. No es algo que yo pueda ignorar, ni olvidar—. Ella lo miró atenta, y Sebastien respiró hondo, recostando su espalda en el respaldo de la chaise longe, como si se preparara para algo difícil—. No habría soportado que más niños pasaran por lo que yo pasé —dijo.

Grace se quedó inmóvil.

—¿Lo que tú pasaste? —Sus cejas se fruncieron—. Sebastien… ¿qué quieres decir con eso?

Él la observó durante un segundo. Luego caminó hacia un pequeño aparador donde había licores y se sirvió un poco.

—Que yo también fui uno de esos niños —respondió luego de dar un trago largo a su whiskey.

Grace sintió que el aire abandonaba sus pulmones.

—¿Qué?

—No fui huérfano —su voz era tranquila—. Fui robado.

El silencio que siguió fue absoluto. Grace se llevó una mano a la boca.

—Sebastien…

Él levantó la mirada. Los ojos de ella estaban llenos de sorpresa, pero también de algo más que no supo identificar.

No, pensó. Que no sea compasión.

Pero había empezado a hablar y ya no pudo detenerse.

En frases cortas le contó cómo había sido robado de una calle en París, llevado a un barco con más niños, y todo lo que allí vivió. Las semanas de hambre y maltratos, para luego llegar y ser vendidos.

Le habló de Clara, la pequeña niña que años después encontró en la calle.

Le contó cómo él mismo fue vendido una y otra vez, hasta caer en un burdel… de donde ya nunca salió.

Todo salía solo, y Grace lo escuchaba en silencio, soltando apenas algún sonido de sorpresa o indignación; mirándolo con unos ojos que lo animaban a continuar, porque este era un lugar seguro.

—Pero sobreviví —dijo al final, con un suspiro—. Estoy aquí. Es sólo que… no quiero que más niños pasen por lo que yo…

Grace se puso en pie y lo alcanzó junto al aparador de licores. Tomó su mano y la apretó suavemente.

—Eres increíble, Sebastien Chevalier.

Él la miró confundido.

—¿Increíble? —preguntó—. ¿Qué me hace increíble?

—Que todo lo que has vivido… no mancilló tu alma.

Sebastien la miró todavía sin comprender.

Cuando ella extendió la mano y le tocó el rostro, él bajó de inmediato la mirada a sus labios, pero Grace continuó:

—Eres un hombre bueno. Más bueno que muchos de esos "cristianos" con los que traté en el pasado. Y eso me sorprende… y me enseña humildad.

Sebastien no pudo evitar reír.

A ojos de Grace, él estaba quedando como un santo sólo por haber hecho un par de obras buenas. Era hora de que ella recordara quién era realmente.

Le tomó el rostro entre las manos, dispuesto a darle una lección, pero entonces alguien llamó a la puerta.

—Señorita Barlow —dijo una voz desde afuera—. Es su turno.

Sebastien soltó un gruñido, mirando con odio hacia la puerta.

Grace se echó a reír.

—Podría no ir a cantar—. Sí, pensó él por un cortísimo momento.

Pero luego dio dos pasos atrás.

—No. Debes ir.

—Pero si me voy… tú volverás a encerrarte en tu cueva y no me seguirás contando tu vida.

—¿Mi… cueva?

—Una cueva donde te lames las heridas solo y gruñes para que nadie se te acerque—. Sebastien parpadeó.

—¿Soy un perro?

Grace volvió a reír, pero volvieron a llamar a la puerta y cualquier intención volvió a quedar interrumpida.

Dejó escapar un suspiro. Revisó su vestido, su peinado, y volvió a mirarlo.

—No te vayas de aquí. Tenemos que seguir hablando.

Él asintió, dejándose caer de cualquier manera en la chaise longue, aún con el vaso de whiskey en la mano.

—No me iré a ningún lado —dijo, cerrando los ojos.

Grace notó entonces sus oscuras ojeras. Eran normales en él… pero hoy parecían un poco más profundas.

Levantó las faldas de su vestido y salió del despacho, repasando mentalmente las canciones que cantaría esa noche y calculando cuánto tardaría en volver.

Sus manos seguían temblando.

No era sólo que Sebastien hubiera rescatado a unos niños de un destino peor que la muerte.

Ni que él mismo hubiera vivido algo tan terrible.

Era que, esta noche, había abierto su corazón.

Le había dejado ver un fragmento de su vida.

Todas las veces que ella le preguntó por su pasado, él la distrajo, cambió de tema o evadió la respuesta, haciéndole creer que nunca se lo contaría.

Pero esta noche había sido diferente, y eso era una señal enorme.

Estaban avanzando, pensó.

Tal vez, luego de esto, él y ella por fin podrían…

Ah. No era sólo completar lo que se hacía en la cama, pensó con las mejillas sonrojadas, llegando a la parte trasera del escenario mientras calentaba la voz. Era su relación con él.

No sabía qué vendría después… pero tenía grandes expectativas.

Dudaba que pudiera formar una familia, pues ese era el propósito último de unirse a un hombre, después de todo, pero, fuera lo que fuera, ella estaría feliz de recibirlo.

—No quiero soñar demasiado —susurró, antes de dar el paso hacia el escenario—. Pero no puedo parar de hacerlo.

24

Grace apenas había terminado de quitarse los pendientes cuando llamaron a la puerta. Frunció ligeramente el ceño, mirando hacia ella a través del espejo.

—¿Sí? —La puerta se abrió sin esperar respuesta, y ella se quedó inmóvil al ver quién se asomaba—. ¿Sebastien?

Él entró y cerró la puerta tras de sí con calma, como si entrar en su camerino a esas horas fuera lo más natural del mundo. No dijo nada de inmediato, sólo la observó, deteniéndose un instante en su cabello aún a medio recoger, en el vestido que empezaba a aflojar, en la ligera sorpresa que no alcanzaba a disimular.

—¿He interrumpido algo? —preguntó finalmente.

—No… —respondió ella, todavía desconcertada—. Yo ya estaba terminando.

Se hizo un breve silencio. Grace se giró hacia el espejo, más para darse algo que hacer que por verdadera necesidad, y terminó de soltar el último broche con dedos que, de pronto, no se sentían tan firmes.

—¿Necesitabas algo?

—Sí—. Ella lo miró a través del reflejo.

—¿Qué? —Sebastien dio un paso dentro del pequeño camerino, sin apartar la mirada de ella.

—Ven conmigo—. Grace parpadeó.

—¿Ahora?

—Ahora—. Ella no pudo evitar sonreír por su tono enigmático y mandón.

—¿A dónde?

—A algún lugar donde no tengamos que interrumpirnos cada vez que alguien decide que es tu turno.

Ahora, ella soltó una carcajada. Tomó de nuevo los pendientes y se los puso con prisa, y mientras tanto, le daba a él la espalda para que

le ayudara volviendo a ajustar su vestido, él la miró con el ceño fruncido.

—Querida, estoy acostumbrado a desvestir a las mujeres, no a vestirlas—. Ella le echó malos ojos—. Él se quedó mirando el vestido como si fuera un gran enigma, pero hizo lo que ella le sugirió.

Minutos después, envueltos en gruesos abrigos, él la guiaba de la mano hacia el exterior. Grace mordía una sonrisa, conteniendo un poco la emoción. Nunca había salido con un hombre, y ahora era un poco tarde, y dudaba que hubiese sitios decentes a los que él pudiera llevarla a estas horas, pero eso no le importaba. Lo bueno de no tener una reputación que cuidar era, precisamente, que podía hacer lo que quisiera.

Afuera, el aire era fresco, casi frío, y el contraste con el calor del interior la hizo respirar más hondo de lo necesario. Subieron a un carruaje y estuvieron en silencio durante los primeros minutos, alejándose poco a poco la calle de El Corsé Roto.

Grace lo miró de reojo.

—¿Vas a decirme a dónde vamos en algún momento?

—No.

—Qué considerado.

—Aún puedes regresar.

Ella soltó un leve resoplido, ajustándose mejor la capa.

—Después de todo este misterio, ni siquiera lo consideraría.

Sebastien esbozó una sonrisa, breve, casi imperceptible, y continuó caminando.

No tardaron demasiado en llegar. El camino los condujo hacia una zona más tranquila, donde las casas se volvían escasas y el murmullo de la ciudad se diluía. Un pequeño jardín abierto se extendía ante ellos, rodeado de árboles altos que dejaban pasar apenas la luz de la luna. Había una glorieta cerca, y el sonido constante de una fuente cercana que llenaba el silencio sin romperlo.

Grace se detuvo, mirando alrededor.

—No sabía que este lugar existía.

—Oh, luce muy diferente de día.

—Es bonito.

Sebastien no respondió, pero la observó mientras ella avanzaba unos pasos, como si necesitara asegurarse de que el lugar era real. Luego, con un gesto casi casual, sacó de su abrigo un pequeño paquete envuelto en tela.

Grace volvió la mirada hacia él.

—¿Qué es eso?

—Comida—. Ella soltó una pequeña risa, incrédula.

—¿Es esto, entonces, un picnic nocturno?

—Algo así. No confío en que hayas cenado lo suficiente—. Grace lo miró sorprendida, y poco a poco su mirada se llenó de calidez, y de esas emociones que este gesto de él provocaba en ella.

—Eso suena mucho a que me estás cuidando.

—Lo hago. ¿No es lo que corresponde?

Grace se quedó en silencio por un instante, mirándolo con una pregunta apenas disimulada en los ojos.

¿Qué significaba eso? ¿Por qué hacía sonar que era su "deber" cuidarla?

Se sentaron en el banco de una glorieta. Era una noche otoñal inusualmente despejada y de luna llena, . Él dejó el paquete entre ambos, y Grace lo abrió con curiosidad. Pan, jamón, un trozo de queso envuelto con cuidado, fruta. Sencillo, pero más que suficiente.

Había algo en aquello, en la previsión, en el gesto, que la hizo sonreír sin darse cuenta.

Durante unos minutos comieron en silencio. No era un silencio incómodo; al contrario, tenía algo… sereno. Como si el mundo, allá afuera, pudiera esperar un poco más. Como si no hubiera prisa por llenar cada espacio con palabras.

—Gracias —dijo finalmente, volviendo la vista hacia él—. Por sacarme de ahí.

Sebastien apoyó los codos en las rodillas, entrelazando las manos, la mirada fija en el suelo por un segundo antes de alzarla.

—Suena como que no has salido en meses.

—Y así es. Todas mis necesidades están cubiertas sin tener que salir a la calle.

Él arqueó apenas una ceja.

—¿Y no te has visto con tus amigas? —Grace dudó un instante antes de responder, como si midiera cuánto quería decir.

—Nos hemos enviado notas. En una semana, de todos modos, nos encontraremos; unas damas nobles han organizado una soirée y quieren que cante para amenizar la reunión.

—¿Damas nobles? —Ella asintió, y en sus labios apareció una sonrisa ligera, casi traviesa—. ¿Y Olive y Georgiana están invitadas? —Grace negó, divertida.

—No. Yo las llevo de mi cuenta; fue mi condición para aceptar ir. No hace mal tener contactos con damas de la nobleza, ¿no?

—Vaya, qué astuta. Así es—. Ella volvió a reír, más suave esta vez.

—Es agradable poder hacer ese tipo de cosas. Salir a esta hora, por ejemplo… no podría hacerlo si no estuviera casada. Asistir a las reuniones que quiero, ir de compras siempre que lo necesite… Antes… —hizo una pequeña pausa, buscando las palabras— mis amistades debían ser aprobadas por mis padres; cada invitación era examinada con lupa. Si había alguien poco reputado… tenía prohibido asistir.

Grace respiró hondo, como si aún pudiera sentir el asfixiante encierro de aquellas paredes.

—Vivía en una cárcel.

Él la miró de reojo, con una sonrisa leve, casi imperceptible. No había queja en su voz. Ningún rastro de resentimiento. Solo una aceptación serena que, de alguna forma, decía más que cualquier lamento.

Su gratitud por lo que ahora era se reflejaba en todo: en su sonrisa, en la forma en que hablaba, en esa ligereza que no terminaba de

borrar lo que había sido, pero que sí lo transformaba.

Sebastien apartó sus ojos de ella y miró al frente pensando en ello.

Grace, a pesar de todo, elegía. Elegía vivir el presente. Elegía construir algo distinto.

Era fuerte. Decidida. Y la admiraba por eso.

Se preguntó, sin poder evitarlo, si él era siquiera la mitad de eso.

Si no hubiese escapado de casa, pensó, nunca lo habrían secuestrado y metido en aquel barco. No habría tenido que vivir nada de lo que vino después. No habría terminado en ese mundo de putas y jugadores empedernidos, aprendiendo demasiado pronto que la vida podía torcerse sin previo aviso.

Pero si se hubiese quedado… habría tenido que convertirse en lo que su familia esperaba. Ser como su hermano. Callar, obedecer, moldearse hasta dejar de reconocerse. Probablemente, ahora sería sacerdote.

Exhaló por la nariz, casi con incredulidad.

No. Eso nunca habría sido posible.

Había vivido la vida que le había tocado, concluyó entonces. Y aunque hubo momentos en los que deseó no seguir adelante, se aseguró de que nadie volviera a decidir por él. No podía borrar el pasado, pero al menos ahora… el rumbo le pertenecía.

Pensó en Lady Black, y torció un poco el gesto, como si su sola existencia fuera una ofensa a ese futuro que él intentaba defender.

Pero, en ese instante, ni siquiera a ella le concedía ese poder.

Le había escrito varias veces desde aquella noche en que la dejó plantada. Cartas que se acumulaban como recordatorios de algo que ya no le interesaba sostener. Apenas tuvo ánimo para responderle una vez, escuetamente, que estaría fuera de la ciudad por un tiempo.

Y ahora que había vuelto… no tenía la menor intención de verla.

—Cada uno lleva una cruz diferente, supongo —dijo él tras un leve suspiro, apoyando los antebrazos sobre sus rodillas, con la mirada

perdida en algún punto del suelo—. La tuya eran unos padres que decidían cada pequeño detalle de tu vida… —hizo una pausa breve, como si el recuerdo le rozara demasiado cerca—. Y me hace recordar a los míos. Apretaron tanto la garganta de sus hijos… que no nos dejaron más remedio que huir.

Grace giró el rostro hacia él, observándolo con una sorpresa que no se molestó en ocultar.

¿Padres? ¿Hermanos?

Hasta ese momento, Sebastien había sido para ella una suma de fragmentos: el hombre del burdel, el que conocía secretos oscuros, el que hablaba de barcos, de niños vendidos, de un mundo que parecía no tener origen.

Pero aquello… aquello implicaba algo anterior. Un inicio. Una familia.

Como si hubiese seguido el curso exacto de sus pensamientos, él esbozó una sonrisa breve y negó con la cabeza, casi con ironía.

—Mis padres son los condes de Lavoisier , de Francia —dijo, con una naturalidad que no hacía justicia al peso de sus palabras.

Para Grace, en cambio, aquello cayó como un trueno.

—¿Condes?

Su voz salió más alta de lo que pretendía, y sus ojos se abrieron con incredulidad.

Sebastien dejó escapar una pequeña risa, ladeando apenas la cabeza.

—Oh, no es para tanto…

Grace abrió la boca, pero ninguna de las muchas cosas que pensó logró salir. Aquello no encajaba. No con él. No con su historia. No con nada de lo que había visto o escuchado.

—Sí, soy el cuarto hijo de una familia de condes, pero… —se encogió levemente de hombros—. Bueno, tú viviste un encierro religioso, una vigilancia constante. En mi caso… a mis hermanos y a mí nos anularon por completo. Nuestro destino, si no éramos el heredero, era uno solo: sotana o convento.

Las piezas comenzaron a moverse en la mente de Grace, encajando con una claridad inquietante.

Sacerdote. Francés. Chevalier…

Había un hombre en Bath que reunía todos esos elementos.

—A los nueve años —continuó él, con la voz más baja, más lejana— mi vida era rezar, ayunar, pasar horas de rodillas frente a imágenes que no significaban nada para mí. Todo giraba en torno a la catequesis, a las escrituras, a repetir palabras que otros habían decidido que debían importarme…

Se interrumpió un instante. Su mandíbula se tensó apenas.

—Pero cuando mi hermana se suicidó intentando huir de esa vida… —el silencio que siguió fue denso, pesado— entendí que no podía seguir allí.

Grace contuvo el aliento. Una punzada le atravesó el pecho al imaginarlo: un niño, apenas un niño, enfrentándose a algo así.

—Así que reuní el valor que pude… —añadió él, más seco— y hui.

Ella quería preguntar. Su mente ardía con preguntas: la edad de su hermana, el dolor, el después…

Pero no encontró el momento. Él no dejó espacio.

—A veces me pregunto qué habría sido de mi vida si no lo hubiese hecho —prosiguió, mirando al frente, con una calma que no era del todo real—. Probablemente habría hecho como Jacques. Habría entrado a la iglesia… para luego abandonarla y vivir como me diera la gana.

Grace frunció levemente el ceño.

—¿Jacques… Chevalier?

Sebastien soltó una risa breve, cargada de una ironía oscura que le endureció las facciones.

—Ese hijo de puta… es mi hermano.

Esta vez, Grace se llevó ambas manos a la boca, no por la grosería, que ya no la sorprendía, sino por la revelación.

—No, eso no lo sabe nadie más —añadió él, como si hubiese escuchado la pregunta en su mente—. Sería una vergüenza para él.

—Lo dudo —murmuró ella, todavía procesándolo.

Sebastien se encogió de hombros, restándole importancia, pero su mirada se había endurecido.

El silencio que siguió no fue incómodo, pero sí más denso. Más consciente.

Después de unos segundos, él extendió la mano, como si necesitara anclarse a algo, y tomó la de ella.

—Hui… —repitió, más despacio— y luego fui vendido—. Sus dedos se tensaron apenas alrededor de los de Grace—. Y prostituido.

Su voz había cambiado. Más grave. Más baja; tenía algo que no era inseguridad hacia ella… sino una incomodidad más profunda, más antigua. Como si aquellas palabras, aun dichas en voz baja, siguieran teniendo filo.

—Perdí todo dominio sobre mi cuerpo. Sobre mi vida… —añadió, con la mirada fija al frente, evitando la de ella—. Hasta que volví a huir —. Soltó una breve risa sin humor—. Pensarás que toda mi vida he estado huyendo.

Grace apretó con suavidad su mano, entrelazando mejor los dedos, obligándolo a sentirla.

—Y no tendría nada de malo que así fuera —dijo con firmeza—. Porque si no te gusta el sitio donde estás… lo más sensato es marcharte, ¿no?

Él no respondió de inmediato. Pero asintió.

Aun así, algo en su expresión no se relajó del todo.

Había más. Mucho más. Pero las palabras se le habían quedado atascadas en la garganta. La amargura, el resentimiento, todo aquello que creía haber enterrado, había subido de golpe, impidiéndole continuar.

Grace lo notó.

Se acercó un poco más, con naturalidad, y apoyó la cabeza en su hombro. Su peso fue ligero, pero suficiente para romper la tensión.

Suspiró.

—Tal vez por eso es que me gustas.

Las palabras cayeron suaves… pero hicieron el efecto de un golpe.

Sebastien parpadeó, como si lo hubiesen sacado de un lugar oscuro.

—¿Qué?

Grace no se movió de su sitio.

—Fue por eso que impediste que yo me vendiera en tu burdel, ¿verdad? —murmuró—. Ahora lo entiendo… y te lo agradezco. Era una hipócrita. No sabía lo que hacía.

Él giró apenas el rostro hacia ella, intentando encontrar sus ojos.

—Grace… ¿yo te gusto?

Ella alzó la cabeza entonces, mirándolo con el ceño fruncido, casi ofendida por la pregunta.

—¿Lo dudas?

—Bueno…

—Señor Chevalier —replicó ella, con un deje de ironía—, no ando besando caballeros por ahí.

—Pero querías pagarme para que te quitara la virginidad.

—No le habría hecho esa propuesta a nadie más.

—Oh… —sonrió él, ladeando la cabeza—. Me ofreciste dinero, pero ¿ya te gustaba desde entonces?

—Solo quería ser justa. Pagar por tus servicios—. Sebastien dejó escapar una carcajada—. Si te hubiese propuesto una simple aventura —preguntó ella indignada—, ¿habrías aceptado?

Él la miró entonces con seriedad, sin rastro de burla.

—Tal vez.

—Mentiroso —replicó ella de inmediato.

No alcanzó a apartarse cuando él la sujetó suavemente del brazo, atrayéndola hacia sí. La cercanía cambió el aire entre ambos.

—No miento —dijo en voz baja—. A ti, nunca te he mentido.

Aquello la dejó en silencio.

Y, sin darle tiempo a pensar más, Grace acortó la distancia y lo besó.

Esta vez, fue ella quien lo tomó por sorpresa.

Pero pronto correspondió a su beso.

No fue inmediato, sino un instante después, como si algo en él hubiese tenido que rendirse primero. Y entonces lo hizo sin reservas, con una intensidad que no nacía solo del deseo, sino de una comprensión repentina, casi violenta: todo aquello que había estado pensando, sintiendo, resistiendo… tenía un nombre.

Ella también le gustaba.

No. La palabra "gustar" se quedaba muy, muy corta.

La piedra que durante años había ocupado el lugar de su corazón pareció latir, torpemente al principio, como si no recordara cómo hacerlo. Pero lo hizo. Y el golpe fue suficiente para desarmarlo.

El aire frío de la noche se filtraba entre los pilares de la glorieta, arrastrando consigo una niebla tenue que comenzaba a espesar el jardín, difuminando los contornos más allá de aquel refugio. El mundo, reducido a ese pequeño espacio, parecía haberse detenido.

Sebastien rompió el beso solo para atraerla hacia sí, rodeándola con ambos brazos, apretándola contra su pecho como si temiera que pudiera desvanecerse entre la bruma.

La necesitaba cerca.

Más cerca.

Quiso decirle muchas cosas. Demasiadas. Las palabras se agolparon en su garganta, torpes, inútiles frente a algo que apenas empezaba a comprender. Los sentimientos que acababa de descubrir no sabían aún cómo convertirse en lenguaje.

Así que no dijo nada.

Y, aun así, era suficiente.

Porque estaba… feliz.

Había conocido la satisfacción antes, sí. La fría, la que llega con los logros, con los negocios cerrados, con el peso del dinero en la mano o el sabor metálico de una venganza cumplida. Había conocido esa clase de victoria que llena, pero no abriga.

Esto era distinto.

Esto no tenía nada que ver con ganar.

Era una calidez suave, persistente, que no venía de fuera sino de entre sus brazos, del leve peso de ella contra su cuerpo, de la confianza implícita en cómo se había quedado allí, sin resistencia.

Era feliz… solo por tenerla.

Porque Grace, sin darse cuenta, había cruzado todos los límites: era su confidente, su amiga… y la mujer que más deseaba en el mundo.

Nunca se había sentido así.

Y, para su sorpresa, le gustaba.

Una sonrisa apenas perceptible curvó sus labios mientras inclinaba el rostro para besarle la mejilla, con una suavidad que contrastaba con la firmeza con la que la sostenía. Hubo en ese gesto algo más que ternura: una intención silenciosa de resguardarla, de protegerla de todo lo que él sabía que existía fuera de ese instante.

Como si quisiera guardarla en un lugar intacto.

Lejos de todo. Lejos incluso de lo que él mismo era.

Había visto a Grace antes. La recordaba: una figura discreta, casi invisible, con una voz que parecía pedir permiso para existir. Correcta. Callada. Fácil de ignorar.

Sí, era bonita. Y sí, había notado en ella cierta sensatez.

Pero esa Grace… jamás habría sostenido su mirada de ese modo. Jamás lo habría besado con esa decisión. Jamás habría tenido el valor de cruzar una puerta y cambiar su destino.

Por eso, pensó, debía agradecer, a quién, no sabía, que lo hubiera hecho.

El frío se intensificó con una ráfaga que se coló entre las columnas, haciendo que Grace se estremeciera apenas. Sebastien lo notó de

inmediato. Sin soltarla del todo, movió su capa y la envolvió con ella, atrayéndola de nuevo, de modo que ambos quedaron cubiertos, compartiendo el calor que lograban conservar.

El gesto no fue ceremonioso. Fue instintivo. Casi necesario.

Y entonces, como si el contacto hubiese terminado de abrir una compuerta que llevaba años cerrada, comenzó a hablar.

Le habló de Isabelle.

Su voz cambió al nombrarla, volviéndose más baja, más lenta, como si cada palabra tuviera que abrirse paso entre recuerdos que aún dolían. Le habló de la casa de su infancia, de sus muros silenciosos, de las reglas que asfixiaban más que protegían.

Le habló de Jacques.

Ahí hubo dureza. Un filo apenas disimulado. La culpa, el rencor, todo lo que no había sido resuelto y probablemente nunca lo sería.

Y luego, con menos detalle, pero con una seriedad distinta, mencionó a Lady Black. No se detuvo en describirla; no hizo falta. Su tono era más una advertencia implícita, una sombra.

Como si bastara con decir su nombre para entender el peligro.

Como si, en el fondo, estuviera diciéndole: si alguna vez la ves… huye.

Grace no lo interrumpió. Escuchó.

En silencio, atenta, absorbió cada palabra como si fueran piezas de un rompecabezas que, por fin, comenzaba a tener sentido. Memorizó nombres, unió historias, trazó líneas invisibles entre el niño que había sido y el hombre que tenía ahora frente a ella.

Comprendió, entonces, cómo había llegado a ser quien era.

Cómo podía moverse con naturalidad entre nobles sin inclinar la cabeza, sin buscar aprobación. Había algo en él que no se enseñaba, que no se adquiría: ese sentido silencioso de pertenencia.

Sebastien no fingía encajar.

Encajaba.

Porque, en algún lugar de su historia, ese mundo también había sido suyo.

Y tal vez, pensó ella, aún lo era… aunque él se negara a reclamarlo.

Hablaron mucho. O, más bien, él habló.

Como un caudal que llevaba demasiado tiempo contenido y que, una vez liberado, ya no encontraba cómo detenerse. Las palabras salían con una urgencia contenida, no desesperada, pero sí constante, como si temiera que, de callar, todo volviera a cerrarse.

Y cuando finalmente lo hizo, cuando el silencio regresó, no fue abrupto.

Fue… necesario.

Quedaron allí, bajo la glorieta, envueltos en la misma capa, mientras la niebla terminaba de adueñarse del jardín y la noche se volvía más cerrada, más íntima.

Grace pensó en agradecerle, pero le pareció insuficiente.

Él pensó en hacer lo mismo, pero le resultó torpe.

Y así, sin añadir nada más, se quedaron en silencio.

Respirando el mismo aire frío, compartiendo el mismo calor, suspendidos en un instante que ninguno quiso romper.

25

Regresaron a El Corsé Roto cuando la noche ya había avanzado lo suficiente como para que el bullicio estuviera en su punto más alto. La música se filtraba desde el salón principal, risas, copas chocando, voces que se entremezclaban en una melodía caótica y familiar. Pero para ambos, aquella noche parecía moverse en otro ritmo, más lento, más íntimo.

Sebastien no la soltó en ningún momento.

Su mano permanecía firme en la de Grace mientras atravesaban los pasillos, y aunque nadie se atrevió a detenerlos, más de una mirada curiosa los siguió. No era extraño verlos juntos, pero había algo distinto. Algo en la manera en que él la miraba, en cómo ella se inclinaba apenas hacia él, como si existiera un hilo invisible que los mantuviera unidos.

Cuando por fin cerró la puerta de su habitación tras ellos, el mundo quedó fuera.

No hubo prisa.

Sebastien apoyó la espalda contra la madera durante un segundo, observándola. Grace seguía envuelta en su capa, el cabello ligeramente desordenado por la humedad de la noche, los labios aún hinchados por sus besos. Sus ojos, sin embargo… sus ojos estaban distintos. Más abiertos, más luminosos. Como si todo lo que habían compartido allá afuera todavía latiera dentro de ella.

Grace fue la primera en moverse.

Dejó caer la capa con suavidad sobre una silla y dio un paso hacia él, sin decir nada. No hacía falta. Sebastien entendió, y sonrió.

La atrajo hacia sí con una mano en su cintura, inclinándose para besarla, y esta vez no hubo juego ni distracción. Fue un beso profundo, sostenido, como si ambos estuvieran confirmando algo que ya sabían.

Las manos de Grace, que antes dudaban, ahora no lo hacían.

Lo tocaba con más seguridad, recorriendo su pecho, sus hombros, como si ya conociera el mapa de su cuerpo y aun así quisiera memorizarlo de nuevo. Había todavía torpeza, sí, pequeños titubeos en la forma en que se movía, pero en lugar de restarle fuerza, aquello lo volvía todo más intenso.

Sebastien sintió cómo su control, ese que había sostenido durante semanas, empezaba a resquebrajarse.

La llevó hasta la cama sin separarse de sus labios, ayudándola a acomodarse entre las sábanas, y se inclinó sobre ella con una mezcla de deseo y algo más… algo que no había estado antes. No

era sólo hambre. Era cuidado. Era una necesidad distinta, más profunda.

Grace lo miró desde abajo, con una expresión que lo desarmó por completo.

No había miedo. No había duda. Sólo había entrega.

—Sebastien… —murmuró, apenas, como si su nombre fuera suficiente.

Y lo fue.

La besó de nuevo, más lento esta vez, dejando que el momento se extendiera, que cada caricia tuviera efecto, que cada suspiro encontrara su lugar. No había urgencia, no como otras noches, no como otros encuentros que había tenido en su vida. Esto… esto era distinto.

El tiempo dejó de importar.

Se movieron juntos, explorándose, reconociéndose de una forma nueva, más íntima, más honesta. Cada reacción de ella lo sorprendía, cada respuesta lo arrastraba un poco más. Y cuando Grace se aferró a él, buscándolo sin reservas, algo dentro de Sebastien cedió por completo.

La deseaba.

La deseaba como nunca había deseado a nadie.

Y por un instante… sólo un instante… estuvo a punto de dejar de contenerse.

Su cuerpo reaccionó antes que su mente, acercándose más, cruzando ese límite que había evitado con tanto cuidado. Grace no se apartó. Al contrario, lo recibió, confiando en él de una manera que lo golpeó con más fuerza que cualquier otra cosa.

Fue entonces cuando el pensamiento llegó.

Brusco. Inesperado.

¿Y si la embarazaba?

Si tan sólo cedía a ese deseo animal que gobernaba sobre él en este momento, era altamente probable que ella se quedara embarazada.

Las chicas de este lugar seguían métodos y trucos para evitarlo, pero dudaba que Grace los practicara, o que luego quisiera deshacerse de un bebé que crecía en su vientre. Entonces, tendría que contenerse. Otra vez.

Gruñó y se acomodó de nuevo entre sus piernas. El deseo rugía, y estaba más que listo para entrar en ella y llegar al fondo marcándola como suya para siempre.

Pero no podía permitir que un bebé, un hijo suyo y de Grace, creciera aquí.

Gimió.

No era una idea abstracta; cada vez iba tomando más forma, haciéndose más real, con cada segundo que pasaba.

Si acaso se dejaba llevar, su hijo crecería en un burdel, entre risas vacías, humo, hombres ebrios, mujeres que aprendían a sobrevivir como podían. Sería un niño oyendo lo que no debía, viendo lo que no debía, respirando ese ambiente que él mismo había aceptado como inevitable.

Su cuerpo se tensó, y se detuvo.

Grace frunció apenas el ceño, confundida por el cambio, pero no dijo nada. Sus manos, que aún descansaban sobre él, no lo empujaron ni lo retuvieron. Esperó.

Sebastien cerró los ojos un instante, apoyando la frente contra la de ella, intentando ordenar el torbellino que se había levantado en su mente.

No, no podía. No así.

La besó de nuevo, pero esta vez con una suavidad distinta, casi reverente, como si estuviera pidiendo perdón por algo que ella aún no comprendía del todo. Sus manos cambiaron el ritmo, guiándola de nuevo hacia ese territorio que ya conocían, ese donde podía darle placer sin cruzar ese último umbral.

Grace respondió sin cuestionar.

Y aunque una parte de él seguía ardiendo, otra, más nueva, más firme, se mantuvo en su decisión.

Más tarde, cuando el cansancio finalmente los alcanzó, Grace se acomodó contra su pecho, respirando con calma, sus dedos aún enredados en la tela de su camisa.

Sebastien no durmió.

Miraba el techo, una mano reposando sobre el cabello de ella, sintiendo el peso ligero de su cuerpo contra el suyo, y su mente no dejaba de moverse.

Un niño.

La imagen volvía una y otra vez.

No le asustaba, y eso era lo más extraño. No le asustaba la idea de tener un hijo. Le asustaba no poder ofrecerle nada mejor.

Giró apenas el rostro, mirando el contorno de Grace en la penumbra. Su respiración era tranquila, confiada. Dormía como si el mundo fuera un lugar seguro.

Y él… él sabía que no lo era. No aquí. No en ese lugar.

Apretó la mandíbula, sintiendo cómo una nueva decisión empezaba a tomar forma, lenta pero inevitable.

Necesitaba un hogar, no una habitación, no un refugio improvisado.

Un hogar.

Un lugar donde Grace pudiera caminar sin miedo, donde un niño, si llegaba a existir, pudiera crecer sin cargar con la sombra de ese mundo desde el primer día.

Como las aves, pensó con una ironía silenciosa, que primero construyen el nido.

Y luego…

Luego permiten que la vida ocurra.

Cerró los ojos por fin, aunque el sueño tardó en llegar, porque ahora no sólo tenía algo que proteger.

Tenía algo que construir.

A la mañana siguiente, Sebastien no esperó.

Apenas el sol despuntó y el bullicio del burdel empezó a desperezarse, él ya estaba vestido y fuera, montando con una determinación que no le dejó espacio a la duda. No había dormido más que un par de horas, pero su mente estaba clara, enfocada. Tenía algo que hacer.

Y sabía exactamente a quién acudir.

La casa de Jacob Smith no quedaba lejos, pero sí lo suficiente como para marcar una diferencia evidente entre ambos mundos. Cuando Sebastien desmontó frente a la propiedad, recorrió la fachada con una mirada breve, casi crítica.

Rosewood Grove era magnífica, al nivel de cualquier mansión noble, el aviso de que las jerarquías en el mundo estaban cambiando, y de que el dinero valía tanto como un noble linaje.

Soltó una pequeña exhalación antes de acercarse a la puerta.

Un sirviente abrió, lo reconoció de inmediato, y sin hacer preguntas lo hizo pasar.

Jacob apareció pocos segundos después, ajustándose los puños de la camisa, como si lo hubiesen sacado de alguna tarea.

—Vaya —dijo con una sonrisa abierta—. Pero si es el mismísimo Sebastien Chevalier. ¿A qué debo esta visita tan… temprana? —preguntó con ceño, algo divertido—. ¿No eres una criatura nocturna? ¿No es demasiado temprano para ti?

—Buenos días, Smith —murmuró Sebastien, y la sonrisa de Jacob se amplió. Sebastien a veces echaba de menos esos tiempos en que se caían mal el uno al otro.

Hizo un gesto amplio con la mano.

—Bienvenido a mi humilde morada.

Sebastien giró ligeramente sobre sí mismo, recorriendo con la mirada el recibidor, los muebles, la amplitud del espacio, los detalles que hablaban de dinero bien invertido.

—Humilde —repitió con una leve ironía—. Tendré que replantearme el significado de esa palabra.

Jacob soltó una risa breve.

—Es cuestión de perspectiva. ¿Qué te trae por aquí? —Sebastien no dio rodeos.

—Necesito una casa—. Jacob alzó apenas las cejas, pero no interrumpió—. Una casa grande —continuó Sebastien—. No una propiedad de inversión. No un negocio. Una casa para vivir. Para una familia.

El silencio que siguió no fue incómodo, sino atento.

Jacob se cruzó de brazos, observándolo con más detenimiento ahora, como si estuviera leyendo entre líneas.

—¿Y el presupuesto? —Sebastien mencionó una cifra.

Jacob no reaccionó con sorpresa; no conocía la renta anual de Sebastien, pero sabía que no era cualquier cosa. Asintió al escuchar la cifra, evaluando mentalmente.

—Bien —dijo al cabo de un momento—. Eso nos da margen. Bastante margen, de hecho. Puedo ofrecerte varias opciones en Bath y sus alrededores. Algunas listas para habitar, otras que requerirían ciertas mejoras… —hizo una pausa breve—. Que, por supuesto, puedo encargarme de gestionar.

Sebastien inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Tiempo?

—Depende de lo que elijas. Si buscas algo completamente adecuado desde el inicio, podríamos hablar de semanas. Si quieres hacer modificaciones más profundas… meses.

Meses.

Ay. Eso era alargar la tortura de anoche a niveles dolorosos.

Jacob, que lo observaba atentamente, notó la tensión en su gesto.

—Podemos acelerar ciertos procesos —añadió con calma—. La mano de obra no es un problema si el dinero tampoco lo es.

Sebastien asintió, pero su mente ya iba más rápido que la conversación.

—Quiero verlas —dijo—. Antes de decidir.

—Por supuesto.

Jacob descruzó los brazos y dio un par de pasos, pensativo, como si estuviera organizando opciones.

—Aunque… —añadió con ligereza, volviéndose hacia él—, necesitaré un detalle.

Sebastien frunció levemente el ceño.

—¿Qué detalle?

—El color favorito de tu dama.

Hubo un instante de silencio, muy corto, pero lo suficientemente significativo como para que ambos comprendieran qué era lo que realmente se estaba preguntando.

Sebastien no respondió de inmediato. No porque no supiera la respuesta, sino porque, al hacerlo, algo cambiaba. Era… admitirlo, ponerle un nombre, hacer público lo que tenía con Grace.

Jacob no dijo nada, pero su mirada se volvió apenas más aguda, más interesada.

Sebastien exhaló suavemente.

—Azul—. La respuesta salió sin esfuerzo, suave, con una sonrisa velada, de hecho—. Es el color que más usa —añadió, casi sin darse cuenta—. Y el que mejor resalta sus ojos.

Jacob sonrió.

No con burla. Con comprensión.

—Bien —dijo, retomando el tono práctico—. Eso me ayuda más de lo que crees. La luz, los espacios, los acabados… todo puede jugar a favor de eso.

Sebastien asintió, aunque apenas lo estaba escuchando en ese punto. Acababa de admitir algo grande, y otra vez, como anoche pensando en un bebé, no había retrocedido, sino que, como un jabalí, se había ido de frente y de cabeza.

Jacob continuó:

—Organizaré algunas visitas. Podemos empezar hoy mismo, si tienes tiempo.

Sebastien levantó la vista hacia él.

—Hoy es perfecto —dijo sin dudar.

Jacob lo estudió un segundo más, y esta vez su sonrisa tuvo un matiz distinto. Más sutil. Más… perspicaz.

—Hoy, entonces.

Sebastien no había avanzado más de unos cuantos metros desde la casa de Jacob cuando lo vio.

El carruaje oscuro estaba detenido en un recodo del camino, medio oculto por la niebla baja de la mañana. No había escudo, ni distintivo, pero no lo necesitaba. Había aprendido a reconocer su presencia sin verla siquiera.

Exhaló por la nariz, lento.

Pero claro. Era cuestión de tiempo que ella hiciera valer su presencia, y se impusiera.

El cochero permanecía inmóvil en su puesto, pero la portezuela se abrió apenas, lo suficiente para revelar el interior en penumbra.

Una invitación a entrar. O, más bien, una orden.

Sebastien apretó la mandíbula un instante, evaluando sus opciones. Podía marcharse. Podía ignorarla otra vez. Pero aquello no terminaría. No con ella.

No así.

Giró sobre sus talones y, sin pedir permiso, abrió la portezuela y subió.

El interior olía a ese perfume oscuro que siempre la precedía. Especiado. Denso. Inconfundible.

Lady Black estaba recostada en el asiento, envuelta en terciopelo negro, como si la luz misma evitara tocarla. Sus ojos, delineados con precisión, se clavaron en él en cuanto cerró la puerta.

—Vaya —dijo con suavidad—. Aún recuerdas cómo encontrarme.

Sebastien no se sentó de inmediato. La miró desde arriba, sin prisa.

—Nunca has sido difícil de encontrar —respondió al fin, tomando asiento frente a ella.

El carruaje permanecía inmóvil, pero el aire dentro parecía cargado, como antes de una tormenta.

Ella lo observó unos segundos en silencio, recorriéndolo con la mirada, deteniéndose apenas en su rostro, como si buscara algo que ya no estaba.

—Meses —murmuró finalmente—. Meses sin una palabra, sin una visita. Sin… cumplimiento.

No había alzado la voz, pero cada palabra llevaba filo.

Sebastien apoyó un brazo sobre el respaldo, relajado en apariencia.

—He estado ocupado—. Ella dejó escapar una risa breve, sin humor.

—Oh, lo sé. Bath entero parece saberlo. —inclinó apenas la cabeza —. Fiestas. Nobleza. Nuevas… compañías—. Hubo un corto silencio, pero Sebastien no se disculpó, y mucho menos se explicó, lo que la irritó—. Tenemos un acuerdo —continuó ella, más firme ahora—. Yo te doy información. Tú me das… lo que sabes dar.

Sebastien sostuvo su mirada sin pestañear.

—Teníamos.

Al escucharlo, Lady Black se quedó inmóvil, como si no hubiese entendido.

—¿Qué?

—Que teníamos un acuerdo —repitió él con calma—. Ya no.

Algo cambió en su expresión. No fue rabia inmediata. Fue desconcierto. Como si el mundo hubiese dado un pequeño giro inesperado.

—No eres nadie para decidir eso —dijo, más bajo, más peligroso—. No después de todos estos años.

—Precisamente por eso —respondió él, sin elevar la voz—. Porque han sido años.

Ella se inclinó hacia adelante, apenas.

—¿Qué estás haciendo, Sebastien? —Ahora, había algo distinto en su voz. No era sólo amenaza. Era incredulidad.

Él la sostuvo en silencio un instante antes de responder.

—Poniendo fin a algo que dejó de tener sentido hace mucho—. Los ojos de Lady Black se oscurecieron.

—Lo nuestro no es algo que puedas desechar como si nada —dijo—. No es un capricho.

—No —concedió él—. Fue útil. Para ambos—. Eso la golpeó. Se notó cuando echó su cuerpo atrás, como si algo hubiese dado directo en el centro de su pecho.

—¿Útil? —repitió, con una sonrisa tensa—. ¿Eso es lo que fue para ti? —Sebastien no suavizó el impacto.

—¿Y de qué otro modo lo podría calificar? ¿Creíste acaso que había sentimientos? Ninguno de los dos tiene eso.

Ella soltó un leve quejido, como si cada palabra la tomara por sorpresa, como si nunca se lo hubiese esperado de él. Inhaló con dificultad, como si el aire se hubiera vuelto insuficiente.

—Yo te di poder —dijo, apretando apenas los dedos sobre su falda —. Te abrí puertas. Te enseñé a moverte en este mundo.

—Y yo pagué cada favor —respondió él, firme—. Más de lo necesario —. Sus miradas chocaron—. No me debes nada —añadió—. Y yo no te debo nada a ti.

Aquello fue peor que cualquier insulto.

Lady Black lo miró como si no lo reconociera.

—Te olvidas de quién soy.

Sebastien se inclinó apenas hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas, acercándose lo justo.

—No —dijo en voz baja—. Lo tengo muy claro—. Guardó silencio un segundo, dos, para luego decir: —Pero también sé quién soy yo ahora.

Ella sonrió con burla.

—¿Y qué eres, exactamente? —susurró—. ¿Un caballero? ¿Un hombre respetable?

Sebastien esbozó una sonrisa leve, sin humor.

—No —le respondió. Luego, se incorporó despacio—. Pero tampoco soy tuyo.

El golpe fue directo. Definitivo.

Lady Black abrió los labios, pero no salió ninguna palabra. Por un instante, sólo por uno, pareció… desarmada.

Como si no supiera cómo responder a eso.

Sebastien llevó la mano a la portezuela.

—De ahora en adelante —añadió—, si necesitas algo, se paga como todo lo demás. Información por información. Favor por favor—. La miró por última vez—. Nada más.

Y abrió la puerta.

—¡Sebastien! —lo llamó ella, por primera vez sin control. Él se detuvo, pero no se giró—. Te equivocas si crees que puedes salir de esto sin consecuencias.

Sebastien no supo identificar si aquello era una amenaza o un ruego. Aun así, con ella, siempre era mejor asumir lo peor.

Giró apenas el rostro, lo justo para que su perfil quedara visible.

—Ya lo hice —dijo, y descendió del carruaje.

La puerta se cerró con un golpe seco.

Dentro, Lady Black permaneció inmóvil varios segundos, mirando el espacio vacío que había dejado.

Luego, muy despacio, llevó una mano a su rostro.

La lágrima descendió oscura, arrastrando el delineado, marcando un surco negro sobre su piel.

Esto era el dolor, uno que se había vuelto constante, pero que esta vez venía acompañado de algo que ella no podía perdonar: la humillación.

—A mí… —susurró— nadie me deja.

Sus dedos se cerraron con fuerza sobre el terciopelo de su vestido, y en sus ojos, el dolor empezó a transformarse en otra cosa.

Ira. Un odio profundo que cobraba forma y se robaba un rostro. Uno joven y lozano.

La casa de lady Bedford, donde se celebraba la soirée a la que Grace fue invitada para cantar no era ostentosa, pero sí impecable.

Grace lo percibió apenas cruzó el umbral: no había ostentación, sino armonía. Todo parecía dispuesto para ser visto sin esfuerzo, como si cada objeto hubiese encontrado su lugar por voluntad propia. La luz de la tarde se filtraba en tonos dorados, acariciando las telas, las flores, los rostros.

Y, sin embargo, nada de eso era lo más importante.

Era ella, lady Bedford.

La condesa no estaba en el centro del salón, pero lo dominaba sin necesidad de moverse. Su porte, su mirada atenta, la forma en que recibía a cada invitado… todo en ella hablaba de autoridad sin dureza.

Al verlas llegar, avanzó para saludarlas.

—Señorita Barlow —dijo con una sonrisa serena, inclinando apenas la cabeza—. Es un placer tenerla en mi casa.

Grace respondió con la misma medida de respeto.

—El placer es mío, mi lady.

La mirada de lady Bedford se deslizó entonces hacia Olive y Georgiana, evaluándolas con una rapidez que no era descortés, pero sí precisa.

—Y sus acompañantes.

—Amigas —dijo Grace.

La condesa asintió.

—Entonces son bienvenidas también—. No hubo más énfasis que ese, pero bastó, porque en ese salón, la palabra de la anfitriona era todo lo que importaba.

Aun así, las miradas sobre ellas no desaparecieron, sino que se transformaron. Había curiosidad, sí. Interés. Incluso cierta cautela,

pero ya no eran intrusas sin respaldo.

Eran invitadas de lady Bedford, y eso, por supuesto, cambiaba las reglas.

Grace se había estado preparando para esta ocasión durante semanas. Ya el invierno tocaba este lado del mundo, pero no paró de ensayar, buscar canciones adecuadas para este público, y vestuario. El día por fin había llegado, y aquí todo podía salir muy bien, o terriblemente mal.

Con la nobleza, le había advertido Sebastien, no había punto medio.

Las primeras conversaciones fueron amables. Preguntas suaves, comentarios ligeros. Todo dentro de una cortesía impecable que, sin embargo, no ocultaba del todo el examen.

Grace lo sentía. No era hostilidad, era… expectativa.

Tal vez esperaban que una de ellas metiera la pata, dijera o hiciera algo inapropiado, o hasta escandaloso. Eso, seguramente, les daría tema de conversación para el resto de sus vidas.

Olive y Georgiana se movían con naturalidad, respondiendo con inteligencia, sin exagerar, sin intentar demostrar más de lo necesario. Y poco a poco, el ambiente se volvía más fluido.

—Debe de ser una experiencia particular —dijo lady Berenice, una de las invitadas, con una sonrisa delicada— desenvolverse en… tantos entornos distintos. No todas tenemos esa oportunidad.

No fue un ataque abierto, pero sí una delicada provocación. Al parecer, no renunciarían fácilmente a su jugoso chisme.

Grace sintió cómo el murmullo alrededor se afinaba. Nadie intervenía, ya fuera para defenderlas o atacarlas. Todas estaban a la expectativa. Incluso lady Bedford.

Olive dejó su taza con tranquilidad.

—La experiencia enseña a adaptarse —respondió Olive, con una ligereza que no ocultaba del todo la intención—. Algunas aprendemos dentro de los límites… y otras, cuando decidimos cruzarlos.

Lady Berenice, que a lo sumo tendría veinte años, inclinó apenas la cabeza, sin perder la sonrisa.

—¿Cruzar el límite? —sonrió meneando la cabeza—. Muchas no tenemos la necesidad de hacerlo.

Georgiana dejó su taza con calma, mirándola por primera vez de forma directa.

—Oh, en algún momento de la vida, todas sentimos esa necesidad —dijo con suavidad—. La diferencia está en si se hace en silencio… o si se convierte en el tema de conversación favorito en todo Bath.

El comentario quedó suspendido un instante, todas las miraban sorprendidas, algunas, fascinadas. Seguro, pensó Grace, se estaban preguntando qué límites habían cruzado estas damas. Algunas quizá se estaban preguntando si eran ejemplo adecuado para las más jóvenes.

—Me alegra ver —dijo lady Bedford acercándose apenas— que mis invitadas saben sostener una conversación interesante—. Su mirada pasó por la joven que había hablado, y aunque su expresión no cambió, hubo algo en ella… definitivo—. Después de todo —continuó —, no invito a cualquiera a mi casa.

La frase fue suave, pero cerró el tema, y de allí en adelante, no hubo réplica, ni preguntas punzantes. Si esto había sido una prueba, había terminado.

A partir de ahí, el ambiente cambió, no de forma abrupta, pero las preguntas ahora eran más amables, más sinceras.

Cuando Grace cantó, el salón se aquietó sin esfuerzo. Todas comprendieron entonces por qué se había vuelto tan famosa de la noche a la mañana. La voz que antes elevaba alabanzas, ahora cantaba en salones sociales, y era hermosa.

—Estas presumen ser damas nobles, pero no son más que mercaderes —se quejó Olive al final, alcanzándole a Grace un vaso de agua. La habían hecho cantar hasta que se acabó su repertorio, y aun entonces, pidieron más.

Fue lady Bedford quien ofreció otros entretenimientos.

—Tenían que hacer valer la invitación —sonrió Georgiana con diversión—. Pero creo que ya podemos irnos. Me he divertido, pero tengo un hijo pequeño en casa.

—También yo —suspiró Olive.

A pesar de las quejas, las despedidas fueron diferentes al saludo de llegada. Varias de las damas se mostraron más cercanas, preguntándoles si podrían invitarlas a sus propios hogares en el futuro.

Olive, que sabía el valor de los buenos contactos, no desaprovechó ninguna oportunidad. No estaba aquí por Jacob, pero si esto podía beneficiarlo, no lo dejaría pasar.

—Ha sido una tarde agradable —dijo lady Bedford llevándolas a la entrada—. Confío en que no será la última.

Grace inclinó la cabeza.

—Eso espero, mi lady.

Y esta vez, la sonrisa de la condesa tuvo algo más, algo parecido a la aprobación.

La noche había caído por completo cuando Grace salió de la mansión de lady Bedford.

El aire era frío, más de lo que había sido al llegar. Una neblina ligera comenzaba a asentarse sobre las calles, difuminando los faroles y volviendo todo un poco irreal, como si Bath hubiese decidido ocultarse bajo un velo.

Georgiana y Olive habían tomado ya sus carruajes, que las llevarían a sus casas, con sonrisas satisfechas y un agradecimiento por haberlas traído con ella a esta reunión. De otro modo, tal vez, no les habría sido posible tal oportunidad, y Grace sólo se encogió de hombros.

Siempre habían sido ellas quienes la ayudaran, las que la respaldaran. Se sentía bien, por una vez, ser útil en algo.

Se ajustó la capa sobre los hombros mientras descendía los escalones. Aún llevaba en el cuerpo la energía de la velada, las

conversaciones, las miradas. Sonrió para sí misma.

Había salido bien, mejor de lo que había esperado.

El cochero ya tenía listo el carruaje. Un hombre abrió la portezuela, y Grace subió sin pensarlo demasiado, levantando apenas las faldas para no mancharlas.

—Al Corsé Roto —indicó, acomodándose en el asiento.

La puerta se cerró, y el carruaje echó a andar.

Durante los primeros minutos, todo fue normal. El suave traqueteo de las ruedas, el balanceo acompasado, y el sonido distante de algún otro carruaje perdiéndose en la noche eran tan familiares como siempre.

Grace apoyó la cabeza contra el respaldo, dejando salir un suspiro.

Pensó en Olive, en Georgiana. En cómo se habían defendido. En lo que vendría después.

Pensó en Sebastien, y sonrió. En cuanto llegara, le preguntaría cómo le había ido, le pediría detalles, nombres, todo, y ella se sentaría y le describiría todo.

Un brusco giro del carruaje la sacó abruptamente de sus pensamientos, y frunció el ceño.

No dijo nada al principio, pero su cuerpo se tensó. Miró hacia la ventanilla. La neblina hacía difícil distinguir el camino, pero… no reconocía esa ruta.

—¿Estamos tomando otro camino? —preguntó, alzando un poco la voz.

No hubo respuesta. El carruaje no disminuyó la velocidad.

Grace se inclinó hacia adelante, golpeando suavemente la pared que separaba al cochero.

—¿Señor? —Nadie contestó, y entonces, el carruaje se detuvo de golpe.

El mundo pareció inclinarse. Grace tuvo que aferrarse al asiento para no caer hacia adelante.

—¿Qué está pasando? —exigió, ahora sí, con alarma. La portezuela se abrió de un tirón.

El aire frío entró como una bofetada, y con él, una mano que tiró de ella con tanta fuerza que parecía querer romperle un hueso.

—¡Eh! —gritó Grace, intentando zafarse, aferrándose al borde del asiento—. ¡Suélteme!

Otra mano apareció, esta vez sujetando su muñeca, y la arrastraron hacia la salida.

Grace pateó, forcejeó, clavó los talones contra el suelo del carruaje, intentando resistir.

—¡Auxilio! —gritó, con todas sus fuerzas—. ¡Ayuda! —Pero no vino nadie.

Sólo la niebla, los faroles lejanos… y sombras.

Una vez afuera, sus zapatos resbalaron contra el suelo húmedo cuando cayó de rodillas. Antes de que pudiera incorporarse, alguien la sujetó por detrás.

Grace reaccionó por puro instinto. Giró el rostro y mordió la mano que la sujetaba.

Hubo un gruñido, seguido de una bofetada que le hizo ladear la cabeza y volver a caer al suelo.

El mundo estalló en luz blanca por un segundo, y el dolor le recorrió la mejilla, pero no se detuvo.

Se soltó lo suficiente para echar a correr.

No pensó. No miró atrás, sólo corrió tratando de adivinar qué ruta sería mejor, si seguir el camino, o adentrarse entre los árboles.

Las faldas le estorbaban, la capa se enredaba en sus piernas, pero corrió como nunca antes, con el corazón desbocado, el aire ardiendo en sus pulmones.

—¡Agárrenla! —ordenó una voz masculina a sus espaldas, y Grace escuchó pasos tras ella, rápidos, demasiado cercanos. Intentó aumentar su velocidad, no sabía cuánto tiempo llevaba corriendo, pero sus pulmones parecían querer reventar; los pies, lastimados por

la poca protección que ofrecían sus delicados zapatos, empezaban a doler.

Tropezó con una piedra, perdió el equilibrio por un momento, pero no cayó, sin embargo, perdió valiosos segundos. Siguió, desesperada, buscando una casa, una luz, cualquier señal de vida, pero no conocía el camino, y la oscuridad y la niebla le impedían orientarse, sin embargo, no se atrevía a detenerse, ni siquiera para mirar alrededor.

¿Dónde estaba?

Un tirón en su cabello la detuvo en seco. El grito se le quedó a medio camino cuando la hicieron girar con violencia. Perdió el equilibrio y esta vez sí cayó al suelo.

Intentó arrastrarse, pero una bota la presionó contra el suelo.

—Quieta —escupió la misma voz.

Grace respiraba con dificultad. El mundo giraba. La niebla, las luces, las sombras.

Sintió cómo la levantaban de nuevo, cómo la inmovilizaban, cómo le sujetaban los brazos con fuerza.

—¡Déjenme! —logró decir, con la voz rota—. ¡Por favor!

Nadie respondió.

Un pañuelo fue presionado contra su boca, y el olor la golpeó de inmediato. Fuerte. Dulzón. Sofocante.

Grace intentó apartar el rostro, contener la respiración, pero sus fuerzas ya no eran las mismas. El aire le faltaba. Sus movimientos se volvieron torpes, lentos.

La noche comenzó a cerrarse sobre ella.

Lo último que vio fue el interior oscuro de otro carruaje.

Y luego, nada.

26

Edgar Henslow no era un hombre acostumbrado a la paciencia, y, sin embargo, llevaba tres noches seguidas apostado frente a El Corsé Roto, con el cuello del abrigo levantado hasta las orejas y el humor cada vez más agrio.

—Esto es ridículo —murmuró, frotándose las manos para entrar en calor—. Nadie entra ni sale sin que lo notemos, y aun así… nada.

A su lado, Ambrose pateó una piedra con frustración, viendo cómo rebotaba torpemente contra el adoquín húmedo.

—Sí salen —replicó—. Pero no ella.

Y allí estaba el problema.

Habían hecho lo que, en su cabeza, había sonado como un plan sólido. Habían conseguido hombres, si es que podían llamarlos así, en una taberna de mala muerte, negociando a la baja hasta lograr que aceptaran una suma que, francamente, daba más risa que respeto. Ninguno de los cuatro sujetos que ahora aguardaban a unos pasos de distancia inspiraba demasiada confianza: uno cojeaba, otro olía intensamente a alcohol incluso en la madrugada, y los otros dos discutían en voz baja sobre si aquello valía realmente la pena.

—Nos están estafando —murmuró Ambrose, inclinándose hacia su padre—. Mira a ese. No podría atrapar ni a una gallina.

Edgar frunció el ceño, pero no respondió. Sabía que su hijo tenía razón, pero también sabía algo más importante: no podían permitirse nada mejor.

—Harán lo que se les pague por hacer —dijo al fin, con sequedad—. Y si no lo hacen, no cobrarán.

Ambrose soltó una risa breve, poco convencida.

—Con lo que les estamos pagando, dudo que eso les importe.

El silencio que siguió estuvo cargado de una incomodidad que ninguno quiso nombrar.

Desde su posición, podían ver la fachada del burdel iluminada con un lujo casi insultante. Las luces cálidas, los carruajes elegantes que llegaban y se marchaban, los caballeros bien vestidos descendiendo con la seguridad de quien pertenece a ese mundo… todo aquello era una provocación constante.

—¿Viste ese carruaje? —dijo Ambrose en voz baja, señalando uno que acababa de detenerse—. Eso cuesta más que nuestra casa.

Edgar apretó la mandíbula.

—Con razón cobran lo que cobran.

Ambos se quedaron mirando en silencio, como si observar demasiado tiempo pudiera, de alguna manera, acercarlos a ese mundo que les estaba vedado.

Pero Grace no aparecía.

No esa noche. Ni la anterior. Ni la anterior a esa.

—Tal vez ya no canta —aventuró Ambrose.

—Canta —replicó Edgar de inmediato—. Lo sabemos.

—Entonces, ¿qué? ¿Vive ahí encerrada como una reina?

Edgar no respondió. La idea le resultaba irritante.

Porque, en cierto modo, era así.

Grace no salía sola. No caminaba por las calles. No se exponía. Y cuando, ocasionalmente, alguien creía distinguir su figura tras una ventana o en el balcón superior, siempre estaba rodeada de miradas, de atención, de una presencia que hacía imposible siquiera pensar en acercarse.

—Esto no va a funcionar —dijo Ambrose al fin, con un tono que empezaba a rozar la desesperación—. No podemos entrar ahí. Y ella no sale.

Edgar respiró hondo, mirando el edificio como si pudiera encontrar una grieta invisible.

—Entonces esperamos.

—¿Esperar qué?

—A que cometa un error.

El error, cuando llegó, no fue como lo habían imaginado; no fue una salida descuidada ni un paseo imprudente. Fue en un carruaje.

Uno elegante, discreto, que se detuvo frente a la entrada del burdel con la naturalidad de quien está acostumbrado a ser atendido sin demora.

Ambrose fue el primero en incorporarse.

—Ahí —susurró, con una excitación mal contenida—. Ahí está.

Grace apareció unos instantes después.

Y por un momento, ambos olvidaron incluso respirar.

Vestida con un vestido color púrpura que parecía capturar la luz de la noche, el cabello recogido con un cuidado que dejaba escapar algunos mechones rojizos sobre su cuello, descendió los escalones con una gracia que no tenía nada de ese lugar y, al mismo tiempo, le pertenecía por completo.

—Es ella —dijo Ambrose, innecesariamente.

Edgar no apartó la mirada.

—Sí.

Pero no estaba sola.

Dos hombres acompañaban el carruaje. No eran ostentosos, pero su postura, la forma en que observaban alrededor, dejaba claro que no estaban allí por adorno. Uno de ellos abrió la puerta, el otro se mantuvo ligeramente apartado, vigilando.

Grace subió sin mirar atrás.

El carruaje partió.

—Ahora —dijo Edgar, y su voz tenía una urgencia que no admitía discusión.

Ambrose hizo una señal a los hombres que habían contratado, quienes reaccionaron con un retraso que no auguraba nada bueno, pero finalmente se pusieron en marcha.

—¡Vamos! —insistió, echando a correr.

La persecución fue, en el mejor de los casos, desordenada.

El carruaje de Grace avanzaba con rapidez, pero sin prisa, como si supiera que no tenía nada que temer. Ellos, en cambio, tropezaban, resbalaban en los adoquines húmedos, y uno de los hombres incluso estuvo a punto de caer de bruces al intentar girar en una esquina.

—¡Más rápido, maldita sea! —gruñó Edgar, jadeando.

—¡Voy lo más rápido que puedo! —respondió uno, claramente ofendido.

—¡Pues no es suficiente!

Ambrose, por su parte, trataba de no perder de vista el carruaje, aunque cada vez que creía acercarse un poco, éste tomaba una curva o aceleraba lo justo para mantener la distancia.

—No podemos perderla —dijo entre dientes.

—No la perderemos —replicó Edgar, más como una orden que como una certeza.

Durante varios minutos, la persecución continuó así, torpe, desigual, sostenida más por la obstinación que por la habilidad.

Hasta que, de pronto, el carruaje se detuvo.

Pero aquello era la mansión de un noble, y se quedaron estupefactos, sudados y cansados, mirando el sitio tan elegante donde Grace había entrado.

—¿Grace se codea con nobles? —preguntó Ambrose sin aliento. Edgar abría y cerraba la boca sin hallar una respuesta.

¿Cómo era posible que esa pequeña ratoncita que él había pensado aplastar bajo el peso de su cuerpo usara vestidos tan finos, se desplazara en carruajes caros, e ingresara a mansiones de nobles como si nada?

No tenía sentido, pero ahí estaba la verdad frente a sus ojos.

—Entonces… —preguntó uno de los hombres que habían contratado —. ¿Seguimos, o no?

El odio subió a la garganta de Edgar con el conocido sabor de la bilis, y rechinó los dientes empuñando las manos y lanzando una maldición.

No. No se iba a rendir. Ahora, más que nunca, debía tenerla.

Le urgía aplastarla, hacerla conocer su lugar, y someterla. Ella, que había querido volar lejos de él, tenerla delante, de rodillas, suplicante, sería el único bálsamo a su orgullo herido.

—Ella tiene que salir de ahí en algún momento —dijo mirando alrededor. La mansión quedaba a las afueras de la ciudad, el camino estaba rodeado de árboles, y era un poco solitario. Perfecto para actuar.

Envió a su hijo a inspeccionar el lugar, hallando el mejor lugar para la emboscada, y luego, trazó el plan con los otros hombres para estar preparados.

La noche cayó cuando al fin los carruajes empezaron a salir uno tras otro. El tercero de ellos fue el de Grace. Ni siquiera traqueteaba, de lo lujoso que era, e iba a una velocidad medida, para que su ocupante no se mareara, ni se maltratara.

—Ahí —susurró Ambrose, con los ojos brillando—. Es nuestra oportunidad.

Se ocultaron tras un recodo, haciendo señas a los otros para que guardaran silencio, como si de pronto recordaran que aquello requería algo de sigilo.

—Cuando cruce… —empezó Edgar.

Pero no terminó la frase.

Porque, antes de que pudieran moverse, otras sombras se deslizaron hacia el carruaje.

Rápidas. Coordinadas. Silenciosas.

Ambrose frunció el ceño.

—¿Quiénes…?

No hubo tiempo de entenderlo.

Una puerta se abrió de golpe. Un forcejeo. Un grito ahogado que apenas alcanzó a romper la quietud de la noche.

Edgar vio a Grace echar a correr entre los árboles y dio un paso al frente.

—¡Ahora!

Pero ya era tarde.

Todo ocurrió en cuestión de segundos.

Las figuras que habían surgido de la nada dominaron la situación con una eficacia que dejaba en ridículo cualquier intento que ellos hubiesen podido hacer. Cuando Edgar y sus hombres finalmente reaccionaron y avanzaron, el carruaje ya volvía a ponerse en marcha.

Y no llevaba a Grace.

—¡Maldita sea! —rugió Ambrose, deteniéndose en seco.

El silencio que quedó después fue espeso.

Los hombres que habían contratado se miraron entre sí, indecisos, como si no supieran si aquello contaba como trabajo hecho o como fracaso.

Edgar se quedó inmóvil, mirando la calle vacía, tratando de comprender lo que acababa de ocurrir.

—Nos… Nos la quitaron —dijo Ambrose, incrédulo.

Edgar apretó los puños.

No era sólo la pérdida de la oportunidad, era algo peor, pues alguien más había querido a Grace. Alguien más había estado dispuesto a hacer lo que ellos no habían podido y lo había hecho mejor, mucho mejor.

—Habrá que… —empezó Ambrose.

Edgar lo interrumpió, con la voz baja, cargada de una furia fría.

—Habrá que encontrar otra manera.

Esta vez, sin embargo, no sonó como una amenaza segura, sino como un intento desesperado por no admitir que, en ese juego, ni siquiera estaban cerca de ser jugadores.

Grace no sintió miedo al despertar, no. Sintió molestia.

Un latido sordo le martillaba la cabeza, justo en la sien, como si alguien golpeara desde dentro con insistencia. Tardó unos segundos

en abrir los ojos, y cuando lo hizo, la luz le resultó demasiado intensa. Parpadeó varias veces, intentando enfocar, mientras una punzada recorría su pómulo y descendía por su cuello.

Se dio cuenta entonces de que tenía las manos atadas a la espalda.

Aquello sí la hizo tensarse.

Hubo un leve movimiento en el borde de su visión. Alguien se retiraba. Tal vez, pensó, iría a avisarle a alguien que ya había despertado.

Grace entrecerró los ojos, forzando la vista hasta que las formas dejaron de ser borrosas.

Se incorporó apenas, lo suficiente para que el mundo dejara de girar, y entonces miró a su alrededor. No era una habitación cualquiera. No era, desde luego, el tipo de lugar donde uno despertaba tras haber sido arrastrado por la fuerza.

Era… hermoso.

El terciopelo rojo dominaba el espacio: cortinas pesadas que caían desde lo alto, un diván amplio y profundo donde ahora ella estaba tendida, cojines bordados con hilo dorado. La madera era oscura, brillante, tallada con delicadeza en formas que no eran del todo inocentes. Sobre una repisa, pequeñas estatuillas de cuerpos masculinos, demasiado detalladas para ser decorativas sin intención, parecían observarla con descaro.

El aire olía intenso, a un perfume dulce, embriagador. Y algo más.

Algo cálido, denso… como si la leña de la chimenea hubiera sido rociada también con fragancia, y ahora ardiera lentamente, impregnándolo todo.

Grace frunció el ceño.

—Qué… lugar tan extraño… —Su voz salió baja, áspera.

Se movió un poco más, ignorando la protesta de su cuerpo, y entonces alguien abrió una puerta y se puso delante de ella.

Era una mujer, pero no pudo ver bien su rostro, sólo su silueta. Luego, el vestido negro, ceñido, elegante. El cabello rojo recogido

con precisión. La forma en que se detenía antes de girarse, como si ya supiera que estaba siendo observada.

La mujer avanzó hacia ella, no había prisa en sus pasos.

Grace la miró sin reconocerla, pero algo en su presencia le erizó la piel. No era su apariencia, que era, sin duda, impactante, sino la forma en que ocupaba el espacio. Como si todo aquello le perteneciera.

Como si todo… respondiera a ella.

La mujer se detuvo a su lado y la observó por largo rato en silencio. Luego, con una lentitud casi deliberada, extendió la mano y tomó un mechón del cabello de Grace, dejándolo deslizar entre sus dedos, como si evaluara su textura.

—Así que eres tú … —murmuró finalmente.

Grace sostuvo su mirada, sin apartarse.

—Supongo que sí —respondió con sequedad—. Aunque no tengo idea de quién es usted.

La mujer no reaccionó de inmediato. Sus ojos descendieron al pómulo golpeado, donde ya empezaba a oscurecerse un moretón, y lo rozó con la yema de los dedos, sin suavidad.

Grace no se apartó.

—Qué desperdicio… —dijo la mujer en voz baja—. Una piel así… tan perfecta… —sus labios se curvaron apenas—. Y tan fácil de estropear—. Grace entrecerró los ojos.

—Podría empezar por no tocarme —replicó.

Eso sí provocó algo; una sonrisa leve, fría.

—Tienes carácter —dijo la mujer—. Interesante.

Grace respiró hondo, ignorando el dolor.

—¿Quién es usted? —preguntó, ahora con más firmeza—. ¿Y qué quiere de mí?

La mujer inclinó ligeramente la cabeza, como si la pregunta la divirtiera.

—¿No lo sabes?

—No—. Hubo silencio. Luego, sin apartar los ojos de ella, la mujer siguió:

—Me has robado algo muy valioso—. Grace frunció el ceño.

—No sé de qué habla—. La sonrisa desapareció.

—Oh, sí lo sabes—. Y entonces hubo algo distinto en su mirada. Algo más oscuro, como un odio profundo y muy personal.

Grace sostuvo el gesto unos segundos, intentando entender, pero no encontró respuesta.

—Si cree que puede acusarme sin más…

—¡No es una acusación solamente! —exclamó la mujer de negro, y Grace frunció el ceño por lo alterada que estaba ella de repente. Un nombre llegó a su mente, uno extraído de las conversaciones con Sebastien.

—¿Lady… Black?

—Oh, has oído de mí —sonrió ella, como llenándose de repente de un extraño orgullo. Dime, ¿fue él quien te dijo mi nombre? ¿Me ha mencionado? —ahora, esa mujer parecía una niña ansiosa por elogios, y Grace la miró entre espantada y confundida.

Sabía que la relación de Sebastien con ella era complicada. Era íntima, sí. No se engañaba al respecto, pero nunca imaginó que esta mujer tuviera sentimientos hacia él, unos sentimientos que rozaban la obsesión y la locura.

Y ahora ella estaba en sus manos. Debía considerarla su peor enemiga, el ser que más amenazaba su mundo.

Estaba en grave peligro.

Lady Black soltó por fin su cabello y se irguió, observándola desde arriba, como si evaluara algo más que su aspecto.

—No importa. Eres una ladrona. Y como toda ladrona… —continuó —, serás castigada.

Grace sintió cómo algo frío le recorría la espalda, pero no permitió que se reflejara en su rostro.

Lady Black se giró, caminando con calma por la habitación, como si aquello no fuera más que una conversación trivial.

—Eres joven —continuó, como si reflexionara en voz alta—. Muy joven. Y eso… suele confundirse con valor—. Se detuvo frente a una de las estatuillas, rozándola distraídamente—. Pero la juventud es una moneda… —añadió—. Brilla mucho al principio. Luego… pierde todo su valor.

Grace apretó los labios.

—¿Y eso es todo lo que ve en mí? —preguntó—. ¿Juventud?

La mujer giró el rostro apenas.

—Es todo lo que tienes, bonita—. Sus ojos volvieron a ella, ahora sí, sin ningún velo—. Y por eso mismo… voy a disfrutar destruyéndote.

Destruirla, no matarla. Grace la miró fijamente. Esta mujer, ciertamente, tenía tal poder. Y podía hacerla descender al mismísimo infierno si quería.

Y ella… no sabía si tendría la fortaleza para sobrevivir. Con sólo una pequeña parte de lo que Sebastien le había contado de lo mucho que sufrían esos niños que luego eran vendidos y esclavizados, su alma se estrujaba y lloraba. Si esta mujer, perpetradora de todos esos crímenes, se ensañaba con ella, no sobreviviría.

Grace sostuvo su mirada, con esa inquietud más profunda que empezaba a instalarse en su pecho.

—No sé qué cree que le he quitado —dijo con más calma—, pero está equivocada.

La mujer negó suavemente.

—No. No estoy equivocada. Sebastien Chevalier me pertenece. Siempre me ha pertenecido—. Luego, con una suavidad que helaba más que cualquier grito, dijo: —Él es mío.

Grace sintió un estremecimiento, pero no fue de miedo, sino de rechazo. De alguna manera, ella se parecía a su padre. Operaban desde puntos muy distintos de la moralidad, pero al final, eran iguales.

—Las personas no son objetos —respondió, casi sin pensar.

Lady Black se echó a reír echando la cabeza hacia atrás.

—Lo son. Claro que lo son. En mi mundo… es así—. Grace hizo un gesto de desprecio, pero Lady Black la ignoró—. Y eso, tú… —añadió, recorriéndola con la mirada—, vas a aprenderlo muy pronto.

Grace apretó los puños, tanto como las ataduras lo permitían.

—No voy a quedarme aquí—. La mujer ladeó la cabeza.

—Vaya, eres valiente. ¿Será eso lo que Sebastien vio en ti?

—Él vendrá por mí.

—Lo sé —sonrió ella—. Es un caballero de brillante armadura, incapaz de ver cómo los desvalidos sufren, capaz de invertir grandes fortunas y movilizar toda la élite para ayudar a los desafortunados. Eso lo sé. ¡Lo conozco mejor que nadie! —lo último lo dijo casi como un grito, como su más grande orgullo—. Pero, para cuando al fin te encuentre… ¡será demasiado tarde!

Grace sostuvo la mirada de la mujer sin apartarla, aunque por dentro algo comenzaba a tensarse. No era miedo todavía, no del todo. Era una certeza incómoda, una intuición que se abría paso con lentitud: aquella mujer no hablaba por hablar. No exageraba. No jugaba.

Cada palabra que pronunciaba tenía el peso de algo ya decidido.

Y eso… eso era lo verdaderamente peligroso.

Había conocido hombres crueles, había escuchado historias, había visto la manera en que algunos clientes miraban a las chicas en el salón, como si fueran cosas. Pero aquello era distinto. No había prisa en ella, ni necesidad de imponerse. No necesitaba levantar la voz, ni acercarse demasiado. Todo en su porte, en su forma de moverse, en la manera en que la observaba… decía lo mismo:

Esto va a ocurrir. Sin remedio alguno.

Grace tragó saliva despacio. Entonces lo entendió. Si esa mujer decía que la prostituiría… lo haría. No vacilaría, y mucho menos, se arrepentiría.

El aire se le volvió más denso en el pecho, pero no apartó la mirada. No podía permitirse eso. No podía quebrarse ahora.

Sebastien vendrá. Estaba segura de eso, y ese pensamiento, era como una cuerda a la que aferrarse mientras pendía en el abismo.

Y si no viene él… lo harán Olive y Georgiana.

No estaba sola, y no podía actuar como si lo estuviera.

Lo único que necesitaba era tiempo. Sí. Tiempo para que todos notaran su ausencia. Tiempo para que empezaran a buscarla. Tiempo para que… llegaran.

La primera parte ya la habrían notado. Era tiempo ya de que regresara al burdel y sabía que Sebastien estaría esperándola. Al no verla llegar, se alertaría, e iría personalmente a la casa Harrington a buscarla.

Bajó apenas la vista, como si asimilara por fin su situación, pero en realidad su mente ya trabajaba con rapidez, recorriendo posibilidades, recordando detalles, cualquier cosa que pudiera servirle.

Y entonces algo surgió.

Más que una ocurrencia suya, una salida a su situación, fue un recuerdo.

Seraphina, apoyada contra el marco de la puerta, hablándole con esa mezcla de pragmatismo y dulzura que la caracterizaba.

"Subastemos la virginidad de Grace".

Al recordarlo, volvió a alzar la mirada, y sonrió. Todavía tenía esa carta.

—Puedes hacer lo que quieras conmigo —dijo, y su voz salió más firme de lo que esperaba—. Pero hay algo que deberías saber.

Lady Black no respondió de inmediato. Sólo ladeó la cabeza, observándola con un interés nuevo, leve, apenas perceptible.

Grace sostuvo su mirada.

—Soy virgen.

Lady Black la miró fijamente en silencio, con sus pupilas contraídas en cuanto la palabra salió de sus labios. Estaba tan tensa como la

cuerda de un violín, tan quieta como las estatuillas que antes manoseó.

Durante un segundo, nada se movió.

Luego, muy despacio, la expresión de Lady Black cambió. No fue sorpresa abierta. No fue incredulidad evidente. Fue algo más sutil.

Terror. Como si realmente tuviera delante a un monstruo.

—No —dijo finalmente, en voz baja. No era una negación airada. Era casi… una corrección, como si quisiera borrar lo que acababa de escuchar—. Eso no es posible.

Sus ojos recorrieron el rostro de Grace, bajaron a sus labios, a su cuello, a la piel expuesta donde los golpes comenzaban a marcarse. Como si buscara una contradicción visible.

—Eres su favorita —añadió—. Todo Bath lo sabe.

Grace no apartó la mirada.

—Y aun así… —susurró— lo soy.

El silencio volvió a instalarse, pero esta vez tenía otro matiz. Más tenso. Más peligroso. La respiración de Lady Black estaba agitada, e inclinándose frente a ella, que permanecía en el diván, le tomó el vestido con fuerza, tirando de ella.

—¡Mientes!

Grace negó apenas con la cabeza.

—Si miento o no, eso puedes comprobarlo fácilmente, ¿no es así? — No hubo desafío en su voz. Tampoco miedo, y eso aterró aún más a Lady Black, que la soltó bruscamente, como si aquella sola posibilidad le resultara intolerable, y sin apartar los ojos de Grace, alzó la voz:

—¡René! —La puerta se abrió casi de inmediato y apareció un chico rubio y delgado. A Grace le pareció que era una mujer vestida de hombre—. Trae a Camille y a Odile.

No hizo falta explicar más, René inclinó la cabeza y desapareció sin una palabra.

Grace sintió cómo el pulso le golpeaba en las sienes. No había vuelta atrás ahora. Si había calculado mal… si algo salía mal…

Pero no podía hacer nada más por ahora. Tenía que confiar en sí misma, mientras los demás venían en su rescate.

Los minutos que siguieron se alargaron como horas. Lady Black no volvió a hablarle. Se limitó a observarla, de pie, inmóvil, como si quisiera arrancarle la verdad a fuerza de miradas.

Cuando las dos mujeres entraron, lo hicieron en silencio.

No eran jóvenes. Tampoco especialmente llamativas. Pero había en ellas una seguridad fría, una experiencia que no necesitaba anunciarse.

No preguntaron nada, no comentaron nada, sólo obedecieron.

Grace cerró los ojos cuando la desataron para llevarla a la habitación contigua. No luchó. No dijo nada. Era el precio de su jugada.

Cuando regresaron, el tiempo pareció detenerse. Las dos mujeres se detuvieron frente a Lady Black.

Una de ellas asintió.

—Es virgen —y no dijeron nada más, sólo la miraron en silencio.

El impacto fue inmediato.

Lady Black no retrocedió, pero Grace la vio doblarse como si le doliera algo muy dentro, y eso la confundió.

No tenía manera de saber cómo una mujer tan malvada y retorcida como ella interpretaría este asunto. Su virginidad… ¿por qué la alteraba tanto? ¿Por qué la golpeaba así?

—Fuera —ordenó de pronto, sin mirar a nadie en particular.

Las mujeres obedecieron de inmediato. René cerró la puerta tras de sí.

Grace fue la única delante de ella en ese lugar lleno de terciopelos, perfumes y extravagancia. No dijeron nada por largos minutos, pero la mirada de Lady Black cambiaba por segundos. A veces estaba llena de odio, otros, de dolor, y en ocasiones, de auténtico terror.

Al cabo de unos segundos, empezó a dar vueltas por el despacho, muy despacio, como si necesitara espacio para pensar, para entender, para reconstruir lo que acababa de romperse en su mente. Porque aquello lo cambiaba todo.

Si Grace seguía siendo virgen… no era por falta de oportunidad, ni por desinterés. Ella lo sabía, conocía el fuego que habitaba en Sebastien, lo sabía mejor que ninguna mujer en el mundo.

Era una elección. De él, no de ella.

Y eso…

Eso era mucho peor.

Una risa breve, sin humor, escapó de sus labios, y unas lágrimas rodaron por su mejilla, que no se molestó en secar. Había llorado muy pocas veces en la vida, y la gran mayoría… esas lágrimas se las debía al mismo hombre.

—Claro… —murmuró para sí—. Claro.

Se llevó una mano al rostro, tocándose las mejillas húmedas como si quisiera regresarlas a su lugar, desaparecer esas líneas molestas, y entonces la bajó con brusquedad.

Ahora sí la miró, y en sus ojos ya no había sólo odio. Había comprensión.

Y eso era infinitamente más oscuro.

—No te ha tocado… —dijo, casi en un susurro, pero no era una pregunta.

Grace permaneció en silencio, no hacía falta decir nada al respecto.

Lady Black cerró los ojos un instante pensando, pensando.

Sabía cómo funcionaba la mente de Sebastien, había tenido la oportunidad de echar un vistazo al fondo de su corazón. Él creía que guardaba sus secretos, pero no era así. Ella lo conocía bien.

Su mente funcionaba de manera especial, y por eso lo amaba. Sin embargo, conocerlo así era doloroso, porque sabía lo que significaba que hubiese puesto un límite entre él y esta mujer, que se hubiese contenido ante algo que era tan accesible.

Grace no era, ni de lejos, una mujer más. Él la había puesto en un lugar especial: por encima de todas las demás.

Ay, pensó con dolor. Una presión insoportable parecía querer aplastar su pecho.

Ella era importante. La amaba.

No era un capricho, mucho menos una distracción. Grace era, en un mar de mujeres que se lanzaban sobre él y estaban dispuestas a ofrecerle el mundo entero, la excepción.

Un límite que él no cruzaba, un santuario que no se atrevía a pisar.

Un sonido ahogado escapó de su garganta, y esta vez no logró contenerlo.

Sus piernas cedieron apenas y terminó dejándose caer en el suelo, como si de pronto el cuerpo no le respondiera.

Grace la vio quebrarse de esa manera llena de confusión y sorpresa, pero no dijo ni hizo nada. No había imaginado el impacto que tendría en ella que Sebastien no la hubiese tocado hasta hoy.

Mientras tanto, Lady Black parecía descender al mismo infierno, porque estaba comprendiendo algo que la dejaba sin armas: aunque ella destruyera a esta niña que tenía delante, aunque la paseara por todos los burdeles de Inglaterra, y la ultrajaran desde los borrachos más sucios hasta los aristócratas más corrompidos…

Sebastien seguiría amándola.

Si la mataba… él adoraría su recuerdo.

Si la convertía en cenizas… se quedaría con su fantasma.

Y contra eso… No había victoria posible.

27

La noche no había terminado en El Corsé Roto, pero ya había cambiado de tono.

Sebastien estaba en su despacho, de pie junto al aparador, con un vaso de whiskey entre los dedos, sin haberlo probado siquiera. No estaba trabajando. No estaba pensando en negocios. En realidad, no estaba haciendo nada más que dejar pasar los minutos, con esa inquietud leve que no lograba explicar del todo, como si algo en el mundo, algo pequeño, casi imperceptible, estuviera fuera de lugar.

Fue entonces cuando escuchó el alboroto, y llamó su atención porque no era habitual. En este lugar, incluso el desorden tenía ritmo, tenía control. Pero aquello no. Aquello era ruido descompuesto, pasos apresurados, una voz que se alzaba sin elegancia.

Frunció el ceño y dejó el vaso a un lado justo cuando la puerta se abrió sin previo aviso.

Uno de los lacayos irrumpió casi cayendo de rodillas.

Tenía la camisa desgarrada, manchada de sangre. El rostro pálido, sudoroso. Un hilo oscuro le corría desde la sien hasta la mandíbula.

—Señor… —jadeó, tratando de sostenerse—. Señor Chevalier…

Sebastien no se movió de inmediato, sólo lo miró en silencio, esperando, y en ese instante, supo que su presentimiento se había hecho realidad y algo iba terriblemente mal.

—Habla —dijo.

Su voz fue baja. Clara. Sin prisa.

El hombre tragó saliva, temblando.

—La señorita Barlow… —respiró hondo, como si decirlo le costara el aire—. Fue atacada al salir de la residencia de lady Bedford. Nos emboscaron… eran varios… armados…

Los ojos de Sebastien se clavaron en el hombre con una intensidad incómoda, casi opresiva, como si pudiera arrancarle cada detalle sin necesidad de preguntas, como si al desmenuzar sus palabras pudiera también deshacerlas, negar su peso, borrar lo que describían y, con ello, lo ocurrido.

Pero no había nada que deshacer. Las imágenes se formaron solas en su mente, nítidas y crueles: Grace descendiendo del carruaje, el

frío de la noche rozando su piel, su miedo al darse cuenta de lo que estaba sucediendo, y esos hombres tocándola, maltratándola y encerrándola; ella, que debió sentirse segura, sintiendo miedo.

La vio resistirse; la conocía tan bien que era obvio que lucharía, y su mandíbula se tensó al imaginar lo crueles que podrían haber sido con ella, porque las mujeres que luchaban rara vez recibían clemencia.

Grace estaba en peligro, real y urgente, y alguien había orquestado aquello con la suficiente precisión como para ejecutarlo a la salida de la casa de un noble, sin temor a las consecuencias.

El lacayo seguía hablando, atropellando descripciones de hombres, armas y voces, pero Sebastien ya no necesitaba escucharlo; no le interesaban los números ni los detalles torpes nacidos del miedo, porque la respuesta se había instalado en su mente con una claridad implacable, completa, inevitable.

Alguien se había atrevido a meterse con él, y no necesitaba buscar mucho para averiguar quién tenía tal audacia.

Lady Black.

El nombre cruzó su mente sin mucha resistencia. No lo sorprendía, para nada.

El lacayo seguía hablando, explicando cómo habían intentado defenderla, cómo él había logrado escapar, cómo los otros…

Sebastien alzó una mano deteniéndolo, y el hombre calló de inmediato, y un silencio frío pero lleno de certezas llenó el despacho. La mente de Sebastien empezó a maquinar de inmediato, con ideas tan oscuras y sangrientas que, en otro momento, le habrían parecido demasiado.

Bajó la mirada por un instante, apoyando ambas manos sobre el borde del aparador. Sus dedos se tensaron apenas, lo suficiente para que la madera crujiera bajo la presión.

Y entonces respiró hondo, lentamente.

Cuando volvió a alzar la vista, ya no había rastro de duda ni de vacilación. Tampoco de aquella inquietud leve que precede a los

grandes combates, ese instante en que todo aún puede inclinarse en una u otra dirección. Ahora, en cambio, todo parecía haber encajado con una precisión inquietante.

—¿Cuánto tiempo hace de esto? —preguntó.

—No… no más de media hora, señor.

Asintió con un movimiento casi imperceptible.

Media hora.

Grace seguía viva, concluyó, y aún no la habían llevado demasiado lejos. Había margen. No mucho, pero suficiente.

Su mente empezó a moverse entonces con una rapidez exacta, ordenando posibilidades como piezas que encontraban su lugar sin esfuerzo aparente: rutas de salida, carruajes disponibles, casas seguras, propiedades vinculadas a Lady Black, hombres leales, hombres comprables, accesos discretos, puntos vulnerables. Todo se disponía ante él con una claridad casi fría, como si el mundo mismo se redujera a un mapa que podía leerse sin error.

Y, sin embargo, bajo esa calma perfectamente estructurada, había algo más. No era furia desbordada ni un impulso ciego; era una certeza mucho más peligrosa, una decisión que no necesitaba alzarse para imponerse, porque ya estaba tomada.

Sebastien se enderezó con lentitud.

—Haz que atiendan tus heridas —dijo al lacayo, con una tranquilidad que contrastaba con el estado del hombre—, y luego ve con Seraphina. Quiero nombres, rostros, cualquier detalle que recuerdes, por insignificante que parezca.

El hombre asintió, aún tembloroso.

—Sí, señor…

—Y una cosa más —añadió Sebastien antes de que saliera.

El lacayo se detuvo.

Sebastien sostuvo su mirada un segundo más de lo necesario.

—A partir de este momento, nadie entra ni sale de este lugar sin mi autorización.

No elevó la voz, pero no hizo falta. La orden quedó suspendida en el aire con un peso inapelable.

—Sí, señor.

Cuando la puerta se cerró, el silencio volvió a instalarse en el despacho, más denso que antes.

Sebastien permaneció inmóvil unos instantes, como si escuchara algo que no estaba allí, y luego se giró hacia el escritorio. Abrió uno de los cajones y sacó una pistola, revisándola con la misma naturalidad con la que otros ajustarían un guante o alisarían una solapa. Después tomó su abrigo, pero no salió de inmediato.

Se detuvo.

Apoyó una mano sobre la madera.

Y por primera vez desde que escuchó la noticia, cerró los ojos.

Grace no apareció en su mente como un recuerdo difuso ni como una imagen distante, sino con una claridad casi dolorosa: su risa, su voz, la forma en que lo miraba, como si en él hubiera algo que valiera la pena salvar, como si aún pudiera ser distinto de lo que el mundo afirmaba que era.

Sus dedos se cerraron con lentitud.

No iba a permitirlo.

No otra vez.

Cuando abrió los ojos, ya no quedaba en ellos ninguna vacilación. Lo que había era algo más firme, más oscuro, más definitivo.

—Esto se acaba hoy —murmuró.

No hablaba del secuestro ni de un simple rescate. Hablaba de ella, de Lady Black, de todo lo que representaba y de todo lo que había decidido hacer sin comprender las consecuencias.

No habría negociación. No habría advertencias. No habría ese equilibrio precario de favores y deudas que durante años había sostenido su relación.

Aquello había terminado.

No dejaría en pie ni una sola de sus redes, ni uno solo de sus hombres, ni un solo espacio desde el que pudiera recomponerse. Cada contacto, cada negocio, cada alianza sería desmantelado con la misma precisión con la que ahora ordenaba sus pensamientos.

Porque si ella había llegado hasta Grace, entonces había cruzado una línea que no admitía retorno.

Sebastien tomó el pomo de la puerta y esta vez no se detuvo.

Cuando salió del despacho, ya no era sólo el hombre que dirigía El Corsé Roto.

Era algo mucho más peligroso.

Un hombre al que le habían tocado lo único sagrado que tenía, y que no iba a detenerse hasta borrar del mundo a quien se atrevió a hacerlo.

La casa parecía intacta desde fuera.

Fachada discreta, cortinas bien dispuestas, la promesa de una respetabilidad que engañaría a cualquiera que no supiera dónde estaba entrando. Pero apenas la puerta cedió bajo el empuje de los hombres de Sebastien, todo aquello se desmoronó con una rapidez brutal. Volcaron las mesas, las copas se hicieron añicos contra el suelo, y los murmullos refinados se transformaron en gritos, en protestas indignadas que nadie se tomó la molestia de escuchar. Mujeres y hombres fueron apartados sin contemplación, clientes expulsados a empujones, el orden cuidadosamente construido de Lady Black reduciéndose en segundos a un caos que no admitía negociación.

Sebastien no se detuvo.

Caminó entre ellos como si no existieran, como si nada de aquello tuviera peso alguno frente a lo único que ocupaba su mente. Sus hombres sabían qué hacer; no necesitaban órdenes. Él sólo avanzó, atravesando el gran salón, ignorando el perfume pesado que flotaba en el aire, las risas nerviosas, las manos que intentaban apartarse de su camino.

Subió las escaleras, empujó una puerta, y entró.

El despacho seguía igual que siempre.

Terciopelo rojo en cada superficie, las cortinas pesadas cerrando el mundo exterior, las estatuillas de cuerpos desnudos dispuestas con una precisión casi obscena, el aire cargado de perfume y del humo lento de un cigarro encendido. Y en el centro de todo, sobre el diván, Lady Black.

Esperándolo.

No se movió cuando él entró. No se incorporó. No mostró sorpresa.

Sonrió.

Una sonrisa torcida, satisfecha, como la de una reina que contempla su reino en llamas sin intención alguna de apagar el incendio.

—Vaya —dijo, exhalando el humo con calma—. Qué entrada tan dramática, mon amour. ¿Has venido a derribar mi casa o sólo a hacer ruido?

Sebastien cerró la puerta tras de sí sin apartar los ojos de ella.

No respondió de inmediato, sólo la observó, y en su mirada no había ni rastro de lo que ella conocía.

No había deseo, ni complicidad. Ni siquiera ese desprecio disimulado que alguna vez había aprendido a tolerar.

Lo que había ahora… era otra cosa.

—¿Dónde está? —preguntó él.

La sonrisa de Lady Black se ensanchó apenas.

—Tan directo —murmuró, ladeando la cabeza—. Siempre fuiste así cuando se trataba de lo que te importaba—. Aspiró el cigarro con deliberada lentitud—. Podrías tirar abajo cada tabla de este lugar, arrancar cada piedra de sus cimientos… —continuó, mirándolo con un brillo extraño en los ojos— y no la encontrarías. Está muy lejos de aquí.

El silencio que siguió no fue inmediato.

Fue una tensión que se acumuló, que creció en el espacio entre ambos como algo vivo.

Sebastien dio un paso al frente.

—No debiste hacerlo —lo dijo casi en un susurro grave de su garganta, pero se sintió tan ominoso como una sentencia de muerte. Inclemente y definitivo—. Debiste aceptar que esto había terminado —continuó—, que yo ya no estaba dispuesto a seguir tolerando tus juegos, tus exigencias, tus caprichos… y te habría dejado en pie.

Lady Black soltó una risa breve, quebrada.

—¿Dejarme en pie? —repitió, como si aquello le resultara gracioso—. ¿Tú?

Se incorporó apenas sobre el diván, mirándolo con una intensidad que rozaba lo febril.

—¿Y qué esperabas tú? —contraatacó—. ¿Que me sentara a esperar mientras te paseas con esa… niña? ¿Que aceptara que me reemplazaras como si yo fuera una de tus putas descartables?

Sebastien no se detuvo.

Siguió avanzando hasta quedar frente a ella.

—No te reemplacé —dijo, y su voz fue más baja, más peligrosa—. Nunca fuiste nada, ni siquiera ocupabas un lugar mínimamente importante que pudiera reemplazarse.

La expresión de Lady Black vaciló apenas. Fue mínimo. Pero estuvo ahí.

—No te confundas —continuó él, inclinándose lo suficiente para que no hubiera distancia entre ellos—. Lo que hubo entre nosotros nunca fue lo que tú quisiste creer. Fue un acuerdo. Una transacción. Tú dabas información… y yo pagaba el precio. Y cada vez… yo me moría del asco.

Ella negó con la cabeza, una vez, dos.

—No —susurró, casi sin aire—. No digas eso…

—¿No? —la interrumpió él, y entonces sonrió, pero no había nada amable en ese gesto—. ¿Qué era, entonces? ¿Amor?

La palabra cayó como un golpe.

Lady Black se quedó inmóvil.

Sebastien la sostuvo con la mirada.

—Mírate —añadió, sin apartarse—. Todo lo que has hecho, todo lo que eres… y aun así pensaste que yo podía amarte. ¿No tienes conciencia de ti misma?

Ella retrocedió apenas, como si algo la hubiera tocado.

—Yo te hice —dijo, con un hilo de voz que intentaba sostenerse—. Yo te enseñé. Te di poder. Te di todo…

—Me compraste —la corrigió él, cortante—. Y yo me dejé comprar porque no tenía nada, y no aspiraba ni tenía esperanzas de algo mejor. No porque te debiera nada.

El silencio se tensó.

El humo del cigarro se deshizo en el aire entre ambos.

—No mereces amor —continuó Sebastien, y esta vez no hubo suavidad alguna—. No después de todo lo que has hecho. No después de las vidas que has destruido, de la gente que has vendido, de la manera en que conviertes a otros en lo que tú eres. No hay nada en ti que pueda inspirar admiración, ni mucho menos respeto. Nada.

Lady Black lo miraba ahora sin parpadear.

Sus ojos brillaban.

Pero no con la seguridad de antes.

—Y aun así… —intentó, aferrándose a algo que ya no estaba— aun así volviste una y otra vez.

Sebastien soltó una exhalación breve, casi cansada.

—Porque no me importaba —dijo—. Porque eras un medio, no un fin. Porque mientras me sirvieras, estabas viva.

Las palabras la alcanzaron esta vez, de verdad, como un duro golpe que la dejaba sin aire, sin pensamientos.

Se notó en su rostro, en la forma en que sus dedos se tensaron sobre el terciopelo, y en cómo su respiración se quebró apenas.

—Pero ahora… —añadió él, enderezándose— ahora te has convertido en un problema. Y, sabes cómo soy. No lidio con

problemas. Me deshago de ellos.

Lady Black lo miró con sus ojos muy abiertos, tragando saliva. Aquello había sido peor que cualquier insulto. Abrió la boca, pero fue incapaz de hablar.

Por primera vez desde que él había entrado, no tenía nada que decir, porque lo entendía.

No había vuelta atrás.

No había negociación posible.

No había versión del pasado a la que pudiera regresar para rehacer lo que había creído tener.

Sebastien dio un paso atrás.

—Vas a decirme dónde está —dijo finalmente—. Y luego voy a borrar cada rastro de lo que has construido. No quedará nada de ti. Ni tu nombre, ni tu red, ni tu poder.

Ella no respondió.

Una lágrima descendió lentamente por su mejilla, oscura, arrastrando el maquillaje.

Pero no la limpió.

—Y cuando termine —concluyó él, abriendo la puerta—, desearás que esto hubiera sido sólo una advertencia.

No la miró de nuevo, no hizo falta.

Lady Black ya lo había sentido antes, pero esta vez no quedaba rastro de dudas: él la odiaba, y se había convertido en su verdugo.

Grace despertó con la sensación de que algo no encajaba.

No fue el dolor, aunque lo había, punzante en la sien y extendiéndose en oleadas por su cuerpo, ni tampoco la sequedad en la boca, ni el peso extraño en sus extremidades. Fue otra cosa. Un murmullo, voces conocidas que se filtraban como desde muy lejos, y un olor… un olor que no pertenecía al terciopelo rojo ni al perfume denso de la noche anterior.

Era más limpio. Más frío.

Más… familiar.

Abrió los ojos con esfuerzo, parpadeando varias veces antes de que la visión se aclarara, y cuando por fin lo hizo, el mundo se detuvo un instante, como si necesitara darle tiempo para comprender.

El techo, las molduras. La ventana con cortinas claras.

Esta era su habitación. Su antigua habitación.

El aire abandonó sus pulmones en un gesto silencioso.

No.

No podía ser.

Intentó incorporarse, pero el cuerpo no le respondió como debía; una torpeza pesada le recorrió los músculos, y entonces sintió las ataduras en sus muñecas, tensas a su espalda. El movimiento fue torpe, inútil, y un leve sonido escapó de su garganta.

Fue eso lo que hizo que las voces se detuvieran.

—Grace—. Alzó la vista, y los vio.

Su padre, Charles Barlow, de pie junto al aparador, con una carta en la mano y una expresión que no lograba decidirse entre la incredulidad y algo más oscuro. Su madre, Beatrice Barlow, rígida, con los labios tensos en una línea fina. Y su hermano, Nixon Barlow, observándola como si no supiera qué hacer con lo que tenía delante.

Grace los miró uno a uno, y entonces recordó.

Había estado un breve instante en el despacho de esa mujer, Lady Black, que casi enloqueció luego de que se comprobara su virginidad. La había mirado con un profundo odio, y Grace no pudo evitar sentirse asustada. Estaba en manos de un monstruos, después de todo. En sus mismas fauces. Luego, ella había empapado un pañuelo con algo y se lo puso con fuerza sobre su nariz y boca.

La habían drogado.

Su respiración se aceleró apenas.

—¿Qué…? —su voz salió ronca, apenas un susurro—. ¿Qué hago aquí…?

Nadie respondió de inmediato.

Charles miró la carta otra vez, como si aún no terminara de creer lo que leía, y una sonrisa breve, casi incrédula, cruzó su rostro antes de desaparecer.

—Esto es… extraordinario —murmuró, más para sí mismo que para los demás.

Beatrice dio un paso hacia él.

—¿Qué dice exactamente?

—Que… —Charles dudó un instante, como si pronunciarlo en voz alta le diera un significado distinto— Que nuestra hija nos ha sido devuelta. Que sigue siendo… pura.

El silencio que siguió fue denso.

Nixon alzó las cejas.

—Eso es imposible.

—Lo sé —replicó Charles, girándose hacia él con brusquedad—. Lo sé.

Beatrice, sin embargo, no apartó la mirada de Grace.

—Hay una forma de saberlo—. La frase cayó con una naturalidad que helaba.

Grace sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Si es cierto —continuó Beatrice, con una calma inquietante—, entonces no todo está perdido.

Nixon la miró.

—¿Estás pensando en…?

—En Edgar Henslow —respondió ella sin titubear—. El compromiso sigue siendo viable si ella todavía es virgen.

Grace sintió que algo en su interior se quebraba.

—No —dijo, más firme esta vez, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban—. No. Ustedes no…

Los tres se giraron hacia ella.

Y por primera vez desde que había regresado a esa casa, Grace no bajó la mirada.

—No van a decidir por mí —continuó, con una autoridad que antes no había tenido—. No voy a permitirlo. No voy a volver a…

El golpe llegó antes de que terminara la frase. Seco. Rápido.

Su cabeza se ladeó con la fuerza del impacto, y el mundo pareció deshacerse en un instante de luz y dolor.

—Basta —dijo Charles, con una frialdad que no admitía réplica—. No estás en posición de imponer nada.

Grace intentó recuperar el equilibrio, el aire, cualquier cosa que le permitiera sostenerse, pero todo giraba demasiado rápido.

—Nixon —ordenó—. Amordázala.

—Padre…

—Hazlo.

Nixon dudó apenas un segundo, pero obedeció. Se acercó, tomó un trozo de tela y, pese a la débil resistencia de Grace, lo ajustó sobre su boca. Ella intentó apartarse, luchar, pero el cuerpo no le respondía; cada movimiento era lento, torpe, como si nadara en un agua espesa que la arrastraba hacia el fondo.

Fue entonces cuando lo vio.

En la mano de su padre estaba una pequeña botella. El líquido en su interior reflejaba la luz de la mañana con un brillo tenue. Era la misma que le habían hecho beber anoche.

Grace negó con la cabeza, o lo intentó.

No. Ellos no planeaban mantenerla drogada para hacerle lo que quisieran, ¿verdad?

Era increíble que sus padres despertaran aún más miedo y repulsión que la misma Lady Black, porque con ella sabía a qué atenerse, pero con sus padres…

A pesar de los años viviendo bajo el mismo techo que ellos, todavía le eran impredecibles.

Charles le acercó la botella a la boca y le abrió bruscamente los labios mientras Beatrice le tapaba la nariz para hacerla beber.

—Esta vez —murmuró— harás lo que se espera de ti.

El extraño sabor la golpeó primero.

Luego la oscuridad volvió a cerrarse sobre ella.

—Es… eficaz —dijo Nixon, mirando a Grace ya inmóvil sobre la cama.

—Demasiado —añadió Beatrice, observándola con detenimiento.

Charles sostuvo la botella unos segundos más antes de dejarla junto a la carta.

—Quien la haya traído sabía lo que hacía.

El recuerdo aún estaba fresco: el golpe discreto en la puerta trasera, la figura encapuchada que dejó aquel bulto atado y apenas dijo una palabra antes de desaparecer. La sorpresa, el desconcierto, y luego la prisa por introducirla antes de que algún vecino curioso pudiera notar algo.

—Dios obra de formas extrañas —murmuró Charles, más convencido ahora—. Pero justas.

Beatrice lo miró de reojo.

—¿Justas?

—Ha vuelto —continuó él, ignorando el tono—. Pero no la recibiré como una oveja descarriada, no se lo merece… —Su mirada se endureció—. Ella ha de recibir el castigo.

Nixon soltó una risa breve, sin humor.

—¿Y cómo planeas castigarla, padre?

—Oh, por eso no te preocupes, hijo. Le daré exactamente aquello por lo que se atrevió a desafiarme, en primer lugar. Tenemos que hacerle pagar todo el sufrimiento que nos ha causado.

Beatrice cruzó los brazos.

—Hemos tenido que soportar suficiente —se quejó—. Miradas, comentarios, burlas… —su voz se tensó apenas—. Incluso he tenido

que escuchar cómo sus amigas susurraban a mis espaldas.

—Yo he logrado mantener mi posición a duras penas —añadió Charles con rigidez—. He predicado como si nada de esto me tocara, como si esa… conducta no tuviera nada que ver conmigo. Para el mundo, mi hija estaba muerta, y gracias a eso, mi ministerio se salvó.

Miró hacia la cama.

—Y ahora Dios no las ha devuelto. Es una señal. La que tanto le pedí en oración.

El silencio se instaló unos segundos.

—Entonces no desperdiciemos la oportunidad —dijo Nixon finalmente—. Si es cierto lo que dice la carta… aún podemos arreglar esto. Pero me pregunto si… Edgar Henslow aún la querrá.

Charles Barlow sonrió de manera torcida.

—Ah, claro que sí. Es un hombre, después de todo. Y si le damos permiso a… tratarla como él considere pertinente… hasta nos agradecerá—. Beatrice y Nixon no necesitaron aclaración. Sabían exactamente a qué se refería Charles.

—Su honor fue burlado, después de todo —comprendió Nixon. Beatrice asintió, sonriendo apenas de manera fría y burlona.

—Tiene todo el derecho a… desquitarse un poquito.

Charles asintió, como si aquello fuera perfectamente razonable.

—Si pierde un ojo… una mano… incluso el cabello —añadió con voz grave—, será consecuencia de sus propios actos.

Nixon no respondió, sólo miró a Grace.

Allí, sobre la cama, con el vestido aún arrugado de la noche anterior, el cabello rojo extendido sobre la almohada como una mancha de fuego apagado, el rostro pálido, marcado por el golpe, y aun así… hermosa.

Inesperadamente intacta.

Torpemente indefensa.

Sin la menor idea de lo que estaban decidiendo por ella.

Miró a sus padres y pensó en que, por primera vez en estos meses infernales, habría un poco de paz y tranquilidad en su casa.

28

El despacho no volvió a ser el mismo.

No porque algo hubiera cambiado en los muebles o en la disposición de los objetos, no. Todo seguía en su sitio, impecable, como siempre, sino porque el aire mismo parecía distinto, más denso, más cargado, como si la habitación contuviera una tensión que no encontraba salida.

Sebastien no se había sentado.

Desde que regresó, no lo había hecho.

Permanecía de pie junto al escritorio, con las manos apoyadas sobre la madera, la mirada fija en un punto indefinido mientras su mente trabajaba con una precisión inquietante. No había rastro de la agitación que cualquiera esperaría en un hombre al que acababan de arrebatarle algo así. No había golpes, ni gritos, ni pasos erráticos.

Había orden.

Un orden frío.

Un orden peligroso.

La puerta se abrió sin previo aviso.

—Esto parece un cuartel —murmuró Nathaniel Radcliffe al entrar, observando el ir y venir de hombres en el pasillo—. No recuerdo haber sido invitado a una guerra.

Sebastien no levantó la vista de inmediato.

—Llegas tarde.

Nathaniel arqueó una ceja, pero avanzó de todos modos.

—Recibí tu mensaje hace menos de una hora.

—Suficiente para haber llegado antes.

Jacob Smith entró detrás de él, cerrando la puerta con calma, como si aquel intercambio le resultara perfectamente normal. Su mirada recorrió el despacho con atención, deteniéndose apenas en el rostro de Sebastien.

—¿Qué ha pasado?

Sebastien alzó la vista entonces, y por un instante, incluso Nathaniel dejó de sonreír.

Había visto a ese hombre enfadado antes. Había visto su frialdad, su capacidad para tomar decisiones sin pestañear.

Pero aquello…

Aquello era distinto.

—Se llevaron a Grace —dijo.

No adornó la frase. No hizo falta.

El silencio cayó entre los tres con un peso inmediato. Jacob fue el primero en reaccionar.

—¿Quién?

Sebastien lo sostuvo con la mirada un segundo más de lo necesario.

—Lady Black—. Nathaniel soltó una exhalación baja.

—Claro.

No sonó sorprendido, sonó como si aquello fuera lo más lógico, como si todas las piezas encajaran demasiado bien.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Jacob.

—Recibí la noticia menos de una hora después del suceso. Pero eso fue anoche.

Jacob asintió, procesando. Eso hacía por lo menos unas diez horas, pues ya era de mañana, y aunque muchos comercios aún no abrían sus puertas, el tiempo era oro en este tipo de asuntos.

—Entonces sigue en la ciudad.

—No necesariamente —replicó Sebastien con calma—. Pero no está lejos.

Nathaniel cruzó los brazos.

—¿Ya la encontraste?

—No.

—¿Ya sabes dónde está?

—No—. Nathaniel inclinó la cabeza.

—Y aun así tienes esa cara de… —hizo un gesto vago con la mano— "todo está bajo control"—. Sebastien no respondió a la provocación.

Se apartó del escritorio y comenzó a caminar despacio, como si cada paso acompañara el orden de sus pensamientos.

—Ella no la tiene—. Jacob lo miró con atención.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Por qué? —Sebastien se detuvo.

—Porque Lady Black no comete errores tan básicos —respondió—. No se llevaría algo así a un lugar donde yo pudiera encontrarlo en la primera hora.

Nathaniel soltó una risa breve.

—Halagador.

—Es lógico —continuó Sebastien, ignorándolo—. Grace no es una mercancía común. No la vendería de inmediato. No la dañaría sin un propósito. Es… demasiado valiosa.

Jacob asintió lentamente.

—Entonces la escondió.

—Exacto—. Nathaniel descruzó los brazos.

—¿Dónde? —Sebastien lo miró.

—En un lugar donde yo no pensaría buscarla.

El silencio que siguió fue breve, pero significativo. Jacob apoyó una mano sobre el respaldo de una silla.

—Eso reduce las opciones… o las multiplica.

—Las reduce —corrigió Sebastien—. Porque no puede ser cualquier sitio. Tiene que ser seguro, discreto, controlado. Un lugar donde nadie haga preguntas.

Nathaniel ladeó la cabeza.

—Eso describe la mitad de Bath.

—No —replicó Sebastien con la misma calma—. Describe lugares con poder. Con dinero. Con reputación suficiente para ocultar lo que ocurre dentro.

Jacob intercambió una mirada con Nathaniel.

—Casas aparentemente respetables—. Sebastien no respondió, pero no hizo falta.

Nathaniel soltó un silbido bajo.

—Bueno, habrá que desplegar toda una red de espías—. Hubo un breve silencio.

—Y mientras tanto, ¿qué harás con esa tal Lady Black? —preguntó Jacob—. ¿Dejarás que cierre filas contra ti? Ya dio el primer golpe.

Sebastien volvió al escritorio y apoyó ambas manos sobre la madera.

—Mientras tanto, ella va a dejar de respirar—. Nathaniel sonrió apenas.

—Ah, ahí está el Sebastien que conozco.

—No —dijo él, sin humor—. El que conoces habría negociado. Habría esperado. Habría medido el daño—. Alzó la vista—. Ese ya no está.

El silencio que siguió fue distinto, transformándose en uno más denso y oscuro. Jacob se incorporó un poco más, cruzando los brazos.

—Dime qué necesitas—. Sebastien no dudó.

—Todo—. Nathaniel soltó una risa baja.

—Siempre tan modesto.

—Necesito hombres en las calles —continuó Sebastien, ignorándolo —. En los puertos, en los caminos de salida, en cada punto donde alguien pueda mover mercancía sin ser visto. Quiero información antes de que llegue a mis oídos por segunda mano y para eso necesito gente. Mis chicas ya me están ayudando haciendo preguntas aquí y allá, simulando ser mujeres normales que sólo van al mercado por un pescado fresco, pero muy atentas a todo lo que

sucede. Sin embargo… Bath es demasiado grande, y me falta gente. Gente que sepa leer a los aristócratas, a la gente "de bien". Criadas, niños de recados, muchachos de vista aguda…

Jacob asintió.

—Eso es fácil.

—No lo es —replicó Sebastien—. Porque no busco movimiento. Busco ausencia—. Nathaniel frunció el ceño.

—Explícate.

—Si la han escondido bien, no habrá ruido. No habrá rumores. No habrá errores evidentes. —Sus dedos se tensaron apenas sobre la madera—. Quiero saber qué lugares han dejado de moverse. Qué casas han cambiado rutinas. Qué puertas han dejado de abrirse.

Jacob lo observó con una leve inclinación de cabeza.

—Eso… tomará tiempo.

—No lo tenemos.

Nathaniel intervino entonces.

—Puedo ayudar con eso—. Sebastien lo miró.

—Tus contactos—. Nathaniel sonrió.

—La nobleza se aburre mucho, Sebastien. Y cuando se aburre… observa. Siempre hay alguien que nota cuándo una casa deja de recibir visitas, cuándo un carruaje aparece a horas extrañas, cuándo un sirviente cambia su rutina.

—Hazlo.

—Ya lo estoy haciendo —respondió Nathaniel con ligereza—. Pero si esto toca a Lady Black… —su sonrisa se desvaneció apenas— entonces no es sólo una búsqueda.

Sebastien negó una vez.

—No—. Se enderezó—. Es una guerra.

El silencio volvió a instalarse.

Jacob fue el primero en asentir.

—Entonces dividimos fuerzas—. Sebastien lo miró, aprobando sin palabras.

—Quiero a tus hombres en sus negocios —continuó Sebastien—. Propiedades, rutas, almacenes. Si intenta mover algo, lo sabremos.

—No "si" —corrigió Jacob—. "Cuando"—. Nathaniel chasqueó la lengua.

—Y mientras tanto, ella no se quedará quieta.

—No —dijo Sebastien—. Y eso es lo que necesito, que se mueva—. Ambos lo miraron interrogantes.

—Eso es arriesgado —dijo Jacob frunciendo levemente el ceño.

—No —replicó Sebastien—. Es inevitable—. Se inclinó apenas hacia adelante—. Lady Black no va a esconderse. No sabe hacerlo. Va a atacar. Va a intentar golpear donde crea que me duele.

Nathaniel lo miró fijamente.

—Y le vas a dejar—. Sebastien sostuvo su mirada.

—Voy a esperar el golpe, sí. Aunque sé perfectamente dónde está, y podría ir y estrangularla con mis propias manos, haré algo que ella no se espera. Sacrificaré algunas piezas para encerrarla, y la acabaré para siempre, a ella y a su imperio—. El silencio se tensó un instante más.

—Eres un maldito enfermo —murmuró Nathaniel, aunque había algo cercano a la admiración en su tono.

—Soy eficiente —corrigió Sebastien—. Jacob exhaló lentamente.

—Entonces esto es lo que hacemos —dijo—. Yo cierro las rutas de esa arpía. Nathaniel mueve a la nobleza. Tú…

—Yo encuentro a Grace.

No hubo duda, ni titubeos. Sólo una certeza absoluta.

Nathaniel se acercó un paso.

—Sebastien—. Él lo miró—. Qué harás con esa mujer? Lady Black. La entregarás a las autoridades? —Jacob miró a Sebastien, sabiendo desde antes la respuesta.

Una vez, hace tiempo, él mutiló y despedazó a un hombre que se atrevió a tocar a una mujer que, en la realidad, no tenía nada que ver con él. ¿Qué no le haría a quien había tocado a su ser amado?

La mirada de Sebastien no lo decepcionó.

—No va a quedar nada de ella —dijo, y no fue una amenaza, sino una simple conclusión.

Y por primera vez desde que había entrado en ese despacho, ni Nathaniel ni Jacob encontraron nada que responder.

René entró en el despacho de Lady Black, que, inesperadamente, estaba intacto luego de lo de anoche.

El perfume seguía allí, impregnado en las cortinas de terciopelo, en la madera, en el aire mismo. Abajo, el salón seguía en proceso de ser recompuesto; el sonido lejano de muebles arrastrándose y voces susurrantes llegaba amortiguado hasta la estancia, como un eco de lo que había ocurrido horas antes.

Lady Black no se movió del diván.

Había cambiado de postura, nada más. Ya no estaba recostada con descuido, sino erguida, una pierna cruzada sobre la otra, con los dedos sosteniendo el cigarro con una elegancia que no lograba ocultar del todo la tensión en su mano.

René se detuvo en silencio frente a ella.

—¿Cuánto daño? —preguntó finalmente, sin mirarlo.

—El suficiente —respondió él con suavidad—. Pero no irreparable. Ya están atendiendo a los clientes habituales. Muchos… regresarán.

Lady Black dejó escapar una exhalación lenta.

—Claro que lo harán.

Giró apenas el rostro, observando una de las estatuillas sobre una mesa auxiliar. Durante un instante, su mirada se detuvo allí, rememorando la presencia de Sebastien aquí, anoche.

—Él… no vino a negociar —murmuró.

No había sorpresa en su voz, sólo constataba un hecho.

René no respondió, no era necesario.

Ella dejó el cigarro en el cenicero con un gesto medido.

—Eso lo cambia todo.

El silencio que siguió fue breve, pero cargado de sentido.

—¿Debemos preparar un traslado? —preguntó René al cabo de unos segundos—. Algunas de las casas secundarias siguen disponibles. Podríamos…

—No —contestó Lady Black, de inmediato. René alzó apenas la vista —. No me esconderé—. Sus dedos se deslizaron sobre el terciopelo del diván, suaves, casi ausentes, mientras hablaba—. Eso es lo que él quiere —continuó—. Que me repliegue. Que cometa errores. Que actúe como alguien acorralado—. Sonrió apenas, sus labios curvándose en una curva mínima—. No le daré ese placer.

René inclinó la cabeza.

—Entonces… entramos en conflicto abierto.

—No —corrigió ella con suavidad—. El conflicto ya empezó—. Se recostó ligeramente, como si el peso de aquella verdad no la incomodara en lo más mínimo—. Anoche pudo matarme —dijo casi en un murmullo, pensativa.

René no dijo nada.

—Y no lo hizo —continuó Lady Black, como si no entendiera. Sus ojos se entrecerraron apenas, pensativos—. Quiero creer… que es porque no le conviene. Si muero, jamás encontrará a esa perra—. Respiró hondo y ruidosamente—. Y bueno, Si me mata, mis hombres se dispersan, mis contactos desaparecen, mis negocios se fragmentan… y él pierde la única estructura capaz de llevarlo hasta ella.

Alzó la vista entonces, mirando por fin a René.

—Yo soy el único mapa que tiene —sus ojos brillaron, como si eso le satisficiera—. Y él lo sabe muy bien.

René asintió lentamente.

—Entonces esto… va para largo.

—No precisamente —corrigió ella—. No necesitamos velocidad. Necesitamos control—. Se incorporó por completo con un movimiento elegante, medido, como si cada gesto volviera a colocar una pieza en su lugar—. Reorganiza las casas principales —ordenó —. Refuerza la seguridad en los puntos de entrada. Nadie entra sin ser visto. Nadie sale sin ser seguido.

—Sí, señora.

—Y otra cosa—. René se detuvo.

Lady Black lo miró con una calma que ya no tenía nada de inestable.

—Quiero saber cada movimiento de Sebastien Chevalier. Seguramente ya llamó a sus amigos ricos y poderosos, así que quiero conocer cada paso que da, cada decisión. Cada error—. Una leve sonrisa apareció en sus labios—. Porque los cometerá.

René dudó apenas.

—¿Está segura? —Ella sostuvo su mirada.

—Le he quitado lo único que le importaba, al parecer. He tocado su punto más sensible—. Hizo una pausa, y esta vez su sonrisa fue más bien torcida—. Los hombres como él no pueden mantenerse intactos… mientras sangran.

En ese silencio, Lady Black le dio una larga calada a su cigarro, y habiendo trazado en su mente un camino a seguir, y dado a su mano derecha las instrucciones, se volvió a recostar en el diván, exhalando lentamente el humo.

—Viniste a declararme la guerra, mon amour —dijo—. Pues que empiece.

Grace no supo cuánto tiempo pasó antes de volver a abrir los ojos.

No hubo una ruptura clara entre el sueño y la vigilia, sino una lenta claridad que se filtró a través de la pesadez de su cuerpo, como si alguien hubiera levantado apenas una cortina dentro de su mente. El dolor seguía allí, más apagado, pero extendiéndose desde su cabeza hacia todos sus músculos.

No hizo ningún movimiento brusco. Ni siquiera abrió los ojos de inmediato.

Escuchó primero.

La casa tenía un silencio distinto al del burdel. No era un silencio vivo, cargado de murmullos, pasos, respiraciones y risas. Era un silencio rígido, vigilante, como si cada sonido tuviera que pedir permiso antes de existir.

Respiró despacio, llenando sus pulmones de aire, vigilando.

Nadie hablaba cerca. Nadie se movía en su habitación.

Entonces abrió los ojos.

La luz del día entraba por la ventana, suave, indiferente. Todo estaba en su sitio, demasiado limpio, demasiado ordenado. Durante un instante, la escena podría haber parecido tranquila… de no ser por esa opresión que llevaban impregnadas las paredes, paredes a las que odiaba.

Se incorporó lentamente. Esta vez no había ataduras. Sus manos estaban libres, aunque el cuerpo seguía torpe, como si aún quedara un rastro del veneno en su sangre.

Se llevó una mano a la sien, respirando hondo.

Tenía que pensar con claridad. Tenía que hacer algo por sí misma.

Tampoco estaba amordazada, pero de todos modos, no gritó.

No que no lo hubiese considerado. La idea se apareció en su mente, sí, pero con la misma facilidad la descartó. Si gritaba, sus padres vendrían de nuevo con ese pañuelo impregnado en esa droga y la tendrían dormida todo el tiempo si era necesario, lo que reducía sus posibilidades. Además, la casa no estaba en una calle transitada, todo lo contrario. Siempre pensando en la paz y el silencio para meditar en sus sermones y oraciones, el vicario tenía su casa en una calle solitaria y silenciosa. La casa más cercana estaba muy lejos, y tampoco pasaban carruajes con regularidad.

No.

Tenía que ser más inteligente.

Se levantó despacio, apoyándose en el borde de la cama, esperando a que el mareo pasara. Sus piernas respondieron, aunque con cierta debilidad, y eso le dio una pequeña ventaja.

Caminó alrededor, y probó a abrir la puerta. Inesperadamente, ésta se abrió.

¿Estaban confiando en ella, se preguntó, o sólo era una trampa?

Caminó hacia el cuarto de baño, donde encontró agua y un paño limpio. Antes de tocar el agua, miró su reflejo en ella. El golpe en el pómulo empezaba a tomar color, una mancha violácea que contrastaba con la palidez de su piel. Sus labios estaban secos, y sus ojos… demasiado claros, demasiado despiertos.

No era la misma Grace que tantas veces había cruzado ese umbral con la mirada baja, anhelando siquiera un espejo para comprobar que aún existía bajo todo aquello que la cubría y la corregía.

Y, sin embargo, volver no se sentía como una derrota.

En su pecho no estaba esa sensación de caída, de haber retrocedido todo lo avanzado. Era algo distinto. Más incómodo, sí, más peligroso, pero también más claro. Como si hubiese tropezado en el camino, no como si hubiese sido devuelta al punto de partida.

Porque ya no era la misma, y eso lo cambiaba todo.

No dudaba ni por un instante que, en ese mismo momento, Sebastien estaba removiendo Bath entero, pieza por pieza, buscando cualquier rastro de ella. Podía verlo con absoluta nitidez: su mente trabajando sin descanso, sus hombres desplegados, sus contactos activados, cada rincón revisado con una precisión casi obsesiva.

Pero él no miraría aquí.

Esa certeza le provocó un leve nudo en el estómago.

No porque dudara de él, sino porque comprendía la jugada.

Este sería el último lugar donde se le ocurriría buscarla. No sólo a él, a cualquiera, porque ni siquiera ella misma lo habría considerado, y, sin embargo… Lady Black sí.

Grace se quedó inmóvil un instante, asimilándolo.

No era inteligencia lo que le impresionaba, no quería concederle eso, sino la meticulosidad con la que aquella mujer había dispuesto cada pieza. No había actuado por impulso, ni por simple rabia. Había pensado. Había observado. Había entendido lo suficiente como para elegir, entre todas las posibilidades, la única que garantizaba su invisibilidad.

El lugar más peligroso para ella, el único al que jamás querría volver.

Su propia casa.

Pudo haberla enviado lejos, pensó con una inquietud que iba y venía como una ola. Al nuevo continente, a una prisión en Australia, a algún rincón perdido de la India, o al burdel más miserable de Londres, donde habría desaparecido sin dejar rastro.

Pero no lo hizo.

La devolvió aquí, a manos de su padre.

Eso decía más de Lady Black que cualquier amenaza.

Porque implicaba conocimiento. No superficial, no casual. Un entendimiento incómodo, preciso, casi íntimo de aquello que Grace había sido, de aquello que había sufrido, de aquello de lo que había huido con tanto esfuerzo.

Al parecer, aquella mujer conocía al vicario y a su familia casi tan bien como ella misma, y, en consecuencia, había elegido la prisión más férrea, la más silenciosa, la más oscura.

Grace cerró los ojos un instante, dejando que la tensión le recorriera el cuerpo, subiendo y bajando en oleadas que no terminaban de asentarse. Sus nervios se agitaban, sí, pero también encontraba en medio de todo aquello una claridad que antes no tenía.

Abrió los ojos sacudiendo su cabeza, y se obligó a moverse.

Se lavó con cuidado, sintiendo el agua fresca sobre la piel, demasiado simple, demasiado neutra. No había rastro de los jabones perfumados a los que ya se había acostumbrado, ni de los aceites suaves que convertían el baño más en un placer que en una necesidad.

Aquí, todo era funcional, frío, correcto. Tan carente de alegría, como si disfrutar algo también fuera pecado.

Cuando estuvo limpia, miró a un lado, y allí, doblado sobre una silla, estaba uno de sus viejos vestidos.

Telas apagadas, cortes cerrados, colores que parecían diseñados para no llamar la atención. Durante un instante, sus dedos rozaron una de las mangas, reconociendo la textura, la rigidez.

Y luego vio las vendas.

Doblemente enrolladas, perfectamente limpias, listas para ser usadas.

El estómago se le contrajo.

Recordó la presión alrededor de su torso, la dificultad para respirar con normalidad, la forma en que cada curva de su cuerpo había sido corregida, contenida, negada.

Y junto a ellas, el polvo.

Ese tono marrón apagado que convertía su cabello en algo olvidable, algo que no destacaba, algo que no incomodaba.

Algo que no era ella.

Tomó uno de los vestidos, sí, pero no las vendas. Tampoco el polvo.

Se vistió con movimientos lentos, todavía medidos por la debilidad, pero firmes en la decisión. El tejido se acomodó a su cuerpo de una forma distinta, más libre, más honesta. Su cabello rojo cayó sobre sus hombros sin corrección, sin intento alguno de ocultarlo.

Suspiró en silencio y salió de la habitación.

El pasillo estaba en silencio, y lo recorrió escuchando cada pequeño crujido de la madera como si pudiera delatarla, aunque sabía que no había nada que ocultar.

Al llegar a la sala, vio a su familia reunida. La estaban esperando, al parecer.

Pero no sólo estaban sus tres verdugos que la miraban como si la odiaran a muerte.

También estaba Edgar Henslow, su prometido, sentado con una rigidez casi ceremonial, como si aquel fuera un encuentro largamente esperado.

En cuanto ella apareció en la estancia, la recorrió de pies a cabeza con la mirada, despacio, sin disimulo, y a Grace se le revolvió el estómago.

La mirada de Edgar se detuvo en su rostro, en el golpe aún visible, descendió por su cuello, por la caída libre del vestido, por la forma en que éste se ajustaba sin las restricciones que antes la ocultaban.

Ahora mismo, ella estaba llevando la ropa interior que solía usar, la que llevaba al momento del secuestro. Un corsé que no acentuaba sus curvas, pero que tampoco las escondía. Y tal vez fue eso lo que hizo que la mirada de Edgar cambiara. Ahora era una mezcla rara, incómoda, de resentimiento y deseo, como si estuviera viendo algo que quería poseer y destruir al mismo tiempo.

Grace sintió el frío recorrerle la espalda, asqueada, pero no dio un paso atrás, ni dejó que en su rostro se notaran sus emociones. Ahora era una mujer experimentada en las atenciones de los hombres. Esto no era nada.

Se quedó allí, sosteniendo su mirada, obligándose a no mostrar el asco que empezaba a nacer en su interior.

Puede que ahora Edgar Henslow hubiese renovado su deseo de someterla y humillarla, pero ya no estaba tratando con la misma Grace de antes.

Sabía lo que sus padres se proponían al traerlo aquí, así que, su tarea era, por ahora, ganar tiempo.

29

La sala estaba demasiado ordenada para lo que iba a ocurrir en ella.

Grace lo percibió de inmediato, en la rigidez de los muebles, en la forma en que todo parecía colocado con una intención que no dejaba espacio a lo imprevisto. Su padre permanecía de pie junto a la chimenea, con las manos a la espalda, como si aquello fuese una visita formal; su madre, sentada, observaba con una atención ansiosa, contenida. Y Edgar Henslow… Edgar ocupaba el centro sin necesidad de moverse, como si el lugar le perteneciera por derecho.

Cuando Grace entró, el silencio se tensó apenas un instante.

—Vaya —dijo él, recorriéndola con la mirada—. Al fin decides presentarte como corresponde.

Las reglas dictaban que, cuando una mujer entraba a una estancia, los caballeros se ponían de pie.

Edgar no lo hizo.

Pero, bueno, él no era un caballero en ningún sentido, ¿qué se podía esperar?

Grace avanzó unos pasos, lo suficiente para no parecer acorralada en la entrada, y se detuvo. No inclinó la cabeza. No bajó la mirada.

—No recuerdo haberte dado el derecho de mirarme y hablarme de ese modo —respondió con calma.

Un leve cambio cruzó el rostro de Edgar. No era sorpresa. Era algo más oscuro, más atento.

Viendo que se avecinaba una discusión desagradable, y, saliendo de su sorpresa, el vicario carraspeó, incómodo.

—Grace…

—Será mejor que nos dejen a solas —interrumpió Edgar, sin apartar los ojos de ella.

No fue una petición. Fue una orden dicha apenas con cortesía.

El vicario dudó apenas un segundo, mirando a su hija como si evaluara algo, pero terminó por asentir. Su esposa se levantó de inmediato, aliviada de no estar en medio de aquello. Salieron sin más palabras, cerrando la puerta tras de sí.

El silencio que quedó fue de otra naturaleza.

Más crudo.

Edgar se puso en pie entonces, con lentitud, como si quisiera prolongar ese instante.

—Debo admitir que no esperaba que regresaras… por tu propia voluntad—. Grace sostuvo su mirada.

—Te equivocas. No lo hice.

—No importa —respondió él, encogiéndose de hombros—. Estás aquí—. Avanzó un paso—. Y eso es lo único que interesa.

Grace no retrocedió.

—¿Le interesa a quién? —preguntó—. ¿A ti? ¿A mi padre? ¿O a ese orgullo tuyo que no soportó que dijera que no?

La sonrisa de Edgar se tensó.

—Ten cuidado.

—¿O qué? —replicó ella, sin alzar la voz—. ¿Vas a repetir lo que ya hiciste? —Él ladeó la cabeza.

—He sido paciente contigo, Grace. Más de lo que cualquiera en mi lugar habría sido. Has huido, me has humillado, has preferido… —hizo un gesto vago, cargado de desprecio— ese lugar antes que cumplir con lo que te corresponde.

—¿Lo que me corresponde? —repitió ella, y esta vez hubo un matiz de incredulidad en su voz—. ¿Ser tuya?

—Ser mi esposa —corrigió él, aunque la palabra no suavizó en nada el tono—. Y sí, me lo debes—. Grace dejó escapar una pequeña exhalación, casi una risa sin humor.

—No te debo nada.

—Te equivocas.

—No —dijo ella con firmeza—. El que está equivocado eres tú, si crees que esto va a salir como lo has imaginado.

Edgar dio otro paso, reduciendo la distancia entre ellos.

—Saldrá —dijo en voz baja—. Porque esta vez no tienes a dónde ir. Te casarás conmigo, y te trataré de tal manera, que no te quedarán ganas de volver intentar huir—. Grace lo miró fijamente.

—Eso es lo que crees —dijo con una media sonrisa que pareció más bien burlona—. Pero escúchame bien —continuó ella, y ahora su voz era más baja, más precisa—. Si llegáramos a casarnos… no sería, ni de lejos, la vida que esperas. No será mi vida la única que se arruine —. Algo en su tono lo hizo detenerse—. La tuya también será un desastre. Yo me aseguraré de eso.

Edgar frunció el ceño.

—No sabes lo que dices.

—Lo sé perfectamente —replicó Grace—. Porque tú quieres una esposa sumisa, agradecida, dócil. Alguien que agache la cabeza y reciba en silencio todo lo que tú decidas darle—. Hizo una leve pausa—. Y no va a pasar. Yo ya no soy ese tipo de mujer.

Él la observó con una intensidad creciente, como si intentara medir hasta dónde llegaba aquello.

—Te equivocas si crees que no puedo obligarte.

—Oh, lo sé —respondió ella sin titubear—. Puedes encerrarme, golpearme, forzarme, porque tienes fuerza y todo lo demás —su voz no tembló—. Pero jamás me someteré. Jamás dejaré de luchar. Así tenga que vivir con moretones en el cuerpo, atada con una cadena, marcada por tu violencia, cada día de mi vida lucharé. Tú en algún momento tendrás que dormir, trabajar, descansar, pero me aseguraré de que jamás puedas hacerlo en paz, porque hay venenos, cuchillos, fuego… que yo podré usar para desaparecer de este mundo… y llevarte conmigo.

Edgar la miró con ojos grandes por las emociones que se mezclaban. Sorpresa, y… un poco de temor. ¿Ella estaba diciendo que lo mataría? ¿Estaba advirtiéndole que en cuanto diera la espalda, ella contraatacaría?

No supo qué decir, pero no parecía necesario. Grace se inclinó apenas un poco, bajó aún más la voz, y le dijo:

—Si insistes en llevarme contigo, Edgar Henslow, vas a ser muy, muy miserable.

El silencio cayó entre ambos con un peso distinto. La mandíbula de Edgar se tensó.

—Te cansarás.

—No —dijo ella con una serenidad que no tenía nada de ingenua—. Aprendí a resistir en lugares mucho peores que este.

Sus palabras quedaron suspendidas un instante, y luego, con toda la elegancia que había aprendido en El Corsé Roto, simplemente giró sobre sus talones, dando por terminada la conversación, como si ya no hubiera nada más que decir.

—Esto es un error —añadió, sin mirarlo—. Para ambos. Pero tú eres el único que aún no lo entiende.

Dio un paso alejándose, pero no llegó a dar el segundo.

Recibió en la cabeza un golpe contundente, y tras ella, Edgar Henslow aún tenía la mano levantada y el pecho agitado.

Grace no lo había visto venir, y cerró los ojos comprendiendo que la guerra apenas estaba empezando, y que este maldito no sabía jugar limpio, por lo que, las reglas debían cambiar.

El mundo se inclinó de golpe, la luz se quebró en un destello breve, y el suelo la recibió sin que pudiera siquiera alzar las manos para protegerse. El sonido de su cuerpo al caer resonó en la habitación con una violencia que contrastaba con el silencio anterior.

Edgar permaneció de pie, respirando como si viniera de correr, con la mano empuñada deseando seguir golpeando.

Durante un instante, no dijo nada.

Luego se acomodó la chaqueta con un gesto mecánico, como si aquello hubiese sido apenas un inconveniente menor.

La puerta se abrió.

El vicario y su esposa aparecieron en el umbral, alertados por el ruido. Sus miradas fueron de Edgar al cuerpo inmóvil de Grace en el suelo.

Nadie preguntó, ni se alteró. Ninguno corrió a ver cómo estaba ella, sólo se quedaron allí, en silencio. Edgar los miró apenas.

—La boda será mañana —dijo sin más. Como si el par al que le hablaba fueran sus lacayos.

Y, como tales, el vicario y su esposa contestaron:

—Por supuesto—. Incluso, en su voz había algo cercano al alivio. Le estaba pasando el problema a otro—. Será lo mejor.

Grace no se movió.

Y, en medio de aquella quietud, la única victoria que había obtenido, esa que no podían arrebatarle, quedó suspendida en el aire, invisible, intacta, mientras los otros decidían su destino como si ella ya no estuviera allí.

En el resto de Bath, era una mañana como cualquier otra.

Las campanas marcaron la hora, los carruajes comenzaron a circular con la puntualidad habitual, y las damas salieron a sus diligencias envueltas en capas ligeras, comentando trivialidades como si nada hubiese cambiado. El aire fresco de la mañana arrastraba el murmullo cotidiano de la ciudad… pero, bajo esa apariencia ordenada, algo se había desplazado.

No era visible, pero se sentía.

Los comerciantes notaron que ciertos clientes habituales no aparecieron. Los criados, que algunos encargos se daban en voz más baja de lo normal. Los cocheros, que había rutas que de pronto se evitaban sin explicación. Y en las calles menos transitadas, donde el bullicio no alcanzaba a disimularlo todo, empezaron a cruzarse miradas que no pertenecían a la rutina.

Bath seguía en pie, pero ya no estaba en calma.

En un extremo de esa ciudad que aún fingía normalidad, Sebastien Chevalier había empezado a cerrarla.

No lo hizo con ruido, ni con despliegues visibles de fuerza. No había hombres armados bloqueando calles, ni órdenes proclamadas en voz alta. Su control era más sutil, más profundo, como una red que se tendía sin que nadie pudiera señalar el momento exacto en que había caído sobre ellos.

Los carruajes que entraban y salían comenzaron a ser observados. No detenidos, no aún, pero sí memorizados. Colores, escudos, rutas. Los cocheros eran interrogados sin saberlo, envueltos en conversaciones aparentemente casuales que terminaban revelando más de lo que pretendían.

En los callejones, los niños dejaron de jugar; miraban, contaban en voz baja, corrían y llevaban información.

Las mujeres que trabajaban en los márgenes, las que nadie veía, las que todos fingían no reconocer, empezaron a recibir preguntas. No amenazas, no violencia abierta. Sólo una mirada sostenida, una moneda bien colocada… y el nombre de Grace pronunciado con una gravedad que no dejaba lugar a equívocos.

Sebastien no estaba buscando a una mujer, estaba desarmando una ciudad hasta encontrarla.

En su despacho, los informes llegaban sin pausa. Nombres, rostros, cambios. Pequeñas irregularidades que, por sí solas, no significaban nada… pero que, en su mente, comenzaban a ordenarse con una precisión inquietante.

No había dormido, y no lo necesitaba.

Su mente se movía con una claridad absoluta, fría, exacta, como si cada emoción hubiese sido apartada para dejar espacio sólo a lo esencial.

Rutas. Casas. Contactos. Puntos ciegos. Todo Bath era ahora un tablero.

Y él… ya había empezado a mover las piezas.

En el otro extremo, Lady Black hacía lo mismo, pero a su manera.

Donde Sebastien tendía redes invisibles, ella cortaba las que podían atraparla.

Las órdenes se transmitían con rapidez, sin titubeos.

—Ese local no abre hoy.

—Trasladen a las chicas.

—Ese nombre ya no existe.

Las casas cambiaban de función en cuestión de horas. Lo que había sido un salón activo la noche anterior amanecía cerrado, limpio, irreconocible. Los registros desaparecían, los rostros se desplazaban, y los hombres que le eran leales dejaban de ocupar los lugares habituales para disolverse en otros nuevos, menos evidentes.

No era huida.

Era adaptación.

Desde su salón, envuelta en terciopelo negro, con el aroma denso de sus perfumes impregnando el aire, Lady Black escuchaba cada informe con una quietud que contrastaba con la velocidad de los acontecimientos.

—Está moviendo a sus hombres —dijo René a su lado.

Ella no respondió de inmediato. Exhaló el humo con lentitud, observando cómo se deshacía en el aire.

—Por supuesto que lo está —murmuró al fin—. Es lo que hace mejor.

No había sorpresa en su voz. Había reconocimiento, y esa oscura admiración que nunca pudo suprimir.

—¿Ordenamos retirarnos? —preguntó el hombre, con una cautela que no logró disimular del todo.

Lady Black giró apenas la cabeza y lo miró con una leve sonrisa que no iluminaba sus ojos.

—Claro que no —respondió—. Hay que soltarle una presa, darle una esperanza.

René la miró comprendiendo inmediatamente a qué se refería ella, y lo que tenía que hacer.

—Sí, madame —dijo, y salió de la habitación.

Las primeras seis horas pasaron sin que la ciudad pudiera señalar un solo evento concreto, y, sin embargo, todo había cambiado.

Para cuando el reloj se acercaba al mediodía, la tensión ya no era sólo una sensación difusa. Empezaba a tomar forma.

Un carruaje apareció abandonado en una calle lateral, con el cochero desaparecido y la madera marcada por un golpe que nadie quiso investigar demasiado. Un hombre que trabajaba para Lady Black no regresó a su puesto. Un salón menor, discreto pero rentable, amaneció con las ventanas rotas y el interior reducido a un caos que no dejaba dudas: alguien había estado allí, y no había ido a negociar.

Los rumores comenzaron a correr. No en voz alta. Nunca en voz alta.

Pero lo suficiente para que los más atentos entendieran que algo estaba ocurriendo.

Fue entonces cuando la guerra dejó de ser invisible.

No hubo un anuncio, ni una declaración. De repente, en una de las casas de Lady Black, no de las principales, pero sí lo bastante importante como para sostener una parte de su red, las puertas fueron abiertas a la fuerza.

Mesas volcadas, vidrios y botellas rotas, mujeres golpeadas, clientes echados afuera con los pantalones abajo. Gritos, amenazas, llanto.

Cuando los pocos curiosos que se atrevieron a mirar desde la distancia volvieron a asomarse… ya no quedaba nada en su lugar, excepto la seguridad de que no se había tratado de un robo.

Lady Black recibió la noticia sin levantarse de su asiento. Era una mujer que no se alteraba fácilmente, después de todo. Y, por primera vez desde que todo había comenzado, su expresión cambió apenas.

—Ha tomado una de las casas —dijo el informante frente a ella—. Lo peor: las autoridades están auditando el lugar, y han dado con… personas que no debían estar allí. Estamos recibiendo amenazas y auditorías que no habrían existido de no ser por este percance.

Ella dejó escapar una breve risa, baja, casi íntima.

—No caeremos sólo por eso, no te preocupes.

—Pero…

—Es sólo su primer golpe. Si te alteras al inicio de la guerra, no vas a soportar el final.

El hombre tragó saliva, tratando de contenerse, de regular sus emociones.

—Sí, madame —dijo, y volvió a ponerse el sombrero listo para salir.

Lady Black miró a su lado a René.

—¿No es admirable mi hombre? —preguntó con una sonrisa—. Debe estar tan furioso. Ah, cómo quisiera ver ese rostro ahora mismo.

René no dijo nada. Sólo se preguntó cuánto tiempo tomaría esta guerra.

Y qué se necesitaba para que uno de los dos se diera por vencido.

La ciudad ya no fingía tan bien.

Lo que en la mañana había sido apenas un murmullo, una inquietud que se deslizaba por debajo de las conversaciones elegantes, hacia la tarde se había vuelto imposible de ignorar. Había algo en el aire, denso, incómodo, que hacía que las personas hablaran más bajo, que midieran sus palabras, que miraran por encima del hombro antes de confiar en quien tenían enfrente. Las calles seguían llenas, los carruajes seguían pasando, las damas continuaban con sus visitas y los caballeros con sus negocios… pero todo parecía sostenido por una tensión invisible, como si Bath estuviera conteniendo el aliento.

En algunos sectores, los comerciantes empezaron a cerrar antes de lo habitual. No hubo órdenes, ni avisos oficiales. Fue algo instintivo, casi animal. Bajaban las cortinas con manos apresuradas, cruzaban miradas con los vecinos, asentían sin decir palabra. Nadie sabía exactamente qué estaba ocurriendo, pero todos coincidían en algo: no era prudente quedarse fuera cuando cayera la noche.

Porque algo iba a caer.

Y lo sabían.

Las noticias corrían, deformándose de boca en boca, pero conservando siempre el mismo núcleo oscuro. Otras casas habían sido intervenidas. Lugares que durante años habían ostentado una fachada respetable, salones pulcros, puertas siempre bien atendidas… ahora eran señalados como centros de algo mucho más turbio. Burdeles clandestinos. Lugares donde no sólo se comerciaba con mujeres, sino también con muchachos… y niños.

Ese detalle, en particular, empezó a pudrirlo todo.

Ya no era escándalo.

Era horror.

Y el horror, a diferencia del escándalo, no se comenta con curiosidad… se susurra.

—Dicen que los tenían encerrados —murmuró una mujer, llevándose el abanico a los labios, como si aquello pudiera contener lo que estaba diciendo—. Como si fueran… mercancía.

Su interlocutora palideció.

—No puede ser.

—Eso mismo dijeron la vez pasada —intervino otra, con voz más baja aún—. Y mira cómo terminó aquello.

El recuerdo no necesitaba ser nombrado con detalle, todos lo tenían presente.

Hacía no tanto, un grupo de hombres, de buena posición, de nombres conocidos, había sido expuesto y ejecutado por prácticas que la sociedad no estaba dispuesta a tolerar.

Practicaban la sodomía, ¡y en sus propias residencias! Fiestas clandestinas donde se cometía toda clase de perversión, con personas compradas o sometidas para fines impensables.

La noticia había sacudido a Bath, no sólo por la naturaleza de los hechos, sino por quiénes estaban implicados. Caballeros respetables. Invitados habituales en las mejores casas.

Y luego…

Los Lankford.

El nombre bastaba para tensar cualquier conversación.

Una familia con linaje, con conexiones, con un apellido que durante años había sido sinónimo de prestigio… reducida a cenizas sociales cuando se descubrió su implicación en la trata de personas. Juicios, condenas, ejecuciones. Una caída tan estrepitosa que aún se sentía reciente, como una herida que no terminaba de cerrar.

Y ahora…

Esto.

Las miradas empezaron a cruzarse con una nueva pregunta.

No era sólo qué estaba pasando.

Era… quién más estaba implicado.

—No puede ser coincidencia —dijo un caballero, con el ceño fruncido, apoyando ambas manos sobre su bastón mientras hablaba en voz baja con otros dos—. Demasiadas cosas en tan poco tiempo.

—Siempre lo son… hasta que dejan de serlo —respondió otro, mirando hacia la calle como si temiera que alguien pudiera oírlos.

Hubo un breve silencio.

—Debe haber una raíz maldita en todo esto —murmuró finalmente una dama, alzando la vista hacia el cielo grisáceo, como si esperara encontrar allí una respuesta o, al menos, consuelo.

Pero no había consuelo, porque por primera vez, la idea empezó a tomar forma.

No eran hechos aislados. No eran escándalos independientes.

Era… una red.

Algo más grande, más profundo.

Más antiguo.

—Me pregunto —añadió alguien, con un hilo de voz que apenas se sostuvo en el aire— qué nueva familia aparentemente respetable va a caer ahora.

Nadie respondió, pero todos pensaron lo mismo.

Y por primera vez, no se sintieron seguros ni siquiera dentro de sus propias casas.

Sebastien no había salido de su despacho, no lo necesitaba. Era Bath quien entraba y salía de su despacho en forma de información.

Un hombre hablaba, otro llegaba con un dato, un tercero confirmaba o descartaba lo anterior. Todo pasaba por él, y todo era filtrado con una rapidez que no dejaba espacio para el error… o, al menos, no para errores prolongados.

—La casa de North Alley ya fue revisada —dijo uno de los suyos—. No estaba allí.

—La casa de Avon fue abandonada antes de que llegáramos —dijo otro.

Sebastien no respondió de inmediato. Apoyó las manos sobre el escritorio, inclinándose apenas hacia adelante mientras ordenaba aquello en su mente.

Sí, le había asestado un par de buenos golpes a Lady Black, pero no parecía ser suficiente.

—Dejen de seguir lo evidente —les dijo, alzando la mirada—. Si parece fácil de encontrar… no lo es.

Uno de los hombres dudó un instante.

—Entonces, ¿por dónde seguimos?

Sebastien se enderezó lentamente.

—Por donde ella no espera que miremos.

El silencio se tensó apenas.

—Familia —dijo entonces—. Pasado. Lugares que no usaría para su negocio.

Un leve murmullo recorrió la habitación.

No era el tipo de búsqueda que habían estado haciendo.

—Quiero todo lo que tengan sobre las personas que han estado cerca de Grace antes de que llegara a nosotros —continuó—. Familia, conocidos, antiguos contactos. Todo.

—Señor… —uno de ellos vaciló—. ¿Cree que…?

—No creo —lo interrumpió con calma—. Estoy eliminando opciones.

Mientras tanto, Lady Black comenzaba a sentir los efectos del avance de Sebastien. No en su persona, al menos, no directamente, sino en su estructura.

—Hemos perdido dos casas menores —informó René—. Y varios clientes han presentado quejas formales. Ya sabe cómo son los aristócratas.

Ella escuchó sin moverse, sentada en su diván, con el cigarro consumiéndose entre sus dedos.

—¿Cuántos de los nuestros han sido interrogados?

—Algunos… y han hablado.

Eso la sorprendió. Lo que se hacía en esas casas no era una confesión fácil de hacer.

Lady Black giró apenas el rostro.

—¿Han dicho algo útil?

—No… pero…

—Entonces no importa—. Su voz fue suave, pero definitiva.

René tragó saliva.

—Está avanzando más rápido de lo previsto.

Ella dejó escapar una breve risa, sin humor.

—Siempre lo hace—. Apagó el cigarro con calma—. Retiren lo que queda en los puntos secundarios —ordenó—. Que sólo queden abiertos los que podamos defender… o abandonar sin pérdidas.

—¿Y esa mujer? La que él busca—. Lady Black endureció el gesto.

—La querida Grace no está en ninguno de esos lugares —respondió al fin—. Y no lo estará.

René asintió, aunque la respuesta no le ofrecía demasiado consuelo.

—Entonces… ¿esperamos?

Lady Black lo miró, y en sus ojos ya no había rastro de vacilación.

—No—. Se puso de pie con una lentitud calculada—. Si él ha decidido derribar mi mundo… yo haré lo mismo con el suyo.

René frunció el ceño.

—¿El Corsé Roto? ¿El salón de los Ases?

—No —corrigió ella—. Eso sería demasiado simple—. Se acercó a la ventana, observando la ciudad que se extendía más allá—. Ahora le toca a sus aliados.

—¿Sus aliados?

—El aristócrata. El comerciante. Todos los que ahora creen que pueden jugar en este tablero sin consecuencias—. Se volvió hacia él —. Quiero que empiecen a sentirlo.

—¿Cómo?

Una leve sonrisa curvó sus labios.

—Rumores. Inspecciones. Deudas olvidadas que de pronto se recuerdan. Invitaciones que se retiran.

No era un ataque frontal, sino algo más lento. Más insidioso.

—Que empiecen a preguntarse si estar cerca de Sebastien Chevalier vale el precio.

René asintió.

Ahora sí comprendía. No iban a detenerlo, iban a aislarlo.

30

El aviso llegó cuando la mañana apenas terminaba de asentarse sobre Bath, arrastrando consigo ese aire húmedo que se quedaba prendido a las calles como una advertencia. No fue un mensaje elaborado ni una fuente especialmente confiable, pero sí lo suficientemente concreto como para no ignorarlo: una muchacha pelirroja había sido vista entrando en un viejo almacén, en las

afueras, un lugar que en otros tiempos había servido para guardar mercancía, pero que desde hacía años orbitaba en los márgenes de los negocios de Lady Black.

Sebastien no dudó.

No porque creyera en la certeza de la información, sino porque no podía permitirse descartar nada.

El carruaje avanzó con rapidez, dejando atrás las calles conocidas de Bath, internándose en caminos cada vez más solitarios, donde las casas empezaban a escasear y el paisaje se abría en una extensión más áspera, menos civilizada. A su lado, dos de sus hombres guardaban silencio, entendiendo que ese no era momento para preguntas ni comentarios. Bastaba con mirar el perfil de Sebastien para comprenderlo.

Él no parecía furioso, sino tenso, como si su mente no hubiese parado de trabajar buscando salidas y alternativas desde que todo había comenzado.

Cuando llegaron, el lugar no ofrecía resistencia.

El almacén se alzaba como un cascarón vacío, con las puertas entreabiertas y el viento colándose por las rendijas como si quisiera confirmar lo evidente. Aun así, Sebastien descendió sin prisa, recorriendo el terreno con la mirada antes de avanzar.

—Revisen todo —ordenó, y su voz fue baja, firme.

Entró.

El interior olía a madera vieja, a polvo, a abandono… y a algo más reciente. Algo que no pertenecía a ese abandono.

Sus pasos resonaron con suavidad sobre el suelo mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra. Había señales. No muchas, pero suficientes. Huellas recientes. Una mesa desplazada. Una cuerda tirada en un rincón.

No era un lugar olvidado; había sido usado recientemente.

Uno de sus hombres se inclinó junto a una de las paredes, apartando unos tablones mal colocados.

—Señor…

Sebastien se acercó… y lo vio. Era un chal.

De tela fina, suave, demasiado delicado para pertenecer a ese sitio. Lo reconoció sin necesidad de tocarlo, pero aun así se inclinó y lo tomó entre sus dedos, como si el contacto pudiera confirmarle lo que ya sabía.

Era de Grace. Una prenda que ella había usado la tarde que salió haca la casa de lady Bedford, y la imagen de ella sonriéndole en una despedida vino a su mente, haciéndole arrepentirse de haberla dejado ir.

No, se corrigió. Grace tenía todo el derecho de ir a fiestas y reuniones sociales. Todas las que quería. Él debió haberle proporcionado la seguridad para que nada de esto sucediera.

Suspiró en silencio y miró de nuevo alrededor. Ella había estado aquí, no hacía mucho, pero era evidente que la habían vuelto a cambiar de lugar.

Se enderezó lentamente, sin soltar el chal. Su mirada recorrió el lugar una vez más, esta vez no buscando… sino entendiendo.

Algo en el fondo de su mente empezó a hacer ruido.

¿No era esto demasiado fácil? El sitio estaba demasiado lejos, también, y un chal era una prenda fácil de perder. Estaba limpio, en perfectas condiciones, y sin rastro de sangre.

Lady Black no escondía lo importante en lugares evidentes. No dejaba rastros tan claros sin intención. No se imaginaba a sus hombres dejando atrás una prenda accidentalmente, ni a ella permitiendo tal error.

Porque no era un error, concluyó. Era una distracción.

Sus dedos se cerraron apenas sobre la tela al pensar que lo estaban alejando de Bath con una intención. La idea no llegó como una sospecha, sino como una certeza que se instaló con una claridad incómoda. Lo habían sacado de Bath. Lo habían traído hasta ese punto muerto mientras… algo más ocurría en otro lugar.

Grace no estaba allí, y, probablemente, nunca había estado. El objetivo había sido él, traerlo a este lugar.

Se giró con brusquedad, sin soltar el chal, caminando a grandes zancadas saliendo de la pequeña casa.

—Nos vamos.

Nadie hizo preguntas. Sus hombres reaccionaron de inmediato, siguiendo su ritmo sin necesidad de explicaciones.

El carruaje partió de regreso a la ciudad con una urgencia distinta, más silenciosa, más peligrosa.

Sebastien no dijo nada durante el trayecto, sólo miró al cielo, que ya empezaba a clarear.

Ya era el segundo día sin que Grace apareciera, y cada hora era una tortura. Podía perfectamente imaginar todo lo que podía estar sufriendo a manos de Lady Black.

El miedo le recorría las venas cada vez que pensaba en aquello, porque, aunque Grace era fuerte, todo ser humano tenía un punto de quiebre, un límite. Y si Lady Black había traspasado los de Grace, no le alcanzaría la vida para repararla.

Cerró los ojos serenándose, tranquilizándose. Debía concentrarse en el ahora, lo que tenía delante.

Si lo habían querido lejos, pensó, era porque algo estaba pasando en Bath. Y lo querían lo más lejos posible.

Grace estaba en Bath, se alivió. Tenía los puertos vigilados, polizontes en cada esquina, espías cerca de cada embarcación, pero ella seguía en la ciudad.

No importaba si tenía que registrar cada casa. La iba a encontrar.

Cuando cruzaron de nuevo los límites de la ciudad, el sol ya estaba alto, filtrándose entre las fachadas con una luz fría que no lograba calentar nada.

No alcanzó a bajar del carruaje cuando uno de los hombres de Jacob se acercó con prisa hacia él.

—Señor —dijo, inclinando apenas la cabeza—. El señor Smith lo solicita. Dice que… tiene a alguien interesante. Un hombre cercano a

Lady Black—. Sebastien lo miró con sorpresa.

Qué eficiencia la de Jacob, pensó.

—¿Algo más?

—El sujeto no ha hablado. Parece que… requiere de su ayuda—. Un leve silencio se formó. La comisura de los labios de Sebastien se tensó en una sonrisa.

—Vamos allá.

El sótano de la casa de Jacob no era un lugar improvisado. Parecía perfectamente preparado, pensado para estos menesteres.

El aire era más frío allí abajo, más denso, cargado con ese olor metálico que no necesitaba explicación. El hombre estaba atado a una silla, con el rostro marcado, la respiración irregular y la mirada perdida en algún punto entre el miedo y la resistencia.

Jacob estaba allí, de pie, con los brazos cruzados, observando.

Al ver entrar a Sebastien, no hizo comentarios innecesarios.

—No es fuerte —dijo simplemente—. Pero es terco.

Sebastien asintió, avanzando sin prisa. Se detuvo frente al hombre y lo miró.

Fue fácil reconocerlo. Era René. La sombra sempiterna de Lady Black.

Impresionado, se giró a Jacob.

—¿Cómo lo conseguiste? —preguntó, como si se tratara de algún artículo de lujo, no de un prisionero. Jacob sonrió orgulloso.

—Ah, no fue fácil. Recibo los elogios después—. Sebastien sonrió, cosa que no hacía desde hacía mucho tiempo, meneando la cabeza, y volvió a concentrarse en la figura que tenía delante.

Era un chico guapo. Con facciones demasiado delicadas para ser las de un hombre, demasiado toscas para ser las de una mujer. Un personaje que había transitado en la ambigüedad de su género toda su vida, y que había empezado a ver al lado de Lady Black desde hacía mucho tiempo, desde que sólo era un niño.

Debía tener poco más de veinte años, y le era totalmente fiel a esa perra, por lo que, sacarle una confesión iba a estar difícil.

¿Qué debía usar?, se preguntó dando varios pasos hacia él, hasta quedar al alcance de su mano. ¿Cuchillos? ¿Fuego? ¿Veneno?

René levantó la mirada lleno de resentimiento, como si pudiera adivinar sus pensamientos, y al encontrarse con el brillo en los ojos de Sebastien, se quedó quieto.

No era un hombre hecho para la lucha, ni lo había sido nunca. Desde niño, había habitado un cuerpo que parecía negarle todas las ventajas posibles; si hubiese sido hombre, habría tenido fuerza, habría aprendido a golpear, a imponerse. Si hubiese sido mujer, habría podido valerse de su belleza, de su encanto, de aquello que tantas otras sabían explotar. Pero no era ni lo uno ni lo otro, y en ese punto intermedio no había privilegios, sólo peligros.

Había aprendido a sobrevivir sin fuerza, y eso, a veces, era peor.

Conoció a Lady Black después de haber sido traído en un barco desde Francia, igual que Sebastien, aunque sus caminos no se cruzaron entonces. Durante un tiempo, al igual que él, fue una rareza codiciada; algo distinto, ambiguo, exótico. Un cuerpo que despertaba curiosidad antes que deseo, y que por lo mismo era buscado, tocado, probado sin demasiadas preguntas.

Pero su salud nunca fue fuerte. Pasaba más tiempo recuperándose de fiebres y dolencias que trabajando, y en una casa como aquella, la debilidad no tenía cabida. Un puto enfermo era una mala inversión, una imagen que convenía retirar antes de que empezara a afectar el negocio.

Así que aprendió rápido.

Observaba. Escuchaba. Recordaba. Descubrió que había otras formas de ser útil.

Era inteligente, más de lo que muchos suponían a primera vista. Entendía a las personas con una facilidad inquietante, captaba detalles que otros pasaban por alto, y sabía cuándo hablar… y, sobre

todo, cuándo callar. Poco a poco, dejó de ser una mercancía para convertirse en algo más difícil de reemplazar.

Lady Black lo notó.

No sólo vio en él un rostro atractivo, sino una mente aprovechable, y lo sacó de ese circuito para mantenerlo cerca. No fue un gesto de bondad. Fue una inversión.

Desde entonces, la siguió.

No por devoción, sino por necesidad.

Ella había sido su verdugo… y también su única salida. Como todo en su vida, su relación con ella no tenía una forma definida. No era lealtad, no era afecto, no era miedo puro. Era una mezcla de todo eso, tan enredada que ni él mismo habría sabido ponerle nombre.

Pero estaba atado a ella, y lo sabía.

Lady Black era admirable, incluso para alguien como él. Había construido su imperio en un mundo que no perdonaba a las mujeres, y lo había hecho sin suavizar nada de sí misma. Era más cruel que muchos hombres, más fría, más meticulosa. No había visto en ella una sola duda al momento de arruinar una vida, de decidir el destino de alguien, de convertir a una persona en una herramienta o en un desecho.

No le temblaba la mano, nunca, y por eso, precisamente, no entendía su relación con Sebastien.

Era evidente, casi grotesco, cuánto la detestaba él. Y aun así, ella seguía ahí, pendiente de cada palabra, de cada gesto, como si en algún momento fuese a recibir algo distinto a ese desprecio. Se alimentaba de su presencia, de sus encuentros, lo admiraba incluso cuando sus acciones iban en contra de sus propios intereses.

René nunca se atrevió a señalarlo.

Había visto lo que ocurría con quienes cruzaban esa línea. Una palabra mal dicha podía costarle el puesto, la paga… o algo mucho peor. Y él conocía demasiado bien los distintos tipos de infierno que Lady Black era capaz de ofrecer.

Nunca la entendió del todo, pero a él sí.

Porque si Lady Black, en lugar de fijarse en Sebastien, hubiese puesto los ojos en él… tal vez habría hecho lo mismo. Aprovechando de ella todo lo que le podía dar, acumulando en silencio para el día de su huida.

Y aquí estaba, pensó mientras alzaba un poco más el mentón, mirando a Sebastien desde el suelo, sintiendo el metal frío de los grilletes cerrándose sobre sus muñecas y la piel lastimada. El aire olía a humedad, a hierro, a sangre vieja impregnada en las piedras. Un lugar donde las palabras no solían tener valor… a menos que alguien decidiera dárselo.

Aquí estaba… Entre dos fuerzas que no sabía si podía llamar hombres.

Hiciera lo que hiciera… no iba a salir de esto intacto, y saberlo no lo asustó. Al contrario.

Una risa breve, casi suave, se le escapó de los labios, rompiendo el silencio de la estancia con una ligereza que no encajaba del todo con el lugar.

Porque, al final… todo en él había sido siempre así.

Ambiguo.

—Vaya, vaya —suspiró Sebastien sin dejar de mirarlo—. ¿Cómo es que el más hermoso canario de Lady Black cambió de jaula? —preguntó.

René no le quitó la mirada de encima.

Jacob contestó en su lugar.

—Debe ser alguien que ame quedarse mirando las nubes. Iba caminando por una calle muy temprano, saliendo de una casa para ingresar a un carruaje, y de repente, se quedó quieto, como si no pudiera pensar y caminar al mismo tiempo.

Sebastien rio por lo bajo.

—Curiosa debilidad.

—O un descuido —añadió Jacob.

—En su oficio, es lo mismo.

Los ojos de Sebastien volvieron a él con una atención distinta, más afilada.

—¿Cómo supiste la persona importante que es?

Jacob enarcó una ceja. Había supuesto que era importante, pero ahora le parecía que lo era mucho más.

—Bueno… él luce… especial.

Sebastien asintió despacio.

—Sí —dijo, sin apartar la vista—. Lo es.

El aire en la habitación pareció cambiar.

Hasta ese momento, había habido una calma tensa, casi controlada. Pero algo en Sebastien se quebró de forma silenciosa. No fue un estallido. Fue peor. Como si una capa se hubiese desprendido y dejara ver algo mucho más crudo debajo.

De pronto, se inclinó hacia adelante, le tomó del cabello sin ninguna delicadeza y tiró de él para obligarlo a alzar el rostro.

René apretó los dientes, conteniendo el sonido que quiso escapar.

—¿Cómo quieres que hagamos esto? —preguntó Sebastien, abriendo los ojos con una intensidad casi enfermiza—. ¿Rápido… o lento? Ya sé que le debes la vida a esa perra… —sus labios se curvaron apenas—. Pero a mí me debes tu muerte. Así que dime… ¿cómo la prefieres?

René sonrió, pero no por valentía, sino por costumbre.

El dolor, el miedo, la certeza de lo que venía… nada de eso le era ajeno. Lo había conocido demasiado temprano como para temerle de verdad. Y, en el fondo, no le debía nada a ese hombre.

Si iba a morir, lo haría sin suplicar.

O eso se dijo.

Porque el silencio se alargó apenas un segundo de más, y fue suficiente.

El golpe llegó directo al abdomen, seco, brutal, sacándole el aire de los pulmones. Su cuerpo se dobló hacia adelante, los grilletes

tintinearon con un sonido metálico que quedó vibrando en la estancia.

El mundo se le volvió blanco por un instante.

Cuando logró volver a respirar, el aire entró de golpe, áspero, acompañado de un ardor que le hizo lagrimear. Saboreó algo metálico en la boca y no supo si era sangre o sólo la sensación.

Alzó la vista.

Sebastien ya no lo estaba mirando. Se había apartado un paso, hablando con Jacob en voz baja, como si aquello no hubiese sido más que un gesto sin importancia.

Qué brutal era este hombre.

René tragó saliva, obligándose a recuperar el control de su cuerpo, de su respiración, de su mente.

No era la primera vez que lo golpeaban, pero sí la primera vez que sentía algo distinto al otro lado.

—¿Dónde está Grace? —preguntó Sebastien entonces, volviendo a él.

Allí estaba la pregunta, sin rodeos, sin adornos, demostrando su prisa.

Y la respuesta… estaba ahí mismo, tan cerca, tan simple, tan fácil de decir que casi le resultó absurda la tensión que le recorría el cuerpo.

Cerró los ojos un instante.

¿Por qué?

¿Por qué estaba en esa situación?

René dejó escapar una risa baja, casi inaudible, que se perdió entre el eco húmedo de la habitación.

—Siempre pensé… —murmuró, con la voz aún resentida por el golpe — que moriría en una de sus casas… no en la tuya.

Sebastien no respondió, pero la mirada de René no se apartó de él.

No iba a detenerse.

Lo supo con una claridad incómoda, casi irritante. Apenas había recibido un solo golpe suyo, pero había bastado para entenderlo todo. No había duda en él, no había vacilación, no había nada que pudiera torcer su camino una vez fijado un objetivo.

Nada.

Era obvio para todos en esa habitación que él conocía la ubicación exacta de Grace Barlow. Podía dar esa información con la misma precisión que la propia Lady Black.

Y eso lo convertía en algo muy simple.

Prescindible.

—¿Qué hora es? —preguntó de pronto.

La pregunta desentonó lo suficiente como para arrancar un leve silencio. Jacob miró su reloj con gesto distraído. Pasaban de las ocho de la mañana, pero no dijo nada.

Sebastien frunció el ceño, observándolo con una pregunta muda en los ojos.

—¿Por qué? —inquirió finalmente—. ¿Tienes una cita importante?

René sonrió.

—No yo. Tu chica —respondió con suavidad, casi con placer—. Ya que dijiste que moriré aquí… veamos si lo haré antes de que ella llegue a su destino.

El golpe llegó sin aviso.

Esta vez fue en la cara, brutal, seco, desplazándole el rostro hacia un lado. Sintió el estallido antes que el dolor, el hueso protestando bajo la piel, el sabor metálico llenándole la boca al instante.

—¿A dónde la van a llevar? —gruñó Sebastien, acercándose de nuevo—. ¡Habla, hijo de perra! ¿Qué le van a hacer?

René rio con lágrimas que no logró contener, y aquello sólo encendió más la furia de Sebastien, que le descargó otro golpe, abriéndole el labio.

La sangre le corrió por la barbilla. Pasó la lengua por los dientes, comprobando que seguían ahí, aunque uno dolía más de la cuenta.

Entonces, la mano de Sebastien se cerró en su cuello, y apretó.

El aire empezó a faltar.

—Lo vas a matar y no ha hablado —comentó Jacob desde su sitio, observándose las uñas como si aquello le resultara ligeramente tedioso.

Sebastien lo soltó con brusquedad.

René se dobló hacia adelante, respirando con dificultad, llenando sus pulmones como si el aire fuese un privilegio que acababan de devolverle.

—Ella está en Bath —dijo Sebastien, empezando a caminar de un lado a otro de la celda, la mente funcionando a una velocidad distinta—. Me hicieron ir a ese sitio remoto para alejarme de la ciudad… y ahora él dice esto. Algo va a pasar. En horas… en minutos… y no puedo perder el tiempo.

—Sí, está en Bath —añadió Jacob con calma, pero su mirada no estaba en Sebastien, sino en René—. En un sitio que es obvio… pero que no estamos viendo.

—¿Un sitio… obvio? —repitió Sebastien, deteniéndose.

—Nos hemos centrado en los lugares donde ella hace desaparecer gente —continuó Jacob, pensativo—. Barcos. Burdeles. Tabernas. Pero… si no la ha enviado a ninguno de esos sitios…

El silencio se alargó.

René bajó la mirada un instante.

Los ojos de Jacob Smith sobre él eran incómodos de una forma que no tenía que ver con la violencia. No lo estaba mirando. Lo estaba escrutando. Como si cada duda, cada cálculo, cada miedo estuviera expuesto sin necesidad de palabras.

Nadie puede hacer eso, se dijo.

Nadie.

Alzó la vista de nuevo y guardó silencio.

A esas alturas, Lady Black ya debía saber que había desaparecido. Y ese pensamiento le provocó algo frío en el pecho, una contracción

leve, amarga.

Nadie lo estaría buscando. Nadie voltearía Bath por él.

Si se quedaba callado, Grace Barlow se casaría. Sebastien perdería esta contienda… momentáneamente. Porque nada le impediría ir a buscarla después, estuviera casada o no. La sacaría de la misma casa del vicario, o de la de su marido, sin importarle nada. ¿Qué le iba a importar a Sebastien raptar a una mujer casada? ¿Y a ella, qué le importaría vivir en adulterio, si había preferido un burdel que su respetable casa?

Ninguno de los dos vivía de reputaciones.

En cambio, él… moriría.

Una victoria inútil.

Si hablaba… Sebastien iría por ella. La rescataría cual caballero en brillante armadura. O la robaría, según quién contara la historia. Y tal vez… sólo tal vez… le diera a él una oportunidad de vivir.

¿Pero después?

¿Dónde podría esconderse de Lady Black?

¿Dónde podría existir sin que ella lo encontrara?

—¿Dónde está Grace? —repitió Sebastien, tirando de su cabello otra vez.

René sintió el escozor en los ojos, la presión detrás de ellos.

Eres un hombre, se dijo.

No lo pareces. Nunca lo has parecido, pero lo eres.

Resiste.

Y sin embargo… en ningún otro momento de su vida se había sentido tan solo. Tan completamente abandonado a su suerte. Sin nadie que lo reclamara, sin un lugar al que pertenecer, sin una salida clara ni siquiera en la muerte.

La lágrima no cayó.

Al menos eso conservó.

—Mi respuesta… tiene un precio.

—Dilo —respondió Sebastien sin vacilar. René alzó la mirada.

Esta vez no hubo sonrisa.

—Sálvame.

El silencio que siguió fue distinto.

Sebastien lo soltó despacio, como si la respuesta no fuera la que esperaba… pero tampoco le sorprendiera del todo.

No hacía falta explicar de qué había que salvarlo, ni de quién.

Un náufrago reconoce a otro, pensó René.

Y en esos ojos… había demasiados cadáveres como para no entenderlo.

—Si no me mientes… te salvaré —dijo Sebastien al fin, con una calma que resultaba más peligrosa que cualquier golpe—. Pero si no lo haces…

No terminó la frase.

No hacía falta.

—Ahora —añadió—. Dame la respuesta.

Menos de cinco minutos después, Sebastien salió de Rosewood Grove montando un caballo a toda prisa. Y en la celda, René siguió atado con los grilletes a la pared de su celda.

Temblaba.

Toda su vida había pensado que conocía su porvenir, su futuro. Siempre imaginó que allí, en esos burdeles, con esas personas que lo rodeaban, allí moriría.

Pero ahora, por primera vez, podía imaginar algo diferente.

31

El brazo de su madre era firme. Demasiado.

Grace apenas sentía sus propios pasos mientras avanzaba por el pasillo de la iglesia, el murmullo de sus faldas rozando el suelo llegándole como un eco distante, como si no fuera ella quien caminaba, sino otra mujer usando su mejor vestido, arrastrada hacia un destino que ya había sido decidido.

El aire olía a incienso y piedra fría. A encierro.

Parpadeó, intentando enfocar. Todo se movía con una lentitud extraña, como si el mundo estuviera cubierto por una capa de agua. Las columnas se inclinaban apenas, las velas parecían alargarse y encogerse con cada paso, y las voces, si es que había voces, se deshacían antes de llegar a ella.

No había comido. No había bebido. Y cada vez que despertaba, la hacían beber de nuevo ese líquido extraño, devolviéndola a ese estado espeso, blando, donde pensar era un esfuerzo y moverse, una imposibilidad.

Sabía lo que estaban haciendo, y no podía impedirlo.

Apretó ligeramente el ramo entre sus dedos, notando cómo las flores se doblaban bajo la presión. Ese pequeño gesto fue lo único que sintió como propio en medio de todo aquello.

Alzó la vista.

Había poca gente. Demasiado poca para una boda.

Reconoció a su hermano, rígido, con el gesto tenso, evitando mirarla demasiado tiempo. Más allá, Ambrose Henslow la observaba con una sonrisa ladeada, casi divertida, como si estuviera presenciando una escena particularmente entretenida.

Y al final del pasillo…

Edgar, de pie junto al altar, esperándola.

Su sonrisa no era de felicidad. Era de posesión. De victoria. De algo que se había ganado a la fuerza y que ahora pensaba reclamar sin que nadie se interpusiera.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—No… —susurró.

No era miedo, era simple rechazo. Y un poco de asco.

El mundo volvió a inclinarse un poco, y tuvo que concentrarse en no tropezar. Sus pies se movían, pero no por voluntad propia. Era como si alguien más los guiara, como si su cuerpo hubiese decidido rendirse mientras su mente aún luchaba por mantenerse despierta.

Debo salir de aquí, pensó.

La idea apareció clara… y se deshizo igual de rápido, arrastrada por la niebla que la envolvía.

No podía correr, ni hablar, y apenas podía sostenerse en pie.

Sebastien.

El nombre apareció en su mente como un ancla.

Él tenía que venir. Tenía que hacerlo, porque si no…

Si no, terminaría casándose con Edgar Henslow, y aquello no sería el final de nada. Sería el inicio de algo peor. De una vida que no pensaba aceptar, que no pensaba tolerar ni un solo día más de lo estrictamente necesario.

En el fondo, una vieja idea volvió a surgir. Antes de entrar a esta nebulosa, donde no era consciente del tiempo, ni de sí misma, le había prometido usar un cuchillo o veneno para deshacerse de él. Aquello que había dicho como una forma de hacerle ver que no le temía y no se doblegaría, se estaba haciendo increíblemente factible ahora.

Se sentía muy capaz de usar cualquier cosa para liberarse de este hombre. No sería ella quien terminara destruida en ese matrimonio.

Lo supo con una certeza tranquila, casi serena, y en algún rincón de su mente, esa idea no la perturbó. Al contrario, la sostuvo, casi como una roca firme en medio de este vaivén de sensaciones, todas desagradables.

Al final de todo, el matrimonio en sí… no era lo que la aterraba.

No realmente.

Sabía, de una forma que no necesitaba explicación, que a Sebastien no le importaría estar con ella mientras estuviera casada con otro…

No; para él, lo que dijera este vicario ante la sociedad le podía valer lo mismo que una caca de vaca.

Sonrió divertida por su propia idea, nada propio de una novia que camina hacia el altar.

Y si después de casada, ella encontraba la manera de volver a los brazos de Sebastien, tampoco le importaría ser una adúltera.

La sociedad de Bath, el mundo entero podía irse al infierno con sus opiniones al respecto. Si no le había importado convertirse en una prostituta en un burdel, ¿creían ellos que la desvelaría que la consideraran una adúltera?

No estaban ni cerca.

El problema era… tener que pasar por este mal trago.

Sus pasos se ralentizaron.

El pasillo se acortaba con cada avance, demasiado rápido, demasiado inevitable. Sintió una urgencia súbita, casi desesperada, así que afincó los pies en el suelo y miró hacia atrás, a la puerta de entrada a la iglesia, deseando con todas sus fuerzas que algo sucediera, que alguien viniera y la salvara.

Sebastien, te estás demorando demasiado, quiso protestar.

Estaba enojada con él por eso, y cuando lo viera, le diría un par de cosas.

—No te detengas —susurró su madre entre dientes, clavándole los dedos con una fuerza que no se correspondía con su apariencia y tirando de ella para obligarla a avanzar—. No hagas una escena.

El pellizco llegó después, seco, preciso, arrancándole un leve gesto que apenas alcanzó a formar.

Grace volvió a moverse.

El altar estaba ya demasiado cerca.

Edgar no apartaba la vista de ella, como si quisiera asegurarse de que cada paso la acercara más, de que no hubiera escapatoria, de que, por fin, la tendría donde siempre había querido.

Su padre, vestido con su toga, abrió la Biblia.

Las palabras comenzaron a fluir, graves, ceremoniales, llenando el espacio como si aquello fuera un acto sagrado y no una imposición, pero Grace apenas las escuchó.

Jacques Chevalier llegó junto a Nathaniel a casa de Jacob Smith. Lo vieron apresurado dando órdenes a su mayordomo para que se apresurara a preparar su carruaje.

—¿Qué pasa? —preguntó Nathaniel atravesando el vestíbulo. Al verlo, Jacob sacudió su cabeza.

—Vamos mejor en tu carruaje. Te explico en el camino.

Los tres hombres volvieron a salir y una vez en el coche, Jacob los puso al día con los nuevos acontecimientos: Grace se estaba casando en este momento, y Sebastien había salido sólo unos minutos antes que él para impedir la boda.

Jacques escuchó todo en silencio, encontrando todo aquello increíble.

Su hermano, ese personaje que, al parecer, era frío, calculador y metódico, estaba dispuesto a protagonizar el más grande escándalo en la historia reciente de Bath por una mujer. Le sorprendía mucho, al tiempo que le parecía curioso y hasta bonito.

—Y vamos detrás de él porque… —dijo Nathaniel, preguntando indirectamente. Jacob resopló.

—Porque va armado. Si no alcanzamos a impedir la tragedia, al menos mitigaremos los daños.

—Mierda —masculló Nathaniel. Ya antes habían comprobado de primera mano que si bien Sebastien era capaz de mantener la cabeza fría, había momentos en que se podía convertir en un verdadero monstruo.

En la iglesia, Grace miró a su padre recitar todas las virtudes de una buena esposa.

Su voz llenaba el espacio con esa solemnidad ensayada que lo caracterizaba, y a Grace le parecía que las piedras le devolvían la voz

en un eco sólo porque no le creían ni una sola palabra.

Sumisión, obediencia, sujeción.

Las palabras parecían caer una a una, pesadas, inevitables, como cadenas que se colocaban con cuidado sobre los hombros de una mujer que aún no terminaba de comprender su alcance.

Una mujer virtuosa era obediente, decía; sujeta a su marido, el cual era la cabeza, el sacerdote de su hogar.

Grace mantuvo la vista fija en él, aunque sus ojos tardaban en enfocar. Todo parecía desplazarse apenas, como si el mundo no terminara de asentarse en su lugar. El rostro de su padre se desdoblaba por momentos, volviendo a unirse con un leve retraso, y su voz, aunque clara, le llegaba amortiguada, como si la escuchara desde debajo del agua.

Una mujer digna tenía la casa limpia, criaba a sus hijos con diligencia, no se negaba a su marido, y además aportaba beneficios económicos al hogar.

El ramo tembló ligeramente entre sus dedos. No sabía si era por debilidad o por una reacción más profunda, más visceral, que apenas si podía soportar.

Una mujer de bien promocionaba a su marido, siguió el vicario, lo honraba ante los demás, era su apoyo en todos los círculos, su socia y aliada, siempre exaltándolo, nunca criticándolo.

Ya había escuchado ese sermón antes, en otras bodas. Recordaba haber estado sentada junto a Georgiana, intercambiando miradas cómplices, o junto a Olive, conteniendo alguna sonrisa ante la gravedad exagerada de ciertos términos. Siempre le pareció que, en comparación con los deberes del marido, los de la mujer eran demasiados, tan exigentes, casi inhumanos en su constancia.

Había visto a sus amigas, luego a Adeline… y ninguna parecía quebrarse bajo ese peso. Lo llevaban con naturalidad, con una elegancia que hacía parecer sencillo lo que, en palabras, sonaba como una condena.

Tal vez, pensó entonces, el problema era suyo.

Pero ahora…

Ahora, de pie frente a Edgar Henslow, con el vestido rozándole los tobillos y la cabeza aún pesada por la droga, comprendió algo con una claridad inesperada.

Siempre que amaras a tu marido… ninguna de esas "obligaciones" eran difíciles. Se volvían incluso… naturales.

Pero si lo detestabas, pensó con una sonrisa, el mejor camino era el cianuro… en el café de él, por supuesto.

Esperaba que Edgar Henslow bebiera café. Su amargor le haría ignorar el del veneno.

Sus labios se curvaron apenas, un gesto mínimo que nadie pareció notar.

—Edgar Henslow —tronó el vicario, sacando a Grace de sus oscuros pensamientos—. ¿Aceptas a Grace Barlow como esposa, para amarla, honrarla y…?

El vicario no terminó.

El estruendo rompió el aire como un trueno dentro de un espacio cerrado. Fue un impacto seco, violento, seguido del estallido de los vitrales que se fragmentaron en mil pedazos, cayendo como una lluvia de colores y vidrio afilado muy cerca de él.

El grito del vicario fue inmediato, instintivo, agudo. Se agachó tras el atril como si aquello pudiera protegerlo de algo más que la vergüenza.

Edgar también se lanzó hacia abajo, arrastrando consigo la dignidad que aún intentaba sostener, mientras los pocos presentes buscaban refugio donde pudieran esconderse entre gritos y tropiezos.

Ella no.

Grace giró la cabeza con lentitud, como si el movimiento le costara más de lo que debería, y miró hacia la entrada de la iglesia.

La luz gris de la mañana se colaba por la puerta abierta, y enmarcado en ella, enorme, imponente, un caballo irrumpía en el recinto sagrado, sus cascos golpeando el suelo con un eco hueco,

dejando marcas oscuras sobre el mármol pulido mientras avanzaba sin titubeos hacia el altar.

El jinete no necesitaba presentación.

Era Sebastien.

Grace sonrió.

Qué increíble se veía, pensó, con una lucidez casi absurda en medio del caos.

Luego sacudió apenas la cabeza. El mundo seguía ondulando a su alrededor, como si lo observara desde el fondo de un lago, pero algo empezaba a despejarse. Algo dentro de ella comenzaba a despertar.

—Tú, hijo de la gran puta —dijo Sebastien, apuntando al vicario con su arma—. ¿Qué crees que estás haciendo?

Charles Barlow se encogía detrás del atril, como si aquella delgada lámina de madera pudiera detener una bala. Sus manos temblaban, su sotana rozando el suelo mientras intentaba hacerse más pequeño.

—¿Qué…? —farfulló, la voz quebrándose entre el miedo y la indignación—. Esta… es la casa de Dios.

El disparo volvió a sonar.

Esta vez, la bala impactó muy cerca de los pies de Edgar Henslow, levantando polvo y astillas del suelo. Él, que había intentado avanzar hacia Grace, cayó hacia atrás con un grito, golpeando el piso de forma poco elegante con su trasero, completamente despojado de cualquier apariencia de control.

El sonido del arma al ser amartillada de nuevo resonó con una claridad aterradora.

—Como te atrevas a tocarla te volaré los sesos —le advirtió Sebastien.

Y entonces, por fin…

La miró.

Sus ojos negros se clavaron en ella, recorriéndola en un instante, evaluando, asegurándose, reconociendo.

Grace dejó caer el ramo. Las flores golpearon el suelo sin importancia.

Y caminó hacia él.

—¡Te tardaste! —gritó, plantándose con las manos en las caderas, como si no estuviera a medio paso de un matrimonio forzado ni rodeada de hombres armados y gente aterrada.

La expresión de Sebastien cambió de inmediato, algo más humano asomando bajo la furia.

—Amor… lo siento.

—¿Y qué haces que no me llevas contigo?

Él asintió, como si aquella fuera la única orden que necesitaba obedecer.

Guardó el arma en el cinto con un movimiento fluido, inclinándose ligeramente sobre la silla de montar, y extendió los brazos hacia ella.

De un solo movimiento, Grace estuvo arriba con él.

Sebastien la sostuvo con firmeza al acomodarla delante, asegurándose de que no perdiera el equilibrio, notando en seguida lo ligera que estaba, lo poco que parecía sostenerse por sí misma. Bajó la mirada hacia ella, recorriéndola con rapidez, como si quisiera comprobar en un instante que estaba entera.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad. En su voz no quedaba rastro de la ferocidad de antes—. ¿Te hicieron algo estos malditos?

Grace no respondió. Se limitó a dejarse caer contra su pecho, cerrando los ojos un segundo, aspirando su olor como si necesitara anclarse a algo real. Sus manos, débiles, se aferraron a la tela de su abrigo, y se acurrucó sin reservas, como si su cuerpo hubiera decidido por fin dejar de resistir.

—Sácame de aquí —le pidió con un hilo de voz.

El brazo de Sebastien se cerró un poco más alrededor de ella, asegurándola contra él.

—¡Un momento!

La voz los obligó a girar.

Ambrose Henslow había dado un paso al frente, intentando recomponerse pese al caos, al polvo aún suspendido en el aire, a los restos de vidrio esparcidos por el suelo. Su postura pretendía firmeza, pero sus manos aún conservaban una ligera tensión que lo delataba.

—Tú no eres nadie para irrumpir en este lugar y hacer lo que quieras —dijo, elevando la voz más de lo necesario—. ¡Esta es nuestra novia! ¡Devuélvela ya mismo!

Sebastien no comentó nada sobre ese "nuestra", ni sobre la insolencia de interrumpir ese momento con su mujer. Simplemente ajustó el brazo que rodeaba a Grace, pegándola más a su pecho, y con la otra mano volvió a tomar el arma con una calma que resultaba más amenazante que cualquier grito.

—Si te molesta que me la lleve —dijo—, discute con mi pistola.

Ambrose levantó ambas manos de inmediato y retrocedió un paso, aunque en su mirada persistía una resistencia torpe, casi infantil.

—No puedes llevártela.

Sebastien ni siquiera lo miró al responder.

—Mírame hacerlo.

Presionó ligeramente con las piernas y el caballo empezó a girar, obediente, describiendo un semicírculo entre bancos torcidos, madera astillada y restos de flores aplastadas bajo los cascos.

—¡No! —gritó Beatrice desde algún punto detrás—. ¡Hagan algo!, no dejen que se la…

El disparo la cortó.

La bala impactó en una de las bancas, tan cerca de ella que las astillas salieron despedidas y le rozaron el rostro. El grito que soltó fue inmediato, agudo, llevándose las manos a la cabeza mientras se encogía, temblando, incapaz de sostener siquiera la compostura.

Sebastien volvió a amartillar el arma sin prisa.

Esta vez apuntó a Edgar Henslow.

El hombre seguía en el suelo, pálido, inmóvil, con la mirada fija en el arma. Bajo él, el oscuro charco que se extendía hablaba más claro que cualquier palabra.

—Si no quieren que su boda se convierta en velorio, cierren esa boca.

Nadie respondió. Nadie se movió.

El caballo terminó de girar, y sin encontrar resistencia alguna, Sebastien lo dirigió hacia la salida.

Grace no miró atrás.

Se mantuvo pegada a él, sintiendo el ritmo firme del animal bajo ellos, el calor de su cuerpo, el brazo que la sostenía como si no fuera a soltarla nunca.

Al cruzar el umbral, la luz de la mañana los envolvió de golpe.

Afuera, la gente se había congregado.

La calle, habitualmente tranquila, estaba ahora llena de rostros curiosos, alarmados, voces que se superponían en murmullos nerviosos. Los disparos habían corrido rápido, arrastrando a los vecinos fuera de sus casas, atrayéndolos como un imán hacia lo que fuera que estuviera ocurriendo.

Y entonces los vieron.

Sebastien Chevalier saliendo de la capilla a caballo, con la postura firme, el arma aún en la mano, y en sus brazos, una mujer pelirroja vestida de novia que se aferraba a él como si no existiera nada más en el mundo.

Algunos abrieron su boca de pura sorpresa, otros hasta sonrieron.

La historia de Grace Barlow, la hija del vicario, había sido muy popular por esos días. La chica pura que prefirió un burdel antes que casarse con su prometido era una situación entre grotesca y romántica, dependiendo de quién la escuchara. Y ahora estaban dándose cuenta de este nuevo añadido: Sebastien Chevalier, el temible proxeneta y regente de varias casas de juego, actuando con tal extremismo para venir a rescatarla de una boda indeseada.

Los ojos automáticamente se desviaron al interior de la iglesia y sus ocupantes.

Bancas destrozadas, el vitral roto, los presentes gritando de terror, o paralizados, o meados en el suelo…

Nadie se perdió ningún detalle de esta jugosa fuente de chismes.

Sebastien habría preferido salir de allí cabalgando sin mirar atrás, pero el aspecto de Grace no le permitía ese lujo. La sentía demasiado liviana entre sus brazos, demasiado quieta; su piel estaba pálida, los labios resecos, y sus pestañas aleteaban sobre las mejillas con una debilidad que no le gustaba en absoluto, como si su cuerpo no terminara de decidir si permanecer despierto o rendirse otra vez a la oscuridad.

Hizo que el caballo diera una vuelta entera en medio de la calle, conteniendo la urgencia de huir sin rumbo, mientras las miradas se clavaban en él desde todos los ángulos. No era el momento de actuar por impulso. No podía permitirse otro error.

Miró a un lado, luego al otro, calculando rutas, tiempos, posibles riesgos. El Corsé Roto quedaba descartado. Era el primer lugar donde irían a buscarla. Cualquier propiedad suya estaba comprometida. No había preparado un refugio alterno. No había previsto esto.

—Mierda —masculló entre dientes, con una rabia apenas contenida que no tenía nada que ver con los demás y todo con él mismo.

El sonido de ruedas sobre piedra llegó como un golpe seco.

Un carruaje apareció doblando la esquina a toda velocidad, levantando polvo, obligando a algunos curiosos a apartarse. El cochero tiró de las riendas con fuerza, deteniendo los caballos a pocos pasos, y señaló hacia Sebastien mientras gritaba algo que no terminó de oír.

Nathaniel y Jacob bajaron casi al mismo tiempo, sin esperar ayuda. Jacques lo hizo después, con más calma, aunque su mirada no se apartó de su hermano ni un instante.

Las preguntas llegaron de inmediato, superpuestas, urgentes.

—¿Está herida?

—¿Qué ocurrió?

—¿Cuántos eran?

—¡No, no hubo muertos! —cortó Sebastien con impaciencia, elevando la voz lo justo para imponerse.

—¿Qué tiene Grace? —preguntó Jacques, y Sebastien lo miró. Entre dientes, contestó:

—Está drogada.

El silencio que siguió fue breve, pero suficiente para que los tres entendieran la gravedad.

Antes de que pudiera añadir nada más, algo cruzó el aire en su dirección. Sebastien reaccionó por puro reflejo, atrapándolo antes de que cayera.

Un juego de llaves.

Alzó la vista, y vio que Jacques lo observaba con esa expresión suya, difícil de descifrar, y mencionó una dirección sin alzar la voz, como si aquello no necesitara más explicación.

—Haré que lleven provisiones más tarde —añadió.

Sebastien lo miró un segundo más de lo necesario. No dijo nada. No agradeció.

No era el momento.

Apretó ligeramente las riendas, acomodó mejor a Grace contra él y, sin una palabra más, echó a andar al caballo, alejándose de la multitud que seguía murmurando, abriéndose a su paso sin atreverse a detenerlo.

Jacob y Nathaniel se quedaron en silencio unos segundos, siguiendo su figura hasta que dobló la esquina.

Luego miraron a Jacques, pero él, como si nada, empezó a caminar hacia la iglesia.

—Supuse que necesitaba un lugar —dijo, con una naturalidad que no explicaba nada y lo decía todo.

Nathaniel miró a Jacob. Jacob miró a Nathaniel.

No hicieron preguntas, sólo lo siguieron.

32

El interior de la iglesia olía a pólvora, madera rota y orina.

El silencio reinaba, apenas interrumpido por algún quejido a medias o el roce de alguien moviéndose entre los bancos. Los vitrales destrozados dejaban entrar el viento, el frío y la luz de la mañana en haces irregulares, iluminando el desastre: vidrio esparcido, flores aplastadas, madera astillada, huellas de barro marcando el recorrido del caballo hasta el altar.

Jacob se detuvo apenas cruzar la puerta, recorriendo el lugar con una mirada rápida, precisa, como si ya estuviera calculando.

Nathaniel avanzó unos pasos más, observando a los presentes, identificando rostros, posiciones, estados.

Jacques, en cambio, se quedó más atrás, apoyado apenas en el marco de la puerta, como si aquello no le sorprendiera en absoluto.

—Interesante —murmuró Nathaniel, sin rastro de ironía—. Muy interesante.

Jacob se inclinó ligeramente para recoger un fragmento de vidrio, lo observó contra la luz y lo dejó caer de nuevo.

—Tres vitrales grandes —dijo, más para sí que para los otros—. Bancas dañadas… al menos cinco. El suelo… —miró las marcas de los cascos—. Eso requerirá pulido completo.

Alzó la vista hacia el altar, donde el vicario aún se recomponía, tembloroso, intentando recuperar una dignidad que ya no tenía.

—Y eso es sólo lo visible—. Nathaniel soltó un leve suspiro—. Lo material es lo de menos.

Su mirada se deslizó hacia Edgar Henslow, aún en el suelo, asistido ahora por su hijo, que intentaba ayudarlo a levantarse sin demasiado éxito.

—Esto —continuó— no se va a quedar en esta sala—. Jacob asintió, cruzándose de brazos.

—No. Esto va a recorrer Bath antes del mediodía—. Su tono no tenía preocupación. Tenía cálculo.

—Un hombre armado irrumpe en una iglesia, interrumpe una boda, dispara dentro de un recinto sagrado y se lleva a la novia delante de testigos —enumeró Nathaniel con calma—. Es… difícil de suavizar.

—Depende —respondió Jacob, con un ligero gesto pensativo—. A menos que la historia que llegue primero sea la correcta—. Nathaniel arqueó apenas una ceja.

Jacob señaló con la barbilla hacia el vicario.

—Un padre que droga a su hija para casarla a la fuerza —dijo—. Un pretendiente que acepta esas condiciones. Una joven en evidente estado de debilidad.

Nathaniel siguió la línea de pensamiento de inmediato.

—Y un hombre que interviene.

—Exacto.

Jacques dejó escapar una risa baja desde su lugar.

—Un rescate —añadió—. Mucho más elegante.

Jacob sonrió apenas.

—Escandaloso, sí. Pero no necesariamente condenable.

Nathaniel volvió a mirar alrededor, evaluando.

—Aun así, habrá consecuencias.

—Siempre las hay—. Jacob dio un paso adelante, dirigiéndose ya hacia el vicario, que los observaba con una mezcla de temor y esperanza—. La cuestión —añadió con suavidad— es quién las paga.

Y por la forma en que lo dijo, no parecía que fuera a ser Sebastien.

El caballo redujo el paso al doblar la esquina, como si también percibiera el cambio de ritmo en su jinete. Sebastien no tiró de las riendas con brusquedad; lo hizo con precisión, obligándolo a detenerse frente a una casa discreta, de fachada limpia pero sin pretensiones, con ventanas estrechas y una puerta de madera oscura que no llamaba la atención de nadie.

La reconoció al instante.

Había estado allí una vez, hacía tiempo. La había considerado entonces demasiado modesta, casi ridícula para alguien como Jacques. Ahora, en cambio, le parecía perfecta. Invisible. Olvidable. Segura.

Miró alrededor por última vez, asegurándose de que nadie los hubiera seguido, y sólo entonces bajó del caballo. Sus botas tocaron el suelo con firmeza, pero sin ruido innecesario. Se giró de inmediato hacia Grace.

—Ya estamos —murmuró, aunque ella difícilmente podía oírlo.

La tomó con cuidado, una mano en su espalda, la otra bajo sus piernas, levantándola con una facilidad que contrastaba con la delicadeza del gesto. El cuerpo de Grace apenas respondió; su cabeza cayó contra su hombro, y su respiración, irregular, rozó su cuello con un calor débil.

La sostuvo un segundo más de lo necesario, ajustándola contra él antes de avanzar hacia la puerta.

Había sacado ya la llave cuando ésta se abrió desde dentro.

Un hombre mayor apareció en el umbral, bien erguido a pesar de los años, vestido con sobriedad impecable. Sus ojos pasaron primero por Sebastien, luego por el caballo, y finalmente por la figura inerte en sus brazos.

—Señor Chevalier… —empezó, con la seguridad de quien cree saber a quién recibe.

Pero se detuvo.

Frunció apenas el ceño, estudiándolo con más atención.

Sebastien no perdió tiempo.

—No soy ese Chevalier —dijo con voz baja, sin brusquedad, pero sin espacio para dudas—. Jacques me ha dado la llave.

El hombre sostuvo su mirada un instante más. Algo en la postura de Sebastien, en la forma en que sostenía a la joven, en la urgencia apenas disimulada que no necesitaba explicaciones, fue suficiente.

Asintió.

—Entiendo —respondió, apartándose de la puerta—. Soy Henri. Pase.

Sebastien no agradeció. Entró.

El interior era tan sobrio como el exterior. Todo estaba en su lugar, sin adornos innecesarios, sin el exceso al que él estaba acostumbrado. El suelo crujió apenas bajo sus pasos mientras seguía a Henri por un pasillo estrecho, con las paredes desnudas y una iluminación suave que apenas rompía la penumbra.

—Por aquí.

La habitación era sencilla, pero limpia. Una cama bien hecha, una mesa pequeña, una palangana, una ventana cubierta por cortinas claras que dejaban pasar la luz de la mañana de forma tenue.

Sebastien no dudó.

Se acercó a la cama y, con un cuidado casi reverente, depositó a Grace sobre las sábanas. No la soltó de inmediato. Ajustó su cabeza sobre la almohada, apartó con los dedos un mechón de cabello que se había pegado a su frente húmeda, y sólo entonces retiró las manos.

Grace se movió apenas, como si ese contacto fuera lo único que la mantenía anclada.

—Agua —dijo Sebastien, sin apartar los ojos de ella.

Henri ya se había dado la vuelta.

Regresó en segundos con una jarra y un vaso. El agua estaba clara, fría.

Sebastien la tomó, apoyó un brazo tras la espalda de Grace y la incorporó con suavidad, acercando el vaso a sus labios.

—Bebe.

Ella reaccionó de inmediato, como si su cuerpo reconociera la necesidad antes que su mente. Sus labios se abrieron apenas, y bebió. Al principio lento, torpe… luego con más urgencia, tragando sin pausa, como si llevara horas, tal vez días, sin nada.

El vaso se vació.

Sebastien lo apartó justo a tiempo, evitando que se atragantara, y la sostuvo un segundo más mientras ella recuperaba el aliento.

Sus labios temblaron.

Sus ojos se entreabrieron, vidriosos, sin terminar de enfocar.

Y luego… se aferró a él. No tenía fuerza, y su mente iba y venía de la claridad y la conciencia, pero sabía quién la sostenía.

Se recostó contra su pecho, buscando calor, buscando estabilidad, y su respiración se volvió irregular otra vez, más profunda, más cargada.

Como si estuviera conteniendo algo.

—Tranquila —murmuró él, bajando la voz aún más, inclinándose apenas para que ella pudiera oírlo—. Ya estás a salvo.

Deslizó una mano por su espalda, en movimientos lentos, constantes, sin prisa. No había urgencia en ese gesto. No había tensión. Sólo un ritmo firme, repetido, como si quisiera recordarle a su cuerpo que podía soltarse.

—Estoy aquí —añadió—. No voy a dejar que te pase nada. Nadie volverá a hacerte daño.

Grace respiró hondo, con dificultad. Su mano se cerró débilmente sobre la tela de su camisa, y por un instante pareció que iba a llorar. Su cuerpo lo anunció antes que sus ojos. Pero se contuvo. Se aferró a ese último resto de control como si fuera lo único que le quedaba.

Sebastien lo notó.

Y no dijo nada al respecto.

Sólo siguió acariciando su espalda, subiendo y bajando con paciencia, acercándola un poco más.

Su mirada, sin embargo, cambió.

Se deslizó hacia el rostro de ella, hacia la palidez, la sequedad de sus labios, la forma en que sus párpados pesaban demasiado.

Opio, pensó.

O algo derivado. La lentitud en sus reacciones, la sed extrema, la debilidad… encajaba demasiado bien.

Ese maldito vicario, autoproclamado hombre de Dios, era capaz de usar una droga tan peligrosa y adictiva en su propia hija sólo para someterla. Ninguno de ellos pensó en su seguridad, en su bienestar. Eran monstruos peores que muchos que había conocido, porque los que él conocía, no le hacían daño a su familia, sólo a los hijos de otros.

Ni siquiera los tigres dañan a sus crías, pensó, pero estos malditos…

Su mandíbula se tensó apenas.

La imagen de la iglesia regresó, pero ya no con ruido, sino con asombrosa claridad. El padre. La madre. La droga. La obediencia forzada… y algo en él se endureció.

Aquello… no quedaría así.

No era rabia lo que sentía ahora. Era otra cosa, más parecido a la sed de sangre, algo que hacía mucho tiempo no experimentaba.

Se sentía casi como cuando vio a su hermana colgar de una viga y él quiso prenderle fuego al mundo. Como cuando vio a Clara morir lenta y dolorosamente y él se llenó de una nueva determinación.

Bajó la mirada de nuevo hacia Grace, y la dureza desapareció tan rápido como había llegado.

—Descansa —murmuró, rozando su sien con los labios, apenas un instante—. Yo me encargo de todo.

Su mano no dejó de moverse sobre su espalda.

Pero en su mente, ya no estaba allí. Estaba en otro lugar.

Y alguien… iba a pagar por esto.

—Me siento… sucia —murmuró Grace, arrastrando las palabras e interrumpiendo las cavilaciones de Sebastien.

Él alzó la vista de inmediato, como si aquella frase hubiera bastado para devolverlo al presente, y se puso en movimiento sin dudar.

—Te prepararé un baño.

Grace asintió, mirándolo con una fijeza nueva, casi agradecida. Su mirada, aún velada, empezaba a enfocarse otra vez, y con ello, poco a poco, su cuerpo parecía regresar a sí misma, como si volviera a habitarlo después de haber estado demasiado tiempo lejos.

Sebastien salió de la habitación y encontró a Henri en la pequeña cocina, inclinado sobre el hogar mientras avivaba el fuego con movimientos prácticos. El espacio era modesto, pero funcional, sin adornos innecesarios ni rastro de vida cotidiana. Todo allí hablaba de uso esporádico, de paso, de cálculo más que de confort.

Se notaba que Jacques llevaba tiempo sin vivir en aquella casa. Probablemente había ascendido a algo más acorde con su nueva posición, pensó Sebastien, trabajando para hombres como Jacob y Nathaniel, casado además con Adeline. Aquello no era un hogar, sino un refugio ocasional, casi un estudio apartado del mundo.

—Necesitamos un baño —dijo.

Henri asintió sin sorpresa, como si lo hubiese previsto desde el momento en que los vio llegar.

—De inmediato.

No tardaron mucho. Entre ambos llevaron agua caliente hasta la tina de un pequeño cuarto contiguo, llenando el aire de vapor que empezó a suavizar el frío del ambiente. El calor se extendió despacio, envolviendo el espacio con una sensación casi irreal después de todo lo vivido.

Sebastien regresó por Grace y la tomó en brazos con la misma naturalidad con la que lo había hecho antes. Ella no opuso resistencia, dejándose llevar, apoyando el rostro contra su pecho.

La sostuvo hasta la tina, y allí, con una calma que contrastaba con la violencia que sentía en su interior, comenzó a desvestirla. No hubo

prisa ni torpeza en sus manos, sólo una atención minuciosa, casi reverente.

Cuando la sumergió en el agua, Grace dejó escapar un leve sonido, un suspiro que parecía arrancado desde lo más profundo de su cuerpo. Sus hombros descendieron, y por primera vez desde que la había encontrado, algo en ella pareció soltarse.

Sebastien no apartó la mirada.

Recorrió su piel con los ojos, deteniéndose en cada moretón, en cada arañazo, en cada marca que no debería estar allí. Su expresión se endureció, y aunque guardó silencio, su mandíbula se tensó mientras murmuraba, apenas audible, promesas oscuras que no necesitaban ser pronunciadas en voz alta.

Tomó un paño y empezó a lavarla con cuidado, evitando presionar donde sabía que dolería, pero sin dejar de limpiar cada rastro de suciedad.

Grace se quejó en voz baja cuando el agua tocó algunas heridas, y él apretó los labios.

—Lo sé —murmuró—. Resiste, sólo será un momento.

Le lavó el cabello con delicadeza, apartando los mechones enredados, y fue entonces cuando sus dedos encontraron el bulto.

Se detuvo.

Había intentado no preguntar, limitarse a imaginar, a reconstruir en silencio lo que ella había vivido. Pero aquello fue demasiado.

—¿Quién te hizo esto?

Grace alzó la vista apenas, encogiéndose un poco al recordar el dolor. Su mano subió instintivamente hacia la zona golpeada, rozándola con cuidado.

—Ese fue Edgar Henslow —respondió.

No dudó. No ocultó nada.

Sebastien no reaccionó en apariencia, pero su silencio fue más elocuente que cualquier palabra. Tomaba nota. Siempre lo hacía.

—Te dieron a beber opio —dijo al cabo de un momento, retomando el movimiento del paño—. En más de una ocasión, por eso aún sigues un poco aturdida. Me pregunto… cómo un vicario encontró una droga tan peligrosa.

Grace ladeó la cabeza ligeramente, haciendo una mueca.

—Fue Lady Black quien se la dio —añadió—. Lo envió junto conmigo… como si fuéramos parte del mismo paquete.

Sebastien dejó escapar un leve resoplido, cargado de desprecio.

—Muy propio de ella. Me pregunto qué esperaba conseguir devolviéndote a tus padres.

Grace bajó la mirada al agua, observando cómo la espuma se deshacía entre sus dedos.

—Sabía que mi infierno no sería un burdel, ni un barco rumbo a ninguna parte —dijo con voz baja—. Sería ese lugar. El único del que quise huir. Calculó bien… mi miedo a ellos.

Sebastien la miró con atención.

—¿La viste? ¿Hablaste con ella?

Grace asintió.

—Sí. Cara a cara. —Hizo una pausa, como si organizara el recuerdo —. Creo que pensaba enviarme a… alguna cloaca. Así que, para ganar tiempo, le dije que sigo virgen.

Sebastien la miró de reojo. No había reproche en ella, ni duda. Sólo una constatación.

—Hizo que lo comprobaran —continuó Grace—. Y… eso la afectó. No sé cómo explicarlo, pero… se quebró.

Sebastien tragó saliva.

No le gustaba lo que aquello implicaba. No le gustaba en absoluto.

Había mensajes que no necesitaban palabras, y ese… era uno de ellos.

—Grace… lamento todo esto.

Ella se giró un poco hacia él y, con una suavidad inesperada, tomó su mano.

—No te culpo de nada.

—Estuviste en peligro por mi culpa.

—No —negó ella, con una firmeza que contrastaba con su estado—. Es culpa de Lady Black. Y de mis padres. Tú… —su voz se suavizó— tú has sido mi refugio. Y lo sigues siendo.

Apoyó la cabeza contra su brazo, como si aquello fuera lo más natural del mundo.

Sebastien cerró los labios con fuerza, conteniendo algo que no iba a permitir salir en ese momento. Respiró hondo, anclándose en esa sensación: ella, allí, apoyándose en él a pesar de todo.

No la defraudaría.

Terminó de lavarla, la ayudó a salir de la tina y la envolvió en una toalla, secando su cabello con cuidado. El frío del otoño no perdonaba descuidos, y no iba a permitir que enfermara después de todo.

Siguió con el cepillo, paciente, concentrado.

Grace sonrió apenas, sintiéndolo tan serio, tan atento, tan… presente.

Nunca lo había visto así.

Había algo profundamente íntimo en ese cuidado, en esa forma de atender cada detalle sin necesidad de palabras. Y en medio del cansancio, del dolor, del desconcierto, ese calor volvió a encenderse en su pecho.

Era el hombre más hermoso del mundo. El más peligroso.

Y, para ella, también el más bueno.

Un leve golpe en la puerta interrumpió el momento.

—La comida está servida —anunció Henri desde el otro lado.

Y, como si su cuerpo hubiera estado esperando esa señal, el estómago de Grace rugió con una claridad que la hizo cerrar los ojos un instante.

Después de vestirse, salió apoyada en Sebastien, preguntándose cuándo había sido la última vez que había comido.

En casa de lady Bedford, recordó.

Dos días.

Dos días sin alimento, sin agua suficiente, sostenida apenas por la droga y la violencia de sus padres.

Era casi un milagro seguir en pie.

En la mesa, el estofado humeaba junto al pan y la jarra de agua fresca. El aroma le despertó el hambre… y también cierta cautela.

—Come despacio —le indicó Sebastien, sirviéndole—. Y evita el vino.

Grace asintió. Tomó un trozo de pan, lo mojó en el caldo y lo llevó a la boca con cuidado, como si reaprendiera a alimentarse.

Sebastien no se sentó con ella.

En cambio, hizo un gesto a Henri y lo condujo hacia otra parte de la casa, hablando en voz baja.

Grace no intentó escuchar.

Con un suspiro profundo, se concentró en el plato frente a ella, en el calor del alimento, en la sensación simple, y casi olvidada, de estar a salvo, aunque fuera por un instante.

Sebastien escribió un par de notas con trazo rápido y preciso, sin titubeos, como si cada palabra ya estuviera decidida de antemano, y se las entregó a Henri sin releerlas. Una iba dirigida a sus amigos; la otra, a Seraphina, en El Corsé Roto. En ambas dejaba claro lo esencial: Grace estaba a salvo, estaba con él. Y, entre líneas, una advertencia que no necesitaba explicarse demasiado para quienes sabían leerlo: debían estar preparados.

No dudaba que la noticia ya corría por Bath como pólvora. Un hombre irrumpiendo en una iglesia, disparando, llevándose a una novia del altar… aquello no sólo era escandaloso, era inolvidable. Y si había llegado a oídos de la ciudad, había llegado a oídos de Lady Black.

Y ella no olvidaba. Mucho menos perdonaba.

Henri salió sin hacer ruido, cerrando la puerta con cuidado, y Sebastien regresó junto a Grace.

Ella alzó la mano hacia él, ofreciéndole un trozo de pan empapado en estofado, como si aquel gesto sencillo fuera lo más natural del mundo. Sebastien lo tomó, y sólo entonces fue consciente del hambre que también lo aquejaba, como un golpe tardío que reclamaba su lugar.

Se sirvió un plato y se sentó frente a ella.

Comieron en silencio.

No era un silencio incómodo, sino uno lleno de pequeñas certezas: el sonido de la cuchara contra el plato, el calor del alimento, la respiración aún irregular de Grace, el leve crujido del pan entre sus dedos. Cosas simples, casi olvidadas en medio del caos.

Grace le sonrió de vez en cuando, una sonrisa suave, cansada, pero genuina, como si bastara con estar allí, con él, para que todo volviera a encajar en su sitio.

Y eso… dolía.

Dolía de una forma extraña, profunda.

Porque ella se apoyaba en él con una confianza absoluta, como si fuera suficiente para recomponer el mundo. Como si él, precisamente él, fuera un lugar seguro.

Sebastien bajó la mirada un instante, concentrándose en el plato, sintiendo algo expandirse en su pecho con una intensidad que no sabía nombrar, pero que lo desarmaba más que cualquier amenaza.

Al cabo de un rato, Grace pareció de nuevo vencida por el cansancio.

Sus movimientos se hicieron más lentos, sus párpados más pesados, hasta que apenas podía sostener la cabeza. Sebastien no dijo nada; simplemente se levantó y, con la misma naturalidad de antes, la tomó en brazos.

Ella se dejó llevar sin resistencia.

La recostó en la cama con cuidado, pero cuando intentó apartarse, sus dedos se cerraron sobre su camisa, deteniéndolo.

—No te vayas —murmuró.

No fue una orden, ni una súplica desesperada. Fue algo más simple, más hondo.

Necesidad.

Sebastien no discutió. Se descalzó apenas y se acomodó a su lado, y Grace, sin esperar más, se acomodó sobre él como si aquel fuera su lugar natural. Apoyó la cabeza en su hombro, deslizó una pierna sobre su cintura, buscándolo incluso en ese estado entre la vigilia y el sueño.

Atrapado bajo su peso, Sebastien sonrió apenas.

—¿Te sientes mejor? —preguntó en voz baja.

—Mucho mejor… —susurró ella, con un suspiro que parecía aliviarle algo más que el cuerpo—. Cualquier sitio donde tú estés… será el mejor para mí.

Las palabras quedaron suspendidas entre los dos, densas, cargadas de un significado que iba más allá de lo evidente.

Sebastien apretó los labios.

Había demasiado que decir.

Lo sentía con una claridad casi violenta, como si todo lo que había contenido durante años estuviera empujando por salir al mismo tiempo. Quería decirle que la amaba. Quería decirle que había descubierto, demasiado tarde y de la peor forma, que perderla era su único miedo real. Que ella, sin proponérselo, había logrado algo que nadie más: darle sentido a su existencia, un propósito, una verdad.

Pero no lo dijo.

No todavía.

Había cuentas pendientes. Había deudas que saldar, golpes que devolver. No podía permitirse esa vulnerabilidad sin antes asegurarse de que nada ni nadie volvería a ponerla en peligro.

Y aun así… el sentimiento estaba allí, presionando, inevitable.

Inclinó la cabeza y besó su cabello rojo, despacio.

—Te amo, Grace —susurró.

Esperó.

Esperó verla alzar la mirada, encontrar sus ojos, devolverle algo, lo que fuera.

Pero no ocurrió.

Grace dormía profundamente entre sus brazos, ajena a la confesión que acababa de cambiarlo todo.

Sebastien dejó escapar una leve exhalación, mitad risa, mitad resignación.

—Claro… —murmuró para sí.

Había algo casi irónico en ello. Como si incluso ese momento tuviera que resistirse un poco antes de entregarse por completo.

Aun así, no retiró las palabras.

—Te amaré toda mi vida —continuó, con una certeza más firme, como si ahora ya no necesitara respuesta—. Nunca imaginé… amar así. Y me alegra que seas tú. Siempre tú.

Cerró los ojos.

El peso de Grace sobre su cuerpo, su respiración acompasada, el calor que compartían bajo la manta que él acomodó con movimientos lentos… todo se fue filtrando en él, desarmándolo poco a poco, aflojando cada tensión, cada alerta.

Bostezó, sintiendo por fin el cansancio caerle encima sin piedad.

—Yo, que viví toda mi vida en el infierno… —murmuró, con la voz ya más baja, más espesa—, me alegra haber encontrado esto.

Guardó silencio un instante, como si buscara la palabra justa, la única que encajara con lo que sentía.

Sonrió apenas.

—Tú y yo… a este lado del cielo.

No era el cielo de los sermones, ni el de las promesas vacías.

Era algo más simple.

Más imperfecto.

Más suyo.

Y, por primera vez en mucho tiempo, le bastaba.

Con ese pensamiento aún latiendo en su mente, y con Grace aferrada a él como si nunca fuera a soltarlo, Sebastien se permitió, al fin, cerrar los ojos.

33

La noticia de Sebastien raptando a Grace Barlow en plena boda esa mañana no tardó en encontrar el lugar perfecto donde, inevitablemente, terminaría por adquirir forma, color… y cierto encanto exagerado.

En un pequeño salón bien dispuesto, con las cortinas abiertas dejando entrar la luz de la tarde y una mesa cubierta de porcelana fina, la señora Walker, la señora Hepburn y la señora Reynolds ocupaban sus lugares habituales, como si nada en el mundo pudiera alterar ese ritual que llevaban años perfeccionando. El té humeaba en sus tazas, una labor de tejido descansaba sobre el regazo de una, y un plato de aperitivos permanecía intacto, olvidado ante algo mucho más jugoso.

—Te digo que entró a caballo —murmuró la señora Walker, inclinándose ligeramente hacia las otras dos, con la voz cargada de ese entusiasmo mal disimulado que sólo los mejores escándalos lograban arrancarle—. Dentro de la iglesia. No en el atrio, no en la entrada… dentro.

La señora Hepburn dejó la taza lentamente, como si ese detalle mereciera un segundo más de atención.

—Eso ya lo había oído —respondió—. Pero lo que no entiendo es cómo nadie lo detuvo.

—¿Detenerlo? —intervino la señora Reynolds, alzando apenas las cejas—. ¿A ese hombre? Querida, si la mitad de lo que dicen de él es cierto, yo misma me habría escondido bajo la banca más cercana.

—Además entró armado —añadió la señora Hepburn—. ¿Quién lo iba a detener?

—¿Crees que en verdad estaba dispuesto a matar a alguien?

—Hombres como él no cargan un arma sólo para hacer alarde de ella. ¡Escuché que destrozó la iglesia a tiros!

—¡Válgame Dios!

Un breve silencio siguió, no de duda; más bien, lleno de interrogantes.

—Lo verdaderamente sorprendente —continuó la señora Hepburn, retomando su tejido con manos expertas— no es que él haya hecho algo así. Es… que lo haya hecho por esa chica.

La señora Walker asintió con lentitud, como si degustara la idea.

—Exacto. Porque una cosa es lo que ese hombre es, o lo que todos sabemos que es… y otra muy distinta irrumpir en una boda como si fuera un caballero de cuentos de fantasía.

—No lo idealices —replicó la señora Reynolds con un deje seco, aunque sus labios se curvaron ligeramente—. No deja de ser lo que es. Pero… —hizo una pausa, mirando su taza antes de continuar—, hay que reconocer que tuvo su… encanto.

—¡Encanto! —repitió la señora Walker, saboreando la palabra—. Eso es una forma muy elegante de decir que humilló públicamente a toda una familia.

—Y bien hecho —añadió la señora Hepburn, sin levantar la vista de su labor—. Porque lo que hizo ese vicario… —negó con la cabeza—. ¡Forzar a su propia hija de esa manera! ¡Y drogarla!

—¡Oh, Dios, es que estoy tan horrorizada!

—Siempre me pregunté por qué una niña tan decente, tan de Dios, hizo algo tan… escandaloso. Pero ahora entiendo. ¡La entiendo perfectamente! ¿En qué estaba pensando el vicario?

—En salvar su reputación —respondió la señora Reynolds—. O lo que quedaba de ella.

—A cualquier precio —murmuró la señora Walker, con una leve mueca—. Incluso si ese precio era la propia muchacha.

Las tres guardaron silencio un instante, no por falta de palabras, sino porque, por una vez, el juicio parecía claro.

—Y ese Henslow… —continuó la señora Hepburn, dejando finalmente el tejido a un lado—. Siempre me dio mala espina. Demasiado insistente. Demasiado… ansioso.

—Dicen que la golpeó —añadió la señora Reynolds en voz baja, aunque no lo suficiente como para que sonara confidencial—. Antes de la boda. La pobrecita estaba en el altar con un ojo morado.

La señora Walker llevó la mano al pecho, escandalizada… pero no sorprendida.

—Entonces casi es un milagro que ese francés haya llegado a tiempo.

—¿Milagro? —repitió la señora Hepburn, alzando una ceja—. No creo que la providencia tenga mucho que ver con ese hombre.

—No —concedió la señora Reynolds—, pero el efecto ha sido el mismo.

Una pausa más, esta vez cargada de una curiosidad distinta.

—Lo que yo quisiera saber —dijo finalmente la señora Walker, bajando un poco la voz, aunque sin perder ese brillo en los ojos— es qué clase de relación hay realmente entre ellos.

—Oh, por favor —respondió la señora Hepburn, con una sonrisa ladeada—. Una joven que huye de su casa para cantar en un burdel… y el dueño de dicho burdel arriesgándolo todo para llevársela del altar. No creo que haga falta mucha imaginación.

—Y sin embargo… —intervino la señora Reynolds, inclinándose ligeramente hacia adelante—, dicen que no es como las otras.

—¿Las otras? —repitió la señora Walker.

—Las mujeres de sus casas —aclaró—. Que la tiene en otro lugar. Que… —dudó apenas, como si midiera la frase— la trata diferente.

La señora Hepburn soltó una pequeña risa, suave pero incrédula.

—Todos los hombres tratan "diferente" a alguna mujer… hasta que dejan de hacerlo.

—Tal vez —concedió la señora Reynolds—. Pero no todos irrumpen en una iglesia armados para impedir un matrimonio.

Eso arrancó una sonrisa más franca de la señora Walker.

—No, desde luego que no.

El té ya se había enfriado un poco, pero ninguna pareció notarlo.

—Sea lo que sea —concluyó la señora Hepburn, retomando finalmente su taza—, Bath no olvidará esto en mucho tiempo.

—Ni nosotras —añadió la señora Walker, con evidente satisfacción.

—En absoluto —remató la señora Reynolds.

Y mientras afuera la ciudad seguía recomponiéndose del escándalo, en ese pequeño salón el suceso ya había encontrado algo mucho más duradero que la verdad.

Había encontrado relato.

La noche había caído sin que Grace ni Sebastien lo notaran.

La habitación permanecía en penumbra, apenas iluminada por el resplandor tenue que se colaba desde la lumbre casi consumida en la estancia contigua. El aire estaba tibio, silencioso como si, por unas horas, el mundo hubiese dejado de lado sus exigencias y batallas.

Grace despertó primero.

No lo hizo de golpe, sino lentamente, como si emergiera desde muy lejos. Su cuerpo aún no le pertenecía del todo. Había una extraña ligereza en sus miembros, pero también una inquietud sutil, un hormigueo que recorría su piel como si algo en su interior buscara acomodarse y no supiera cómo.

Se removió apenas.

La sensación no era dolor, ni incomodidad exacta… pero tampoco era calma. Era como si su propio cuerpo reclamara algo que no lograba nombrar.

Entonces lo sintió.

El calor firme bajo su mejilla. La respiración profunda y regular. El brazo que la rodeaba incluso dormido, como si aún en el descanso se negara a soltarla.

Sebastien.

Grace abrió los ojos del todo.

Durante unos segundos no hizo nada. Sólo lo observó. La línea de su mandíbula relajada, las sombras suaves que la luz dibujaba sobre su rostro, la forma en que su pecho se elevaba y descendía con una tranquilidad que ella misma aún no conseguía.

Ya lo había visto dormir antes, y siempre se sorprendió de lo hermoso que él lucía totalmente relajado.

Este hombre era la encarnación del pecado, tan peligroso que era imposible ignorarlo, tan atractivo que ninguna mujer lo miraba indiferente. Sin embargo, ese aire de peligro y advertencia constante creaban una barrera que impedía que cualquiera se le acercase, como si el aire a su alrededor fuera venenoso.

Sebastien Chevalier.

Todos se preguntaban de dónde venía, qué tan malvado podía ser, qué tanto se podía intentar congraciarse con él sin salir lastimado.

El hombre que todas las chicas de El Corsé Roto amaban. El que Lady Black reclamaba como suyo, estaba aquí, dormido a su lado.

Pobres todas ellas, pensó con una sonrisa.

Y entonces, esa inquietud que antes sintió en su cuerpo encontró dirección.

Se movió un poco más cerca, si es que eso era posible, deslizando la mano con lentitud sobre su pecho, sintiendo bajo sus dedos la calidez de su piel, la firmeza que siempre la había atraído, pero que ahora… ahora se sentía distinta.

No había miedo, ni dudas, sólo una necesidad clara, creciente.

Sus dedos se detuvieron un instante, no para retroceder, sino para disfrutar su tacto, su aroma, su piel.

¿Volvería él a detenerse antes de hacerla suya por completo?, se preguntó. ¿Le daría placer, pero sin traspasar esa barrera, tomando siempre distancia, a pesar de que era evidente que en su corazón había un fuerte sentimiento por ella?

Porque, si no sintiera nada por ella, ¿cómo había llegado de esa manera a rescatarla en la iglesia?

Era una imagen que nunca olvidaría. A pesar de la niebla causada por la droga, había registrado cada ruido, cada disparo y cada palabra malsonante pronunciada.

Poco a poco, se fue poniendo a horcajadas sobre él. Sentía urgencia en su cuerpo, esa sensación de necesidad extraña y conocida a la vez empezaba a dominarla.

El contacto, suave al inicio, se volvió más intencionado, más consciente. Explorando, aprendiendo, reconociendo. Su respiración cambió apenas, y esa leve variación fue suficiente.

Sebastien abrió los ojos.

No se movió de inmediato. La sensación de las manos de Grace sobre él lo alcanzó antes que la lucidez, y una sonrisa lenta, apenas insinuada, cruzó su rostro.

—Grace… —murmuró, con la voz aún espesa por el sueño.

Ella alzó la mirada hacia él, y en sus ojos no había confusión ni timidez.

Había decisión.

No dijo nada, no fue necesario.

Su mano continuó su recorrido, y esta vez no hubo duda alguna en el gesto. Sebastien la observó un instante más, como si midiera algo invisible, como si confirmara lo que ya intuía… y entonces se incorporó lo suficiente para sostener su rostro entre las manos.

Besó sus labios con ternura, profundizando en su boca como si buscara llegar a lo más profundo de su alma, mordisqueando, saboreando.

Ah, Qué bien se sentía volver a sentir su boca, pensó. Este beso estaba borrando noches de miedo e incertidumbre.

—Sebastien… —murmuró ella, y con una leve ondulación de su cadera, él se puso duro.

Siseó suavemente, mientras la veía sonreír, satisfecha con lo que había conseguido.

Mientras ella le sacaba la camisa, Sebastien echó una última mirada alrededor, como comprobando la seguridad de este espacio, qué tan solos estaban.

No había ruidos en la casa. Henri tal vez los había dejado solos, tal vez seguía haciendo recados. Alrededor no se escuchaba nada, ni el ruido de caballos, o carruajes, como si en vez de una calle normal de Bath, estuvieran en lo profundo de un bosque.

—Esta vez… no me dejes —pidió ella, y Sebastien comprendió lo que ella quería.

Todas las veces anteriores, él nunca completó la intimidad entre los dos.

No porque no la deseara, Dios sabía que la verdad era muy distinta.

Era por él mismo. Tocar algo tan puro, tan hermoso… él, que había surgido de lugares tan oscuros y grotescos.

Y luego… el miedo a no poder ofrecerle una vida estable le hizo detenerse siempre.

Pero ya no tenía ese miedo, ni esa inseguridad. Amaba a Grace. Ella era su vida.

Y era normal que quisiera conquistar y colonizar también su cuerpo, tal como ella hacía con el suyo.

Con un sonido de su garganta, le dijo que no lo haría, que se quedaría con ella, y luego, metió las manos bajo su vestido, desabrochándolo, retirándolo, besando su piel expuesta no con prisa, no con hambre desbordada, sino con una profundidad que

parecía detener el tiempo. Sus labios se encontraron otra vez con los de ella reencontrándose con deleite, sus pieles se rozaban reconociéndose, adorándose.

Cuando ambos estuvieron desnudos, Sebastien invirtió las posiciones y se puso encima de ella, sin dejar de besarla, de lamerla, morderla un poquito.

Grace disfrutaba las sensaciones con una sonrisa en su alma, aunque la urgencia empezaba a invadirla.

Cuando él abrió sus muslos y bajó la cabeza hacia su sexo, se mordió los labios expectantes. Le encantaba esta parte, y esperó.

Las sensaciones vinieron de inmediato, y pronto su boca se llenó de gemidos incontrolables.

Sí, le decía. Sí.

Nada de lo que él hacía estaba mal. Todo era perfecto.

Pero esta vez él introdujo sus dedos, y el cuerpo de Grace se envaró apretándolo con sus músculos internos, aferrándose a él con la fuerza que logró reunir, acercándose para besarlo, para sentir así fuera sólo su respiración.

Pero él estaba muy calmado, como siempre. Ocupado en hacerle llegar a ella al éxtasis como si fuera su trabajo más urgente, y Grace se mordió los labios.

No tuvo mucho tiempo para pensar, él siguió chupando, lamiendo, y moviendo su mano de manera que pronto la elevó a ese lugar de luz y éxtasis, y al volver, se sintió un poco triste.

Ahora, pensó, él se girará al otro lado de la cama, me pedirá que siga durmiendo, y eso será todo.

Estaba equivocada.

Cuando su cuerpo dejó de temblar, cubierta de una pátina de sudor, Sebastien le abrió los muslos y se puso entre ellos suavemente, y con mucho cuidado, puso su miembro en su entrada.

Ella abrió grandes los ojos, sus pupilas dilatadas mientras lo miraba con asombro.

Su alma sonrió expectante; quiso gritar, y al tiempo, esperó con reverencia.

—Hay algo que no te he dicho, Grace —murmuró él, paseando la punta de su pene arriba y abajo, amagando con entrar, y Grace lo sintió tan suave, húmedo y cálido, que le fascinó.

Casi no escuchó lo que él decía, pero no dijo nada.

—Yo… te amo, Grace —le dijo, y empujó suavemente. Ella contuvo la respiración.

¿Qué?, quiso preguntar, pero no logró articular la palabra.

—Te amo —repitió él—. Eres mi amor. Yo… —empujó otro poco dentro de ella— estoy profundamente enamorado de ti.

Y sin más, llegó hasta el fondo de su cuerpo, y Grace gritó de dolor, de sorpresa, de dicha.

Él se quedó muy quieto, mientras ella lo apretaba y gemía, y un hilo de sangre bajaba y manchaba la sábana.

Grace apretó los dientes, aferrándose a los brazos de Sebastien, clavándole apenas las uñas como si quisiera castigarlo un poco por todo lo que le había hecho sentir, por todo lo que le había hecho atravesar… y por haber llegado a su vida de esa manera, tan inevitable.

Miró al techo y, de pronto, tomó plena conciencia de lo que acababa de suceder. Él la había marcado, con su cuerpo y con algo más profundo, algo que no se borraría jamás. No era sólo el recuerdo de ese momento, sino la certeza de que, a partir de ahora, nada en ella volvería a ser igual.

Sí… acababa de decirle que la amaba.

Y ella no tenía ninguna duda.

Nunca, nunca en toda su vida, había sentido que alguien la amara de esa forma. Sabía que Olive la quería, que tenía amigas que se preocupaban por ella, y siempre se había sentido afortunada por eso, incluso especial a su manera.

Pero nunca había conocido algo así, como lo que acababa de sentir con Sebastien.

No de sus padres, al menos; de su familia, de nadie.

Y, sin embargo, Sebastien… en tan poco tiempo, y pese a toda su resistencia inicial, la había aceptado, la había escuchado, la había comprendido. La había protegido y la había defendido.

Y de qué manera.

Sonrió.

Tampoco había sido nunca muy dada a esas historias donde un caballero declara su amor y, por una dama, mueve cielo y tierra para hacerla sentir única. Esas historias donde el tiempo pasa, y nada en el mundo logra arrancarla de su memoria.

Siempre le parecieron hermosas, sí… pero lejanas.

Ajenas a ella.

Jamás imaginó que alguien pudiera posar los ojos en ella de esa forma. Miraba a sus amigas junto a sus esposos, veía la complicidad, la cercanía, esa manera en que se elegían sin palabras… y todo le parecía tan bonito, incluso deseable, pero a la vez, tan distante.

Como si perteneciera a otra vida.

Como si esas cosas no estuvieran hechas para ella.

Y, sin embargo… aquí estaba.

Una lágrima rodó por sus sientes, y quiso responder a su confesión, decirle que ella también lo amaba, pero él volvió a moverse, y todo su pensamiento se fue a un lugar desconocido. Su cuerpo estaba ardiendo, deseando, necesitando, así que todo se fue como arena en el viento.

Gimió de nuevo, y él la besó. Le dijo de nuevo cuánto la amaba, y se enterró más en su cuerpo. Grace empezó a perder la cordura, el sentido.

Conque así era esto, pensó por un fugaz momento, sintiéndose bienvenida al fin al mundo de los adultos, de manera franca y sin velos. "Así se siente".

Pero si le preguntaban, ella no era capaz de describirlo. Buscó la boca de Sebastien y volvió a besarlo, y gimió dentro de él, al tiempo

que apretaba con fuerza.

No sabía cómo hacerlo… y, sin embargo, su cuerpo lo supo. Como si alguien hubiera puesto música en un lugar que ella siempre llevó dentro, y bastara la primera nota para entender el ritmo. No pensó, no dudó; simplemente se dejó llevar, siguiendo cada movimiento como en una danza que nunca aprendió, pero que, de algún modo, siempre había sido suya

Y ese momento de locura de repente se sintió calmo y silencioso, como se sienten los grandes descubrimientos, de la manera en que el alma y el cuerpo se adaptan a un instante de felicidad.

Él no la arrastró a ese ritmo; la invitó, moviéndose suavemente dentro de ella. Entrando, saliendo, resbalándose una y otra vez pero sin prisa, disfrutando cada centímetro recorrido. Y Grace respondió como si reconociera cada paso, como si sus cuerpos compartieran una coreografía silenciosa, hecha de pausas, de respiraciones y de pequeños impulsos que no necesitaban explicación.

Y en medio de ese vaivén suave, de esa cadencia que parecía sostenerla más allá de su propio cuerpo, Grace sintió algo que no supo nombrar de inmediato.

No era sólo placer, o sólo cercanía.

Era paz.

Una paz profunda, inesperada, que no tenía nada que ver con el silencio, sino con la certeza de estar exactamente donde debía estar. Como si, por primera vez en su vida, todo encajara sin esfuerzo, sin miedo, sin la necesidad de huir.

Cerró los ojos, aferrándose a él, rodeando su cintura con sus piernas y respirando su aire, sintiendo cómo ese momento la envolvía por completo.

Si aquello era el cielo… pensó, con una claridad que la sorprendió, entonces era uno muy distinto al que siempre le habían descrito.

No distante ni inalcanzable, sino cálido, real… y al alcance de sus manos.

A este lado.

Aquí.

Junto a él.

Y, por primera vez, no sintió miedo de perderlo, porque no lo había encontrado por casualidad.

Lo había elegido.

Y en ese instante, con el corazón latiéndole lleno y sereno al mismo tiempo, se prometió algo en silencio, sin palabras, pero con una firmeza que no le conocía: ella jamás lo soltaría.

Jamás renunciaría a algo que la hacía sentirse así, y menos cuando, al fin, había encontrado su propio cielo.

El ritmo se volvió más intenso sin perder esa delicadeza que los sostenía, como si la danza cambiara de compás y, aun así, ambos supieran exactamente cómo seguirla. Grace se aferró a él, no por miedo, sino porque lo necesitaba, porque algo dentro de ella crecía, se tensaba, se elevaba sin que pudiera detenerlo.

Su respiración se quebró en pequeños fragmentos, y por un instante creyó que iba a deshacerse, que todo en su interior se desbordaría sin control. Pero no había angustia en ello. No había temor.

Sólo una sensación que la envolvía por completo.

Sebastien la sostuvo con más firmeza, como si también lo sintiera, como si entendiera ese punto invisible al que estaban llegando, y no la dejó caer, no la soltó en ningún momento. Su nombre escapó de los labios de Grace en un susurro tembloroso, casi una rendición.

Y entonces sucedió.

No fue un quiebre brusco, sino una expansión.

Como si algo dentro de ella, contenido durante demasiado tiempo, finalmente se abriera, la recorriera por completo, llevándose consigo toda tensión, todo rastro de miedo, todo lo que no había sabido soltar antes. Una oleada cálida, profunda, que la atravesó de principio a fin, dejándola suspendida en un instante que pareció no tener límites.

Se aferró a él con más fuerza, escondiendo el rostro en su cuello, respirándolo, como si necesitara asegurarse de que seguía allí, de

que todo aquello era real.

Y cuando la intensidad empezó a ceder, no desapareció del todo.

Se transformó.

Quedó en su pecho, en su piel, en la forma en que su cuerpo aún respondía al de él, más suave ahora, más lento, como un eco que se resistía a irse.

—Sebastien…

—Vamos, mi amor —le susurró él, besando su pecho, metiéndose a la boca un pezón erecto—. Esto no ha terminado —le dijo.

Ella abrió los ojos un poco confundida, pero entonces él salió de su cuerpo, la tomó en sus brazos y la hizo ponerse boca abajo.

Sintió cómo él besaba su espalda, la lamía columna abajo y abría sus nalgas como buscando un tesoro. Instintivamente, ella elevó las caderas. Sonrió.

Qué bueno que esto no haya terminado aún, pensó. Podría estar todo el día así.

Él le tomó las caderas acercándola a la suya, y volvió a entrar en ella. Esta vez no dolió, pero Grace dejó salir un gemido largo, largo, y hasta un poco lastimero, cosa que lo hizo sonreír.

Grace no se apartó.

No quiso.

Permaneció así, apoyada en rodillas y brazos, con la respiración desordenada, el corazón latiéndole lleno, y llena de expectativas. Las manos de Sebastien no estaban quietas, a veces tomaba uno de sus senos y lo apretaba, o le dejaba una palmada en las nalgas, o la metía en su entrepierna y amasaba un pequeño botón allí enloqueciéndola.

Grace gemía, gritaba, se sorprendía y, encantada, se estremecía.

Volvió a tomarle el ritmo, pero esta vez no fue suave ni delicado. Ambos sentían urgencia, y se movieron en una aparente locura. El choque de sus carnes llenó la habitación, y una pátina de sudor los cubrió a ambos.

En un momento, Sebastien la elevó sentándola de espaldas contra él, sosteniéndole firmemente la cadera, enterrándose en su cuerpo con fuerza y moviéndose con un ritmo que empezaba a rozar la locura.

Estaba a punto de perder el control.

Al principio se contuvo.

No por falta de deseo, sino por todo lo contrario. Porque lo sentía demasiado, porque cada reacción de Grace, cada pequeño gesto, cada respiración entrecortada, lo atravesaba con una intensidad que lo obligaba a medir cada movimiento, cada caricia, como si de ello dependiera no romperla.

Siempre había sido así, calculado, preciso.

Dueño absoluto de sí mismo.

Pero aquello… todo ese autocontrol y conciencia de sí mismo empezó a resquebrajarse.

No supo exactamente en qué momento.

Tal vez fue en la forma en que ella se aferró a él, sin miedo.

Tal vez en cómo respondió, cómo lo siguió, cómo su cuerpo, inexperto, sí, pero lejos de ser torpe, encontró el ritmo y lo hizo suyo, como si no necesitara aprenderlo.

O tal vez fue cuando dijo su nombre de esa manera.

Como si no hubiera nada más, como si lo eligiera.

El control se le escapó entre los dedos… y no intentó recuperarlo.

Su respiración se volvió más profunda, más irregular, y el cuidado meticuloso que había sostenido hasta entonces empezó a transformarse en algo más urgente, más crudo. No dejó de sostenerla, no dejó de sentirla, pero ya no se contuvo.

La necesitó.

Con una intensidad que no recordaba haber sentido nunca.

No era sólo deseo. No era esa hambre conocida, manejable, que tantas veces había saciado sin pensar demasiado.

Esto era otra cosa.

Algo que le nacía desde más adentro, más oscuro, más… inevitable.

Sus manos dejaron de ser prudentes y se volvieron firmes, exigentes, como si quisieran asegurarse de que ella estaba allí, de que no iba a desvanecerse, de que era real. La acercó más, la sostuvo con una fuerza que, en otro momento, habría considerado excesiva.

La apretó, la nalgueó, la mordió, pero Grace no se rompió, ni se apartó. Al contrario, lo siguió, igualando su intensidad, y eso terminó de destruir cualquier resto de contención.

Una especie de vértigo lo recorrió, una sensación peligrosa, casi violenta, no contra ella, sino contra todo lo que alguna vez lo había definido. Porque ya no estaba midiendo, ya no estaba calculando.

Estaba sintiendo, y era demasiado.

Se desconoció en ese instante. Esto era urgencia, esto era necesidad.

La buscaba como si no hubiera mañana, como si el mundo entero pudiera perfectamente desaparecer mientras ella siguiera allí, entre sus brazos.

Y, sin embargo, no había culpa en ello. No, no le importaba, y mucho menos le preocupaba, porque, al igual que él, Grace estaba sumergida en este mundo de locura junto a él.

Y cuando la sintió desbordarse, cuando su cuerpo respondió con esa entrega total que no dejaba espacio a la duda, algo en él se rompió por completo.

No sólo perdió el control absoluto sobre su cuerpo y sus pensamientos, también cerró esa distancia que siempre había mantenido, y se aventuró fuera de ese lugar seguro desde el cual se limitaba a observar la vida, sin vivirla, realmente.

Todo desapareció, y, por primera vez, no estuvo por encima de la experiencia.

Estuvo dentro de ella. De lleno. Sin barreras.

El golpe lo alcanzó sin aviso, profundo, inevitable, arrastrándolo con la misma intensidad con la que la había llevado a ella hasta ese

punto. Se aferró a Grace, hundiendo el rostro en su cuello, respirándola, sosteniéndose en ella como si fuera lo único firme en medio de ese desorden.

Y entonces lo entendió.

Había estado con muchas mujeres.

Había tomado, dado, controlado, conducido.

Pero esto…

Esto era otra cosa.

Esto no era posesión. No era dominio.

Era entrega.

Y, en esa revelación, aún con el cuerpo tenso y el pulso desbocado, mientras se derramaba con violencia en lo más profundo del cuerpo de Grace, una idea se abrió paso con una claridad casi brutal:

Esta… también era su primera vez.

34

El despacho olía más fuerte que de costumbre.

No era sólo el perfume pesado que impregnaba las cortinas de terciopelo rojo, ni el humo lento del cigarro que se consumía olvidado entre sus dedos. Era algo más denso, más rancio, como si el aire mismo se hubiera estancado, incapaz de circular en un lugar donde todo empezaba a descomponerse.

Lady Black no se movía.

Seguía recostada en el diván, exactamente en el mismo lugar donde había recibido a Sebastien la última vez que lo vio. Pero ya no había rastro de aquella mujer altiva, ahora lucía, más bien, como una reina vencida sin admitirlo. Ahora su postura era apenas sostenida, como si el cuerpo le pesara más de lo que estaba dispuesta a aceptar.

Tenía los ojos abiertos; demasiado abiertos.

El delineado oscuro se había corrido, dejando sombras irregulares bajo sus ojos, y el brillo impecable de su piel había cedido a una palidez que no lograba ocultar el cansancio. Había envejecido en una noche.

—Repítelo —ordenó, sin alzar la voz.

El hombre frente a ella tragó saliva.

—El francés irrumpió en la iglesia, señora… disparó… se llevó a la muchacha delante de todos.

Silencio.

El chisporroteo de la chimenea pareció demasiado alto.

—¿Delante de todos? —preguntó ella, y esta vez su voz tuvo algo extraño, algo quebrado en un punto casi imperceptible.

—Sí… señora.

Una risa baja escapó de sus labios.

No fue divertida, ni mucho menos agradable. Sonó más bien hueca, desprovista de toda emoción.

—Claro que lo hizo —murmuró, más para sí misma que para el hombre—. Claro que lo hizo.

Cerró los ojos un instante, y al hacerlo, algo en su expresión cambió, como si por fin dejara de sostener una máscara que ya no podía mantener.

—¿Y René?

El silencio esta vez fue más largo, más pesado.

—No ha regresado —respondió el hombre con cautela—. Nadie lo ha visto desde esta mañana.

Lady Black no reaccionó de inmediato. Sólo respiró hondamente, dos, tres veces, y entonces, muy lentamente, volvió a abrir los ojos.

Allí ya no había rastro de duda, su mente trabajaba calculando, haciendo conexiones a toda velocidad.

—Ellos lo tienen —dijo.

No fue una suposición, estaba totalmente segura de sus palabras.

El hombre no respondió, no hacía falta.

Ella inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado, como si escuchara algo que nadie más podía oír, y sus dedos se tensaron alrededor del cigarro hasta que la ceniza cayó sobre su vestido negro sin que ella pareciera notarlo.

René, su pequeño perrito faldero, que la seguía más constantemente y seguro que su propia sombra. Su criatura más útil, el único que veía sin ser visto. El único que sabía demasiado.

Demasiado.

Un músculo le tembló en la mandíbula.

No era por afecto que estaba preocupada de estas nuevas circunstancias. La verdad, es que le importaba muy poco lo que le sucediera.

Él sólo se había convertido en alguien útil y necesario desde el primer momento en que lo vio, tan delgado, vacilante, enfermo, con esa mirada de animal acorralado que no sabía si suplicar o morder. Había reconocido algo en él, algo que también había visto en sí misma muchos años atrás.

Él no era débil. Era adaptable. Se amoldaba a las diferentes situaciones, incluso cambiaba su apariencia de hombre a mujer según fuera necesario, y así se convirtió en una herramienta valiosa que se acostumbró a tener a mano.

No recordaba con claridad cuándo había dejado de ser una víctima para convertirse en algo distinto. No hubo un momento preciso, no hubo una revelación. Fue más bien un proceso lento, silencioso, en el que dejó de sentir.

Y un día, sin que nadie pudiera señalar cómo, dejó de ser mercancía y empezó a ser quien fijaba el precio.

Desde entonces, el mundo se había ordenado de una sola manera: unos poseían, otros eran poseídos.

No había más. No debía haber más.

Por eso Sebastien era un error, un fallo, una grieta; porque él no encajaba en ese orden, nunca lo hizo.

Y aun así… o tal vez por eso, precisamente, ella lo quiso.

La risa volvió, más inestable esta vez, rompiéndose a mitad de camino.

—Se la llevó —susurró, llevándose una mano a la frente—. La rescató… delante de todos.

Las imágenes llegaron solas, vívidas, insoportables. No porque las hubiera visto, sino porque las conocía. Conocía a Sebastien. Podía imaginar cada gesto, cada mirada, cada palabra dicha con esa seguridad insultante que siempre la había desarmado.

Él entrando a la iglesia con majestuosidad, disparando con precisión, dispuesto a matar si tan sólo alguien hacía lo que no debía. Tomando a esa muchacha, Grace, en sus brazos, como si le perteneciera, como si fuera su tesoro más preciado en el mundo…

El aire le faltó de pronto.

Se incorporó de golpe, dejando caer el cigarro, caminando unos pasos sin dirección antes de detenerse frente al escritorio, apoyando ambas manos en la madera como si necesitara sostenerse.

—¿Sabes qué es lo peor? —murmuró, sin mirar a nadie—. No es que la haya rescatado—. Sus dedos se curvaron, tensándose—. Es que… todo esto, todo ese despliegue de heroísmo y tenacidad… lo hizo por ella—. Su voz se quebró en la última palabra, y esta vez no pudo disimularlo.

Su alma hervía, pero ya no de celos, ni tampoco rabia. Era algo más profundo y humillante.

Porque ella una vez, hace mucho tiempo, lo había tenido.

Había tenido su atención, su presencia, su cercanía… aunque fuera siempre a medias, siempre incompleta.

Había creído… no, no creído; nunca fue tan ingenua.

Había esperado que, algún día, él cambiara esa mirada hacia ella, se suavizara un poco, se enterneciera.

Que en el futuro, esa brusquedad en sus ademanes, en su voz, se limara, y le sonriera desde el alma.

En todo lo demás, lo deseaba exactamente igual, malvado, frío, inexorable. Pero que con ella fuera gentil, amante.

Pero no. Eso nunca ocurrió. Y por lo visto… nunca ocurriría.

Una lágrima descendió, arrastrando el maquillaje oscuro, pero ella la ignoró.

—Y ahora… —continuó, más bajo— ahora todo Bath lo sabe.

Muchos sabían lo que había entre ella y Sebastien. Por supuesto, todos, personas del bajo mundo, porque ella misma se había encargado de que lo supieran, para elevar su orgullo y el estatus de él. Mientras Sebastien fuera su amante, nadie lo tocaría, ni perjudicaría, y a ella la admirarían por poseer tan rara y peligrosa joya.

Pero todo eso ahora mismo valía mierda, su imagen y reputación estaban destrozadas por este espectáculo. Él la había convertido en una mujer rechazada, desplazada.

La que perdió en esta contienda contra una muchachita inexperta, sin poder ni respaldo.

El odio subió, lento, espeso, reemplazando cualquier otra emoción.

—Y René… —añadió, casi en un susurro—. Si habla… —No terminó la frase, no hacía falta.

El imperio que había construido no se sostenía sólo con dinero o poder. Se sostenía sobre secretos. Sobre nombres. Sobre verdades enterradas.

Y René…

René era la llave de demasiadas puertas.

Se irguió despacio. Cuando volvió a hablar, su voz ya no temblaba.

—Que cierren todos los accesos —ordenó—. Nadie entra. Nadie sale sin mi permiso.

El hombre asintió de inmediato.

—Sí, señora.

—Y envía hombres —continuó—. Quiero saber dónde está. Redoblen la vigilancia, usen todos los elementos disponibles… —Hizo una pausa. Sus labios se curvaron en algo que no era una sonrisa—. Esto empieza a ponerse divertido —dijo.

—Si él quiere guerra… la tendrá.

Se acercó al espejo y observó su reflejo. Vio las ojeras, la piel marcada, el rastro de lágrimas. Más que todo, vio el inexorable paso del tiempo sobre ella, algo que la atormentaba día con día.

Pensaba que esa niña, Grace, sólo le ganaba en juventud, y no se preguntó por qué él elegía a alguien sin poder ni conexiones. Alguien que, al contrario, era una potencial debilidad.

Insistía en pensar que, si podía revertir el paso del tiempo, él se giraría a mirarla. Pero habían llegado a un punto en donde su orgullo se anteponía a su amor por él, y ya no podía perdonarlo.

Lo amaba, sí, pero ahora también lo odiaba, y provocaba en ella un deseo de destrucción.

Miró alrededor, observando el terciopelo, los brillos, los lujos.

No tenía a nadie a quien legarle todo su imperio. Ni Sebastien, ni René. Nada.

Entonces, ¿qué importaba nada ya?

Si su nombre iba a quedar en la historia, lo haría a lo grande, pensó.

Este pensamiento no la asustó. Al contrario, la tranquilizó, porque en el fondo, siempre había sido así.

Si el mundo no podía pertenecerle, entonces no merecía existir.

Jacques Chevalier bajó del carruaje frente a El Corsé Roto con una inquietud creciente en su pecho. Algo que lo molestaba y no lograba identificar.

No era un presentimiento claro, ni una certeza construida con lógica, sino algo más sutil, más antiguo. Una incomodidad que se le instalaba bajo la piel y que no lograba ignorar, por mucho que quisiera convencerse de que todo estaba bajo control, de que Nathaniel y Jacob habían distribuido bien a los hombres debido a

que Sebastien, por una vez, podía permitirse estar en el centro de todo.

Pero no. Algo no estaba bien.

Y por eso estaba allí.

El Corsé Roto se alzaba ante él con su fachada discreta, casi respetable para quien no supiera mirar con atención. Una casa más, una luz más en la calle. Nada que llamara la atención.

Nada que delatara lo que realmente ocurría en su interior.

Jacques se detuvo un instante antes de entrar.

El aire. Había algo flotando en él que era diferente.

Frunció levemente el ceño al sentir un extraño olor.

No fuerte, ni tan evidente. Pero estaba ahí. Un rastro leve, casi oculto bajo el perfume y el humo que siempre rodeaban ese tipo de lugares.

Aceite.

Algo más denso que el simple olor de una cocina.

Algo… preparado.

Su mirada se desplazó con rapidez, analizando sin saber exactamente qué buscaba. Una sombra demasiado quieta en la esquina de la calle. Un movimiento que se retiraba con demasiada prisa. Una ventana entreabierta donde no debería estarlo.

No necesitó más.

Empujó la puerta y entró al establecimiento.

El cambio fue inmediato, brusco. Calor, luz, risas, música suave y el murmullo de voces que se entrelazaban en conversaciones privadas. Mujeres que se movían con gracia entre los clientes, telas que rozaban la piel, copas que tintineaban.

Y entonces, al notarlo, se hizo el silencio.

Las voces se fueron apagando poco a poco, y sólo quedó la música de fondo. Varias miradas se giraron hacia él, vestido de negro, pero igual de llamativo que si fuera de vivos colores.

Jacques avanzó un par de pasos, consciente de cada uno de ellos, de lo ajeno que resultaba en ese lugar. Alto, erguido, vestido con sobriedad, el cabello oscuro perfectamente recortado, el porte de alguien que no pertenecía allí.

Y, sin embargo, allí estaba.

Los ojos de algunas mujeres se entrecerraron con curiosidad. Otras lo recorrieron sin disimulo.

—Se parece… —murmuró una, lo bastante alto para que otras lo oyeran.

—A Sebastien —respondió otra, en voz baja, pero con certeza.

Jacques lo notó, por supuesto. La ironía no se le escapó.

Había pasado años encerrado en piedra fría, repitiendo votos, negándose al mundo, al cuerpo, a todo lo que este lugar representaba… y ahora estaba allí, en medio de él, sin titubear.

No por deseo, y mucho menos por tentación. Estaba cumpliendo un deber. Uno cristiano, además.

Alzó la voz y gritó:

—¡Todos, salgan!

Su voz cortó el ambiente con una precisión casi violenta. La seguridad de su tono, su mirada, alertó a la gente. Varios lo reconocieron, y algunos, se preguntaban si estaba aquí para condenarlos por ceder a sus bajas pasiones visitando este lugar. Pero en los ojos del ex sacerdote que se había casado con una inglesa no tenía ese tipo de locura.

—¿Qué…? —empezó una de las mujeres, confundida.

Jacques dio un paso más.

—¡Fuego! —volvió a gritar—. ¡Alguien ha incendiado este lugar! ¿Necesitan ver las flamas para salvar sus vidas? ¡Todos, ahora mismo, fuera!

Tal vez porque su voz estaba acostumbrada a llenar grandes espacios, la de Jacques resonó hasta el último rincón del edificio, y puso alertas a cada oyente.

El murmullo se convirtió en ruido. Las risas desaparecieron. Las miradas cambiaron de inmediato, pasando de la curiosidad al miedo.

—¡¿Qué dices?! —exclamó un hombre, levantándose bruscamente.

Y entonces, como si la realidad necesitara confirmarlo, un crujido sordo recorrió la estructura, seguido de un olor más intenso, inconfundible esta vez.

Humo.

—¡Fuera! —ordenó otra vez Jacques, esta vez con más fuerza—. ¡Ahora!

El caos estalló.

Sillas que caían, copas que se rompían, pasos apresurados, voces elevándose unas sobre otras. Algunas mujeres corrían sin pensar, otras intentaban recoger pertenencias, dinero, lo que pudieran.

Jacques no se movió al azar, cada paso tenía un propósito.

Tomó a una de las chicas más cercanas del brazo, guiándola hacia la salida, apartando a un cliente que estorbaba sin contemplaciones, levantando a quienes, por las prisas, tropezaba, apartando las sillas para abrir paso hacia la salida.

—¡Dejen todo! —ordenó—. ¡La vida primero!

Pero no todos obedecían, por supuesto. Vio a una mujer mayor, alta y elegante, que en vez de ir hacia la salida, se adentró más en el lugar. Un hombre que, en vez de ayudar a evacuar, se perdió por un pasillo, más hacia el fondo.

Lanzando una queja al cielo, eligió ir tras la mujer.

La encontró en el segundo piso, que ya empezaba a llenarse de humo, recogiendo papeles y documentos en una caja, llenándola a toda prisa con dinero, papeles, y más cosas.

—¡Fuera de aquí! —gritó Jacques tomándola del brazo.

—No —respondió ella con una calma inquietante—. Gracias a tu oportuno aviso, tengo tiempo de rescatar objetos valiosos antes de que el fuego se los lleve.

—¿Qué es más valioso que tu vida? —la mujer lo miró fijamente, como si lo reconociera como un viejo familiar, y se echó a reír.

—Cualquier cosa que pertenezca a Sebastien —dijo—, es más valiosa que mi vida.

Jacques quiso rechinar los dientes, arrastrarla fuera, pero no pudo evitar admirarse un poco. Luego, vio a otra mujer sacando vestidos de una habitación. Otra, levantando con toda su fuerza un arcón de madera, llevándoselo al hombro y saliendo a toda prisa.

Se lanzaban por las ventanas objetos, cajas, muebles, mientras otros intentaban sofocar el fuego, que empezaba a descontrolarse.

Cuando por fin se dieron por vencidas con el segundo piso, Jacques siguió a las mujeres hasta el primero, y allí vio a varios hombres arrastrando barriles, cajas con botellas de vino, uno tras del otro, en fila, como hormigas que se preparan para la lluvia.

Estaba asombrado. Ellos no habían dudado de su palabra al gritar fuego, aunque no habían visto aún el humo. Al contrario, agradecían el aviso y se pusieron manos a la obra para rescatar todo lo que pudieran, dejando el edificio casi como un cascarón vacío.

El fuego empezó a hacerse visible entonces. Primero como un resplandor, luego como lenguas naranjas que trepaban por la madera, alimentándose con rapidez inquietante.

—¡Vamos! —insistió Jacques, empujando a los rezagados hacia la salida, uno a uno, sin dejar a nadie atrás.

El aire exterior los golpeó con fuerza cuando por fin cruzaron la puerta. Varias mujeres tosían, otras se abrazaban, algunas lloraban sin saber exactamente por qué.

Jacques se giró. El Corsé Roto ya ardía.

No era un incendio accidental, eso era más que evidente. Y su origen casi tenía marca y sello.

Las llamas trepaban con rapidez, devorando cortinas, madera, recuerdos, secretos. Todo.

Una de las mujeres, aún jadeante, lo miró.

—¿Quién eres?

Jacques sostuvo su mirada un segundo. Podría haber dicho muchas cosas. Su nombre, su pasado. Lo que había sido… Lo que ya no era. Pero nada de eso importaba allí.

—Alguien que llegó a tiempo —respondió simplemente.

Sus ojos volvieron al fuego, o, más bien, a lo que quedaba.

En ningún momento, se le pasó por la cabeza que no debía estar aquí, o que este lugar fuera indigno de ser salvado. En el pasado, predicó muchas veces contra la lujuria, el pecado de fornicación, y el hedonismo.

Otro sacerdote, en su lugar, habría opinado que esto era un castigo del cielo, la obra de Dios, y, aunque él seguía siendo un firme cristiano, aunque todavía elevaba una oración por la mañana, con el tiempo, había empezado a entender mejor a ese Ser divino.

Él no obraba así. La vida de una persona, aunque fuera una prostituta, valía más que cualquier templo.

Adeline se asombraría al escuchar que había ido al burdel de su hermano sólo por una corazonada, pensó con una sonrisa, pero ella lo entendería.

—¿Falta alguien? —preguntó mirando a la mujer que apilaba las cajas que había rescatado y contabilizaba cada objeto. Ella lo miró apenas de reojo, concentrada en su tarea, con la cara tiznada y el cabello de punta.

Fue un hombre corpulento el que respondió.

—Todos están a salvo —dijo. Tosió y escupió—. Ahora… hay que avisarle al jefe.

Seraphina se detuvo al escuchar aquello, con los labios crispados.

Jacques los observó. Ella no había reaccionado así por miedo, fue lo que pensó. Miró de nuevo al hombre corpulento y pidió su nombre.

—Jim —respondió él. Jacques asintió.

—Te diré dónde está tu jefe, Jim —dijo—. Ve a avisarle.

Sebastien salió del interior de Grace sin aire ni fuerzas, y se tumbó a su lado buscando el aire, buscándola a ella.

Desde esa primera vez, apenas si se habían detenido.

Bueno, sí, recordó. Dos veces, y porque ella tenía sed, o necesitó ir al baño.

Luego de eso, siempre retomaron con vigor y alegría, a hacer lo que el cuerpo quería, lo que les exigía.

Rieron, hablaron, se contaron tonterías que no importaban y, sin embargo, lo eran todo en ese momento. Volvieron a besarse como si el mundo pudiera esperar, como si la guerra, la ciudad y el caos hubieran quedado suspendidos más allá de esas paredes. Él le fue relatando, entre una caricia y otra, el infierno de los últimos dos días: los movimientos de Lady Black, sus ataques calculados, la manera en que había respondido a cada uno, siempre un paso adelante, siempre al filo.

Grace lo escuchaba en silencio, con la cabeza apoyada en su pecho, siguiendo con la yema de los dedos el contorno de su clavícula, como si ese gesto la ayudara a mantenerlo allí, real, a salvo.

—Estoy seguro de que esto no se detendrá así nomás —dijo él al fin, y su voz cambió apenas, volviéndose más baja, más grave.

Se quedó callado un instante, como si ordenara sus pensamientos, o tal vez como si midiera el peso de lo que estaba a punto de decir. Su mano seguía recorriendo la piel de Grace con una distracción que no era tal, deteniéndose aquí y allá, como si necesitara comprobar que seguía intacta.

—Supongo… —continuó después de un momento— que sólo terminará cuando uno de los dos muera.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos.

Grace sintió cómo algo se le encogía por dentro, no exactamente miedo, sino la comprensión nítida de la verdad que él acababa de poner en voz alta. No había medias tintas en ese mundo, no con alguien como Lady Black. No después de lo que había pasado.

Alzó el rostro despacio apretando los labios y le tomó el mentón, obligándolo a mirarla.

—Que no seas tú —dijo.

No fue un ruego, sino, más, como una orden. Una exigencia firme, casi serena, como si no contemplara otra posibilidad.

Sebastien sostuvo su mirada, y por un instante no respondió. Había demasiadas cosas en juego en esa simple frase que tal vez ella no comprendía. Pero lo que encontró en sus ojos no fue miedo ni reproche, ni ese escándalo que tantas mujeres habrían mostrado ante una afirmación así.

Ella lucía muy decidida, segura, y leal a él.

Sonrió apenas, con una suavidad que contrastaba con todo lo demás, y en ese gesto silencioso hubo algo que se asentó más hondo en su pecho.

La amó más.

Le fascinaba esta Grace que no retrocedía, que no apartaba la mirada, que no se desmoronaba ante la crudeza de lo que implicaba estar a su lado. Esta mujer que no pedía un mundo distinto, sino que lo enfrentaba tal como era, sin adornos.

Se preguntó, no por primera vez, si siempre había sido así.

Si en otro tiempo ella habría bajado la mirada, horrorizada ante la idea de que la única salida fuera la destrucción del enemigo. Aquella Grace… habría sido demasiado frágil e ingenua para el mundo que él habitaba.

Tal vez lo fue en un tiempo, pensó. Pero esa mujer ya no existía.

Una noche, en algún punto que él no había presenciado, Grace había dejado de esperar protección y había decidido mirar de frente la realidad, lanzarse a ella sin garantías, sin red, sin salvavidas.

Y ahora estaba allí, a su lado, sin titubeos.

Sebastien alzó la mano y apartó un mechón de su cabello, observándola con una atención que rozaba lo reverente.

—De acuerdo —dijo al fin—. No seré yo.

Se inclinó a besarla de nuevo.

No, no se cansaba de ella, de sus labios, de su cuerpo. Pero entonces, un toque urgente en la puerta principal lo sacó de su mundo perfecto.

Ceñudo, levantó la cabeza, pero de repente le vino un golpe de realidad. Afuera, los enemigos seguramente no se habían quedado quietos, sólo él se había tomado una pausa bastante larga en medio del caos, así que, a toda prisa, se puso el pantalón y, descalzo, salió a abrir la puerta.

Al otro lado estaba Jim, su leal guardaespaldas, que no hizo ningún gesto al ver a su jefe desnudo de la cintura para arriba, con el cabello largo y desordenado.

—El Corsé Roto ha sido incendiado —dijo llanamente, sin aspavientos ni urgencia.

Sebastien lo miró con ojos llenos de sorpresa, que poco a poco se fueron tiñendo de preocupación.

—¿Alguien…?

—No —contestó Jim antes de que la pregunta se completara—. Todos a salvo. Minimizamos las pérdidas, pero… te necesitamos—. Sebastien asintió y cerró la puerta corriendo de inmediato a la habitación para terminar de vestirse. Al ver a Grace se preguntó qué hacer. Dejarla aquí era impensable. Aunque el lugar era desconocido y seguro, no se atrevía a dejarla sola.

—Tenemos que irnos —le dijo sin pérdida de tiempo, poniéndose cada prenda con celeridad.

Grace había alcanzado a escuchar lo que Jim había informado, así que ya se estaba vistiendo también. Asintió y tomó su mano, saliendo de la casa con prisa, aunque, al ir tan rápido, sintió mareo, y un frío recorrerle la espalda.

Al verla así, Sebastien se preocupó y la alzó en brazos.

Afuera, los esperaba Jim al pie del carruaje y Sebastien se alegró de que su hombre de confianza siempre fuera tan previsivo, y ayudó a

Grace a subir a él. Ella se abrazaba a sí misma, pero sonreía como si nada pasara.

—¿Te sientes bien? —Ella asintió esquivando su mirada, pero no se sentía nada bien. Su cuerpo empezaba a enfriarse de manera extraña, a la vez que sudoroso. Le pedía algo, y no sabía qué.

Sentándose a su lado, Sebastien la abrazó y apretó los dientes maldiciendo a todo el mundo otra vez. Lo que ella tenía él lo sabía muy bien, y era por la abstinencia al opio.

Sólo habían sido dos días expuesta a él, pero seguro le habían dado grandes cantidades, muy seguido, sin tregua. Sin alimentos, deshidratada y débil, el resultado era obvio. Ahora, después de varias horas y de que tal vez la droga había sido eliminada de su cuerpo, éste empezaba a echarla en falta.

Cerró los ojos intentando calmarse. La ira amenazaba con nublar su mente otra vez, y no podía permitírselo. No en este momento.

Su negocio incendiado, su mujer sufriendo… era demasiado, pero debía centrarse.

Ah. Parecía que había sido muy suave hasta ahora.

35

El olor a humo se percibía desde varias calles antes.

No era el humo vivo del incendio, sino ese otro, más pesado, que se aferra a la ropa, a la piel, a la memoria. Cuando el carruaje se detuvo, las brasas aún respiraban entre los restos ennegrecidos de lo que, hasta hacía unas horas, había sido El Corsé Roto.

Grace, entre sus brazos, alzó apenas la cabeza.

La escena se extendía ante ellos con una claridad dolorosa: la estructura reducida a esqueletos de madera carbonizada, vigas vencidas, cortinas convertidas en jirones oscuros que el viento movía

con pereza. Algunas brasas aún brillaban, como ojos encendidos entre las ruinas, negándose a apagarse del todo.

Y alrededor… vida.

Eso fue lo primero que Sebastien buscó. Y lo encontró, gracias al cielo.

Las mujeres estaban reunidas en pequeños grupos, algunas cubiertas con mantas, otras limpiándose el hollín del rostro con agua que alguien había logrado conseguir. Se abrazaban, se sostenían, se contaban cosas en voz baja, como si necesitaran asegurarse unas a otras de que seguían allí. No había gritos, no había caos descontrolado. Había cansancio. Y una especie de alivio silencioso.

Seraphina se movía entre ellas con una determinación férrea, completamente ajena a la devastación que tenía a su espalda. Había improvisado una mesa con una puerta arrancada y dos barriles, y sobre ella iba ordenando lo que habían logrado rescatar: botellas intactas, bolsas de monedas, telas, algunos vestidos que, por fortuna, no habían ardido.

—Eso va aparte —indicaba, señalando con precisión—. Y eso también. No lo mezcles.

Sus manos no temblaban, y su voz tampoco.

Sebastien bajó del carruaje sin apartar la vista del lugar. Luego ayudó a Grace a descender, con cuidado, sintiendo cómo su peso se apoyaba más de lo que le gustaría.

—Quédate conmigo —murmuró, sosteniéndola por la cintura.

Ella asintió en silencio, pues no hacía falta decir nada.

Él dio un paso adelante, otro, y entonces Seraphina lo vio.

Se detuvo apenas un segundo, lo suficiente para reconocerlo, para confirmar lo evidente, y luego caminó hacia él.

—Están todas —dijo, antes de que él preguntara—. No perdimos a nadie.

Sebastien cerró los ojos un instante. Aunque Jim le había asegurado que nadie había sufrido en este incendio, parecía que necesitaba

constatarlo una vez más. Cuando los abrió, la furia seguía allí… pero controlada, canalizada, convertida en algo más frío.

—Bien —respondió. Su mirada recorrió de nuevo las ruinas—. ¿Cómo empezó?

Seraphina negó levemente.

—No lo sé, pero parece que alguien lo vio todo—. Sebastien vio entonces a Jacques, que caminaba entre los damnificados ofreciendo agua, un pañuelo, lo que sea.

La imagen fue tan inesperada que Sebastien no pudo sino fruncir el ceño.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó. Jacques apenas si lo miró.

—Ayudo. ¿No ves?

—Sabes a lo que me refiero —pero Jacques no dijo nada. Sebastien miró a Seraphina interrogante, y ella asintió.

—Entró advirtiendo del fuego, gracias a él se salvaron nuestras vidas —. La mirada de Sebastien volvió a Jacques, quien apretó los labios, incómodo.

—Sólo… tuve una corazonada. Llegué a tiempo. Tal vez fue casualidad, o la divina providencia—. Sebastien hizo una mueca, descartando automáticamente lo segundo.

El sonido de carruajes deteniéndose atrajo su atención. Nathaniel y Jacob descendieron casi al mismo tiempo, observando la escena con la rapidez de quien sabe exactamente qué buscar.

Nathaniel fue el primero en hablar.

—He visto incendios peores —comentó, con una calma que no restaba gravedad—. Pero no muchos.

Jacob silbó bajo.

—Tu amiga no sabe hacer las cosas a medias—. Sebastien no vio la necesidad de responder.

—¿Pérdidas? —preguntó Nathaniel, volviéndose hacia Seraphina.

—Materiales, muchas —contestó ella—. Pero nadie muerto.

Jacob asintió, como si esa fuera la única cifra que realmente importara.

—Entonces no estamos perdiendo —dijo, casi con ligereza—. Sólo estamos… reorganizando.

Nathaniel esbozó una media sonrisa.

—Exacto—. Se volvió hacia Sebastien.

—Algunas de mis propiedades están libres —añadió—. Podemos trasladar a tus chicas esta misma noche. No será tan cómodo, pero estarán seguras.

—Yo me encargo del resto —intervino Jacob—. Posadas, habitaciones, lo que haga falta. No estarán en la calle.

Sebastien asintió.

—Hazlo.

Nathaniel señaló la improvisada mesa.

—Y eso… puedo guardarlo en casa. Tengo espacio, y será más seguro que dejarlo circulando.

Seraphina dudó un segundo, pero terminó por asentir.

—Está bien.

El movimiento comenzó casi de inmediato. Hombres y mujeres organizándose, cargando lo rescatado, guiando a las chicas hacia los carruajes que empezaban a llegar.

El caos encontraba forma, como siempre.

Sebastien se giró entonces hacia Grace observándola con más atención, encontrándola demasiado pálida, quieta y silenciosa. Mirando todo con horror, pero más como si dudara de que lo que tenía delante fuera real o una alucinación. Sus pestañas caían pesadas, y aunque se mantenía en pie, había algo en su forma de sostenerse que no le gustaba.

Jacob también lo notó.

—No tiene buen aspecto —dijo, acercándose un poco más—. Déjame llevarla a casa.

Sebastien no respondió de inmediato. Su mano se tensó apenas sobre la cintura de Grace.

—Necesita descanso… y un médico —añadió Jacob, con más suavidad—. Allí lo tendrá.

Grace alzó la mirada hacia Sebastien, como si quisiera decir algo, pero no hubo necesidad. Sebastien hizo un casi imperceptible asentimiento, y exhaló despacio.

—De acuerdo —dijo, aunque la verdad era que no le gustaba mucho la idea de separarse de ella. Sin embargo, tenía demasiado entre manos ahora mismo. Todo, al mismo tiempo, requería su atención.

La ayudó a dar un paso hacia Jacob, aunque su mano no se apartó de inmediato.

—Estarás mejor allí —le dijo en voz baja. Ella asintió.

—Vuelve pronto —le pidió casi en un susurro, y él sonrió apretando suavemente sus manos en una promesa silenciosa.

Sebastien inclinó la cabeza apenas, acercándose lo suficiente para rozar su frente con la de ella.

—Lo haré.

La soltó por fin, aunque lleno de reticencia.

Jacob la sostuvo con cuidado, sin brusquedad, como si fuera plenamente consciente de lo que estaba recibiendo.

—No te preocupes —dijo, mirando a Sebastien—. La cuidaremos bien. Olive no le quitará el ojo de encima.

Sebastien lo miró fijamente un segundo y asintió.

El carruaje partió poco después, pero Sebastien no lo siguió con la mirada. No podía permitírselo. Sentía que si cedía un poco, terminaría yendo tras ella, así que, apretando los dientes y llenando sus pulmones de aire, se giró de nuevo hacia las cenizas.

Había mucho que hacer.

El Corsé Roto ya no existía, eso era una verdad innegable, pero lo demás… seguía en pie. Y mientras quedara algo que sostener, algo que reconstruir, algo que proteger… él no se detendría.

Las ruedas aún crujían sobre la grava de Rosewood Grove cuando Jacob bajó, girándose de inmediato para recibir a Grace entre sus brazos. Ella apenas sintió el cambio de aire, el frío de la tarde rozándole el rostro, el leve vaivén que la sacó de ese estado tibio y engañoso en el que su cuerpo parecía flotar sin pertenecerle del todo.

—Con cuidado —indicó una voz firme desde la entrada.

Olive ya estaba allí.

No esperó a que la anunciaran, no guardó formas. Sólo bajó los escalones con premura, sujetándose apenas las faldas, y cuando vio el estado de Grace, algo en su expresión se tensó, aunque su voz se mantuvo suave.

—Tráiganla. El médico está esperando.

Grace quiso decir algo, tal vez su nombre, tal vez una disculpa por irrumpir así, pero lo único que logró fue un suspiro irregular que le ardió en la garganta.

El interior de la casa la envolvió en calor… y en un mareo súbito. Había demasiada luz, pensó, aunque sólo eran las velas de siempre.

O, tal vez, demasiado silencio.

Demasiada realidad.

Sus dedos se aferraron débilmente a la solapa de Jacob, como si el suelo bajo sus pies no fuera del todo firme.

—Ya estás a salvo —murmuró él, más para sostenerla que para tranquilizarla.

Pero el cuerpo de Grace ya no obedecía del todo a la calma.

Un temblor fino empezó en sus manos, que se pasó a sus brazos, y luego a todo su cuerpo.

—Aquí —dijo Olive, abriendo una puerta—. Déjenla en la cama.

La habitación era amplia, iluminada con más velas, con cortinas claras que dejaban pasar la luz de la luna. Cuando Jacob la recostó, el mundo pareció inclinarse de golpe.

Grace cerró los ojos, pero fue un error, pues todo empezó a dar vueltas con más fuerza.

Un sudor frío le recorrió la espalda, y su estómago se contrajo con violencia.

—No… —susurró, llevándose una mano al abdomen.

Mary reaccionó de inmediato, acercando una palangana, justo a tiempo. Grace apenas alcanzó a inclinarse antes de que las náuseas la sacudieran sin piedad. No había mucho que expulsar, pero su cuerpo insistía, convulsionándose en espasmos que la dejaron sin aliento.

—Tranquila, tranquila —murmuró Olive, ya a su lado, sosteniéndole el cabello con una mano firme y cuidadosa.

Joanne apareció con un paño húmedo, limpiándole el rostro con delicadeza cuando el episodio pasó.

Pero no fue el final.

El temblor volvió. Más fuerte, más profundo.

Grace apretó los dientes, intentando controlarlo, pero sus manos ya no respondían. Sus dedos se crisparon sobre las sábanas, y un escalofrío la recorrió de pies a cabeza, seguido de un calor sofocante que la hizo jadear.

—Está entrando en abstinencia —dijo el médico, acercándose finalmente—. Opio, sin duda. ¿Cuánto tiempo?

—Dos días, tal vez más —respondió Olive.

El hombre asintió con gravedad.

—El cuerpo está reaccionando. Tendrá fiebre, temblores, ansiedad… y dolor. Mucho dolor.

Como si sus palabras lo invocaran, Grace sintió una punzada aguda en el pecho, luego en las extremidades, como si cada músculo se

tensara al mismo tiempo, como si algo dentro de ella se resistiera a ser arrancado.

—No… —volvió a murmurar, esta vez con un hilo de angustia real en la voz.

No quería sufrir aquello. No tenía por qué padecer tanto.

Pensó en su padre, en su madre, en su hermano. En sus manos sujetándole el rostro, en la fuerza con la que la obligaban a beber, en la manera en que ignoraban su miedo, su voluntad, su dolor.

Era tan injusto.

Un calor amargo le subió por el pecho.

Ojalá pudiera traspasarles a ellos esa angustia, ese temblor que le sacudía los huesos. ¿Por qué ella?, se preguntó. ¿Qué había hecho para merecerlo?

Los pensamientos se arremolinaron, cada vez más oscuros, más ásperos. Rabia. Odio. Un dolor que no era sólo físico.

Ella nunca les hizo nada.

Nunca rompió sus reglas. Nunca alzó la voz. Nunca pidió ser distinta. No pidió nacer pelirroja, ni con ese cuerpo, ni con ese rostro que siempre pareció ofenderlos.

A veces pensaba que habría sido mejor que la abandonaran. En un camino, en un orfanato, en cualquier parte.

Habría dolido menos.

Al menos, habría sido ella misma desde el principio… y no esa sombra que moldearon a su conveniencia.

El temblor volvió, más fuerte, y Grace apretó los dientes.

Olive tomó su mano con firmeza y calidez.

—Mírame, Grace —ella lo hizo, aunque le costó.

Los ojos de Olive estaban tranquilos. No había pánico en ellos. No había duda.

—Has pasado por cosas peores que esto —le dijo en voz baja, inclinándose apenas hacia ella—. Has salido de un lugar de donde

nadie salía. Has resistido lo que otras no habrían podido soportar. No vas a rendirte ahora.

Grace tragó saliva, sintiendo la garganta seca, áspera.

Quiso decir que esto era distinto. Que dolía de una forma nueva, insoportable.

—Vamos, eres la chica que desafió al mundo pasando de cantar en una iglesia a hacerlo directamente en un burdel. ¡Tú eres fuerte, Grace!

Grace sonrió.

Sí, recordó. Ella había hecho eso.

Y entonces, algo cambió.

Sintió que este dolor, este sufrimiento, no sólo era la abstinencia al opio, como había dicho el doctor.

No, tal vez no, se dijo. Tal vez venía desde mucho antes.

De cada golpe. De cada silencio. De cada vez que la miraron como si fuera un error. El opio sólo lo desenterraba. Sólo lo ponía en la superficie.

Respiró con dificultad.

Si aquello era así… si era algo que ella venía arrastrando desde mucho antes, entonces, podía convertir este dolor en algo más.

En una ruptura, por ejemplo. En una separación.

Un corte limpio, como el que le hacen al cordón umbilical de un recién nacido, separándolo para siempre de su madre.

Con este veneno, con esa violencia, con esa crueldad… ellos habían hecho algo más que dañarla, habían roto todo lo que los unía, así que, desde hoy, ya no era la hija de esas personas. Ya no tenía familia.

Una lágrima rodó por su mejilla, caliente, silenciosa.

Hoy, sin decirlo en voz alta, sin ceremonias, sin testigos… ella se hacía huérfana por decisión propia. Y aunque eso dolía… había algo en ese dolor que no era derrota.

Era libertad.

Este sufrimiento, entonces, lo asumía como el costo de esa separación. Y ahora que el dolor tenía un nombre y un propósito, se sintió menos malo.

No era el opio. Eran ellos.

Y si sobrevivía a esto… sobreviviría a todo lo que alguna vez le hicieron.

Apretó los dedos alrededor de la mano de Olive.

—No voy a rendirme —le prometió, con la voz aún débil, pero firme —. Sobreviviré.

Olive asintió, sonriendo apenas, reconociendo en ese instante a la mujer que Grace se había convertido.

Antes, siempre la vio serena, callada, ignorando que por dentro llevaba mil pesares, mil rencores. Pero ya no era así. Ella se había convertido en alguien capaz de romper con todo lo que la ataba… y seguir en pie.

Alguien así no caería por el opio, ni por nada.

El médico preparaba algo en una pequeña mesa, moviéndose con una calma que contrastaba con la tensión que llenaba la habitación. El sonido leve del vidrio al chocar, el roce de las cucharillas, resultaban casi irritantes en medio de la incertidumbre.

Le entregó a Olive un pequeño frasco con un líquido oscuro.

—Lamentablemente, es poco lo que puedo hacer —dijo, con un suspiro que no intentó ocultar—. Necesitará reposo, agua, un lugar cómodo y… mucho apoyo.

Grace cerró los ojos un instante. Su cuerpo ya no le pertenecía del todo. Un temblor fino le recorría los brazos, y el frío le calaba a pesar de las mantas.

El médico señaló el frasco.

—Esto es un calmante suave. Está hecho con hierbas medicinales que ayudarán a tranquilizar sus nervios, pero no se acerca siquiera a lo que le estuvieron administrando. Aun así… puede aliviar un poco.

Olive apretó el frasco entre sus manos.

—¿Es todo? —preguntó, sin poder disimular ese tinte de decepción en su voz.

El médico dudó apenas, pero no mintió.

—Sí. El opio no es una sustancia con la que se pueda jugar. Una sola dosis ya es peligrosa… y no sabemos cuánto le dieron, ni cuántas veces. —Miró a Grace con gravedad—. Ella tendrá que atravesarlo por sí misma.

El silencio que siguió fue denso.

Olive tragó saliva, bajando la mirada por un instante, como si necesitara recomponerse antes de volver a ser fuerte para ella.

En la cama, Grace apretó los dedos contra las sábanas. Otra punzada le cruzó el pecho, más intensa esta vez, arrancándole el aire por un segundo. Su respiración se volvió irregular, pero no apartó la mirada.

No preguntó cuánto duraría. No preguntó si empeoraría.

Ya lo sabía.

—Lo haré —susurró con tono decidido.

Olive levantó la vista de inmediato, buscándola, y al encontrar sus ojos, algo en su expresión cambió. Aún había miedo, sí, pero también orgullo.

Despidió al doctor y le indicó a Blake, el mayordomo, para que pagara sus honorarios, y de inmediato volvió a Grace en la cama.

Ella temblaba como si estuviera expuesta en la nieve, en vez de en una habitación cálida y envuelta en mantas. Apoyó su mano en su hombro, acarició su cabello rojo que había sido desconocido hasta para ella, y sonrió.

—Hay algo que no te dije en la casa de lady Bedford —dijo. Había rebuscado en su mente cualquier tema para distraerla, para sacarla de ese estado—. Y es lo hermosa que eres. Con razón Sebastien Chevalier se volvió loco por ti.

Grace dio un respingo. Giró lentamente la cabeza y la miró.

—¿Loco?

—Totalmente —rio Olive con suavidad—. Y te diré algo más… antes no habría recomendado a un hombre como él a ninguna de mis amigas. Mucho menos a ti.

Grace enarcó apenas una ceja.

—Pero —continuó Olive, encogiéndose ligeramente de hombros— ahora creo que era yo la que no entendía nada. Tú no necesitas un hombre que te dé sólo estabilidad y calma… sino, tal vez, todo lo contrario. Uno que sacuda tu mundo, mientras tú le das sentido y propósito al de él.

Grace sonrió.

Pensar en Sebastien, definitivamente, era el mejor analgésico, y, en un susurro, dijo:

—Ya no soy virgen—. Y aunque quiso reír, lo que hizo fue cerrar los ojos conteniendo un quejido de malestar. Pero Olive comprendió.

—Qué barbaridad —bromeó—. Jamás me lo habría imaginado. ¿Sebastien Chevalier haciendo esas cosas? Inesperado.

Esta vez, Grace sí logró reír.

Olive siguió acariciando su hombro, su cabello, como si así pudiera aliviar su dolor. Siguieron hablando, y, poco a poco, el malestar de Grace se fue calmando, aliviando. Bebió del tónico que el médico dejó y tomó algo de sopa.

Hacia la madrugada, al fin se quedó dormida.

Rosewood Grove estaba silente y dormida para cuando Sebastien llegó. Jacob, que había vuelto al lugar del incendio para seguir apoyando, le indicó dónde estaba la habitación de Grace, y en vez de ir a su propia recámara para dormir, se fue al sótano, hacia las mazmorras.

Sebastien se tomó unos minutos para comprobar cómo estaba su mujer.

La puerta de la habitación estaba entreabierta. No la empujó del todo; se detuvo en el umbral, lo justo para verla.

Grace dormía.

La luz tenue delineaba su perfil sobre la almohada, el cabello rojo desparramado como una llama apagada, la respiración más regular que horas antes. Ya no había esa tensión en su cuerpo, ni ese temblor constante que la había recorrido como un eco del veneno. Estaba pálida, sí, pero en paz.

Sebastien apoyó el hombro en el marco de la puerta y la miró un instante más largo de lo necesario.

Quiso entrar. Quitarse la chaqueta, dejar las botas, meterse en la cama y rodearla, hundir el rostro en su cuello y, por unas horas, olvidar que el mundo existía más allá de ese cuarto.

Pero no lo hizo. No podía.

Cerró los ojos un segundo, como si se arrancara a sí mismo de ese impulso, y cuando los abrió de nuevo, ya no quedaba rastro de la suavidad.

Se dio la vuelta.

En la mazmorra, Jacob esperaba afuera de la celda de René, mirando una antorcha como si fuera lo más interesante del lugar.

René levantó la mirada cuando la puerta se abrió. Sebastien no perdió tiempo.

No hubo amenazas innecesarias ni golpes impulsivos. Tampoco teatralidad. Sólo preguntas. Todas muy precisas. Afiladas.

Nombres, direcciones, cuentas, intermediarios, rutas. Todo lo que se necesitaba para empezar a desmoronar un imperio hasta su misma base.

René comprendió, y sabiendo que de esto dependía completamente su libertad, no por una cuestión de honor ni de palabra, sino de lógica y practicidad, empezó a hablar.

Estaba cansado, pero ya no hambriento. Tal vez por haber informado a tiempo el paradero de Grace Barlow, hoy lo habían tratado mejor; le dieron de comer, limpiaron su cubo, y le liberaron de los grilletes permitiéndole un poco de dignidad.

Mientras decía todo lo que sabía de Lady Black y sus negocios, el entramado empezó a desplegarse como una red invisible que, al ser

nombrada, dejaba de serlo. Casas que no figuraban como suyas, pero lo eran. Tabernas que servían de paso. Barcos con doble registro. Hombres que no aparecían en ninguna lista, pero que movían mercancía más valiosa que el oro.

El magistrado. Un hombre respetable, con toga y reputación limpia, que había firmado órdenes de registro a conveniencia, que había extraviado pruebas, que había mirado hacia otro lado cuando debía ver demasiado.

Sebastien no estaba para nada sorprendido de que alguien tan poderoso estuviera involucrado. Lo había esperado, de hecho.

René habló y habló. A ratos con claridad, a ratos con ese tono ambiguo que lo definía, como si incluso al traicionar no pudiera dejar de proteger algo. Pero habló lo suficiente. Más que suficiente.

Sebastien no lo interrumpía. Sólo lo guiaba.

Cuando terminó, el silencio volvió a llenar la celda, espeso, cargado.

René tragó saliva. Sus labios estaban partidos, la piel pálida bajo la suciedad.

—¿Hasta cuándo? —preguntó al fin, con la voz áspera—. ¿Hasta cuándo vas a tenerme aquí?

Sebastien ya estaba de espaldas, pero se detuvo. Giró apenas el rostro, lo justo para que la luz rozara sus facciones.

—Agradece que tienes un techo sobre tu cabeza, comida para tu estómago, y un cubo para cagar. Afuera, no durarías ni una hora—. René tragó saliva. Era tan malditamente cierto que no pudo decir nada.

El Salón de los Ases no dormía nunca del todo, pero a esas horas tenía otra cara. Las mesas estaban vacías, las cartas recogidas, las lámparas encendidas sólo lo justo. Nathaniel y Jacques lo habían estado esperando junto a los hombres de Sebastien y unos cuantos suyos y de Jacob.

Sebastien llegó junto a Jacob y dejó los guantes sobre la mesa más cercana cruzándose de brazos e inclinándose apenas hacia delante.

Su mirada recorrió a cada uno de los presentes. Volvió a sorprenderse al ver a Jacques, pero no dijo nada.

—Esto se termina hoy mismo —dijo con voz tranquila, no como una arenga antes de la batalla, sino como la sentencia de un juez.

Y a continuación, trazó un mapa de ruta.

Primero, el magistrado. Dio su nombre, residencia, rutinas.

Las casas de Lady Black; cuáles debían caer primero, cuáles arrebatar.

Las rutas: quién debía interceptarlas y cuándo.

Los hombres de ella: cuáles podían comprarse, cuáles debían desaparecer.

En su voz no había rabia, ni odio, ni grandes emociones. Sonaba frío y metódico, como un profesor dando una clase de matemáticas.

Al terminar, Sebastien dejó salir el aire y despidió a todos, cada cual con su tarea asignada.

Jacques, que había estado en silencio, buscó en vano un reloj.

—No hay relojes en las casas de juego —le informó Nathaniel—. La idea es que los invitados pierdan la noción del tiempo.

—Oh…

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó Sebastien. Jacob y Nathaniel de inmediato prestaron atención como si se tratara de una muy interesante obra de teatro desarrollándose frente a sus ojos.

—Vine a ayudar en lo que pueda.

—¿Tú? —su tono despreciativo incomodó un poco a Jacques, como si alguien como él no tuviera nada que aportar.

—Eh, que avisó a tiempo lo de incendio, sí que es útil —dijo Jacob con una sonrisa.

Sebastien no lo miró.

—Esto no es un juego, Jacques.

—Lo sé.

Esa respuesta, sin titubeos, lo hizo mirarlo de nuevo.

—Entonces sabes que hoy va a correr sangre.

—Sí.

—¿Y aun así, estás aquí? —Jacques sostuvo su mirada.

—Sí—. Se hizo un silencio.

La voz de Jacques no era desafiante, pero tampoco había censura, sólo calma. Y eso, viniendo de él era raro, e incómodo.

Nathaniel observó la escena con interés. Jacob, directamente, sonrió.

Sebastien entrecerró los ojos.

—No eres un hombre de este mundo.

—No —admitió Jacques—. Pero tú sí lo eres… y también tus guardias. Y aun así, alguien tuvo que avisar para que no murieran todos.

Jacob dejó escapar una risa baja.

—Eso fue un golpe bajo, amigo.

Sebastien no sonrió. Sólo lo miró unos segundos más, evaluándolo.

—Si te quedas —dijo finalmente—, no estorbes.

—No lo haré.

—Y no esperes que esto sea… limpio, ni mucho menos honorable.

—No lo espero—. Sebastien apretó los labios.

—Entonces quédate —concedió—. Y observa bien—. Se puso los guantes con movimientos lentos, precisos—. Porque hoy —añadió— vas a entender cómo se destruye un imperio… sin dejar ni rastro.

Jacob apoyó el hombro en la pared, divertido. Nathaniel asintió apenas.

Jacques lo miró fijamente, sin decir nada.

Los cuatro hombres salieron del Salón de los Ases cada uno hacia un destino diferente, repasando en su mente todo lo que tenían que hacer.

36

El magistrado salió de su casa como cualquier otra mañana con el sombrero en su sitio, bastón en mano, y el gesto adusto de siempre. No miró atrás al despedirse. No miró a los lados al bajar los escalones. No tenía por qué hacerlo. La ciudad, durante años, había aprendido a abrirse ante él.

El carruaje ya lo esperaba y él subió sin prisa. Acomodó el abrigo y golpeó una vez el techo con el bastón.

—Al tribunal —dijo, pero el carruaje no se movió, lo que le hizo fruncir el ceño.

Golpeó de nuevo, esta vez con más fuerza.

—He dicho que… —No terminó de hablar, pues la puerta opuesta se abrió y alguien subió sin pedir permiso.

El movimiento fue tan rápido, tan limpio, que cuando el magistrado reaccionó, ya no estaba solo.

Sebastien Chevalier, ese disoluto dueño de burdeles y casas de juego, estaba sentado frente a él y cerraba la puerta con suavidad.

Ahora sí, el carruaje se puso en movimiento.

El magistrado abrió la boca, indignado.

—¿Qué significa esto? ¿Quién se cree que es para irrumpir aquí? — Sebastien no respondió. Con mucha parsimonia, sacó un pliego doblado y lo dejó sobre sus piernas.

El papel cayó con un leve sonido seco.

El magistrado lo miró, irritado.

—No tengo tiempo para juegos. Detenga este carruaje de inmediato o…

—Lea —lo interrumpió Sebastien. Sólo había sido una palabra, pero el tono fue tan contundente que tuvo que callar, lo cual fue un poco humillante. Este de aquí no era más que un muchacho a sus ojos, sin embargo, no se atrevió a desobedecerle.

Tomó el papel y sus ojos recorrieron las líneas escritas. Al principio lo hizo con desgano, pero, poco a poco, fue apretando el papel en su

mano y su mirada se fue endureciendo.

Era, básicamente, una lista de sus pecados. Estaba lleno de nombres, fechas, lugares firmas, casos… Una gran cantidad de eventos que no debían conocerse, situaciones que debieron quedar para siempre en el olvido.

—Esto es ridículo —dijo, pero su voz ya no tenía la misma firmeza ni altanería de antes—. Acusaciones sin fundamento. Si cree que puede…

Sebastien sacó el arma y la apoyó, sin apuro, sobre su rodilla.

—No… murmuró el magistrado, mientras sus ojos saltaban del arma al rostro de Sebastien, como si quisiera comprobar qué tan firme era su intención de matar.

En silencio, el carruaje seguía avanzando. Fuera, nadie jamás imaginaría lo que allí sucedía.

El magistrado tragó saliva.

—Usted no entiende con quién está tratando.

—Sí. Lo hago —dijo Sebastien sin expresión alguna en su rostro—. Lo sé perfectamente.

El magistrado apretó el papel entre sus manos.

—No. No me entiende. Esto no le conviene.

—Tampoco a usted le convenía —respondió Sebastien, casi con desgano—. Y aun así, lo hizo.

Y entonces levantó el arma.

—¡No, no, no! ¡Espera! ¡Podemos hablar; podemos…!

El disparo retumbó dentro del carruaje como un golpe seco, brutal, y luego, el cuerpo del magistrado se desplomó hacia un lado, inerte.

Hubo un breve silencio, pero Sebastien no se quedó a contemplar su obra, sólo dio un golpe en el techo, llamando la atención de sus hombres afuera.

—Les encargo el resto —dijo, y salió.

Aquel fue sólo el primer paso para Sebastien.

Antes del mediodía, la noticia del magistrado muerto ya corría por toda la ciudad, pero no lo hacía sola. No era sólo un cadáver lo que había quedado tendido en aquella calle, sino una advertencia.

Y a su lado, una lista siniestra.

No era una acusación vaga, ni rumores, ni insinuaciones. Nombres, fechas, cifras, rutas. Sobornos aceptados, sentencias manipuladas, cargamentos ignorados, vidas vendidas con su firma como sello. Era tan precisa, tan minuciosa, que resultaba imposible negarla sin parecer cómplice.

Los familiares intentaron moverse con rapidez. Buscaron a sus aliados, a viejos amigos en posiciones elevadas, a hombres que le debían favores. Intentaron activar esa red invisible que tantas veces los había protegido.

Pero no hubo éxito; algo había cambiado. Uno a uno, esos contactos empezaron a cerrarles las puertas.

Un noble de bajo rango, más prudente que leal, fue el primero en decirlo en voz alta:

—No busquen justicia. Esto no ha sido un asesinato… ha sido una ejecución.

Las palabras se esparcieron con la misma rapidez que el miedo.

Y entonces llegó la proclamación.

El duque de Ravenshire no dejó espacio para dudas. Su firma cayó como un sello final sobre el asunto, declarando oficialmente corrupto al magistrado fallecido, respaldándose en las pruebas encontradas junto al cuerpo. No hubo matices, no hubo intento de suavizarlo.

Fue una condena póstuma… y una señal.

Con esa firma, se abrieron las compuertas.

Órdenes de inspección y clausura comenzaron a ejecutarse casi de inmediato. Casas que hasta el día anterior parecían respetables fueron irrumpidas sin previo aviso. Puertas derribadas, registros exhaustivos, gritos en las calles.

En los muelles, los almacenes fueron abiertos a la fuerza. Cajas selladas durante años quedaron expuestas, revelando mercancías

que nadie debía ver. Algunas contenían telas y especias… otras, cadenas, documentos, nombres.

Demasiados nombres.

Los hombres de Nathaniel y Jacob tampoco dieron respiro. Se movían con precisión, como si cada paso hubiese sido ensayado con anterioridad, tomando posiciones clave, asegurando entradas, bloqueando salidas.

Y no estaban solos.

El conde de Bedford se sumó sin titubear. No después de lo ocurrido con Grace. Sus hombres, disciplinados y bien entrenados, reforzaron cada punto estratégico de la ciudad, anticipándose a lo inevitable.

Porque todos sabían lo que venía.

La huida de Lady Black.

Antes de que cayera la tarde, los caminos que salían de Bath ya no eran rutas de escape, sino cuellos de botella. Se instalaron controles en cada salida importante. Carruajes detenidos uno tras otro, baúles abiertos, pertenencias revisadas sin delicadeza.

Nadie pasaba sin dar su nombre.

Nadie pasaba sin ser observado.

Algunos protestaban. Otros intentaban sobornar. Hubo quienes trataron de huir a pie, desviándose por senderos menos vigilados… pero incluso allí empezaron a aparecer hombres apostados, como si la ciudad misma hubiera extendido sus brazos para impedir cualquier fuga.

Bath ya no era una ciudad; era una trampa cerrándose. Y en cada rincón, en cada susurro, en cada puerta que se cerraba antes de tiempo, se sentía lo mismo:

Esto no iba a detenerse.

No hasta que todo, absolutamente todo, cayera.

En su despacho, Lady Black, sentada en su escritorio, miraba sin leer una nota, sin prestar demasiada atención a su alrededor, totalmente sumergida en sus pensamientos.

Las cortinas de terciopelo rojo estaban corridas, pero la luz del día se filtraba igual, insistente, revelando lo que la noche solía disimular: el polvo en los bordes, el desgaste en los brazos del sillón, la sombra violácea bajo los ojos de Lady Black. El kohl se había corrido apenas, dejando un rastro oscuro que acentuaba la dureza de su mirada.

No se había cambiado de ropa desde ayer, cuando le informaron que El Corsé Roto había desaparecido para siempre y había tomado una copa de vino para celebrar. Había reído y bailado a solas al imaginar la desesperación de Sebastien, anticipando su triunfo en esta guerra.

Sí, él había recuperado a Grace, pero ahora ella le había arrebatado a su principal negocio y fuente de ingresos. De ésta él no se iba a recuperar fácilmente. Además, sabía lo apegado que estaba a su personal. Si en el incendio habían muerto cinco o diez…

Pero luego alguien vino informando que no murió ni una sola persona. Que habían logrado salir bastante ilesos, que incluso rescataron el vino, documentos, y hasta vestidos.

¡Ni siquiera perdieron los vestidos con los que las putas se vestían! ¿Qué clase de victoria era esta?

Estaba tan furiosa que le dio un golpe al mensajero, y ordenó ejecutar a las personas que iniciaron el incendio por su incompetencia.

No había dormido por la misma ira, pendiente de una noticia más, algo que le dijera que Sebastien había acusado el golpe, pero nada.

Estaba cansada, había pasado toda la noche bebiendo y fumando, y aun así, se mantenía erguida, inmóvil tras su escritorio, como si la sola postura pudiera sostener lo que empezaba a resquebrajarse.

El primer mensajero llegó antes del mediodía.

—Han clausurado la casa de Avon Street —dijo. Lady Black no alzó la voz, no preguntó cómo.

—¿Quién?

—Hombres del mismísimo duque de Ravenshire. Con orden firmada —. Lady Black guardó un breve silencio, analizando.

—¿Y Wallace? —preguntó luego.

Wallace era quien administraba esa casa. Preciso, discreto, eficiente.

—Arrestado—. Ella asintió, apenas.

Casi al tiempo, llegó un segundo mensajero, jadeando.

—Los almacenes del muelle este… han sido registrados —dijo—. Se llevaron los libros, el dinero, todo.

—¿Y Clarke? ¿Dónde está?

—No estaba. Dicen que… que huyó—. Un destello de desprecio cruzó su mirada. Cobarde, se dijo, obviando el tema del opio que allí se guardaba. En estos tiempos, tener opio en esas cantidades te llevaba directo a la horca, y Clarke, el encargado, lo sabía. Huir era lo menos que podía hacer.

—No —dijo con una media sonrisa—. Clarke no huye. Clarke se esconde seguramente con una buena parte de mi mercancía… o ya está muerto.

No había emoción en su voz, sólo cálculo.

Un tercer mensajero no esperó a ser anunciado. Entró sin permiso, con la cara pálida.

—Interceptaron un carruaje en la salida norte—. Eso la hizo alzar la vista.

—¿Y? —El hombre dudó. Tragó saliva.

—Había… niñas dentro.

Lady Black se quedó con la boca entreabierta, tal como un pez que lucha por respirar fuera del agua.

Ese cargamento era importante, iba destinado a alguien con quien no se podía jugar.

—¿Quién conducía?

—Parker.

—¿Y dónde está ese imbécil?

—Bueno… lo arrestaron.

—¡Maldición! —gritó Lady Black, alterándose al fin.

¿Pero qué era esto?, se preguntó. ¿Cómo podía todo caerse pieza a pieza, en el mismo día, en el mismo instante?

Podía soportar un golpe. Dos, eran aceptables. Pero no estos, uno detrás del otro, tan certeros, tan peligrosos.

Ahora no tenía su distribución de sustancias, una importante mercancía había sido interceptada y personajes peligrosos vendrían, sin duda, a cobrar deudas.

—¿Hay manera de liberar a Parker?

—Me temo que no. Lo colgarán hoy mismo—. Ni juicio, ni negociación, pensó Lady Black. No le estaban dando tregua.

Respiró profundo una vez, dos veces. Velozmente, intentó calcular las pérdidas, y cuánto tiempo le tomaría recuperarse de ellas. Su poder y alcance eran demasiado extensos como para caer sólo por esto, se recordó.

—Que retiren a los hombres de las rutas secundarias —ordenó—. No quiero más pérdidas innecesarias.

—Señora… —el hombre vaciló—. Ya no hay hombres suficientes—. Eso sí la hizo mirarlo de verdad, y en esa mirada, por primera vez, apareció algo más.

Algo que no era ira, sino incredulidad.

El cuarto mensajero llegó con sangre en la ropa.

—Hemos perdido Green Alley… —dijo, refiriéndose a un almacén donde, ilegalmente, por supuesto, guardaban mercadería de lujo—. Entraron de madrugada. No dejaron a nadie.

—¿Quiénes?

—No lo sé. No eran guardias. No eran soldados. Eran… —No hubo necesidad de completar la frase. Era obvio.

Habían sido hombres de Sebastien.

Preguntó por cada uno de los encargados, uno a uno, con la paciencia de quien espera que, en algún punto, la respuesta cambie.

No lo hizo.

Todos estaban muertos, detenidos… o simplemente habían desaparecido.

Era demasiado preciso.

No parecía una red cayendo por casualidad, ni una serie de golpes aislados. Era otra cosa. Más frío, calculado con extrema precisión.

Como si alguien tuviera una lista exacta de sus negocios… y hubiera ido tachando nombres, lugares y personas con una pulcritud escalofriante.

Entonces pensó en René.

Desde su desaparición, el día anterior, todo había empezado a desmoronarse.

No, no… se dijo de inmediato, negándolo con una leve sacudida de cabeza.

Él no puede haberme traicionado.

Lo trataba bien. Nunca lo tocó. Nunca lo degradó más allá de lo necesario para mantener el orden. René no tenía motivos para odiarla.

A Sebastien lo entendía. Lo suyo era personal, antiguo, inevitable.

Pero René…

No, él de ninguna manera le haría daño.

Y, sin embargo, seguía sin aparecer, y, como por arte de magia, su enemigo ahora poseía información demasiado precisa. Demasiado íntima.

Tragó saliva.

El gesto fue pequeño, casi imperceptible, pero le raspó la garganta como si hubiese ingerido arena.

Se levantó del sillón y caminó hasta la ventana.

Bath seguía allí. Hermosa. Ordenada. Intacta.

Y tan condenadamente indiferente.

La gente caminaba, los carruajes pasaban, las campanas sonaban a lo lejos. La vida continuaba, como si nada estuviera ocurriendo… como si su mundo no se estuviera viniendo abajo en ese mismo instante.

Desde que había llegado allí, buscando a Sebastien, había tejido su red con paciencia. Hilo a hilo, rincón por rincón, sin dejar espacio que no estuviera bajo su control.

Había convertido la ciudad en su territorio, en su tablero de juego. Y ahora… ya no lo era. Así, tan simple.

Y esa grieta, esa mínima pérdida de control, se acercaba demasiado a algo que nunca había permitido siquiera nombrar.

La derrota.

Apretó los labios.

¿Qué debía hacer? ¿Huir? ¿Dejarlo todo atrás y correr, como tantos otros antes que ella? ¿Empezar de nuevo en otra ciudad, con otro nombre, con otra red?

No.

Lady Black no era un nombre que pudiera abandonarse. Significaba poder, dominio y control.

Sin eso, ella… no era nada. No era nadie. Sólo una mujer envejecida, consumida por sus propias ansias, codiciosa… y solitaria.

Cerró los ojos un instante.

Todavía podía levantarse, se repitió. Todavía le quedaba algo. Y mientras quede algo… no ha perdido.

Un carruaje se detuvo frente a la casa, pero no era uno de los suyos. No reconoció los colores.

Eso bastó para tensar cada músculo de su cuerpo.

Uno de sus hombres fue a atender la puerta y regresó con una caja de madera en las manos. Antes siquiera de dejarla en el suelo, el olor llegó.

Nauseabundo, denso. Metálico.

Todos se taparon la nariz y se apartaron casi por instinto. Nadie fingió ignorancia. Todos lo reconocieron al instante.

Era sangre.

Nadie se movió, ni siquiera ella.

Por una vez, no supo qué hacer. Se quedó mirando la caja durante un largo segundo, preguntándose qué clase de pesadilla encontraría dentro.

Una cabeza, pensó. Allí debía haber una cabeza humana. La de alguien importante para ella.

Y entonces, el nombre apareció.

¿René?

Si era él… se lo habría buscado. Tras traicionarla, la muerte era lo menos que merecía. Sebastien, en ese caso, le habría hecho un favor.

Con ese pensamiento, se acercó. Levantó la tapa lentamente, y luego…

No gritó, pero dejó caer la madera al instante y retrocedió dos pasos.

Definitivamente, no era René.

Reconoció muy bien ese rostro, que la miraba cos ojos abiertos, opacos. La boca torcida en una expresión que ya no pertenecía a este mundo.

El magistrado.

Tenía la piel cenicienta. La sangre seca en el cuello, marcada por un corte limpio. Y, entre los ojos, el orificio oscuro por donde había entrado la bala que le había segado la vida.

Lady Black sintió que todo a su alrededor se volvía negro, pero se sostuvo. No se permitió caer.

No alcanzaba siquiera a dimensionar lo que significaba que un aliado como aquel hubiera sido eliminado de esa manera.

De todas las noticias del día, aquella era la peor.

Respiró hondo una, dos veces. Contuvo, con un esfuerzo casi violento, las ganas de vomitar. Y volvió a acercarse.

Dentro de la caja, doblado con cuidado, había un papel.

Lo tomó, y, lentamente, lo desplegó.

La tinta era firme. Sin adornos.

"La siguiente eres tú".

Nada más.

Dejó caer la nota sintiendo que un frío le recorrió el cuerpo entero y, por primera vez desde que había comenzado esta guerra, sintió miedo.

Caminó como pudo hasta el escritorio y se apoyó en él con ambas manos. Respiraba con dificultad, tragando para no vomitar, apretando los dientes para no llorar.

—Saquen eso de aquí —susurró.

Sus hombres obedecieron de inmediato y, al verla al borde del colapso, abandonaron el despacho en silencio.

Todos, sin excepción, comprendieron el significado de aquel gesto de Sebastien Chevalier.

El imperio de Lady Black había caído.

Ella había perdido.

En un solo día, su red de apoyo, sus rutas, su gente de confianza, aliados y secuaces… todo había sido destruido, dispersado o eliminado.

Siempre supieron que Sebastien no temía ensuciarse las manos de sangre, pero ahora entendían algo más. También tenía la voluntad, el respaldo y el poder para hacer este tipo de cosas.

Siempre creyeron que era un beneficiario, un hombre que vivía de las sobras que Lady Black le permitía tomar.

Ahora veían la verdad.

Ella había prosperado sólo porque él nunca se había propuesto derribarla.

Hasta ahora.

Y todo por un error. Un pequeño e insignificante error.

Había tocado lo único que él valoraba en este mundo. Su mujer.

Estúpida mujer llena de sentimientos, pensaron algunos mientras abandonaban el lugar, huyendo como ratas de un barco que se hunde. No supo proteger lo verdaderamente importante, y sus ridículos anhelos románticos lo destruyeron todo.

Dentro del despacho, una lágrima rodó por la mejilla de Lady Black. Eso que acababa de ver, ese pequeño regalo que Sebastien le acababa de hacer, lo cambiaba todo, y de una manera aplastante.

No era la sangre, ni el rostro del magistrado. Era lo que significaba.

Lady Black apretó las manos en dos puños, mirando la mancha que la caja había dejado sobre su alfombra, todavía llena de asco.

Un magistrado no caía así, al menos, no en Bath.

No caía sin ruido, sin escándalo, sin consecuencias inmediatas. Era una persona demasiado importante, no desaparecería de este modo sin que la ciudad entera temblara.

Y, sin embargo… ahí estaba. Cortado. Expuesto. Silenciado para siempre, y con él, todo lo que la protegía.

Sintió cómo esa certeza se asentaba en su mente, lenta, implacable, como una gota que perfora piedra.

No le quedaban intermediarios, todos sus escudos habían sido aniquilados. No le quedaban nombres detrás de los cuales ocultarse.

Sebastien no estaba atacando sus negocios, no. La estaba desnudando, arrancándole, uno por uno, todos los velos que la hacían intocable.

Y lo estaba haciendo en público, para que todos lo vieran, para que nadie dudara de sus intenciones y el alcance de su poder y su ira.

Apretó los dientes.

Quiso pensar que todavía podía contraatacar, que todavía podía reorganizarse, reagrupar a los pocos que quedaban, golpear donde menos lo esperaran…

Pero la idea no terminó de formarse, se deshizo antes de consolidarse. Porque, por primera vez en muchos años, no sabía desde dónde empezar. No sabía en quién confiar, ni qué quedaba en pie.

Más que miedo, ahora tenía seguridad. Una claridad demasiado cruel que le mostraba cuán fuerte había sido su enemigo todo el tiempo, y ella, al ignorarlo, había caído sin posibilidad de recuperación.

Su alma se retorció. La derrota dolía, era difícil de aceptar. No había vivido todos estos años al filo del peligro sólo para esto. No. No. No.

Tenía que hacer algo, lo que sea.

Quiso llamar a René para que preparara un carruaje, pero René ya no estaba.

Llamó a otro, pero nadie respondió.

Un carruaje. Sólo necesitaba un maldito carruaje.

¿Cómo era posible que la reina del hampa, la mismísima Lady Black, no tuviera a nadie que le preparara uno?

Salió del despacho y llamó a voces.

Le costó encontrar a alguien, pues el edificio, de repente, estaba vacío.

Tenía que huir. Tenía que salir de Bath.

Recompondría sus piezas y empezaría de nuevo en otro lugar. Por ahora, lo único importante era salvar la vida.

No estaba huyendo, no, se repitió. Esto era una retirada estratégica, un repliegue. Una pausa antes del golpe final.

Porque si algo tenía claro era que, mientras su imperio ardía, mientras sus piezas caían, mientras su nombre empezaba a pudrirse en las bocas de la ciudad…

Esto no terminaría aquí.

Al menos, no para ella.

37

Sebastien bajó del carruaje junto a Jacob sintiéndose cansado, pero con un último deber por cumplir: ver a Grace.

Era tarde. Probablemente la encontraría dormida otra vez.

El día había sido largo, brutal, y no sólo no había tenido tiempo de pasar por casa de Jacob, apenas había comido. En El Salón de los Ases, Jim prácticamente lo obligó a llevarse algo a la boca, y luego se dio un baño rápido, más por costumbre que por necesidad. Dudaba que Grace notara la diferencia.

No importaba.

Dormiría después.

No era la primera vez que encadenaba noches en vela, durmiendo a ratos, mal, en un sillón o donde cayera.

Siguió a Jacob dentro de la casa. El otro tampoco estaba mejor: se movía con ese cansancio seco de quien lleva demasiadas horas sin detenerse, pero sin decir una palabra al respecto.

Al llegar al pie de las escaleras, Jacob alzó la mano y señaló hacia arriba.

—Debes estar cansado —dijo—. Hablamos mañana. Ya sabes dónde está la habitación de Grace.

Sebastien ya había apoyado el pie en el primer escalón, pero se detuvo.

Se giró apenas, mirándolo.

¿Le estaba… diciendo que se quedara?

Por si había entendido mal, negó con una leve sonrisa.

—Sólo pasaré a verla. Luego vuelvo al Salón de los Ases.

—¿Volver? —Jacob frunció el ceño—. ¿Para qué?

—A dormir —respondió, como si fuera lo más obvio del mundo—. No tengo casa ahora mismo.

Jacob lo miró un segundo más de la cuenta, como si no terminara de procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Y por qué dormirías en otro lado? —dijo al fin—. ¿No está aquí tu mujer?

Sebastien abrió la boca, pero no dijo nada.

Ah.

Así que no había sido un malentendido. Jacob esperaba que se quedara. La idea le resultó… extraña.

Nunca había sido invitado a quedarse en casa de nadie. Ni siquiera cuando Nathaniel estaba soltero aquello se había repetido más de una vez.

Se encontró asintiendo, casi sin pensarlo.

—Gracias.

La palabra salió más cargada de lo que pretendía.

Jacob hizo una mueca leve, como si algo le hubiera rozado sin gustarle del todo.

—Qué raro eres —dijo, estremeciéndose como si algo le hubiese provocado un escalofrío—. Sube de una vez.

Le dio la espalda sin esperar respuesta y se encaminó hacia su habitación.

Sebastien lo vio irse por un segundo.

Luego sonrió, apenas, y negó con la cabeza antes de subir las escaleras.

Sebastien abrió la puerta con cuidado, procurando no hacer ruido.

La habitación estaba en penumbra, apenas iluminada por la luz tenue de la chimenea. Todo parecía en calma. Por un instante, se permitió pensar que ella dormía, que al menos esa noche el cuerpo le había dado tregua.

Cerró la puerta con suavidad y avanzó despacio, casi sin respirar.

Fue entonces cuando la vio moverse.

Un gesto leve. Apenas un cambio en la respiración.

Grace abrió los ojos con esfuerzo, como si le costara mantenerse en la superficie, y lo buscó sin girar del todo la cabeza.

—Sebastien… —murmuró, apenas un hilo de voz.

Él se detuvo.

No hizo falta nada más.

Se acercó a la cama sin prisa, pero sin vacilar, y se sentó a su lado. Por un momento, sólo la miró. Su rostro seguía pálido, el cabello desordenado sobre la almohada, la piel aún demasiado caliente.

—Deberías estar durmiendo —dijo en voz baja, más cerca de un susurro que de una reprensión.

Grace negó apenas, con una lentitud que delataba el cansancio.

—No podía… —admitió, y dejó escapar un suspiro—. Pero ahora sí, porque estás aquí.

Extendió la mano.

No fue un gesto decidido, ni fuerte. Apenas levantó los dedos, como si el peso le costara, pero suficiente.

Sebastien la tomó de inmediato.

El contacto fue simple, pero bastó.

Grace cerró los ojos un instante, como si ese pequeño gesto acomodara algo dentro de ella, y entonces tiró suavemente de su mano.

No tuvo que pedirlo.

Sebastien se inclinó, se quitó las botas sin apartarse demasiado y se recostó junto a ella, con cuidado de no hacerle daño. Apenas estuvo a su lado, ella se acercó por sí sola, lenta, buscando su pecho como si lo conociera de memoria.

Se acomodó contra él con un suspiro largo, profundo, que parecía salirle desde muy adentro.

Sebastien la rodeó con un brazo, atrayéndola con suave firmeza, y apoyó la barbilla sobre su cabeza.

Por un momento, ninguno dijo nada. Sólo respiraron.

—¿Te has sentido mejor? —preguntó él con voz suave, y ella asintió.

—Olive es una muy buena cuidadora —dijo con voz sonriente—. No me ha dejado sola ni un instante.

—Qué bueno. ¿Te duele mucho? —ella negó con un breve sonido.

—Ya no. Ha pasado lo peor, supongo—. Bostezó largamente, estirándose como una gata y poco a poco, se fue acomodando mejor contra él, deslizando una pierna sobre la suya, buscando más contacto, más cercanía, como si quisiera asegurarse de que era real.

—Y tú… parece que tuviste un día largo—. Él sonrió.

—Pero ya llegó a su fin —susurró—. Ya terminó.

—Me alegra que estés aquí —dijo—. Te he echado mucho de menos —. Él no dijo nada.

También la había echado mucho de menos. También había estado preocupado, y la preocupación se mezclaba con furia cada vez que recordaba el origen de sus males.

Su mano subió hasta su cabello, apartándolo con cuidado de su rostro, deteniéndose un segundo en su sien.

Grace respiró hondo, como si ese gesto la calmara más que cualquier medicina.

Quiso decir algo más. Se notó en la forma en que movió apenas los labios, en cómo sus dedos se tensaron sobre la tela de su camisa.

Pero no lo hizo.

Sebastien tampoco.

Había demasiadas cosas. Demasiado que contar, que explicar, que entender, pero no era el momento.

Su pulgar empezó a dibujar pequeños círculos en su brazo, distraído, constante. Sintió cómo la respiración de Grace empezaba a acompasarse poco a poco, perdiendo esa irregularidad ansiosa que había traído consigo.

—Descansa —susurró, apenas.

Ella asintió contra su pecho, sin moverse.

—Mañana… —murmuró, con voz ya vencida por el sueño.

—Mañana —repitió él.

El silencio volvió, pero no era un silencio vacío, sino cálido, seguro.

El cuerpo de Grace terminó de aflojarse entre sus brazos, y su respiración se volvió profunda, estable. Sebastien la sostuvo un poco más, atento, como si temiera que algo pudiera arrebatársela incluso allí.

Pero nada pasó.

Por primera vez en todo el día, no había gritos, ni fuego, ni sangre.

Sólo ella.

Y ese pequeño espacio de calma que, contra todo pronóstico, habían conseguido arrancarle al mundo.

Sebastien cerró los ojos.

Y, sin darse cuenta, se permitió descansar también.

A la mañana siguiente, abrió los ojos sin saber cuánto tiempo había pasado, y dándose cuenta de que la luz entraba a raudales en la habitación, clara, alta, no las sombras tímidas del amanecer. No hizo falta más para entenderlo.

Había dormido mucho. No unas horas sueltas, o un descanso interrumpido como solía ser. Había dormido de verdad.

Parpadeó, todavía un poco desorientado, y entonces notó el espacio vacío a su lado.

Se incorporó apenas, mirando la cama, las sábanas desordenadas, el lugar donde ella había estado… pero ya no.

Y, sin embargo, no sintió alarma.

La habitación no tenía nada de urgencia. No había caos, ni señales de prisa. Todo estaba en su sitio.

Se pasó una mano por el rostro, respiró hondo, y por primera vez en días, su cuerpo no respondió con tensión inmediata. Se sentía relajado, como hacía tiempo no experimentaba, y no pudo menos que admirarse. Una sola noche de sueño abrazado a Grace le había devuelto la vitalidad.

Se levantó, se vistió sin apuro, otro lujo extraño, y al abrir la puerta, un criado que pasaba por el pasillo se detuvo de inmediato.

—Buenos días, señor —dijo con una leve inclinación—. El desayuno está servido.

Sebastien asintió, todavía acostumbrándose a esa extraña sensación. Bajó las escaleras y encontró a Grace antes de llegar al comedor. Estaba de pie, junto a una ventana, vestida, peinada con sencillez, pero erguida.

Al parecer, ella también se sentía mucho mejor, y eso le llenó el corazón de alivio.

Ella giró apenas la cabeza al sentirlo, y cuando sus miradas se encontraron, sonrió. No era una sonrisa amplia, ni despreocupada, pero transmitía mil mensajes, todos de alegría.

Sebastien se acercó sin decir nada y, al llegar a su lado, le tomó el rostro entre las manos y la besó.

Así, sin más.

Un gesto natural, inmediato.

Grace se tensó apenas por la sorpresa, más por el lugar que por el gesto, y cuando él se apartó, lo miró con un leve rubor en las mejillas.

—Sebastien… —murmuró, bajando la voz—. Estamos… —No terminó la frase.

Él alzó apenas una ceja, como si no entendiera el problema.

Fue entonces cuando Grace miró alrededor.

Nadie parecía escandalizado.

Nadie apartó la vista con incomodidad, ni fingió no haber visto nada. Los sirvientes continuaban con su labor como si aquello fuera lo más normal del mundo.

Y, al otro lado del comedor, Jacob hizo exactamente lo mismo que acababa de hacer Sebastien: Se inclinó hacia Olive, le dijo algo en voz baja, y la besó con la misma naturalidad. Sin ceremonias, pero

tampoco como si estuvieran haciendo algo malo y necesitaran esconderse.

Grace parpadeó, sorprendida.

Ah, comprendió. Así funcionaban las cosas aquí.

No pudo evitar una pequeña sonrisa.

Sebastien, que había seguido su mirada, comprendió al instante y soltó una leve exhalación divertida.

—Ven —dijo, guiándola hacia la mesa.

El desayuno estaba dispuesto con precisión: vajilla impecable, comida caliente, todo en su lugar. La casa de Jacob funcionaba como un mecanismo bien ajustado, silencioso, eficiente.

Sebastien lo notó.

No sólo la limpieza o el orden. Era la sensación de estabilidad. De estructura. De algo que se mantenía en pie sin esfuerzo visible.

Y, por un instante, algo se le clavó en el pecho.

Quería eso. No el lujo, ni la ostentación, eso era relativamente fácil de conseguir, al menos, para él.

Lo que quería era este espacio seguro para Grace. Para los dos.

Un lugar íntimo, propio, tranquilo. Unas paredes que ella pudiera decorar a gusto, cortinas que ella pudiera elegir cambiar. Que la gente alrededor la protegiera, escuchara y respetara, y que sus hijos sintieran la misma seguridad que él al volver a casa.

Era algo que venía deseando desde hacía tiempo.

Se sentaron a la mesa y empezaron a desayunar. Ni Jacob ni Sebastien mencionaron nada de lo ocurrido el día anterior. Las muertes, detenciones ni los escándalos. Todo eso estaba fuera de las conversaciones.

Por un momento, el mundo exterior dejó de existir.

Después del desayuno, se dirigieron a El Salón de los Ases.

Grace se quedó en casa con Olive, a pesar de una leve resistencia que Sebastien no pasó por alto, pero que aceptó al ver su estado aún frágil. No era momento de arrastrarla de nuevo al caos.

Subió con Jacob, y cuando el carruaje se puso en marcha, el silencio entre ellos se instaló sin incomodidad.

—Tu casa estará lista pronto —dijo Jacob como si contestara alguna pregunta que Sebastien no alcanzó a formular. Sorprendido, lo miró preguntándose si acaso le había leído el pensamiento—. Si mis cálculos no están mal, al maestro de obras le tomará a lo sumo un mes dejarla lista para ser habitada.

Habían tenido esta conversación antes. Sebastien le había pedido ayuda para encontrar una casa grande y bonita. Luego de ver sólo un par, Sebastien se decidió por una situada sobre una verde colina, rodeada de hermosos prados, aunque con un jardín que necesitaba atención, y algunas mejoras internas para modernizarla.

Grace no sabía nada de esto, y luego habían pasado demasiadas cosas para tocar el tema.

Sebastien soltó una breve exhalación por la nariz.

—Un mes —murmuró, y fue como si dijera "un siglo".

Jacob sonrió comprendiéndolo, y sabía que, aunque le ofreciera su casa para pasar allí ese tiempo, él se negaría.

Bueno, eso también lo entendía. Una pareja necesitaba privacidad.

—Puedo buscar algo temporal —dijo. Sebastien giró la cabeza, mirándolo y Jacob se encogió apenas de hombros—. Una posada. O una casa en alquiler. Algo listo para habitar.

Era exactamente lo que estaba pensando.

Asintió.

—Parece que mis deudas sólo aumentan, pero…

—Ni lo menciones. No es nada—. Sebastien asintió, sonriendo internamente.

Cambiaron de tema rápidamente, ocupándose de lo que había que hacer ese día.

Cuando llegaron al Salón de los Ases, la calma se rompió. Uno de sus hombres se acercó de inmediato.

—Ella ha huido.

Sebastien no necesitó que especificara. Obviamente, hablaba de Lady Black.

Asintió apenas, como si aquello ya estuviera contemplado.

—¿Rutas?

—Cerradas en su mayoría. Pero no ha salido por los caminos principales.

Sebastien apretó la mandíbula un segundo.

Bien. Eso la hacía más predecible. Más acorralada.

—Mantengan la vigilancia —ordenó—. Nadie baja la guardia.

El hombre asintió y se retiró.

Sebastien se quedó un momento en la entrada, observando el movimiento del lugar, escuchando el murmullo constante de su gente.

Habían ganado la batalla, pero no la guerra. No hasta que esa perra estuviera encerrada.

Era ya de noche, y el frío del muelle se colaba entre las capas de tela como si buscara morder la piel, aun así, Lady Black no se detuvo.

Avanzó con paso firme sobre las tablas húmedas, envuelta en negro de pies a cabeza, con el abrigo pesado cerrándose sobre su cuerpo como una armadura. El viento arrastraba olor a sal, a madera vieja… y a despedidas.

El barco la esperaba.

No era suyo. No era parte de su red, sino el pago de un favor, y zarpaba de noche precisamente porque era lo que ella necesitaba: la protección de la oscuridad.

Un hombre que aún le debía lo suficiente como para no negarse le había conseguido un pasaje discreto, sin preguntas, rumbo a un

destino que ni siquiera había terminado de decidir.

Perfecto.

O lo habría sido.

Se detuvo antes de subir notando algo extraño alrededor.

No fue nada evidente, como una mirada, o un gesto brusco, ni una reacción instintiva. Sólo… una pausa. Un leve cambio en su respiración.

Miró alrededor sin mover la cabeza y de repente sintió que había demasiada quietud, demasiados hombres sin hacer nada.

Un par de figuras apoyadas contra unas cajas, fingiendo una conversación que no avanzaba. Otro, más allá, con las manos en los bolsillos, observando sin observar.

No eran torpes, ni fáciles de identificar, pero ella tampoco era tonta. Había jugado este juego de esconderse y vigilar los alrededores toda su vida.

No eran hombres de Sebastien, eso lo supo de inmediato. Este no era su estilo, él no vigilaba, él irrumpía como un jabalí enfurecido.

Pero sus aliados… El duque, el conde, Radcliffe y Smith…

Conocía, más o menos, a los hombres de Sebastien, pero los de esos otros no tenía manera de identificarlos, podían estar en cualquier parte, podían tener inundado el muelle sin ella saberlo.

Si ella estuviera en su lugar, pensó, sería lo que haría.

Mierda, habían cerrado la ciudad. La estaban esperando, y ella, si abordaba ese barco, caería en una trampa.

Sintió algo frío asentarse en su pecho. No era miedo exactamente, sino reconocimiento. Ah, otra vez, los había subestimado. A todos.

Apretó los dedos dentro de los guantes comprendiendo que ese barco ya no era una salida, sino un viaje directo al infierno. Subir sería desaparecer… pero no como ella quería.

Retrocedió un paso, luego otro. Sin prisa. Sin llamar la atención. Como si hubiera cambiado de opinión por algo trivial.

Nadie la detuvo, nadie se movió, pero las miradas sobre la mujer de negro eran demasiado evidentes.

Ninguno de estos hombres la conocía personalmente, se recordó. Debían tener sólo una descripción, y su atuendo era el principal a reconocer. Afortunadamente, ya era invierno, no era la única vestida de negro, y pudo retroceder.

Lady Black giró sobre sí misma y se alejó del muelle con el mismo paso firme con el que había llegado. No miró atrás hasta que estuvo lo suficientemente lejos.

Entonces sí, se detuvo en la sombra de un almacén, protegida por la distancia y la penumbra, y volvió la vista.

El movimiento empezó unos minutos después.

Primero, confusión. Pasajeros bajando apresurados, algunos protestando, otros cargando pertenencias a toda prisa. Marineros dando órdenes secas, sin explicaciones.

No parecía que hubiera ocurrido un accidente, o el barco tuviera un problema, definitivamente la estaban buscando.

Pero por supuesto, pensó. Él tenía que asegurarse de tenerla bien localizada, no podían permitirse errores. Buscarían persona por persona en cada rincón, en cada esquina, y luego…

El crujido del fuego hizo que varios alrededor gritaran y buscaran protegerse. Una llama amarilla recorrió la cubierta del barco que ella pretendía abordar, y en segundos, sus velas y cuerdas empezaron a consumirse. El viento avivó las lenguas de fuego acelerando el proceso, y el barco ardió como si hubiera estado esperando ese momento.

Las llamas crecieron, reflejándose en el agua, devorando cada rincón con una violencia limpia, controlada.

Su mirada se quedó sobre las llamas, sintiendo el pecho agitado al ver cómo su esperanza de huida se consumía casi en un instante.

Si hubiera subido… ella estaría muerta ahora mismo. “La siguiente serás tú”, había dicho él, y era evidente que no estaba jugando.

Sonrió apenas al pensar en lo decidido que estaba, y cómo sus amigos de bien parecían estar de acuerdo con su cacería, participando activamente.

Tal vez pensaban que ella era una enfermedad que había que extirpar de la sociedad.

Bueno, no podía ponerse con mentiras ahora, ella lo era.

Volvió a mirar el incendio, reflejado en sus ojos oscuros.

—Bien —murmuró para sí, como si se resignara.

Había buscado una huida limpia, pero al parecer, tendría que ensuciarse las manos otra vez. No era algo nuevo para ella, de todos modos.

Caminó sin prisa por las calles, alejándose del muelle, perdiéndose entre la gente que miraba el incendio, preguntándose qué había sucedido. A pesar de la temporada, el muelle estaba lleno de gente, y eso le había dado una oportunidad.

Se quitó uno de los guantes con los dientes y lo volvió a ajustar, notando cómo el frío se filtraba en sus dedos. Necesitaba desaparecer. No esconderse… desaparecer.

El negro ya no le servía.

Era su sello, pero hoy, había sido también su error.

Giró en una esquina y la vio.

Una mujer joven, sola, cargando una cesta con telas. No era una dama, pero tampoco una mendiga. Algo intermedio. Lo bastante invisible para la ciudad… lo bastante limpia para lo que necesitaba.

Miró su vestido amarillo, de un tono apagado, más cercano al dorado viejo que al sol, pero aun así… amarillo.

Lady Black la observó un instante. Tenían una estatura similar, complexión adecuada. Le servía.

Se acercó con paso tranquilo, como si ambas compartieran destino.

—Perdone —dijo, con una voz distinta, más suave, casi cansada—. ¿Sabe si hay alguna posada cerca?

La mujer se detuvo, sorprendida, pero no alarmada.

—Sí, pero tendrá que girar en la próxima… —Lady Black la escuchó atenta y asintió agradecida. Caminó a su lado como si la conversación continuara sola.

—Qué terrible lo que sucedió con ese barco, ¿verdad? Es una pena.

—Escuché que hay oficiales buscando algo.

—Oh, ¿de verdad? Qué pena que tengan que trabajar con este frío.

Cuando llegaron al callejón, fue la propia Lady Black quien dudó un segundo, como si no estuviera segura del camino.

—¿Era por aquí? —preguntó, deteniéndose.

La mujer miró hacia el callejón que la mujer de negro le señalaba, apenas inclinándose para observar mejor.

Fue suficiente para ella. Con un movimiento rápido y preciso, Lady Black la sujetó desde atrás, cortando cualquier intento de reacción, rodeó su cuello con su brazo, haciendo presión, impidiéndole respirar, y en segundos, todo terminó. Sin gritos. Sin lucha visible. Sin ruido que atrajera miradas.

La sostuvo un instante más, asegurándose, luego la dejó caer con cuidado.

Respiró hondo y miró el vestido. Estaba limpio, sin una gota de sangre.

Bien hecho, se dijo. Eso era lo importante.

Se agachó sin prisa, trabajando con la eficiencia de quien ha hecho esto antes. Despojó a la mujer de la prenda, revisando que no hubiera manchas, que la tela no estuviera dañada.

Perfecto.

Se quitó el abrigo negro primero.

Luego el resto.

El frío mordió su piel por un segundo, pero no le importó. Se deslizó dentro del vestido amarillo con movimientos rápidos, ajustándolo a su cuerpo, alisando las arrugas con las manos.

El cambio fue inmediato. El negro desapareció, y con él, Lady Black.

Se recogió el cabello de otra forma, más simple, más descuidada. Se miró en el reflejo opaco de una ventana cercana.

Era otra mujer. Tal vez debía conseguir agua y lavarse el maquillaje. Ya puestos en estos menesteres, mejor hacer el trabajo completo.

Revisó los bolsillos, pero la chica llevaba muy poco dinero. Menos mal tenía el suyo, y siguiendo las indicaciones que antes le había dado, buscó una posada. Caminó erguida, como solía hacerlo, pero, por primera vez, andaba por las calles de la ciudad sin que su nombre y estatus la precedieran.

Ahora tenía algo que hacer en Bath, y no se iría hasta haberlo conseguido.

38

Era una noche totalmente distinta para Grace y Sebastien.

La casa de Jacob, siempre ordenada y silenciosa, ahora tenía otro pulso: copas que se llenaban y se vaciaban, risas que se escapaban sin permiso, voces que se superponían con una ligereza casi incrédula, como si todos necesitaran comprobar que, efectivamente, seguían vivos.

No era una fiesta como tal. Nadie la había convocado.

Pero ahí estaban.

Olive había hecho servir la cena en el comedor principal, y lo que empezó como una comida tranquila se había ido deshaciendo en algo más suelto, más humano. Georgiana hablaba animadamente con Grace, Nathaniel y Jacob discutían algún detalle logístico que ya no importaba tanto, y Sebastien… Sebastien observaba.

Observaba a Grace.

Sentada, con la espalda recta, el color había vuelto a su rostro. No del todo, no como antes, pero suficiente. Sus manos ya no

temblaban, sostenía la copa con firmeza, y cuando sonreía, y lo hacía a menudo, algo en el pecho de Sebastien se aflojaba apenas.

Habían sobrevivido.

Por ahora.

—Propongo un brindis —dijo Nathaniel, levantando su copa—. Porque, contra todo pronóstico, seguimos aquí.

—Y enteros —añadió Jacob, con media sonrisa.

—Y con escándalo incluido —rio Georgiana—. Bath no olvidará esto en años.

—Que hablen —murmuró Olive—. Mientras no tengan que vivirlo.

Las copas se alzaron.

Sebastien alzó la suya también, pero sus ojos no se apartaron de Grace. Cuando las miradas se encontraron, ella sonrió apenas, como si ese instante fuera solo de ellos, aislado del ruido.

El vino descendió tibio, relajando músculos que llevaban días tensos, aflojando pensamientos que no habían tenido espacio para existir.

Y, por un momento, pareció suficiente.

En ese momento, entró Jim a la estancia, mirando a Sebastien de manera significativa, y éste dejó su copa en la mesa y se puso en pie.

—Ahora vuelvo —dijo, más por cortesía que por necesidad.

En el pasillo, el aire era más frío.

—Habla —ordenó Sebastien en voz baja, y Jim no dio rodeos.

—Han encontrado un cuerpo cerca del muelle. Una mujer a la que le quitaron su ropa—. Sebastien frunció el ceño. Miró a Jim interrogante—. Su complexión, estatura, todo, era similar a la de Lady Black.

—Mierda —murmuró Sebastien, sin necesitar que Jim siguiera hablando—. ¿Qué dicen los del barco?

—Nada, esa mujer no se apareció. No abordó. Por si acaso, se han deshecho de la embarcación, ella no tiene a dónde ir. Sigue en Bath.

—Y ahora ha cambiado su apariencia —añadió Sebastien entre dientes—. Sabe que buscamos a una mujer de negro, por eso robó un vestido—. Jim asintió, compartiendo sus conclusiones.

La mente de Sebastien volvió a ser un hervidero de ideas, justo ahora que pensaba que su pesadilla estaba por terminar.

Palmeó el hombro de Jim. Hubiese querido decirle que fuera a descansar, que bien merecido se lo tenía, pero aún no podían.

—Sigue vigilando. Te prometo que después de esto tendrás vacaciones.

La expresión de Jim apenas si cambió ante esas palabras.

—La encontraremos, señor—. Sebastien asintió, y Jim dio la media vuelta alejándose.

Regresó al comedor con el mismo paso con el que había salido. Pero algo había cambiado. No en él, sino en el aire que lo rodeaba.

Los demás lo sintieron antes de que hablara.

Las risas se apagaron poco a poco, como velas que se consumen.

En pocas palabras, Sebastien les contó lo que Jim acababa de informarle, y lo que eso implicaba.

—Entonces, esa mujer puede estar en cualquier parte —murmuró Georgiana.

—Así es. Su distintivo es el negro, siempre lo usa no importa qué estación del año sea, las circunstancias, nada. Pero si ahora anda por ahí de… no sé, de rosa, nadie la reconocerá.

—Pero tú sí podrías —le dijo Grace mirando a Sebastien. Éste hizo una mueca.

—Sí, yo podría. Pero sólo tengo un par de ojos, y Bath es grande.

—Está sola —dijo Jacob—. Si tiene dinero, no ha de ser mucho. Estará hospedada en alguna posada, sola, y una mujer sola siempre llama la atención. No importa de qué color sea su ropa.

—Sí, eso es verdad —secundó Nathaniel—. Sólo hay que cambiar los parámetros de búsqueda.

Las ideas empezaron a surgir casi de inmediato. Rutas, vigilancias, nombres, lugares donde podría ocultarse. Nathaniel hablaba de cerrar accesos, Jacob de reforzar contactos, Olive de advertir a ciertas familias. Todo encajaba. Todo era lógico.

Pero Sebastien ya no escuchaba del todo.

Había girado la cabeza y su mirada estaba fija en Grace, que ahora mismo, no hablaba, no intervenía, sólo escuchaba en silencio.

No había miedo en su expresión. Tampoco ignorancia. Entendía perfectamente lo que significaba.

Eso era, precisamente, lo que lo inquietaba.

Y en ese momento tomó una decisión.

No dijo nada de inmediato, no interrumpió la conversación, pero algo en su postura cambió. Se volvió más firme. Más preciso.

Cuando finalmente habló, lo hizo con una calma que no admitía discusión.

—Vamos a asumir que intentará un último golpe —dijo—. Y que no será pequeño—. Todos lo miraron—. Así que no vamos a esperar a que ocurra—. Hizo una breve pausa—. Mañana reorganizaremos todo. Refuerzos, rutas, vigilancia. Nadie se mueve solo.

Su mirada volvió, inevitable, a Grace.

—Y nadie queda desprotegido.

No hacía falta decir más, pero en su mente, la imagen ya estaba clara: Grace necesitaría vigilancia constante.

—Puedes quedarte en mi casa el tiempo que necesites, Grace —dijo Olive, y Jacob se mostró de acuerdo con un asentimiento. Grace sonrió agradecida.

—No queremos incomodarlos demasiado.

—No incomodas, querida, y ahora, más que nunca, necesitas un lugar seguro.

—Sabes que en otras circunstancias, me habría negado —dijo Sebastien, mirando fijamente a la pareja que estaba delante de ellos

—. Pero, en esta ocasión, te tomaré la palabra. Rosewood Grove no será fácil de penetrar.

Olive y Jacob se miraron el uno al otro ocultando que en el pasado, ya un enemigo entró una vez, haciendo mucho daño, pero eso fue en otro tiempo, se dijeron. El personal de servicio de la casa no era tan estable como ahora.

Sebastien volvió a salir al día siguiente sin hacer ruido.

Grace apenas lo sintió levantarse. El colchón cedió, el calor a su lado desapareció por un instante, y luego, nada. Cuando abrió los ojos, ya no estaba. No era una ausencia nueva, pero esta vez la comprendía mejor. No se trataba sólo de negocios; era una cacería.

Lady Black seguía viva.

Durante la mañana, la casa de Jacob siguió su ritmo ordenado, casi ajeno al caos que se movía fuera de sus muros. Olive se mantuvo cerca, conversando con ella, vigilando discretamente cómo respondía su cuerpo tras el día anterior. Grace se sentía mucho mejor, pudiendo decir que había pasado la horrible etapa de abstinencia victoriosa.

Compartió de nuevo con su amiga, dio un paseo junto a Olive y Michael por el jardín, siempre custodiadas, y ayudó con algo de trabajo en su despacho privado.

Cuando, en la tarde, Sebastien regresó, la encontró en una sala junto a Olive que vigilaba a su hijo mientras jugaba con pasos vacilante sobre la alfombra.

No anunció su llegada. Simplemente apareció en el umbral del salón, con el abrigo aún puesto, el cabello ligeramente desordenado por el viento y el cansancio marcado en los ojos. Grace lo vio antes de que dijera una sola palabra, y algo en su pecho se aflojó de inmediato.

Él sostuvo su mirada un segundo más de lo necesario, como comprobando que seguía allí, entera.

Luego avanzó.

—Bienvenido —le dijo Olive. Él le agradeció con una cabezada, y tomando a Grace de la mano, se disculpó llevándola a otro salón.

—Necesito darte algo —dijo, sin rodeos.

Sacó un objeto envuelto en tela oscura y lo dejó con cuidado sobre la mesa. Grace lo miró, dudando apenas antes de extender la mano.

Al retirar la tela, contuvo el aliento.

Era un arma pequeña, tanto, que Grace ni siquiera hubiera imaginado que había armas así. El metal opaco reflejó la luz de la habitación en un destello breve.

—Es una pistola de bolsillo —explicó Sebastien, apoyando una mano en el respaldo de la silla frente a ella—. Ligera. Fácil de ocultar.

Grace no la tomó de inmediato.

La observó.

Nunca había sostenido un arma. Nunca había tenido que hacerlo. Su mundo anterior no contemplaba ese tipo de decisiones, ese tipo de peligros… ni ese tipo de respuestas.

Pero ese mundo ya no existía, y, si tenía que elegir, seguía prefiriendo estar aquí, aunque eso implicara cargar un arma de fuego en el bolsillo.

Tomó la pequeña pistola considerando su peso, que era mayor al que había esperado. El frío del metal le recorrió la palma y le subió por el brazo como una advertencia. No le gustó la sensación, pero tampoco la rechazó.

—¿Tengo que usarla? —preguntó en voz baja.

Sebastien no suavizó la respuesta.

—Espero que no —dijo—. Pero si llega el momento… —la miró directo a los ojos— quiero que tengas una oportunidad.

Grace asintió.

No tembló. No apartó la mirada. Sólo apretó un poco más los dedos alrededor del arma, como si con ese gesto sellara algo consigo misma.

—Entonces enséñame —dijo.

Al día siguiente, el aire era frío y limpio.

Jacob había dispuesto un pequeño campo de tiro en las afueras, lo suficientemente apartado para evitar miradas indiscretas. Un par de blancos improvisados, algunos troncos, y espacio abierto. Nada sofisticado, pero suficiente.

Grace sostuvo la pistola con ambas manos, como Sebastien le había indicado.

—No la mires a ella —le dijo él, colocándose detrás, ajustando con suavidad la posición de sus brazos—. Mira el blanco.

Ella asintió, concentrándose.

Respirar. Apuntar. No apresurarse.

El primer disparo la sobresaltó más por el sonido que por el retroceso. Bajó el arma de inmediato, abriendo los ojos con sorpresa, mientras el eco se perdía en la distancia.

Jacob soltó una risa baja.

—Nada mal para alguien que nunca ha disparado —comentó.

—Ni siquiera le dio —replicó Olive, cruzada de brazos, aunque su atención estaba fija en Grace, curiosa.

Grace volvió a levantar el arma, esta vez con menos tensión en los hombros.

El segundo disparo fue más firme.

No acertó al centro, pero el impacto fue claro.

Sebastien no dijo nada, pero asintió con aprobación.

Repitieron el proceso varias veces. Poco a poco, el miedo inicial se transformó en concentración, y luego en algo más parecido a control. No era natural para ella, pero tampoco imposible.

Olive observaba cada movimiento.

—Parece… útil —murmuró, más para sí misma que para los demás.

Jacob giró hacia ella de inmediato.

—Si quieres, puedo conseguirte una —dijo, como si ofreciera un abanico nuevo.

Olive lo miró con incredulidad.

—Jacob —lo reprendió—, las armas no son joyas.

Él sonrió, sin el menor rastro de arrepentimiento.

—No dije que lo fueran —respondió con ligereza—. Pero pueden ser igual de necesarias—. Olive negó con la cabeza, aunque una leve curva apareció en sus labios.

Jacob, por su parte, ya había tomado nota.

Grace, ajena a ese intercambio, volvió a alinear la mira. Esta vez no dudó antes de disparar; el sonido volvió a romper el aire, seco y contundente, y, por primera vez, el impacto dio justo donde debía.

La casa de los Barlow, que durante años había sido un lugar de orden rígido y silencioso decoro, se sentía distinta aquella mañana.

No era el mobiliario, ni las paredes, ni siquiera la tenue luz gris que entraba por las ventanas. Era el aire. Denso. Expectante. Como si algo estuviera a punto de romperse.

Charles Barlow permanecía de pie en el centro del salón, con las manos entrelazadas a la espalda, intentando sostener una compostura que se le deshacía por dentro.

Frente a él, dos hombres.

Uno de ellos, alto, delgado, con el rostro severo y surcado por arrugas profundas: el archidiácono. El otro, más bajo, pero no menos imponente, vestía con la sobriedad propia de quien hablaba en nombre de instancias aún más altas.

No se habían sentado, y tampoco tenían intención de hacerlo.

Beatrice permanecía a un lado, rígida como una estatua, con los dedos crispados sobre un pañuelo. Nixon, unos pasos detrás, miraba en silencio, pálido, como si no terminara de comprender del todo lo que estaba ocurriendo… o como si lo comprendiera demasiado bien.

—Hemos recibido información… detallada —dijo el archidiácono, sin alzar la voz, pero con una claridad que cortaba—. Información que, de ser cierta, y todo indica que lo es, constituye una falta gravísima a su ministerio.

Charles tragó saliva.

—Excelencia, yo…

—No —lo interrumpió el otro hombre, con frialdad—. Usted hablará cuando se le indique.

El silencio que siguió fue pesado.

—Se nos ha informado —continuó el archidiácono— que usted, en su afán por forzar un matrimonio, recurrió a métodos… inaceptables. Que permitió, o participó, en la administración de sustancias peligrosas a su propia hija.

Beatrice cerró los ojos un segundo.

Charles sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

—Eso… eso es una tergiversación —balbuceó—. Mi hija… ella estaba fuera de control. Había caído en manos indignas, en un mundo de pecado. Yo sólo intenté…

—¿Salvarla? —replicó el hombre con un leve matiz de desprecio—. ¿Drogándola? Y no sólo eso —añadió el archidiácono—. El escándalo. Una ceremonia interrumpida. Violencia dentro de una capilla. Testigos. Murmuraciones que ya han comenzado a circular—. Su mirada se endureció—. ¿Es usted consciente de lo que ha hecho?

Charles abrió la boca, pero no encontró palabras.

—Si hubiese actuado con sensatez —prosiguió—, habría cortado lazos con esa hija descarriada en el momento oportuno. Habría protegido su posición, su nombre, su parroquia—. Hizo una pausa—. Pero, no. En lugar de eso, la arrastró de nuevo a su entorno… y provocó un escándalo que ahora salpica a toda la Iglesia.

La palabra quedó suspendida en el aire como una sentencia.

Beatrice llevó una mano a su pecho, respirando con dificultad.

—No… —susurró Charles, negando con la cabeza—. No, yo… yo sólo quise hacer lo correcto. El enemigo… Tal vez Satanás encontró una grieta, y yo… yo fui débil. Pero me arrepiento. Me arrepiento profundamente. Fue una tentación, una obra del diablo…

Y, de pronto, cayó de rodillas. El sonido fue seco contra el suelo.

—Les suplico… —dijo, con la voz quebrada—. Les suplico que no me arrebaten todo. He servido fielmente durante años. He guiado a esta comunidad. He sido un instrumento de la voluntad divina…

El archidiácono lo observó sin moverse, pero no había compasión en su expresión.

—Su edad —dijo finalmente— es lo único que le evita una destitución inmediata y pública.

Charles alzó la cabeza, con una chispa de esperanza, pero esa chispa duró sólo un segundo.

—Pero no continuará aquí. Será trasladado —continuó— a una parroquia en las tierras altas del norte. Una comunidad pequeña. Aislada. Difícil.

El otro hombre añadió, casi con maldad:

—Las montañas de Cumbria. Un pueblo donde apenas llegan recursos, y donde el invierno pone a prueba incluso a los más devotos.

Beatrice dejó escapar un sonido ahogado.

—No… —susurró.

—Además —prosiguió el archidiácono—, usted asumirá el costo total de los daños ocasionados a la capilla.

Charles palideció aún más.

—Eso… eso es imposible…

—Lo hará —dijo el otro—. O se hará público cada detalle de lo ocurrido—. Charles Barlow no se atrevió a decir más, guardando un avergonzado silencio.

—Tiene una semana —concluyó el archidiácono—. El nuevo vicario llegará entonces. Para cuando eso ocurra, usted y su familia no deben seguir aquí.

Charles bajó la cabeza. No quedaba nada que decir, ni nada que alegar. Sus pecados eran tantos y tan graves, que se vio obligado a aceptar el castigo.

—Es una vergüenza —añadió el hombre antes de girarse—. Para esta parroquia. Para nosotros. Para usted mismo—. Dio un paso hacia la puerta, pero al parecer, tenía más que decir: —Nos arrepentimos profundamente de haberlo nombrado.

La puerta principal de la casa se abrió y los hombres salieron. Cuando se cerró, todo adentro estaba en silencio, sólo se escuchaba la respiración entrecortada de Charles Barlow, los quedos sollozos de Beatrice.

Nixon miró a sus padres apretando los dientes. Ellos habían sido la autoridad toda su vida, y ahora resultaba que siempre hubo gente por encima de ellos con todo el poder de aplastarlos.

Ahora tenía dos alternativas: seguirlos a ese pueblo dejado de la mano de Dios y acompañarlos en esta especie de penitencia, o separar la familia aquí mismo, hacer su propia vida aparte y escapar.

Pero no sabía hacer nada, recordó. ¿Cómo se ganaría la vida? Sólo conocía la vida de un reverendo; una manera, a su modo de ver, bastante aceptable de ganar dinero y tener respeto en la sociedad. Ahora, por culpa de su hermana, de sus padres, no podría seguir ese camino.

La habitación de aquella posada era pequeña, casi miserable.

Las paredes, de un color indefinido entre gris y ocre, estaban descascaradas en algunos puntos, y la única ventana dejaba entrar una luz mortecina, filtrada por el humo lejano de la ciudad. El colchón crujía si uno se movía, y el aire olía a humedad y a madera.

Lady Black se encontraba de pie frente al espejo.

No era más que un trozo de vidrio irregular, con bordes opacos y manchas que deformaban la imagen. Aun así, era suficiente.

Se observó en silencio.

El vestido amarillo no le pertenecía. Nunca habría elegido algo así. Demasiado brillante, demasiado expuesto, demasiado… vivo. Le quedaba bien, sí. Su figura seguía siendo esbelta, y sus

movimientos, aunque más lentos, conservaban una elegancia natural. Pero el color le resultaba ajeno, casi ofensivo.

Se llevó una mano al rostro.

Las ojeras no se ocultaban del todo, el maquillaje improvisado apenas lograba disimular el cansancio, y en la comisura de sus labios había una dureza nueva, más marcada.

Nunca imaginó verse así. La verdad era que… nunca imaginó… nada de esto.

Sus labios se curvaron apenas, en una sonrisa sin humor.

El final. Este era el final, y ella jamás pensó en él.

No porque se creyera inmortal, sino porque siempre estuvo demasiado ocupada sobreviviendo, creciendo, dominando. El final era algo que les ocurría a otros. A los débiles. A los descuidados. No a ella.

Bajó la mirada.

Ya no tenía joyas. Ni anillos, ni collares, ni pendientes. Todo había pasado por manos ajenas a cambio de unas cuantas monedas. Oro convertido en días. Días convertidos en nada.

Le quedaban… ¿cuántos? ¿Tres? ¿Cuatro, si racionaba?

Después de eso… Nada.

Sus dedos se tensaron ligeramente.

No. Si este era su final, no podía quedar un "nada". Todavía le quedaba Sebastien.

Su reflejo pareció observarla de vuelta.

Y entonces, como si el silencio la empujara, como si no pudiera evitarlo más, su mente retrocedió. Muy atrás, tan lejos como su infancia.

Recordó el color, siempre había color.

Su madre se vestía como un ave exótica, saturada de telas brillantes, rojos imposibles, verdes chillones, dorados baratos que imitaban riqueza. Pintaba su rostro con manos torpes, dejando

manchas donde debería haber sutileza, y se reía con una voz que a la niña le resultaba insoportable.

La casa siempre olía igual. A sudor, a alcohol, a perfume barato y a algo más… algo agrio que se quedaba pegado en la garganta.

Hombres. Siempre había hombres en casa. Entraban, salían, reían, bebían. Miraban.

Y un día, dejaron de mirarla como a una niña, pero ella sólo tenía once años.

Once años cuando su madre la tomó del brazo y la llevó a una habitación. No hubo explicaciones que importaran. Sólo órdenes. Y después… todo empezó a ser repetitivo.

El dinero que sacaban de sacrificar su cuerpo no compraba comida. No como debía. Compraba más bebida, más telas, más colores. Su madre brillaba más mientras ella se apagaba.

La odiaba tanto.

Odiaba su risa. Sus vestidos. Sus manos. Todo lo que representaba. Odiaba el color. Hasta que un día se hartó de todo, y tomó el cuchillo.

No hubo gritos, ni lágrimas. Fue más un acto limpio, excepto por la sangre que salió a borbotones.

Ah, el color de la sangre no le molestó. Era un color verdadero, pensó.

Rojo. Y por primera vez, ese rojo no le pareció falso.

Antes de que los cadáveres en esa casa empezaran a apestar, huyó de casa. Por fin, libertad. Pero la libertad no era lo que había imaginado.

Las calles no eran mejores que su casa. Eran peores.

Más frías. Más crueles. Más honestas en su miseria.

Vendió lo único que tenía. Su cuerpo. Por pan, por techo, por una noche sin hambre. Aprendió rápido. Más rápido que otras. Observaba. Escuchaba. Calculaba.

Y entonces, él apareció.

Un hombre bien vestido. Demasiado bien para ese entorno. También usaba colores. No tan grotescos como los de su madre, pero lo suficiente para irritarla.

Sin embargo, él la miró diferente mercancía, sino más, como una inversión.

—Podrías ser algo más —le dijo. Y ella, que no creía en promesas, vio oportunidad.

Aceptó, y rápidamente, aprendió el negocio.

No el de la carne. Ese ya lo conocía. Aprendió el verdadero: el de la información, el del miedo, el del dinero que se movía en silencio. Casas, rutas, favores, deudas.

Se volvió indispensable, su mano derecha, su sombra. Y después, hasta la mente maestra. Sin embargo, nunca dejó de odiarlo.

Por los colores. Por el control. Por lo que representaba.

Y un día, como había hecho antes, simplemente, lo eliminó.

No con sus propias manos esta vez. No era necesario. Fue más elegante. Más útil: Lo entregó a las autoridades con todas las pruebas necesarias de sus crímenes. Lo hizo caer. Observó cómo lo juzgaban, cómo lo condenaban, y cómo lo ejecutaban.

Y cuando todo terminó… Ella ocupó su lugar.

El negro llegó después.

No fue una elección estética, realmente. Nunca esperó que fuera su distintivo, su marca personal. Era sólo que odiaba los colores. En cambio, el negro no mentía. No prometía, no adornaba… No distraía.

Y así se convirtió en Lady Black.

Construyó un imperio.

No sólo de cuerpos, sino de rutas, de mercancías, de secretos. Dinero que entraba por todas partes. Oro, joyas, cuentas legales y otras que nadie debía conocer.

Acumuló poder, respeto, sembró y cosechó el miedo, arruinando, o salvando vidas a su paso. Y entonces, cuando se hallaba en la cima, apareció Sebastien Chevalier.

Al principio, sólo fue un capricho. Había visto cientos de hombres hermosos, y de vez en cuando, disfrutaba de sus servicios. Ella era, después de todo, humana. Sebastien la atrajo principalmente por esa belleza casi etérea. Su piel blanca, sus ojos negros, su cuerpo dotado, perfecto.

Pensó que era un hombre más, uno al que le sacaría mucho dinero, uno al que tendría comiendo de su mano en poco tiempo… pero eso nunca sucedió. Sebastien Chevalier tenía una manera extraña de complacerla sin entregarse del todo. Siempre dejaba una parte de su mente y de su alma para él, un lugar al que nadie podía acceder, y ella se encontró deseando cruzar ese umbral.

Empezó así, porque él, a diferencia de los demás, no llevaba máscaras. Era brutal en su claridad. En su ambición. En su forma de moverse en el mundo.

Él tampoco creía en el color. En el fondo, pensó, eran iguales.

Dos criaturas nacidas del mismo barro, que habían aprendido a sobrevivir sin pedir permiso.

Lo quiso. Lo amó profundamente, a su manera. Una forma torcida, posesiva, inevitable. No un amor dulce. No uno de esos que veía en las calles o en los salones. Tal vez no era una historia digna de ser contada, pero era su historia, era su amor.

Sin embargo, pronto quedó claro que él no pensaba ni remotamente parecido. Esa parte a la que ella nunca pudo acceder, era fuerte y decidida, con sus propios planes. Y a pesar de que lo encontró de nuevo y lo ató a una transacción, a un trato donde creyó ganar, él volvió a escaparse de entre sus dedos.

Cuando al fin él se enamoró, cuando al fin él demostró que también tenía un corazón, se lo entregó a otra. A Grace.

Una niña rota, sí. Pero llena de luz y color. Tan así… que para ella fue insoportable.

Mirándose en el espejo, ese que no mentía, no pudo evitar soltar una risa burlona. Se burlaba de sí misma, porque se sentía patética.

Vestida de amarillo, por Dios, en una posada de mala muerte, sintiendo el peso de los años sobre sus huesos.

Bueno… eso iba a terminar. Si había un final, después de todo, ella prefería elegirlo.

El camino terminaba aquí, no? Entonces, que terminara con fuegos artificiales.

Un ruido en la calle llamó su atención, y como había estado pendiente de cada alma que pasara por aquí, discretamente se asomó por la ventana.

Al frente, a unas pocas casas, veía perfectamente las ruinas de El Corsé Roto. Había pasado por aquí antes, y el edificio de cuatro pisos siempre estuvo iluminado, discreto, pero vivo. Ahora estaba ennegrecido, y casi podía ver hilos de humo aún subiendo hacia el cielo. Un cadáver abierto en medio de la ciudad.

Y entonces lo vio.

Sebastien Chevalier bajó de un caballo y se acercó a las ruinas. Su silueta fue inconfundible, ella lo tenía memorizado, y aunque la noche empezaba a caer, ella sabía que era él.

Su corazón se aceleró. ¡Lo vería por última vez!

Sonrió eufórica, y sin pérdida de tiempo, tomó el arma, y salió de la habitación.

39

La mañana había sido hermosa para Grace.

Anoche, luego de un par de días de buen descanso, y sintiéndose mucho mejor, Grace había subido la pierna encima de Sebastien y no lo había dejado ir. Él se mostró preocupado por ella, por su salud, por el ruido, porque eran huéspedes en casa de los Smith, pero

entonces ella se sentó a horcajadas sobre él y todas sus objeciones desaparecieron.

Grace se había inclinado sobre él, besándolo, provocándolo, pero no había mucho que hacer para provocar a Sebastien, que pronto estuvo duro y dispuesto para ella.

Hicieron el amor largamente, un poquito quedo, sin gritos ni muchas risas. Si bien los muros eran gruesos y seguramente el personal de servicio era muy discreto, ambos seguían conscientes de que, bueno, no era su casa.

Y, ¡Dios santo!, pensaba Grace. Qué creativo era ese hombre para las artes amatorias. Qué fuerza tenía para alzarla y sostenerla en posiciones extrañas, y que la hacían sentirse increíblemente bien.

Por ejemplo, habían salido de la cama, y sobre la alfombra, cerca de la chimenea encendida, él había estado en cuclillas con ella sentada en su regazo, mientras la penetraba dulcemente y la sostenía entre sus brazos, la besaba, la adoraba, y le decía "Mi amor".

—¿Por qué no me dices "Mon chérie"? —preguntó ella ya en la madrugada, tomando aire luego de que Sebastien casi la volteara del revés y la volviera a acomodar.

No sabía si lo seguirían haciendo, de modo que reunía energías.

Sebastien frunció el ceño ante la pregunta de Grace.

Era verdad. De un tiempo acá, había dejado de decirle esas frases melosas en francés, y meditó sobre ello.

¿Por qué no lo hacía?

Tal vez le pareció que era más sincero, más real, en el idioma de ella. A nadie, nunca, le había dicho "mi amor". Sólo a Grace.

Y qué dulce se sentía, cuando, en vez de su nombre, él le decía "amor".

Amor, pásame la sal. Amor, qué guapa estás. Voy de salida, amor. Tengo trabajo, amor.

Sebastien sonrió.

—Eres mi amor —le dijo—. Mi único amor. Aunque muera y vuelva a nacer, nunca conoceré ni viviré otro amor como el que siento por ti… —ella le cubrió los labios y lo miró severa.

—No digas esas cosas—. Él se echó a reír.

—¿Eres supersticiosa?

—Claro que no. Pero las palabras tienen poder. No digas cosas como morirse, y eso. No me gusta—. Él le besó la mano con que le cubría la boca, y poco a poco, se puso sobre ella.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué prefieres que te diga? —Grace rio quedamente.

Ah, le dolía todo, ¿pero qué importaba? Así que abrió los muslos dejando que él se acomodara en medio, recibiéndolo encantada, feliz.

—¿Por qué no hiciste esto desde el principio? —le preguntó, y él se detuvo. Grace abrió los ojos, los de él, negros como la noche, la miraban fijamente—. Me tuviste esperando por mucho tiempo —siguió—. ¿No lamentas el tiempo que perdimos? —Sebastien enarcó una ceja, pasando suavemente las manos por el torso de ella, acariciando suavemente sus pezones de coral, su piel blanca y suave, y tan cálida.

—Sí sabes que lo que hacemos puede traer bebés al mundo, ¿verdad?

—Sí, lo sé —respondió ella—. También sé que conoces maneras de evitarlo—. Él apretó los labios.

—No, contigo no podría. Y esos bebés… quiero tenerlos.

Ella lo miró fijamente.

Al sentir su mirada, Sebastien se sentó poco a poco en la cama, y rio pasándose la mano por la cara.

Grace se sentó a su lado, sin cubrirse, como si sólo estuvieran conversando en una banqueta en un parque cualquiera.

La mirada de él había cambiado. Tal vez antes su alma se desnudó demasiado, y aunque ya antes él había abierto esas compuertas

para que ella mirara dentro, todavía, en algunos momentos, era tímido.

Y ella lo adoró por eso.

—Has arruinado mi virtud, señorita Barlow —dijo él, poniéndose una mano sobre su pecho desnudo—. ¿No has pensado en que, si me quedo embarazado, la gente hablará de mí? ¡Suficiente con trabajar en un burdel! —él se secó teatralmente la comisura de los ojos.

Impresionada, Grace abrió un poco los ojos, aguantando la sonrisa.

—Pero, yo respondería por ti y por ese hijo —dijo ella, siguiéndole el juego, aunque le costaba mantener la expresión seria.

—¿Ah, sí? ¿Y nuestro hijo va a crecer entre putas y borrachos? ¡Qué dirán mis amigos! Te odiarían, sí lo sabes, ¿verdad?

—Bueno… Ellos son comprensivos.

—Ellos sólo quieren lo mejor para mí —insistió él, cubriéndose la frente con el dorso de sus dedos, como si estuviera soportando un terrible dolor.

—¿Qué quieres que haga entonces?

—Haz de mí un hombre honesto, y cásate conmigo.

Ahora sí, Grace quedó sin nada qué decir. Lo miró con la boca abierta, con mil palabras atascadas, sorprendida.

Él la miró de reojo.

—Yo te amo —le dijo él, cambiando el tono, tomándole la mano—. Haré de ti la mujer más feliz. Te llevaré a vivir a una casa respetable, formaremos un hogar. Tal vez no sea el mejor, tal vez no sea lo más… —Él se detuvo cuando ella se le echó encima en un apretado abrazo.

—Sí, sí —dijo—. Casémonos. Me casaré contigo mañana mismo. ¿Nos vamos a Gretna Green?

—Tú no piensas en mi reputación —dijo él otra vez con ese tono afectado, pero luego se echó a reír—. No es necesario ir a Gretna Green. Aquí también hay iglesias, y jueces, o notarios, y gente con

autoridad. Eres mayor de edad, cariño, y tus padres ya no pueden impedirlo.

—Ah, yo quería la emoción de escaparnos.

—Ya te escapaste —sonrió él, acariciándole la mejilla, besando sus labios—. Y me encantaste desde ese momento. Cuando descubrí que eres pelirroja… cuando vi el verdadero color de tu alma… Desde ese día estuve fascinado por ti.

—Pues no pareció —se quejó ella, y él la acercó de nuevo a su cuerpo, sentándola sobre él, besándola y provocándola.

—Tenía que disimular. Soy bueno en eso—. Ella metió la mano entre los dos, tomándolo con suavidad, pero firmeza.

—Ya no tienes que volver a hacerlo —le dijo, y él echó la cabeza atrás, gimiendo suavemente, mientras ella lo apretaba en su puño.

Bajó más la mano y con suavidad, acarició sus testículos, mientras lo escuchaba contener un gemido, y la animaba a ir donde quisiera.

Grace se bajó de la cama, de encima de él, y se arrodilló delante. Sebastien la miró expectante, preguntándose qué tan lejos llegaría ella.

Nunca le había enseñado ni guiado hacia las cosas que una mujer podía hacer en la cama. La verdad era que no había tenido tiempo, y, realmente, tenía tanto que hacerle a ese hermoso cuerpo curvilíneo, que casi no se preocupaba por sí mismo.

Su tarea era hacerla llegar al clímax tantas veces como pudiera, tan alto como quisiera, mantenerla en vilo un momento, y luego llevarla de vuelta a la tierra.

Además, en secreto, había pensado que ella ya era bastante desinhibida para ser quien era, para venir de donde venía. Seguramente Grace escuchó toda la vida acerca del pudor y el recato, de todo lo que era pecado, del diablo, y contra Dios.

Por eso nunca presionó, en ningún sentido. Tomaba lo que ella le daba, pero tampoco la frenaba si quería ir más lejos.

Por eso, cuando la vio de rodillas frente a él, mirándolo fijamente como si fuera la primera vez que veía un pene tan de cerca, y

bueno, tal vez lo era, él sólo pudo morderse un labio y esperar.

Lo que hizo ella lo sorprendió totalmente. Como si alguien le hubiese dado clases antes, ella se acercó, y se lo metió a la boca.

Diablos. Esta niña era un demonio.

Sentir su lengua rodeándolo, tanteando, buscando algo, le hizo apretar los dientes y morder un gemido. Luego, ella empezó a succionar con fuerza, repetidamente, imitando los movimientos que había aprendido con él.

Grace estaba encantada. El sabor de Sebastien, su textura, su color. Todo era perfecto. No imaginó que esto le gustara tanto, pero él parecía a punto de irse al otro lado. No la estaba tocando, pero sentía que él la poseía tanto como ella lo estaba poseyendo a él.

Y, ¿dónde había aprendido esto?

Bueno, no se vive entre putas sin aprender un par de cosas. Cuando Nora le contó a Marianne que había venido cierto cliente que sólo quería "mamadas", Marianne le recordó que esos servicios costaban más.

Por supuesto, Grace había preguntado qué era una mamada. Y las chicas, encantadas, le explicaron con lujo de detalle. No sólo qué era, sino cómo se hacía mejor.

Sabía que era para el disfrute de él, pero no imaginó que también a ella le encantaría.

En cierto punto, él la separó, la alzó, la puso sobre la cama, y sin ningún miramiento, ni preámbulo, entró en ella con la furia de una tormenta en el mar.

Ahogó sus gemidos en la almohada mientras empujaba duro dentro de su cuerpo.

Él había perdido totalmente el control, era poco más que un animal ahora mismo, enloquecido, fuera de sí.

Y le gustó verlo así. Lo celebró. Le dijo al oído cuánto lo amaba, que aceptaba casarse con él, que pariría sus hijos.

Sebastien se corrió como nunca antes lo hizo. Parecía que no sólo vaciaba su cuerpo, sino también su alma. Tan feliz, tan aliviado. Era

como si su largo y cansado viaje buscando algo que no sabía qué era, por fin terminara.

Luego de eso durmieron un rato, y al amanecer, él volvió a la carga.

Por eso estuvo feliz toda la mañana. Aunque, cuando despertó, él otra vez ya no estaba a su lado en la cama, la marca que le había dejado en el alma no se borraría en días.

—¡Oh, Adeline, estoy tan feliz por ti! —le dijo Olive a su amiga, y Georgiana, que había llegado con ella, sonreía. Celebraban que Adeline estaba embarazada de su primer hijo.

Primero, habían ido a casa de los Radcliffe, y Georgiana tuvo la idea de venir aquí a celebrar. Después de todo, por las circunstancias, no era seguro que Grace saliera de casa. Jacques se mostró de acuerdo de inmediato, y tomaron el carruaje hasta aquí.

Olive, como excelente anfitriona, de inmediato mandó preparar té y aperitivos. Se reunieron en su sala favorita y rieron celebrando. Jacques, en medio de las cuatro mujeres, no se sintió fuera de lugar; sólo sonreía mirando a su mujer, con la ilusión marcada en sus ojos.

Grace lo observó un momento antes de acercarse.

No era difícil notar cómo toda la atención se concentraba en Adeline. Olive y Georgiana no dejaban de hacer preguntas, de imaginar nombres, de comentar detalles con ese entusiasmo que sólo las buenas noticias despertaban. Adeline, sonrojada, reía, dejándose querer.

Jacques, en cambio, permanecía un poco al margen, aunque su mirada volvía a ella una y otra vez, como si aún le costara creerlo.

Grace se acercó despacio, con una sonrisa suave.

—Felicidades —le dijo—. A ti también.

Jacques apartó la vista de Adeline y la miró, como si le sorprendiera que alguien lo incluyera en la celebración. Luego, sonrió.

—Gracias —respondió—. Aún no me acostumbro a que esto también… me pertenece.

Grace ladeó un poco la cabeza, observándolo con curiosidad.

—¿No lo esperabas?

Jacques dejó escapar una pequeña risa, más pensativa que alegre, y negó con la cabeza.

—No —admitió—. Durante muchos años, mi vida tomó un rumbo muy distinto. Tenía claro cuál era mi lugar, lo que debía hacer, lo que debía ser… —hizo una pausa breve—. Formar una familia no estaba en esos planes.

Grace siguió su mirada un instante, hasta Adeline, que reía ahora con Olive.

—Y sin embargo —dijo con suavidad—, no parece que te pese.

—No —respondió él, con una sinceridad que no necesitó adornos—. Todo lo contrario. Es sólo que… —buscó las palabras— todavía me sorprende. Como si alguien hubiese cambiado el curso de mi vida sin pedirme permiso… y, por una vez, no me molestara.

Grace sonrió.

—A veces, los mejores cambios llegan así.

Jacques asintió, pensativo, y por un momento guardaron silencio, compartiendo esa calma que no exigía más palabras.

Luego, él volvió a mirarla.

—También me alegra verte mejor —le dijo—. Parece que Sebastien te ha cuidado bien.

Grace sonrió y lo miró un momento, percibiendo en sus palabras algo más que una simple cortesía.

—Gracias —respondió—. Y es verdad, me cuida muy bien. Tengo que agradecerte también por tu ayuda en este momento difícil. Supe que nos prestaste tu casa cuando lo necesitamos.

—Por supuesto. No hay nada que agradecer.

—Yo creo que sí. No siempre los hermanos tienden la mano cuando los necesitas, pero tú lo hiciste.

Jacques se quedó inmóvil un segundo, comprendiendo lo que ella quería decir. Los grises ojos de Grace decían “lo sé todo”.

Jacques esquivó su mirada, carraspeando.

—¿Él te lo dijo?

—Sí, pero ahora que estoy un poco más cerca, creo que lo habría adivinado por mí misma—. Él la miró con atención, como si buscara en su rostro alguna señal de broma, pero Grace sólo sostenía su sonrisa tranquila—. Se parecen demasiado —añadió—. En la forma de mirar, en cómo se mueven… incluso en cómo se quedan en silencio. Créeme, si nadie lo dice en voz alta no es porque no lo haya notado, sino por respeto.

Jacques terminó por sonreír, negando con la cabeza.

—Supongo que no soy tan discreto como creía.

—Oh, lo eres —replicó Grace—. Pero hay cosas que no se pueden ocultar.

Él dejó escapar un suspiro leve.

—A mí no me molesta —admitió—. No es algo que quiera negar. Pero Sebastien… —hizo una pausa— tiene otra manera de ver las cosas.

Grace asintió, comprendiendo sin necesidad de más explicaciones.

El silencio que siguió fue distinto. Más serio.

Jacques bajó la voz apenas antes de continuar.

—Hablando de cosas que no se dicen en voz alta… —murmuró—, pensé que debías saberlo. Tus padres… han sido trasladados.

Grace lo miró con atención.

—¿Trasladados?

—A un pueblo remoto —explicó él—. Lejos de aquí. Sin los privilegios que tenían antes. Prácticamente… un exilio.

La sorpresa cruzó el rostro de Grace, aunque no llegó a ser del todo incredulidad. Había algo en esa noticia que encajaba demasiado bien.

—Eso ha sido rápido —murmuró.

Jacques sostuvo su mirada un instante, y en sus labios se dibujó una leve sonrisa, casi imperceptible.

Grace no necesitó más.

Comprendió.

—No se habrían enterado tan pronto… —dijo despacio.

Jacques no respondió de inmediato. Se limitó a encogerse ligeramente de hombros, pero en su expresión había una satisfacción serena, sin culpa.

—Nadie daña a mi cuñada y se queda tan tranquilo —dijo al fin.

Grace no pudo evitar reír por lo bajo.

—Eres… implacable.

—Realista —corrigió él con calma—. Y, si te soy sincero… —añadió, inclinándose apenas hacia ella— estoy considerando dejar caer algunos detalles en ese pueblo. Nada exagerado. Sólo lo suficiente para que… no encuentren allí la paz que no supieron darte.

Grace lo miró unos segundos, en silencio.

Luego, sonrió.

Y en ese instante, con una calidez inesperada, decidió que Jacques sería su cuñado favorito.

—Creo que acabo de decidir que me caes muy bien —dijo.

Jacques soltó una risa breve, genuina.

—Me alegra oírlo —respondió—. Porque, si todo sale como espero… vas a tener que soportarme durante mucho tiempo.

Grace volvió a mirar hacia el centro de la sala, donde Adeline seguía rodeada de risas y preguntas, y sintió algo nuevo asentarse en su pecho.

No sólo tenía un lugar.

Tenía, también… una familia.

Ambrose Henslow supo que algo iba mal incluso antes de abrir la puerta.

La casa estaba en silencio, pero no era un silencio habitual, de esos que acompañan las tardes largas o las noches tranquilas. Era uno denso, pesado, como si el aire mismo se hubiese detenido. Nadie salió a recibirlo, ningún criado acudió al sonido de sus pasos, y eso,

en una casa como la suya, ya era suficiente para tensarle los nervios.

—¿Padre? —llamó, avanzando por el pasillo.

No hubo respuesta.

Subió las escaleras con el ceño fruncido, irritado más que preocupado. Llevaba días soportando miradas, cuchicheos, risas apenas disimuladas a su paso. Desde lo ocurrido en la iglesia, su apellido se había convertido en una burla en boca de todos, y su padre… su padre no había hecho nada para contenerlo. Se había encerrado, había evitado salir, había dejado que todo se pudriera.

Cobarde, pensó con odio.

Le había tocado a él verse con los clientes del pequeño negocio de su padre. No era la gran cosa, pero les daba para vivir, y con esa ganancia había aspirado a casarse con Grace Barlow y presumirla ante sus amigos. Pero uno a uno, todas esas personas dejaron de hacer tratos con él, de comprarle, de venderle, y ni siquiera querían saber de volver a hacer negocios con los Henslow. Una rápida búsqueda le dejó claro que todos estaban conectados de alguna manera con Sebastien Chevalier, o sus amigos poderosos, los Radcliffe y los Smith.

Ni siquiera daban razones, y en sólo unos días todo se vino abajo. No había nada que hacer, su nombre valía menos que estiércol. Ni siquiera podían ir por la calle sin que alguien escupiera a su paso.

El sapo que quiso comer faisán.

El cincuentón que quiso casarse con una hermosa joven, pero esta prefirió un burdel que su nombre.

Y que, en el momento de la verdad, sólo se meó del miedo.

Empezó a circular que entre él y su padre planeaban turnarse a la novia, para hacerla muy infeliz. Pero además le estaban añadiendo mentiras a la historia, como que Edgar y Ambrose acostumbraban meterse con la misma mujer al tiempo. Que la drogaban y hacían fiestas, que entre padre e hijo tampoco había una relación normal.

Ambrose se preguntaba cómo sabían lo primero, lleno de pánico, y de dónde sacaban lo demás. Si esto seguía así, él tampoco podría sobrevivir en Bath. No encontraría esposa, no podría llevar los negocios. Su nombre ya estaba arruinado, pero esto era insano.

Empujó la puerta del estudio sin llamar.

El olor lo golpeó primero.

Amargo. Dulzón. Enfermo.

Ambrose se detuvo en seco, frunciendo la nariz, y entonces lo vio.

Edgar Henslow estaba desplomado sobre su escritorio, el cuerpo ladeado, una mano colgando inerte hacia el suelo. Una copa volcada había dejado un rastro oscuro sobre la madera, y junto a ella, una pequeña botella abierta.

Ambrose no corrió hacia él. No gritó.

Se quedó allí, en el umbral, mirándolo, comprendiendo.

—¿En serio? —murmuró, más para sí que para nadie.

Avanzó despacio, rodeó el escritorio y observó el rostro de su padre, ya ceniciento, la boca ligeramente entreabierta, los ojos apagados en una expresión que no alcanzaba a ser de paz ni de dolor. Simplemente… vacía.

Veneno.

Claro que sí. ¿Qué otra cosa haría alguien como Edgar Henslow cuando la ciudad entera se reía de él?

Ambrose soltó una breve risa sin humor, pasándose una mano por el rostro.

—Ni para esto tuviste valor —dijo en voz baja—. Tenías que hacerlo a escondidas.

Lo miró unos segundos más, esperando, tal vez, sentir algo. Rabia, tristeza, cualquier cosa que justificara la escena. Pero lo único que encontró fue una irritación sorda, creciente, que le oprimía el pecho.

—Perfecto —susurró, dejando caer la mano de su padre con desdén —. Simplemente perfecto.

Se apartó, caminando por la habitación con pasos cortos, tensos, como si el espacio le resultara de pronto demasiado pequeño. La iglesia no permitiría un entierro digno. No para alguien que se había quitado la vida. No para alguien que, además, ya estaba bajo sospecha por escándalos recientes.

Todo recaería sobre él.

Las deudas, el desprestigio, las miradas.

Todo.

Se detuvo, respirando hondo, y entonces, poco a poco, algo dentro de él se acomodó.

No había nada que salvar allí. Ni el nombre, ni la casa, ni el cadáver sobre el escritorio.

Se giró una vez más hacia su padre, y esta vez no hubo duda en su expresión.

—No voy a hundirme contigo —dijo, con una frialdad que incluso a él le sorprendió.

Las decisiones empezaron a encajar con rapidez.

No llamó a un médico. No avisó a nadie cercano. En su lugar, salió de la casa y buscó a quienes sí sabían qué hacer con un cuerpo que nadie quería reclamar. Hombres discretos, acostumbrados a trabajar en las sombras, que pagaban unas cuantas monedas por cadáveres frescos para estudios de anatomía.

Ni siquiera regateó.

Recibió el dinero, lo guardó sin mirar atrás, y regresó sólo el tiempo suficiente para recoger lo imprescindible. Un cambio de ropa, algunos documentos, lo poco que aún podía considerarse suyo.

Al anochecer, ya estaba en el puerto.

El bullicio de los muelles le resultó extrañamente reconfortante. Nadie allí lo miraba con reconocimiento, nadie susurraba su nombre. Era un rostro más entre muchos, y por primera vez en días, pudo respirar sin sentir el peso de la ciudad sobre los hombros.

Pagó por un pasaje sin hacer demasiadas preguntas. No estaba en posición de ser exigente.

—Francia —le dijeron—. Sale esta misma noche.

Le pareció suficiente.

Subió a bordo con el resto de pasajeros, acomodándose en un rincón mientras el barco se preparaba para zarpar. El aire era denso, cargado, y la gente a su alrededor no se parecía en nada a los viajeros habituales que había visto otras veces. Había miradas bajas, gestos tensos, cuerpos demasiado callados.

Ambrose frunció el ceño.

—¿Cuánto tarda en llegar? —preguntó a uno de los hombres que estaba cerca.

El otro lo miró de reojo, y una sonrisa torcida se dibujó en su rostro.

—Depende de cuánto aguantes —respondió.

Ambrose no entendió al principio.

Pero cuando vio las cadenas. Cuando escuchó el primer grito, sofocado, más allá de la bodega. Cuando notó la forma en que los hombres que vigilaban el barco los observaban, no como pasajeros, sino como mercancía…

Entonces lo comprendió. Era un barco de traficantes de personas, y él iba en un viaje directo al infierno.

Su estómago se encogió, y por un instante pensó en saltar, en correr, en hacer algo, lo que fuera. Pero el barco ya se había separado del muelle, y las luces de Bath empezaban a alejarse lentamente.

Se dejó caer contra la madera, soltando una risa breve, casi incrédula.

—Por supuesto —murmuró, pasando una mano por su rostro—. Claro que sí.

Nada le salía bien.

Desde hacía un tiempo, todo lo que quería, se alejaba más.

Se atrevió a codiciar a la mujer de su padre, y ésta se fue a un burdel. Cuando quiso recuperarla, casi lo atraviesan con una bala. Cuando al fin se resigna y decide seguir la vida en otro lado, pasaba esto.

Parecía que tampoco él servía para nada.

Ni siquiera para huir.

40

La tarde había caído en Rosewood Grove con una calma engañosa.

El aire olía a té recién servido y a madera pulida, y en el salón principal, la conversación fluía con esa ligereza que sólo aparece cuando todos creen, aunque sea por unas horas, que lo peor ya ha pasado. Olive hablaba con Georgiana acerca de unas telas que había mandado traer, Adeline reía con una mano sobre su vientre todavía plano, y Jacques la miraba como si todo lo demás hubiese dejado de importar.

Grace estaba sentada junto a la ventana, escuchando sin intervenir demasiado, dejando que las voces la envolvieran como un murmullo tibio. La sensación de bienestar todavía perduraba, aunque, evidentemente, no todos los problemas estaban solucionados y ella estaba siendo una huésped algo demorada en casa de su amiga.

Sin embargo, eso no la preocupaba demasiado. Ella estaba bien, Sebastien la amaba, podrían hacer una vida juntos.

Y lo más importante: había sobrevivido. Sus padres estaban lejos, y Lady Black, seguramente, se estaba escondiendo ahora mismo.

—Sebastien no vendrá esta noche —dijo Jacob, entrando en el salón con paso tranquilo, como si la noticia no tuviera mayor peso.

Grace alzó la mirada de inmediato.

—¿Por qué?

Jacob se sirvió una copa antes de responder, apoyándose con naturalidad en el respaldo de una silla.

—Irá a El Corsé Roto. Quiere ver cómo avanzan las cosas allí, revisar lo que quedó, hablar con Seraphina. —Se encogió de hombros—. Dice que no tardará, pero ya sabes cómo es cuando se mete en algo.

Grace asintió despacio, pero algo en su interior se tensó.

El Corsé Roto.

Las ruinas aún humeantes, el lugar reducido a cenizas por una guerra que, de alguna manera, también había sido por ella. Antes de que ella llegara a ese mundo, todo había estado a salvo, normal. Su irrupción en la vida de Sebastien le había traído algunas pérdidas económicas importantes.

Bajó la vista hacia sus manos, entrelazadas sobre su regazo.

No había vuelto a salir desde que llegó a casa de Olive. Todos, con la mejor de las intenciones, habían hecho de aquella casa un refugio… y también una jaula suave, amable, imposible de rechazar sin parecer ingrata.

Pero no podía seguir así, no después de todo lo que había pasado.

—Quiero ir —dijo.

La conversación en el salón se detuvo como si de repente alguien hubiese pasado corriendo desnudo.

Olive fue la primera en reaccionar.

—Grace…

—Sólo un momento —la interrumpió ella, alzando la mirada—. No voy a hacer nada imprudente. Pero es que tampoco quiero… —buscó las palabras—. No quiero esconderme.

Jacob dejó la copa a medio camino y la observó con más atención.

—No es un lugar para ti ahora mismo.

—Lo sé —respondió ella con calma—. Precisamente por eso.

En su voz no había desafío, ni terquedad ciega, pero su voz era firme.

Grace respiró hondo, y luego añadió, con una leve sonrisa que suavizaba la determinación:

—Además, no estaría sola —dijo, mirando a Jacob—. Tú irías conmigo—. Jacob arqueó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Sí —insistió ella, inclinándose apenas hacia él—. Me han contado que, cuando la situación lo amerita, eres un excelente escolta.

Los ojos de Jacob brillaron con un destello de diversión, pero lo contuvo.

—Vaya —murmuró—. No sabía que tenía tan buena reputación.

—La tienes —replicó ella sin dudar—. Y confío en ella.

Olive la miró, luego miró a su esposo, evaluando en silencio lo que no se decía en voz alta. No era sólo el riesgo, era lo que implicaba permitirlo.

Pero también vio algo más en Grace. No estaba actuando por miedo ni por imprudencia, tal vez era esa necesidad de dar un paso al frente, tomar agencia de los acontecimientos a su alrededor, y no permitir que las cosas simplemente pasaran.

Ella la entendía muy bien, y le envió una mirada significativa a su esposo.

Jacob soltó un suspiro breve, como quien ya ha tomado una decisión antes de admitirlo.

—Bien —dijo al fin—. Pero como tú misma has dicho, irás conmigo, y no te separarás de mí en ningún momento, y si digo que nos vamos, nos vamos.

Grace asintió de inmediato.

—De acuerdo.

Olive negó con la cabeza; su esposo había aprendido a lidiar con mujeres obstinadas.

Sebastien desmontó frente a lo que quedaba del Corsé Roto sin anunciar su llegada a nadie. De todos modos, el sitio estaba

desolado. Jim y Seraphina seguramente ya venían en camino.

Había dejado el caballo atado a cierta distancia, donde la sombra lo protegía de miradas indiscretas, y avanzó solo entre los restos ennegrecidos con la misma naturalidad con la que antes cruzaba esas puertas abiertas de par en par, cuando el lugar rebosaba de luz, música y voces.

Ahora, en cambio, el silencio era tóxico, y el crujido de la madera bajo sus botas sonaba demasiado alto en medio de la noche.

No había venido a recordar, sino a buscar, se dijo.

Se agachó junto a lo que alguna vez fue el despacho principal, apartando con la punta del pie algunos restos calcinados, midiendo el terreno con la mirada entrenada de quien sabe que incluso en la destrucción pueden quedar cosas valiosas. Habían podido rescatar lo más valioso: dinero, licor, vestidos, documentos a la vista… pero el Corsé Roto siempre había sido más que eso.

Había escondites, compartimentos ocultos. Rutas discretas que sólo él y unos pocos conocían.

Se inclinó, retiró una tabla ennegrecida y tanteó la base con los dedos hasta encontrar la pequeña irregularidad en la madera. Presionó, hizo palanca, y el falso fondo cedió con un leve chasquido.

Dentro, protegidos por capas de tela gruesa, aún quedaban paquetes intactos.

No sonrió, pero hubo una mínima relajación en su postura.

—Al menos algo —murmuró para sí.

Sacó uno de los paquetes, comprobó su contenido con un gesto rápido y lo dejó a un lado. Haría volver a sus hombres por el resto al amanecer. No era prudente mover demasiado en la oscuridad, ni permanecer más tiempo del necesario.

Se incorporó despacio, limpiándose las manos, y avanzó unos pasos más hacia el interior, o lo que quedaba de él.

El salón principal era ahora un esqueleto abierto al cielo, con vigas retorcidas y paredes que apenas sostenían su forma. Casi pudo verlo

tal como era antes. Llevaba tantos años aquí que conocía el lugar de memoria.

Sebastien se detuvo en medio de ese vacío.

El Corsé Roto no había sido un negocio más. Había sido el primero. El único que había levantado desde cero, cuando todavía no era nadie en Bath, cuando todo lo que tenía era cálculo, hambre y la certeza de que no volvería a vivir bajo el control de nadie. Allí había aprendido a leer a las personas, a anticiparse, a negociar, a dominar sin necesidad de levantar la voz.

Allí había empezado todo, pero ahora no quedaba nada.

Exhaló despacio, mirando alrededor no con un sentimiento de nostalgia, pero sí con incomodidad. No era la pérdida lo que le pesaba, sino lo que representaba.

Había construido ese lugar con un propósito que en su momento le pareció suficiente: acumular, crecer, consolidarse, ganar poder en un mundo que no daba nada gratis. Y lo había hecho bien. Demasiado bien.

Pero ya no le bastaba.

Desvió la mirada hacia uno de los rincones donde antes se alineaban las habitaciones, donde tantas mujeres habían pasado por sus manos, por su sistema, por su forma de entender el negocio.

Salvarlas, se decía entonces. Darles una alternativa, un techo, comida, protección.

Y, en parte, era cierto. Pero si debía ser totalmente sincero, aquella no era toda la verdad.

Apretó apenas la mandíbula. Ahora sabía que había otras maneras.

Había otras formas que no implicaban lo mismo, que no exigían ese precio, que no convertían la salvación en otra clase de jaula. Una que no sólo aprisionaba a esas mujeres, sino también a él.

Por otro lado, estaba Grace.

Ella jamás lo discriminó por el mundo en el que vivía, por sus negocios o la procedencia de su dinero. Y estaba seguro de que estaría dispuesta a ser la esposa del proxeneta más célebre de Bath.

Era él quien no quería eso para ella. Por más que ella hubiese vivido en un burdel durante unos meses, el resto de su vida ella había vivido en la respetabilidad, el aprecio y la aceptación. Toleraría las miradas y el juicio durante un tiempo, pero con el pasar de los años, eso cambiaría.

Y conociéndola, nunca le reprocharía, ni le exigiría nada, pero al tiempo, su vivacidad se iría apagando, y él quería todo, menos que el brillo de Grace disminuyera. Jamás se perdonaría si ella era infeliz por él.

Se pasó una mano por el rostro, exhalando con más fuerza esta vez.

—Ya no más —murmuró, casi sin darse cuenta de que lo decía en voz alta.

No reconstruiría el Corsé Roto, no recuperaría este burdel, ni ninguno. Al contrario, buscaría la manera de deshacerse de los otros, de transformar lo que había levantado en algo distinto, algo que no repitiera el mismo patrón bajo una excusa diferente.

No sabía aún cómo, pero lo haría.

Porque, por primera vez desde que empezó todo, ya no estaba pensando sólo en sobrevivir o en ganar, sino en qué clase de hombre quería ser cuando todo aquello terminara.

El viento nocturno se coló entre las estructuras abiertas, levantando ceniza y polvo a su alrededor.

Sebastien alzó la mirada hacia el cielo oscuro, apenas visible entre las vigas caídas, y entonces, como si el mundo decidiera no darle más tiempo para pensamientos que no podía permitirse, algo cambió en el aire.

No fue un sonido claro, ni un movimiento evidente. Fue más bien una sensación, su cuerpo erizándose como si le avisara que algo andaba mal. Un desplazamiento mínimo, pero suficiente.

Sebastien giró la cabeza, y entonces la vio.

Lady Black.

Ya no vestía de negro, llevaba un vestido amarillo que, evidentemente, no le pertenecía, y la hacía ver tan distinta que

Sebastien tuvo que tomarse un par de segundos para comprobar que no se había equivocado.

Pero era ella, con su rostro más marcado, más cansado, haciendo que todo alrededor suyo pareciera inclinarse hacia ella, como si alterara el espacio de manera antinatural, como si los elementos reconocieran y temieran los restos de su poder.

El amarillo no le favorecía para nada, pensó en un instante extraño.

Y entonces, pensó: Mierda. Se había equivocado.

Se había equivocado.

Ella nunca iría por Grace, no había sido su objetivo desde el principio. Ella iba por él.

—Así que era esto —dijo él, sin moverse, dejando que la certeza se asentara en su voz—. Nunca quisiste una huida… sino una despedida.

Ella esbozó una sonrisa leve, cansada, que no alcanzó a tocar sus ojos.

—Siempre fuiste rápido para entender —respondió—. Es una de las cosas que más me gustaban de ti.

No llevaba el arma visible todavía, pero su mano descansaba demasiado cerca del abrigo, y eso era suficiente.

Sebastien no apartó la mirada. Tampoco se movió.

Había aprendido hacía mucho que hay momentos en los que cualquier gesto precipita el final.

—Llegas tarde —añadió él con frialdad—. Ya no hay nada que te pertenezca aquí.

Lady Black inclinó apenas la cabeza, como si aquella afirmación le resultara curiosa, más que ofensiva.

—Nunca me interesó lo que me pertenecía —dijo en voz baja—. Me interesaba lo que podía tener.

Sus ojos lo recorrieron sin pudor, sin prisa, como si estuviera memorizándolo una última vez.

—Y tú… —continuó— siempre fuiste lo único que no pude tomar.

Sebastien apretó apenas la mandíbula, pero no respondió.

No iba a darle eso. No iba a entrar en su juego y seguir una conversación extraña y retorcida, pero ella no necesitaba que él hablara.

—¿Sabes qué es lo peor? —preguntó, y esta vez sí hubo algo que tembló en su voz, una grieta fina, apenas visible—. Que ni siquiera te pedía amor.

Soltó una pequeña risa sin humor, desviando la mirada un instante hacia las ruinas, hacia las cenizas que aún respiraban bajo sus pies.

—Yo habría tenido suficiente con cualquier cosa que me dieras. Me habría conformado, y habría sido feliz—. Volvió a mirarlo—. Dos monstruos entendiendo el mundo de la misma manera. Sin mentiras. Sin ilusiones.

Sebastien dio un paso apenas perceptible, lo justo para equilibrar su peso, calculando distancias, tiempos, posibilidades.

Había demasiadas, pero ninguna era segura.

—No somos iguales—dijo.

Ella asintió despacio.

—No, no lo somos —admitió—. Ahí fue donde perdí—. Sus dedos se tensaron levemente contra la tela del abrigo—. Tú encontraste algo que te hizo… detenerte—. La palabra pareció costarle—. Yo no.

El silencio se estiró entre ellos, haciendo evidente todo lo que no podía resolverse entre los dos.

Sebastien entendió entonces que no había salida limpia, que no habría negociación.

Que había llegado hasta allí pensando que controlaba el terreno… y en realidad había entrado en el último acto de alguien que ya no tenía nada que perder.

Lady Black lo miró una vez más, y por primera vez, no hubo cálculo en sus ojos.

Sólo algo desnudo.

—Habríamos tenido el mundo —murmuró—. Y ni siquiera lo viste.

Fue entonces cuando su mano se movió. Rápida, decidida, sosteniendo un arma que apuntó hacia él, hacia su pecho.

Sebastien reaccionó en el mismo instante, levantando su propia arma, pero supo, incluso antes de terminar el gesto, que no lo lograría.

El disparo rompió el aire. Seco, irreversible.

Sebastien se tiró al suelo y esperó el dolor, incluso se llevó la mano al pecho, donde sabía que ella había apuntado.

Pero no hubo dolor, ni sangre.

Durante una fracción de segundo absurda, suspendida fuera del tiempo, Sebastien pensó que ella había fallado.

Si había fallado, pensó, él tenía tiempo todavía. Así que por fin sacó el arma y apuntó.

A tiempo pudo ver que algo andaba mal con Lady Black. No lo apuntaba buscando volver a dispararle. Su cuerpo estaba tenso, pero no por las intenciones obvias de matarlo, sino por algo más.

Sus ojos se abrieron apenas, sorprendidos, luego bajó la mirada y ambos vieron la mancha oscura se extendía sobre el vestido amarillo, resaltando el rojo de su sangre.

Por eso era que odiaba el color, pensó Lady Black en un momento. Exhaló un aliento breve, más cercano a una risa que a un quejido.

—Mira eso… —susurró, con una incredulidad tranquila—. Al final… el rojo era mi color.

Sus rodillas cedieron, y mientras caía, giró apenas el rostro. Más allá de Sebastien, corriendo mientras se levantaba las faldas, vio a esa chica, Grace. Llevaba un arma en las manos, y no se detuvo hasta llegar hasta Sebastien, le tomaba el rostro y se aseguraba de que él estaba bien.

Él estaba perfecto, pensó con una mezcla de ira y alivio. Sin un rasguño.

—Bien —murmuró, apenas audible—. Así tenía que ser.

El suelo la recibió sin ceremonia, y una negrura la envolvió. Todo se hizo silencioso, pero mientras se apagaba, su alma lanzó un grito de amargura. Hasta que ya no sintió nada.

Sebastien vio a Lady Black caer al suelo con un golpe seco, e, incorporándose, miró alrededor.

Sus ojos se abrieron grandes al ver a Grace allí, corriendo hacia él, inclinándose muy cerca, tomándole el rostro, revisando que no tuviera ninguna herida.

Al ver la pequeña arma que él mismo le había dado días antes, lo entendió. Había sido ella.

Durante un segundo, el tiempo pareció plegarse sobre sí mismo. Todo el cálculo, toda la tensión, todo lo que había estado a punto de romperse, quedó suspendido en ese único punto: ella, allí, preocupada por él, mientras su alma dolía por lo que ella había tenido que hacer.

—¿Estás bien? —preguntó Grace, con la voz apretada por la urgencia, sus manos recorriéndolo con rapidez—. ¿Te ha herido?

Sebastien la miró, y por un instante no respondió. No porque no pudiera, sino porque algo en él se detenía en un lugar más profundo que el peligro que acababan de atravesar.

Alzó las manos y tomó las de ella, deteniéndola con suavidad.

—Estoy bien —dijo en voz baja.

Grace sostuvo su mirada un segundo más, como si necesitara comprobarlo, y sólo entonces pareció soltar el aire que había estado conteniendo.

Sebastien no la soltó. Sus dedos se cerraron un poco más sobre los de ella, y la atrajo apenas hacia sí, acercándola lo suficiente para que no hubiera duda, para que lo sintiera allí, vivo, entero.

—Ya pasó —añadió, más bajo aún—. Todo está bien.

Sebastien la abrazó con fuerza, como si en vez de él, fuera ella la que acabara de pasar por un momento terrible.

Y así era, pensó con dolor. Por su culpa, ella había traspasado una línea, y sentía miedo, dolor.

—Todo está bien —volvió a decir—. Yo te cuidaré.

Ella entendió entonces. Él estaba preocupado por ella, y no pudo evitar sonreír.

Le había dado un arma, pero siempre había temido que tuviera que usarla.

—Qué buena puntería —dijo una voz más allá, interrumpiéndolos.

Era Jacob, que le tomaba el pulso a Lady Black, asegurándose de que ya no estuviera en este mundo.

Sebastien notó que él también llevaba un arma en las manos, y se preguntó entonces cómo fue que Grace disparó primero.

Sebastien se puso en pie al fin, tomó la pequeña arma de Grace, y miró alrededor, atento a cualquier movimiento en la calle, a cualquier ventana abierta, a cualquier sombra que no recordara haber visto antes.

Otro carruaje se detuvo frente a las ruinas, y de él bajaron Seraphina y Jim. Al ver la escena, aceleraron el paso, cruzando los restos ennegrecidos con rapidez, haciendo preguntas en voz baja.

Pero Sebastien estaba exhausto. En el cuerpo y en el alma. Durante un instante había estado convencido de que moriría; casi había sentido la bala atravesándolo. Había demasiado que procesar, y por un instante sintió que no tenía cabeza para ordenar nada.

Cerró los ojos un segundo.

Esto no es nada, se dijo mientras se ponía en pie.

No era la primera vez que la muerte le rozaba la piel. No era, ni de lejos, la más cercana. Había sobrevivido a cosas que no dejaban espacio para el miedo prolongado: a un barco de trata cuando apenas era un niño, a las calles húmedas y oscuras de París, al hambre que retuerce el estómago hasta vaciarlo de todo menos de voluntad.

Comparado con eso, esto… era un instante. Un descuido. Un recordatorio.

Respiró hondo una vez. Y otra.

El mundo no se detenía porque uno estuviera cansado. Nunca lo había hecho.

Abrió los ojos y miró alrededor con atención renovada, obligando a su mente a volver al lugar donde siempre había sabido moverse: el control.

Cada detalle empezó a ordenarse. La posición del cuerpo. Las sombras. Los accesos. Lo que debía hacerse primero, y lo que no podía dejarse al azar.

Apretó los dientes apenas, no por dolor, sino para fijarse en sí mismo.

Podría derrumbarse después. Si es que lo necesitaba, pero no ahora.

Ahora había decisiones que tomar, y nadie más iba a tomarlas por él.

—Jim, revisa el perímetro —ordenó sin elevar la voz—. Quiero saber si alguien vio o escuchó algo. Si hay curiosos, se les manda a casa. Sin ruido.

Jim asintió de inmediato y se alejó entre las sombras, moviéndose con la eficacia de quien entiende exactamente qué buscar.

—Seraphina —continuó Sebastien—, necesito luz. Y revisa si queda algo útil entre los restos. Nada que nos comprometa.

Ella no preguntó. Se arremangó sin perder tiempo, buscando entre los escombros con una rapidez práctica, apartando madera quemada, tela, fragmentos irreconocibles.

Jacob entonces se incorporó, limpiándose la mano en un pañuelo que luego dejó caer sin cuidado.

—Está muerta —dijo, innecesariamente.

Sebastien asintió apenas.

Abrazando a Grace por la cintura, la apartó del centro de la escena.

—Te vas a casa —le dijo en voz baja, sin admitir discusión.

Ella intentó protestar, pero él no la dejó. No era el momento. No era el lugar.

La condujo hasta el carruaje, abrió la puerta y la ayudó a subir. El cochero de Jacob, pálido pero firme en su puesto, sostuvo las riendas sin hacer preguntas.

—Directo a casa —indicó Sebastien—. Sin detenerse.

Grace lo miró un último instante, como si quisiera decir algo más, pero la mirada de Sebastien la detuvo. Asintió resignada.

El carruaje se puso en marcha de inmediato.

Sebastien esperó a que desapareciera antes de girarse de nuevo hacia las ruinas.

El aire olía a ceniza húmeda y a pólvora reciente.

Volvió al lugar donde yacía el cuerpo. O Lady Yellow, como empezó a llamarla Jacob con una mueca apenas perceptible, mirando el vestido que ya no ocultaba nada.

Jim regresó al poco rato.

—Nadie cerca —informó—. Un par de luces en las casas, pero nada sospechoso. Si oyeron algo, no han salido.

—Bien —respondió Sebastien—. Mejor así.

Se hizo un breve silencio, y los tres miraron el cuerpo.

No había duda de lo que representaba.

—No podemos dejarla aquí —dijo Jim.

—No —confirmó Jacob—. Pero tampoco conviene hacerla desaparecer sin más.

Sebastien no habló de inmediato. Observaba, calculando.

—La ciudad tiene que saber que ha muerto —dijo al fin—. De lo contrario, esto no termina. Siempre habrá rumores, siempre alguien esperando su regreso.

Jim asintió, comprendiendo.

—Pero si la dejamos tal cual, empezarán las preguntas.

—Exacto —intervino Jacob—. Y no necesitamos preguntas. Necesitamos un cierre.

Sebastien levantó la vista.

—La entregamos nosotros —dijo—. A las autoridades. Pero en nuestros términos.

Hubo un breve silencio.

—Como un caso resuelto —añadió—. No como un escándalo.

Jacob comprendió primero.

—Un enfrentamiento —dijo, más para ordenar la idea que para proponerla—. Intentaba huir, la interceptaron, se defendió… y murió.

—Eso es —confirmó Sebastien—. Sin nombres. Sin detalles. Sin rastro de lo que realmente pasó.

Jim exhaló despacio.

—Un final limpio.

Sebastien negó apenas con la cabeza.

—No tan limpio —corrigió—. Pero con eso es suficiente.

Al regresar a Rosewood Grove, Olive se preocupó al verla volver sola y tan pronto.

Grace había tenido todo el camino hasta aquí para procesar lo sucedido, pero su conclusión era fría: lo volvería a hacer. Si acaso la situación se volviera a presentar, ella no dudaría, otra vez, y haría lo que tenía que hacer.

¿Estaba eso mal?, se preguntaba. ¿Acaso su tiempo viviendo en un burdel había retorcido su moralidad?

Miró a Olive, que le hacía preguntas, y se mordió los labios. Escuetamente soltó:

—Esa mujer está muerta, Olive. Yo lo hice.

Olive se quedó en silencio, mirándola confundida. Tal vez pensaba que ella hablaba en sentido figurado, pero luego, Grace le relató todo. No estaba poniendo a prueba la lealtad de su amiga, al contrario. Confiaba tanto en ella que hasta esto era capaz de contarle.

Olive se mordió un labio y su mirada se perdió un momento, como si rememorara escenas del pasado.

Extendió la mano y tomó la de Grace, diciendo:

—En tu lugar, habría hecho lo mismo. Tranquila. Nadie te acusará de nada.

Grace sonrió dejando salir el aire, y se recostó en el espaldar del mueble, sintiéndose cansada. Inadvertidamente, había necesitado esas palabras.

—Voy a casarme, Olive —ella lo miró abriendo grandes los ojos—. Sebastien me pidió matrimonio anoche.

—Oh, ¿de verdad? ¡Es increíble! —de inmediato, el ambiente cambió. Grace enderezó su espalda y sonrió.

—Sí que lo es. Cuando fui a buscarlo en ese burdel, jamás imaginé que las cosas terminarían así.

—¿Y cómo esperabas que terminaran? —preguntó Olive poniéndose en pie. Grace la imitó, y tomadas del brazo, avanzaron hacia el segundo piso.

Sin palabras, Olive pidió un baño para Grace, y el personal se puso en movimiento.

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Por favor—. Grace se echó a reír.

—Esperaba acostarme con él, pagarle… y nunca más volver a verlo. Seguro me habría casado con Edgar Henslow, él habría descubierto que no era virgen, y me habría enviado a algún lugar remoto como castigo. Allí habría pasado mis días solitarios hasta la vejez.

—Qué final tan lúgubre te estabas buscando.

—Lo sé.

—Pero… ¿qué cambió todo? —Grace volvió a reír, terminando de subir las escaleras y girando hacia su habitación.

—Que él se negó.

—Bendito sea Dios.

Siguieron hablando. Para Grace, contar las cosas la ayudaba a poner todo en perspectiva, pero la conclusión era la misma. Si para

conocer a Sebastien ella tenía que pasar por todo lo que pasó, recorrería ese mismo camino encantada una y mil veces.

Sebastien y Jacob no volvieron hasta bien entrada la noche, con más secretos de los que ya cargaban, aunque ninguno de los dos parecía especialmente preocupado por ello.

La casa estaba en calma cuando entraron; las lámparas habían sido apagadas casi en su totalidad, y sólo alguna luz tenue en los pasillos marcaba el camino. El silencio era profundo, de esos que sólo se logran cuando todo ha terminado bien… o al menos, lo suficiente.

Al entrar en la habitación, Sebastien encontró a Grace dormida, tranquila, y eso lo alivió. Si acaso ella hubiera estado desvelada, no lo habría sorprendido en lo más mínimo.

La muerte de Lady Black no circuló como se hubiese esperado. De hecho, provocó más chismes y habladurías la muerte de Edgar Henslow que la suya. Por más que su hijo había intentado acallar todo antes de desaparecer, la gente conectó la ausencia de ambos con la presencia de ciertos personajes entrando y saliendo de la casa a altas horas de la noche, acarreando un bulto extraño que nadie quiso describir con demasiada precisión… pero que todos parecían haber visto.

Incluso la partida de los Barlow en una carreta, con sus pocas pertenencias apiladas sin cuidado, tuvo más repercusión. Nadie perdió la oportunidad de mirar. Beatrice lloraba sin consuelo, Charles estaba irritable y gritaba a cualquiera que se cruzara en su camino, y Nixon, ese pobre, iba callado, taciturno, con la mirada perdida en el horizonte, como si en cualquier momento fuera a saltar del carruaje y desaparecer por su cuenta.

Los días pasaron, y poco a poco el polvo comenzó a asentarse.

La casa que Sebastien adquirió con la guía de Jacob por fin estuvo lista. Era amplia, luminosa, con esa elegancia sobria que no necesitaba imponerse para hacerse notar. Cuando todo estuvo dispuesto, él se volvió hacia Grace con una propuesta que, en su mente, era perfectamente razonable.

—Podrías quedarte unos días más en casa de Olive —le dijo—. Hasta que…

—¡No! —lo interrumpió ella de inmediato, incorporándose en su asiento con una energía que no dejaba lugar a dudas—. ¿Por qué? ¡Quiero estar contigo!

Sebastien parpadeó, sorprendido por la rapidez del rechazo.

—Espera a casarnos —intentó, con tono paciente.

—¡¿Por qué?! —insistió ella, esta vez alzando un poco más la voz, y a punto estuvo de dar un pequeño golpe con el pie contra el suelo, como si el argumento, en sí mismo, fuera una ofensa personal.

—Amor… —empezó él, conteniéndose—. Si nos vamos a vivir juntos, la gente va a hablar.

Grace lo miró como si acabara de decir algo profundamente irrelevante.

—¿Y a ti quién te dijo que a mí me importa lo que la gente hable?

—A mí me importa —respondió él, con firmeza.

Ella se quedó en silencio. Apretó los labios, desvió la mirada hacia la ventana, como si necesitara reunir fuerzas antes de responder.

—Renuncié a mi buena reputación la noche que me fui al burdel, Sebastien —dijo al fin, en voz baja, pero clara y firme—. Pero si a ti te importa más el qué dirán que estar conmigo… entonces entiendo que esto no va a funcionar.

El efecto fue inmediato.

Sebastien palideció apenas, como si esa posibilidad, por remota que fuera, no hubiera estado contemplada en ninguno de sus planes.

—No —se corrigió casi al instante—. No, eso no… —Ella no lo miraba —. Por supuesto que vienes conmigo —terminó él, cediendo sin más resistencia.

No hizo falta añadir nada más.

Jacob, Jacques y Nathaniel, que habían presenciado la escena desde una distancia prudente, y muy interesada, intercambiaron miradas que decían más que cualquier comentario. No todos los días se veía

a Sebastien Chevalier, hombre de decisiones firmes e inamovibles, dar un paso atrás con tanta rapidez.

Georgiana, Olive y Adeline, por su parte, no se molestaron en disimular.

—Bien jugado —murmuró Olive con una sonrisa.

—Magistral —añadió Georgiana.

Grace, que ya había recuperado la compostura, fingió no haber escuchado nada.

De ese modo, se fueron a vivir juntos.

Inesperadamente, nadie habló al respecto. Después de todo, ¿qué era convivir en pecado frente a un burdel, un matrimonio forzado y un tiroteo en una iglesia?

Había categorías en los escándalos… y el suyo, curiosamente, ya no ocupaba el primer lugar.

La casa en la que ahora vivirían se alzaba a las afueras elegantes de Bath, donde la ciudad empezaba a diluirse en colinas suaves y caminos arbolados, como si la civilización, cansada de sí misma, decidiera volverse más amable.

Willowmere House no imponía su presencia con ostentación, como lo hacían las grandes residencias de los nobles, sino con una armonía serena, casi íntima, como si hubiese sido pensada para ser habitada, no admirada.

Dentro, la casa respiraba espacio. Los salones no estaban abarrotados, ni decorados con ese exceso que convierte los hogares en vitrinas. Había luz, aire, y una distribución pensada para la vida cotidiana: rincones donde leer, ventanas bajas donde sentarse, chimeneas que invitaban a la conversación y no solo al calor.

No había frialdad en sus muros.

No había silencio impuesto.

Era un lugar donde el ruido de una risa no desentonaría, donde unos pasos descalzos no serían reprendidos, donde una mujer no sería un objeto más dispuesto con cuidado para no alterar el orden.

Cuando Grace cruzó el umbral por primera vez, no pensó en la riqueza, ni en la elegancia, ni siquiera en la seguridad.

Pensó, con una claridad que la sorprendió, que allí… podría respirar.

El aire parecía distinto, más liviano, como si las paredes no guardaran secretos ajenos ni ecos de órdenes impuestas. La luz entraba sin pedir permiso por los ventanales, extendiéndose sobre los suelos pulidos, tocándolo todo con una suavidad casi íntima.

Esta era su casa. Su lugar.

Aquí nadie le impediría reír, leer lo que quisiera, invitar a sus amigas, organizar una cena, una fiesta… o simplemente caminar de una habitación a otra sin sentir que debía pedir permiso para existir.

Cosas tan simples, tan pequeñas, pero que nunca tuvo… y que, en algún momento, creyó que jamás tendría.

—Veo que te gusta —le dijo Sebastien, llevándola de la mano por las diferentes estancias.

Ella no había venido ni una sola vez mientras se hacían las remodelaciones; él había insistido en mantenerla al margen, guardándose cada detalle como un secreto que sólo cobraría sentido en ese instante.

Y ahora, viéndola así, fascinada, recorriendo el lugar con esa mezcla de incredulidad y alegría, comprendió que la espera había valido la pena.

—Me encanta —respondió ella.

Cuando lo miró, con una sonrisa radiante y los ojos brillantes, húmedos de emoción, añadió con una certeza que no dejaba espacio a dudas:

—Esta es mi casa.

Él la acercó con suavidad y limpió la lágrima que rodó por su mejilla, con una ternura que contrastaba de forma casi brutal con todo lo que él era para el resto del mundo.

Con Grace, las caricias, los besos, las palabras… no necesitaban pensarse. Brotaban.

Seguía siendo un hombre frío para los negocios. Señalaba errores sin contemplaciones, mordaz como siempre, agrio en ocasiones, implacable en otras.

No con ella.

Nunca con Grace.

A su lado, era miel, azúcar… y fuego.

El personal fue contratado de manera curiosa.

Cuando vio entre los solicitantes a varias de sus chicas, Sebastien las llamó aparte, una por una, y les dejó muy claro qué clase de lugar era aquel. No era un negocio, no era un refugio a medias, no era un sitio donde las reglas pudieran torcerse según la necesidad.

—Lo tengo muy claro —dijo Marianne, una de las que se había presentado para ser doncella de Grace—. Pero si Seraphina y Jim pueden trabajar aquí… yo también.

No hubo duda en su voz.

Eso bastó para que él entendiera que no se trataba de un impulso pasajero, sino de una decisión tomada con plena conciencia.

Muchas de ellas se fueron de la ciudad, incapaces, o tal vez no dispuestas, a vivir otro tipo de vida, buscando lugares donde el mundo siguiera funcionando bajo las reglas que ya conocían. Otras fueron ubicadas en distintos trabajos, demostrando una vez más la eficiencia que siempre las había caracterizado, lejos de los prejuicios que solían acompañarlas.

Poco a poco, Sebastien fue cerrando o vendiendo sus negocios.

No fue un cambio abrupto, ni impulsivo. Llevaba años ampliando su cartera, moviéndose con inteligencia entre distintas oportunidades, haciendo tratos no sólo con Nathaniel, sino también con Jacob. Aquella previsión, más pragmática que moral, fue la razón por la que el incendio de El Corsé Roto no representó una caída, sino apenas un golpe.

Ahora, sin embargo, había algo distinto.

Ya no se trataba sólo de negocios.

Había elegido, por primera vez, construir en lugar de sobrevivir.

Con el paso de los meses, Bath volvió a hacer lo que mejor sabía hacer: continuar.

Las estaciones avanzaron con la elegancia despreocupada de quien no se detiene por nada ni por nadie, y con ellas, los salones volvieron a encenderse, las invitaciones a circular, y las risas a llenar espacios donde, no mucho tiempo atrás, sólo había rumores y susurros.

Fue entonces cuando empezó a hacerse evidente algo que, en otro tiempo, habría resultado impensable.

Las mismas cuatro parejas aparecían en todas partes.

En los bailes más concurridos, en las cenas más selectas, en las reuniones donde el vino corría con discreción y las conversaciones se medían con precisión, era imposible no verlos. No siempre juntos, pero siempre presentes, siempre cercanos, como si una invisible red los uniera por encima de cualquier norma no escrita.

Nathaniel y Georgiana Radcliffe, impecables como siempre, eran recibidos con la deferencia que correspondía a su nombre, a su linaje, a su posición indiscutible dentro de la sociedad.

Jacob y Olive Smith, con su riqueza reciente y bien administrada, ya no despertaban miradas de recelo, sino de interés. Habían sabido moverse con inteligencia, asentarse sin pedir permiso, y ahora nadie discutía su lugar… aunque algunos aún no terminaran de comprenderlo.

Jacques y Adeline, por su parte, eran observados con una curiosidad más suave, casi indulgente. Había algo en ellos, tal vez la serenidad de él, la dulzura firme de ella, o la historia que apenas se contaba en voz baja, que desarmaba cualquier juicio apresurado.

Y luego estaban ellos.

Sebastien y Grace.

Nadie ignoraba lo que eran, ni de dónde venían. No hacía falta recordarlo; Bath tenía buena memoria cuando quería tenerla. Pero, curiosamente, tampoco parecía importar demasiado.

Había en ellos una presencia difícil de definir, una mezcla de carisma, seguridad y una especie de indiferencia elegante ante el juicio ajeno que terminaba por desarmar incluso a los más críticos. No pedían aprobación, y quizá por eso la obtenían con tanta facilidad.

Grace, con su risa franca y su mirada luminosa, se movía por los salones como si siempre hubiera pertenecido a ellos, y nadie se atrevía a decir lo contrario.

Sebastien, a su lado, no intentaba suavizar lo que era. Y, sin embargo, su sola presencia bastaba para que muchos reconsideraran, en silencio, sus propias certezas.

Entre ellos, las diferencias eran evidentes.

Aristócratas y plebeyos.

Fortunas antiguas y recientes.

Un ex sacerdote.

Un hombre que había hecho del placer un negocio.

Una mujer que había cantado en un burdel.

Y, sin embargo, allí estaban.

Conversando, riendo, compartiendo espacio como si nada de eso bastara para separarlos.

Bath no era una ciudad ingenua. Tampoco especialmente indulgente. Pero había aprendido, a fuerza de escándalos recientes, que las apariencias eran frágiles, y que los pecados solían esconderse mejor bajo las capas más respetables.

Después de haber visto caer a quienes parecían intachables, y prosperar a aquellos por quienes nadie habría apostado nada, la ciudad había desarrollado una especie de sabiduría práctica.

Aceptaba.

No porque todo estuviera bien, ni porque nada importara, sino porque, en el fondo, todos entendían que el mundo era más

complejo de lo que les habían enseñado.

Y que, quizá, juzgar demasiado pronto era un lujo que ya no podían permitirse.

Así, entre música, luces y conversaciones que se prolongaban hasta altas horas, Bath siguió adelante.

Con sus secretos.

Con sus contradicciones.

Con sus sombras.

Como cualquier otro lugar.

***

El duque de Ravenshire no recibía a cualquiera a solas.

Por eso, cuando la invitación llegó, escueta, impecable, sin espacio para malentendidos, Jacob no la tomó a la ligera. Tampoco la rechazó.

La residencia elegida no era la principal, sino una más discreta, aunque "discreta", en manos de un duque, seguía significando amplitud, orden perfecto y una elegancia que no necesitaba anunciarse. Los jardines estaban contenidos con precisión, las fuentes murmuraban con suavidad, y todo parecía calculado para que nada perturbara la conversación… ni a quienes la sostenían.

Jacob llegó puntual. No estaba nervioso; más bien, un poco alerta.

El duque lo recibió sin ceremonia excesiva. Era un hombre joven, de apenas pasados los cuarenta, con esa seguridad silenciosa de quien ha crecido sabiendo que el mundo se ordena a su alrededor.

—Señor Smith —dijo, ofreciéndole la mano—. Gracias por venir.

—Su Excelencia —respondió Jacob, con una leve inclinación de cabeza.

Se sentaron en un salón luminoso, con ventanas abiertas hacia el jardín. Hablaron primero de lo que se esperaba: negocios, inversiones, rutas, oportunidades. El duque escuchaba con atención real, lo cual ya era, en sí mismo, un gesto poco habitual.

Pero algo no encajaba, al menos para Jacob. No del todo.

Sentía que había una insistencia apenas perceptible, un rodeo en las preguntas, como si el tema central no fuera aquel que se estaba nombrando.

Sin embargo, no dijo nada. Si de verdad el duque tenía algo más qué decir, lo haría, sin duda.

—Dígame, señor Smith —dijo el duque al cabo de un rato, con un tono que pretendía ser casual—. ¿De dónde proviene exactamente su familia?

Jacob apoyó el vaso sin prisa.

Ahí estaba, por fin.

—No provengo de ninguna parte en particular —respondió, con la misma calma—. Soy huérfano.

El duque no se movió, pero algo en su atención se tensó.

Por supuesto que, desde la primera vez que lo vio, había hecho que lo investigaran. Sabía de su vida y obras, sus grandes logros como hombre de negocios, las buenas, y tal vez malas, amistades que había hecho en el camino. Sabía incluso el nombre del orfanato donde había vivido hasta su adolescencia, pero aún así, insistió.

—Sí, me lo había dicho —dijo—. Pero… ¿no sabe nada más?

Jacob lo miró directamente entonces. No con hostilidad, aunque sí muy serio.

—Sé lo suficiente —dijo—. Me dejaron ante la puerta de un orfanato con apenas horas de nacido—. Hizo una breve pausa, suficiente para marcar un límite—. Y, con todo respeto, no tengo interés en hurgar en eso.

El silencio que siguió no fue incómodo, sino, más bien, denso.

El duque asintió despacio, pero no porque la respuesta lo hubiera convencido, sino porque confirmaba algo que ya sabía… y algo que, en el fondo, había esperado que no fuera así.

—¿Está seguro de no querer saber más allá? —preguntó, con una suavidad que ya no pretendía disfrazarse—. A veces… detrás de ciertos orígenes, hay oportunidades que pueden cambiar una vida.

Jacob dejó escapar una pequeña sonrisa, casi divertida.

—Mi vida ya cambió, Su Excelencia —respondió—. Y fue por mis propios medios, con mis propias manos—. Se recostó apenas en el asiento, relajado, pero firme—. No necesito que nadie venga ahora a decirme de dónde vengo para saber quién soy.

El duque lo observó con detenimiento.

Jacob Smith tenía algo que no encajaba del todo con su posición. No era sólo la riqueza, ni la seguridad que exudaba, ni siquiera la inteligencia práctica que había demostrado en los negocios. Era otra cosa.

Una especie de autosuficiencia sana, aceptable.

—¿Y si ese origen implicara algo más? —insistió, aunque sin presión —. ¿Un nombre, una posición… una familia?

Jacob le sostuvo la mirada, y por primera vez, algo más serio cruzó su expresión.

—Si mi madre hubiera sido una noble —dijo, con una ligereza que no alcanzaba a ocultar del todo la sinceridad—, para mí tendría la misma importancia que si hubiera sido una lechera—. El duque no reaccionó, sin embargo, internamente, encajó el golpe—. Es un poco tarde para reencuentros familiares, ¿no le parece? —añadió Jacob, con una media sonrisa—. Además… no sabría qué hacer con ellos.

La frase tenía un tono jocoso, pero, claramente, no era una broma.

El duque bajó la mirada por un instante.

Y en ese breve gesto, el tiempo se plegó.

Recordó a su hermana.

Joven. Hermosa. Con un terco brillo en los ojos.

Recordó la desaprobación con que su padre la trató cuando ella, enamorada, cometió el peor error. Recordó la severidad de una casa donde el honor se medía con reglas inflexibles, y él, siendo demasiado joven, ya comprendía las repercusiones de sus actos. Recordó el escándalo, el silencio impuesto, el encierro… y luego, la noticia de su muerte.

Y más allá de eso, el niño. Un niño que no debía existir, y que fue llevado lejos, sin nombre, sin historia, como si borrar su origen bastara para borrar el error.

El duque alzó la vista y lo vio.

En la línea de la mandíbula, en la forma de sus ojos. Su estatura, complexión, hasta la forma de moverse, le eran demasiado familiares. No necesitaba un retrato del viejo duque para señalar las similitudes. Era algo imposible de nombrar, pero innegable.

Jacob Smith era mucho más que un plebeyo que hizo fortuna.

Era un noble de nacimiento, un Ravenshire.

Su sobrino.

Pero saberlo, no le traía alivio, sino una forma distinta de pérdida. Porque allí estaba, frente a él, todo lo que quedaba de su hermana… pero él no lo necesitaba. No lo buscaba. No lo quería.

El duque respiró hondo, recuperando la compostura con la misma disciplina que había aprendido desde niño.

—Entiendo —dijo finalmente.

Y esta vez, era cierto.

Jacob asintió, como si el asunto hubiera quedado resuelto, y retomó el tono práctico.

—Entonces, ¿continuamos con los negocios, Su Excelencia?

El duque lo miró un segundo más. Luego asintió.

—Por supuesto.

La conversación siguió como si nada hubiera ocurrido. Pero cuando Jacob se marchó, cruzando el mismo jardín impecable por el que

había llegado, el duque permaneció en el salón, de pie, mirando hacia donde ya no estaba.

No lo llamaría. No. Mucho menos, lo reclamaría. A estas alturas, no se atrevía a alterar el curso de una vida que claramente no necesitaba correcciones.

Pero, en algún lugar profundo, silencioso, inamovible, lo supo.

Pasara lo que pasara, lo admitiera o no el mundo, lo aceptara o no el propio Jacob…

Aquel hombre era su sangre.

Su familia.

El hijo de su hermana.

***

La primavera había llegado con una suavidad casi indulgente, como si el mundo, por una vez, hubiera decidido comportarse. El jardín de la casa se abría en colores: blancos, lilas, amarillos, rosados, flores que parecían competir por la luz, y un césped lo bastante perfecto como para que los manteles se extendieran sin esfuerzo y las risas encontraran dónde quedarse.

El aire era tibio, fragante, y estaba lleno de ese murmullo tranquilo de los días felices: copas que chocaban con discreción, conversaciones que se superponían, el leve crujir de la porcelana, y, por encima de todo, las voces de los niños.

Sebastien estaba sentado, pero no descansaba.

Nunca lo hacía del todo.

Tenía una copa en la mano, apenas probada, y la mirada fija, aunque pretendiera lo contrario, en el pequeño punto de movimiento entre las flores: Isabelle.

Tres años. Cabello rojo como una llama indomable. Vestido claro que ya no lo estaba tanto, porque había decidido que el suelo era un

lugar digno de exploración.

Se movía con la seguridad temeraria de quien no conoce el peligro.

Y eso, para Sebastien, era inaceptable.

La vio inclinarse demasiado, tropezar apenas, levantarse, seguir… y cada uno de esos gestos hacía que algo en su interior se tensara con una disciplina que no había perdido jamás.

—Está bien —dijo Grace a su lado, sin mirarlo siquiera—. No va a desaparecer entre las flores.

—No me preocupa que desaparezca —respondió él, seco—. Me preocupa todo lo demás.

Grace sonrió, apoyando la mano sobre la suya sin insistir. Había aprendido que ese tipo de vigilancia no se discutía: se rodeaba con calma… o se ignoraba.

Isabelle reía ahora, persiguiendo algo invisible, y no estaba sola.

Michael, el hijo de Jacob, la seguía con una paciencia torpe, más alto, más consciente, pero igual de entregado al juego. A su lado, Edward, con esa serenidad heredada de su padre, caminaba con más cuidado, como si incluso entonces ya midiera el mundo antes de tocarlo.

Todo iba bien.

Hasta que no.

El llanto fue breve, agudo, suficiente.

Sebastien ya estaba de pie antes de que el sonido terminara de formarse.

Isabelle había caído de rodillas, pero lo que la hacía llorar era su mano. Se la miraba como si la hubiera traicionado.

Michael fue el primero en reaccionar. Tomó la pequeña mano con una solemnidad que no le correspondía a sus cinco años, la acercó a su boca y sopló con cuidado.

—Ya pasó —le dijo, con una seguridad aprendida—. Mamá dice que así se quita.

Y luego, con la misma lógica impecable, le dio un beso.

Edward, sin decir nada, se inclinó, apartó con delicadeza un mechón de cabello rojo que le cubría el rostro y le ofreció una flor, arrancada quién sabe de dónde, como si el mundo pudiera arreglarse con gestos simples.

Isabelle dejó de llorar.

Y ese fue el problema.

—¡Eh!

La voz de Sebastien cortó el aire como un disparo.

En tres pasos ya estaba allí, levantando a su hija en brazos con una rapidez que no admitía discusión, revisándola de inmediato, girándola apenas, inspeccionando manos, rodillas, rostro, como si hubiera estado a punto de perderla en lugar de presenciar una caída infantil.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, aunque ya lo sabía.

Isabelle, olvidando el dolor con la facilidad de su edad, señaló vagamente.

—Me caí…

—Claro que te caíste —murmuró él, suavizando el tono al instante—. Pero ya está.

La acomodó contra su pecho, besándole la sien con una suavidad que no tenía nada que ver con el hombre que el resto conocía.

Luego levantó la vista.

Y vio a los dos culpables.

Michael, mirándolo fijamente, y Edward, con la flor en su mano.

—Ustedes dos —dijo, con una calma peligrosa—. Aléjense.

Ambos parpadearon.

—¿Qué? —preguntó Michael, confundido.

—He dicho que se alejen —repitió Sebastien—. Y que no se acerquen a mi hija.

El silencio fue inmediato.

—¿Perdona? —intervino Jacob desde el mantel, incorporándose—. ¿Qué acabas de decir?

Nathaniel dejó su copa con cuidado.

—Sebastien —dijo, con un matiz de advertencia—. Creo que exageras.

—¿Exagero? —replicó él, incrédulo—. Los he visto.

—¿Hacer qué? —preguntó Nathaniel, ya claramente molesto.

—Acercarse demasiado.

Hubo un segundo de silencio.

Y luego Georgiana se levantó.

—Edward, ven aquí —dijo, con suavidad, pero sin discusión.

El niño dudó un instante, mirando la flor en su mano, y luego a Isabelle, como si no entendiera qué había hecho mal. Caminó hacia su madre, con el gesto quebrándose apenas.

—No has hecho nada malo —le aseguró ella, inclinándose para abrazarlo—. Nada en absoluto.

Jacob, por su parte, miró a su hijo con una expresión distinta.

—Bien por no llorar —le dijo, con una media sonrisa—. Aunque no tengo idea de qué crimen acabas de cometer.

Olive, sentada, mecía a William, su segundo hijo, con naturalidad, como si aquella escena no fuera más que una variación previsible del carácter de Sebastien.

—Le sopló la mano —comentó—. Y le dio un beso. ¡Le dio un beso!

—Entonces —continuó Nathaniel, con paciencia cada vez más escasa —, ¿cuál es el problema?

Sebastien miró a Isabelle, que ya no lloraba, que jugueteaba con el botón de su chaleco como si nada hubiera ocurrido.

—Lo que pasa —dijo Jacob—, es que la vida le ha dado justo en su punto débil. Dándote una hija —siguió, mirando a Sebastien con una sonrisa burlona—, creo que vas a padecer mucho en esta vida.

Grace no pudo evitarlo y se echó a reír. No fue una risa discreta ni contenida, sino clara, luminosa; echó la cabeza hacia atrás y soltó la carcajada.

—Sebastien —dijo, negando con la cabeza—. Son niños.

—Eso dicen ahora —respondió él, sin ceder.

—Ahora —repitió ella, levantándose por fin y acercándose—. Y durante muchos años más—. Lo miró con una mezcla de paciencia y afecto—. Bájala —le pidió, tocando su brazo—. Déjala, que se divierta.

Él dudó, pero igual, lo hizo.

Isabelle volvió al suelo, tomó la flor que Edward había dejado caer y sonrió, como si nada malo ocurriera en el mundo.

Sebastien no se movió, sólo siguió vigilando.

—De verdad espero —murmuró Grace, inclinándose apenas hacia él, con una sonrisa que no se molestó en ocultar— que el bebé que espero sea un niño.

Él la miró de inmediato y miró directamente al vientre de su esposa, donde ya venía otro pequeño en camino.

—¿Por qué?

—Porque si es otra niña… —alzó apenas las cejas— vas a enloquecer.

Sebastien no respondió.

Pero no lo negó.

Meses después, cuando la casa volvió a llenarse de ese silencio expectante que precede a la vida, el llanto de una recién nacida rompió el aire por segunda vez. Sebastien no dijo nada al principio, sólo sostuvo a su pequeñita con manos firmes, pero cuidadosas, como si el mundo entero dependiera de ese gesto.

Otra niña.

Pequeña. Frágil. Con el cabello negro pegado a su pequeña cabecita, llorando a todo pulmón.

Perfecta.

La miró durante largo rato, recorriendo con los ojos cada rasgo, cada mínimo movimiento, como si quisiera memorizarla antes de que algo pudiera arrebatársela.

Grace, agotada, lo observaba desde la cama, con una ternura que no necesitaba palabras.

—¿Sebastien? —lo llamó ella en voz baja.

Él levantó la vista.

Había algo en su expresión que no era miedo, ni duda, ni siquiera preocupación. Era algo más profundo. Más antiguo.

—Ella es preciosa —respondió al fin.

Se inclinó apenas y besó la frente diminuta de su hija, con una delicadeza que nadie más habría creído posible en él.

—Muy bien.

Luego, casi en un murmullo, Sebastien añadió:

—No las pienso dejar solas ni un segundo —dijo, acomodando a la pequeña en sus brazos—. Este mundo está lleno de aves rapaces —le susurró a la bebé, como si ella le entendiera—. Pero no te preocupes, papá te cuidará.

Grace cerró los ojos, sonriendo.

Se habían casado hacía ya cuatro años, poco después de irse a vivir juntos, recibiendo las felicitaciones de amigos y allegados. Y casi de inmediato, Grace se quedó embarazada de Isabelle.

Al ver que era una niña, Sebastien había entrado en pánico. Las mujeres eran demasiado frágiles, decía. Y si eran hermosas, el peligro se duplicaba. ¿Y cómo no saberlo, si toda la vida vivió en un mundo que parecía dedicado a destruirlas?

Tal vez eso lo hacía un poco sobreprotector, pero era un excelente padre. Ya Grace lo había comprobado.

A veces exageraba, leyéndole a Isabelle tratados y documentos comerciales, como si la preparara para un mundo hostil, y a veces

jugaba con ella disfrutando su inocencia y la dependencia que aún tenía hacia su padre.

Así como era él, lleno de luces y sombras, así era también como padre.

Se recostó mejor en la almohada, sintiendo que le dolía todo el cuerpo. Parir no era un paseo, precisamente, y estaba exhausta. Miró de nuevo hacia Sebastien, que se las había arreglado para que Victoria dejara de llorar sintiéndose feliz, plena.

El jardín, la casa, la vida que habían construido… todo estaba allí. Con sus luces, con sus sombras. Y con él, vigilando como si el mundo aún fuera un lugar peligroso.

Tal vez lo era.

Pero ellos habían logrado crear un espacio luminoso en medio de las sombras.

Otros libros de Virginia Camacho

Ámame tú (Hermanos Richman No. 1)

Ámame siempre (Hermanos Richman No. 2)

Yo no te olvidaré

Rosas para Emilia

Infieles

Un verdadero caballero (Dinastía Albermale No. 1)

Una falsa dama (Dinastía Albermale No. 2)

La condesa tirana (Dinastía Albermale No. 3)

Tu silencio (Saga Tu silencio No. 1)

Tus secretos (Saga Tu silencio No. 2)

Mi placer (Saga Tu silencio No. 3)

Tu deseo (Saga Tu silencio No. 4)

Tu ilusión (Saga Tu silencio No. 5)

Mis Anhelos Saga Tu silencio No. 6)

Dulce renuncia (Saga Dulce No. 1)

Dulce destino (Saga Dulce No. 2)

Dulce verdad (Saga Dulce No. 3)

Esteban (Saga Dulce No. 4)

Un príncipe en construcción (Saga Príncipes No. 1)

Un ogro en rehabilitación (Saga Príncipes No. 2)

Un rey sin redención. (Saga Príncipes No. 3)

Locura de amor (Saga Locura No. 1)

Secreto de amor (Saga Locura No. 2)

Anhelo de amor (Saga Locura No. 3)

El fuego en tus ojos (Saga Mujeres de hierro No. 1)

El cielo en tus manos (Saga Mujeres de hierro No. 2)

El mundo en tus besos (Saga Mujeres de hierro No. 3)

Ese maldito encanto tuyo (Saga Sombras de Bath No. 1)

La trampa en tu sonrisa (Saga Sombras de Bath No. 2)

Biografía de la autora

Virginia Camacho nació en Colombia, en la ciudad turística de Cartagena de Indias en el año 1982.

Desde adolescente escribió historias de amor, leyéndoselas en voz alta a sus familiares y amigas, hasta que alguien la convenció de que lo hiciera de manera más pública y profesional.

Estudió Literatura en la Universidad del Valle, y actualmente vive en Bucaramanga, Colombia, y además de leer y viajar por el país en

busca de ideas e inspiración, escribe sin cansancio con la idea de sacar a la luz pública todas las historias que tiene en su haber.